15140

CORONICA GENERAL
DE ESPAÑA,

QUE RECOPILABA

EL MAESTRO FLORIAN DE OCAMPO

CORONISTA

DEL REY NUESTRO SEÑOR

DON FELIPE II.

TOMO II

EN MADRID:
EN LA OFICINA DE DON BENITO CANO.
Año de 1791.

Se hallarà en la Libreria de Quiroga, calle de la Concepcion &c.



LIBRO III.

CORÓNICA GENERAL

DE ESPAÑA.

CAPITULO PRIMERO.

Como parte de los Andaluces vecinos de Tarifa pasáron á las riberas de Guadalquevir, para residir en ellas: donde fundáron un pueblo nuevo con otros edificios, de quien los Historiadores y Cosmógrafos Latinos y Griegos hacen señalada memoria.



Stando los negocios del Andalucia puestos en los términos y puntos arriba declarados, era ya la confederacion y las amistades viejas de los vecinos del puerto de Santa María tan verdaderas y tan firmes con los Carteyos ó Tartesios, moradores de la villa de Tarifa, que no se hallaban dos pueblos mas conformes, ni que mas se favoresciesen en todas aquellas tierras, continuando siempre la buena voluntad que los años ántes comenzáron á tener- 1

se, como lo declaramos en los treinta y seis capítu-
2 los del segundo libro. Fuéron aquellos Tartesios de Tarifa grandes hombres de mar, tales, que toda su principal intencion era siempre labrar muchos navíos para qualquier manera de navegacion, así de remo, como de carga, hechos en hermoso talle, fuertes, veleros, y muy aprovechados: de los quales vendian algunos, y con otros discurrian ellos á diversas partes, aprovechándose de sus industrias y buenos mo-
3 dos de vivir. Perseverando, pues, en aquel exercicio, parecióles, que ni la villa ni la ribera del mar donde moraban, dado que fuesen de razonable disposicion para sus tratos, no tenian tanto lugar ni tales
4 anchuras como les era menester. Y por esta razon pusiéron en plática con aquellos sus amigos del puerto, que les diesen algun sitio sobre las bocas del rio Guadalquevir, donde pudiesen hacer nuevas moradas, y tenderse para llevar adelante sus intentos: porque como diximos en aquel capítulo, las entradas de este rio Guadalquevir, con una gran isla que tomaban aquellos sus dos brazos en que se dividia todo, lo gobernaban y defendian los vecinos del puerto sobredicho, por causa del templo muy antiguo que poseyéron allí desde muchos años fundado por el Capitan
5 Menesteo, que principió su lugar. No fué menester gran alteracion en la demanda de los Tartesios, porque los otros tenian dellos tal certinidad y confianza, que sin haber otras obligaciones en medio, les permitieran qualquiera obra que les pluguiera hacer, quanto mas no quedando las voluntades tan saneadas entre ellos y los Cartagineses desde el tiempo que tuviéron los debates sobre la posesion deste rio, que no conviniese bastecer aquellas partes, y poner
6 allí gente de su mano para lo conservar. Así que se hizo todo como los Tartesios de Tarifa pidiéron: los quales apartáron luego cierto número de navíos con

con gente de su villa, para que saliesen á poblar
en la isla del sobredicho rio. Señaláron por capitan 7
desta jornada un vecino del mismo pueblo llamado
Capion, hombre principal entre la casta de los Fo-
ceenses de Yonia, que los años ántes quedáron ave-
cindados en Tarifa, como ya lo contamos en los
veinte y quatro capítulos del segundo libro. Fué Ca- 8
pion allende lo sobredicho, persona grave, bien au-
torizada, muy negociador en los hechos de mar y
de tierra. La salida se concertó así al principio del 9
verano, quando se contáron quatrocientos y seten-
ta y un años primero que nuestro Señor Jesu-Chris-
to naciese. Llegados allí, la primera parte donde se 10
metiéron, fué por la boca del brazo mas oriental
que solia ser en aquel rio Guadalquevir: y luego sa-
liéron al templo ya declarado, que despues las gen-
tes y Coronistas Latinos llamáron el Oráculo de
Menesteo. Hechas allí sus devociones y plegarias con- 11
formes á la ceremonia de los Gentiles, comenzáron
á discurrir por la isla, tomando los puestos y lu-
gares que mejor les parecian. Entre los quales prin- 12
cipalmente señaláron un asiento quatro mil pasos el
rio arriba, donde formáron un lugar, á quien llamá-
ron Ebora, que despues fué notable ciudad en aque-
llas partes. Agora hallámoslo despoblado, pero du- 13
ran sus muestras en el asiento mesmo que tenemos
dicho. Los moradores de toda la comarca la nom- 14
bran hasta nuestros dias Ebora la vieja. Las gentes 15
antiguas la solian decir Ebora de los Tartesios: y
muchos Coronistas la dicen Tarteso desnudamente,
para diferenciarla con aquel sobrenombre de muchas
otras Eboras, lugares muy señalados que fuéron en
España, de las quales duran agora dos en el reyno de
Portugal, una llamada Ebora Ciudad, y la otra Ebo-
ra Monte, de quien harémos relacion algunas veces
en la tercera parte desta corónica, quando nuestro

Señor Dios allá nos llegare, puesto que de la postrera hallo yo poca memoria ó casi ninguna en los
16 libros antiguos. Por causa tambien de los Tartesios allí venidos fué nombrado Tarteso el mesmo rio Guadalquevir, dado que mas comunmente los antiguos le decian Betis, y la mesma isla se dixo tambien Tarteso, juntamente con la de Cádiz y con todas sus comarcas hasta casi la boca del rio que viene por la villa de Palos, que solo por la vecindad tuviéron gran parte muchos años en el tal apellido.
17 Señalada la traza del pueblo con el repartimiento de calles, plazas y casas; principiados luego sus edificios, comenzáron juntamente con ellos á labrar un torrejon por aquellas entradas del rio sobre la mar en una pizarra rodeada toda de agua, cuya fundacion quiso tomar á sus cargos y despensas el Capitan Capion, y tal diligencia le puso, que muy poco despues la tuvo hecha con asaz perfeccion, la qual todos los años quantos por allí duró, que fuéron muchos, la dixéron continuamente la torre de
18 Capion. Y siempre tuviéron costumbre de poner en lo mas alto della fuegos á las noches, para que los mareantes la reconociesen desde léjos, si quisiesen
19 ordenar allí sus viages. Y tambien para la navegacion entre dia fué mucho saludable, por causa que la boca sobredicha del rio Guadalquevir, en aquel brazo de Levante se mostraba por muchas partes vadosas, llena de muchos baxíos con el cieno que las aguas por allí traian: y si lugares algunos tenian canal, quedaban llenos de pizarras, con peligro manifiesto: sino fué contra la parte de la torre, que
20 se podia mejor navegar. De manera, que necesario convino tenerla como señal, para que de dia y de noche los navíos en llegando se ladeasen á ella, por
21 no peligrar. Con estas diligencias y buenos edificios, y con otros que despues allí hiciéron, quedáron los

Tar-

Tartesios en aquella parte muy asentados, y creciéron tanto sus provechos, que los otros Tartesios, moradores de Tarifa, se tuviéron por venturosos en haber dellos procedido tan buenos hombres: y los del puerto de Menesteo fuéron mucho contentos del favor que les diéron, segun cada dia los vian aplicados al valer, y segun mejoraban por allí su partido quanto mas iban adelante. De sospechar es que 22
los Cartagineses del Andalucía no holgarian mucho desto, pues en todos aquellos hechos se les renovaria siempre la memoria de las diferencias pasadas que con los del puerto tuviéron, quando los años ántes no les consintiéron á ellos lo que permitian á los Tartesios: mas ni por eso moviéron algun bullicio, ni mostráron sentimiento ni turbacion, agora fuese por no revolver el estado de las comarcas, agora porque ya tendrian otros negocios en el Andalucía mas importantes y de mas provecho que los ocupaban.

CAPITULO II.

De la venida que cierto Capitan Cartagines llamado Safo hizo en el Andalucía, para mover guerra por el estrecho de Gibraltar á los Moros fronteros de España, que se rebeláron contra Cartago.

Tanto quanto los hechos tocantes á Cartago 1
perseveraban estos años pacíficos y quietos en el Andalucía, tanto se comenzáron á turbar entre las gentes Africanas sus vecinas y confines: las quales considerando la grandeza desta Ciudad, la potencia que dentro dellas alcanzaba: considerando tambien, que los Cartagineses con usar deste señorío, no contribuian ciertas parias que sus antepasados acostumbraban dar á los pueblos de la comarca, por obli-

obligacion del asiento que sus ancianos les consintiéron hacer en aquella tierra, como ya lo tratamos en el décimo sexto capítulo del segundo libro: murmuraban unos con otros, y tomábanlo por ocasion para se rebelar abiertamente contra Cartago, segun que tambien lo tentáron algunas otras veces.

2 Comenzó su mudanza casi en el año de quatrocientos y sesenta y cinco, ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, y fuéron creciendo las alteraciones, y derramándose por aquellas tierras, en tal manera, que los Africanos un año despues tenian por diversas comarcas gentes puestas en campo, no solo con voluntad de resistir la sujecion que padescian, sino de pasar adelante, hasta destruir á Cartago, si no la pudiesen reducir á los tributos y servidumbre que primero reconocia. Y segun por las historias parece, conformáronse con ellos en esta demanda la gente de Mauritania con algunos de sus allegados, moradores en lo postrero de Africa contra el Occidente, fronteros á España. Estos Mauritanos son los que mas comunmente llaman agora los Moros: y dado que la tierra de su vivienda sea fértil de muchas cosas, nunca los Cartagineses habian tratado con ellos algun hecho, por caer muy apartados de Cartago, y porque tambien los hombres de su Provincia no solian ser en aquel tiempo muy guerreros ni provechosos: y junto con esto, porque la mayor parte dellos tenian amistades y buenas avenencias con algunos pueblos Andaluces, y quando les era necesario se favorecian dellos en quales-

4

5 quier menesteres que sucediesen. Por esto como Cartago no poseyese los dias presentes aquella comarca de los Españoles tan absolutamente como despues la poseyó, rehusaban siempre romper con los Moros, porque no les alterasen los Andaluces, pues adelante podrian hacer en ellos quanto quisiesen, tenien-

niendo lo de España sojuzgado, como lo creian tener andando los tiempos. Agora siendo los Mauritanos parte principal en el ayuda de los otros Africanos, fué necesario salir contra todos ellos poderosamente. Y á la verdad nunca los Cartagineses mostraron pesar alguno desto, porque luego conociéron ser ocasion para que todos aquellos pueblos les quedarian muy mas obedientes en siendo vencidos. Nombrados pues sus Capitanes para la qüestion, y señaladas las partes donde convenia tratarse, despacháron tambien al Andalucía cierto caballero nombrado Safo, hijo del buen Hasdrubal, que fué muerto quando la guerra de Cerdeña, de quien ya los quarenta y un capítulos del segundo libro diéron relacion. Encargáronle sobre todo, que trabajase como los Mauritanos ó Moros no sacasen á su favor gente del Andalucía. Item, que para los negocios pertenecientes á su cargo, pudiese tener en armas tres mil peones Españoles, y docientos de caballo, sobre la gente Cartaginesa que por acá residia: la qual era tambien otra mediana cantidad, pagados todos estos de los intereses y hacienda, que la Señoría Cartaginesa poseia en España: con los quales exércitos, y con todo lo demas obrase quanto le pareceria convenir al bien de su República. 6 7 8 9 10

Con este despacho, Safo llegó primeramente sobre la isla de Iviza, que corria mucho peligro por la vecindad de los Africanos contrarios: y despues que la dexó bastecida de mantenimientos, y reparados los muros de la poblacion que tenian allí con pertrechos y gentes, se pasó en el Andalucía: donde fué su llegada casi en los fines del año sobredicho. Y luego como viniéron los principios del siguiente, que se contó quatrocientos y sesenta y tres, ántes que Nuestro Señor Jesu-Christo naciese, comenzáron á se tratar todos los negocios de la provin- 11 12

vincia regladamente, segun las instrucciones habia
13 traido. Lo primero que hizo fué, recorrer los pue-
blos y fuerzas que sus gentes aca poseian, así por
14 la marina como dentro de la tierra. Despues visitó
los otros lugares del Andalucía sus confederados: en
los quales todos repartió preseas, que para los ta-
les propósitos enviaba la Señoría Cartaginesa, don-
de saliéron muchos vestidos galanes y bien hechos,
muchas armaduras de hierro defensivas para diversas
partes del cuerpo, como son casquetes, celadas y
manoplas, muchos escudos bien adornados y de bue-
15 na faccion. Repartióles tambien muchas espadas her-
mosas á maravilla, las quales fuéron estimadas y
16 preciadas entre los Españoles á quien se diéron. Te-
nemos por cierto, que la tal estimacion no vendria
por la fineza dellas, pues averiguadamente sabemos
de Corónicas antiguas, que ni de perfeccion, ni de
talle, no se labraban tales espadas en el mundo co-
mo las Españolas, ni tan atropadas en la mano, ni
tan cortadoras, á causa de las aguas, que son acá
muy apropiadas, y naturales para sus temples, y
tambien por algunas diligencias primas que los Es-
pañoles tenian en apurar el hierro y acero de que
las obraban, como lo manifestarémos adelante: pe-
ro la ventaja que las de Cartago debiéron traer, se-
ria hermosura de vaynas, y puños, y guarniciones,
17 labradas con mas industria que lo del Andalucía. So-
bre todo repartió Safo por aquella gente multitud
de frenos y jaeces para los caballos, conformes á la
manera de su tiempo, que fué lo que ménos bien
acá labraban, y mas estimaban, juntamente con mu-
chas telas preciosas de diversas maneras, puesto que
tambien en alguna suerte destas lleváron en el An-
dalucía mucha ventaja sobre las otras tierras, como
18 de todo dará cuenta la relacion siguiente. Con estas
larguezas y dadivas, que Safo Cartagines hacia de
con-

contino, ganó tanto la voluntad á los Andaluces,
que de todos era servido y amado. Tras esto pro- 19
curó de juntar los principales de la tierra, y allí les
dió cuenta de todos los intentos de su venida: pi-
diéndoles favor en la prosecucion de la guerra con-
tra los Africanos, que ya por allá se traia muy en-
cendida: lo qual aceptáron los Andaluces liberalmen-
te. Quanto al exército de los tres mil hombres, de 20
quien Safo señaló tener necesidad, acudiéron tan pres-
to, que si mas de tres mil demandara, se le dieran
sin interes ni sueldo, mas de los mantenimientos or-
dinarios, con algunas vestiduras de guerra graciosas,
que Safo distribuyó por quien le pareció tener ne-
cesidad. Con estas compañas y buen aparejo, fuéron 21
distribuidos luego por lugares y sitios de la marina
comarcanos al estrecho de Gibraltar, repartidos en
frontería contra los Moros Africanos: los quales en
estos dias no solo perjudicaban á todo lo que de
Cartago podian haber entre manos por la mar y
por la tierra: pero tambien traian copia de gente
guerrera por las otras provincias Africanas, favore-
ciendo la qüestion, y sosteniéndola quanto podian.
Safo comenzó poco á poco de traspasar allá sus 22
banderas por el estrecho de mar, con que les des-
truia la provincia, cautivándoles hombres y gana-
dos, abrasando lugares, caserías, aduares en el cam-
po, sin reposar noches ni dias. Y dado que quan- 23
to á lo público la fama de los que hacian esto se
llamase gente Cartaginesa, verdaderamente conocié-
ron los Moros, que sacados los Oficiales y Capita-
nes del exército, todos los otros dañadores fuéron
Andaluces, y quedáron dello muy espantados, se-
gun toda su vida los habian tenido por amigos ver-
daderos y ciertos.

CAPITULO III.

Como los Andaluces Turdetanos quisieran atajar las pendencias entre Safo, Capitan Cartagines, y los Moros: lo qual no se pudiendo bien concluir, pasáron en Africa muchos Andaluces, para favorecer á Cartago. Declárase tambien la maravillosa navegacion que los de Cádiz y sus comarcanos hacian en este tiempo por las anchuras del gran mar Océano.

1 Siendo tales aquellas destruiciones y robos, que los Andaluces hacian en la provincia de Mauritania: los principales de la tierra, por estorbar que los daños no fuesen adelante, se juntáron en la ciudad de Tanger, llamada los tiempos antiguos Tinge, la qual en aquella sazon era de las cabezas mayores y mas notables entre todos ellos: y luego despachárón mensageros al Andalucía, dirigidos á la Ciudad de Turdeto, y á las otras gentes que della depen-
2 dian. Los quales mensageros prestamente pasáron á la villa de Tarifa, nombrada Tarteso, que caia de Tanger poco mas de seis leguas en el traves del estrecho sobredicho que hace la mar entre Africa y España, cada qual dellas asentada fuera de la boca del Océano, Tanger en las riberas Africanas, y Tarifa sobre las Españolas, casi puestas ambas en un
3 tenor y frontería. Desembarcados los mensageros, viniéron por allí bien seguros, por ser en aquel tiempo Tarifa villa mas libre que los otros lugares comarcanos, y de ménos ocupacion en las contrataciones de Cartago: desde la qual discurriéron á toda parte, quejándose de las ofensas y descortesía, que tan contra razon les hacian en Africa la gente de los Turdetanos, no se lo mereciendo, ni teniendo

do causa por qué lo hiciesen: ántes creian ellos, que si qualquiera otra nacion los quisiera maltratar, salieran los Andaluces á la defensa, como fuera cierto que tambien ellos saldrian á resistir las afrentas que tocasen á los Turdetanos. Los Andaluces mos- 4
tráron descontento grande de lo hecho, certificándoles, que nada sabian, y que quando Safo juntaba sus exércitos, les hizo sentir, que seria para cierta guerra que Cartago traia con las gentes Africanas vecinas de Cartago, de las quales nadie pudiera sospechar que tuvieran parte los Mauritanos cayendo tan alejados de su region. Y por mas les 5
satisfacer, señaláron luego personas autorizadas y de crédito, que fuesen al Capitan Cartagines, para que de su parte le representasen el amistad vieja que con los Moros tenian, y le rogasen, que cesase los daños sobredichos. A lo qual Safo respondió 6
cuerdamente, diciendo, ser él y sus Cartagineses los ofendidos, sin jamas haber hecho por qué, ni tener pendencia ni contratacion en aquella tierra de los Moros, y que para la defensa de su república convenia destruirles la tierra, porque cesasen los daños que cerca de Cartago hacian ellos: mas que por contemplacion de los Turdetanos, Safo sobreseeria en el castigo que los tales merecian, si sacaban ellos luego la gente derramada que por Africa traian, y
la tornaban á sus provincias. Así fué concertado de 7
los unos á los otros, y puesto luego por obra. Pero como la gente de los Moros hubiese pasado no de golpe ni junta, sino diversas veces á la guerra, halláronse muchos, que cumplido ya su tiempo cobráron pagas nuevas, y no las habian servido: muchos otros debian las que les diéron en llegando: parte dellos tenian sueldos adelantados: otros con libertad y licencia que por allá tomáron haciendo mal, no querian tornar como les era mandado: de

suerte que si volviéron algunos Moros, fuéron tan pocos, que casi no hiciéron mengua para la guerra.
8 Desta manera Safo, quando sacó su gente, ya que la tuvo dentro del Andalucía, conforme á lo capitulado, certificáronle, que mucho número dellos
9 quedaban allá todavía. Sintiólo tanto, que sin mas detenimiento dió vuelta con el mayor golpe de los exércitos, y pasó personalmente sobre la mesma provincia de Mauritania. No se puede contar el estrago que comenzó de mover, muy mayor y mas cruel que todo lo primero, sin haber quien lo pudiese aplacar, para que todos no fuesen metidos á cuchillo y á fuego, haciendo tambien saber á los Turdetanos la falsedad que trataban aquellos Moros
10 sus amigos. Los Moros apremiados con este peligro, sacáron á gran priesa gente de los pueblos, para defender su region: y traxéron las capitanías y caudillos que tenian contra Cartago, creyendo que todo les era menester, y que Safo ya no queria paz con ellos: lo qual entendian todos que tambien así fuera, sino por los Andaluces, á quien estos Moros comenzáron á solicitar, indignándolos contra Cartago, poniendo grandes sospechas en el asiento que los tales Cartagineses hacian en el Andalucía,
11 y en la tierra que della ganaban cada dia. Pero ninguna cosa bastó, para que los Andaluces lo tuviesen á mal, ni rezelasen que dello les podria redun-
12 dar perjuicio. Como tales comenzáron á hacer amigas estas dos gentes: lo qual aunque Safo tuviese por muy grave, las importunaciones fuéron tantas, que por complacer á los Turdetanos, hubo de sacar sus banderas fuera de la provincia Mauritana: mas no quiso tornar en España por el presente, sino desde allí despachó nuevos Capitanes á la provincia de los Españoles Célticos, que moraban metidos en el Andalucía, por la region de los Turdetanos, desde

de poco mas baxo de Sevilla, contra la ribera de Guadiana, para que recogiesen allí siete mil peones y quatrocientos caballos. Estos cogidos en pocos 13
dias, y pasados en Africa por las angosturas del estrecho, tuvo Safo con ellos y con los primeros puestos en campo casi doce mil combatientes muy buenos y bien armados: con los quales entró por las otras provincias Africanas contrarias á Cartago, pasando siempre mas adelante, haciendo tal destruicion, que nadie lo podia resistir. Así que tomados 14
en medio los enemigos, Safo con sus Españoles por la parte mas occidental, y los otros Cartagineses por la parte de Levante, los apretáron tan recio, que necesariamente se vencièron, despues de pasadas en todas partes grandes mortandades y daños. Mu- 15
chas Ciudades quedáron asoladas, muchos pueblos robados, infinitas batallas y recuentros rompidas, y perdidos en ellas Capitanes y caballeros, y gente muy principal, con que los Africanos fuéron puestos en servidumbre tan manifiesta, que les fué necesario renunciar las parias y tributos quanto la señoría Cartaginesa solia pechar por el asiento de su Ciudad, perdonándolas y desistiéndose dellas perpetuamente. Diéron otrosí grandes pesos y suma de plata, pa- 16
gados entre todas aquellas naciones por los gastos hechos en estas pendencias: y mas ciertas medidas de trigo para los granéros y depósitos Cartagineses, con mucho número de caballos y vestidos que tambien contribuyéron, para gratificar las gentes que les ayudáron en diversas partes: de las quales no darémos aquí relacion, ni de las cosas particulares acontecidas en aquellos debates, pues lo de los Españoles queda ya dicho, y lo de los otros no pertenesce á nuestro propósito, sino fué lo de cierto Capitan mancebo, llamado Sarnco, el qual por haber sido morador en otra ciudad Africana, nombrada Bar-

ce,

ce, no contraria de Cartago, le decian por sobre-
17 nombre Barcino. Este con algunos parientes suyos, y gente de la mesma ciudad que consigo traxo, dió muy crecidas muestras de su valor todos los dias de
18 la guerra. Los Cartagineses lo avecindáron en Cartago, casándolo con una señora su natural, noble, rica, y poderosa: del qual, y de los otros sus deudos precedió despues un linage Cartagines, nombrado de los Barcinos, ó Barcas, principal y de gran potencia: cuyos decendientes fué tiempo que gobernáron mucha parte de España, y emprendiéron en ella grandes hazañas: y por este respeto hacemos aquí mencion dellos, para que sepamos adelante su principio, quando tratarémos dellos en los libros venideros: dado que Silio Italico Poeta Español, y algunos otros Escritores pongan por diversa via su generacion y principio, como ya lo diximos en los diez y seis capítulos del segundo libro. Fenecida la guerra los exércitos fuéron derramados cada qual
19 donde le plugo. Los Españoles diéron vuelta por las mesmas tierras que viniéron, y pasados al Andalucía se tornáron á sus casas, bien satisfechos y pagados, casi en el año de quatrocientos y cincuenta y nueve ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, que fué justamente cinco años cumplidos des-
20 pues que la dicha pendencia se rompió. Pasado este tiempo, Safo quedo muy pacífico, mejorando por el Andalucía su partido, con todos los intereses y hacienda de Cartago, buscó siempre muchas amistades y confederaciones con quantos pueblos Españoles podia, dentro y fuera de la Provincia, sobre las que los otros Cartagineses sus antecesores tenian he-
21 chas primero. Particularmente comenzó de tratar inteligencias con los Saguntinos vecinos de Monvedre, puesto que moraban algo léjos de donde Safo residía, prometiéndoles su confederacion y la de Carta-

tago, para quanto mandasen y quisiesen, á fin de con esta color entremeterse tambien si pudiese con ellos, y mezclar con sus contrataciones en aquella Ciudad, que tenia grandes riquezas y poder entre las mejores de España. Los moradores de Cádiz (sin 22
haber memoria de los enojos antiguos) fuéron tratados muy bien deste Capitan, y favorecidos para la sustentacion de sus naos, y para los gastos de sus viages que traian por el mar Océano de Poniente muy contínos, y de muchos intereses: dellos por las riberas Occidentales y Septentrionales de España, y dellos por las Africanas, juntamente con los Tartesios de Guadalquevir, y con los otros Tartesios de Tarifa, y del puerto de Menesteo, con mas otras gentes comarcanas, que ya rodeaban todas aquellas mares en grandes caminos y distancias. 23
Puso tambien gente Cartaginesa de residencia por algunos lugares de la Mauritania, so color de tratanzas, tomando por achaque la vecindad que tenian con los Andaluces, y las amistades que pocos dias ántes hubo puesto con ellos por intercesion de los Turdetanos. Desde el qual tiempo comenzá- 24
ron estos Cartagineses á nombrar Avila la punta postrera del estrecho, que hace la boca de nuestro mar Mediterráneo, frontera de Gibraltar en España, porque la tal palabra significa en su lengua Cartaginesa lo mesmo que monte crecido y encumbrado, qual es uno de quien procede la dicha punta. Y así 25
fuéron valiendo continamente los negocios destos Cartagineses por la region de los Moros arriba dichos, con la buena diligencia deste Capitan Safo, quanto residió por el Andalucía: desde la qual gobernaba todo seis años enteros, despues de fenecidas las guerras Africanas, negociando muy á la contina cosas importantes de grandes provechos y crecida substancia.

CA-

CAPITULO IV.

De la vuelta que hizo Safo desde el Andalucía para Cartago, y como viniéron en su lugar otros dos Capitanes primos suyos, nombrados Himilcon y Hanon, de los quales Hanon hizo singulares acometimientos, y principió cierta poblacion en Mallorca para tomar entrada con la gente de la isla.

1 Gobernaban en esta sazon el estado de la gran Cartago dos hermanos de Safo, llamados el uno Hanibal, y el otro Hasdrubal; y como los negocios de la señoría Cartaginesa fuesen gravísimos y muchos, y muy continos, convino para despacharlos, y para lo demas que requeria su buen regimiento, tener entre sí con el mesmo cargo tres primos suyos, nombrados Himilcon, y Hanon, y Gisgon, hijos del Capitan Hamilcar, de quien diximos en los quarenta y tres capítulos del segundo libro, nunca mas haber parecido despues que per-
2 dió la batalla de Sicilia. Todos estos viendo la buena manera con que Safo trataba lo del Andalucía, considerada su gran habilidad, enviáron por él, para darle parte (segun publicaban) del mando que tenian en Cartago, mostrando querer ayudarse dél y de sus esfuerzos en aquella gobernacion: como quiera que la verdad fuese que lo hiciéron por cierta costumbre muy antigua que Cartago tenia, de no consentir á nadie muchos años en cargos califica-
3 dos. Desta suerte salió Safo del Andalucía por mandado de sus hermanos y primos, siendo ya llegada la primavera del año de quatrocientos y cincuenta y dos ántes que Nuestro Señor Jesu-Christo naciese.
4 Venido á Cartago, le fuéron hechas crecidas remune-

neraciones, y dadas gracias en público, de parte de toda la señoría, por la buena diligencia, cuidados y solicitud, que por acá tuvo. Tomáron tambien dél relacion y cuenta de las buenas maneras en que dexaba las provincias y los negocios de ellas, y mas todos sus anexos y dependencias: lo qual Safo declaró tan abundantemente que todos quedáron satisfechos, y por su consejo fuéron luego señalados para suceder en este cargo de España que él dexaba, los dos primos suyos sobredichos Himilcon y Hanon, certificándoles que cumplia para llevar sus hechos adelante, no quedar esta tierra de los Andaluces en España sin Gobernadores un solo momento, por ser la gente della no muy conformes unos con otros, aparejados para qualquier mudanza. Desta suerte los dos hermanos ya dichos, recebido lo necesario de navíos y gente, metidos á su viage, quisiéron de camino tentar lo que muchos otros Cartagineses habian tentado los años ántes, quando venian en España, que fué dar algun rebato sobre las islas de Mallorca y de Menorca: lo qual finalmente se hizo, puesto que no tan de presto como deseaban: porque muchos dias tuviéron vientos contrarios, con que les era necesario caminará remo solo, muy poco y muy tarde, y con muy grande fatiga: pero todavía lo porfiáron tanto, que tomáron un puerto de Mallorca sobre la ribera oriental que cae contra Menorca. Sacados allí sus hombres á tierra, descansáron y refrescáron de los trabajos pasados, y procuráron trabar plática con los moradores de la isla, dándoles herramientas y cosas apacibles que traian en sus navíos, por los halagar en todas las maneras posibles. Tuviéron aplacados algunos de ellos, con la sagacidad y buen seso de Hanon, el uno de los dos Capitanes, que fué persona grandemente discreta: mas al cabo no bastaba nadie para sosegarlos de todo punto, porque luego como los Mallorquines habian recibi-

5 6 7 8

bido qualesquier atavíos ó herramientas que les agradasen, huian á los montes, y chozas y cuevas donde
9 se criáron. Aprovechó la venida destos Cartagineses al presente no mas de para fortalecer un buen sitio, donde pudiese residir gente suya, si despues adelante
10 viniesen otras veces allí. Y para quitar el alteracion que los Mallorquines mostraban quando veian entre sí personas extrañas: y porque con esto los negocios poco á poco fuéron algo mejorando, visto que los Mallorquines cada dia mostraban ménos contrariedad, acordáron entre sí los Capitanes de Cartago, que Himilcon prosiguiese la jornada del Andalucía, y su hermano Hanon quedase pacificando la isla con quantas blanduras y buenas obras podia, donde mostró con tal discrecion y prudencia, con tanta destreza por todos sus hechos, que muchos inconvenientes de los que primero parecian gravísimos, fuéron allanados: y dado que con trabajos contínos abrió muy gran puerta para las contrataciones, pláticas, negocios y seguridad venideras.

CAPITULO V.

Como los factores Cartagineses poblâron lugares y villas en Menorca muy provechosas para la contratacion que traian en España, sosteniendo juntamente la posesion que tomáron en Iviza, y en las otras islas menores de su contorno.

1 Ménos dificultad tuviéron los negocios de Menorca, por ser los vecinos della no tan endurecidos ni silvestres de su condicion, puesto que quanto al estilo
2 de vivir eran mucho semejantes. Allí fuéron esta vez comenzados á poblar dos lugares, el uno llamado Jama, ó segun Ptolomeo lo nombra Jaman, apartado de la morada que los Cartagineses tenian en Mallorca, poco ménos de sesenta millas por la mar, sobre la ma-

marina de la isla, contra la parte del Occidente Septentrional, frontero de los vientos que comunmente decimos Nuruestes, y por otro nombre Maestrales, á quien los antiguos nombraban Coros, y por otro nombre Japigas, Olimpias, Argestes, no léjos de la parte donde hallamos agora la villa que dicen Citadela. El 3
otro pueblo llamáron Mego, que Ptolomeo y Plinio nombran Magon, segun que tambien agora le llamamos Mahon, junto con un puerto de mar excelente sobre las riberas orientales de la isla, torcida su postura contra la vuelta de Mediodia, frontera de los vientos, llamados agora Xaloques y Sueste, que los antiguos eso mismo decian Euros, Volturnos, Apeliotes. Entre 4
los dos lugares ya dichos quedaban sesenta millas de trecho, que son todo lo largo de la isla de Menorca, desde Levante hasta Poniente, puesto que muchos afirman haber tenido la tal isla tres pueblos principales: uno llamado Labon, otro Sesena, dicho tambien Jamon, y el tercero Magon, de quien agora hablamos: á la manera propia que se le hallan otros tres, y no mas, en este nuestro tiempo, que son Alayor en el medio, Machon y Cibdadela sobre los dos fines della. Los 5
nombres antiguos destos tres lugares, conviene á saber, Labon y Sesena, y Magon ó Mahon, dicen serles puestos á causa de ciertos Gobernadores que Cartago les envió despues de poblados, nombrados de los mesmos apellidos. Pero yo para decir verdad, aunque lo 6
postrero me parezca llevar buen concierto, no tengo visto memoria de crédito que lo certifique: solo hallo bien averiguado, los dos lugares primeros haber sido muchos años en Menorca principiados en su cimiento por gente Cartaginesa: los quales fuéron despues acrecentados con moradores de la mesma tierra que venian aplacados, y los recibian entre sí cada dia de muy buena voluntad. Hallo mas haber tenido Cartago siem- 7
pre muy provechosas acogidas aquí todos los tiem-

pos que sus gentes trataron en España, con ser los negocios entropezados y confusos, como lo suelen ser
8 todos los principios de qualquier cosa. Hanon se detuvo por allí mas de dos años, hasta los dexar en buenos términos, y todas sus ocupaciones y jornadas fuéron pasar de Menorca á Mallorca, y de Mallorca para Menorca, requiriendo las poblaciones arriba dichas, y
9 remediando qualesquier turbaciones que sucedian. Algunas veces requirió la poblacion de Iviza, que ya por aquellos dias era cosa bien asentada, mucho proveida de mantenimientos y navíos, en que los Cartagineses
10 traian grangerías provechosas. Era la principal grangería Oficiales que hacian vasijas de barro bien cocidas y de buen talle, labradas en infinita multitud: las quales gastaban las gentes Africanas, y diversas otras naciones en el servicio cotidiano, donde sospechan algunos Escritores, que la tal isla con las otras mas pequeñas de su contorno fuéron despues llamadas por los Griegos Pitiusas ó Pitecusas, á causa que las tales vasijas de barro se dicen pitos en lengua Griega, no embargante que hartos otros afirmen haber tenido tal nombre, por causa de los muchos árboles pinos que se crian en ellas, á quien los mesmos Griegos llaman
11 pitis, como lo declaramos en el segundo libro. Labraban tambien estos Cartagineses en Iviza copia de sal, con que bastecian todos sus lugares y ciudades, y mas otras provincias y regiones donde la vendian ó trocaban por intereses crecidos: en el qual tiempo todos los dias que por allí hacian esto, Himilcon, el otro Capitan, hermano de Hanon, residió siempre con los Andaluces, y segun parece tenia quietud y sosiego, porque las historias que tenemos al presente no señalan hazaña suya todos aquellos años, ni dan cuenta de sus costumbres, ni de sus maneras buenas ó malas, ni
12 del estilo que tuvo los años de su gobernacion. Y ciertamente son tan encogidas en la memoria deste Capi-

pitan Himilcon, quanto son abundosas en la de su mayor hermano Hanon, y en las alabanzas que de su persona publican, tales que para bien gobernar ninguno jamas envió Cartago en España que le hiciese ventaja, y muy pocos le igualáron, segun los capítulos siguientes bien largo lo contarán.

CAPITULO VI.

Como dexadas las islas de Mallorca y de Menorca vino Hanon al Andalucía para se juntar con su hermano Himilcon, y de las excelencias y grandes habilidades que mostró tener este Hanon Cartagines el tiempo que por acá residió.

Principiada la contratacion de las islas, con tanta solicitud y prudencia quanta dexamos escrita, Hanon comenzó las diligencias de su camino para venir al Andalucía, dexando por allí muy de reposo todo lo mejor de sus navíos y de sus gentes. Poco despues con una sola galera crecida de quatro remadores al banco, que los Latinos llaman quadriremes, y en ella no mas de la gente necesaria para su gobernacion y servicio, tomó la jornada sobredicha, y en breves dias vino al Andalucía, siendo ya pasada buena parte del año, que se contaba quatrocientos y quarenta y ocho ántes que nuestro Señor Jesu-Christo naciese. Fué recibido con grandes alegrías de su hermano Himilcon, y de todas las otras personas, así Cartagineses como Andaluces, que residian acá: los quales, despues que comenzáron á tratar este Capitan y conversarle, no se puede significar quanto lo fuéron amando y siguiendo, por ser hombre muy apacible, muy dulce, y de muy galan parecer y disposicion autorizada, que son cosas ayudadoras para ganar los hombres gracia con las personas y gentes entre quien tratan. Era tambien, segun

1

2

3

4

di-

dicen, dado grandemente á las artes liberales de Geometría, Philosophía, muy artificioso de sus manos en pintar debuxos, quanto en un Señor ocupado de negocios graves y contínos podia caber. Sobre todo muy aficionado que la memoria de los acontecimientos notables no pereciese, tanto que desde su venida comenzó de poner en España muchos letreros y medallas esculpidas, dellas con letras Africanas, otras con Griegas, dellas tambien con Españolas provinciales, que duráron largos años, hasta los tiempos de los Romanos y Godos que por acá viniéron. Lo mesmo hizo tambien en Cartago, y en Mallorca y en Menorca, y en las otras partes donde tuvo gobernacion. Nunca lo reputáron en España por esforzado ni guerrero, pero quando no se podian excusar qüestiones ó batallas, era tanta su diligencia, sagacidad y cuidado, que nadie prevaleció jamas contra él, y muchas veces con pura solicitud alcanzó grandes ventajas á sus contrarios. Tuvo sobre todo gracia demasiada en poner enemistad y division entre qualesquier gentes que le fuese menester, y si convenia reducíalas despues á concordia, con tal serenidad y disimulacion que nadie lo podia culpar, y de todos alcanzaba gracias de lo hecho. Legado, pues, entre los Andaluces, reconocida la manera de la tierra, confirmó luego quanto su hermano habia hecho los dias que por ella residió, juntamente con lo que Safo, su primo, tuvo negociado los años ántes con las otras gentes dentro y fuera de la provincia, segun queda dicho. Esto negociado dividió con el hermano su gobernacion; y porque mas descansadamente la pudiesen ambos tratar, Hanon tomó lo postrero del Andalucía contra las partes occidentales, cerca del rio Guadalquevir, Himilcon escogió la parte de Levante contra las comarcas que confinan agora con el reyno de Murcia: y el uno y el otro procuraban de se meter por la tierra quanto podian, trabajando con gran efi-

ca-

cacia sobre las otras cosas en buscar mineros nuevos de metales y pedrería preciosa, de que hallaban grandes indicios á toda parte. La diligencia desto 11
fué mucha con que descubriéron increible multitud de venas y pozos, sobre las que primero sabian los Españoles: destos quedáron algunos principiados que no se pudiéron cavar ni limpiar perfectamente por ser indomables las gentes y tierras donde caian, y no tener osadía los Cartagineses de perseverar en las obras. En otros les iba tanto bien, y hallaban tal 12
abundancia de riqueza, que bastaban á satisfacer sus codicias. Enviaban continuamente crecida cantidad al 13
tesoro de Cartago, con que siempre crecia la potencia desta ciudad sobre todas quantas á la sazon eran en el mundo. Las naciones extrañas no platicaban otra cosa sino la buena fortuna de los Cartagineses, y la sobrada diligencia que pusiéron en acometer este negocio, publicando los unos y los otros que sus flotas andaban en lo postrero del mundo, descubriendo nuevas tierras y gentes en España, y apoderándose por ella donde nadie despues del dios Hercules habia podido tocar, sino fuéron los Fenices de Sidon, y de Tiro, con mandamientos y revelaciones del mesmo dios Hercules, y tambien algunos pocos de Griegos, que traidos con tempestad de la mar se metiéron en la tierra con muy gran ventura, donde mezclados con los naturales de las provincias, vivian en ellas por ser tierra fertil y perfectísima de todo quanto criaba. Lo qual pares- 15
ce muy semejante á lo que por el mundo platican en este nuestro tiempo de la jornada que nuestros Españoles hacen á las Indias Orientales y Occidentales, y al señorío que por allí tienen, y las riquezas que de contino traen, de qulen la postrera parte desta gran historia dará crecida relacion, sino que discrepan en que lo nuestro se halla viage sin compa-

paracion mucho mas largo que quanto los Cartagineses ordinariamente navegaban, y tambien el señorío de España, por las Indias va continuamente
16 ganando por armas con victorias maravillosas. Cartago jamas en aquellos tiempos tuvo riesgo con España, donde sus exércitos no fuesen destrozados, co-
17 mo presto lo verémos en el proceso siguiente. Discrepan tambien que los Cartagineses nunca traxéron
18 en España cosas de mucha substancia. Los Españoles llevan á las Indias grandes y crecidos provechos, como son mucho pan, mucho vino, caballos, paños, lienzos, azogue, plomo, cobre, y estaño, frutas, hierro y acero labrado, con todo género de herramientas, y en verja, con otras muchas cosas excesivamente mas preciosas para los provechos de la vida humana, que no el oro solo que buscan allá, del qual pudieramos buenamente carecer donde quiera, si con discrecion considerasemos el poco provecho que dél resulta para qualquier cosa, muy al contrario de los otros metales comunes, con cuya falta seria la vida trabajosa, puesto que tambien del tal oro podriamos acá tener tal abundancia, si se quisiese buscar, que no seria necesario pasar en otra parte para lo traer, aunque muy cerca nos cayese, quanto mas tanto ttecho, pues ya sabemos averiguado, que ninguna provincia tiene las Indias tanto por tanto, donde tal plata ni tal oro, ni tanto ni tan aprobado, ni subido se crie, como por España, juntamente con todos los otros metales que faltan allá.
19 Pues que si considerasemos las montañas y sierras de jaspes, de porfidos, de mármoles, alabastros y toda suerte de margaritas de que se halla toda llena, segun lo confiesan los Escritores antiguos que lo vié-
20 ron, y tratáron. Pero conviene dexar esta materia para su tiempo por tornar de contar lo que hiciéron los factores Cartagineses en aquella sazon, quan-

quando residian acá con los Españoles entre quien vivian.

CAPITULO VII.

Como Hanon el Cartagines quiso descubrir particularmente las marinas que vienen desde el estrecho de Gibraltar hasta la punta de San Vicente, y descubriéndolas de propósito, hizo relacion en Cartago de todo lo nuevo y no sabido, que por allí se conoció.

Dicen las historias que como Hanon el mayor de los Capitanes Cartagineses fuese persona de generosos pensamientos entre los otros negocios á que sus inclinaciones lo lleváron fué uno procurar de saber el estado de las gentes Españolas, que moraban desde Guadalquevir adelante contra las partes Occidentales sobre la costa del mar, y en qué distancia fenecia la tierra firme de España y del mundo. Porque dado que todas las gentes extrangeras tuviesen creido que las tierras habitables no pasaban del estrecho de Gibraltar adelante donde platicaban Hércules haber puesto sus colunas, conocian muy claro los que por allí moraban y residian que la region procedia mas léjos, hasta fenecer en una punta mucho metida por el agua que nombraban en aquellos dias el cabo de los Cenitas, á quien mas comunmente llamaban tambien el Cabo Sagrado, que llamamos agora de San Vicente, lo qual en alguna manera constaba ya desde las navegaciones de los Fenices de Sidon y de Tiro, y en las de los Griegos particulares, que rodeáron aquella tierra, mas nadie de los estrangeros habia puesto su morada, ni detenídose por allí, sino fuéron los Cenitas Alárabes, gentes antiquísimas, quando viniéron con Osiris Dionisio, como ya lo declaramos en el onceno capí-

1

2

pítulo del primer libro, cuya generacion perseveraba todavía por aquella provincia poco multiplicada ni próspera: y con estar toda la tal rivera dentro del mar Océano, y las aguas corrientes venir por allí muy furiosas, nadie holgaba de navegar en ella para descubrirlo perfectamente, digo de los extraños, que los Españoles muy á menudo lo navegaban y
3 trataban. Era cosa de notar las maravillas que dos Andaluces vulgares, de quien Hanon procuraba tener informaciones decian en este caso conformes á la vanidad que las gentes comunes hablan, quando los cuerdos les dan lugar á que se metan en algo, los unos relatando las memorias antiguas que solian contar sus antepasados, y lo que dello tenian en los cantares viejos: afirmaban que el su dios Hércules al tiempo que discurria por España, para vengar la muerte de Osiris Dionisio su padre, vino tambien por aquella parte sobredicha, y allí fundo cierto templo de maravillosa labor, en que las piedras se juntáron de suyo haciendo las paredes, y toda la fábrica del edificio, sin hombre poner en ellas mano, por la qual razon los naturales de la provincia continuaban allí grandes plegarias en veneracion deste dios Hércules, con cerimonias diversas de las
4 que por otras partes del mundo le hacian. Otros platicaban que no, sino que ciertas piedras amontonadas parecian allí puestas de suyo por gracia de los dioses, para que fuesen como señal de se fenecer allí las tierras habitables, y que no se hacian sacrificios ni plegarias á ningun dios, particularmente, ni persona de los que por aquí moraban osaban salir de noche por aquellos derredores á causa que los dioses tenian este lugar escogido sobre lo postrero del mundo donde nadie los viese para sus placeres, y salian en escureciendo á solazar y deportarse, y así no convenia que nadie los impidiese, por lo

qual

qual era llamado el Cabo Sagrado de la tierra. De- 5
cian mas, el sol quando por allí se ponia parecer
mayor y mas ancho cien veces enteras, que por
las otras horas ó parte del dia. Iten que hacia un 6
estruendo terrible, como lo hacen las cosas encen-
didas quando las meten ardiendo por el agua. En 7
poniéndose tambien el sol certificaban que luego de
súpito venia la noche cerrada y escura, sin haber en-
trevalo ni medios entre la luz y las tinieblas. Oidas 8
tales maravillas, puesto que lo mas dello parescia
ficcion, como de hecho lo era, el Capitan Cartagi-
nes deseaba mucho mas querer venir allá para ser
testigo de vista, si algo hallase digno de memoria
por todas aquellas partes, pues nunca las pláticas
semejantes proceden sino de fundamento notable.
Tomando pues consigo buena compaña de los An- 9
daluces Turdetanos pláticos en el negocio, con al-
gunos otros Cartagineses discurrió por toda la cos-
ta su poco á poco muchas veces por la mar, y
mas contino por tierra, considerando la facion de
la ribera, con las maneras y condicion de los Es-
pañoles que hallaban en el camino. Notaban eso 10
mesmo la postura de los puertos, las vayas ó senos,
los cabos, promontorios y puntas, y todo lo demas
de que se podian aprovechar adelante, hasta que fi-
nalmente llegáron al dicho Cabo Sagrado de Espa-
ña, donde como dixe fenecian las tierras habitables
del mundo. Llegados aquí Hanon adoró con mucha 11
cerimonia las aguas, y grandes anchuras del mar
Océano, dando gracias á sus ídolos, por haberle
permitido que fuese primero de los extraños á quien
dexasen allí parar de reposo sin premia ni contra-
dicion. Y luego hizo juntar en lo postrero de la 12
mesma punta grandes montones de tierra para que
fuesen perpetua señal de su jornada, remedando lo
que decian haber hecho tambien el dios Hércules en

13 otras partes á semejante propósito. Allí conoció claramente ser vanidad manifiesta mucho de lo que primero le decian, pero mucho tambien ser cosa de verdad, segun las ilusiones del demonio con que
14 por aquellos tiempos engañaba las gentes. Esto concluido, Hanon tornó para la provincia del Andalucía muy espacioso, permitiendo que de vuelta muchos Turdetanos con parte de los Cartagineses que los siguiéron poblasen lugares y puertos en los me-
15 jores asientos que hallaban. Poco despues despachó mensajeros á la gran Cartago, con relacion verdadera de quanto dexaban descubierto, declarándoles como pasada la punta sobredicha donde llegáron, la ribera de España daba vuelta contra Septentrion, y hallaban indicios que por allí podian pasar y navegar en todas las otras partidas septentrionales de Europa, de quien hasta sus dias casi no tenian cierta noticia los Africanos ni los Griegos, y que los Españoles Andaluces hablaban y decian muchas cosas de las riberas Africanas que vienen sobre el mar Océano, como de region que sabian y trataban los mas dellos: y tuviese Cartago por muy cierto que los tales Españoles pasaban tan adelante, costeando siempre la marina, que llegaban hasta las Arabias, y se metian por el mar Bermejo, y por otras fron-
16 teras de las Indias. No se podria decir quánto fuéron estimadas aquellas nuevas quando se supiéron en Cartago, poniendo luego con magnífica solemnidad la memoria dellas en sus archivos y depósitos, con toda la verdad que Hanon escribia, así de lo que primero dixéron los Españoles, como de lo que despues él hubo visto, puesto que no bastó para que muchos años no creyesen las gentes vulgares en el Andalucía y fuera della, la supersticion del solaz de los dioses en el Cabo Sagrado, y lo del anchura del sol quando se ponia por allí con el ruido de la mar,

mar, y lo de las tinieblas que luego se recrecian, que ni fué parte la vista de Hanon, ni de los que con él anduviéron para deshacer lo que primero tenian creido de sus pláticas y cantares viejos, conforme á la condicion del pueblo vulgar, que muy agramente desechan lo que de pequeños aprenden, ó qualesquier otras cosas en que vayan acostumbrados, aunque lo tal sea desatino manifiesto.

CAPITULO VIII.

Como fuéron bastecidas en España por mandado de la señoría Cartaginesa, dos flotas, para que con una Himilcon descubriese toda la costa de Europa por las aguas del mar Océano, Hanon las riberas Africanas por el mesmo mar. Dase cuenta cumplida de lo que viéron en España, quanto la podimos hallar derramada por los Escritores antiguos que hablan deste viage.

Andaba por estos dias el partido de la gran 1
Cartago tan pujante y florecido por España y fuera della, con las negociaciones arriba dichas, que jámas tuvo tiempo mas aventajado ni próspero: sus armadas corrian libremente donde les placia sin contradiccion de nadie. Las riberas Africanas y sus lu- 2
gares que caen sobre nuestro mar Mediterráneo casi todas eran suyas, ó de gentes, ó de príncipes sus tributarios ó confederados. En las islas de Poniente no se hallaba quien mas tuviese ni pudiese, pues en el arte y aparato de navegar con la destreza de sus acometimientos y hazañas por el agua ninguno se les comparaba: la grandeza de sus tesoros llebaba conocida ventaja sobre quanto poseian las otras señorías del mundo, con aquel provecho de la poca tierra que señoreaban entre los Andalu-

ces.

3 ces. Así que visto por ellos mesmos su prosperidad tan crecida, procuráron de hacerla mayor quanto pudiesen no perdiendo lance ni buenas ocasiones de quantas la fortuna les ofrecia. Con esto no tardó mucho, que no despachasen mensajeros á los Capitanes que tenian residentes en España: mandándoles bastecer á la hora dos flotas poderosas: en una de las quales fuese Hanon á descubrir todas aquellas marinas Africanas que les habia dicho caer sobre las aguas del mar Océano de Poniente: por otra parte su hermano Himilcon revolviese con la flota segunda, sobre la mano derecha contra la ribera tambien occidental de las Españas, y costease quanto podria de las otras provincias de Europa, entretanto quedase por Gobernador del Andalucía Giscon el hermano dellos ambos, que fué quien al presente traia los mandados y mensajes
4 del negocio. Esto se puso luego por obra con sobrada diligencia, como se ponian todas las otras cosas que Cartago mandaba, donde tenia señorío.
5 Para la labor de las flotas creo yo que serian señalados oficiales de Cádiz, y de las islas Afrodisias que solian allí ser, por ser á la sazon los mas excelentes y primos en aquel arte de quantos habia por las Españas, y que mejores navíos traian y mas navegaban con ellos en las grandes anchuras del mar Océano Occidental, tanto que verdaderamente fuéron ellos motivo principal, para que despues los otros Andaluces de la marina volteasen diversas veces aquella costa occidental y meridional de Africa, donde los Cartagineses querian caminar, y dellos tenian informacion abundante de todas las derrotas, puertos, cabos, y recogidas buenas y ma-
6 las, quantas hallaban en su navegacion. Como las dos flotas estuviéron á punto, Himilcon tomó su viage desde el puerto de Calpe, que llaman agora

Gi-

Gibraltar, á quien diximos que por otro nombre solian llamar Heracleo. Hanon comenzó de caminar desde la isla de Cádiz: esto fué pocos meses anda- 7
dos del año que se contáron quatrocientos y quarenta y cinco ánte de la Natividad de Nuestro Señor Jesu-Christo. Principiada la jornada, Himilcon, 8
á cuyo cargo fuéron los descubrimientos de Europa, costeó primeramente las marinas y canal del estrecho donde moraban los dos linages de los Bastulos Andaluces, llamados por sobrenombre Mesenios y Selbisos, de quien el vigésimo octavo capítulo del segundo libro hizo memoria. Navegó tam- 9
bien luego la costa de los Tartesios, que ya salia toda por el Océano: y dado que della se tuviese cumplida noticia, por andar allí muy encendida la contratacion de Cartago, todavía quisó Himilcon desde el primer dia que comenzó su jornada poner en escrito quanto hallase por allí como cosa nueva, y así con aquel presupuesto pasáron la punta postrera del estrecho llamada Herma, que quiere decir en lengua Cartaginesa reparo hecho y amontonado de tierra: despues el tiempo adelante los Latinos la nombráron el promontorio de la diosa Juno, por causa de cierto templo que fundáron allí para la devocion deste demonio. Prosiguiendo la jornada, 10
diéron en la boca del rio Cilbo, que por buena conjetura paresce ser el que viene por Bejel y Barbate. Tras el qual viéron otro rio llamado Besilo, 11
que por la mesma razon debió de ser el que pasa por Chiclana, que se mete á la mar, junto con la punta de Sancti Petro, frontero de Cádiz. Entre los 12
tales dos rios quedaba la punta de tierra, como peniscla, cercada casi toda de mar, donde fué la sepultura de Gerion, el antiguo tyrano de España, segun que tambien la señalamos en el segundo libro. Poco despues, no léjos de la boca deste riezuelo

Be-

Besilo pareciéron unos arenales tendidos que descendian de las montañas, donde nacen ambos rios.
13 Aquí frontero dellos escribe Ruso Festo que venia contra la tierra firme de España la punta oriental de la isla Eritrea, desviada del continente cinco estadios Griegos de trecho, que son poco mas de medio
14 quarto de legua castellana. Ya tengo dicho por otras muchas partes, quánta confusion traen los Autores Cosmógraphos, así Latinos como Griegos, en el sitio y postura desta isla Eritrea, certificando los unos ser aquella mesma que la de Cádiz, otros haciéndola muy diversa, como paresce que la puso tambien
15 Himilcon en sus memorias. Muy cerca della poco mas occidental, casi junto con los arenales de la ribera halláron otra isleta pequeña, con un templecillo de la diosa Venus. Estas dos islas pasadas viéron un
16 monte muy cerrado y espeso, con árboledas silvestres, llamado tambien Tartesio, segun el apellido general de toda la marina, que debió ser algun ramo de las montañas que pasan dentro desta provincia, de las quales notáron dos cumbres levantadas y crecidas: en una dellas tuviéron relacion que manaba cierto rio mucho mayor que ninguno de los que dexaban atras, cuya boca topáron á poco trecho: la qual entendemos cierto que fué de Guada-
17 lete, pues todo lo dicho le viene conforme. Despues deste rio, caminando siempre la vuelta del Poniente, moraban los Españoles Cibicenos Tartesios, llamados por sobrenombre Turdetanos, en la raya solamente de la ribera que viene hasta la boca de Guadalquevir, en cuyo medio permanecia la torre
18 Geronda morada vieja de Gerion. Con los Cibicenos partian término dentro de la provincia los Andaluces Ileates, y con estos mas metidos en la tierra, los Censios: y tras estos mucho mas dentro vivian los Maneos, todos ellos en parte confines y

ve-

vecinos á las aguas de Guadalquevir, á quien ya muy comunmente llamaban Tartesio por la causa que diximos en el segundo capítulo deste libro, como tambien Estrabon y muchos otros Cosmógraphos lo confiesan. Informados los Cartagineses de las cosas deste rio, sobre las que sabian ellos primero, halláron relacion de muchas que dellas vemos el dia de hoy ser verdad, y dellas deben los tiempos haber mudado despues acá; tambien otras pudiéron ser fábulas. Primeramente quanto á su nacimiento decian ser contra las partes orientales en la fuente Ligostica, grande y crecida como laguna, que manaba de cierto monte, cuyo nombre y apellido significaba en su lengua Española tener dentro de sí copia y abundancia de plata, por la qual causa los Latinos le llamáron despues Argentario, y Estrabon Griego le dice Argirio, que quiere decir lo mesmo: porque (segun hallamos en Avieno) tenia por sus laderas tan grandes venas de estaño, tan descubiertas y claras, que quando los rayos del sol en él daban, resplandecia desde muy léjos á manera de plata. Deste metal traian aquellos años sus aguas y las arenas deste rio crecida multitud por todas las poblaciones en que tocaba. Claro sabemos ser este monte la sierra que llaman agora de Segura: la qual, dado que no tenga tan patentes los mineros del estaño como los vian en aquel siglo, es grandemente venosa dél, y de muchos otros metales mas preciosos, que se hallarian por ella si bien se buscasen. Quanto á la corriente del rio, decian dividirse por aquellas partes orientales en tres brazos notorios, que regaban las campiñas de la tierra. Pueden ser algunos destos los tres rios mayores que se meten en él, quales son Guadaxenil, el rio de las Yeguas, y Rio-frio, que se tendrian por brazos suyos: los quales juntados en largo trecho, decian revolver ó torcer sus aguas contra

19 20 21 22 23 24

25 tra la parte del Mediodia. Poco trecho despues desta
junta decian que se repartia Guadalquevir en otras qua-
tro divisiones no ménos famosas que las primeras.
26 Pero los Autores antiguos, quantos en este rio ha-
blan, no dicen que solia llegar á la mar sino con
dos brazos solamente, de los quales hallamos ago-
27 ra el uno perdido de todo punto. Casi frontero des-
ta ribera, dentro del seno que por allí se hace, pu-
so Himilcon en sus memorias estar la ciudad de Ga-
dira, poblacion señalada de los Fenices, llamada por
sobrenombre Tartesia, como se llamaban todos los
otros pueblos deste parage, no muy apartada de la
torre Geronda, lo qual tambien es algo diverso de
lo que muchos Escritores afirman, señalando la pos-
tura de Cádiz, donde fué cierto la tal ciudad mas
28 oriental en su sitio, que lo que decimos aquí. Pa-
sadas las bocas de Guadalquevir, diéron en una pun-
ta de tierra metida por la mar con un oratorio,
que no debió ser muy sumptuoso, pues no ponen
el advocacion, ni la nombradía del Idolo que tu-
29 viese, como lo hacen en los otros. Despues desto
viéron la cumbre del monte llamado Casio, muy
mas abundoso de estaño que ningun otro de la tier-
ra, tanto que la gente Griega, despues que dél tu-
vo noticia, por causa de llamarle los Españoles Ca-
30 sio, llamáron ellos Casiteron al estaño. Nadie po-
dria bien declarar en este nuestro tiempo, qué par-
te pueda tener aquella cumbre, sino fuesen algunos
miembros de la sierra Morena, que se le desgajan
derramados por esta comarca, pues verdaderamente
sabemos que lo principal della viene bien cerca de
31 la tal region. Entre la montaña y la mar vivian otros
Andaluces Tartesios, llamados Albicenos, contados
en la parentela de los Turdetanos, y mas un isleo
nombrado Catare, donde fué fama que moráron
otro tiempo los Cempsios, de quien arriba habla-
mos,

mos, y que despojados dél con guerra de sus vecinos, pasáron al otro lado de Guadalquevir, donde los dexamos ya puestos. Despues desto, la primera boca de rio notable que topáron, llamaban los Españoles Ibero. Y no puede ser otro, segun esta cuenta, sino el que viene por Niebla y por Moguer, y se mete á la mar entre Palos y Huelma, de cuyo nombre dicen algunos Escritores que los muy ancianos nombráron Iberia, la tierra solamente que viene por allí contra los fines postreros de España, hasta la punta de San Vicente, no reconociendo por bien cierto lo que muchos otros Autores publican del rio Ebro, famoso y crecido entre los muy nombrados de España, á quien hacen causa del apellido Iberia, no solo en aquella provincia, sino en todas las otras regiones Españolas. Generalmente fenecian en este rio, de quien agora tratamos, los términos y mojones de los Españoles Tartesios, que moraban desde el estrecho de Gibraltar, sobre la costa del Océano. Agora llamámosle Rio-tinto: dícenle tambien rio de Aceche, ó del Azije, por lo mucho deste material Aceche que hallan en sus riberas y comarca, muy apropiado para las tinturas de negro. Caminando mas al Occidente, viéron una poblacion ó ciudad llamada Iberia, como tambien hubo los tiempos antiguos otra sobre las aguas del rio Ebro contra las partes orientales de España, de quien Tito Livio da relacion. Mas esta ciudad occidental, de quien agora tratamos, no duró tantos años en el mundo como la de Levante, por guerras terribles y continas que tuvo con sus comarcanas, en que fué destruida de todo punto, como presto lo contarémos en el onceno capítulo siguiente. Junto con ella topáron unas derramaduras de la mar que los Españoles nombraban Etrefetas, á manera de lagunajos y restaños, como las que los Moros suelen

32 33 34 35 36 37

38 len decir Albulheras, y los Latinos Estuarios. Estas eran muy llenas de baxíos y cenagales arenosos y perjudiciales á los navegantes, y por ellas entraba contra la mar una punta de tierra, con un templecico de la Diosa que los Griegos llamáron Proserpina, cuya nombradía retenia tambien el dicho Cabo.
39 Pasando mas adelante, halláron las cumbres y cuerpo mayor donde fenece la Sierra-Morena sobre la mar: y quando llegáron allí, viéron toda la provincia lluviosa, muy llena de rocío, con escuridades
40 y nieblas que vedaban la vista del sol. Y como quiera que semejantes comarcas suelan continuamente ser ventosas y turbias, ésta no la halláron tal, sino mucho calmosa, sin tener á la sazon ayre que della soplase, ni les ayudase para su camino: pero considerado lo restante, pareciéron en ella grandes hervajes y dehesas, abundosas á maravilla por todas sus
41 vertientes y collados. Entre las quales viéron una sierra muy alta llamada Zefiria, tan encumbrada, que semejaba tocar en el cielo, cubierta de las mesmas
42 nubes y nieblas. Encima de todo lo demas arriscado della parecióles un torrejon á manera de atalaya, del mesmo nombre Zefirio, por causa (segun dixo Himilcon) que navegando desde allí la vuelta del Estrecho, por lo contrario de su viage, convenia ser derechamente con viento Zefiro de Poniente. Lo demas adelante fué todo tierra pedregosa, lle-
43 na de matas silvestres, que nacian entre las pizarras, donde pacian grandes apriscos y rebaños de cabras, provechosas para sus naturales, así por el mantenimiento de la carne, como por las vestiduras y coberturas que los antiguos hacian de su lanage para los
44 marineros y gente de guerra. Duraban las tales fraguras y pedregales hasta dar en otra cumbre, llamada del dios Saturno, donde fenecian las anchuras de todas aquellas montañas, y comenzaban los tér-

mi-

minos de ciertos Españoles nombrados Cenitas, que
despues fuéron contados entre los Turdetanos. Des- 45
de la qual cumbre hasta la boca del rio Guadiana,
que pasaba por el medio destos Cenitas, dado que
veamos agora ser poco camino, gastaron las fustas
un dia de viage por falta de temporal á lo que yo
creo. Halláron tambien aquella ribera llena de baxíos 46
cenagosos, corvada para dentro frontero del Medio-
dia, con dos brazos de un rio que venian á la mar
en el medio della, juntamente con otras dos islas
discrepantes en sus tamaños: la menor no tenia nom-
bre, la mayor llamaban Agonida. Desde las quales 47
no puso Himilcon en sus memorias particularidad se-
ñalada que viese, hasta los collados y puntas del
cabo de San Vicente, donde feneció lo largo de la
provincia destos Cenitas, y juntamente con ellos to-
da la tierra de España y de Europa contra la parte
del Mediodia occidental. Y pues en el capítulo pre- 48
cedente queda ya relatado lo que deste Cabo y su
nombradía hallan otros Autores, no conviene decir
aquí mas de que puestos allí sus navíos, dobláron
prestamente su punta, porque la costa comenzó luе-
go de revolver sobre la Tramontana, corvándose-
les algo contra Levante, y formándoles un golfo que
duró mucho trecho metido por la tierra. Camina- 49
das pocas leguas en esta corvadura, diéron en un
puerto descumbrado y patente, llamado Cenis, no
léjos de otra isla llamada Petanio, que nombran ago-
ra los que por allí navegan, el isleo de Perseguero.
Confinaban ambos con la nacion y linage de los Es- 50
pañoles Draganos, moradores antiguos de Lusitania,
metidos en la parte septentrional de dos montes, el
uno dicho Sefes, y el otro Cempis, asentados en
la traviesa derecha de cierta isla, léjos algo de allí,
que los Españoles de su siglo decian Estrinia, los
Griegos despues la nombráron Ofiusa. De la qual isla 51
ha-

hablarémos algunas cosas muy presto, porque sin la navegacion famosa que por ella hiciéron los Cartagineses en aquella jornada, fué mucho discrepante y diversa de otra isla Ofiusa que tenemos en el nuestro mar Mediterráneo de España, mas conoscida y nombrada entre los Autores Cosmógraphos que la del mar Océano, como ya lo pusimos en los diez
52 y siete capítulos del segundo libro. Todas estas riberas eran tan cenagosas y baxas, que los navíos encallaban y prendian sobre las arenas á cada paso
53 por falta de hondura. Pero mayor mucho fué la dificultad de la isla Acale, que tambien estaba cerca desta, cuyos confines halláron tan diverso de to-
54 do lo pasado, que casi lo tuviéron á milagro. Lo primero por la color de las aguas, que parescian azules, á manera de turquesas, resplandecientes como
55 vidrio. Lo segundo, por el olor pestilencial que salia de sus cenagales en todos aquellos derredores.
56 Mas como sea cierto que despues acá la mar ha dexado la tierra deste seno descubierta y enxuta, faltáron allí los puertos y las islas, y las aguas, y el olor y color dellas, mudándose la faccion que las escrituras de Rufo Festo declaran haber en este siglo tenido, con la mesma casi que Ptolomeo le señala
57 durar hasta su tiempo. Junto con Acale, poco mas encima della, quedaba dentro del continente la sier-
58 ra Cepriliana. Despues della muy de rondon pasaban las riberas contra Levante derechas y bien seguidas, sino que la costa se ladeaba disimuladamente contra Septentrion: y si aquello no fuera, quedara muy poca tierra desde las riberas sobredichas, y la que primero dexaban navegada, hasta la boca del Estre-
59 cho. Y aun así los caminantes de tierra pasaban en quatro dias holgadamente desde lo postrero deste golfo, hasta la provincia de los Andaluces Tartesios: y si por otro camino dexasen la region destos Tar-

te-

tesios á la mano derecha, llegaban en solos cinco dias á las riberas del mar Mediterráneo, cerca de los confines de Málaga. Durando pues aquel seno mucho mas trecho de lo que primero creian, estando los Cartagineses maravillados que la mar entrase tan adentro, comenzó la ribera de se les torcer á la vuelta de Septentrion. Y como quiera que los viages pasados fuesen por el golfo sobredicho con vientos casi Ponientes, convino despues volver las popas al Medio-jorno, que por otro nombre llaman agora Sur, los Griegos le decian Noto, para se conformar con la vuelta de la marina. Y así pasada una pequeña punta de tierra que tras esto se les hizo, reconociéron otra isla nombrada Pelagia, mucho bastecida de yerbas y pastos: la qual comunmente creian estar en baxo de la proteccion y defensa del dios Saturno. Pero no tocáron en ella, por el aviso que supiéron tener tal propiedad y naturaleza, que si gentes humanas allí viniesen, luego la mar se levantaba y embravecia por todo su contorno, y en apartándose della, quedaba sosegada y paeífica.

Pasados mas adelante dobláron otra punta mayor, encumbrada mucho mas á la parte de Septentrion, desde la qual se principiaba la comarca de la gente Lusitania, que decian los Sarios, nascion cruel y de mal hospedage para los extrangeros, segun adelante verémos en los treinta y dos capítulos siguientes. Cuya ribera, con dos isletas sin nombre, tomaban otra punta de tierra poco levantada que se mete contra la mar, á quien los Cosmógraphos decian el Promontorio Barbárico, por estar en la provincia destos Bárbaros Sarios, y nosotros agora (segun la postura declara) la llamamos Cabo Dispichel. Cierto fué por aquellos tiempos, que quien quisiese navegar este golfo sin hacer el rodeo de toda la costa, no como los Cartagineses habian hecho, pudiera llegar

60 61 62 63 64 65 66

gar en cinco dias con mediano temporal desde la provincia destos Sarios, hasta la boca primera del
67 estrecho de Gibraltar. Esto visto, la flota pasó mas adelante, y en dos dias solos de camino, con vientos diversos de los que solian, descubriéron la isla Ofiusa, que los Españoles llamaban Estrinia, situada (segun diximos) en la traviesa frontera de los collados Cepis y Sefes, los quales quedaban en la costa
68 primera. La isla pareció desierta, por causa que los tiempos antiguos recreciéron en ella tantas culebras y sabandijas ponzoñosas, que sus naturales la yermáron, y se fuéron á morar en otras partes que luego declararémos: y con toda su soledad era tan espaciosa y tan grande, como la Morea de Grecia, que la gente pasada llamaba Peloponeso: lo qual (segun dice Polibio) tiene quatro mil estadios de contorno, que son trecientas y diez millas Latinas, y ciento y diez y nueve leguas Españolas de las medianas. No léjos de la tal isla se metia por la mar aquella manga de tierra, poco mas oriental, que diximos llamarse el Promontorio Barbárico, nombrado Cabo Despichel por nuestros mareantes, donde feneciéron las vueltas y torceduras deste golfo, que por allí so-
69 lia ser en España. Pero como tengo dicho, la mar ha despues acá perdido por allí todas sus aguas y baxíos, descubriendo tanta tierra, que ya lo hallamos enxuto como lo mostrarémos adelante mas lar-
70 go. Siguióse luego tras esta punta cierto golfo, no tan metido por la tierra, pero mucho mas tendido: duraba hasta dar fin en aquel lado occidental de España, donde los Cartagineses al presente navega-
71 ban. Y caminando por éste, llegáron á la boca del rio Tajo: dentro del qual rio, por el agua arriba, halláron á poco trecho cierta poblacion Griega de mediano tamaño, barreada y fortalecida con razonables amparos: y sin duda fué (segun creo) la ciudad

dad de Ulisipo, que dicen agora Lisboa, que sería ya pueblo de faccion, apartada de la barra del rio casi dos leguas, sobre las riberas de Septentrion: en cuya boca primero que llegasen al pueblo, viéron un torrejon nuevamente labrado, donde los Griegos encendian fuego cada noche, para que sus barcas, quando salian á la mar, no perdiesen el tino, si la vuelta fuese con tormentas, ó de noche. Viéron mas 72
en el lugar señal de gobernacion ordenada con mediana copia de navíos, qual podia ser en gente rodeada de la fiereza y terribilidad de las naciones Españolas sus comarcanas, y particularmente la de los Sarios, mas esquivos y crueles que nadie, cuya provincia tocaba casi en la costa frontera de su rio: con los quales, dado que por la vecindad no pudiesen excusar alguna conversacion, era llena de muchos inconvenientes. Pero como los moradores del pueblo 73
fuesen gente discreta, regidos y gobernados en leyes prudentes, cada dia ganaban el amor de sus confines, y los traian y metian en su ciudad amigablemente, tanto que con la comunicacion destos, y con la de cierta gente que despues entráron á morar en su provincia, como lo dirémos adelante, viniéron á ser estos Sarios algo mas aplacados y pacíficos: segun suele suceder siempre de la conversacion virtuosa que contino trae multitud de bienes, como la de los males, adversidades y desventuras. En este lu- 74
gar tuvo la flota Cartaginesa relacion de todo lo que restaba por navegar en aquella costa occidental de España, así de las islas, y puntas, bocas de rios, y montañas, como de las distancias que ponian de las unas á las otras.

Aquello reconocido, con todo lo demas que pu- 75
diéron alcanzar, los navíos saliéron del rio, continuando su jornada siempre contra Septentrion, y descubriéron islas en señalado número: las quales no ha-

llamos agora tantas ni tan crecidas, ni tan juntas á
la costa, como las halláron estos navegadores anti-
76 guos. Sospéchase que la mar las haya gastado, ni ménos parecen otras que descubriéron mas adelante fronteras á Galicia, particularmente dos harto lucidas y grandes, en quien (segun ellos decian) se detuviéron algun espacio, gozando de sus provechos y frescuras, reposando del trabajo pasado, que ya los traia gran-
77 demente fatigados. Mucho me placeria la sospecha que dellas tienen algunas personas de nuestro tiempo sábias, discretas, y de gran leccion, que dicen ser aquellas dos islas, unas que hallamos agora fronteras á Vayona, lugar bien conocido de Galicia, junto con el cabo de Silleyro: pero los Autores no ponen dellas tal particularidad que la podamos aplicar en estas otras para lo certificar seguramente, puesto que los discur-
78 sos de la jornada Cartaginesa no lo contradigan. Pero bien sabemos que los tiempos mas adelante fuéron llamadas insulas Cycas, como lo verémos en los libros
79 venideros. Frontero destas dos islas comenzaba la marina de los Españoles, nombrados en aquellos dias Yernos, hasta la punta de Finis-terra, que decian tambien Yerna, por causa de las gentes donde caia; cuya
80 largura navegáron en dos dias siguientes. Aquí tuviéron luego noticia de las insulas Estrinidas, situadas y derramadas en aquel parage frontero, no léjos de los quales decian estar otras dos islas muy especiosas y muy juntas entre sí, desviadas ambas de las Estrinidas solos dos dias de navegacion, si los números no van
81 errados, ó el autor á quien yo sigo. La primera llaman Sacra ó Sagrada, cuyos vecinos y moradores fuéron Españoles antiguos, naturales y procedientes de los Yernos ya dichos, que muchos años ántes pasáron en
82 aquella region, y la pobláron de nuevo. La segunda decian Albiano, que segun conjeturamos de su nombre, parece ser la que despues llamáron Britania, y

ago-

agora decimos Inglaterra: pues muy cierto sabemos haber sido tiempo quando las gentes pasadas le decian Albion. Su compañera la primera debió ser Irlanda, 83
que por otro nombre solian decir Ibernia, en lugar de le decir Yerna, por los Yernos Españoles sus pobladores ancianos; y aun el vocablo de Irlanda parece que se tomó de estos mesmos Yernos, componiéndolo de Yer, ó de Yerno, y de Lant que significa tierra en la lengua de todas aquellas islas y naciones septentrionales donde cae, conforme á lo qual se dicen hoy dia: las unas Pilapelant, como si dixesemos Pilape tierra: otras dicen Engronelant, que quiere decir Engrone tierra: otra llaman Fizlant, ó Fiz-tierra: otra Selant, otra Venthelant, otra Vermelant, y así tambien ésta de quien hablamos, Ir ó Irlant á denotar ser, yer, tierra de los Yernos. Pero (como primero 84
dixe) notables autores Latinos hallo yo, que guiados con relacion de Cosmógraphos Griegos, la llaman Isla Sagrada, no por otra causa, sino porque yer, su primera sílaba, semeja la palabra de Grecia que nombran ellos Yeros, y quiere decir sagrado: y así la hiciéron luego cosa suya, tomando por achaque solamente los principios de su nombre. Pero desto ya tratamos asaz en el séptimo capítulo del primer libro. Las insulas 85
Estrinidas, no muy alejadas déstas, donde Himilcon y la flota de sus Españoles quisieran tocar si no se desviaran mucho de la costa que descubrian, fuéron así dichas, porque los Españoles vecinos de la Ofiusa Occidental, nombrados Estrinios, quando la yermáron (segun primero dixe) pasáron en estas islas de la Tromontana, donde se mostráron tan animosos al principio de sus hechos, que fuéron señores de todas ellas, haciéndose maravillosamente sagaces y diligentísimos en quanto se les ofrecia. Tiénese por cierto, que si los 86
aparejos de navíos les ayudaran, no fueran menores en el arte de marear que qualesquier otros de los Es-

pañoles que se mostráron señalados en aquel negocio: pero todo lo que tenian ellos en este tiempo, solamente fuéron barcas de cuero cosidas y formadas en faccion maravillosa, sin haber en ello betumen ni ma-
87 dera de la que suelen hacer las otras fustas. En éstas empleaban los Estrinios mucha parte de su diligencia, grangeando los provechos que hallaban en sus islas, particularmente las contrataciones de plomo y estaño,
88 de que todas ellas andaban llenas. A cuya causa certifican algunos muy buenos Cosmógrafos ser éstas las que despues llamáron los Griegos por otro nombre Casiteridas, que quiere decir en su lengua plomosas y estañadas: salvo que la jornada Cartaginesa, considerada como se debe considerar, parece bien haber hallado las Estrinidas mucho mas cerca de España de lo que ponen Estrabon y los otros Cosmógrafos á las
89 Casiteridas antiguas. Cierto es que los mareantes de Cádiz y parte de los Andaluces Tartesios muchos dias ántes las navegaban, y diéron relacion dellas á Himilcon como cosa de trecho que pretendian descubrir.
90 Pero destas Casiteridas mas largo hablarémos en el último libro de esta primera parte, quando (nuestro señor queriendo) tratarémos la qüestion y demanda que Publio Craso, Capitan Romano, hizo dentro dellas, donde muy cumplidamente se dirán las costumbres, faccion y maneras de vivir que tuviéron sus morado-
91 res antiguos. Tornando, pues, á nuestro propósito, desta suerte fuéron acabadas de costear todas las vayas ó senos, puntas, islas y montañas, quantas solian ser en las riberas occidentales y meridionales del mar Océano de España, siendo pasados quatro meses enteros despues que los Cartagineses comenzáron aquellos descubrimientos: en el qual viage se gastó mucho mas tiempo de lo que gastamos agora quando se navega, por ser en aquellos dias la ribera diferente de lo que tenemos en este nuestro siglo, y tambien

por-

porque Himilcon y su flota se detuviéron algo vagorosos hasta reconocer estas novedades. Item, por mengua de viento que sabemos haberle faltado muchas veces, con que necesariamente les era forzado caminar á remo cada dia. Juntábase con esto, que como las marinas en aquellos tiempos andaban por allí poco tratadas, halláron á partes tal espesura de las ovas, ó de las yerbas en el agua, que casi les impedian los remos de todo punto, quanto mas los arenales y baxíos donde tocaban y se metian, encallando los navíos á cada paso. Halláron otrosí multitud de ballenas y bestias fieras de la mar en que topaban, y con quien peleaban léjos y cerca de la ribera, como las hallamos agora tambien, lo qual todo les desconcertó mucho la jornada, poniéndolos impedimentos contínos en aquellos quatro meses ya dichos. Así que desta manera declaró Himilcon en sus relaciones haber hallado la costa occidental de España quando la navegaba. Si lo tal así fué, manifiesta diversidad han traido los tiempos en ella despues acá, pues cotejando lo de Himilcon con el sitio que Ptolomeo Cosmógrapho largos años adelante halló, discrepa notoriamente, dado que no mucho; y así tambien es algo diverso lo de Ptolomeo con lo de nuestro tiempo, como será lo que nuestros sucesores hallaren de lo que tenemos agora, segun las mudanzas contínas hace cada dia la mar, anegando las tierras, y descubriendo en la parte que le place. Fenecida la navegacion deste lado, las flotas comenzáron de torcer la vuelta de Levante, para descubrir el otro quarto lado de España que restaba, doblando la cumbre de Finis-terra, que ya por estos dias comenzáron á llamar Estrinia. Vista su comunicacion y fronteria con las islas Estrinias, cuyas vertientes por la mayor parte se derrocaban al Medio-dia, las primeras gentes que halláron en aquella montaña, fuéron unos Españoles, á quien decian Ligores, cuyas enemistades y compe-

92 93 94 95 96 97 98

ten-

tencias con otras gentes Españolas nombrados Célticos y Neriones, que despues les ocupáron toda su provincia, tocaremos en los treinta y ocho capítu-
99 los deste libro tercero. Tras esto venia la costa donde los Asturianos asentáron muchos años despues, y junto con ella la de los Siloros, de los quales y de cierta pasada que adelante hiciéron en Inglaterra dará relacion el tercero capítulo del quarto libro si-
100 guiente. Luego las fustas prosiguiéron su derrota por la ribera que faltaba, sin dejar cosa que no calasen y sintiesen, mas no tenemos relacion hasta dónde llegáron, ni qué naciones habia por donde discurriesen, así por acá como por las otras partes septen-
101 trionales de Europa. Fué la razon destas faltas, haberse perdido los memoriales y registros que el Ca-
102 pitan Himilcon hizo de todo su viage. Nuestros Autores pasados dado que sacasen dellas lo que convino para sus intentos no ponen mas de lo que dexamos aquí contado: pero claro parece que la navegacion fué larga, muy detenida, con sobra de qualesquier diligencias que conviniesen hacerse: porque pasados no ménos de dos años, Himilcon fué de vuelta en el Andalucía, y habiendo visitado á su hermano Gisgon, que todavía la gobernaba, visitados tambien los otros amigos antiguos, naturales de la tierra, dándoles cuenta de su camino, tornó para la gran Cartago con toda su flota medianamente sos-
103 tenida. Fué la jornada tenida por cosa de gran pre-
104 cio. La memoria de todo pusiéron en los archivos públicos de la señoría, señalando los tiempos, los años y dias en que cada cosa sucedió, como de razon se debe hacer en todas las partes, así reynos como repúblicas de gente discreta, quando semejantes negocios acontecen, para que despues de sabidas, allende los provechos y la prudencia que dello resulta, se reconozcan las mudanzas que la naturaleza ha-

hace de contino por la mar y por la tierra, sin perdonar cosa que los tiempos y siglos no desbaraten y truequen.

CAPITULO IX.

De la jornada grande que navegó Hanon y sus Españoles despues que salió de Cádiz por todas las riberas Africanas del mar Océano, y de las extrañezas que descubrió por aquel contorno basta llegar en los fines postreros de Arabia comarcanos al mar Bermejo.

Mucho mas larga fué la jornada de la flota segunda que salió de Cádiz con Hanon: la qual y los Españoles que la guiaban tomó su derrota lo mas junto que pudo sobre las riberas Africanas, habiendo brevemente navegado la traviesa de mar que se hace por allí desde España. Luego como pasáron las fronteras de Tanger doblaron el cabo que decimos agora Despartel, á quien los Cosmógraphos Griegos antiguos llamaban Ampelusia, por causa de los muchos viñedos y grandes parrales y parras que dentro dél y de sus comarcas solian estar: las quales en lengua Griega se dicen Ampelos. Desde allí caminando por el Océano, diéron en un rio llamado Zilia, cerca del qual hallamos agora la villa de Arcilla. Despues mas adelante descubriéron otra poblacion de mediana grandeza llamada Lixos, asentada sobre cierto rio del mesmo nombre, donde publicáron haber hallado memoria de cierto desafio de lucha que hizo Hércules con Anteo: con mas la señal de cierta pelea que el mesmo Hércules hubo con un dragon ó serpiente que platicaban las gentes vulgares haber guardado muchos años unos huertos donde fingian nacer árboles con manzanas doradas, que son

1

2

3

4

son dos hazañas ó trabajos principales que del tal
5 Hércules hablaban. Quanto á lo de las manzanas y sus vergeles, no viéron otra cosa mas de las entradas ó canales de la marina, por la region adentro volteadas y torcidas, á quien los de la tierra llamaban el dragon, las quales abrazaban entre sí cierto rodeo como isleta pequeña, donde halláron un altar viejo, rodeado de acebuches, que son los ár-
6 boles solos que por allí viéron sin otros algunos. Pasáron despues adelante cincuenta millas de trecho, que hacen poco mas de doce leguas Castellanas, y diéron en otro pueblo nombrado Bonosa, junto con
7 un rio navegable harto grande que decian Subur. Cincuenta millas en baxo halláron otro rio nombrado Sala, con un buen lugar del apellido mesmo que parece ser el que llamamos agora Zale, pueblo de gentil disposicion y buena postura, si no tuviera cerca los desiertos Africanos, que se comenzaban por allí contra la parte de Levante, donde se le recrecian grandes males y peligros, á causa de los elefantes y de muchos otros animales y bestias fieras, que se crian en Africa: las quales destruian toda la region.
8 Pero quien mas aquel daño padecia, fué cierta provincia de su comarca grande y crecida que nombraban Autolola: por la qual iban al derecho camino para salir al monte Atlante, mas crecido y mas
9 famoso de todas las Africanas. Este monte certificaba despues la gente de la navegacion sobredicha, que nascia de ciertos arenales desiertos, muy grandes y tendidos en aquella region, y que contra la parte mas occidental era muy seco y muy áspero, lleno de pizarras estériles y peladas, hasta dar en las riberas del mar Océano, por donde caminaban estos navegadores, á quien los antiguos llamaban el mar Atlántico, por causa del dicho monte Atlante: pero que la vuelta contraria sobre las vertientes Afri-

ca-

canas, era llena de diversos frutales, que se criaban de suyo, mezclados con quantas frescuras y deleytes podemos imaginar. Mas como de las tales cosas 10
quando se relatan, siempre los que las cuentan añaden lo que les place, decian que nadie de la gente ni de los animales que moraban en el monte se mostraban por el dia: todo parecia sosegado y quieto, con un silencio maravilloso, tal que semejaba misterio, lo qúal puso admiracion á los principios, juntamente con las alturas y cumbres maravillosas de la montaña que parescian tocar en el cielo. Venida 11
la noche decian que todo se mudaba: la montaña comenzaba de resplandecer con fuegos y lumbres á toda parte. Los alaridos y regocijos de danzas y pla- 12
ceres eran tantos, que se conoscian y sentian muy léjos con flautas, y trompas, y panderos que los Faunos y Sátiros tañian por la tiniebla de que decian estar aquel monte lleno. Certificaban otrosí caer en 13
aquel entrevalo de tierra la boca de un rio que llamaban Asama, cerca del qual hallamos agora la ciudad de Asamar, ó de Azamor, puesta ya los dias presentes en el señorío de los Españoles Portugueses, y ganada por fuerza de combates algunos años ántes, y no muchos que yo comenzase los trabajos desta Corónica. Mas baxo desta ciudad, y de sus 14
fronteras, contra la vuelta del Mediodia occidental, descubriéron en la mar las ínsulas bien fortunadas, que son las que llamamos agora de Canaria, donde tuviéron despues creido los antiguos, que nacia todo lo necesario para la vida, sin lo procurar ni plantar. Y ciertamente para la vida concertada y virtuo- 15
sa, donde no reynan desvaríos ni vicios, pocas plantas y pocos afanes son necesarios en qualquiera region por esteril que sea. Destas islas publicaban ha- 16
ber una con dos fuentes de tal naturaleza, que quien bebia de la una le tomaba tan gran risa, y tan con-

tina, que moria muy presto sin haber para lo tal mas de un solo remedio, que fué beber el agua de la otra, con que luego cesaban aquellos placeres mor-
17 tales. Agora por este nuestro tiempo dado que las dichas islas vivan en la sujecion y señorío de España, nada de tales milagros les vemos. No sé yo si por haber perecido las dichas fuentes, ó habérseles mudado la tal propiedad en otra mejor naturaleza,
18 como lo vemos acontecer muchas veces. Despues desto pasado costeáron otro gran trecho de ribera, don-
19 de halláron la tierra de diferentes calidades. Lo pri-
20 mero della muy lleno de bestias dañosas. En el me-
21 dio grandes arenales, sin fruto ni yerbas. En el fin tostada de la calor excesiva del sol, donde moraban las gentes de Etiopia, no léjos de la qual decian ha-
22 ber hallado ciertas ísletas, llamadas de las Esperias. Despues navegando pocos dias mas adelante diéron en otras islas, nombradas aquel tiempo las Dorcadas Gorgoneas: que fuéron así dichas por causa de ciertas mugeres monstruosas que las moraban, llamadas Gor-
23 gonas ó Gorgadas. Estas decian concebir sin ayuntamiento de varon, y ser tan ligeras, que ningun ani-
24 mal corria mas. Iten decian ser todas cubiertas de vello, tan bravas y terribles, que despues de captivadas algunas dellas, muy dificultosamente las pudiéron tener ni domar, dado que las atáron con fuer-
25 tes prisiones. Aquellas ínsulas eran apartadas de la tierra firme de Africa dos dias de navegacion, fronteras á cierta punta que llamáron despues el Cuerno de los Esperios, donde certificáron aquellos mareantes que fenecia una gran frente, como barriga que las tierras Africanas hacen sobre la mar de Poniente, y se comenzaban á doblar las riberas contra Levante. Figúrasenos agora ser esta punta la que nombran el Cabo Verde, si la muestra de las mugeres vellosas, y de los otros animales que viéron concer-

ta-

tase con lo del sitio, como concierta lo de la figura ó barriga que vemos hoy dia por allí. Entre los 26
animales sobredichos certificaban tambien que viéron uno llamado Catoblepa, pequeño de cuerpo, pero tan crecido de cabeza, que trabajosamente la podía sostener, y por esta causa todos los tiempos la traia por el suelo sin poderse mover para hacer algun daño, salvo que de los ojos echaba tal ponzoña, que quien los mirase, moria luego. Mas adelante halláron 27
otra nacion entre las gentes Etiópicas, que fuéron siempre regiones muy tendidas por aquellas partes, y los hombres de la tal eran mas pequeños de cuerpo que ningunos de quantos habian topado, mal hechos y peor tratados, en cuya provincia decian haber hallado la fuente nombrada Nucul, donde creian nacer el rio Nilo, que fué siempre de los muy grandes del mundo: á lo qual se movian por ser infinitas las aguas que salian della, y tambien porque todas las otras fuentes y rios que por allí manaban corrian sobre la vuelta de Poniente para se lanzar en el mar Océano, sino las aguas desta que van por las tierras adentro, muy llenas de peces y de bestias, conformes á las que se hallan en aquel Nilo de Egipto. Destas sus aguas tuviéron relacion que se sumian mu- 28
chas veces, y tornaban á nascer en diversas comarcas Africanas alejadas de aquella provincia. Pasada la otra ribera sobredicha, que fué mucho larga, viéron unas cumbres altísimas, á quien los Cosmógraphos llamáron despues el Carro de los Dioses, en las quales relatan algunos Autores haber sido la parte donde sintiéron entre dia la quietud y sosiego que los otros dixéron del monte Atlante. Tras esto decian mas que 29
halláron una muy grande cantidad de ribera corvada para dentro, á manera de seno, que tenia cierta isla de buen tamaño, poblada de las mugeres vellosas arriba declaradas: en lo qual fué necesario dárseles crédi-

dito, porque quando Hanon hizo vuelta para Cartago traxo dellas dos pellejos embutidos con pajas, y despues entre muchas otras preseas y dones maravillosos que puso á la diosa Venus en un templo de su ciudad, mandó tambien colgar aquellos pellejos,
30 porque fuesen memoria de sus viages y victorias. Esto parece que seria dentro del golfo donde hallamos agora la isla de San Tomé sobre la punta que dicen de Lope Gonzalez, en que nuestros mareantes quando van á las Indias de Calicud y de Malaca pierden el punto del norte que llaman Artico por estar ellos en baxo del Equinocial, y cobran otro punto
31 al Antártico, por donde rigen sus navíos. Hubo Hanon tan buen temporal hasta llegar aquí, que con toda la vuelta quanta los navíos diéron por aquella torcedura de la marina contra Levante, gastáron, segun dice Ariano, solos treinta y cinco dias de navegacion, si los números no van errados en su li-
32 bro. Despues volviéron las velas sobre la mesma ribera, que se les vino torciendo contra Mediodia, como tambien hoy dia la hallamos: y luego les comenzáron á recrecer dificultades excesivas, así por faltarles el agua, como por calores demasiados, tales, que no parecian sino ríos de fuego que caian sobre ellos en la mar, á causa que debia llegar el verano, quando se halláron en aquella region, la qual de su naturaleza fué todo tiempo sobradamente calurosa.
33 Pero con todos estos trabajos escribiéron despues los Coronistas Cartagineses haberse mostrado Hanon tan valeroso, que fundó por aquel trecho y en lo que dexaba navegado multitud de ciudades y pueblos, hasta que finalmente concluyó toda la vuelta de las tierras Africanas, y navegó por el seno de las Ara-
34 bias, á quien llaman algunos el mar Bermejo. Desde el qual seno dicen, que por tierra hizo mensageros á la ciudad de Cartago, declarándoles en la parte don-

donde quedaba, con certificacion, que no pasaba mas adelante por temor que las provisiones no le bastarian á los viages, y no por falta de mar descumbrada y patente, donde podia navegar en otras tierras de la India nunca vistas ni sabidas: de lo qual todo hizo un volúmen asaz crecido, que contenia la figura de todas las riberas Africanas pertenecientes al mar Océano, con la diversidad de los animales, y de las otras cosas extrañas y notables, dignas de memoria, que por allí viéron. La qual escritura no hallamos agora en este tiempo, tampoco como la relacion que su hermano Himilcon escribió, quando navegó por las costas y regiones septentrionales de Europa: sino es un pedacillo pequeño muy breve de sus principios, y aun éste sospechan algunos no ser suyo. Por esta causa no se pudo decir aquí mas desto poco, que recoligiéron algunos Escritores Latinos y Griegos sumariamente de los libros sobredichos, quando los habia. La conclusion de todo fué, que despues de pasada mucha diversidad de fortunas por mar y por tierra, despues de rompidos muchos recuentros y batallas con diversas gentes y naciones, fenecidos otros acontecimientos de muy crecida gloria, Hanon y su flota diéron vuelta por donde primero caminaron, y llegáron al Andalucía casi en el fin del año que se contaba quatrocientos y quarenta ánte del advenimiento de Nuestro Señor Dios, que fué poco ménos de tres años despues que su hermano Himilcon feneció tambien la jornada de Europa, cumplidos ya cinco despues que todos ellos comenzáron estas dos empresas. Llegados acá, halláron que su hermano Gisgon gobernaba siempre la provincia del Andalucía, por el qual fuéron bastecidos cumplidamente de mantenimientos y vestidos, cuerdas, velas, y todo reparo, de que traian gran falta. Refrescados allí se tornáron á las fustas, y llegáron á

35

36

37

la

la gran Cartago, cuyos vecinos saliéron todos con
38 ramos á su recibimiento. Hanon fué metido casi triun-
39 fando, como aquel que muy bien lo merecia. Los
Españoles recibiéron gracias de todo lo hecho, con
remuneracion larga de muchos dones, y los enviá-
40 ron á sus tierras contentos y satisfechos. Bien es ver-
dad en este caso, que muchos años despues de aquello
fenecido, los Romanos enviáron un Capitan suyo lla-
mado Polibio, que despues escribió las historias Ro-
manas en gran excelencia, para que descubriese las
mesmas riberas Africanas, porque no tenian ya me-
moria desto con los muchos dias pasados, ó por lo
41 ménos en Roma no sabian cosa della. Este Polibio,
dado que no llegase tan adelante como Hanon el
Capitan Cartagines, anduvo mucho de las riberas so-
42 bredichas. Y relatando en sus libros mas por menu-
do las partes y rios, y la distancia de las tierras, y
la calidad que tenian por aquella sazon, dice, que
todo quanto venia contra la vuelta de Poniente, ha-
llaba lleno de bestias bravas y monstruosas, quales
43 Africa las cria comunmente. Desde la punta postre-
ra septentrional, que como dixe llaman agora cabo
de Espartel, donde vuelven las riberas Africanas al
Mediodia Occidental, hasta un rio nombrado Ana-
tis, tasaban quatrocientas y ochenta y cinco millas
44 Latinas: de Anatis á Lixos docientas y cincuenta. Des-
pues pone cierta bahía de mar, á quien llaman Sa-
guto, cuyo principio sobre la primera punta dice que
45 tenia la villa de Mulelaca. Luego despues venian los
dos rios nombrados Subur y Sale con el puerto de
Rutibe, desviado de Lixos trecientas y trece millas,
46 que son setenta y ocho leguas Españolas. Despues
dice que halláron una punta llamada del Sol: la qual
sin alguna duda fué la que dicen agora los navegado-
res que la caminan por este nuestro tiempo cabo de
47 Bojador, frontero de las Canarias. Y junto con aque-
lla

lla punta, quedaba tambien el puerto de Risadiro. Despues mas adelante viéron los Getulos y la pro- 48
vincia de Autolola, de quien arriba hablamos. En fin 49
della topáron el rio Ceseno, que comarcaba con la nacion de los Salatitos y Mesatas: los quales eran así nombrados, á causa de cierto rio grande que por allí se hace nombrado Mesate. Despues dice que se 50
halláron otro rio llamado Darate, que criaba crocodilos, como los cria tambien el Nilo de Egipto. Poco trecho mas adelante viéron otro gran seno de 51
mar, que ceñia mas de seiscientas millas de espacio, rodeado de montes muy altos, en que salia la punta llamada Barce, contra la vuelta del Occidente. Des- 52
pues venia tambien el rio Palso, desde el qual comienzan las gentes Etiópicas, que ya declaramos, donde halláron unos á quien solian llamar Peroros, otros Farusios, otros Daratitas, con el rio Bamboto, que tambien era lleno de crocodilos y caballos bravos de agua. Desde allí todo quanto mas pareció, dixo Po- 53
libio ser montañas continuadas y seguidas hasta la sierra nombrada Carro de los Dioses. Desde el qual 54
hasta la punta de los Esperios, ya declarada, ponian diez dias de navegacion. En este medio trecho dexa- 55
ban las cumbres y sierras del gran monte Atlante, que todos los otros Coronistas y Cosmógraphos situan en la postrera tierra de los Moros ó Maurisios, contra Mediodia: puesto que Ptolomeo haga memoria de dos montes en aquella mesma parte llamados Atlantes: el uno mucho grande, que va por el traves en todas las tierras Africanas y sus desiertos, por aquel derecho que Polibio Romano hizo su declaracion: el otro muy cerca de los Moros, y mucho menor que el primero. Desta manera pasáron las 56
navegaciones de los dos Capitanes ya dichos Romanos y Cartagineses en diversos tiempos y dias. En 57
lo qual detuvimos nuestra corónica, como cosas per-

te-

tenecientes á las hazañas antiguas de España: porque la primera navegacion, dado que el Capitan Hanon fuese Cartagines y extrangero, la flota que llevaba de los navíos que lo navegáron fuéron Españoles, labrados en España; desde España comenzáron el viage; lo mas de la gente que lo trabajó fuéron Andaluces Tartesios, y de los que moraban en Cádiz, ó
58 por su marina frontera. Los quales guiáron toda su derrota, como personas que ya lo tenian otras veces navegado, puesto que no tan detenido, ni con tanta consideracion, como lo hiciéron aquella vez.
59 Damos otrosí relacion aquí dello, para que quien quisiere pueda cotejar estos dos viages Cartagines y Romano con el que hacen agora por allí nuestros Españoles, pues todas aquellas marinas tienen ya puestas en baxo de su jurisdiccion y señorío hasta lo
60 postrero de las Indias. Y dello se puede muy bien conjeturar las cosas que faltan ó sobran, ó se hallan mudadas desde los tiempos antiguos acá: y así reconozcamos la ventaja que los nuestros agora llevan á los antiguos en navegar mucho mas, y pasarles adelante, no solo en el señorío, sino en el
61 atrevimiento y osadía. De la qual navegacion nuestra se dará muy cumplida cuenta casi en el fin de esta gran historia, como ya en otros capítulos dexamos prometido.

CA-

CAPITULO X.

De dos Gobernadores nuevos que la Señoría Cartaginesa proveyó, para residir el uno en el Anaalucía, y el otro en Mallorca. Cuéntase la poblacion de la villa de Albor, y la muerte de Gisgon, con algo de las costumbres que los Mallorquines tenian en aquellos tiempos.

Despues que los negocios fuéron concluidos, los 1
dos hermanos Himilcon y Hanon, con los otros sus primos, de quien ya hablamos, quedáron en la gran Cartago mas de reposo que nunca gobernando, y mandando la ciudad y todo el peso de su república: pero muy mas principalmente Hanon, por cuyo consejo todos los otros se regian: el qual segun era sagaz y mañoso, cada dia mejoraba sus negocios, y se hacia mas señor y mas absoluto. Por manda- 2
miento destos Gobernadores fuéron proveidos poco despues dos Cartagineses honrados para residir en la contratacion de España: el uno decian Hanibal, primo suyo de Hanon, hermano de Hasdrubal y de Safo Cartagines, de quien hablamos en el segundo y tercero capítulo deste libro: el otro llamaban Magon, allegado y amigo de todos ellos. A Magon fué 3
señalada la residencia de las islas Mallorca y Menorca, donde moró ciertos años haciendo su deber: y por causa suya y de su nombre pudo bien ser, que fuese nombrado Magon uno de los dos lugares que Hanon el sobredicho hubo principiado en Menorca los años ántes, conforme á lo que dicen algunos Escritores, como lo tocamos en aquel quarto capítulo precedente: dado que segun allí se dixo, quanto á lo que á mí pertenece, yo no tengo leido Coronista ni libro de los antiguos que tal declare. Lo 4

que deste Magon sabemos, solo es haber estado en aquellas islas algunos años, y conversado los vecinos dellas, entendiéndose con ellos mas tiempo y mas años, y con mas amistad, que ningun otro Cartagines de quantos hasta sus dias allí viniéron. De las quales islas, y de su postura y calidad escribió despues un volúmen, en que juntamente declaraba las condiciones que por aquellos tiempos tenian los naturales dellas, cuya relacion y memoria se platicó muchos tiempos entre las otras naciones del mundo, por tener los moradores destas islas algunas extrañezas discrepantes de las otras gentes. En especial dicen todos, haber sido tan aficionados al amor de las mugeres extrangeras, que por cada una traida de fuera, daban en trueco quatro y cinco hombres de sí mesmos: los quales ellos hurtaban entre sí para las tales compras. Y los mercaderes Cartagineses quando lo sintiéron, comenzáron á seguir muchos aquel cambio, de que recibian demasiada ganancia, tomando para su servicio los esclavos Mallorquines que les era menester, y vendiendo los que sobraban por otras regiones. Eran otrosí tan golosos de beber vino, que ningun mantenimiento ni brebage les fué jamas tan agradable, ni hallaban cosa con que mas alegría recibiesen quando se lo traian, ni con mas importunidad lo pidiesen ó trocasen á los Africanos que residian entre ellos. Y hacíalo ser mas preciado, no tener al presente todas aquellas islas aparejo de viñas, ni de semejante labor, á causa de ser la gente dellas nada trabajadora ni cuidadosa, vagabunda y silvestre, sin grangería de cosa del mundo, sino fué de cierto licor á manera de aceyte, que sacaban estrujando la fruta de ciertos árboles, que los Griegos llaman Termintos, á quien los Españoles creo yo que dicen Alforsigos en este mi tiempo: con la qual aceyte los sobredichos Mallorquines y Menor-

que-

queses untaban comunmente los cueros, y la gastaban en lo mas de sus manjares, puesto que poco despues aquellos Cartagineses les enseñáron á sacar aceyte de olivas, que tambien se criaban en las islas, aunque deste tuviéron á los principios tan pequeña codicia, y tan poca provision, quanta la tienen agora sobrada y abundosa, con gran excelencia y multitud de olivares, que por todas ellas se crian, segun adelante mostrarémos. Esto solo es (como dixe) 10
lo tocante á España que de Magon hallamos en las
Historias. El otro Hanibal vino tambien al Andalucía 11
por los mesmos dias, y con su llegada traxo mandado á Gisgon de sus hermanos y primos, que luego recogiese quanta riqueza tenian en España los depósitos Cartagineses, y con ella se viniese para Cartago, certificando quererle dar igual parte del mando, señorío y potencia, que tenian ellos á la sazon
en aquella gran ciudad. Y así comenzó luego Gis- 12
gon el aparejo de su vuelta con suficiente copia de navíos cargados, y llenos del mayor precio que nunca los Cartagineses hasta su tiempo deste Capitan sacáron de las Españas, si no le sucediera mal su viage. Porque despues de metidos al agua, nunca mas 13
pareciéron, ni se halló memoria de Gisgon, ni de
su flota, ni de persona que con él fuese. Tuviéron 14
creido, que con tormenta de la mar fuéron todos anegados, porque muchos de los mesmos dias anduvo la mar levantada y peligrosa cerca de la ribera, donde conjeturaban, que seria muy peor en los golfos de mas adentro, por donde los Cartagineses caminaron. Hanibal, despues de venido, comenzó los 15
negocios de su cargo casi en el año de quatrocientos y treinta y siete años ánte que Nuestro Señor Jesu-Christo naciese, poco despues de la pérdida de
Gisgon. Este fué persona graciosa y afable, de mu- 16
cha mayor inclinacion á las grangerías del campo,

17 que á las navegaciones del agua. Por cuya razon, entre los provechos particulares que para sí procuró, pasados pocos años despues de su venida, fué poner dentro de la provincia grandes piaras y rebaños de ganados mayores y menores, con muchas yeguas y caballos, y multitud de pastores Andaluces que los apacentaban, en tanto número, que pasaban de
18 trecientos. Edificó dentro del Andalucía muchas torres nuevas sobre los mineros que los Cartagineses
19 cada dia descubrian. Renovó parte de las fortalezas viejas; otras añadió y mejoró como convenia, mostrando no ménos aficion á las obras desta labor
20 que á la provision de sus ganados. Pero lo mejor y mas principal que de todo lo sobredicho le podemos alabar, fué la poblacion de cierto puerto de mar, en que puso moradores Cartagineses sobre la ribera del Océano, por aquel trecho que viene desde Tarifa hasta la punta de San Vicente, la qual poblacion fué dicha despues el puerto de Hanibal, y permaneció con este nombre todos los tiempos an-
21 tiguos. Agora decímosle Albor, perteneciente á los señoríos y reyno de Portugal, mas oriental ocho leguas que la punta de San Vicente, entre la boca del rio Guadiana y el mesmo cabo, no léjos de donde fué despues edificada la poblacion que llaman agora Lagos, á quien ya diximos haber los antiguos nombrado Lacobriga.

CA-

CAPITULO XI.

De los edificios y moradas nuevas que los Españoles comarcanos al rio Guadalquevir hiciéron estos dias, con rezelo (segun se cree) de los Cartagineses Africanos, cuya potencia se metia por aquella region cada dia mas de lo que fuera menester á la seguridad y pacificacion de sus naturales.

Por este tiempo los Andaluces Tartesios, mo- 1
radores de la isla de Guadalquevir, comenzáron á labrar un castillo sobre la ribera de su mar entre los dos brazos ó bocas que solian ser en aquel rio, desviado por igual de qualquiera dellos. Este castillo des- 2
pues que fué hecho, llamáron Ebora, como se decia tambien la villa donde moraban dentro de la isla. Junto con aquello principiáron un templo de muy 3
buena labor sobre la boca del brazo occidental deste rio Guadalquevir: y como quiera que las dos obras fuesen costosas y grandes, parece que las tuviéron aquellos Tartesios Andaluces por tan competentes, que jamas alzáron mano dellas, hasta las acabar. El 4
templo llamáron del Lucero, fundado en aquella mesma parte que hallamos agora la villa de San Lucar de Barrameda: y aun parece claro, que del nombre deste templo vino despues el nombre que tiene tambien agora la mesma villa: y así queriéndola llamar San Lucero, viniéron á le decir corruptamente San Lucer, y despues mas corrupto San Lucar: puesto que yo sé bien haber pasado tiempo quando mucho mas corrompido le llamaban Solocar. Comen- 5
zando las obras, comenzáron á poner nuevas cerimonias en los sacrificios desta estrella, discrepantes de las que comunmente hacian á los otros ídolos, antojándoseles á los Tartesios Andaluces, que la tal es-

estrella debia ser algun nuevo dios, de nueva divinidad, pues en su resplandor y hermosura sobrepuja
6 todas las otras estrellas. Y verdaderamente bien considerado, muchas excelencias aventajadas hallamos en ella, para que quien quiera la note, y se le aficione
7 mas que á ninguna de las otras. Sola ésta, despues del sol y la luna, da sombra en las tierras un tiempo, pareciendo primero que el sol ántes que salga, multiplicando y alargando la luz y claridad de los dias: otro tiempo resplandeciendo despues del sol puesto,
8 vedando y contradiciendo quanto puede las tinieblas de la noche y su tristeza, porque no vengan sobre nosotros tan presto. Y como quiera que el sol sea regidor y ministro principal de la naturaleza, esta estrella le sigue, discurriendo siempre cerca dél, co-
9 mo que le favorece y acompaña quanto hace. Con el ayuda y rocío deste Lucero conciben las cosas criadas, así plantas como animales: éste favorece todo lo nacido con sus influencias graciosas: incita los amores de los animales, para que se junten y mul-
10 tipliquen, y no perezca la natura. Por lo qual hubo tiempo, que considerando las muchas experiencias de sus bienes, toda la Gentilidad tuvo creido ser este Lucero la diosa Venus, á quien solian atribuir el alegría, felicidad y generacion de nuestra vida mor-
11 tal. Por donde parece que segun la simplicidad del siglo pasado, no sin razon los Tartesios Andaluces se moviéron á intitular este su templo de la nombradía del Lucero, pues en aquellos tiempos solo tener por divinas las cosas donde hallaban extrañezas
12 ó provechos, quanto mas siendo tales y tantos. Desta suerte, con ir el edificio del templo bien labrado sobre la boca occidental de aquel rio Guadalquevir, con estar eso mesmo la torre de Capion, que tambien era fuerte y bien hecha, sobre la otra boca del brazo oriental, segun escribimos, y en me-

dio

dio de los tales edificios el castillo de Ebora, que juntamente labraban, quedáron los Tartesios de Guadalquevir pertrechados en todas partes, y tuviéron la isla de su rio cerrada y cercada para que nadie la tomase contra su voluntad, porque no ménos á los otros lados eran fortalecidos y recios, el oráculo de Menesteo con la villa principal donde moraban. Y 13
si conjeturas valen algo para juzgar en semejantes acontecimientos, imaginamos, que todos aquellos edificios y proveimientos hatian ellos con rezelo de ver que los Cartagineses comenzaban á tomar sitios en esta marina, donde tambien ellos morasen, fundando la villa de Albor, con otras estancias, á que mostraban aficion, y convenia tener su vecindad, pues á la sazon andaban mucho poderosos y negociadores, y de su natural eran sobradamente solícitos en señorear quanto hallaban á mal recaudo, puesto que por el presente los unos y los otros tenian conformidad, y se favorecian y bandeaban en quanto se les ofreciese.

CAPITULO XII.

Como parte de las gentes Andaluzas y Lusitanas comenzáron entre sí diferencias y qüestiones, sobre las quales hubiéron una batalla mucho terrible, donde murió cierto Capitan Cartagines, y multitud de hombres y mugeres, y fuéron destruidas algunas poblaciones antiguas, que solian ser en aquella region.

Todos aquellos dias que Hanibal estuvo en el 1
Andalucía, hizo por ella lo que sus antecesores habian hecho, recompensando con su buena diligencia la pérdida de Gisgon, y de las riquezas que con él se anegáron. Fuera desto y de la poblacion del puer- 2
to de Albor, no se halla por las historias particula-

ri-

ridad que le toque, ni cosa de los Andaluces entre quien moraba, hasta que pasados cinco años despues de su venida, comenzáron á tener diferencia los Españoles que vivian entre la mar occidental y las aguas de Guadiana, con los Andaluces sus comarcanos, moradores entre Guadalquevir y el mesmo rio Guadiana. 3 Fuéron la causa destos debates ciertos pastores en ambas gentes, que sobre los pastos de sus ganados, y sobre las rayas ó términos de las dehesas, peleaban en recuentros particulares cada dia, donde morian muchos dellos, y perecia gran copia de gentes, y se hacian tales daños y crueldades, que los mesmos pueblos, cuyos ellos eran, se metiéron en la pendencia, señaladamente cierta poblacion de los Andaluces, situada cerca de la costa, cuyo nombre no declaran nuestras Historias, sino que sospechamos haber sido la Ibera, de quien hablamos en el octavo capítulo pasado: la qual sobre todos y con mayor enojo pedia recompensa de los daños y demasías hechas en aquel caso. 4 Y como las pendencias solo por esta demanda no se pudiesen atajar, y creciesen quanto mas iban, hubiéron de venir á batalla campal en gran multitud de cada parte: la qual duró todo un dia desde la mañana hasta la noche con increible derramamiento de sangre, sin que por aquel tiempo nadie dellos alcanzase muestra de victoria, 5 mas de morir y pelear rabiosamente. Tiénese por cierto, que si la noche no llegara, muy pocos quedaran de los unos ni de los otros, segun estuviéron 6 porfiados y duros en el afrenta. Quando la mortandad andaba mas recia, sobrevino gran lluvia del cielo, con truenos y relámpagos espantosos: y poco despues cayéron tres rayos encendidos á diversas horas del dia por medio de las haces, que abrasáron crecida multitud de hombres: y nada bastó para los despartir, hasta que (como digo) con las tinieblas

y

y escuridad de la noche no viéron á matar, y les convino retirarse. Fuéron tantos los muertos, que si 7
los números ó letras de cuenta no van errados en las Corónicas y libros que desto hablan, pasáron de ochenta mil personas entre hombres y mugeres: de las quales mugeres afirman haber estado muchas en la batalla con armas, animando cada qual á los de su parte, y peleando juntamente con ellos. Entre los 8
muy señalados que muriéron allí, dicen haber sido uno el mayoral de los Africanos, que por favorecer él un bando, vino con gente de pelea, dado que (segun ántes diximos) la poblacion que él habia hecho en Albor, estuviese dentro de los términos y provincia de las otras gentes contrarias. No ponen tam- 9
poco nuestras Corónicas el nombre propio de aquel mayoral de los Africanos: pero sin duda parece que debió ser aquel Hanibal sobredicho, pues la concordancia de los tiempos en que por acá residió, cotejados con estos dias de la batalla, vienen todos en una razon, y confirmalo mucho ser el debate sobre pendencia de ganados y pastores, de quien, como dixe, certifican otros, que dél hablan, haber mantenido en España trecientos collazos á sus despensas y soldada. Los vecinos de la ciudad ó poblacion de la 10
marina, como fuesen mas principales, y tuviesen recebido mas daño, creyéron que los adversarios se rehárian, y volverian sobre ellos: y por esto desamparáron luego su pueblo, poniendo fuego á sus casas, y á toda la hacienda que no pudiéron llevar, y se derramáron por aquellas comarcas en asientos diversos los unos de los otros, sin jamas tornar á su pueblo hasta el dia de hoy. Lo mesmo hiciéron otros 11
lugares no tan principales confines á sus contrarios, que por estar allí cerca, tenian mas causa de temor, y mas aparejo para destruir unos á otros. Así que 12
la batalla famosa y antigua de los Españoles, que lla-

man de los Rayos, pasó desta manera dentro del año de quatrocientos y treinta y uno ánte del advenimiento de Nuestro Señor Dios. En cuya relacion, para decir verdad, yo deseo mas particularidades de las dichas, pues debiéron pasar en cosa tan hazañosa: como las deseo tambien por otros muchos acontecimientos antiguos, que parte de nuestros Coronistas recapitulan en los principios de sus Historias, quanto mas en ésta, donde ponen tales pasos, que debieran ser dichos mas á lo largo, señaladamente la pelea de las mugeres, que fué trance muy de notar: el tiempo tambien de los rayos que cayéron del cielo, con la muerte de las personas Españolas de cuenta que pereciéron allí, pues la hiciéron del Capitan Africano. Fuera tambien justo decir, si participáron en el debate gente de los Galos Célticos, los quales mirando las posturas y la division antigua de la tierra, muchos dellos moraban entre los Andaluces desde poco mas baxo de Sevilla, hasta Guadiana. Y aun no se perdiera nada en escribir, si los enojos, y la codicia, con intereses desordenados, hiciéron en ellos sus oficios, que son, armar parientes contra parientes, amigos contra sus amigos, naciones contra sí mesmas, y muchas veces los hijos contra sus padres. Pero de sospechar es, que no serian estos Célticos en la qüestion, pues nuestros Coronistas no los nombran aquí, soliéndolos nombrar en otros acontecimientos que pasaban, y que solamente seria sin ayuda de nadie las gentes que moraban desde Guadalquevir abaxo contra la marina del cabo de San Vicente, poco dentro de la tierra. Y si los tales fuéron, claro paresce ser unos los Cenitas, y los otros Albicenos, de quien atras queda hecha relacion, y mas algunos Turdetanos, que ya por mucha parte se les comenzaban á mezclar en la tierra de Portugal ó Lu-

13 14 15 16 17

si-

sitania, puesto que lo principal dellos fué siempre dentro del Andalucía.

CAPITULO XIII.

Como sabida la muerte del Capitan Cartagines en la batalla de los Españoles, mandáron los mesmos Cartagineses á Magon, que desde Mallorca viniese para residir en España. Y de los muchos y graves acontecimientos que durante su tiempo recreciéron á los Españoles y Cartagineses en España, y fuera della.

Luego despues de Hanibal vino Magon al Andalucía por mandado de los Gobernadores Cartagineses, aquel que diximos haber quedado los años ántes en las islas de Mallorca y de Menorca. Quando llegó en España la vez que decimos agora, salió de sus navíos acompañado de gentes Africanas que por allá tenia, juntamente con muchos Mallorquines honderos que consigo traxo: creo yo que sospechando hallar la tierra turbada. Mas á lo que parece, despues de la gran batalla, los pueblos que la diéron quedáron tan mal parados en toda parte, que les convino sosegar algunos dias. Y los Mallorquines arriba dichos, dado que discurriesen por las comarcas, bien contentos y satisfechos con el pago de sus gages, que les daban en mugeres y vino: pero despues á poco tiempo con la mudanza de los mantenimientos y de los ayres, y con andar todos ellos desnudos, recrecióles tal corrompimiento y enfermedad, que brevemente muriéron casi todos: mas no para que dello viniese perjuicio ni falta sobre las poblaciones ó villas ó puertos ó mineros, que la gran Cartago tenia por acá, porque las amistades y confederacion de los Turdetanos aseguraban quanto les tocase. Con su

1 2 5

su favor dellos estuvo Magon el Cartagines en el Andalucía poco ménos de tres años, sin hacer cosa notable que sepamos, agora fuese por esto, agora por otras causas que las Historias no declaran.

6 Los Cartagineses al fin deste tiempo le mandáron venir á Cartago: y así dexó la provincia de los Andaluces casi en el año de quatrocientos y veinte y ocho ántes que Nuestro Señor Jesu-Christo naciese, que fué justamente noventa y dos años cumplidos despues que la gente Cartaginesa hizo las primeras venidas en España para favorecer á los de

7 Cádiz contra los Andaluces. Despues deste Magon no hallo yo memoria muchos años adelante de persona particular que la señoría Cartaginesa tuviese por acá, dado que segun fué siempre proveida, contino lo debió tener todo muy á recado, mayormente siendo Hanon el principal que la gobernaba, cuya persona bastaba para quanto se podria decir en tales casos, puesto que ya por estos dias le comenzáron á venir en su vejez adversidades crecidas, en que sin la muerte de Gisgon su hermano, y la pérdida de los tesoros que con él se hundiéron, sobrevino despues la muerte del otro Hanibal en la

8 batalla de los Españoles. El año siguiente, despues de la batalla, murió tambien en Cartago de ciertas enfermedades continas Hasdrubal, y luego tras él Safo, primos todos tres del dicho Hanon, con que se menoscabáron mucho sus fuerzas en el mando de

9 la señoría. Su fortuna se le fué trocando de tal arte, que la mas gente ciudadana comenzáron á juntarse contra él, y vedar y contradecir mucho de lo que primero no le contradecian, por conocer dél que de su natural era caballero deseoso de mandar, muy sagaz y gran cauteloso, y que procuraba ser absoluto donde quiera que viviese: pero sobretodo tan mañoso, que cayó primero que ningun

gun hombre nacido en el arte cómo se podrian amansar los leones: y entre las otras sus grandezas traxo por Cartago multitud dellos aplacados y domésticos, que discurrian en las calles, y se dexaban tratar sin hacer mal á nadie. De lo qual fuéron 10
tan alterados los moradores desta gran ciudad, que, como dixe, determináron de le quitar el mando, y le fuéron despojando de lance en lance de la gobernacion en que primero le pusiéron, rezelando que no se les alzase con el señorío de su república: porque les parecia que ninguna cosa podria librarse de tan sotil ingenio, queriéndola sojuzgar, ni bastarian dificultades para resistir á sus acometimientos y sotilezas, y que la libertad suya dellos, y las contrataciones Españolas y las Africanas, con todo lo que poseian en Sicilia y en las otras islas, podrian mal confiarse de Hanon, á quien la terribilidad y fiereza de los leones se habia sometido. Pero como los 11
ímpetus de la gente vulgar, dado que recios, duren poco, y estos pasados, todo su hecho ni tenga cimiento ni discrecion, conociendo los otros Cartagineses que la mudanza del vulgo no seria firme para continuar lo comenzado contra Hanon, señaláron entre sí cien ciudadanos nobles que gobernasen la señoría, dándoles poder y justicia sobre los Capitanes de las provincias y de los Exércitos, con cargo de tomarles cuenta de sus oficios y dignidades; y para que tambien despojasen á Hanon de su gran poder. Entre los tales fué nombrado casi de los 12
primeros Saruco Barcino, aquel de quien escribimos en el tercero capítulo pasado. Este buscó manera cómo Hanon fuese tratado venerablemente, segun lo requeria su valor, y con él acabó, que por evitar los escándalos y males que podrian suceder entre él y sus naturales, saliese de la ciudad, y diese lugar á la ingratitud y furia del pueblo. Y así se hizo, que 13 14
Ha-

Hanon salió luego della con infinito número de sirvientes y riquezas, y con tan gran aparato de fa-
15 milia, que pareció mas triunfo que destierro. A la hora fuéron mudados en el Andalucía los factores y caudillos que de mano de Hanon acá residian, y proveidos otros con nuevas instrucciones y nuevos
16 mandatos y poderes. Pero con todo aquello la persona de Hanon era tan estimada, que perseverando sus ausencias hiciéron siempre mucha cuenta dél, y los cien Gobernadores ó Jueces en todas las cosas graves que sucedian lo consultaban y pedian su parecer: y dábalo tan como buen Cartagines, que para
17 lo tal nunca tuvo memoria de sus agravios. Por consejo suyo dél pusiéron pocos años despues en Sicilia gente de guerra que residiese por ella de reposo, lo
18 qual era muy cumplidero y á muchos fines. El uno para conservacion de ciertos lugares que Cartago po-
19 seia. Lo segundo, porque la villa de Gergento, llamada, como dixe, por aquellos tiempos Agrigento, les ofendia con todas sus fuerzas: y fué por estos dias lugar suficiente para les meter grandes alborotos y turbacion en sus pueblos, por la vecindad que con
20 ellos tenia. Lo tercero, porque tambien muchos lugares principales de la isla cercanos y léjos de la marina traian discordias terribles unos con otros, y se favorecian en ellas de naciones Griegas harto poderosas, particularmente de la de Arenas, que por aquella sazon fué ciudad muy pujante, tanto que por la mar competian sus flotas con las de Cartago, tambien de ser muchas, como de muy armadas; y por tierra
21 tenian eso mesmo crecido valor. Y dado que los Atenienses al presente hubiese bien nueve años que traian guerra travada con las ciudades y gentes de la Morea, que decian los Griegos Peloponeso, tuviéron siempre tanta codicia de se meter en Sicilia, que con todas sus grandes ocupaciones enviaban allá Capi-

pitanes y navíos diversas veces, en gran perjuicio de lo que tambien allí pretendió Cartago, puesto que nadie de sus vecinos lo sentia ni consideraba, sino Hanon en su destierro, que continuamente declaraba lo que pretendian estos Atenienses con aquella disimulacion, como despues adelante lo vió todo el mundo. Por otra parte figurábasele, que siendo Si- 22
cilia muy junta con Italia, no debia Cartago vivir sin rezelo de la prosperidad y señorío que los Romanos cobraban de contino por aquellas tierras Italianas, cuya ciudad, segun dicen los Historiadores Latinos, gobernaban á la sazon que los Cartagineses pusiéron el exército de residencia sobre Sicilia, dos caballeros, nombrados el uno Tito Quincio Cincinato, y el otro Julio Mento, que fuéron Regidores y Cónsules en ella, casi por el año de quatrocientos y veinte y siete primero que Nuestro Salvador Jesu-Christo naciese. Los dos años que des- 23
pues adelante viniéron no sucedió cosa digna de memoria que sepamos en el Andalucía, ni por las otras provincias Españolas. Y segun parece fuéron 24
sosegados y quietos por todas ellas, quanto fué trabajoso y fatigado el año mas adelante, no solo en España, sino tambien en Cartago, y en muchas provincias Africanas. Y ciertamente cosa de notar es en 25
este caso, quanto se responden las Corónicas extrangeras y las nuestras en la conformidad de los tiempos: porque de semejante daño hace mencion Tito Livio, que pasaba tambien á la mesma sazon en Italia: lo mesmo Tucidides, y muchas otras Corónicas de Grecia, por donde parece general á todo cabo. Pero quien mas particularizado lo cuenta de los unos y de los otros es Tito Livio, y Dionisio Halicarnaseo, diciendo haber comenzado con sequedad excesiva, no tan solamente de lluvias, sino tambien de los humores naturales de la tierra. Fal- 26

ta-

táron los rios caudalosos, agotáronse los arroyos y
27 fuentes de todo punto. Luego procedió dello mortandad en los ganados, que morian con sed, y muchos con enfermedades pestilenciales contagiosas: las
28 quales redundáron en la gente del campo. Tras esto entráron por los pueblos y ciudades, con daño tan contino, que los hombres conociendo ser esto persecucion nunca vista, hacian sacrificios peregrinos
29 y nuevos á sus dioses para los aplacar. Quién duda que nuestros Andaluces en aquella necesidad no recudiesen á la supersticion infernal que los Cartagineses les habian enseñado de sacrificar hombres, ó de sacar sangre de sus mesmos cuerpos vivos, para que con el trueco della, los tales demonios carniceros y crueles, en quien creian, les atajasen aquellos males, como ya por otras partes desta Corónica dexamos aclarado.

CAPITULO XIV.

Del apercebimiento de gente y navíos que la señoría Cartaginesa mandó hacer en el Andalucía, rezelando la venida de cierta flota que los Griegos Atenienses enviáron sobre la isla de Sicilia.

1 Venidos los principios del otro año, que fué segun nuestra cuenta quatrocientos y diez y ocho años ántes de la Natividad de Nuestro Señor Jesu-Christo, comenzó mucho de mejorar la salud en las gentes de España: y es de creer, que tambien mejoraria por las otras tierras, de manera que se pudo muy bien decir haber sido tiempo saludable bien fortunado y dichoso, comparándolo con el pa-
2 sado. Poco despues, casi en el fin del verano, llegáron mensagerías al Andalucía de la muerte de Ha-

non

non el Cartagines, cuyo fallecimiento decian haoer sentido mucho toda su ciudad: porque dado que lo tuviesen desterrado y ausente, aprovechábanse dél y de su discrecion en los casos y cosas arduas tocantes al gobierno de su república. Decíase mas, haber 3
dexado Hanon requerido y amonestado pocos dias ántes de su muerte, que los Cartagineses no se descuidasen de Sicilia, pues les era tan importante para sus propósitos, y lo que della poseian estaba mas peligroso, que quanto traian entre manos, señaladamente por parte de los Atenienses Griegos, de quien el capítulo pasado trató: los quales la deseaban usurpar sobre todas las cosas del mundo, puesto que no lo mostraban. Y verdaderamente como si Hanon lo 4
profetizara sucedió todo casi luego: porque no fuéron bien llegados los principios del verano del año siguiente, quando por muy cierto supiéron que los Atenienses ya dichos mandaban juntar galeras y navíos mayores y menores quantos traian derramados en la mar, y reparaban otros de nuevo con tanta presteza, que llegado el estío del año mas adelante, quando se contaban quatrocientos y diez y seis, ó dos años ménos, segun otros cuentan, ántes que Nuestro Señor Jesu-Christo naciese, pareciéron sobre Sicilia cien galeras armadas de tres remadores al banco, y mas otras cien fustas de servicio, con veinte naos de carga, bastecidas de toda provision. Sú- 5
pose mas en España, que la guerra se comenzaba contra la parte donde caia la ciudad de Siracusa, que llaman agora los naturales de la isla Sarausa: y nuestros Españoles, despues que la tienen en su defensa con todo lo restante, la suelen llamar Zaragoza de Sicilia, pueblo muy aventajado sobre todos los de su comarca. La color que los Atenienses traian, y pu- 6
blicaban para su guerra, fué decir que Sarausa tyranizaba las otras ciudades y gente de sus derredores,

y que la señoría de los Atenienses las queria redu-
7 cir á libertad. Mas dado que publicaban ellos esto, muy presto se vió claro ser su principal intencion sojuzgar de una vez aquellos Sicilianos, y luego pasar la guerra sobre los Italianos, para los poner tambien en sujecion: y despues revolver sobre los Cartagineses, y destruirlos, tomándoles quanto poseian: con lo qual, y con el socorro de las gentes que desta manera ganasen, creian conquistar los otros pueblos de la Morea, quedando señores absolutos dentro
8 y fuera de Grecia. Esto sentido, los Cartagineses mandáron á sus banderas, las residentes en Sicilia, que se repartiesen por aposentos, y se fortaleciesen disi-
9 muladamente, sin acostar á ningun cabo. Comenzáron tambien á juntar compañías Africanas por todas
10 sus provincias. En España despacháron Capitanes, que tuviesen á punto quatro mil hombres Andaluces, con todos los navíos necesarios á su venida, si los en-
11 viasen á llamar. En Mallorca y en Menorca mandáron recoger setecientos honderos, y llegados á la marina, para que visto su segundo mandamiento los mezclasen con los otros Españoles, y pasasen á Car-
12 tago. Hecha la tal provision esperaban muy atentos lo que sucederia de la contienda Siciliana, creyendo muy cierto, que de todas ellas resultaria gran provecho para su república: pues qualquiera de las partes que fuese destruida les era un enemigo ménos, y el vencedor quedaria de fuerza tan gastado, que tras aquello no pudiese dañar en otras partes: y luego po-
13 drian ellos dar en él, y sojuzgarlo. Creian tambien, segun la pujanza desta flota Griega de Atenas, que tarde ó temprano los Siracusanos acudirian á Carta-
14 go, para pedir favor en su guerra. Pero la ciudad de Siracusa, ó Sarausa, que como dixe fué lo mas principal de los Sicilianos, y la cabeza de toda su resistencia, sin curar de los Cartagineses enviáron á

Gre-

Grecia por socorro, solicitando ciertos pueblos de la Morea contrarios á los Atenienses, que fuéron señaladamente las ciudades de Lacedemonia y Corinto, que tambien eran allá repúblicas libertadas sobre sí: las quales proveyéron luego de Capitanes y gente para la guerra, mandándoles encargadamente que continuasen los debates de Sicilia por toda parte. Los 15
Atenienses como supiéron el apercebimiento de navíos que los Cartagineses traian en España, con mas otros muchos al derredor de Cartago: sabiendo eso mesmo, que los Mallorquines y los Andaluces quedaban ya puestos á la lengua del agua, esperando qualquier ocasion que sucediese, ganando todos aquellos dias sus acostamientos y sueldo, rezeláron de tener impedimento con ellos, y tratáron cautelosamente sus amistades y ligas, porque sin duda traian á la sazon mejoría conocida sobre sus adversarios. Cartago recibió su concordia con igual disimulacion 16
y doblez que los otros la pedian, conservando siempre las gentes y navíos Españoles muy bien pagados y muy armados todos los tiempos que la guerra duraba, hasta que pasados en ella poco ménos ó mas de cinco años, despues de muchos recuentros y grandes mudanzas de fortunas, el poder de los Atenienses fué destrozado, sin escapar hombre de quantos allí viniéron que no fuese muerto ó captivo, juntamente con sus Capitanes, en los principios del Otoño, ó segun otros escriben, por el mes que los Sicilianos llamaban Carnio, y los Atenienses Metagitneo, que tomaba muchos dias del que llaman agora Julio, dentro del año de quatrocientos y doce ánte de la Natividad de Nuestro Señor Jesu-Christo. Fenecida la guerra Siciliana, los Cartagineses derra- 17
máron la gente del Andalucía, pues ya para ninguna cosa la tenian menester, y en remuneracion de muchos navíos que Cádiz allí tuvo depositados en

los puertos para favor de la armada, si fuera necesario, le restituyéron su libertad antigua, desistiéndose de quanto por allí tenian adquirido desde los años pasados, que no reservaron para sí mas del templo de Hércules, y ciertas torres y atalayas de
18 la isla, pertenecientes á su seguridad. Sacáronles eso mesmo, que quantos navíos traxesen, fuesen hondos y de carga, como lo suelen hacer los tratantes en mercancías, y no baxos ó de remos, quales agora son fustas, galeras y vergantines, y los otros semejantes que suelen servir en guerras y qüestiones de la mar.

CAPITULO XV.

Como muchas banderas Andaluzas, y gente de Mallorquines pasáron en Sicilia con sueldo de Cartago contra cierto tirano llamado Dionisio, que nuevamente se levantaba en Zaragoza de Sicilia.

1 Ya queda manifiesto por algunos capítulos del segundo libro, y en otros deste tercero, la mala voluntad que la ciudad de Gergento mantenía siempre
2 contra los Cartagineses que residian en Sicilia. Diximos otrosí la diligencia que ponia para le contradecir sus empresas. Pero si tiempos algunos lo mostraba, nunca fué tanto como despues del desbarato
3 de los Atenienses: porque como los mas lugares de la isla quedasen puestos en libertad, estos Agrigentinos anduviéron de pueblo en pueblo, reclamando y diciendo, que todo lo hecho seria nada, si Cartago y sus gentes no salian de Sicilia. La señoría Cartaginesa quando supo lo que pasaba, proveyó para
4 que sus Capitanes á la primera muestra rompiesen la guerra con ellos, y sobrevínoles tal ocasion el año siguiente, tan razonable y tan legítima, quanto Cartago lo pudo desear. Esto fué, que cierto dia sa-
5 lien-

liendo parte de los Cartagineses á sacrificar en un bosque poco léjos de cierta villa que tenian allá nombrada Minoa, los Agrigentinos diéron sobre ellos de súpito, y en medio del sacrificio degolláron quantos quisiéron: pocos escapáron huyendo por el bosque, muchos otros gravemente heridos se diéron á prision, y los lleváron por esclavos á su pueblo. Con 6
esto, si los muertos no fuéron muchos, el afrenta fué tan estimada, que sin mas dilatar todas las banderas de los Cartagineses saliéron de los aposentos, y puestas en campo, corriéron hasta las puertas de Gergento matando la gente que topaban, abrasando y destruyendo toda la campiña. No pasáron muchos 7
meses que la gran Cartago no les enviase tambien dos mil hombres Africanos sobre los que primero tenian, y tras esto despacháron Capitanes al Andalucía, que hiciéron otros tantos peones, y mas ciento de caballo muy bien encabalgados. Viniendo con ellos por 8
las islas de Mallorca y de Menorca, recogiéron hasta quinientos honderos, convidándolos á sus fustas, con darles á beber muy buenos vinos, y con mostrarles mugeres Españolas dentro de los navíos: en las quales prometian de pagarles todo su jornal y salario de la guerra, para que despues de fenecida tornasen muy bastecidos y regocijados con ellas y con otro tanto vino. Esta fué la primera vez que los Cartagineses lleváron en sus Exércitos honderos Mallorquines para qüestion determinada. Pasados á Sicilia, 9
como fuéron juntos con el Exército viejo, hiciéron bulto de gente bastante para qualquier acometimiento. Los Agrigentinos en todos aquellos tiempos ha- 10
bian requerido gran copia de sus amigos y vecinos los que mas eran sus confederados: y quando el armada de España llegó, ya los tenian juntos en el campo bien á punto pidiendo batalla, y habiendo cada dia recuentros con los Africanos: y así concerta-

tadas y puestas en órden sus haces, al cabo de pocos dias saliéron los unos y los otros á la pelea, donde tuviéron la mano derecha los honderos Mallorquines con algunos peones Cartagineses, armados de
11 lanzas y pavesas, que les hacian espaldas. En el me-
12 dio quedáron los dos mil Españoles. Al otro cabo los
13 Africanos. Pero fué cosa mucho de notar el ménosprecio que los Agrigentinos y sus valedores hacian de los Mallorquines, viéndolos desnudos en carnes, con sus hondas y zurrones llenos de piedras y guijarros, sin tener sobre sus personas otras armaduras ofensivas ni defensivas de hierro ni de fuste: figurándoseles que ninguna pedrada herida de mano de qualquier hombre podia ser tal en el trecho que los Mallorquines andaban, que quien quiera no la sufriese sin peligro, quanto mas recibiéndolas sobre muy buenas y fuertes celadas, y en mejores escudos, quales ellos los traian; y que recebida la piedra, no restaba otra cosa sino llegar á los honderos, pues andaban desnudos, y traspasarlos con las lanzas, ó desmembrarlos en piezas con las espadas, sin resistencia ni tra-
14 bajo. Queriendo pues las haces mover, todos los Mallorquines pasáron afuera, tendidos contra la mano izquierda de los Sicilianos: y en continente les arrojáron una lluvia de guijarros tan grandes y tan espesos, unos tras otros, que aunque no vinieran con mucha fuerza, la multitud era tal y tan contina, que desatinara qualquier esquadron sobre quien cayera, quanto mas viniendo tiradas con hondas hechizas y
15 muy furiosas. A la segunda ruciada no dexáron es-
16 cudo que no fuese despedazado. Despues en qualquier parte descubierta donde los herian, les quebraban los huesos, hundíanles las celadas en las cabezas,
17 desmigajábanles las piernas y brazos y cuerpos. Con esto los enemigos traian gran alarido, trabajando de pasar adelante: pero quanto mas ellos lo porfiaban,

tan-

tanto mas caian unos sobre otros, y dado que no cayesen muertos de todo punto, los miembros quedaban tales, que no les tenia provecho. De suerte, 18
que desconcertados en aquella parte, los honderos rodeáron mas á lo largo, siempre desviados á trecho conveniente de sus tiros, y tanto se tendiéron, que pudiéron tomar las espadas de las otras haces: y como por allí principiasen otro tal daño, viniéron á las manos los peones Españoles del medio, juntamente con los Africanos del otro lado: y así no hallando resistencia fuéron arrancados los enemigos del campo, con gran mortandad que los mesmos peones y los de caballo hiciéron en el alcance, prosiguiendo su victoria, sin jamas les dexar hasta los muros de la villa, creyendo meterse con ellos á la revuelta. Pero 19
ya quando llegáron, la noche se les venia con estar todos muy cansados. Los del pueblo recogiéron de 20
los suyos los que buenamente pudiéron, y los otros huyéron con la mucha tiniebla que hacia. Desde allí 21
los Capitanes Africanos consultáron lo que debian obrar, y despues de muchos pareceres, acordáron de poner cerco sobre los Agrigentinos, y no se levantar dél, hasta los destruir ó dexar en baxo del señorío Cartagines. Y así comenzáron á sitiar esta ví- 22
lla casi en el año que se contáron quatrocientos y ocho ántes de la Natividad de Nuestro Señor Jesu-Christo. Sabido lo hecho, Cartago proveyó presta- 23
mente de flota para les ocupar el puerto con bastecimiento de viandas para todos en general, y de mugeres en particular, y pipas de vino, para detener los Mallorquines, que ya murmuraban por se volver á sus islas, certificando, que si no les daban navíos, ó si los detuviesen contra su voluntad, se pasarian á los enemigos. Pero como las mugeres y el vino lle- 24
gáron, todo se remedió. Los combates se comen- 25
záron mucho continos, sin faltar dia que no minasen

sen ó picasen las murallas, ó hiciesen algunos daños.
26 Entretanto los cercados por minas encubiertas, que salian alejadas del pueblo, recibiéron pocos á pocos quantos habian escapado de la batalla, si quedáron algunos defuera. Por allí metian provision á su salvo desde los otros lugares comarcanos, hasta que los cercadores del Exército Cartagines descubriéron á aquellas bocas, y luego fuéron cegadas por parte de los unos y de los otros, para que los de fuera no pudiesen entrar por ellas, ni tampoco los de dentro salir.
27 Habian eso mesmo los dias ántes demandado socorro los Agrigentinos á las ciudades de Grecia: mas los enojos andaban por allá tan crueles de los unos contra los otros desde las pendencias de Siracusa, que la guerra se trataba mucho terrible, y cada qual dellos
28 habia menester valedores. Ménos recaudo tuviéron en Zaragoza de Sicilia, de quien esperaban tambien remediarse: porque pasando lo sobredicho, negociaba para se levantar en ella un caballero tirano llamado Dionisio, que traia grandes pendencias con los otros principales del pueblo, sobre lo qual habia muerto parte de los nobles, negociando cómo podria deshacer la libertad y señorío desta ciudad con la de to-
29 dos sus allegados. Y por estos impedimentos, ni Dio-
30 nisio, ni sus adversarios podian acudir á nadie. Los males crecian en Agrigento, sin esperanza de remedio: los cercadores, así Españoles como Cartagineses, perseveráron tan duros en el sitio, que pasaba ya de
31 once meses el cerco. Recreció tras aquello gran pestilencia de dentro: tras la pestilencia mucha hambre,
32 que fatigó mas que todas las adversidades pasadas. De manera que necesariamente los Agrigentinos se rindiéron á la voluntad de sus enemigos: y los Españoles ya dichos, con sus Mallorquines y con las otras banderas Africanas del Exército Cartagines, entráron en la ciudad el año siguiente de quatrocientos y seis

ante que Nuestro Señor Jesu-Christo naciese: la qual hazaña fué grandemente provechosa para los intentos de Cartago. Con el placer de la victoria los Mallorquines quedáron allá de reposo por algun tiempo, sin dar importunidad en su vuelta como primero la daban, á causa de la buena provision de mugeres y vino con que les pagaban sus gages; y los Andaluces otro tal muy ricos y bien tratados, pagados eso mesmo con jaeces, vestidos, armas y caballos, y con dinero de plata, quando lo querian recibir. 33

CAPITULO XVI.

Como los Españoles residentes en Sicilia sostuviéron la guerra contra Dionisio el Tirano, para socorro de los quales fué menester sacar nueva gente de los Mallorquines, y tambien Andaluces, la qual puesta en Sicilia ganó las villas de Gela y Camerada, con otras cosas notables que pasáron allá.

No pudiéron aquellos Españoles quedar mucho 1
tiempo residentes en Agrigento sin tener pendencias continuas con los vecinos della, porque como despues de tomada viniesen mantenimientos asaz en la ciudad, y los Agrigentinos quedasen libres de la hambre que primero padecian, comenzáron á tratar secretamente con Dionisio tirano de Siracusa que les diese favor para lanzarlos fuera del pueblo, prometiéndole si lo hacia que le reconocerian señorío, dándose por sus vasallos perpetuos, pues era mejor hacerlo de grado con él, siendo su natural y su comarcano, que no en los Cartagineses adversarios antiguos. Era Dionisio Siracusano (segun Emilio Probo 2
declara) persona mucho valerosa, muy esforzado y muy diligente, puesto que despues tuvo grandes temores y rezelos en su vida, como suelen y deben te-

3 tener los tiranos que perjudican á muchos. Fué junto con esto tan liberal y magnífico, que de ninguna cosa tuvo jamas codicia sino de señorear; y por esto solo hacia demasiadas crueldades en su ciudad y en qualesquier otras partes de Sicilia que podia, por ser temido de las gentes y apoderarse dellas, muy al reves, á mi juicio, de lo que deben hacer los hombres discretos y buenos que se quieren conservar en sus estados y honras, ó principiar nuevo señorío, donde con amor y buenas obras ganan mas en un dia
4 que con asperezas y daños en mucho tiempo. Vista la peticion de los Agrigentinos, Dionisio la recibió y aceptó luego de muy alegre voluntad, por tener debaxo de su mando y sujecion tan substancial pueblo como aquel era, y tambien porque desde la primera sazon entendió que para salir con la tiranía que llevaba principiada le convenia sobre todo desapoderar á la señoría Cartaginesa, si fuese posible, de quanto poseian en Sicilia, pues á la verdad pretendian lo mesmo que tambien él pretendia, mostrándose los principales competidores qne podria tener en aquel caso.
5 Por esta razon fué concertado que los Agrigentinos pocos á pocos dexasen la ciudad quantos hubiese para tomar armas, y se metiesen por otros dos pueblos allí cerca, sujetos y confederados á la señoría de Siracusa, llamados el uno Camerina, que dicen agora Camerada, puesto sobre la mesma ribera y marina que la ciudad de Agrigento contra Levante, y el otro nombrado Gela, dentro de la mesma tierra, no muy léjos de la mar: desde los quales pueblos comenzáron á correr la comarca, y á vengarse quanto cruelmente podian de los daños pasados, favoreciéndoles en todo Dionisio con armas, y dineros y gente: lo qual era muy necesario por la resistencia crecida que los enemigos les mostraban siempre, escaramuzando con ellos de noche y de dia con buen animo, y matándoles hom-

hombres y ganados, y quanto podian haber á las manos, hasta tanto que pasados algunos años en aquellos enojos y turbaciones, Dionisio tuvo color para trabar su qüestion por allí con los Españoles, en cuya guarda puso Cartago principalmente la sobredicha villa de Gergento, pidiéndoles ciertas cavalgadas y robos, que tomáron en los términos de Gela y Camerada. Sobre todo pidió tambien sus injurias y de su 6
ciudad, por estar aquellos dos lugares en su confederacion y amistad. A lo qual respondiéron estos otros, 7
que la culpa toda tenian los principiadores de la guerra, y que si los Españoles algo hacian era para defension del pueblo que tenian á cargo, que no se podia defender sino con ofender á quien los guerrease; pero que recompensados los daños hechos en ambas partes, podian muy bien ir los unos por los otros.
Replicó luego Dionisio, que las dos villas de Gela y 8
de Camerina ó Camerada, no podian reposar estando Cartagineses ó su gente metidos en Agrigento, por tener la vecindad muy cercana, y seria justo que la dexasen libre, como primero lo fué, contentándose con los otros pueblos que tenian usurpados en Sicilia, pues á la verdad ninguno dellos les pertenecia.
Riéronse mucho desto los Capitanes Españoles con 9
algunos Cartagineses que tenian entre sí, quando los mensages anduviéron, diciendo que Dionisio pedia la libertad de Agrigento, para con ménos estorbo la poner él en servidumbre; pero que ninguna cosa desto convenia tratarse con ellos, sino con la señoría de Cartago, cuyos gages ellos ganaban, y que durante la plática defenderian lo que tomáron á cargo, haciendo la guerra de la mesma suerte que se la hiciesen.
La respuesta bastó para que Dionisio se declarase por 10
enemigo manifiesto de Cartago, y á la hora comenzó de juntar y alborotar muy de propósito todas las gentes que pudo, tambien Sicilianas como Latinas y

Griegas, solicitando las partes y pueblos léjos y cerca donde creia tener ayuda, hasta despachar mensageros al Rey Dario de Persia, que por sobrenombre llamaban Noto, para que tomase parte desta demanda contra los Cartagineses, certificándole que su mucha soberbia pasaba ya tan adelante que si no les iban á la mano con tiempo, pretendian sojuzgar el mundo sin estimar quantos Estados y Reynos habia sobre la tierra. 11 Todas estas diligencias convenian á Dionisio, y mas si mas hiciera, juntamente con el valor de su persona, que verdaderamente fué mucho: porque la señoría Cartaginesa, visto su negociar, y las grandes ayudas que contino le llegaban, acordó de hacer agora lo que siempre solia, para remediar sus necesidades, que fué recorrer á la gente del Andalucía, donde mandáron juntar á gran furia diez mil peones, y quatrocientos hombres á caballo de los Galos Célticos, que moraban entre los Andaluces por las fronteras de la 12 Lusitania. Señaláron otrosí ciertos Mallorquines de los residentes en Sicilia, ya hechos á sus costumbres, y los enviáron á sus islas, para sacar dellas mil honderos, mandándoles que juntados estos con los Andaluces en una flota competente se viniesen á Cartago, para que con quince mil Africanos, y cinco mil de caballo, que tambien allí se cogian, pasasen á Sicilia, y con los de acá y de allá se cumpliese el número de quarenta mil combatientes, ó muy poco ménos. 13 De todas estas gentes, quando fuéron á punto, señaláron por Capitan General un Caballero Cartagines llamado Himilcon Cipo, que queria decir belloso en lengua Cartaginesa, del qual ya primero tenian mucho crédito quanto á los negocios de la gobernacion de su República, y lo mesmo creian que seria quanto á los de la guerra, mayormente que por aquella sazon habia tambien él cogido la gente de España, y diose tal maña en la coger, que fuéron maravillados quando

do lo viéron tornar tan presto y tan aderezados. Metidos todos estos en el armada, saliéron de Cartago pasados pocos dias del verano, quando se contaban quatrocientos y tres años, ó segun otros dan á sentir, quatrocientos y cinco primero que nuestro Señor Jesu-Christo naciese. Y dado que para la salida tuviéron razonable viento, despues de metidos adentro la mar se les comenzó de levantar, y los navíos derramados á muchas partes arribáron en diversos puertos de Sicilia, sin que ninguno peligrase. La flota de Cádiz, que llevaba los Españoles, pudo quedar mas entera y mas junta, por tener las piezas y los cascos mayores y mas recios, con que resistian á qualquier afrenta del agua si viniera. Mas el alteracion fué casi nada, y á muy poco rato les calmó súpitamente, con que los Españoles Andaluces y el Capitan Himilcon Cipo, que tambien iba con ellos, quedáron engolfados dos dias y dos noches á vista de Camerada, sin poder navegar á parte ninguna. Venido el tercero dia, refrescóles la mañana, y tuviéron algun viento favorable, con el qual, y con ayuda de los remos, entráron el puerto de rondon á pesar de sus adversarios. Los quales como quiera que resistiéron algo la llegada, no la pudiéron vedar. Y así puestos sus reales en tierra muy de reposo, diéron á la villa quatro combates en quatro dias, uno tras otro, tan bravos y tan acometidos, que por parte de la tierra les ganáron una puerta con una torre. Sobre la mar ocupáron un gran pedazo del muro con escalas y cuerdas que lanzáron en él desde los navíos. En este punto comenzáron á venir las otras gentes de la flota, dellas por mar, y dellas por tierra, con cuya llegada fué luego ganado todo quanto faltaba. Quemáronse muchas casas principales, y pasó gran mortandad y destrozo por las haciendas, y por los hombres, y mugeres, y niños y animales, sin nadie tomar á vida

14 15 16 17 18 19 20 21 22 23

has-

hasta que los Capitanes diéron señal que las muertes
24 y robos cesasen. Tras esto fuéron señaladas ciertas banderas Españolas para la conservacion de la villa,
25 quantas bastáron á asegurarla no mas. Y luego con los restantes y con el otro cuerpo del exército, sin resfriarse de la victoria, saliéron contra la villa de
26 Gela. La qual halláron así desierta, porque los Agrigentinos que la defendian la desamparáron, á causa de ser ellos poca gente, y tambien á causa que los enemigos anticipáron su llegada primera muy ántes que Dionisio la proveyese como fuera menester: porque bien mirado, nadie pensaba que los Españoles y Cartagineses vinieran de la mar tan enteros ni tan descansados que pudieran acometer aquellas dos villas en
27 llegando. Aquí reposáron algun poco Himilcon y los suyos de qualesquier trabajos que pasáron en la mar, y comenzáron á bastecerse para llevar adelante su demanda, como aquellos que tenian el adversario valiente, y osado y singular Capitan á maravilla, tal, que segun la fama decia, pocos hallaban en su tiempo que le hiciesen ventaja.

CAPITULO XVII.

De la grande y espantosa batalla que con ayuda de diez mil Españoles pasáron los Cartagineses en Sicilia contra Dionisio el Tirano, donde lo venciéron, y le destrozáron toda su potencia.

1 Bien pudiera ser que con la tomada destas dos villas, segun eran importantes, y con el buen recaudo que los Españoles ponian en ellas, muchos otros lugares de Sicilia hicieran mudanza declarándose por los Cartagineses, si Dionisio no lo sintiera con tiempo, y sentido no saliera luego muy poderoso y armado, con un exército grueso de mar y de tierra, donde venia mul-

multitud de galeras, todas de tres remadores al banco. 2
Traia mas casi nueve mil de caballo, con treinta mil hombres á pie, todos naturales de la isla, si no fuéron ocho mil Griegos de los moradores en Italia, que traxo cogidos á sueldo. Las galeras no pudiéron llegar á las manos con la flota Cartaginesa, porque los navíos de Cádiz habian dado vuelta en España, y algunos de los otros en Africa: los que sobráron fuéron repartidos y metidos en los puertos de Camerada y Gergento, y en otros lugares que Cartago poseia sobre la mar, bien pertrechados y fortalecidos contra qualquier injuria que les pudiese recrecer. Así que toda la 4
qüestion tratáron los exércitos de tierra, trabando primero muchos recuentros asaz peligrosos, y poco despues aplazando batalla campal del un poder contra el otro. En la qual dicen las historias haber sido muy 5
iguales todas las cosas, porque mirando los Capitanes Generales, averiguadamente fuéron excelentes en ambas partes: el número de la gente casi todo uno; y dado que quanto á los de caballo Dionisio traxese ventaja, tambien la tenia Himilcon en los honderos de Mallorca, que por estos dias eran muy temidos desde la batalla de Gergento; y como gente peligrosa, cuya pelea nunca fué tratada ni vista por aquellas tierras, buscaban sus adversarios remedio contra ellos. Las haces en todo cabo fuéron ordenadas eso mesmo 6
prudentísimamente. Por parte de la gran Cartago tu- 7
viéron el medio los diez mil Andaluces de España, hechos todos un batallon, como tambien lo tuviéron en la batalla de Gergento, dado que no fuéron allí tantos como se halláron en ésta. Todo lo demas ocu- 8
paban los Africanos, repartidos en tanto número de batallones quanto fuéron los otros de los enemigos, y mas sietecientos honderos Mallorquines en cada lado, repartidos en lo final y postrero sobre las partes de fuera, que fué siempre su lugar apropiado por

to-

todas las peleas que combatiéron en aquellos tiempos, amparados con un señalado número de peones empavezados, que los escudaban si fuese menester, y por entre ellos salian los Mallorquines desnudos en carnes á tirar, y se recogian ó alargaban ordenadamente quando convenia. Tuvo mas Himilcon Cipo, quanto al número de los batallones, dos mil peones, que puso desviados algo de los otros, como sobresalientes, mandándoles que por afrenta ni roturas que viesen en qualquiera de sus batallas, no se moviesen hasta que su mesma persona viniese por ellos, y les mandase lo que debian hacer. Estando las haces en este concierto, fronteras las unas de las otras, ya casi para romper, saliéron contra la parte de los Sicilianos tres hombres á su paso, que parecièron venir enderezados á la batalla de los Españoles. Estos tres eran Dionisio con dos lenguas que traia por intérpretes. Y quando llegáron al medio trecho que dividia los esquadrones hincáron las lanzas en el suelo, y pasáron adelante, mostrando con sus ademanes que pedian habla. Venidos á las primeras órdenes de los Andaluces, Dionisio les hizo por sus farautes un razonamiento, cuyo principio fué declafarles quán mal parecia por el mundo tomar ellos armas contra Sicilia, cayendo tan léjos de España, nunca les habiendo sus naturales ofendido ni dañado, ni pretendido cosa de su perjuicio, como lo pretendian aquellos Cartagineses, en cuyo favor andaban: los quales era ya notorio por todas las tierras que con sus engaños disimulados les tenian usurpado casi toda la provincia de su nacion, sin ellos sentirlo, robándoles quanto precioso poseian, y trayéndolos como captivos, trabajados y puestos en peligro de muerte, para que con esto fuesen ellos señores, y los Españoles mas siervos, segun que tambien lo hacian con las otras gentes Africanas, á quien estos Cartagineses tenian en servidumbre perpe-

petua siendo criados en libertad, y por la bondad de los Dioses apoderados en sus haciendas y provincias. Lo qual eso mesmo trabajaban contra Sicilia desde 13
muchos años ántes, sin color ni motivo legítimo, mas de la hambre rabiosa que tenian de tiranizar á todos donde quiera que llegasen, maltratando los inocentes en menosprecio de los Dioses inmortales y de su justicia, que siempre favoreciéron la razon, como tenia gran esperanza que la favorecerian en el trance presente. Pero que si los Andaluces mirasen las anti- 14
güedades y memorias de sus antepasados, verian que los Sicilianos y los Españoles todos eran una generacion y linage. Por causa (dixo Dionisio) de los Es- 15
pañoles antiguos, nombrados Sículos, que pobláron esta tierra, se llama toda Sicilia, como tambien nosotros sus descendientes nos llamamos Sículos ó Sicilianos. Y dado que los tiempos antiguos, conocida la 16
bondad y nobleza de los tales Españoles nuestros progenitores, viniesen otras gentes á se mezclar y mejorar con ellos su generacion, á la fin ellos fuéron nuestro primero tronco, nuestro cimiento, de quien procedemos principalmente, de quien nos preciamos y nombramos, de quien tenemos apellido perpetuo, como fundamento de nuestro ser y nobleza. Los que 17
tienen las primeras órdenes, que son en la batalla del medio, son los Morgetes, naturales de la muy antigua villa de Murgancio, vuestros parientes verdaderos: todos somos vuestra sangre, contra vosotros mesmos pelearéis si peleais contra nosotros, y ningun daño nos vernia, si los Dioses permitiesen que nos lo pudiereis hacer, de que bien mirado no tuvieseis igual parte. Porque veais á qué necesidad os tra- 18
xéron las traiciones encubiertas de esos enemigos á quien seguis, los mas ingratos de quantos viven sobre las tierras, y donde mas mal se pueden emplear qualesquier buenas obras que hagan. Si fuéredes ven- 19
ci-

cidos de nosotros no puede ser mayor mal, siendo tan contra nuestra voluntad, por mano de vuestros deudos tan obligados, y que tanta razon tienen para
20 quereros y reverenciaros. Y si venciéredes, por el consiguiente será vuestra toda nuestra deshonra, todo
21 nuestro daño igualmente vuestro que de nosotros. Por tanto, mirad lo que segun razon debeis obrar en este caso: considerad el comedimiento que de parte de toda nuestra nacion os hacemos, no por temor que tengamos, sino por el respeto que se debe tener á los Dioses inmortales, favorecedores de la bondad, y por cumplir con aquello que nuestra sangre y natu-
22 raleza nos inclina. Esto hablado, con otras razones muchas y muy buenas en aquel propósito, volviéron sin mas parar las riendas á sus caballos, y se torná-
23 ron á sus esquadras. Los Andaluces en aquel punto recordáronse de lo que muchas veces oyéron á sus ancianos sobre la venida en Sicilia de los Reyes Españoles, Sículos y Sicanos, y de las poblaciones que dexáron en ella los siglos pasados, juntamente con la relacion grande que tenian de sus cantares viejos, en que se decian las victorias antiguas que los Príncipes sobredichos alcanzáron allá contra los Cyclopas y Lestrigonas, como ya todo lo diximos en el primer li-
24 bro. Comenzáron á mirarse los unos á los otros, y luego levantáron un murmullo de tan mala suerte,
25 que poco faltó para salirse de la pelea. Pero vino presto Himilcon, y reducióles con otra plática substancial y bastante para quitarles qualquier turbacion, diciendo ser mucho maravillado de tan valientes hombres, en quien él y Cartago tenian toda su confianza, turbarse tan súpito por las vanidades y burlas deste Dionisio, pues era ya sabido donde quiera, que puestos Españoles en cosas de valentía, no bastaba peligro ni dificultad para mudarlos, quanto mas las mentiras del tirano presente, de quien era cosa muy de

reir

reir la devocion que publicaba de palabra tener en la divinidad de los Dioses inmortales, y de su bondad y justicia, siendo la persona de quantas naciéron que ménos acatamiento les tenia. Lo qual allende muchas 26
otras cosas en que se parecia, quedaba muy claro, pues era levantado contra su mesma ciudad y república Siracusana, donde lo criáron y mantuviéron los años de su juventud y de su vida; en cuya gratificacion les quitaba toda su libertad y señorío, matando quantos inocentes y nobles habia dentro. Pero que ta- 27
les atrevimientos y desvergüenzas necesario convenian salir de quien osaba publicar que Cartago traia por esclavos las gentes Andaluzas, conociendo todos ellos su falsedad manifiesta, pues á sus pasados habrian oido que los años primeros quando los Cartagineses viniéron en España, llamados por los de Cádiz para guerrear el Andalucía, no solo no lo hiciéron, mas en lugar de dañarla, tratáron amistades perpetuas con los Turdetanos, y despues con todos los otros Andaluces contra quien venian, tomándolos por hermanos y por compañeros de su potencia, tan participantes y tan iguales, que jamas hubo negocio, ni guerra, ni navegacion, ni prosperidad en que los Andaluces no se hallasen y fuesen principales. En las dis- 28
cordias otrosí, y en qualesquier diferencias que dentro de España les hubiesen recrecido todos aquellos tiempos, conocian muy bien quán de voluntad les acudió siempre Cartago, donde fuéron muertos algunas veces sus Capitanes y gentes, aventurando por su parte quanto debian aventurar. Lo qual entiendo yo 29
que diria por la muerte del Capitan Hanibal, quando la batalla de los rayos que cayéron del Cielo, segun lo contamos en el doceno capítulo deste tercero libro. Y que pues lo tal así pasaba, ¿qué traicion era 30
decir que Cartago destruia las provincias del Andalucía, siéndoles manifiesto los atavíos, herramientas,

artificios, armas, jaeces, oficiales, primores y bienes de toda suerte que los Cartagineses pasaban y traian en aquella region? de lo qual ante de su conoscimiento no sabian, ni tenian noticia los Españoles, viviendo sin esto tan penados, y tan fuera de las buenas artes que qualesquier hombres generosos debieran tener, quanto vivian á la sazon con ello descansados y
31 satisfechos. Díxoles mas quán atrevida maldad era quererles hacer entender que los exércitos contrarios (verdaderamente siendo cogidos de gentes alquiladas en Sicilia, y en Italia, y en otras naciones diversas, á quien Dionisio tenia puestas en el campo) procedian de generacion Española, ni tenian parentesco, ni sangre suya: sobre lo qual daba gracias á los Dioses inmortales, pues duraban las historias antiguas y verdaderas de Sicilia, donde se contenian los acontecimientos pasados en todas sus tierras, con sus pobla-
32 ciones y pobladores. En las quales Corónicas hasta los niños leian y sabian la verdad de naciones extrañas muy alejadas de España, que por diferente sazon asentáron y viviéron en aquella tierra, persiguiendo continamente los Españoles antiquísimos que por tiempo la moráron: cuyos decendientes al presente la tiranizaban, ó la mayor parte della, como fuéron muchos Asiáticos, á quien por otro nombre los mesmos Sicilianos llamaban Elimos, fundadores de dos villas nom-
33 bradas Erice y Egesta. Despues era notorio la venida de muchos Foceenses, que tambien ocupáron allí las
34 villas de Mocia, Soloente y Palermo. Item, la venida de Teocles, Capitan Griego, poblador en la villa de Naxo, y acrecentador de Hybla, con las gentes extrañas que traxo de los pueblos Dores de Grecia, y
35 de los vecinos de Negroponte. ¿Pues quién no sabia la maldad abominable que los advenedizos de Corinto con su Capitan Archias hiciéron en Zaragoza de Sicilia, quando por traicion se metiéron en ella y en

las

las villas de Leoncio y Cataña, matando y echando
dellas la casta de ciertos Españoles antiguos, personas
excelentes, que muchos años las habian poseido, sin
dexar allí memoria ni recordacion de tan virtuoso li-
nage? De lo qual habia resultado que poco tiempo 36
despues, con el favor destos Corintios, unos ladro-
nes Italianos llamados Opicos hurtasen tambien la vi-
lla de Zancle, lanzando fuera della con grandes trai-
ciones, muertes y crueldades, otra nacion Española
nombrada Sicana, que desde su fundacion la poseian,
y en ella los ladrones ya dichos habian recebido por
precio gente Griega de Calcidenses y Mesenios, por
cuyo respecto despues fué Zancle llamada Mesana. De- 37
claróles eso mesmo Himilcon Cipo, como de los Co-
rintios Griegos antiguos (de quien tanto mal habia re-
sultado, destruidores de la generacion y linage de quan-
tos Españoles allí solian ser) procedia Dionisio su con-
trario, con toda su parcialidad Siracusana: lo qual
apuntó y replicó las mas veces que pudo, para poner
en el hecho mas indignacion, conforme á lo que
desto dexamos escrito en el doceno capítulo del se-
gundo libro. Luego les dixo lo que las historias con- 38
taban de la venida de Lampis, Capitan de los Ate-
nienses, que con gente de Megara hizo su primera
morada cerca del rio Pantayco: desde el qual tuvo
maneras para se meter en la villa de Leoncio pacífi-
camente, como quiera que siendo despues echado della,
penetró por la isla con todos sus Megarenses, y fué
recogido y amparado de Hiblon, Caballero principal
entre los Españoles Sículos, que por morar alejados
de la marina, dado que fuesen pocos, bastáron algu-
nos dias á se conservar en Sicilia, resistiendo las ofen-
sas y persecucion de las otras naciones advenedizas.
Con ayuda deste Hiblon puso Lampis mucha parte de 39
sus Megarenses en la villa de Taso; pero como poco
despues falleciese, los restantes edificáron la ciudad
de

de Megara, permitiéndolo Hiblon el sobredicho: por cuya razon, y por el favor que les hizo, se llamáron despues Hibleos aquellos Megarenses, puesto que
40 verdaderamente fuéron extrangeros. Cuyos acrecentamientos llegáron á tanto, que pasados cien años pudiéron edificar á Helinunte, pueblo principal en aque-
41 lla tierra. La villa tambien de Gela, que pocos dias ántes ellos habian conquistado, poblacion era de Griegos advenedizos, traidos por dos Capitanes; el uno nombrado Eutimo, natural de la ciudad de Lindo, que solia ser en Rodas: y por eso, dado que la villa se dixese Gella, á causa del rio Gella sobre que fué puesta, los moradores y vecinos della se llamaban Lin-
42 dios. Decian tambien las historias fidedignas haber comenzado cien años despues el pueblo nombrado Graganto, que por otro nombre decian Agrigento, cerca
43 de un rio del mesmo nombre. Así que pues el presente no tenia tiempo para les acordar otras muchas particularidades semejantes en este caso, verian de lo dicho sumariamente que no todos los vecinos de Sicilia, cuyas gentes andaban en el exército contrario, tenian parentescos en España, como Dionisio publicaba; pero dado que (segun las escrituras manifestaban) todas estas naciones hubiesen por la mayor parte sido perjudiciales á los Españoles Sículos y Sicanos, señores verdaderos de Sicilia, ninguna jamas lo fué tanto como los Corintios de Siracusa, con su generacion y decendencia: los quales en despecho de los tales Españoles antiguos, setenta años despues de metidos en Siracusa, les fundáron en sus fronteras las villas de Acrea; y veinte años mas adelante fundáron otra que dixéron Casmenas; y quarenta y cinco despues la villa de Camerina ó Camerada, para desde todas ellas ha-
44 cerles daño contino. De lo qual conocerian los Españoles presentes quán vieja pasion era la destos, de quien Dionisio procedia, con la casta Siciliana de Es-

pa-

paña, y quán reciente y entera la mantuviéron, sin bastar años ni tiempos para fenecerla. Por tanto que 45
les rogaba hiciesen aquí su deber, y destrozasen y rompiesen aquellos sus adversarios legítimos, pues lo tenian en su mano, para que con la gloria de tan crecido vencimiento libertasen las sobras y reliquias de los Españoles Sículos y Sicanos, si quedaban algunos en la isla, á quien Dionisio con sus parciales tenian abiltrados y sujetos, fuera de toda su prosperidad antigua. Juntamente con esto cobrasen las villas, ciuda- 46
des y tierras de sus parientes, y las tomasen de poder de aquellos tiranos, pues la señoría Cartaginesa para ellos las queria como para verdaderos hermanos y compañeros de su potencia. Concluida la plática sobredi- 47
cha comenzó de hacer señal á mucha priesa para que todas sus banderas arremetiesen, temiendo que si lo dilataba no le recreciesen algunos impedimentos como los pasados. Mas los Andaluces perseveráron exêntos en su lugar, mostrando que no romperian si las órdenes no se mudaban, para no caer ellos contra la parte de los Morgetes Sicilianos sus parientes averiguados, á quien Dionisio cautelosamente tenia puestos en su frontera, que serian hasta trecientos peones. Por aquello fué necesario trocar el repartimiento 48
de las batallas, y pasar los Españoles al un lado, dexando la postura del medio que primero tenian. Esto 49
hecho, todas las haces, así de pie como de caballo, moviéron juntamente, y se comenzáron á herir por las delanteras, sin que gran espacio del dia pareciese mejoría de los unos á los otros, hasta que la gente de caballo por parte de Dionisio comenzó de mostrar alguna ventaja, porque allende ser buena y muy bien encavalgada, fué mayor número que la de los Cartagineses, pero no tan armada ni guarnecida. Poco 50
faltaba ya para de todo punto ganarles el campo, si Himilcon Cipo no recudiera prestamente con los dos mil

mil peones sobresalientes, que solo por aquel fin tenia fuera de la batalla principal, con los quales arremetió por las espaldas contra los caballos de Dionisio, dándoles grandes botes de lanza, desbarrigando
51 quantos alcanzaban. El ruido, las voces, la turbacion y destrozo fué tanto por aquella zaguera, que los delanteros revolviéron á mirar lo que padecian los tra-
52 seros. Y visto los muchos caballos y la mucha gente que los dos mil peones enemigos jarretaban, afloxáron el combate delantero para revolver en ellos, y
53 tropellar con los pechos de sus caballos. Mas los otros adversarios con quien andaban primero trabados estaban poco heridos, á causa de las buenas armas que traian, y cargáron en ellos tan de recio, que de to-
54 dos los lados mataban sin remedio. Así que bien quisieran estos caballos Sicilianos poder huir, si los peones contrarios no los tuvieran atajados por la trase-
55 ra. Lo qual sentido por Himilcon, Capitan del exército Cartagines, abrió lugar por allí disimuladamente para que huyesen; y así lo hiciéron á la hora, llevando sobre sí los caballos Cartagineses, que los si-
56 guiéron algun espacio. En este punto los otros esquadrones restantes era cosa terrible la mortandad que se hacian: los honderos Mallorquines habian salido por sus lados, tirando grandes guijarros, y muy continos, con que los Sicilianos recibian mucho daño, y mayor estorbo para resistir á los otros con quien pe-
57 leaban. Porque dado que á los principios hubiesen hecho reparo de sus escudos alzados y allanados sobre las cabezas, aquellos guijarros quando daban en ellos resurtian de los unos á los otros, y cobraban mayor ímpetu saltando con mucho ruido hasta los medios de la batalla principal, donde topaban con las piedras que del otro lado frontero venian, y allí se desmenuzaban sobre los Sicilianos, con mas peligro que si pasaran adelante: quanto mas que poco des-

pues

pues ni valiéron escudos ni defensas para que casi todo no fuese despedazado con las piedras y con los golpes que se daban á mano. Sobrevino luego Himilcon y toda su caballería, que ya dexaba de seguir los caballos contrarios por acabar de vencer la batalla de los peones; y llegado, se les metió por la rezaga, derrocándolos con los pechos de sus caballos, alanceándolos á toda parte, juntamente con aquellos dos mil peones sobresalientes, que tambien sucediéron luego tras estos, y degollaban quantos caian sin estorbo de nadie. Tan encarnizados y crueles anduviéron, que los Sicilianos y Griegos, viendo ya casi roto lo mejor de sus delanteras, y por las espaldas iban eso mesmo desbaratados, y que por los lados no cesaban estos Mallorquines sus pedradas, comenzáron á retirarse contra su real, que les caia sobre la mano derecha, mas no para que desta retirada pudiese nadie decir que huian, sino puesta siempre la haz en los enemigos revueltos á todo cabo, recibiendo golpes, y dándolos como valientes hombres. Fué mucho notada todas estas horas la persona de Dionisio, porque como quiera que quando rompiéron al principio se hallase con la gente de caballo, despues viéndola huir se vino para los peones, dado que mal herido por algunas partes de su cuerpo, y estuvo con ellos apeado continamente quanto la batalla se pudo sufrir, con un alfange en la mano, y un escudo ligero embrazado, esforzando los suyos, acudiendo donde convenia, haciendo maravillas de su persona, como tambien las hacia quando los esquadrones se retiraban hasta llegar á los reales: los quales halláron bien fortalecidos y pertrechados, con una fosa honda de cinco pasos en ancho, reparada de ballados al derredor, y suficiente número de gente para la guardar. Estos viendo venir á sus compañeros tan afrentados y tan maltrechos, lanzáron prestamente sobre la fosa mu-

58 59 60 61

chos maderos y compuertas á manera de puentes levadizas, y los recibiéron por ellas como mejor podian, puesto que con grandes trabajos y mucha pérdida de gente, porque ya quando llegáron venian de todo punto deshechos y muy heridos, sin esperar bandera, ni seña, ni mandamiento de sus Capitanes: el
62 campo quedaba siempre lleno de muertos. Desta manera la turbacion era mucha por aquella parte, los unos queriendo llegar á las puentes, otros arrojándose dentro de las cavas, otros huyendo, otros peleando, y resistiendo que sus enemigos no se les entrasen
63 á la revuelta. Con tal afan y trabajo perseveráron todo lo que faltaba del dia, hasta que la noche co-
64 menzó de venir. Y los Españoles y Cartagineses se
65 despartiéron abiertamente. Fué gran compasion mirar poco despues dentro del real los sospiros de muchos que se acababan de morir, los gemidos de la multitud de los heridos que se les restriaban las llagas, los alaridos de muchos otros que llamaban á sus conocidos y parientes pidiéndoles remedio, con diversidad espantosa de cosas lastimeras y tristes que pasaban desta
66 calidad. Pero ni por esto Dionisio cesaba de poner gran recaudo sobre las estancias, distribuyendo sus velas y rondas, requiriéndolas en persona, dado que, como dixe, venia muy herido y desangrado de la
67 pelea. Despachó tambien secretamente ciertos Capitanes para que la noche toda rodeasen con gran diligencia los contornos del real, y si fuese posible, recogiesen qualquier gente de caballo que topasen de la suya que habia huido, y les certificasen que los reales quedaban enteros, y lo mas y mejor de la gen-
68 te guarecida y en salvo. Lo qual hacia para que si le viniesen algunos, dar con ellos rebate contra los enemigos, creyendo detenerlos y embarazarlos con arremetidas y con acometimientos, hasta que su gente saliesen pocos á pocos del real y se librasen, pues

era

era claro que no tenian allí remedio. Mas nada desto 69
pudo Dionisio hacer como quisiera, porque la gente
suya de caballo pasaba muy adelante, huyendo de dia
y de noche toda derramada por diversas partes, y
tambien porque los mas destos Capitanes fuéron to-
mados por los Cartagineses de caballo, que traxo Hi-
milcon toda la noche haciendo sus atajos para que
nadie pudiese venir ni salir en los reales contrarios.
Luego despues en amaneciendo, los de fuera comen- 70
záron á cegar parte de las cavas con tierra, piedras
y leña, que lanzaban dentro sin que los adversarios
bastasen á vedarlo, por causa de los Mallorquines que
derrocaban á hondazos quantos asomaban sobre las
albarradas. Esto fenecido, Himilcon sobrevino con to- 71
da la fuerza del exército, y comenzó de combatir-
los. La resistencia fué mucho mayor de lo que nadie 72
sospechaba, con el esfuerzo y diligencia que Dioni-
sio traia, proveyendo maravillosamente donde quiera
que sentia necesidad, metiéndose por los mayores
peligros, sin dexar trabajo ni afrenta donde no mos-
trase su persona: mas á poco rato los Españoles en-
tráron las albarradas en muchas partes, y tenian cie-
gas sus cavas por lugares diversos, y andaban dentro
del real, con muchos que los siguiéron, haciendo
cruel matanza; pero guardaban quanto podian á los
Morgetes Sicilianos, deseando que puestos aparte se
diferenciasen de los otros y se pudiesen librar: con
los quales, y con muchos que se les juntáron, nom-
brándose tambien Morgetes, dado que no lo fuesen,
y con otros que desde los principios huyéron, sin los
que de noche se hurtáron, se salvó mediano número
de gente. Dionisio perseveró de contino peleando y 73
resistiendo hasta lo postrero del combate. Finalmen- 74
te, conoscida su perdicion, desconfiado de poder mas
hacer, cavalgó sobre un caballo, y se fué como me-
jor pudo, y así tuvo fin aquella terrible batalla de

Sicilia, donde por parte de los vencedores pereciéron mas de cinco mil hombres, en que fuéron dos mil dellos Andaluces de España; y á la parte de los vencidos pasáron de veinte mil muertos, entre peones y caballos, de los buenos que por aquel tiempo se viéron en alguna pelea, sin diez mil que se captiváron en el real, y mas los Morgetes á quien los Españoles pusiéron en libertad: los quales despues de mirados quáles eran, no pasáron de ciento, porque todos los restantes muriéron en la batalla del primer dia hasta en cantidad de docientas personas.

CAPITULO XVIII.

Como todos los Españoles y Mallorquines que seguian el exército Cartagines en Sicilia muriéron de pestilencia grandísima, con que cesáron las guerras allá por algunos dias, quedando suspensos los negocios en ambas partes.

1 Fenecida la pelea por la manera que tenemos escrito, muchos lugares de Sicilia que primero tenian el bando de Dionisio tomáron la parte Cartaginesa, y algunos que primero parecian dudosos, declaráron abiertamente por Himilcon, otros acudiéron á tener libertad, sin conocer superioridad á nadie, con propósito de la defender á quien quiera que lo perturbase. Destos lugares postreros fué uno la ciudad de
2 Siracusa, ó Zaragoza de Sicilia, que como supo la perdicion de Dionisio, lanzó fuera de sí todos sus aficionados y valedores, y le robáron la casa con quanto dentro pudiéron haber. Y por mas se vengar de la
3 tiranía pasada que entre ellos habia exercitado tomáron á su muger, y tanta fué la gente que tuvo parte con ella, que viéndose fatigada y escarnecida, se mató con sus propias manos: lo qual ponemos aquí,

no

no porque competa mucho para nuestra Corónica de España, sino para que della se vea los pagos y los fines que llevan continamente los tiranos donde quiera que los haya. Tambien lo decimos porque los Es- 4
pañoles fuéron causa destos acontecimientos, á quien las historias atribuyen lo principal de la victoria sobredicha, y de la prosperidad que Himilcon traxo todos estos dias en Sicilia: la qual prosperidad segun era grande no se podia mucho sostener ni durar, conforme á la condicion variable de la fortuna, que muy pocas veces muestra sus bienes y prosperidad sin el contrapeso de sus desdichas y males. Y así fué, que 5
como Himilcon prosiguiese sus victorias, y las acrecentase por allí con gran alabanza de sus Españoles y de todas las otras gentes que traia, mejorando contino la potencia de su república, quanto mas la tal empresa duraba, sin haber casi nadie que ya le contradixese, comenzáron á recrecer enfermedades en el exército, con que se menguaban los hombres sin sentirlo. Luego tras esto sobrevino tan desatinada pes- 6
tilencia, y tan súpita, que brevemente ni quedó Mallorquin hondero, ni Céltico, ni Andaluz, ni Africano, ni persona del armada que no pereciese. Fué 7
gran extrañeza considerar aquella gente por el campo y en los pueblos caer muertos á montones en dándoles la dolencia primero que pudiesen remediarse. Despues de muertos quedaban sin sepultura, para que 8
las aves y los perros los comiesen. Las plegarias de 9
los Cartagineses andaban muy apresuradas, llamando sus ídolos y demonios que los valiesen, sacrificando y degollando mancebos y niños sobre sus altares, los mas hermosos que hallaban, en reverencia del Dios Saturno: muchos hombres se disciplinaban y abrian por las espaldas, discurrian por los templos derramando grandes arroyos de sangre: sajábanse tambien los brazos con otras venas del cuerpo, segun su costum-

tumbre diabólica, para que sacada la sangre dellas, con que los demonios se deleytan, á trueco della ce-
10 sase la mortandad. Mas al fin, no valiendo nada tales desatinos infernales, muerta ya casi toda la gente, fué necesario que Himilcon Cipo diese vuelta en Cartago como persona vencida, solo, triste, desamparado, metido en dos navíos pequeños, con muy po-
11 cos marineros que los pudiesen gobernar. Cuya venida despues que la supiéron en Cartago, juntamente con el destrozo del exército y el fallecimiento de los Españoles, que muy averiguado, fuéron tenidos en aquel punto por la fuerza principal de su república, segun anduviéron señalados en las guerras pasadas, tuvo la señoría Cartaginesa tanta turbacion como si viera to-
12 mada su ciudad. Los lloros eran muy grandes á todo cabo, las puertas de las casas se cerráron generalmente, todos los oficios particulares y públicos cesáron de sus obras y cargos por acudir á las marinas y al puerto, para preguntar á los pocos que salian de las naos nuevas de sus parientes, ó de los amigos
13 que por allá tenian. Sabido que todos eran defuntos, los llantos se dobláron en la ribera, dando voces las mugeres por sus maridos, los hombres por sus hijos ó deudos, y cada qual por lo que le tocaba; pero lo que mayor tristeza les puso fué quando viéron salir en tierra su Capitan General con una vestidura pobre de marinero deceñido y maltratado, levantando las manos al Cielo de rato en rato, llorando su perdi-
14 cion y la de todos. Y desde allí metido por la ciudad, con muchos alaridos, llegado á la puerta de su casa, les declaró quanto por él habia pasado, poniendo la culpa de su desastre á los Dioses, por parecer que con envidia de sus victorias le traxéron en aquella desventura: mas al cabo concluyó diciendo que gran consuelo debia recebir la señoría Cartaginesa, pues en aquel trabajo ninguna gloria, ni ménos alabanza,

te-

tenian sus adversarios, pues dado que sea duro para los hombres padecer persecuciones de qualquier modo que vengan, mucho menor fatiga ponen los males que Dios envia, que no los que hacen las gentes. Dicho esto, despues de metido en su posada se re- 15
traxo en un apartamiento, y se mató. No ménos do- 16
lor y sentimiento sospechamos que recibirian los del Andalucía quando supiesen el fallecimiento de su gente, puesto que nuestros Coronistas no declaren ni particularicen tanto sus cosas como los extrangeros, especialmente los Latinos, de los quales hay algunos que contando mucha parte de las cosas ya dichas, afirman aquella batalla grande donde fué vencido Dionisio, juntamente con la pestilencia que vino tras ella, con mas la muerte deste Himilcon Cipo, ser hecho todo en los tiempos del Rey Dario de Persia, llamado por sobrenombre Noto. Nuestros Coronistas Españoles, par- 17
ticularmente los dos Julianos, dando cuenta desto como de negocio perteneciente para los hechos de España por causa de los Andaluces y Mallorquines que allí feneciéron, y por lo demas que conquistáron y batalláron en Sicilia, ponen la pelea principal de los capítulos pasados en el tiempo del mesmo Rey Dario sobredicho, ó por lo ménos en el año postrero de su vida, que fué, segun dicen, quatrocientos y quatro primero que Nuestro Señor Jesu-Christo naciese: la pestilencia con el perdimiento de Himilcon, entrados ya los tiempos del Rey Artaxerxes nombrado Menon, á quien las escrituras Judaycas suelen decir Asuero, hijo del mesmo Rey Dario, sucesor en todo su Reyno; puesto que yo sé bien haber otros muchos Coronistas discrepantes en el tiempo destos Reyes, quanto á los años que nuestros Historiadores allí siguen, pero ya dicho va muy mas bien considerado.

CA-

CAPITULO XIX.

Como quiso tratar en España Dionisio el Tirano de Sicilia con algunos Andaluces que fuesen contrarios á los Cartagineses, y como Cartago remedió los tales negocios poniendo treguas con aquel tirano, y así los Andaluces dexáron de seguir esta guerra por algunos dias.

1 Luego el otro año siguiente despues de la pestilencia Siciliana dicen tambien nuestras Corónicas que viendo Dionisio como los Cartagineses con sus Españoles y con todo su poder eran deshechos en Sicilia, tuvo tal solicitud en recobrar lo perdido, que se pudo restituir otra vez en su tiranía, quedando señor de Siracusa con toda su comarca, tan bien y mejor
2 que primero lo tenía. La qual restitucion parece que San Eusebio señala quatrocientos años cabales ante del advenimiento de Nuestro Señor Dios, que segun la cuenta de los Griegos, concurrió poco mas ó ménos con el tercero de la olimpiada noventa y quatro, cuya relacion y manera Griega de contar sus tiempos
3 declararémos adelante. Las gentes Africanas súbditas y cercanas á Cartago, sabida la nueva deste destrozo Cartagines en Sicilia, creyéron que todo quanto Cartago valia quedaba perdido sin remedio, y así no tardó mucho que comenzáron á tratar entre sí muy secreto
4 para se rebelar contra los tales Cartagineses. De lo qual fué Dionisio avisado, como de negocio perteneciente para sus intentos, y poníales en ello toda la calor necesaria, sin dexar entretanto de bastecer á Si-
5 cilia quanto mas le daban lugar en España. Parecié-ron algunas personas de su parte que tentáron algo desto mesmo por las tierras del Andalucía, negociando tambien acá qualesquier impedimentos y turbaciones

nes contra Cartago, sino que los Cartagineses acudiéron á todo prudentísimamente, disimulando por el presente la conquista Siciliana. Retuviéron tambien á 6
los Africanos con halagos y libertades nuevas que les otorgaban, sin mostrar que sentian alguna cosa de su mudanza. Daban eso mesmo joyas y dineros en 7
cantidad á las personas principales de los pueblos, no cesando con esto de fortalecer sus castillos y sus defensas en todo lo necesario. Pusiéron en España muy 8
gran recaudo quanto á la conservacion de sus amistades y ligas con los Andaluces, y quanto á la provision de los puertos que poseian en ella sobre la marina, con mas los mineros y torres muchas y buenas que tenian dentro de la tierra. Mas no para que 9
señalen nuestras Corónicas persona particular á quien diesen tal cargo. Despues desto comenzáronles á venir embaxadas contínas por parte de Dionisio, publicando muestras y deseos de concordia, las quales trató largos dias un caballero mancebo llamado Dion, persona virtuosa, discreta, y de muy altos pensamientos. Este los entretuvo mucho tiempo, vedando rom- 10
pimientos y guerras, hasta concluir treguas entre ellos por espacio de treinta años, que comenzáron á correr desde el año tercero de la noventa y cinco olimpiada de los Griegos, que fué casi trecientos y noventa y seis ántes del nacimiento de Nuestro Señor Jesu-Christo. Los Cartagineses dado que todo lo so- 11
bredicho se tratase, jamas dexáron de negociar sus pertenencias en España y fuera della, para la pacificacion de todos sus negocios, con propósito que viendo sazon convenible, puesto que fuese dentro de las treguas, revolverian poderosamente sobre Dionisio con aparejo tan abundante que bastasen á destruirlo de todo punto; y así lo conocia tambien y conjeturaba Dionisio.

CAPITULO XX.

Como saliéron del Andalucía navíos Cartagineses que descubriéron muy léjos de España por el gran mar Océano de Poniente ciertas islas y tierras mucho grandes nunca sabidas ni vistas, que parecen muy semejantes á las que despues los Españoles de nuestro tiempo halláron y hallan cada dia por aquellas mares que llamamos agora de las Indias.

1 En aquel entrevalo de tiempo, quando los asientos y treguas duraban entre Dionisio el Tirano de Sicilia con los Cartagineses sus adversarios, llegado casi el año de trecientos y noventa y dos ántes de la Natividad de Nuestro Señor Jesu-Christo, ó cierto muy poco ántes ó despues, saliéron de los puertos del Andalucía mercadantes Cartagineses de los que residian en ella, con fustas y navíos de la provincia, para discurrir á su riesgo por las anchuras del gran mar Océano contra las partes occidentales, deseando saber quántas y quáles fuesen aquellas aguas tan extendidas en aquel derecho, pues lo perteneciente dellas á los otros confines de Africa y de Europa quedaba ya descubierto por Hanon y por su hermano desde los años pasados, segun lo diximos en el octavo y
2 nono capítulo deste libro. Parece tambien que se moverian á esto para probar si hallarian por allí lances donde se pudiesen mejorar, ó señalar, ó hacer algun
3 viage provechoso. Bastecidos, pues, de vituallas y de todas las otras pertenencias, navegáron como digo derechos al Poniente, y así corriéron increible trecho de mar sin reconocer jamas paradero, ni saber en qué parte caminaban, hasta que pasados muchos dias diéron en una isla que por aquel tiempo halláron desierta, sin gente ni poblacion; pero grandemente hermosa, llena de

de muchas arboledas y bosques, con herbages á todas partes, y sierras muy encumbradas, donde salian rios dulces que se podian navegar algun trecho. Los 4
ayres parecian templados, y la faccion de la tierra muy fértil y muy graciosa, donde se criaban al presente gran abundancia de bienes, y delante podrian nacer y conservarse qualesquier otras cosas necesarias á la vida de los hombres, así de placer como de provecho, tanto que los mercadantes recien venidos quedáron tan satisfechos de su buena disposicion, que saliéron de los navíos, y comenzáron á poner en ella moradas de propósito, sino fuéron algunos que con lo mejor de la flota volviéron á Cartago, y allí diéron relacion de todo lo que dexaban reconocido por aquella tierra nuevamente hallada, declarando sus alabanzas y provechos para que los Cartagineses proveyesen lo que convenia sobre tal caso. La señoría Car- 5
taginesa, miradas las circunstancias deste caso, no tuvo por bien alguna cosa de lo hecho, ni permitiéron que nadie de su gente pudiese volver allá, mandando so pena de muerte que tampoco se manifestase donde la tal isla caia. Hallamos en Aristotil casi por es- 6
tas palabras hecha memoria de la tal jornada, sino que parece ponerla mas antigua, y añaden algunos sobre lo dicho, haber sido muertos por determinacion pública de Cartago todos los que deste viage y descubrimiento viniéron, rezelando, segun dicen, que las nuevas llegasen á noticia de naciones mas fuertes ó mas desocupadas, y con los aparejos allí tomados no perjudicasen su libertad. Y cierto si esto así fuera, da- 7
ño pudiera resultar á Cartago, pues gozáron otros de los provechos y riquezas de la isla, sin Cartago poder estorbarlo, por caerle tan léjos de las riberas Africanas y Españolas, que fuéron las partidas donde principalmente llegaban en el Occidente sus inteligencias y navegacion. Desta suerte quedó puesta en ol- 8

vido la tal isla muchos años y siglos, que hasta hoy nadie supo donde fuese, si no es acaso la isla muy grande que nuestra gente descubrió pocos años ántes de agora, llamada de Santo Domingo, que por otro nombre decimos Española, ó la otra mayor, poco mas adelante, que suelen decir Cuba; las quales deben ser aquellas que nombran algunos Autores las
9 Antillas. Y pudiéron estar en algun tiempo desiertas, conforme tambien á lo que los naturales dellas confesaban haber estado muchos años quando nuestra gente las ganáron, ó pudo ser algun pedazo de la tierra continente, que cada dia los mesmos Españoles descubren y señorean en aquellos parages que hallarian al presente solitarias, y se poblarian despues ade-
10 lante por los Cartagineses que se quedáron allá. De las quales islas y tierras, y de los acontecimientos emprendidos en ellas por nuestros Españoles, dirémos maravillas en la postrera parte desta gran historia, que pasan en su determinacion todo quanto las otras naciones mundanas han hecho los tiempos antiguos y modernos: y por esto lo pusimos tambien aquí, para que quando, con el ayuda de Dios, llegaremos allá, se nos acuerde lo que dello hallamos escrito por los libros pasados, y veamos si concorda lo uno con lo
11 otro. A muchos parece poco legítima la causa ya declarada para que los Cartagineses mandasen matar los
12 que tornáron deste viage. Pero si fuéron muertos como dicen, creo yo verdaderamente que con aquella razon habria muchos otros motivos á lo ménos para
13 no curar della. Lo primero, porque no podia ser lo de aquellas partes tan aventajado ni rico, que lo de España no fuese mejor, y pues lo de acá les venia mas cerca, convenia conservarlo, no se dividiendo por otras regiones, con que no bastasen á sostener lo uno ni lo otro, mayormente que les faltaba de penetrar en España grandes provincias y tierras, donde

de se les comenzaban terribles inconvenientes y mucha contradiccion, segun habia tardado la conquista de la poca tierra que poseian por el un pedazo del Andalucía. Lo mesmo tenian en Africa, donde re- 41
sidian ellos, que muchas provincias alejadas de la costa perseveraban fuera de su confederacion: á las quales la gran Cartago quisiera sojuzgar si pudiese, no porque le fuesen apacibles ni provechosas, ántes eran secas y sin fruto, muy costosas de conservar, y de gente no bien atropada, sino por la vecindad dudosa, que siempre deben rezelar los Príncipes y los que pretenden señoríos, si son prudentes. Así que por 15
muy poderosa que Cartago fuese, le serian dificiles tantas empresas, quanto mas aceptar de nuevo la posesion de la tal isla occidental, tan apartada de sí, con tanta costa de camino y de hacienda, quanta para sostenerla y poblarla se requeria, puesto que doblados bienes tuviese: mayormente que la conquista de Sicilia los traia mucho cuidosos, y Dionisio su contradictor se les mejoraba tanto cada dia, que quanto mas iba, quedaba mas terrible, no solo para defender su provincia, sino para venir, si fuese menester, en Cartago, y hacer en ella la guerra, no curando mucho de las treguas que todos al presente publicaban: á las quales, hablando la verdad, mostraban poco respeto. Los Cartagineses en aquella confusion de 16
negocios tan graves y tan doblados pasáron poco ménos de dos años, con grandes avisos y proveimientos que por cada parte se hacian en España y fuera della.

CA-

CAPITULO XXI.

De la flota que se comenzó de bastecer en los puertos del Andalucía por mandado de la señoría Cartaginesa para tornar á las guerras de Sicilia contra Dionisio, y de la hambre y gran mortandad que poco despues recreció por diversas provincias en España.

1 Llegado el año siguiente, quando se contáron trecientos y noventa y uno ante del advenimiento de Nuestro Señor Dios, los vecinos del Andalucía mostráron algun desabrimiento contra los oficiales y factores Cartagineses que residian entre ellos sobre ciertos apercebimientos y bullicio de gente que les pusiéron en plática, por imaginar (como fué cierto) que
2 la querian para dar vuelta sobre Sicilia. Cuyas pendencias y jornada quedaban ya tan aborrecidas entre todos ellos, que la tenian por demanda desdichada y sin ventura, emprendida mucho contra voluntad de
3 los Dioses. Estaban recientes los daños de la pestilencia pasada: renovábase la memoria de casi noventa años atras, quando la batalla de Hamilcar, en que tampoco ninguno de los Españoles quedó vivo, segun á sus padres oyéron, y segun en el fin del segundo
4 libro diximos. Por este respecto cesáron al presente los Cartagineses en su demanda hasta que la pérdida
5 y sentimiento de lo pasado se olvidase. Pero luego el año adelante, por no se mostrar ociosos, comenzáron á labrar en la isla de Cádiz muy de reposo cierto número de navíos, de los quales publicaban tener necesidad para la contratacion del mar Océano de Poniente, con mas los viages de la costa meridional y occidental de Africa y España: puesto que vistos los fines de la tal obra quien quiera conocia ser aquellos navíos

mas

mas para guerra que para mercaderías ni tratanzas, porque los mas en acabándose de meter al agua salian hechas galeras de tres remadores al banco. Y como quiera que las piezas fuesen mucho mayor suma de lo que nadie sospechaba, y la obra dellas sin apresuramiento ni bullicio, guardáron tal órden en las hacer, que dentro de dos años tenian en la mar docientas galeras nuevas, metidas por el contorno de Cádiz y por los puertos de España que caen fuera del Estrecho. Por manera, que todas aquellas riberas Españolas andaban llenas de navíos Cartagineses, maravillosamente bastecidos de remadores y velas, áncoras, cuerdas y herrage. Esto fenecido, los Cartagineses quisieran el año siguiente tornar á su primera demanda de sacar gente de la tierra contra Dionisio, para lo qual aplacaban todos los dias ántes la voluntad de los Andaluces, buscándoles halagos con que las desdichas pasadas fuesen puestas en olvido. Pero como nada les aprovechase, viendo que las pérdidas de Sicilia se platicaban todavía por el Andalucía, desistiéron tambien aquella vez de su reqüesta, dando color á las treguas que corrian entre los unos y los otros. En este medio tiempo Dionisio traia contínos avisos en todo lo que pasaba, teniendo poca seguridad en aquella paz: y con rezelo desta flota que nuevamente se renovaba en España, recogió gran exército por mar y por tierra, dentro y al derredor de Sicilia. Los Cartagineses para lo desatinar derramáron luego sus navíos sin les poner gente nueva mas de la necesaria para su gobierno. Parte dellos enviáron á las islas de Mallorca y sus comarcas: otros residiéron en Iviza: muchos en Cerdeña: muchos tambien sobre las riberas Africanas; y mucha parte de carga y de remo por los puertos del Andalucía. Y así perseveráron en aquellas encubiertas los tres años adelante, que ni quanto al estado de Sicilia moviéron cosa por donde se debiesen al-

6 7 8 9 10 11 12 13

alterar, ni quanto á su conservacion en el Andalucía
14 dexáron de negociar todo lo que convenia. Lo qual tampoco bastó para que Dionisio cesase con mayor cuidado que nunca de mejorar sus exércitos, labrando galeras y galeazas, y recogiendo todo número de
15 municion. El año adelante, que fué trecientos y ochenta y tres ántes de la Natividad de Nuestro Señor Jesu-Christo, faltáron muchos meses las aguas del Cielo por el Andalucía: lo mesmo faltó por toda la costa meridional que viene desde los montes Pyreneos hasta
16 los fines postreros del cabo de San Vicente. De cuya causa recreció hambre por todas estas comarcas, y recreciera mucho mayor si los de Cádiz en sus navíos grandes y poderosos, quales ellos usaban y tenian, no traxeran con tiempo mantenimientos de Grecia, Suria,
17 Africa, y de muchas otras partes del mundo. Los Cartagineses eso mesmo proveyéron á sus factores y gentes que residian acá lo mejor que fué posible; pero ni los unos ni los otros bastáron el año siguiente para remediar la grandísima falta que sucedió, con mortandad muy crecida luego tras ella, segun siempre suele
18 venir. Porque como dos años juntos hubiesen pasado turbados, el ayre quedó tan dañado, que las gentes
19 padecian diversas enfermedades. Y como quiera que nuestras historias hagan solamente mencion desta fatiga por aquella marina sobredicha, tenemos creido que la corrupcion de los ayres penetraria por las regiones de mas adentro, y haria otro tal estrago, pues nunca semejantes desastres vienen tan particulares que no redunden y pasen á sus vecinos y comarcanos.

CA-

CAPITULO XXII.

Como veinte mil peones Españoles y mil caballos viniéron á Sicilia, nuevamente cogidos á sueldo, para favorecer la parte Cartaginesa, donde continuáron la pendencia contra Dionisio, que por estos dias andaba guerreando gentes y naciones en Italia, confines y fronteras á Sicilia.

Poco despues desto pasado, tuviéron mensage- 1
rías en España que Dionisio, el tirano de Sicilia, viéndose tan apoderado en la isla, considerando la pujanza de sus exércitos, y que los Cartagineses, ó no querian de temor, ó no bastaban con otros impedimentos á contradecirle, determinó, porque su gente no se le dañase teniéndola sin hacer algo, de pasar la guerra en Italia, contra muchas naciones que moraban aquellos dias en las provincias de Pulla y Calabria, con las otras tierras que son agora súbditas á la juridiccion del reyno de Nápoles. Las quales gentes, por ser casi to- 2
das Griegas de nacion, era nombrada su region la Grecia mayor. Estas, una vez sojuzgadas, ordenaba Dio- 3
nisio revolver la pendencia con los Romanos, que por aquella mesma sazon eran reputados y tenidos por los mas poderosos de toda Italia, mas guerreros y bien armados, y que mejor concepto traian en sus batallas. Con este pensamiento tan grande mandó recoger pres- 4
tamente sus flotas en número de quatrocientas galeras, y con ellas, y con diez mil hombres á caballo y veinte mil á pie, sin otros diez mil peones que le seguian en su guarda, y en el exército, pasó la poca mar que se hace desde Rijoles á Mecina. Metido por la tierra de 5
Bruzo, contenida dentro de la Calabria, desbarató las gentes comarcanas quantas primero le saliéron al encuentro. Luego tras esto puso cerco sobre la villa de 6

Rijoles, á la qual dió tantos combates, que finalmente
7 la tomó. Sabidas tales nuevas por la señoría Cartaginesa, parecióle tener al presente motivos asaz calificados para romper las treguas con él, y cobrar lo
8 perdido de Sicilia. Primeramente por ver á Dionisio fué della, metido y rodeado de sus enemigos en pendencia de tantas naciones Italianas, y tan feroces, que pa-
9 recia no poder salir dellas. Lo segundo, por ser cierto, que la gente de España vendria de buena voluntad á la guerra, por causa de las enfermedades y hambres
10 que padecian. Y así, platicado y ordenado todo lo que convenia, señaláron por Capitan General á un caballero Cartagines, llamado Hanon, el qual, con presteza espantosa, y maravillosa diligencia, que puso sobre tal negocio despachó prestamente para los factores de España quatro carracas de Cádiz, que se halláron á la sazon en el puerto de Cartago, muy grandes y muy
11 hondas, y de mucha carga. Las quales, basteció de jaeces, armas, frenos, escudos y vestiduras guerreras, en que por la mayor parte pagaba Cartago los gages de sus exércitos: y los Españoles solian regocijarse tanto con esto quando les venia, que ningun añagaza los
12 traia mas fáciles á la guerra. Llegáron estas carracas al Andalucía casi en el mes que llaman agora Mayo, del año siguiente, que segun nuestra cuenta, fué trecientos y ochenta y uno, ó segun en otros libros hallo, trecientos y ochenta y seis ántes del advenimiento de
13 nuestro Señor Dios. Luego tras ellas acudió tambien el Capitan General de Cartago, como persona que conocia depender en el buen expediente de España toda la substancia de sus negocios: y puso tan gran diligencia despues de su venida, que dentro de quatro meses tuvo llegados, y armados y embarcados mil caballos, y veinte mil peones, con quanta provision les era necesaria, parte de ellos Andaluces, y parte dellos de las otras marinas, confines á los montes Pireneos, que viniéron

ron á tomar sus gages: y sin los tomar holgaran de ser llevados á tierra donde tuvieran mantenimiento, segun duraba la hambre todavía por aquella tierra. Metido 14
Hanon á la mar con este recaudo tan bueno, dió vuelta para Cartago, donde la señoría le tenia puestos á la lengua del agua diez mil Africanos de la comarca: con los quales, y con trecientos honderos Mallorquines que tomó de pasada, vino luego sobre Sicilia, por el tiempo del mes que decimos agora Septiembre. Y allí, 15
desembarcados sus Españoles y sus Africanos, comenzó la pendencia mucho, como convenia, contra todos los que se le mostráron adversarios. Tenia Dionisio 16
por estos mesmos dias cercada la ciudad de Croton, pueblo muy principal en lo postrero de Italia, sobre las marinas pertenecientes á la tierra de Calabria. Por- 17
que como los meses primeros huviese ganado la villa de Rijoles, pasó luego mas adelante, sojuzgando los pueblos que le cayéron en aquel derecho. Quando allí 18
supo la venida de los Españoles y del Capitan Cartagines, recibia los Embaxadores de cierta gente nombrada los Gallos Senones, naturales de la tierra que llamamos agora Francia. Los quales viniéron á poner con 19
él amistades y confederacion, por causa que en el mes pasado de Quintil, á quien despues llamáron Julio, tomáron estos Gallos la ciudad de Roma, degollando los principales Caballeros y Cobernadores de ella, con mucha gente vulgar de la que no pudo huir, encendiendo y abrasando, y robando todos sus edificios y templos, sino fué la fortaleza que llaman el Capitolio, donde se recogiéron algunos que la defendiéron. Desde la 20
qual, estos allí recogidos con algunos Romanos que despues se juntáron, pudiéron reparar mucha parte del destrozo, segun los Historiadores Latinos largamente lo cuentan en sus corónicas. No declaramos aquí los 21
errores que por falta de los escribientes hallamos en Polibio, y en el tratado de los tiempos de San Eu-

sebio, sobre la tasacion de estos años en que la ciudad de Roma fué tomada, quando los Españoles viniéron á Sicilia, pues los diligentes en esta materia, si la miran como se debe mirar, hallarán, concordado los números verdaderos con los años ántes de Christo,
22 ser mucho cierto lo que dexamos arriba señalado. Ni cumple decir mas en este caso, de que todos los dias ántes Dionisio recibia largas informaciones de quanto los Cartagineses negociaban, no solo por las espías que traia en España y Berbería, sino tambien por las inteligencias ocultas que tuvo dentro de Cartago, con un caballero, nombrado Suniato, persona riquísima, ca-
23 pital enemigo del Capitan Hanon. El qual Suniato muy á la contina le despachaba cartas, escritas en lengua Griega, donde quiera que Dionisio residiese, con re-
24 lacion abundosa de todo. Y así luego, como por aquí Dionisio tuvo certificacion de los negocios, levantó las estancias de sobre Croton: y metidos los impedimentos y fardage de sus gentes en la flota, para que lo traxesen á Sicilia por la mar, él movió con todas las banderas en órden la via de Rijoles, donde mandó que las galeras esperasen, y les pasasen el estrecho de Mecina, bramando y amenazando los Cartagineses y toda su parcialidad con guerra la mas cruel que nunca jamas por ellos huviese pasado ni pasaria.

CA-

CAPITULO XXIII.

De la batalla que los Españoles favorecedores de Cartago peleáron sobre mar, cerca de Sicilia contra la flota de Dionisio, donde le ganáron multitud de galeras, y le hiciéron gran daño, despojándole de casi todas sus riquezas: y del fin que tuviéron aquellas guerras Sicilianas con este tirano Dionisio.

Todos aquellos dias los Españoles y los Africa- 1
nos del Exército Cartagines tuviéron su real en el campo, como si los enemigos anduvieran allí cerca, sino fuéron algunas compañías Españolas, que por mandado de Hanon residia en ciertos lugares de la isla, que sin rigor de combate se diéron en llegando. Quedáron tambien otros cinco mil Españoles en los 2
navíos de remo, con intencion de mantener á su parte la pendencia por el agua. Y así fué, que como poco 3
despues navegasen contra la vuelta de Croton para reconocer el armada contraria, y le hacer algun daño si pudiesen, topáron la multitud de galeras de Dionisio, que (como dixe) caminaban á Rijoles para tomar allí su gente. Las quales galeras al principio dexáron ir á 4
lo largo, sin les acometer ni dañar, creyendo que tan pujante flota vendria bastecida de suficiente defensa. Pero como ya las mas dellas hubiesen pasado, comenzáron los Españoles á dar caza por las traseras, haciéndoles entradas y salidas con tan buena diligencia, y tan á tiempo, que ninguna arremetida les acometiéron, donde no llevasen dos y tres galeras en cada vuelta. Destas así tomadas reconociéron facilmente ser casi 5
los mas que las traian marineros y serviciales con muy poca gente de pelea. Luego los navíos Españoles hechos 6
un cuerpo, juntando las fustas rendidas, envistiéron al tra-

traves con las contrarias, y les atajáron hasta sesenta galeras sencillas, y quatro bastardas de cinco remadores al banco, todas cargadas de municion y grandes pro-
7 visiones. Aquellas, en poco rato ganadas, enderezaban ya contra las otras delanteras, teniendo por averiguado, que si los esperasen, bastarian á las ganar todas, por ser mayor y mejor la ventaja de los Españoles, en ir bien armados, y ser todos hombres de guerra, que la de los adversarios en traer mas número
8 de galeras. Pero ninguna cosa de lo sobredicho se pudo poner en obra tan presto que no se gastase muchas horas del dia: dentro de las quales, lo restante de la flota Siciliana tuvo tiempo de huir largo trecho con
9 remos y velas á toda furia. Y así bogáron á mayor priesa de que viéron que tambien querian executar en
10 ellos la victoria. Derramados, pues, en diversas partes, por donde cada qual mejor aparejado hallaba: los unos acudiéron á Rijoles, otros tomáron estancias y puertos y defensas en la costa de Italia, para se remediar
11 y fortalecer en ellas. Los Españoles, recogida la presa, y sabido de los captivos la venida y los intentos de Dionisio, diéron vuelta para sus exércitos á Sicilia, donde fuéron recebidos con el alegría y favor que merecian, reputando los unos y los otros este caso por hecho muy calificado, no solo en haber sido lo primero que desta vez acometian y ganado la victoria, sino tambien por haber despojado los adversarios de tal abundancia de galeras, y añadídolas á su flota con multitud de vituallas, armas y jaezes, en que se tomó casi todo el repuesto y atavíos de la persona de Dionisio, con los libros de su estudio, que fuéron mucho preciosos, y con ellos la mayor parte de los avisos, escritos en lengua Griega, que Suniato Cartagines le hacia de
12 contino. Los quales, Hanon envió luego á Cartago, para que reconocidos los sellos y firmas de las cartas, entendiesen la maldad que pasaba, y allá convencido

Su-

Suniato de su traicion, fué primeramente azotado por toda la Ciudad, y á la postre fué crucificado. Mandáron tambien los Cartagineses, que dentro de su Señorío nadie jamas aprendiese letras, ni lengua Griega, ni fuesen escritas en ella cartas, instrucciones, ni memorias, ni letreros de moneda, so pena de la vida. Lo qual, dado que por otras tierras de las sujetas, y no ménos de las confederadas á Cartago se hiciese, no lo podrian cumplir en la Andalucía, por estar ya mezclados parte de los Españoles desta provincia con algunas poblaciones Griegas, que los años ántes asentáron en ella, segun en los libros pasados queda manifiesto. Y estos tales hablaban casi todos aquella lengua, con quienes los Cartagineses, residentes acá, no podian excusar mucha parte de su contratacion, á causa de los grandes intereses que de ello les resultaba. Concluidos estos negocios, Dionisio pasó en Sicilia con aparato pujante por la tierra y por la mar; y comenzó su pendencia sangrienta y embravecida, mas de lo que ninguno puede relatar. Donde sucedièron recuentros y batallas muchas y muy reñidas, en que generalmente sabemos los Españoles haber acometido y acabado cosas hazañosas contra él, puesto que las particularidades dellas no tengamos al presente corónica que las declare, ni prosiga el intento desta tierra, quanto á lo que nos toca, mas de lo que dexamos en este nuestro libro recolegido de diversos autores. Solo hallamos haber durado la pendencia diez y seis años poco ménos, perseverando los Andaluces en ella de contino, hasta que Dionisio fatigado y rompido de ellos, y de los otros diversas veces, al fin su mesma gente le trató la muerte. Cuyo fallecimiento pone San Eusebio en el tratado de los tiempos, dentro del año primero de la ciento y tres olimpiada de los Griegos, que concurrió justamente con el año de trescientos y sesenta y seis, ántes de la Natividad de nuestro Salvador Jesu-Christo, si tam-

tambien esta memoria los escribientes descuidados no la tienen allí fuera de su lugar, como las otras que ya
20 dexamos apuntadas en algunos capítulos pasados. Lo qual fué necesario señalar en esta parte, porque no faltan otros buenos contadores de tiempo, que ponen la muerte de Dionisio, casi en el año segundo de la noventa y nueve olimpiada Griega, que por la mesma razon concurrió con el año de trecientos y ochenta y dos ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios.
21 Así que bien mirado, contiénese diez y seis años de diferencia, entre los unos y los otros, como quiera que la cuenta postrera parece llevar ménos error á mi
22 juicio. Por aquella manera las guerras Sicilianas sosegáron tiempos y dias: y sosegaran mucho mas, si no sucediera despues de Dionisio cierto hijo suyo del mesmo nombre, que los autores (por hacer diferencia) llaman Dionisio menor, no tan valeroso como su pa-
23 dre, pero no ménos cruel y tirano. Con el qual se principiáron algunas pláticas de concordia por via de treguas, tratándolas aquel Dion, Caballero Siracusano, que los años ántes hubo negociado las otras con el
24 otro Dionisio primero. Para lo qual hizo dos cosas, que fueran asaz importantes, si no cayenan entre ti-
25 ranos. La primera, traer desde Grecia un Filósofo, llamado Platon, persona de grandes excelencias, para que con sus amonestaciones y consejos, aquel Dioni-
26 sio menor desistiese de su tiranía. Lo segundo, procurar con los Cartagineses, que no consintiesen á persona del mundo tratar estos negocios, sino solo á él, porque muchas otras personas amigas de bullicio, so color de la paz, entendian entre ellos, y verdadera-
27 mente deshacian quanto Dion aplacaba. Pero como ninguna buena manera bastase con aquel tirano segundo, todas las enemistades se trastornáron contra Dion, y viniéron ambos á tales rompimientos, que Dionisio, vencido muchas veces, no se pudiendo ya defender,

sa-

salió fuera de Sicilia, sin jamas tentar la tornada, quanto fué vivo Dion. Mas porque durante aquellas competencias viniéron en España divisiones y discordias entre pueblos del Andalucía con algunos Cartagineses, á cuya causa cesáron de los seguir en sus guerras, nuestra corónica dexa de contar estos debates entre Dion y Dionisio el menor, pues ninguna cosa nos pertenecen, y hablarémos en los acontecimientos que por aquel mesmo tiempo sucediéron en España. 28

CAPITULO XXIV.

Como viniéron en España dos Caballeros Cartagineses: el uno para residir en Mallorca, y el otro para sostener la contratacion de los Andaluces. Y mucha gente destos Andaluces tomáron pendencias con él, y puestos en armas, le despojáron de todo quanto Cartago poseia por aquella comarca.

Fenecida la pendencia de Sicilia con la muerte de Dionisio el mayor, muchos de los Andaluces quedáron allá para conservacion y defensa de lo ganado, con grandes acostamientos y gages de Cartago: muchos otros comenzáron á volver para sus tierras, así de los que primero pasáron, como de los que fuéron despues en diversos caminos á rehacer el exército, todos ellos muy apagados, y grandemente satisfechos de sus Capitanes. 1

Los Cartagineses, entretanto, por no vivir ociosos, despacháron dos Gobernadores para la residencia de España, cuyos nombres son los primeros que hallamos declarados en las historias despues del de Magon, aquel de quien escribimos en el treceno capítulo de este libro. 2

Llamaban al uno Bostar, al qual señaláron la contratacion de Mallorca, y de Menorca, Iviza, y la Fromentera, con todos sus contornos y comarcas. 3

Y segun parece, dentro de las instrucciones y 4

y mandados que traxo de su República, debió ser una, que procurase toda la comunicacion posible con los Españoles Saguntinos, vecinos de Monvedre, fronteros y cercanos á sus islas: porque luego en llegando les hizo mensageros de su venida, con muchos ofrecimientos
5 y halagos. Y poco despues les envió presentes de frutas Africanas para comer, y de frenos y jaeces para los caballos, con otros atavíos peregrinos y nuevos,
6 de parecer muy agraciado. Los de Monvedre satisficiéron este buen comedimiento con otro presente muy precioso de frutas que las islas en aquel siglo no criaban, por falta de grangería, y mas otros muchos atavíos y ropas, quales ellos imagináron que podian ser estimados entre las gentes Africanas, agradeciendo á Bostar su buena voluntad, y ofreciéndole cumplidamente todo lo que de su República le fuese necesa-
7 rio. Y á la verdad, conocidas las maneras deste Cartagines, dado que de los pasados nunca bien se fiáron, tuviéron inclinacion á lo favorecer y agradar el tiempo que por allí morase: lo qual declaraban con tan sano propósito las veces que lo requeria, que conociéndolo Bostar, acometió pocos meses adelante de venir á Monvedre, para visitar y tener la conversacion de quien tales honras recibia, y á quien la señoría Cartaginesa (segun él decia y publicaba) con entrañable voluntad deseaba siempre tener por allegados y partici-
8 pantes de toda su potencia. Pero la diligencia sobrada que en esto se puso, fué luego sospechosa: y como los de Monvedre preciasen su libertad sobre todas las cosas del mundo, y ésta fuese cierto que no se podria conservar entre los Cartagineses, conforme á lo que por otras tierras hacian, desbaratáron la venida de Bostar, respondiéndole, que su ciudad estaba mal sana por el presente, y así fué la verdad, y que con muertes de personas principales, andaban las gentes llorosas, tristes y descontentas, con mucho ménos alegría

de

de la necesaria, para recibimiento de tan buen huésped, y quando fuese tiempo, tendrian cuidado de lo llamar y festejar, ó recibir sus embaxadas, como verian convenir mejor á su república. Desta manera cesáron los 9
negocios entre ellos, sin que de las Corónicas podamos alcanzar otra cosa, que Bostar en este caso tentase quanto sus cargos le duraron. El segundo Capitan ó 10
Gobernador, llamado Hanon, vino para residir en el Andalucía diverso del otro Hanon, que los años pasados hubo hecho la conquista de Sicilia contra Dionisio: cuya llegada, juntamente con la de Bostar, cada qual á su region, fué trecientos y sesenta y quatro años ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios. Como 11
Hanon principió los negocios de su cargo, conocióse dél ser persona solícita, muy de recaudo, disimulador y presuntuoso, gran aprovechador de su ciudad; pero mucho mas de sus intereses particulares. En este ser, 12
y con estas condiciones, perseveró poco ménos de diez años en la provincia, sin cesar jamas sus galeras y fustas de llevar á su muger en Cartago riquezas de toda suerte: con las quales, al fin deste tiempo, fué reputado y tenido por el hombre mas rico de todos los Cartagíneses. Pero como la prosperidad y hacienda quando 13
vienen á gentes soberbias ó mal entendidas, por la mayor parte sean aparejo de grandes peligros, así tambien lo fuéron en este Hanon: el qual, viéndose poderoso, y obedescido, no solo de los pueblos Españoles, sujetos á Cartago sobre la costa de mar, sino de muchos otros Andaluces de su confederacion dentro de la provincia, figurósele que quantos servicios y provechos y buenas obras dellos recibia, fuesen con temor que dél tuviesen, y luego comenzó de robar abiertamente, y apremiar y maltratar aquellas gentes, haciéndoles tales desafueros y fuerzas, que despues de las haber algun tiempo sufrido con grandes pérdidas y daños de sus haciendas y personas, al cabo tomáron armas

para le resistir, y prestamente lanzáron fuera de sus lugares qualesquiera Cartagineses que primero tenian dentro, matando con grandes crueldades y tormentos
14 la mayor parte de los que pudiéron haber á las manos. Hanon, visto los daños ser grandes, y que cada dia crecian contra él, procuró de trabar amistad con cierto caballero principal entre los Moros comarcanos al Estrecho de Gibraltar, tan poderoso, que muchas historias lo llaman Rey de aquellas provincias: y tomada gente dellos, y pasados en España por las angosturas de aquel estrecho, cogió tambien á sueldo buena parte de los Galos Célticos, moradores en lo mas dentro de la Andalucía, y así comenzó su guerra quemando pueblos, captivando gentes, asolando lugares y campiñas con alteraciones y daños demasiados, sin perdonar á los amigos, ni á persona que no le resistiese, dado que fuese de los que perseveraban en su parcia-
15 lidad. Y poco faltaba ya para que la nacion de los Turdetanos, ofendida con sus demasías, no se revelase contra él, si la señoría Cartaginesa, viendo lo que pasaba por acá, no proveyera un otro caballero que tuviese su cargo, con algun bastimento de gente, para que no lo queriendo Hanon dexar, lo qual rezelaban, se juntase con los Andaluces, y lo prendiesen ó matasen, ó si, por ventura, fuese posible lo traxesen á Cartago pacífico
16 y aplacado. Lo postrero se pudo hacer con ménos dificultad por conocer Hanon que faltándole Cartago, no bastaba rigor á cobrar estos Andaluces, segun estaban
17 embrabecidos. Y con esto, sin contradecir punto de quanto le mandaban, se recogió luego sobre la mar, acompañado de muchos servidores y parientes, y en veinte naos suyas propias, cargadas de tesoros y vasijas, y ropa mucho preciosa, tomó la via de Cartago, publicando querellas contra la señoría por el mal galardon, que segun él decia, le daban al cabo de tantos años quantos acá le sirvió, y en haberle vedado con disfa-

favores manifiestos la conquista de los Andaluces rebeldes, que tanto convenia para los provechos públicos, y para su dignidad y reputacion dél. El otro Cartagi- 18
nes que le sucedió despues de haber quedado acá, solo pudo poco á poco sosegar alguna parte de los escándalos movidos, puesto que los mas de los pueblos dentro de la tierra perseveráron largos años en su rebeldía, no queriendo recebir entre sí cosa de Cartago, ni jamas este Capitan bastó para los aplacar, ni la señoría Cartaginesa pudo por el presente reducirlos á su liga con blandura, ni con armas, á causa que por estos mesmos años, ó cierto muy poco despues, fué muerto malamente Dion el caballero, que procuraba la paz de Sicilia, y luego en pasando su fallecimiento vino contra Sicilia Dionisio desde Italia, donde andaba desterrado, y cobró casi todo lo que tenia perdido; con cuya llegada se renováron las pendencias antiguas de lo que Cartago tenia por allí. Sucedió junto con esto, que mu- 19
chas villas desta isla, las quales Dion habia conservado en libertad, enviáron á Grecia con temor de los Cartagineses y de Dionisio, pidiendo favor para se defender. Y la ciudad de Corinto, señoría principal en aquella tierra, las proveyó de gente con un Capitan esmerado, llamado Timoleon, el qual puso á todos en tales 20
aprietos, que Cartago, como dixe, viéndose muy ocupada con la guerra deste Timoleon, no pudo ménos hacer de disimular lo de España, contentándose con haber sosegado la nacion de los Turdetanos, y tener pacíficos en su parcialidad los puertos del Andalucía con las otras gentes comarcanas á Cádiz.

CA-

CAPITULO XXV.

Donde se cuentan las cosas principales, así de bien y prosperidad, como de males y desdichas que sucedièron en España dentro de cinco años siguientes, despues que las cosas ya declaradas antecedièron en sus Provincias, y fuera dellas.

1 En aquellos hechos, y muchos otros graves y calificados que dellos procedian, se gastáron asaz tiempos y dias, hasta fenecer el año de trecientos y cincuenta y uno, ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, que pareció ser algo ménos turbado que ninguno de los pasados, y lo mesmo fué tambien el año siguiente, puesto que los Cartagineses nunca cesaban acá de bullir en sus negocios con toda paz y quie-
2 tud. Los otros tres años adelante son algo mas nota-
3 bles en las Corónicas Españolas. El primer año por las muchas aguas del cielo, que pusiéron temor á los hombres en verlas caer tan grandes y tan contínas, creciéron los rios por todas nuestras provincias, ahogando ganados y gentes, con otros estragos en el cam-
4 po, y en los poblados donde pudiéron alcanzar. El año segundo padeciéron terribles terremotos los mas de los lugares vecinos á la costa de nuestro mar Mediterráneo, donde suelen aquellos temblores de su natural ve-
5 nir mas contínos, que por otra parte de España. Señaladamente padeció gran peligro dellos la ciudad de Sagunto ó Monvedre, que por ser aquellos tiempos mas grande y mas poderosa, y mas rica que ninguna de la marina, qualquier daño que le viniese, fué mayor que
6 lo de las otras. El año siguiente las mares anduviéron tan levantadas y tempestuosas, que muchos navíos, así de los Españoles, como de las otras naciones extrañas, pereciéron en los golfos con tormentas nunca vis-

vistas, otros diéron al traves en toda la ribera, que viene desde los montes Pyreneos, hasta el estrecho de Gibraltar, y de puertos bien seguros los arrancaba y hundia sin poderlos nadie remediar. El año mas ade- 7
lante, fué trecientos y quarenta y seis ántes de la natividad de nuestro Señor Jesu-Christo, en el qual todo lo principal que dél hallamos algo pertenesciente para lo de España, son relaciones que llegáron al Andalucía, muy perjudiciales en el hecho de los Cartagineses. Y 8
fuéron, que cierto caballero nombrado Hanon, persona riquísima de parientes y hacienda, natural y morador en la mesma ciudad de Cartago, con atrevimiento de sus tesoros, se quiso levantar en ella, tiranizando toda su libertad y valor. Este sospechamos ver- 9
daderamente ser aquel Hanon que los años ántes tuvo la residencia del Andalucía, segun el capítulo pasado lo contó, pues los indicios que las historias en este caso señalan, le competen muy claros, así quanto al nombre, como quanto á las riquezas, y tambien quanto á los dias en que todos afirman haber emprendido la tal hazaña, siendo Philippo Rey de Macedonia, que son los mesmos años y tiempos deste capítulo. Por la qual 10
causa parece que pudo su memoria caber entre las cosas de España, pues allende de esto, si tal fué, le moviéron á poner en obra su negocio los crecidos provechos y tesoros que sacó del Andalucía. Hablábase, 11
que viendo Hanon como su riqueza sobrepujaba ya á la de toda Cartago general y particular, inventó por mejor disimulacion al principio casar una hija que tenia, para cuyas bodas convidó todos los caballeros principales de la ciudad, en quien creia hallar algun estorbo, determinando darles en la comida ponzoña con que muriesen: lo qual descubierto por los ministros del convite, ni los convidados viniéron á las bodas con excusas que pusiéron, ni tampoco castigáron la traicion, rezelando que segun Hanon era poderoso, recre-

ce-

cerian mayores inconvenientes del castigo, que de lo
12 que él quisiera hacer. Así que desbaratados por allí todos sus intentos, Hanon les cometió por otra parte diversa, tratando secretamente con todos los esclavos, quantos en Cartago residian, que para cierto dia tomasen armas, y de súpito matasen á sus amos, y se pu-
13 siesen en libertad, apoderándose del pueblo. Sentido esto pocos dias ántes del tiempo señalado para su traicion, la república de los Cartagineses proveyó luego la defensa con resistencia necesaria: y como ya los negocios no llevaban encubierta, Hanon rompió claramente la guerra, y con veinte mil esclavos que se le juntáron, ocupó de reposo un castillo cerca de la ciudad en sitio convenible para la dañar: desde el qual comenzó solicitar al Rey, y á la nacion de los Moros que vivian confines al Estrecho de Gibraltar, para los traer á
14 su parcialidad y favor. Lo qual es tambien otra gran señal con que se confirma ser este Hanon, el que los años pasados residió por el Andalucía, pues otro tal acometimiento hizo por acá con aquel mesmo Rey de los Moros y su gente, quando tuvo la discordia con los Españoles Andaluces, segun lo diximos en el capí-
15 tulo pasado. Durando los tratos destos conciertos, los Cartagineses anduviéron tan diligentes que lo pudiéron desbaratar y prender, y traido á su ciudad, fué luego justiciado con azotes cruelísimos públicamente, tras los quales le sacáron los ojos, y despues haviéndole quebrado todos los huesos de brazos y manos y piernas y pies, y de los otros miembros de su cuerpo, lo crucificáron así hecho pedazos para que con mas pena
16 muriese. Luego justiciáron tras él todos sus hijos y parientes, sin dexar persona viva dellos, porque nadie de su linage le pudiese jamas imitar en otra semejante traicion, ó procurase de vengarle la muerte ningun
17 tiempo. Y así con aquello pagó Hanon los pensamientos malvados que tuvo contra su ciudad, y juntamente

las

las muertes y daños, y robos hechos en el Andalucía con los que mas quisiera hacer si sus Cartagineses no lo remediaran. Y cierto fué cosa necesaria la muerte 18
deste mal hombre, sino que yo para decir verdad no quisiera dársela tan cruel, ni que se tendiera por los otros sus allegados y parientes, de los quales creemos que muchos habria sin culpa, pues dado que los castigos en los malhechores convengan á las repúblicas, pierden mucho de su justificacion quando parecen apasionados y fundados en crueldad ó demasía: puesto que mirándolo por otra parte, si pasiones tienen justo lugar en algun caso, lo tendrán en éste y en sus semejantes, por ser de tan peligrosa calidad que ninguna puede ser mayor. Algunos Autores de los que yo si- 19
go parece que quieren decir en aquel hecho todas las turbaciones de Hanon haber comenzado casi en el medio del año que dexamos arriba señalado: los motines ó levantamientos de los esclavos en su favor entrada ya buena parte del año siguiente; su prision y muerte fenecido el otro año mas adelante. De ma- 20
nera que duráron los negocios con él casi dos años y medio cumplidos, en fin de los quales hallamos tambien haber fallecido en las islas de Cádiz, de su dolencia natural, el Gobernador y Capitan de los Cartagineses, cuyo nombre, dado que las historias no lo declaren, hacen memoria de su muerte por haber sido persona prudente, pacífico y amigable, dotado de qualesquier buenas condiciones que para tal cargo pertenecian.

CAPITULO XXVI.

Como vino Boodes, Capitan Cartagines, para sosegar en el Andalucía los que se rebelâron el tiempo pasado, y allí fué vencido de los Andaluces, y casi por estos dias llegâron acá nuevas que fuêron tambien vencidos otros exércitos Cartagineses residentes en Sicilia por un caballero Griego nombrado Timoleon.

1 Luego el año siguiente, que segun el proceso de nuestra cuenta fué trecientos y quarenta y tres ántes que Nuestro Señor Jesu-Christo naciese, llegâron á los puertos cercanos del Estrecho de Gibraltar quatro galeras medianas de tres remadores al banco, donde venia Boodes, un caballero de Cartago que la señoría desta ciudad sabiendo la muerte del otro Cartagines habia proveido para gobernar y residir en la contra-
2 tacion del Andalucía y en todas sus marinas. En desembarcando visitó primeramente los lugares de la costa que perseveraban en su parcialidad, reconosciendo la gente Cartaginesa de mercadantes que ya por allí tenian sus asientos y vecindad entre los Españoles, y mas algunas pocas guarniciones de gente guerrera que tam-
3 bien andaban repartidos entre ellos. Esto hecho, se vino la vuelta de Cádiz, para sacrificar y cumplir ciertas devociones ó plegarias en el templo de Hércules, conformes á la costumbre de su tiempo. Desde allí
4 por via de los Turdetanos Andaluces, que tenia por amigos, quisiera procurar algunas entradas con los otros pueblos alterados contra Cartago dentro de la provin-
5 cia. Pero los Turdetanos se le mostráron en esto tibios, y los otros mucho mas indignados que nunca.
6 De suerte, que considerada la calidad del negocio, mirando que con haber pasado tantos años desde las primeras alteraciones, nada bastaba para que no estuviese ca-

casi tan estragado como primero, le pareció no tener otro remedio sino probar algun rigor con algunos Andaluces, pues las blanduras pasadas habian aprovechado poco. Y así tornó luego desde Cádiz á la costa 7
del Andalucía, donde comenzó de juntar quantos fuéron para tomar armas de los que moraban en aquellos puertos; y estos bien ordenados, puesto que con mas alboroto y estruendo que número ni pujanza de gente, se metió por la tierra, creyendo ponerlos en espanto, para que los Españoles rebeldes consintiesen el amistad y comonicacion que primero tenian. Los 8
Andaluces de la frontera, vista su venida, desamparáron los lugares flacos, y derramándose por la tierra seguian el exército, maltratándole de contino por los lados y rezaga con flechas, y piedras, y dardos arrojadizos, sin dormir noche ni dia, ni perder jamas ocasion que se les ofreciese. Por otra parte da- 9
ñaban los pasos del camino, y algunas veces ocupaban sitios fuertes; desde los quales tambien herian y mataban tanta multitud de contrarios, que Boodes, reconocida su perdicion si mas adelante pasase, dió vuelta contra la marina por el mesmo camino que primero traxo, muy turbado y confuso por la pérdida de sus gentes, y por el poco fruto que resultó de la jornada. Quedando las cosas en estos términos 10
mas dañadas acá que favorables á Cartago, supiéron en el Andalucía de mensageros ciertos, así de Cartagineses, como de muchos otros navegantes, que venian de Sicilia, como Dionisio el Tirano, cansado con la guerra contina que Timoleon el Capitan Griego le hacia, segun en los capítulos pasados apuntamos, habia puesto su persona, con sus tesoros y sus armas, caballos, navíos y galeras en mano de aquel Timoleon, y entregádole la ciudad y fuerza de Siracusa, ó Sarausa, como sus naturales agora la llaman, ó Zaragoza de Sicilia, como nosotros los Españoles la nombra-

mos; la qual era precio y empresa de todas aquellas qüestiones, y fuerza principal donde se fundaba la po-
11 tencia deste tirano. Y así vencido y deshecho lo llevaron á Corinto, donde Timoleon era natural, con seguridad de la vida, y con algunos partidos flacos que
12 pidió. Súpose mas poco despues, que muchos otros tiranos particulares de la isla, moradores en villas y lugares no tan principales como Siracusa, vista la perdicion de Dionisio, se rindiéron tambien á este Ca-
13 pitan. Y dado que quisieran algunos otros perseverar en resistirle con favor del exército Cartagines, y de sus Capitanes y flotas que residian en Sicilia, conservando muchos buenos lugares que por allí tenian; al cabo dentro deste año fuéron todos despojados de sus tiranías, y pacificado lo principal y mejor de la isla y puesto gran número de pueblos en libertad.

14 Será menester que los lectores sepan en este caso la falta que hallamos en algunas Corónicas, por culpa creo yo de sus escribientes y trasladadores, donde se dice que Timoleon en fin de cincuenta dias despues de llegado á Sicilia, cobró la ciudad y fortaleza de Siracusa, y concluyó todo lo demas que dexamos contado, siendo cierto que no solos cincuenta dias, sino
15 muchos años pasáron en medio. Lo qual apuntamos aquí para que nadie nos ponga los tales libros por contrarios; y tambien porque, como verémos adelante, resultáron destos acontecimientos Sicilianos algunas cosas pertenecientes á la Corónica de España, las quales sentimos, y tuvimos en ellas diligencia para las poner y repartir en sus tiempos y lugares como sucedié-
16 ron. No faltaba ya por allanar en Sicilia sino lo que Cartago poseia: mas eran tan solícitos y proveidos sus gobernadores, y tan poderosa su república, que no solo pretendian defender lo suyo, sino tomar y deshacer á Timoleon quanto los dias ántes habia tra-
17 bajado. Para lo qual el año siguiente comenzáron á bas-

bastecerse de gentes, y renovar navíos, y labrar fustas y galeras nuevas, llegando provisiones, y haciendo quantas diligencias eran menester. Quisieran en este 18
trance meter Españoles en aquel exército como solian; pero visto que las cosas del Andalucía, segun estaban turbadas, no lo sufririan, y que los otros lugares de sobre la costa comarcanos á los montes Pyreneos, casi todos eran pueblos exêntos, y moraban en libertad, con quien ellos no tenian entrada ni comunicacion, y que los Españoles de mas adentro no se dexaban tratar por su mucha fiereza y esquividad, sobreseyéron aquella vez en sacar gente de España, hasta que los tiempos y dias traxesen alguna mejoría para poder acá reparar sus negocios. Y luego pusiéron 19
en lista cinco mil hombres del cuerpo de su mesma ciudad, que segun era populosa y magnífica, bastó para los dar sin recibir mella ni sentimiento. Con estos 20
y con otros sesenta mil hombres Africanos cogidos á sueldo, metidos en docientas galeras reales y en otras mil velas menores, se publicó dehde á poco por los puertos de España que los Cartagineses eran pasados en Sicilia contra Timoleon: y luego á los principios del otro año adelante supiéron haberse dado batalla de los unos á los otros, cerca de un rio llamado Crinisio, en que finalmente, despues de muy combatida, se dixo los Cartagineses haber quedado vencidos con muerte de diez mil hombres, entre los quales fuéron los trece mil y trecientos vecinos de Cartago, sin otros cinco mil que se tomáron á prision dentro de los reales. De lo qual es de creer que los Anda- 21
luces sus adversarios quando lo supiéron no recebirian poco placer, mayormente que no se halla, segun las historias publican, que los Cartagineses por este tiempo, ni por algunos mas atras, hubiesen recebido daño tan calificado. Porque como los años pasados hicie- 22
sen todos sus exércitos de gentes Africanas y Espa-

ño-

ñolas cogidas á sueldo, y con ellas vencian casi siempre, sintiéron agora la pérdida de sus ciudadanos gravísimamente, puesto que lo remediáron tan presto que nadie bastó para les ganar un solo paso de quanto por allá tenian.

CAPITULO XXVII.

De la navegacion maravillosa que continuaban los de Cádiz y los otros Españoles sus comarcanos en el mar Océano, y de la primera pessa de los atunes que por aquellos dias descubriéron estos navegantes, y de los otros acontecimientos notables que dentro de seis años aconteciéron en España.

1 Con las turbaciones de Sicilia, y con los grandes impedimentos que por allí tuvo la señoría Cartaginesa, perseveraban los hechos de España quietos y pacíficos, particularmente los del Andalucía, lo qual no estuvieran si los tales impedimentos allá cesaran.
2 De manera que pasáron mas de seis años enteros en que los Historiadores antiguos no declaran cosa que por acá sucediese, ni quanto á la contratacion de Cartago, ni quanto á los Españoles entre sí, hasta ser llegado el año de trecientos y treinta y cinco ante del advenimiento de Nuestro Señor Dios, que poco mas ó ménos concurrió con el año postrero de la ciento y diez olimpiada de los Griegos: en el qual tiempo tampoco ponen cosas de mucha substancia pertenecientes á nuestra Corónica, si no fuese por caso lo que dicen algunos haber hecho los vecinos de Cádiz que moraban en lo postrero de la isla, continuando las navegaciones acostumbradas que traian por diversas regiones del mundo con sus grandes carracas y navíos crecidos, en que juntamente con los Españoles sus comarcanos y confederados entraban por el mar Océano has-

hasta la costa de las Indias, y discurrian por las riberas de Arabia, sacando de allá, y llevando de acá cosas de muy crecidos intereses. Estos en aquella sazon 3
habiendo navegado desde su ciudad entre Septentrion y Poniente, casi por el viento que llamaban Apeliotes, y los Latinos solian decir Euro Volturno, á quien nuestros mareantes, como ya en otra parte dixe, nombran agora Maestral, y por otro apellido Nurueste, diéron en unos cenagales á manera de baxíos, llenos de ovas y de yerbas marinas. La qual region con las cre- 4
cientes de la marea se cubria, y con las menguantes tornaba á parecer, donde halláron unos peces nombrados atunes en increible multitud, y de grandeza maravillosa. Considerada tan buena caza, lanzáron en 5
ellos sus armadijas de harpones y redes, con que pescáron crecida cantidad. Y hechos los tales pescados en piezas quadradas, para que se pudiesen enxugar poco á poco, salándolos y metiéndolos en toneles, tornáron á su pueblo cargados desta mercadería, con intencion de la vender ó trocar en los puertos de Le-
vante que caen sobre nuestro mar Mediterráneo. Pa- 6
sados en Africa, la señoría Cartaginesa los detuvo, y les compró quanto pescado llevaban, no consintiendo que semejante bastimento se distribuyese por otras partidas. Y cayóles tanto en gracia la buena manera y sa- 7
bor destos atunes salpresados, que despues en sus convites y placeres ningun manjar estimáron por mas precioso. Y como tal aquellos de Cádiz los comenzáron 8
de pescar y poner en salmueras, para los vender en esta ciudad de Cartago, continuando largos tiempos despues la tal pesca. Esto debió ser en el mes de Ma- 9
yo, porque siempre los atunes en aquel tiempo vienen á nuestro mar Mediterráneo desde el Océano de Poniente por el estrecho de Gibraltar, para desovar y parir en el mar de Latana sobre Constantinopla; y al otoño siguiente tornan con sus crias y generacion

al

al mar Océano donde viniéron, sin faltar jamas año
10 que no lo hagan. Los quales dos viages fuéron siempre muy esperados, y lo son tambien agora por este nuestro tiempo de los pescadores Españoles que moran en aquellas marinas, á causa de tomar en aquella temporada copia dellos en demasía, que se venden salados en botas por las provincias de Europa, imitan-
11 do la primera invencion destos de Cádiz. Nosotros con la mucha sobra no lo tenemos al presente por vianda tan delicada ni golosa como los Cartagineses la
12 tuviéron quando los de Cádiz se la llevaron. De lo qual todo, y de la manera de su pesca, con la figura, naturaleza y propiedad destos atunes, darémos cumplida relacion en la postrera parte desta gran historia.
13 La Corónica de España que mandó componer el Serenísimo Rey Don Alonso de Castilla y de Leon, que ganó las Algeciras, añadiendo ciertas cosas antiguas que le pareciéron faltar en la Corónica de España que primero se recopiló por industria de su bisabuelo el Señor Rey Don Alonso el Sabio, hace memoria por este mesmo tiempo de grandes divisiones y discordias que se recreciéron á los Españoles Celtiberos unos con otros: de cuya region y comarca dexamos hechos apuntamientos en el tercero capítulo del segundo libro; pero no cuenta cómo fuéron, ni por qué causa, ni declara mas en este caso de señalar el acontecimiento y pasar adelante, ni yo tampoco pude hallar otra escritura que diese dello razon para la poder yo
14 dar como debia. Sabemos tambien que los Cartagineses proveyéron estos dias, o cierto muy poco despues, de persona nueva llamada Maharbal, para la residencia de Cádiz y de los puertos del Andalucía; pero tampoco declara nadie si fué por muerte de Boodes su antecesor, ó por haber cumplido los años de su car-
15 go, ó por otra razon alguna. Mucho ménos dicen quien fuese Maharbal, ni lo que hizo, ni quánto tiempo

po gobernó la provincia, ni despues dél dende á muchos años, que personas Cartaginesas sucediéron en aquel oficio. Y pues las cosas Españolas desta sazon, 16
tocantes á los Andaluces y Cartagineses, y á las otras tierras sus comarcanas, tienen al presente muy poca luz entre los autores á quien seguimos: conviene dexarlas en aquel ser, y pasarnos á las otras tierras ó regiones de España mas orientales, para contar los acontecimientos dignos de memoria, que poco despues sucediéron en ellas y en sus confines.

CAPITULO XXVIII.

Como desembarcáron en España navíos de Marsella, donde venia cierto linage de la nacion, y gente llamada de los Foceenses de Tonia, que sobraban de su mesma ciudad, para fundar acá pueblos donde morasen: de los quales navíos algunos paráron cerca de la villa de Empurias, y mucha parte dellos caminárón mas adelante.

Al tiempo que los negocios quedáron en estos 1
términos, era ya pasada la mayor parte del año, que se contó trecientos y treinta y tres ante del advenimiento de Nuestro Señor Jesu-Christo: dentro del qual entrados ya muchos dias del verano, quando comunmente suele venir el buen tiempo para navegar, parecióron junto á los montes Pyreneos, sobre la costa que llamaban en aquella sazon de los Indicetos, ó de los Indigetos, segun Ptholomeo los nombra, que fuéron una pequeña parte de la region que decimos agora Cataluña, cantidad y mezcla de navíos hondos y grandes, con algunos otros ligeros y de servicio, llenos todos ellos de varones y de mugeres y niños en mucho número. Y como quiera que de su faccion y pinturas 2
parecian ser Marsellanos, porque muchos años ántes

los Foceenses vecinos de Marsella, despues que fundáron aquella ciudad en Francia, trataban y recogian todas estas comarcas: pero los Españoles de la tierra, viéndolos venir con tantas mugeres y tanta xarcia muy en diversa manera de la que solian, y con mayor aparato de gente, desconociéronlos al principio, y puestos en armas, saliéron á la ribera para vedarles la des-
3 embarcacion donde quiera que llegasen. Particularmente hiciéron esto los moradores de la villa de Roses, que como diximos en el quarto capítulo del segundo libro, fué poblacion de Griegos: puesto que ya por aquellos dias tenian entre sí muchos Españoles de la tierra con quien estaban mezclados, y por esta causa
4 todos ellos hablaban la lengua Griega poco corruta. El mesmo sentimiento hiciéron quando viéron aquellos navíos otros vecinos de cierto pueblo mas occidental que Roses, en una de las puntas postreras del seno del mar, que viene de un lugar á otro, cuyo nombre no sabemos en aquellos dias quál era, mas que despues el tiempo adelante le llamáron Empurias, por cierta
5 razon que dirémos presto. Viendo los navegantes recien llegados la alteracion y bullicio que la gente mostraba sobre la marina, volviéron las proas contra una isleta pequeña como peñon, metida toda dentro del agua, cercana de la costa, donde se tuviéron sobre las áncoras en la parte mas segura que les pareció: porque verdaderamente no traian intento de venir en ries-
6 go con persona del mundo, pudiéndolo excusar. Desde allí luego el dia siguiente los quatro navíos dellos con parte de las fustas de servicio levantáron velas, y divididos de los otros á vista de los Españoles, tomáron su viage contra la vuelta del Poniente, lo mas junto que podian á tierra, quanto dellos se pudo conje-
7 turar. Y poco despues los otros que restaban metiéron al agua dos barcas pequeñas desarmadas, en que se mostráron algunos hombres ancianos con ramos de olivas

vas en las manos, declarando venir pacíficos. Y pues- 8
tos en tierra, como mejor pudiéron daban á sentir entre los naturales de la provincia que les harian gran bien si les diesen mantenimientos á trueco de las cosas que traian en sus navíos, ó por dinero, si lo tenian en uso por aquella tierra. Los Españoles holgá- 9
ron mucho de conocer que la gente venia sosegada, segun lo significaban sus trages y razonamientos: y mucho mas despues que supiéron ser Marsellanos, á quien todas estas gentes sus comarcanas en España y fuera della tenian por hombres industriosos y discretos, muy concertados en su buena manera de vivir: y sobretodo famosos enemigos de los malhechores cosarios, que dañaban los navegantes de la mar, y los moradores de su costa, tanto que traian galeras armadas para perseguir estos tales: y dellos tenian en su ciudad, por los templos, y plazas y por los otros lugares públicos colgadas áncoras y mástiles, banderas, gavias, pedazos de navíos con otros despojos que de contino les ganaban en señaladas victorias. Con todas 10
estas seguridades, hubo personas entre los Españoles que temiéron algun engaño, rezelándose de ver la mucha gente que les quedaba dentro de los navíos: y perseveráron en esta duda, segun mostraban, hasta que los ancianos de las barcas declaráron con palabras amorosas el intento principal de su venida, diciendo, que la ciudad de Marsella, siendo ya por aquel tiempo cumplidos docientos años de su fundacion ó poco ménos, hallándose muy abundosa de gentes, y de qualesquier otros bienes mundanos, habian entresacado número de vecinos suyos, y dádoles ocho navíos grandes, bastecidos de riquezas en abundancia, para que pasados en España, poblasen algunos lugares en aquella tierra bienaventurada, donde su memoria permaneciese con semejante felicidad y buena fortuna, que sus progenitores tuviéron quando viniéron á Francia. Destos ocho 11

navíos, los quatro (segun habrian visto) eran pasados adelante, por ser pequeña isleta donde paráron para caber todos en ella: dentro de la qual tenian gran voluntad de hacer su morada los que quedaban allí, si los Españoles comarcanos eran dello contentos, por ser casi todos criados y nacidos en los tratos de la mar, y para les hacer desde allí tan buena vecindad y servicio, que jamas tendrian arrepentimiento de cosa que
12 les huviesen permitido. Quedáron tan satisfechos los Españoles, en ver la buena cuenta y buena manera con que los Marsellanos daban razon de su viage, que liberalmente les otorgáron la posesion desta isleta, ofreciéndoles con ella su conversacion y sus amistades: esto no solamente los que moraban en el pueblo frontero que diximos sobre la marina, sino tambien los vecinos de Roses sus confederados: los quales acudiendo luego con sus bateles, eran intérpretes entre los unos y los otros, y holgáron mucho de lo hecho, por se preciar tambien ellos en haber procedido de gente
13 Griega como los Marsellanos. Así que firmada con todos el amistad, los de las barcas tornáron á su isla ó peñon: y luego comenzáron á levantar algunos tendejones y cavañas á manera de casas, desde las quales discurrian con sus navíos por todas aquellas comarcas, negociando lo que les cumplia, con tal aficion de quanta gente los trataba, que por ninguna manera nadie
14 les negó cosa que pidiesen. Y ciertamente si la disposicion de la isleta fuera provechosa, bastantes eran los Marsellanos á darse tal industria, que hicieran allí muy
15 honrada poblacion. Mas todo les era contrario; porque junto con faltar buen asiento, tenian poca tierra, que no se podian revolver para labrar edificios crecí-
16 dos, ni cosa que deseasen. Todavía porfiáron en ello muchos años, procurando vencer con industria todas aquellas dificultades: como quiera que quanto mas lo trabajaban, tanto mas les crecian los inconvenientes, y les menguaban los aparejos. CA-

CAPITULO XXIX.

Como los otros navíos de los Foceenses Marsellanos viniéron á la villa de Muxacra, donde fuéron recogidos en la compañía de sus vecinos antiguos. Los otros sus compañeros pasáron á Denia, donde hiciéron su morada, permitiéndolo la ciudad de Monvedre: en cuya confederacion estaban todas aquellas comarcas sus vecinas.

Entre tanto que las cosas así pasaban, los quatro navíos Marsellanos que los primeros dias se dividiéron destos otros, habiendo ya discurrido mediano trecho de las riberas Españolas contra la vuelta del Poniente, tentando lugares donde buenamente pudiesen asentar, sobrevínoles un dia tan grave tormenta, que sin poder haber algun remedio, se derramáron á diversas partes. El uno dellos corrió por lo largo mucho trabajosamente, no sabiendo la derrota que llevaba, ni los baxíos del agua, ni las traviesas, vueltas, cabos ó puntas de la tierra, que convenia doblar ó huir, hasta que por muy gran ventura paró solitario sobre la tierra, junto con los fines del Andalucía, fronteros á cierto risco donde se parecia la villa nombrada Murgi, poblacion antiquísima de los Españoles Morgetes, como ya lo declaramos en los treinta capítulos del primer libro. Y aquí no solamente fuéron aquellos Marsellanos reparados y favorecidos de los vecinos deste lugar, sino recebidos tambien en su vecindad mesma, señalándoles casas y repartimientos donde hiciesen morada. Desto resultó, que por estar aquella villa sobre lugar encumbrado, le comenzáron á llamar estos Marsellanos en su lengua Griega Murgacras, á quien agora poco corrupto el vocablo, decimos comunmente Muxacra; que significa tanto como Murge la del altu-

1 2 3 4

tura, por diferenciarla con este sobrenombre (segun yo creo) de cierta poblacion llamada del mesmo apellido, metida mas dentro de la tierra: la qual en este mi tiempo decimos Murga, como tambien lo señalamos en aquel capítulo sobredicho. Mucho mas traseros quedáron los tres navíos desta conserva, y mucho mas juntos á la ribera de España, tanto, que poco despues forzados de la mesma tormenta, diéron al través, y encalláron en la costa cerca de la punta que nuestros navegantes llaman agora Cabo de Martin, situada por aquella parte que ya señalamos en el segundo capítulo del primer libro. En estos confines halláron un templo solemne, con una figura de la Diosa Diana, que los Saguntinos vecinos de Monvedre fundáron muchos años ántes, quando primeramente viniéron en España, como tambien se podrá ver en los veinte y nueve capítulos del primer libro. Llegados aquí los navíos de Marsella con mas peligro y afrenta que podriamos decir, luego en encallándose, se comenzáron á deshacer por las armazones baxas. Y la gente dellos con algunos Españoles de la tierra, moradores cerca del templo, saltáron presto con barças á sacar las vituallas y ropa que traian, con tanta diligencia, que casi no se perdió cosa, ni peligró persona grande ni pequeña, sino los cascos mayores de los navíos solamente: pero no tan sin remedio, que despues no aprovechase la madera y herrage para los remediar, de tan buena suerte, que con poco mas que les añadiéron, los tornáron á ligar y reparar, y hacer mejores que primero. Tardáron los Marsellanos en aquella fatiga muchos dias, sacando la madera del agua, plañiendo sus infortunios y desdichas. Mas bien considerado, segun adelante sucedió, fuéles muy provechosa tal desgracia: porque como los Españoles comarcanos continuasen las devociones y sacrificios del templo comarcano. Los Marsellanos viniéron tambien á sacrifi-

ficar, y comenzáron á mostrárseles, y travar con ellos amistades donde quiera que podian, trocando de sus preseas y joyas á tal barato, que quanto mas los trataban, tanto mas holgaban de comunicarlos, haciéndoles mucha caridad y recogimiento piadoso, qual habia menester su fatiga pasada. Mas como poco despues conociesen que toda la guarda deste templo con la mayor y mejor parte de la marina, se gobernaba por administracion de los Saguntinos vecinos de Monvedre, despacháron allá personas de su compañía, para les rogar afectuosamente, que los dexasen poner allí su morada no léjos del templo. Sobre lo qual estos mensageros quando llegáron á Monvedre habláron razones asaz concertadas: cuyo principio fué manifestar quién ellos eran, para que sabido ser Griegos y de Marsella, los inclinasen á su favor, por ser ya la reputacion desta ciudad de Marsella estimada donde quiera que la conocian. Tras esto les declaráron, como viniendo pacíficos y con gran voluntad por mandado de su república, para servir y reverenciar la gente de España, deseosos de buscar en ella region ó provincia donde reposasen, los Dioses inmortales pareció que los echaban allí, señaladamente la Diosa Diana, quebrándoles sus navíos, y no consintiendo que pasasen mas adelante, porque la bondad de los Saguntinos usase con ellos su piedad acostumbrada, y ellos sirviesen esta Diosa, patrona y abogada de Monvedre, con aquella santa voluntad, que los Foceenses fundadores de Marsella sus progenitores la reverenciáron en las partes de Levante, quando dexada la tierra de Yonia para venir en Europa, tomáron el principio de su viage desde el templo de Efeso, donde las gentes en aquel siglo tenian el cimiento de la devocion desta Diosa, tomándola por guiadora y abogada de su viage, todo conforme con lo que ya dellos escribimos en los veinte y seis capítulos del segundo libro. Y así dixéron, que

10 11 12 13

que parecia ser ella mesma la que los traxo sobre la marina confina, donde siempre fué tan acatada de gente piadosa, tal que se dolerian de sus fatigas. Por tanto les rogaban y pedian reputasen á bien su venida, permitiéndoles el asiento cerca deste templo, pues ya tendrian memoria que la mayor parte de los fundadores de Monvedre fuéron otros tiempos advenedizos en España, donde tambien habian sido recebidos en la vecindad y parentesco de la tierra, y en el conocimiento, liga y consanguinidad de los Españoles: y así parecia tener mas obligacion á los peregrinos que nadie de la provincia, mayormente siendo junto con esto los progenitores de Sagunto gente Griega de nacion, como lo fuéron los Foceenses antiguos de Yonia, de quien todos los Marsellanos procedian, con lo qual se justificaba mas su peticion, y les obligaba particularmente, que como parientes y nacion de su mesma sangre los tuviesen cerca de sí, pues que de tales no podria recrecer á la república de Monvedre perjuicio ni daño, sino toda buena vecindad y servicio. Con estas palabras, y con ser poco número la gente que las decia, holgáron los Saguntinos de les dar entrada por la parte que pedian. Y desta manera los Marsellanos compañeros de los otros, que se quedáron en la isla ó peñon cerca del monte Pyreneo, comenzáron á poner su morada por aquella ribera del mar Mediterráneo, no muy desviados del templo de Diana, tomando cada dia mas y mas amistad con los pueblos Españoles sus comarcanos: los quales en aquella sazon eran llamados Contestanos, cuyos linderos y confines quedan bien aclarados en los veinte y ocho capítulos del primer libro. Creció desde allí la poblacion por tal manera, que despues andando tiempo, de tres villas que los Marsellanos hiciéron entre la boca del rio Xucar y Cartagena, de quien Estrabon hace memoria, las dos villas saliéron y se fundáron

de

de la multiplicacion y gente que sobraba desta, dado que no sepamos al presente qué lugares fuesen aquellos, ni quándo se comenzáron á poblar. Sucedió mas, 18
que por estar aquella villa recien edificada, no léjos del templo sobredicho de la Diosa Diana, la llamáron Dianio hasta nuestros dias, que permanece con honrada vecindad, y con el apellido que siempre tuvo: puesto que corrompido su vocablo le decimos Denia, trece leguas mas Occidental que la ciudad de Valencia, y doce leguas mas al Oriente que la villa y puerto de Alicante, ó segun otros la situan, entre la ciudad de Cartagena y la boca del rio Xucar. Esta es la villa de Denia, 19
famosa y solemne por los libros de cosmographía, llamada (segun otro nombre) Hemeoroscopeo, que quiere decir en aquella lengua Griega de los Marsellanos, sus edificadores, lugar alto y atalaya del dia, donde se descubren largas anchuras á cada parte. La punta de 20
tierra metida contra la mar donde tenian el templo, no muy léjos deste pueblo Dianio, fué por estos mesmos dias nombrada tambien Artemisio, que significa tanto como Dianio: porque ni mas ni ménos llaman aquellos Griegos Artemis á la sobredicha Diosa Diana. Agora 21
por este nuestro siglo, como todos los vocablos van corruptos, así tambien éste queriéndole decir Artemisio, le llama la gente vulgar Atemus, tres leguas apartado de Denia. Y nadie tenga sospecha de ser ig- 22
norancia de cosmographía la tal razon, pues en verdad seria muy mayor engaño sentir lo contrario. Fué, 23
pues, aquella punta donde halláron el templo ya declarado, todos los tiempos antiguos muy apropiada, segun su gentil postura, para todo negocio de mar en guerras y en mercancías, y mucho conviniente para recoger, amparar y fortalecer quanto por tierra le viniese. Junto con esto tenia cerca de sí grandes venas 24
y mineros de hierro perfecto y esmerado, que se labráron despues con ingenios y con artificios que hi-

25 ciéron estos Marsellanos. A cuya causa la mesma punta fué nombrada muchos años entre los antiguos el
26 Promontorio Ferraria. Siguiéronse mas con la venida destos Marsellanos grandes mejorías en el adornamento del templo, porque tomáron tanto cuidado dél, que toda su mayor imaginacion era siempre tenerlo con-
27 certado, limpio, lucido y bien apuesto. Los sacrificios eso mesmo, fiestas y solemnidades, no se puede contar quánto las aventajáron sobre lo que primero solia ser, introduciendo las cerimonias y misterios del tem-
28 plo de Efeso. Cuya memoria y estilo duraba todos estos dias en los otros templos de Marsella, tanto, que por la grande semejanza de los unos á los otros, llamáron tambien al ídolo y estatua de acá la Diana Efesia: y las gentes Occidentales, cercanas á España, la tenian en igual reputacion de santidad que las Orientales de Asia y de Grecia tuviéron los tiempos antiguos á la otra de Efeso.

CAPITULO XXX.

Como los Marsellanos Foceenses, que los años primeros habian asentado frontero de las Empurias, viniéron á morar dentro de la mesma villa, traidos y rogados por los vecinos della. Cuéntanse las diligencias y recatos que despues de venidos tuviéron estos Marsellanos, para se conservar entre los Españoles vecinos del mesmo pueblo.

1 Tanto quanto las contrataciones se mejoraban en Denia con aquella buena vecindad de los Españoles Contestanos, y con el favor de los de Monvedre, tanto la de los otros Marsellanos que paráron cerca de los montes Pireneos se daban continuamente, por la mala disposicion y poca tierra de la isleta ó peñon don-
2 de se metiéron. La qual era tan desabrida y pequeña, que

que muchas veces determinaron salir á buscar morada
por otras partes, creyendo que qualquiera seria mejor
por mala que fuese. Pero los Españoles Indicetos, ve- 3
cinos del pueblo que diximos estar cerca de su isla, re-
cibian tales provechos de su conversacion, y todos los
comarcanos los amaban tanto, que sabido su descon-
tento, y visto que por ninguna manera se podian allí
conservar, les rogáron, que dexado el Peñon, se pa-
sasen á lo firme de la tierra, donde si por bien tuviesen
les darian la parte que mas les agradase dentro de su
mesma villa. Lo qual estos Marsellanos Griegos repu- 4
táron á singular beneficio, hecho y encaminado por
mano de sus Dioses, en darles tan buena cabida con
aquellos Españoles, de quien ellos deseaban aprove-
charse muy en lleno, tanto por el sitio donde mora-
ban ser conveniente para sus negocios y tratos de la
mar, como por la simplicidad que sentian en ellos:
con la qual era cierto, que llevándolos fuera de rigor,
los ganarian para quanto quisiesen. De manera, que 5
luego sin dilatar, ni tomar otro parecer, se pasáron al
pueblo de los Españoles Indicetos, dexando solitaria su
primera morada del Peñon, donde ya tenian edificada
manera de poblacion mal ordenada: la qual, despues
ellos y la gente de por allí, nombráron Paleámpolis,
que quiere decir, ciudad vieja, en el antiguo lenguage
Griego. Hiciéron esta mudanza, segun dicho es, en- 6
trado ya en el año de trescientos y veinte y siete án-
tes que Jesu-Christo naciese, que fué justamente seis
años cumplidos despues que todos ellos y los otros sus
compañeros aportáron la primera vez con sus ocho
navíos en España. Puestos aquí comenzáron á mejorar 7
este pueblo con tratos y mercaderías que siempre ne-
gociaban, favoreciéndoles en ello los mesmos Indicetos
quanto podian, y mostrándoles tal amor, que de na-
die pudieran recebir semejante cortesía. Mas dado que 8
todo así fuese, los Marsellanos Griegos considerando

los inconvenientes que podrian recrecer adelante, si los Catalanes Indicetos alguna vez se les enojasen, rezelando su ferocidad, proveyéron en ello como gente sa-
9 gaz. Y por estar seguros de tal peligro, negociáron que les dexasen atajar la villa con un muro para dividir la morada de los unos y de los otros, por tal arte, que todo lo de contra la mar, que serian hasta quatrocientos pasos en ancho, fuese para los Griegos con sus entradas y salidas y contornos: y allí formáron ellos una puerta sobre los campos, junto con la lengua del agua, para recebir por ella los bienes que viniesen de la mar
10 ó de la tierra. Por el otro lado, léjos de la ribera, quedáron los Españoles divididos con el dicho muro, muy
11 satisfechos y muy alegres por tener tales allegados. Y en esta su parte de la tierra comenzáron ellos á labrar otra cerca de piedra bien fuerte para su defensa, que
12 tomaba mil pasos en contorno. Las quales obras fuéron á todos muy provechosas, por quedar en cada parte guardados y cercados, especialmente para los Griegos Marsellanos, que tenian con aquello sus haciendas y mercancías puestas en seguro, dado que saliesen fuera de sus casas, pues los Españoles del medio pueblo que-
13 daban en guarda dellos, y de sus mugeres y hijos. Y despues los mesmos Españoles Indicetos les tomaban estas mercaderías en cambio de los frutos y mantenimientos de la tierra, y no ménos en cambio de dinero, que tambien usaban algunos, y las tornaban á trocar
14 con las otras gentes de la comarca. Donde resultó, que por este trato grande, que poco á poco fué creciendo, la villa se comenzó de llamar Emporie, que significa, segun la habla Griega, lugar de tratanzas y ferias don-
15 de se compran y venden mercaderías. Tambien á veces los autores Griegos la nombran en sus libros Diopolis, que significa lugar de dos naciones, ó ciudad dividida, porque la moraban aquellas dos gentes Españolas y Griegas, cada qual dellas á su parte: puesto que la nom-

nombradía de Emporion, le fué mas natural y muy
mas verdadera: con la qual dura hasta nuestros dias,
no con aquella contratacion antigua que solian tener,
y poco corrompido el vocablo, la llamamos Empurias,
puesta en el sitio que señalamos en el segundo capí-
tulo del primer libro. Tito Libio Patavino, Coronista 16
de los Romanos, hablando desta villa de Empurias en
los treinta y quatro libros de sus historias parece sen-
tir, que no fuéron Marsellanos los que se juntáron en
ella con los Españoles, sino Griegos Asiaticos de la
ciudad de Foceea, donde tambien procedian los funda-
dores de Marsella. Mas Estrabon y Juliano, Diácono, 17
que para mí son autores de tanto peso, que nadie pue-
de ser tanto, claramente la nombran poblacion de Mar-
sellanos. Y el mesmo Estrabon en el quarto libro de 18
su geographía, declarando la gobernacion de Marsella,
hace particular memoria de las villas que sus gentes po-
bláron en España, de las quales sabemos haber sido
mucho principal ésta de quien agora tratamos. Cuyas 19
particularidades y fortunas contarémos en diversas par-
tes desta gran obra, muy mas aclaradas y distintas, que
no lo que dexamos escrito de la isleta ó peñon su co-
marcano, donde los Griegos moraban primero: la qual
isleta no vemos hoy dia donde pudiese haber sido, ni
la hallamos en todas aquellas marinas, si no fuese por
caso una muy pequeña, nombrada las Medas, dos le-
guas adelante de Empurias contra el Occidente, cerca
de la costa, frontero de un riezuelo que por allí toma
la mar, junto con un lugarejo, tambien pequeño, nom-
brado Torrella de Mongri. Pero segun es pequeña y
mal atropada la tal isla de las Medas, no parece que 20
fué posible nadie parar en ella tantos dias: pues tam-
bien agora la hallamos desierta con una ermita sola
muy pobre de la Encomienda y Orden, segun creo, del
señor San Juan. Y ciertamente si los Marsellanos algun 21
tiempo la moráron, mucho preciarian despues el buen
asien-

asiento y anchura de la villa de Empurias, quando se pasáron en ella, mayormente gozando los bienes de la mar como solian, y junto con ellos el provecho del campo, que segun dixe los Españoles grangeaban: el qual, de su naturaleza, fué siempre fértil, donde sin los otros frutos y mantenimientos, se criaba mucho lino, que los Emporitas adobaban y labraban cuidado-
22 samente para sus menesteres y truecos. Tenia mezclado con esto gran abundancia de esparto, y en los lugares mas estériles mucho junco para los ganados, y
23 para qualesquier otros atavíos que dél se hace. Por la qual razon algunas gentes le llamaban en aquellos tiempos el campo Junquero, como tambien hoy dia se
24 halla cerca dél una poblacion nombrada Junqueras. Tiene mas los montes Pireneos á solos quatro mil pasos de trecho, cuyas vertientes echa de sí rios dulces, que descienden y riegan la tierra: de los quales uno, llamado Clodiano, los tiempos antiguos, es el que toma la mar cerca de la mesma villa de Empurias, agora decímosle Fluvian: y con su boca y entrada, hace puerto casi bastante para se le llegar navíos, y conservarlos medianamente.

CAPITULO XXXI.

De las ordenanzas y reglas antiguas de vivir que tuviéron los Emporitas y los de Denia, quando primeramente viniéron en España, y de la confederacion y liga que pusiéron los de Monvedre con los Marsellanos de Francia.

1 El año adelante, que fué trecientos y veinte y seis ante del advenimiento de nuestro Señor Dios, la república Marsellana visitó con mensageros propios estos sus naturales, que residian en España, para reconocer la manera de su gobierno, con las otras cosas per-

pertenecientes á sus asientos y moradas. Los que vi- 2
niéron con el mensage, pasáron primeramente por Empurias y por Roses, y por toda la marina de los Catalanes Indicetos, regradeciéndoles á todos en general, y á los Emporitas en particular la buena recogida de su gente. Desde allí, metidos en sus navíos, llegáron á 3
Denia, y sacrificáron en el templo de Diana muchos carneros y vacas, con aparato grande, segun el estilo de la gentilidad. Y despues, haviendo proveido quanto 4
les pareció convenir al buen estado de esta villa, pusiéron en escrito leyes y constituciones con que se rigiesen, conformes á las que Marsella tenia. Para conser- 5
vacion de las quales ordenáron quince Gobernadores, y de estos quince tres principales con poder absoluto, quanto á los negocios que comunmente sucedian: pero si cosas importantes ó dificiles ocurriesen, habia número de personas graves y prudentes, que deliberaban y aconsejaban lo que convenia hacer. Este cargo de 6
consejeros les duraba quanto viviesen: y por ser gran dignidad entre ellos les llamaban en su lengua Griega Timucos, que significa lo mesmo que personas venerables, ó que tienen honor. Y dado que ya por este tiem- 7
po venian de contino muchos Españoles á se juntar con ellos, y morar en su compañía dentro del pueblo, ninguno recebian para ser Timuco que no tuviese hijos, y que no descendiese de casta ó linage destos mesmos Marsellanos dentro de la tercera generacion. Los sa- 8
crificios y manera de plegarias á sus ídolos, todos fuéron á la costumbre de Grecia. Quanto á los vestidos, y 9
convites y mantenimientos pusiéron tasas moderadas, y con ellas penas á quien las excediese. Lo mesmo tu- 10
viéron en el precio de los casamientos, mandando, que ningun dote de persona, por principal y rica que fuese, valiese mas de cien monedas de oro, con otras cinco monedas para vestidos, y cinco para joyas. Habia 11
constitucion, que ninguna muger casada, ni doncella,

ni

ni de qualquier otra calidad, en su pueblo, bebiese vino: sobre lo qual eran tan miradas, que quien lo bebia, sin el castigo grave que daba la ley, era tenida por infa-
12 me. Señaláron, otrosí, dos andas ó lechos públicos, depositados para los mortuorios, el uno con que sepultaban los ciudadanos ricos y pobres, el otro para
13 los esclavos á su parte. No permitiéron que jamas hubiese dentro de su villa farsas ni comedias, ni juegos semejantes: pareciéndoles, que pues las tales por la mayor parte representaban burlas y engaños, ó cosas de amores ó de luxuria, podian mover á los que las oyesen y viniesen á mirar, para despues hacer esto de ver-
14 dad, lo que trataban aquellos en ficcion. Vedáron siempre rigurosamente, que nadie, so color de religion ó semejanza de santidad ó devocion, mendigase, ni pidiese mantenimientos por el pueblo, sino que todos
15 trabajasen, y lo procurasen fuera de vicio. Si los esclavos negociaban con sus amos que los libertasen, y despues de horros ó libres salian desagradecidos, ó hacian qualquiera otra cosa de que los señores no fuesen contentos, podíanlos tornar á su captiverio primero, una y dos y tres veces, hasta la quarta vez, en que no les era permitido hacer lo hecho, pues ya sobre tres vueltas, mas culpa parecia tener la necedad y torpeza
16 del señor, que la maldad del esclavo. Guardaban, otrosí, públicamente dentro de sus depósitos cierta confeccion de ponzoña, mezclada con zumo de ciguta, para la dar á quien de su voluntad quisiese matarse, con tal que primero manifestase ante los Gobernadores y Timucos algunas de las causas legítimas que le movian á fenecer sus dias, quales eran, enfermedad larga, ó dolor, ó tristeza sobrada, ó pobreza, ó demasiado vivir, ó te-
17 mor de caer en algun desastre ó peligro crecido. Sin esta manera de muerte ponzoñosa suave tenian para los malhechores un cuchillo público con que los degollaban, y muchos otros instrumentos de penas y cas-

ti-

tigos mas livianos para los otros delitos de menor calidad. Quando mensageros ó gentes de fuera venian 17
á la villa con mandados ó con negocios, vedábanles meter armas dentro, de qualquier suerte que fuesen: y tenian en cada puerta del pueblo personas limitadas que se las tomaban y guardaban, y tornaban a dar quando salian. Tales fuéron las constituciones ó 18
leyes en Denia muchos años, conformes á las de Marsella, hasta que por discurso de tiempo los Españoles comarcanos acudiéron tantos á se mezclar y vivir entre ellos, que corrompiéron gran parte dellas, puesto que les tomáron su lenguage, con los trages y atavíos, y mucha parte de su policía Griega. Las 19
mesmas costumbres y manera de vivir tuviéron los otros sus compañeros en Empurias, sino que quanto á la seguridad y reposo discrepáron mucho; porque como quiera que los Españoles antiguos del pueblo les hiciesen aquel buen tratamiento que declaramos en los capítulos pasados, jamas estos Griegos Emporitas confiáron de buena muestra que viesen, temiendo los alborotos, mudanzas y ferocidad de los Españoles y de sus comarcanos: sobre lo qual traian grandes proveimientos á todas partes, en especial quanto á la puerta del campo que diximos confinar con la marina, donde residia siempre una persona de los principales, ó de los otros Gobernadores deputados por sus dias, con gente bastante para la defensa. De noche velaba las cercas toda la tercia parte 20
de quantos ellos eran, y dormian allí con tanto cuidado como si les tuvieran cercados enemigos, no consintiendo que persona del mundo llegase, ni pasase de los unos á los otros en tal hora. La mesma 21
diligencia tenian en otra puerta que hiciéron en aquel medio muro que señalamos atravesar la villa por la parte de dentro, con la qual puerta, siendo dia, pasaban los Griegos á los Españoles, y negociaban

lo que tuviesen menester: donde tampoco faltaban jamas suficientes guardas, y aun habia constitucion y ley que ninguno de los Griegos entrase por allí, si no fuese de la mesma ercera parte que la noche
22 pasada rondáron sobre los muros y puertas. Nada de tales recatos ni diligencias tenian los Españoles en su quartel: todas las veces, y á qualquier hora que los Griegos Marsellanos quisiesen venir á ellos, holgaban mucho de verlos entre sí, por cambiarles lo que llevaban, y vender los mantenimientos que tenian, usando siempre de mucha liberalidad en el cambio, con tal cortesía, que si los Griegos fueran gente ménos recatada, perdieran qualesquier sospechas ó re-
23 zelos. Y desta suerte que tenemos contado quedáron en España sosegados y pacíficos aquellos Marsellanos que viniéron á morar en ella con aquel descanso que sufrian los tiempos y calidad de las gentes entre
24 quien paráron. En asentar estos hechos gastáron los mensageros Marsellanos lo que faltaba del año sobredicho, y luego como fuéron pasados algunos pocos dias del siguiente, viniéron á la ciudad de Monvedre, para dar allí semejantes gracias que diéron á los otros Españoles Catalanes Indiceros quando venian de Francia, por el favor que Monvedre mostró siem-
25 pre á los de Denia. Item, pusiéron ligas perpetuas en nombre de su ciudad con los Saguntinos de Monvedre, segun el poder y mandamiento particular que
26 dello traxéron. Las quales ligas fuéron aceptadas con alegre voluntad, y los mensageros festejados y trata-
27 dos honoríficamente. Por la via destos embaxadores Marsellanos tuvo noticia Monvedre del mucho poder que los Romanos alcanzaban en Italia, con relacion larga de sus victorias contínas por aquellas partes, y de su perficion en la disciplina militar, y de la verdad y limpieza con que mantenian el amistad de sus amigos, donde quiera que los tuviesen, segun que

por

por lo de los mesmos Marsellanos podrian conocer, con quien Roma conservaba confederacion desde los años antiguos, ántes que Marsella fuese poblada, quando sus principiadores los Foceenses de Yonia veniari buscando tierra donde morasen, como ya lo diximos en los veinte y seis capítulos del segundo libro, y en otros lugares eso mesmo de esta Corónica. Súpose mas de los Marsellanos, que la ciudad de Siracusa, ó Sarausa, ó Zaragoza de Sicilia, despues de muerto Timoleon el Capitan Griego que la libertó de sus tiranos pasados, andaba tan florecida y pujante, que traia guerra con los Cartagineses por los despojar de quanto poseian en Sicilia. 28

CAPITULO XXXII.

Del mensage que por este tiempo los Españoles enviáron al gran Rey Alexandro de Macedonia, donde se declara quién fuéron los que le lleváron, y las causas que les moviéron á poner en obra tal embaxada.

En aquellos mesmos dias que los mensageros Marsellanos viniéron en España, y aun algunos años ántes, andaba por ella muy crecida fama del gran Rey Alexandro, hijo del Rey Felipo de Macedonia, publicando sus acometimientos extraños, y su demasiada felicidad en las armas, y en qualesquier otros hechos que pretendia. Sabíase por cosa muy cierta que luego como principió su reynado, puesto que fuese mancebo de tan pocos dias que no tenia cumplidos veinte años, habia movido guerra contra las gentes Illíricas, que se dicen agora los Esclavones, y contra los Tribalos y Tracios, naciones ferocísimas. Las quales vencidas y sujetas, revolvió sobre las ciudades de Grecia, sojuzgando por allí las repúblicas y señorías mas po- 1 2 3

4 derosas y principales de la tierra. Pasado despues en Asia desbarató á Codomano Rey de los Persianos, á quien por otro nombre llaman las historias el Rey Dario. Poco despues destruyó la ciudad de Tyro en la Suria, con muchos combates y sitio largo que le puso, donde fuéron naturales los Fenices pobladores de Cartago, con los otros Fenices nuestros, que desde Cádiz levantáron las guerras y turbaciones por el Andalucía que dexamos escritas en el segundo libro.
5 Despues conquistó los Judíos, y los Egypcianos, y los Alarabes y Persianos, sojuzgándolo todo, y á to-
6 da parte, sin haber quien le pudiese resistir. Y por este tiempo de que hablamos agora traia sus exércitos dentro de las Indias, venciendo naciones y Reyes nunca sabidos ni vistos, con tan buena fortuna, quanta de ningun otro Rey ántes ni despues haya no-
7 ticia. Muchas otras hazañas deste Príncipe se platicaban aquellos dias en las poblaciones de España que caian sobre la ribera de nuestro mar Mediterráneo, sabidas y relatadas por los navegantes y negociadores que venian acá, las quales diéron ocasion á que gran parte de sus moradores deseasen tener con él algunas inte-
8 ligencias ó confederacion. Y como las nuevas creciesen cada dia con sobradas alabanzas, y junto con ellas la relacion de su buena gracia y magnificencia, de-
9 terminárón enviarle sus embaxadas. Y luego el año adelante, que fué trecientos y veinte y quatro ante que Nuestro Señor Jesu-Christo naciese, basteciéron navíos hondos de carga con vituallas necesarias á la jornada, señalando personas convenientes á tal mensage: las quales, metidas en su navegacion, topáron en la mar fustas de los Galos extrangeros, que (como ya muchas veces tengo dicho) moraban la tierra donde viven agora los Franceses, y llevaban al mesmo Rey Alexandro por parte de su nacion otra tal embaxada
10 como la de los Españoles. Y así todos juntos en com-

pa-

pañía caminaron hasta desembarcar en la costa de Suria, desde la qual pasáron á la ciudad de Babylonia, donde halláron embaxadores de Sicilia y de Cerdeña, y de muchos pueblos Italianos y Africanos, en que tambien habia mensageros de la gran Cartago, que pocos dias ántes eran allí venidos, y todos ellos estaban esperando la vuelta del sobredicho Rey Alexandro, que ya tornaba desde las Indias muy lleno de triunfos y victorias. Pero como las jornadas que traia 11
fuesen pequeñas y vagarosas, á causa de los exércitos gruesos, y fardage grande de diversas gentes que le seguian, y tambien los mensageros hubiesen gastado tanto tiempo en esperarle, que ya llegaban los principios del otro año, donde, segun que les era mandado, convenia volver á sus casas: los Españoles partiéron de Babylonia para lo tomar en el camino; y allí quando llegáron le habláron largo, representándole con grandes encarecimientos el placer que su nacion Española recibia continamente por la buena relacion que tenia de su prosperidad, y que como de Rey tan venturoso, deseaban su conocimiento, gracia y amistad, para que siéndole menester gentes ó bastimentos, ó qualesquier aparejos de los que se criaban en España, los pidiese, pues era cierto que se los darian con entera voluntad. El Rey Alexandro respondió sa- 12
brosa y amigablemente. Y despues de muy informado 13
en el estado de España, y en la manera y estilo que tenian las provincias della, y en el sitio de la tierra, y en todo lo demas que por acá pasaba, les tornó muchas gracias por el aficion que le mostraban, ofreciéndoles tambien él todo lo que pudiese hacer en su favor, y prometiéndoles que luego como fuese desocupado de negocios importantes á sus conquistas en la tierra de Levante que le faltaban de concluir, trabajaria de venir en España, donde proveeria todo lo que les tocase, como cosa de verdaderos amigos y con-

confederados, á quien holgaria tener alegres y con-
14 tentos. Con esto los mensageros se partiéron dél muy satisfechos, llenos de grandes dádivas y de preseas ricas, conformes á la liberalidad y grandeza del que las dió. Llegados en España certificáron la venida deste Rey en breve tiempo; y así creian todos que fuera cierto, si pocos dias adelante no se desbaratara con su muerte: la qual sucedió siendo ya venido á Babylonia, dentro del año que se contáron trecientos y veinte y dos ante de la Natividad de Nuestro Señor Jesu-Christo, que concurrió justamente con el año primero de la ciento y catorce olimpiada de los Griegos, como lo pone Arriano, Coronista muy excelente de los hechos deste Rey: las quales olimpiadas Griegas con sus principios y cuenta, yo me recuerdo bien haber ya prometido por otros capítulos pasados de las aclarar qué cosa sean en otra parte mas desocupada de nuestra Corónica, y así lo cumpliré quando fuere tiempo.

15 Deste mensage hecho por los Españoles al gran Rey Alexandro, allende los autores Latinos y Griegos que dél hablan, pone tambien relacion Paulo Orosio, cuyas Corónicas en alguno de los volúmines impresos dicen el uno de los mensageros haberse llamado Mau-
16 rino. Pero sin duda va dañada la letra, porque ni sus libros antiguos escritos de mano, ni los impresos bien emendados tienen tal nombre. Todo lo demas que dexamos aquí dicho pone Juliano Diácono, y Juan Gil de Zamora en el tratado de las antigüedades de España, que compuso en lengua Portuguesa; solo discrepan en que Paulo Orosio hace la tal embaxada dentro de Babylonia, los otros dos algo pri-
17 mero que el Rey allí viniese. Quanto á lo restante, si conjeturas no livianas suelen valer alguna vez, en caso tan principal mucha sospecha tengo yo que los Saguntinos de Monvedre, con los otros Españoles sus

con-

confederados, debiéron ser los principales movedores deste negocio: porque como su república fuese gobernada con leyes justas, y con los executores dellas virtuosos y prudentes, siempre rezelárón y miráron en lo que Cartago pretendia por España, creyendo que si cesaban los impedimentos de guerras que sucedian al derredor de Cartago, luego trabajarian de sojuzgar lo que faltase del Andalucía, con mas todos los pueblos y ciudades de las otras regiones Españolas que tuviesen alguna libertad ó valor. Y de sospechar 18
es que los de Monvedre, deseando prevenir este peligro, buscarian siempre favor donde quiera que lo sintiesen, para resistir las tales fuerzas quando viniesen, y no se descuidarian agora deste Rey Alexandro, por saber dél que tambien era contrario manifiesto de Cartagineses, tanto, que solo por causa dellos destruyó la ciudad de Tyro, conociendo la mengua y el enojo que les venia dello, pues era Tyro, como ya tenemos dicho, madre fundadora de la gran Cartago. Y esta voluntad sentian en Alexandro todos quan- 19
tos le trataban en quantas palabras hablaba de veras ó de burlas que hiciesen al caso. Por la qual razon 20
algunos dias ántes, rezelándose los Cartagineses deste Príncipe mas que de ningun otro Rey de sus tiempos, traian con él disimuladamente cierto caballero Cartagines llamado Hamilcar Rodano, fingiendo que por delitos andaba huido de Cartago, para que con esta color aquel Hamilcar los avisase de quanto pudiese conjeturar en Alexandro: porque todos en el mundo tuviéron creido que fenecida la conquista de Tyro luego Alexandro moveria sobre Cartago, y aun él así lo publicó diversas veces, y así lo hiciera, si negocios mas importantes no le llevaran á partes de mayor necesidad, segun sus propósitos. Mas pues la mencion de 21
los Cartagineses parece que se nos torna de su grado sin la llamar en esta parte, será bien decir algunos

nos hechos que por aquel mesmo tiempo tentáron en España y en algo de sus islas y comarcas.

CAPITULO XXXIII.

Como parte de los Andaluces comenzáron á abastecerse para defender su provincia contra la gente Cartaginesa, que quisieran tornar á cobrar lo que solian tener en aquella tierra, sino fuera por nuevas guerras que se levantáron en Sicilia, con las quales Cartago disimuló las pendencias Españolas, dado que todavía sus factores recibiéron acá mucho daño de los Andaluces.

1 Perseverando la parte de los Turdulos Andaluces en su division y discordia contra los factores y gentes de la señoría Cartaginesa, residentes en los puertos de España, comarcanos á Gibraltar, comenzáron á ser las guerras desta señoría, quanto mas iban, en Sici-
2 lia mucho menores y mas flacas que solian. Y fué la razon desto, que los Siracusanos habiéndose mostrado principales cabezas en las diferencias pasadas, despues de muerto Timoleon, cansaban en ofender y porfiar contra la gran resistencia que Cartago les hacia.
3 Y así temiéndose los unos de los otros afloxaban á cada parte, contentándose con sostener lo ganado, y
4 no ser ofendidos de sus adversarios. Resultó desto, que los Cartagineses imagináron tener ya lugar con el vagar que por allí les daban, para revolver acá sobre los Turdulos Andaluces, y cobrar con las armas la contratacion, y las torres, y los mineros, y grangerías
5 que solian tener entre ellos. Y verdaderamente ya lo comenzáron á poner en obra, labrando galeras y fustas nuevas, con armas, y capitanes, y todo género de municion; y tambien los Andaluces de que lo supiéron se bastecian y reparaban para la resistencia, quando

do sin pensarlo se les tornáron á levantar otra vez en la mesma Sicilia tales revueltas y tan encendidas, que segun dicen algunos de nuestros Coronistas, no solo convino dexar la pendencia del Andalucía, sino fué necesario tomar acá de sus mesmos puertos quantas gentes pudiéron entresacar: y con otros mil honderos Mallorquines; que cogiéron á sus gages acostumbrados, pagándoles en vino y en mugeres, venir con ellos á Sicilia, para seguir esta nueva guerra que decimos: en la qual anduviéron tan ocupados, y pasáron tantos peligros, y gastáron tantos tesoros, que diversas veces estuviéron á punto de se perder. Esto solo hallamos apuntado, como digo, por algunas historias Españolas quanto á los hechos destos dias, muy confuso y tropezado, sin declarar á qué causa, ni con quién, ó qué turbaciones fuesen éstas de Sicilia. Pero cote- 6
jando los tiempos que tratamos en el capítulo presente con los de muchas otras corónicas Sicilianas, no pueden ser estas guerras ya dichas sino con Agatocles, natural y vecino de Siracusa, que por aquella mesma sazon era levantado contra su ciudad. Cuya vida cuen- 7
ta Plutarco bien á lo largo, relatando las cautelas y dobleces que tuvo con los Cartagineses: unas veces para se favorecer dellos, y finalmente para los ofender, sin hacer memoria ninguna destos Mallorquines honderos, ni de los otros Españoles que pasáron en Sicilia por su causa dél, segun yo creo: puesto que ninguna cosa de lo que Plutarco habla tenga repugnancia ni contradiccion para que no pudiese caber en ello lo que nuestras corónicas dicen, pues ningun autor hubo jamas tan acabado, que dixese quantas menudencias aconteciesen en los negocios que cuentan, sin faltar algo. Lo que deste capitan Agatocles sabemos 8
es, haber sido de baxo linage, hijo de un ollero Siciliano: pero dotado de muy gentil disposicion y maravillosa hermosura de persona, que fué gran ocasion

para gastar su niñez y parte de su mocedad en luxu-
9 rias abominables, injuriosas á su cuerpo. Quando tuvo
10 mas dias dióse al amor de las mugeres. Y no satisfe-
cho destos dos vicios, juntóse con algunos malos hom-
bres ladrones, y hurtaba con ellos dentro de los po-
blados y tambien por el campo. Poco despues tornó-
se á Siracusa ó Zaragoza de Sicilia, donde moró va-
gabundo y ocioso, hasta que fallecido Timoleon, se
comenzáron las guerras segundas desta ciudad Zarago-
zana contra los Cartagineses; y en ellas mostró tanta
desenvoltura, que de capitan comun de peones lo su-
biéron á capitan general de todos los exércitos Sici-
11 lianos. Afloxadas estas guerras por la causa que dixi-
mos en el principio deste capítulo, hízose cosario de
12 la mar. Y visto que no ménos por allí como por la
tierra le sucedian prósperamente sus empresas, quisie-
ra tiranizar la mesma ciudad de Siracusa, deshaciendo
13 la libertad en que Timoleon la dexó. Pero como fué
14 sentido, desterráronlo del pueblo para siempre. Y así
desterrado procuró la confederacion de ciertos lugares
15 Sicilianos, contrarios á Siracusa. Con los quales y con
otra mucha gente que supo recoger, vino sobre la
ciudad, y le puso cerco tan apretado y terrible, que
los Siracusanos, faltando todo remedio, pidiéron el
socorro de cierto capitan Cartagines, llamado Hamil-
car, que residia dentro de Sicilia con algunas bande-
ras Africanas, para conservacion de lo que Cartago
16 tenia por aquellas partes. Hamilcar aceptó luego de
favorecerles, puesto que siempre fuéron capitales ene-
17 migos suyos y de su ciudad. Y metiendo parte de su
gente dentro del pueblo Zaragozano, lo defendian por
18 defuera y por de dentro mucho bien. De manera que
por este tiempo la ciudad era combatida de sus natu-
19 rales, y defendida por sus adversarios. Agatocles, vis-
ta la resistencia del capitan Cartagines, hizo con él
tales cumplimientos y diligencias, que presto lo ganó
de

de su parte, rogándole fuese medianero y juez destos debates, pues él obedeceria sin faltar punto quanto mandase y ordenase. Finalmente guió los negocios 20
de tal arte, que las mesmas banderas Cartaginesas lo metiéron en Siracusa, donde muertos por su mandado los mas y mejores vecinos della, quedó por señor de todos, y se llamó Rey. Esto fué dentro del año 21
que se contáron trecientos y veinte y uno ante del advenimiento de Nuestro Señor Dios, quando los Griegos tambien contaban el año segundo de la ciento y catorce olympiada. Sabido por los Cartagineses Afri- 22
canos estos conciertos en Sicilia, conociéron la maldad que pretendian ambos capitanes Agatocles y Hamilcar, y luego secretamente declaráron al suyo por traidor, mandando que sin dilacion pasasen allá nuevos exércitos con otro capitan, llamado tambien Hamilcar, hijo de Gisgon, y resistiesen la revuelta que por allí se comenzaba. Los quales exércitos saliéron 23
de Cartago pocos dias entrados del año siguiente, muy aparejados de quanto les era menester. Y allí debió ser 24
lo que nuestras historias dicen, que Cartago quisiera comenzar la guerra del Andalucía, si no fuera por las pendencias nuevas de Sicilia, donde le recreciéron grandes impedimentos: y por causa dellos cesáron sus negocios fuera del trabajo que los Andaluces esperaban. Pero dícese despues desto, que como los mesmos An- 25
daluces sintiesen haber quedado los puertos de mar sin gente de guerra Cartaginesa, juntáronse cantidad dellos, y repartidos en algunas quadrillas, entráron á correr la marina con gran alteracion, y mucho daño por donde quiera que pasaban. Hubo puertos y lugares 26
á quien diéron combates, aportillando los muros, y haciéndoles otros acometimientos peligrosos. Pero los vecinos dellos, así naturales Españoles, como Cartagineses, bastáron á los defender con los buenos reparos que tenian de fosos, y muros, y pertrechos, mayormen-

te que siendo los acometedores gente vulgar y comun, sin órden y sin capitanes, duró tan poco la furia, que luego despues volviéron á sus casas, llevando robado quanto hallaban en el campo de ganados, y bestias; y gente, sin otras muchas que matáron en su primera llegada.

CAPITULO XXXIV.

Como parte de la nacion ó linage de los Españoles Andaluces, nombrados Turdulos, saliéron á buscar otras tierras en que poblasen. Y venidos á las riberas de Guadiana, donde moraban los Galos Célticos, se detuviéron algunos dias. En el qual tiempo los Españoles favorecedores de Cartago pasáron gran trabajo sobre la conquista de Sicilia.

1 En aquel ser y buena manera duráron acá los negocios algunos tiempos, y los Turdulos Andaluces, con haber descansado de las guerras en que Cartago los solia meter, andaban alegres y contentos, y muy acrecentados en gente, tanto, que pasados tres años despues del movimiento sobredicho, comenzáron algunos mancebos suyos á poner en plática, que seria bien salir por las otras tierras de España, para poblar en ellas lugares y villas, pues la region donde moraban era ya pequeña para su multitud y de sus ganados: como tambien por este mesmo respeto hiciéron otro tanto los Galos Célticos y Celtiberos Españoles en los tiempos y siglos pasados, como lo contamos
2 en el segundo libro. Creció tanta conformidad en esta plática, que sus padres y parientes lo tuviéron á bien, y les prometiéron larga parte de sus haberes. Y así concertada la jornada casi al principio del año siguiente, que fué trecientos y quince ante que Nuestro Señor Jesu-Christo naciese, diéron tal priesa, que con

con habérseles juntado muchos otros Andaluces sus comarcanos y vecinos, saliéron todos de la provincia mediado el Otoño con infinito carruage, bestias, ganados, alhajas, mugeres, niños, ropas: bendiciéndolos quantos quedaban en el Andalucía, rogando á sus Dioses, que los encaminasen y adiestrasen á tierras abundantes y bien fortunadas. Deste modo, atravesada cierta comarca de los otros Andaluces Turdetanos, llegáron al rio Guadiana, y lo pasáron poco encima de la parte que diximos torcerse aquel rio contra Medio-dia, treinta y cinco leguas ántes que se meta en la mar, casi en la mesma region donde fuéron despues edificadas las poblaciones de Mérida, y Medellin, y Villanueva de la Serena: la qual region estaba ya dentro de la provincia que los Españoles antiguos llamáron Lusitania: porque como muchas veces hemos dicho, este rio Guadiana la dividia y apartaba por allí de la Betica vieja, donde se contenia lo mas del Andalucía. Llegados aquí, halláron mucha gente de los Galos Célticos, moradores principales en aquellas riberas, negociados y muy impuestos en hacer semejante viage que los Andaluces traian, con voluntad eso mesmo de sus ancianos y padres, que tambien consentian en ello, y les daban parte de sus ganados y bienes muebles con que se fuesen. Y como las intenciones eran unas, ligeramente se conformáron ellos y los Andaluces recien llegados para caminar todos juntos, habiendo hecho primero su confederacion, conjuros, y sacrificios, y cerimonias de concordia, quales usaban los Gentiles, donde parece que alguna constelacion particular debió mover estos hombres, y moveria tambien otros Españoles que no sabemos, para que las tierras y espesuras de lo muy dentro y cerrado de España rompiesen y descumbrasen, y se comenzasen á tratar mas de lo que se trataban. Concertadas estas dos naciones, quisieran luego proseguir su jornada, sino que las lluvias

3 4 5 6

vias recreciéron demasiadas, y el invierno comenzó tan áspero y tan largo, que necesariamente quedáron allí todo lo que faltaba del año sobredicho, y del otro
7 hartos meses. En aquel entrevalo de tiempo llegáron mensages á las marinas y lugares de España, terribles y no pensados, que publicaban, el capitan ó rey Agatocles (aquel de quien hablamos en el capítulo pasado) tener casi puesto cerco sobre la gran ciudad de Cartago, y que hacia por las tierras Africanas daños,
8 y quemas y muertes de mucha perdicion. Era la causa desto, que como los años ántes Hamilcar de Gisgon, capitan Cartagines, hubiese rompido guerra con él, y vencídole dos batallas asaz grandes, Agatocles así desbaratado se metió con la sobra de sus banderas en Zaragoza de Sicilia, donde los adversarios acudiéron tras él, y lo cercáron por mar y por tierra, con tal aparejo de guardas y gente, que no pudiera librarse de sus manos, si no tentara la mayor hazaña
9 que jamas hombre tentó. La qual fué, que viéndose tan afligido y tan perseguido, desamparado ya de muchos pueblos Sicilianos, que primero tenian su parcialidad, faltoso de mantenimientos, y dineros, y de qualesquier otros aparejos de guerra, hizo capitan á un hermano suyo, que decian Antandro, para la defender, con algunas personas sus aficionadas: y con otras de la mesma voluntad que le siguiéron, él salió de Siracusa sin decir á qué parte caminaba, hasta desembarcar en Africa: donde llegado, pasados ya siete años despues de tener el señorío desta ciudad y de muchas otras en Sicilia, comenzó su guerra tan animosamente contra los Cartagineses, como si todos
10 fueran iguales. Y allí desbaratados en el principio los capitanes que le saliéron al encuentro, quemó, destruyó y abrasó quantas heredades, y cortijos, y casas
11 de placer habia por el contorno de Cartago. Con estas victorias, y con gente baldía que le vino, como sue-

suele siempre venir en semejantes alborotos, decian haber asentado real una legua de la ciudad, y no solamente por Africa, sino tambien por Sicilia, traxéron sus cosas en los principios esta prosperidad. Antandro 12
su hermano salió de Siracusa contra los Cartagineses que lo tenian cercado, ganó los reales contrarios, matoles mucha parte de la gente, hizo tan grandes destrozos por ellos, que sabida la tal perdicion y descuido, quantos lugares Sicilianos pagaban tributos, ó seguian la parte Cartaginesa, se rebeláron y lanzáron fuera sus banderas y Capitanes. Agatocles vista su felicidad, vino 13
dos veces á Sicilia. La primera para confirmar y for- 14
talecer las gentes en su confederacion. La segunda hu- 15
yendo, porque sus exércitos le dexáron, á causa de no les pagar el acostamiento que les debia. Lo qual 16
entendido por la señoría Cartaginesa, proveyó luego las pagas muy abundantes, y los traxo para sí todos con mayor acrecentamiento de sueldo, prometiéndoles grandes intereses y mercedes á los capitanes y personas principales del exército. Donde resultó poco des- 17
pues la total perdicion deste rey Agatocles, cuyas alteraciones y bullicios pacificáron y suspendiéron por todos los dias que por allá duráron las guerras que Cartago principiaba contra los Andaluces. Y despues 18
de muerto Agatocles se dilatáron algunos años, por acabar estos Cartagineses la conquista de Sicilia, que parecia quedar sin resistencia faltándoles Agatocles, y convenia posponer qualesquier ocupaciones hasta lo concluir, pues lo de España, cayendo tan léjos de todas las otras regiones del mundo, cada vez tenia sazon y tiempo, sin que gentes advenedizas ni nacion poderosa les tocasen en ella ni se la perturbasen. Por esta 19
razon dimos aquí sumaria cuenta de todos estos hechos, y por causa tambien de los Mallorquines, que siguiéron estas pendencias en favor de Cartago, segun nuestras historias apuntan, con algunos otros Espa-

ño-

ñoles moradores de la marina, quando los Célticos y Turdulos Andaluces comenzaban su viage por las regiones y tierras dentro de España, para dexar en ella poblaciones nuevas y memoria de su nacion, como ya diximos en el principio deste capítulo, y en los siguientes se contará mas particularizado.

CAPITULO XXXV.

De las poblaciones nuevas que hiciéron algunos Turdulos Andaluces entre los Galos Célticos sobre la ribera de Guadiana, y como los restantes pasáron adelante por dentro de la tierra, muy acompañados de los mesmos Célticos, donde fundáron ciudades y villas que permaneciéron largos tiempos en España.

1 El verano del año siguiente llegado, que fué justamente trecientos y catorce ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, los Andaluces y Célticos todos juntos arrancáron sin mas dilatar de sobre las riberas de Guadiana, siguiendo su viage comenzado.
2 Pero como las gentes vulgares se confundan y muden, y discrepen en sus intenciones, hubo parte de aquellos Turdulos Andaluces que no pasáron adelante, agora fuese con deseo de tornar á su primera naturaleza quando tiempo y aparejo tuviesen, agora por temor de las jornadas largas, y del trabajo y acontecimien-
3 tos peligrosos que podian suceder en ellas. Y así quedáron algunos destos en aquellas riberas de Guadiana, donde moráron despues ellos y su generacion mucho
4 de reposo. Todos los demas entráron con los Galos Célticos sus compañeros por la Lusitania, contra la parte septentrional della, derrocando su viage quanto podian sobre la marina, dexando por la mano derecha los otros pueblos desta mesma Lusitania llamados Vetones, de quien ya diximos algo en el quinto ca-

capítulo del segundo libro. Y ciertamente cosa mara- 5
villosa parece lo que nuestros Coronistas escriben de la cantidad y número desta gente, porque los mas limitados y cortos afirman haber salido trecientas mil ánimas de cuenta, sin las criaturas menores, y sin la parte de los Turdulos que se quedáron sobre Guadiana, puesto que los tales Turdulos quedados allí no fuéron muchos. Y porque aquella jornada llevase 6
mas fundamento, señaláron una persona prudente, que fué como Gobernador General entre todos, á quien acatasen las otras cabezas de los linages en quien iban repartidos. Este no hallamos cómo se llamase; pero sabemos haber traido la gente bien recogida, y haber caminado con ella todo su tiempo sin recibir daño notable, pasando por diversas naciones bravas y feroces que moraban en algunas partes de aquellas tierras, con que rompiéron recuentros asaz peligrosos, y tuviéron estorbos para no poder pasar adelante tan libres como quisieran. Mas toda la mayor dificultad 7
fué quando llegáron á cierta gente nombrada los Sarios, nacion antiquísima de la Lusitania. Los quales, 8
allende muchas terribilidades y fierezas que naturalmente tenian, fuéron siempre de tan mal hospedage, tan contrarios á qualesquier extrangeros, que pudiéndolos haber los mataban y comian. Moraban estos 9
Sarios desde la boca del rio Tajo por la marina que viene hasta Setubal, ó poco mas adelante contra Mediodia, los mas dellos derramados por el campo, desnudos, sin razon, ni manera de vivir que pudiese llamar humano, todos metidos entre sus ganados: de los quales tenian abundancia por la campiña desta comarca, que fué siempre bien apropiada para tal exercicio. Parece (segun el sitio de la region, y segun el 10
antigüedad que della publican los Autores) haber sido generacion y casta de las que Tubal nuestro primero poblador dexó por aquellas partes, como ya lo

11 contamos en el quarto capítulo del primer libro. Porque tambien la cria de los ganados era lo que mas aquellos antiguos usaban, en que los Sarios sus de-
12 cendientes sucederian. Y si tales fuéron, es de creer, que con haber (segun dicen) huido de la conversacion y mezcla de las otras gentes, conservarian la lengua Caldea que sus progenitores hablaron: conforme la qual se llamáron Sarios, que quiere decir campestres, por causa de las campiñas de sus ganados, á quien los Hebráicos y Caldéos nombran Sa-
13 ronas. Sabida, pues, la llegada de los Célticos y Turdulos nuevamente venidos, pusiéronse los Sarios en las entradas de su provincia, y comenzáron á resistirles: unas veces repartidos en asechanzas, otras veces juntándose los mas que podian, dado que la pendencia fué siempre muy desigual; porque los Célticos y Turdulos, como personas de mas entendimiento, bien exercitados en la comunicacion y guerras de los Cartagineses que tuviéron en su tierra, traian concierto, y andaban armados con escudos, y lanzas, y cuchillos de hierro, juntamente con mucha parte dellos que traian caballos enfrenados para seguir
14 y fatigar á sus enemigos. De los Sarios eran sus armas algunos arcos mal aparejados, y en lugar de cuchillos traian porras y gajos de árboles, y si caballos alcanzaban eran sin frenos, tan bravos y tan mal do-
15 mados como sus dueños. Así que quanto mas tiempo duráron las diferencias con ellos, tanto fué para su mayor daño, porque finalmente casi todos muriéron, en tal cantidad que faltó poco para perecer su
16 memoria. Y si algunos escapáron, convino que con sus mugeres y con sus hijos viviesen allí sujetos y incorporados entre cierto linage de los Célticos, que despues de ganada la tierra se quedáron en ella, fundando moradas y lugares en todo el espacio que vie-
17 ne hasta las aguas de Tajo. Destas poblaciones perma-

maneciéron despues en aquella provincia, como mas principales y señaladas, una que llamáron Mitembriga, y otra Cerobriga, y otra Mirobriga, y otra Lacobriga: las tres primeras nombradas así por causa (segun sospechamos) de algun Miteno, y Ceron, y Miron, que debiéron ser hombres principales entre los que quedáron en ellas, con sus allegados y familias. La tercera por razon de cierta parte de los Lacoos, linage señalado entre los Célticos que la principiáron aquella vez, de los quales hablamos algo en el fin del tercero capítulo del segundo libro; y no por respeto (segun otros creen) de los Lacones Griegos, que dice Estrabon haber entrado por España, pues aquellos, si así fué, asentáron notoriamente muy léjos de la parte donde los Célticos y Turdulos al presente poblaban, como tambien lo señalamos en el segundo capítulo del segundo libro. A los nombres destos pueblos nuevos añadiéron sus fundadores el sobrenombre de Briga, que significaba ciudad ó gran vecindad en la lengua vieja de los Españoles. Hubo tambien algunos otros lugares por allí, no tan ordenados ni principales como los ya dichos, puesto que mas antiguos, donde se recogia muchas veces parte de la gente natural desta tierra: de los quales uno se dixo Catralecos, otro Saracia, del apellido (segun parece) destos Sarios: otro llamáron Bretoleto, y otro Cepiana, todos ellos contenidos en la Lusitania, no muy apartados de sus marinas. Pero las mudanzas en aquella region fuéron despues, andando los tiempos, tan continas y tales, que los mas destos pueblos pereciéron de raiz, y trabajosamente podria nadie señalar, sin perjuicio de su crédito, quáles ó dónde fuesen agora: ni se podria bien certificar dellos otra cosa mas de ser edificados por los Galos Célticos arriba dichos, con acrecentamiento de los que halláron hechos, y haber durado las

18

19

20

21

tales poblaciones largos dias en aquella provincia, segun que de todo nos consta por las escrituras antiguas de los Autores que hablaron en los hechos de España.

CAPITULO XXXVI.

Como los Turdulos Andaluces y los Galos Célticos sus compañeros llegáron al rio Tajo, y aquel atravesado, cimentáron poblaciones por la comarca donde pasaban, hasta que venidos á la ribera de Duero se quedáron cerca della parte de los Turdulos, y moráron largos años en aquella region.

1 Seis años enteros parece que gastáron los Célticos y Turdulos Andaluces en estas obras y fundaciones ántes que pasasen ni llegasen al rio Tajo, donde finalmente viniéron á reposar el año de trecientos y nueve ántes que Nuestro Señor Jesu-Christo nacie-
2 se. Luego el año adelante de trecientos y ocho, toda quanta multitud ellos eran no quiso parar en la provincia de los Sarios, ni les plugo residir en las villas que dexaban atras, pasáron aquel rio sin acometer ni perjudicar á los Españoles vecinos de sus riberas, en quien halláron mucho favor y socorro de navíos y bateles, con que pasasen ellos y sus gana-
3 dos aquel agua. No sé yo si lo harian por enviarlos presto fuera de su region, ó por haber en ellos personas virtuosas y prudentes, inclinados á semejantes buenas obras, quales eran los moradores de Lisboa, que desde su principio fuéron mas humanos y mas
4 bien regidos que ningunos de sus comarcas. Desde Tajo prosiguió la gente su camino derecho, como solia, contra las partes orientales de la Lusitania, dexando tambien allí dos poblaciones y villas en sitios
5 asaz provechosos. La primera llamáron Escalabisco,

que

que fué despues cosa principal quando los Romanos poseyéron aquella tierra. La segunda nombrada Critima poco distante de la mar. Ya diximos en los veinte y ocho capítulos del segundo libro como los Andaluces dentro de su provincia tenian entre sí cierto linage llamado de los Colimbros; y puesto que no sepamos en particular si viniéron algunos dellos en aquel viage, hallamos en esta region la ciudad de Coimbra, que nuestros Escritores pasados nombraban Colimbrica, llena de tales indicios y muestras antiguas, que juntadas con el apellido de su nombre, parece claro ser edificio destos Colimbros, asentada sobre la mano derecha de las aguas y riberas del rio Monda, que dicen agora Mondego, cuya corriente viene guiada por el Occidente septentrional hasta fenecer en el mar Océano de Poniente, veinte y nueve leguas adelante de la boca del rio Tajo: donde resulta si la tal poblacion fué destos Colimbros, que tambien con los Turdulos vendrian algunos de los otros Andaluces nombrados Turdotanos, pues eran de su nacion aquellos Colimbros, segun ya lo vimos en el capítulo sobredicho. Pasado Mondego, como quiera que no hallasen muchas gentes avecindadas en el camino, jamas les faltáron quanto mas iban detenimientos graves con algunos hombres silvestres que salian á ellos desde sus chozas y cuevas, enojándolos quanto podian. Juntábase con esto ser en aquellos tiempos esta comarca demasiadamente cerrada de montes y boscages, y como los que caminaban eran crecida cantidad, ocupaban grandes anchuras, y discurrian tan derramados y tendidos, que convino detenerse muchos años en derrocar las montañas, y descubrir camino para salir adelante con sus criaturas y ganados. Y dado que la provincia despues de tratada no pareciese delicada de frutos viciosos, conociéron della ser muy abundosa de pastos excelentes, llena 6 7 8 9 10

na de muchas cazas, de grandes mineros de metales riquísimos, de muchas canteras y venas de pedrería preciosa, con abundancia sobrada de fuentes, arroyos dulces, y crecida multitud de rios caudalosos que la refrescaban á toda parte, mucho hondos, y demas agua que quantos dexáron atras ántes que atravesasen el de Tajo: los quales rios y su pasada les
11 embargáron tambien muchos dias el camino. Vencidas, pues, todas aquellas dificultades con mas trabajo de lo que nadie puede conjeturar, fundáron allí tambien otra poblacion algo cerca de la marina, que llamáron Selino, desde la qual viniéron al rio Voga, nombrado Vaca por aquellos tiempos, ocho leguas apartado de Mondego; y aquel atravesado, quedáron algunos dellos poblando sobre su ribera, tres leguas ántes que lo tome la mar, la villa de Lavara, que parece ser aquella que decimos Avero, dado que la parte de tierra donde Ptolomeo la señala discrepe poca cosa del asiento que le hallamos agora, creo yo que por culpa de los escribientes que suelen tras-
12 ladar aquel libro. Algo mas adelante, casi en este mesmo trecho, hiciéron otro lugar á quien llamáron Aricio, cuyas muestras y postura duraban en tiempo de nuestros padres, y puede ser que duren tam-
13 bien agora. Fenecidos estos edificios, toda la compañía no paró hasta las aguas del gran rio Duero, que viene para se meter en la mar casi diez leguas adelante de la boca deste rio Voga, donde fué su llegada diez años acabados despues que pasáron á Tajo, quando se cumpliéron docientos y noventa y ocho ántes de la Natividad de Nuestro Señor Jesu-Christo.
14 Las nieves y lluvias comenzáron en estos dias mucho grandes, y con ser la region algo mas fria que ninguna de las pasadas, y los dias en el corazon del invierno, detuviéronse por allí largo tiempo, cansa-
15 dos y fatigados de tanto camino. Sucedió tras esto,

que

que considerando ser aquel rio Duero la raya postrera de la Lusitania, region tan famosa entre las principales de España, la qual ellos habian atravesado toda casi, triunfando como vencedores de la tierra, dexando por ella y en sus poblaciones lo mejor de sus parientes, y haciendas, y ganados, deseaban estos fenecer tambien allí su jornada, sin pasar el agua del rio, pues parecia que si la pasaban comenzaban otra nueva peregrinacion en tierras y mundo diverso. Y así determinadamente lo hicieran, si los Capitanes 16
y cabezas de sus linages, en que se hallaban divididos, no tuvieran contrario parecer, señaladamente aquel Capitan que desde los principios quando salièron del Andalucía fué Gobernador general sobre todas las parentelas y compañías, el qual entendiendo que quanto mas allí se detuviesen, tanto les creceria mas esta voluntad, en especial si gustasen una vez de los bienes que trae la quietud y reposo, comenzó de los ocupar y negociar en cortar maderas, y hacer barcas para la pasada del rio, que va por allí hondo, bravo y poderoso; pero no pudo ser la pasada tan fácil, que mucha parte de los Turdulos Andaluces no la contradixesen, apartándose de los otros con sus hijos y ganados, puestos todos en armas para resistir qualquier fuerza que les quisiesen acometer. Y así continuando su rebeldía, quedáron allí la- 17
brando moradas entre la ribera de Voga y de Duero, donde permaneció mucho tiempo su generacion. Por esta causa los Cosmógraphos pasados, para dar 18
á sentir que los tales Turdulos eran del mesmo linage que los otros antiguos del Andalucía, llamaban tambien á estos Turdulos viejos, como lo llamaban á los otros: de manera, que con ellos quedaba ya derramada la casta de los Turdulos Andaluces en tres regiones notables de España: los unos dentro del Andalucía, donde fué su primera naturaleza: los segundos

dos y terceros en los dos cabos finales de la Lusitania, parte dellos sobre la ribera de Guadiana, como lo diximos en los treinta y cinco capítulos pasados, y parte dellos contra los lados del Septentrion, co-
19 marcanos á la boca del rio Duero. Con estos y con los lugares nuevos de sus compañeros, y con la vecindad vieja que primero tuvo la Lusitania juntamente con los otros Vetones Orientales, de quien hablamos en el décimo capítulo del segundo libro, se fué derramando la gente por ella con tal acrecentamiento, que despues en breves años la tuviéron poblada casi toda.

CAPITULO XXXVII.

Como fué poblada la ciudad del Porto por los Galos Celticos, que pasáron el rio Duero contra las tierras de Galicia, donde tambien, continuando su viage, fundáron á Braga y á Guimaraes, con otros lugares antiguos, de quien las Corónicas hacen señalada mencion.

1 Luego que los Galos Célticos, y los otros Andaluces restantes de su compañía tuviéron labradas algunas barcas, comenzáron á pasar el rio Duero con tanta seguridad y bonanza del tiempo y del agua, que los mas dellos traxéron de cabestro, y atadas á las popas quantas bestias mayores tenian, y muchos otros lo pasáron á nado sobre sus caballos, y los que no tenian estos aparejos en vayones ó henachos de juncos, otros en odres llenos de viento, despues de los quales viniéron á nado los ganados crecidos sin perecer una sola
2 cabeza dellos. Y cierto seria cosa de mirar quando se considerase tanta multitud de bestiame, lanzado por tan gran anchura de rio, con los hombres y dueños dél repartidos á los lados sobre sus caballos, guiándolos y llevándolos recogidos para que no se les anegasen, ó re-

rezagasen ó perdiesen. No sé yo si los ganados menores de cabras y ovejas vendrian en barcas, pues los autores á quien sigo no lo declaran: pero de conjeturar es, que pocos á pocos los traerian, pues era la riqueza que mas estimaban. Puestos aquí señaláron corredores á pie y á caballo para descubrir aquella provincia, la qual halláron muy áspera de peñas y de malezas, y llena de gentes en toda parte que sufrian poblacion. Los moradores parecian Griegos en la lengua, y en el trage y en las armas, y en algunas costumbres de su vivir: y á la verdad Griegos fuéron los mas de sus progenitores, como ya lo vimos en los quarenta y uno y quarenta y dos capítulos del primer libro, sino que con haber tanto tiempo durado fuera de la conversacion de las otras naciones, estaban trocados en muchas cosas de sus personas tan ásperas y desabridas, como las pizarras entre quien vivian: porque no solamente los animales brutos participan y semejan á la calidad de la tierra donde crian, sino tambien los hombres humanos, que por la mayor parte son mas bien condicionados y razonables, quanto son de mejor natural y de mejores ayres las regiones en que nacen y se conservan. Descubierto y calado gran pedazo de la comarca por quantos traveses y veredas fué posible, los Galos y sus compañías comenzáron á trabar amistades y conocimientos con los naturales della, primero que moviesen de sobre la ribera de Duero: porque segun las armas y la condicion que sintiéron en ellos, pareció convenir así para caminar adelante sin peligro. Entretanto que lo procuraban cimentáron un pueblo sobre la mano derecha, junto con el agua de este rio Duero poco mas de una legua encima de su boca, fortaleciéndolo muy de propósito con muros y gentes para lo tener allí como puerto y reparo contra los Griegos comarcanos, donde pudiesen venir y salir á toda parte. Bien lo quisieran ellos fundar en la boca del mesmo rio,

3 4 5 6 7 8

rio, si lo sufriera su dispusicion, pero como venga por allí demasiadamente crecido, recíbelo la mar entre pizarras y peñas tan juntas unas con otras, que los navíos corren peligro quando pasan entre ellas, y no saben si son muchos, por esta causa restañan las aguas
9 en la parte de dentro con grandes horduras. Y en aquel restaño fué puesta la ciudad, para que quando llegasen por el agua arriba, viniesen á tan buen puerto y tan se-
10 guro, quanto les eran trabajosas las entradas. No sabemos al presente si los fundadores le pusiéron algun apellido de nombre particular, como solian hacer en las otras villas que dexaban atras edificadas en la Lusitania: pero sabemos cierto que las gentes Españolas la llamáron despues el puerto Galo, por ser todos Galos Celtas quantos moráron y quedáron en él, y así tambien la llaman, y de tal se nombran sus Obispos antiguos en las firmas de los Concilios Toledanos, que se juntáron en el tiempo de los Godos: la qual poblacion dura hasta nuestro tiempo, dicha comunmente la ciudad de Porto, por cuyo respecto los señores Christianos, que despues muchos años adelante la poseyéron, fuéron primero nombrados Condes del Porto Galo, despues tomáron título de Duques, y despues de Reyes feudatarios á los Reyes de Leon: pero tales y tan valerosos, que desde allí conquistáron muchas ciudades y villas en España, que los Alárabes y Moros, enemigos de nuestra santa fe, tenian usurpadas, y las pobláron de sus Christianos. Y por ser este Portogalo ca-
11 beza, como dixe, de su dignidad, fuéron desde allí dichos Portogaleses todos los vecinos della y de las otras que mas conquistáron, á quien agora, corrupto su vocablo, llamamos Portogueses, y la tierra donde moran Portogal, segun que mas particularizadamente lo tra-
12 taremos en la tercera parte desta gran historia. Concluida la fundacion desta ciudad, lo mas de la gente movió con sus Capitanes y fardages, siendo ya pasados

al-

algunos meses del año, que se contáron docientos y noventa y seis ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, caminando mucho mas en órden, y mas apercebidos que solian, y tambien mucho mas seguros de lo que creyéron al principio: porque los moradores de la tierra los recebian y hospedaban amorosamente, y les proveian de qualesquier cosas que traxesen falta, sin estorbarles la pasada, ni contradecir los asientos y moradas que parte de los Galos tomáron entre ellos, no mostrando tanta rusticidad en las condiciones, quanto parecian en sus viages. Algunas personas de este nues- 13
tro tiempo sabias y leidas, y de buena consideracion, publican y tienen creido, que tambien por haberse llamado los tales Galos, y sus progenitores comunmente Bracatos, dado que tenian otros apellidos particulares en sus linages, como lo declaramos en el tercero capítulo del segundo libro, que por esta razon fué llamada Bracata ó Bracara, otra nueva ciudad que dexáron esta vez en aquella region, ocho leguas adelante del Porto contra la parte del Septentrion, casi tambien ocho leguas apartada de la mar, la qual decimos agora Braga, pueblo principal entre los Portogueses. Y cierta- 14
mente confesara yo lo que dicen estos, pues la conjetura parece buena, si tuviesemos algun Escritor antiguo de suficiente crédito que lo certificase, ó letreros ó memorias de piedras auténticas donde tal se hallase. Lo mesmo se debe tener en la fundacion de Araduca, 15
que certifican estos haber sido la que laman agora Guimaraes, situada tres leguas ante de Braga, y siete leguas despues del Porto, sobre la vuelta del Oriente Septentrional: cuyos moradores y comarcanos, con todos quantos en aquellas partes viviéron, así Galos recien venidos, como Griegos antiguos, vecinos de la tierra, fuéron llamados otro tiempo Bracaros, por ser Braga lo mejor y mas principal de sus poblaciones, y muchos años adelante, quando los Romanos la poseyéron,

fué lugar de Chancillería, que llaman ellos Convento, donde convenian y se llegaban todas las gentes de sus derredores á recebir justicia de los pleytos y diferencias que tuviesen, como tambien lo dirémos adelante, mas largamente quando llegare la Corónica por el discurso de sus tiempos á contar la sazon y los dias en que le diéron esta dignidad.

CAPITULO XXXVIII.

De la mala division y discordia que tuviéron los Turdulos Andaluces con los Galos Célticos, sus compañeros, cerca del rio Lima, llamado Letes entre los antiguos, y de las poblaciones que los unos y los otros dexáron hechas en aquella tierra de Galicia.

1 Pasados algunos años despues que las compañías moviéron en su conserva de sobre las riberas de Duero, llegáron diez leguas mas adelante hasta la boca del rio que dicen agora Lima, dexando continamente repartida su gente por lugares y sitios en que hallaban buena disposicion para morar, señaladamente quedáron por allí con la gente de la tierra los dos linages dellos, de quien hablamos en el segundo capítulo del segundo
2 libro, llamado Presamarcos y Cylenos. Y luego, como los otros restantes vadeáron las aguas de Lima, sospechan las personas ya dichas en el capítulo pasado, que poblâron la villa que nombramos agora Viana, sobre la ribera de su mano derecha, junto con la costa del mar: y parece que le debiéron dar tal apellido por causa de Viena, ciudad antigua de Francia, que dura hasta nuestros tiempos en la ribera del rio Rodano, tan principal en aquella provincia donde fuéron los Galos Bracatos, progenitores destos, que por su respeto se llamaba la Galia Vienense, juntamente con el sobrenombre

bre de Bracata, y así dicen estos, que los hiciéron aquellos para tener acá tambien otra Viana con que renovasen en España la memoria del pueblo, que muchas veces oirian alabar á sus ancianos, pues fué siempre cosa muy usada quando qualesquier gentes hacen poblaciones en tierra nueva, ponerles apellidos semejantes á los lugares donde son ellos naturales, ó lo fuéron sus antepasados, como ya diximos otras veces haberlo hecho los Galos y Griegos en España, y en Italia y en Sicilia, y en las otras regiones donde pasáron. Lo mesmo hiciéron los Africanos y Fenices, y tambien nuestros Españoles antiguos en diversas partes del mundo que poblâron, como ya queda bien claro por los capítulos y libros pasados: y no ménos agora hacen otro semejante los Españoles presentes entre las naciones de las Indias, que contino sojuzgan con maravillosos acometimientos y victorias. Mas yo, para decir verdad, en esta nueva fundacion fué Viana hecha, segun dicen, por aquellos Galos, ni tengo libro fidedigno que tal escriba, ni me desagrada la sospecha de los que lo certifican, y así la dexamos al presente, sin afirmarla, ni contradecirla, para que los lectores prudentes juzguen y tomen dello lo que mejor les pareciere. Llegados, como dixe, los Galos al rio Lima, siendo ya puestos en el otro cabo del agua con alguna sobra de los Andaluces Turdulos que los seguian, no pasó mucho tiempo que todos ellos se comenzáron á desavenir unos con otros: y procedió la cosa tan desordenada, que los moradores desta region, si les pesara con su venida, tuvieran aparejo bastante para los destruir absolutamente. Juliano Luca Diácono dice, que despues de muchos recuentros y qüestiones particulares, viniéron los Galos á batalla campal, en que fué muerto su Capitan mayor, el que ya diximos haber todos escogido por cabeza general á quien obedeciesen quando principiáron esta jornada: la qual batalla bien mirado no se pue-

3 4 5 6

puede colegir de los otros Autores que desto hablan, ni otro hecho, sino que la discordia fué mucho dañosa, y ésta durante, ser muerto su Capitan principal, no declarando la manera de la muerte, si fué
7 por enfermedad ó por armas. Estrabon parece sentir haber fallecido pasadas ya las qüestiones; pero concordan todos en que con su muerte jamas hubo camino para tornar á se reducir en la liga que primero traian: de manera, que fuéron todos derramados por aquellas tierras, cada qual á su parte, sin haber acuerdo ni memoria de la amistad y confederacion que juráron en los sacrificios hechos sobre las riberas de Guadiana, quando principiáron esta jornada, ni de la buena concordia que siempre traxéron, hasta pasar el
8 rio de Lima. Donde resuelto que por aquel descuido tan malo de todas estas gentes recien venidas, los Griegos moradores de aquella provincia le comenzáron á llamar el rio Letes, que quiere decir en su len-
9 gua Griega, rio del olvido y desacuerdo. Siguióse mas, que las gentes comarcanas, y todos los otros Españoles quantos dél tuviéron noticia, rehusaban despues desto muchos tiempos adelante de tocar en sus aguas, creyendo ser de tal propiedad, que si lo hiciesen, perderian la memoria de sí mesmos y de sus provechos, con olvido perpetuo de quanto les cumpliese, como tambien havian hecho los Galos ya dichos quan-
10 do lo pasáron. La qual supersticion duró por allí casi todos los años de la gentilidad, hasta que sus naturales y vecinos recibiéron nuestra santa Fe Católica, que
11 deshizo todas aquellas opiniones vanas. Desta suerte quedáron dos rios diversos en diversas regiones de España, llamados ambos deste nombre Letes, dado que por causas discrepantes, el uno fué Guadelete dentro del Andalucía, como lo pusimos en los treinta y siete capítulos del segundo libro, y el otro Letes, aquel de quien tratamos aquí, llamado Belon, ántes que los Ga-

los

los allí viniesen, ó segun algunos le decian Eminio.
Halló tambien en Estrabon haberse dicho Esemea, pues- 12
to que los mejores y mas emendados de sus libros no
tengan tal vocablo. Muchas otras personas le decian Li- 13
ma, como lo nombramos agora, por nacer en un
pedazo de tierra dentro desta comarca llamada la Li-
mia, que se principia desde cierta poblacion, á quien
decimos Villa de Rey, hasta otra nombrada Ginzo: lu-
gares ambos ni grandes ni populosos, pero bien co-
nocidos en el medio camino que viene desde Monte
Rey á la ciudad de Orense, y allí se tiende la comarca
de Limia, dos ó tres leguas en derredor destos lugares,
á cada lado tan llena de vegas húmedas, encharcadas en
agua por toda parte, que los meses del invierno casi no
se pueden tratar ni caminar: donde parece que le vino
la nombradía de Limia, que tiene y siempre tuvo, pues
era poblada de Griegos, y estos llamaban Limnas en su
lenguage los tremadales y lodazales semejantes, y Li-
mo tambien dicen al lodo los Latinos, que despues
la poseyéron, como lo verémos en los libros venide-
ros. Destas humedades salen y rebolsan las aguas del 14
rio Lima por diversos manantios, y vienen discurrien-
do desde Levante sobre la vuelta del Poniente Meri-
dional, apartadas casi por derecho del rio Miño, que
fué siempre mayor y mas principal en todas aquellas
tierras: y así, pasando ménos de veinte leguas en su
corriente, llega por Araujo, y despues á poco trecho
se mete por los señoríos de Portogal, junto con otra
villa nombrada Ponte de Lima, que certifican algunos
buenos Cosmógraphos, ser la que decian los antiguos
Foro Limico, sino discrepase su postura del sitio que
le pone Ptolomeo, por culpa, segun afirman, de sus
escribientes, de quien tantas veces en este caso nos
quejamos. Aquí tienen las aguas deste rio una muy
hermosa puente de piedra sobre sí tres leguas ántes 15
que se meta en el gran mar Océano, junto con la
vi-

villa de Viana, cuya fundacion apuntamos en el principio deste capítulo.

CAPITULO XXXIX.

Como los Galos recien venidos á Galicia, se mezcláron con los Griegos moradores antiguos en aquella tierra, donde todos ellos así juntos poseyéron esta region, divididos por linages particulares diversos en apellido, los quales generalmente por haber nacido de la tal mezcla de Galos y Griegos, fuéron primeramente llamados Galo Griegos, y despues Gallegos.

1 Toda la gente de los Galos sobredichos, habiendo fenecido los trabajos de su discordia, se metiéron por aquella region, divididos en sus parentelas y linages antiguos, con tal extrañeza y olvido los unos de los otros, como si nunca se conocieran ni trataran. 2 Mucha parte dellos pasó las aguas del rio Miño, cuya boca y entrada por la mar, se hace tres leguas adelante de la de Lima contra Septentrion: pero mucho mayor y mas tendida, tanto que tiene por allí dos leguas en ancho, y en lo postrero de su ribera Meridional tiene tambien la villa de Camiña, y quatro leguas adelante hallamos la villa de Vayona sobre 3 la mesma ribera de mar. Deste nombre semejante dura tambien hoy dia la ciudad de Vayona en la tierra de Francia, donde moráron parte de los Galos antiguos, parientes destos otros Españoles que tratamos agora: por donde parece, que cotejando los apellidos ya dichos en el capítulo pasado de la Viana de acá con la Viana de allá, y el desta nuestra Vayona con la Vayona de Francia, que se responden los unos nombres á los otros, para sentir en general que sus po- 4 bladores fuéron todos una generacion y casta. Si tuvié-

viesemos al presente libros auténticos que nos declarasen las particularidades de sus fundaciones, por aquellas fronteras de Camiña y de Vayona, parece que debió caminar la parentela de los Galos, que llamaban Nerias ó Neritas, de quien ya hablamos en el tercero capítulo del segundo libro: los quales traxéron su viage muy llegado quanto fué posible sobre la marina, donde quisieran hacer asiento, si pocas leguas adelante no hallaran un gran trecho della poblado y ocupado de la generacion y casta de ciertos Griegos antiguos, llamados Arotrebas: el qual vocablo, segun algunos afirman, queria decir en aquella su lengua Griega exercitadores ó trabajadores en las obras del Dios Marte, que los Gentiles creian ser el Dios de las batallas, porque Ares llamaban ellos á este Dios Marte, y Tribin significaba solicitar ó negociar: de manera que de Ares y de Tribin compusiéron el nombre de los Arotrebas, dando á sentir la costumbre y el exercicio contino que tenian en las armas. Y ciertamente fuéron siempre gente mucho guerrera y feroz con los bandos y qüestiones que tenian entre sí, como las tienen hasta el dia de hoy. No faltan aquí tambien autores que certifiquen estos Arotrebas ya declarados ser algo mas nuevos en aquella region, y que viniéron con los Galos Célticos en esta jornada: mas dicen haber sido cierto linage dellos mesmos, que se detuvo por allí quando todos ocupáron esta vez aquella tierra: pero muchos otros buenos escritores nuestros los hacen mas antiguos y de casta Griega, conforme á la significacion Griega que tenia su vocablo. Y así certifican, que quando los Galos Neritas allí viniéron, entre toda la brabeza de los Arotrebas hallaron señales de clemencia con mezcla de buenos comedimientos, como los tienen casi siempre los que verdaderamente son varones esforzados: y que fuéron recebidos de los Arotrebas piadosamente, doliéndose de verlos venir tan heridos,

5 6 7

y tan tristes, y tan mal tratados desde la qüestion que
8 tuviéron en el rio Lima. Particularmente sintiéron esta piedad despues que tocáron en el seno de mar, donde son agora las villas de Pontevedra y el Padron, Cambados, Rianjo y Muros: en la qual ribera moraban los verdaderos Arotrebas, que tomáron entre sí todos quantos Galos allí quisiéron parar: puesto que lo principal dellos caminó mas adelante hasta la punta de Finis terra, donde fenecia la costa del di-
6 cho seno. Y allí reposáron todos ellos, haciendo moradas nuevas en sus contornos y derredores, por las hallar mas desocupadas que las otras riberas pasadas,
10 y con ménos Griegos que los embarazasen. Bien es verdad, que pasada la punta sobredicha halláron aspérezas y dificultad en unos hombres que moraban allí junto, llamados Lygoros, contenidos entre la mesma nacion de los Arotrebas, ó tan mezclados con ellos,
11 que se reputaban todos por una gente. Poseian valles y recuestos cerca de la marina, llenos de matas y de montaña baxa, harto mas espesa que ninguna de su comarca: por la qual razon tenian el nombre de Lygores entre los otros Griegos, porque Lygos llamaban ellos á las tales matas espesas, quando son de vergas y ramos apropiados para se torcer y doblar, en que puedan hacer ataduras, ó texer cestas, y canastas, y vasijas, quales eran aquellas de los Lygores ya
12 dichos. Estos Galos Nerias ó Neritas recien venidos diéron ocasion á que la punta de Finis terra fuese llamada comunmente los tiempos antiguos el Promontorio Nerion, siendo su nombre primero Yerna, por causa de los Yernos Españoles que los primeros tiempos moráron cerca della, segun ya lo diximos en el
13 octavo capítulo deste tercero libro. Tambien algunos Cosmógraphos le llaman el Promontorio de los Arotrebas, porque (como dixe) se nombraban así los otros que poseyéron parte desta tierra muchos años ántes

que

que los Galos allí viniesen. Mas como despues andando los tiempos las gentes comarcanas corrompiesen el vocablo de los Arotrebas, y les llamasen Artabros, dixéron tambien á la tal punta el Promontorio de los Artabros: otros le llaman el cabo Céltico, por ser una mesma cosa la nombradía de los Galos y de los Celtas entre los Cosmógraphos y Coronistas pasados. Y desto procede muchas veces, que por tener aquella punta los tales quatro nombres diferentes en los libros Latinos y Griegos, creen los poco pláticos en Cosmographia ser tres cabos ó puntas de tierra discrepantes, lo que á la verdad es una sola. Casi la mesma confusion aconteció por otra compañía destos Galos que primero se quedáron con los Griegos, moradores entre los dos rios de Lima y de Miño: los quales en llegando por allí tuviéron inclinacion al adornamiento desta su provincia, plantando por ella muchos árboles silvestres donde no los habia: si sobraban en algunas partes, entresacábanlos, y chapodábanlos de la madera superflua, para les dar mejor órden y mas buena facion. Sembraban eso mesmo yerbas y simientes para sus mantenimientos y deleytes en lugares que hallaban aparejo, con que la comarca pareció poco despues mucho mas lucida y mas compuesta que ninguna de sus vecinas. Y por esta razon todos aquellos Griegos entre quien vivian, los comenzáron á nombrar Ceporos, que quiere decir Hortolanos en su lengua comun. Y como los exercicios desta grangería fuesen de grandes provechos, mucho dulces y de virtuoso pasatiempo, quisiéron los Griegos imitarlos en hacer otro tanto, con tal aficion y cuidado, que despues todos juntos á la revuelta tuviéron aquel nombre de Ceporos, y fuéron reputados por una mesma gente, siendo naciones diversas, los unos Galos, y los otros Griegos: puesto que pasados pocos años viniéron á tal conformidad, que mez-

14 15 16 17 18 19

cláron sus trages, y su lengua, y sus costumbres de vivir, en tal manera, que se pudo muy bien decir
20 ser todos una cosa. La region destos Ceporos tanteada por las medidas deste nuestro tiempo, tenia poco mas de diez y ocho leguas en largo hasta la mar Occidental, en que fenecia en ancho solas tres leguas por lo mas angosto, y quasi quatro por lo mas ancho, que son las distancias en que los dos rios de Miño y de Lima llevan sus corrientes apartadas: dentro de las quales, como dixe, se contenian estos pueblos Ce-
21 poros. En el principio dellos, contra la parte del Oriente Septentrional, caia la region que llaman agora Limia, de quien hablamos en el capítulo pasado, con el nacimiento de su rio: dado que Estrabon diga manar y nacer sus aguas en otros pueblos Españoles nom-
22 brados antiguamente Vaceos. Pero verdaderamente fué mal informado, porque (segun presto verémos) los tales Vaceos caen muy apartados desta provincia, metidos en la tierra que decimos agora de Campos, tomándola casi toda dentro de sí, con otro gran trecho mas adelante, hasta la montaña, que viene por Sego-
23 bia y por Avila. Y así los Ceporos, Galos y Griegos perseveráron en la vivienda desta provincia, contenida dentro destos dos rios sobredichos, mejorándola y ador-
24 nándola quanto mas en ella duráron. Todas las otras compañías caminároń sobre la mano derecha contra las tierras de Levante, cada qual á su parte: y allí se detuviéron algunos dias entre muchos otros Griegos que tambien poseian estas comarcas, recibiendo dellos tanta caridad y buen hospedage, quanto los otros sus compañeros habian recebido de los Arotrebas Occidentales; porque siempre la gente Griega donde quiera que moró tuvo por cosa muy santificada cerca de sus Dioses, el buen recebimiento de los huéspedes y peregrinos ca-
25 da vez que les venian. Juntados estos Galos con aquellos Griegos en todas las tierras y regiones sobredichas,

co-

comenzáron sus tratos y buenos conocimientos: y tras esto sucediéron luego casamientos entre los hijos y las hijas de los unos con los de los otros. Y toda la gente 26
que despues nació dellos, así por esta region de quien al presente hablamos, como por las otras partes ya dichas, desde las aguas de Duero hasta la marina Septentrional de España, que viene por aquel derecho, fuéron llamados Galogrecos, por haber procedido de la mezcla destos Galos y de los Griegos; y despues corrompiendo el vocablo, como siempre se hace, vino tiempo que les dixéron Galecos, y su tierra Galecia, en lugar de Galogrecia: los Latinos algunas veces mudándolo mucho mas, le suelen decir Calaycos, dado que comunmente los nombren Galecos, y nosotros agora les decimos Gallegos, y su tierra Galicia. Cuya gene- 27
racion tuvo despues muy grandes acrecentamientos, con que penetró mas adelante por otras provincias de España, poblando diversas comarcas en aquel derecho Septentrional, que fuéron antiguamente contenidas dentro del nombre de Galicia, como presto lo contarémos en los capítulos venideros deste libro. Agora los Reyes Por- 28
togueses, por guerras y diferencias que sus antecesores tuviéron en el tiempo pasado con los Reyes de Leon, ocupan cerca del rio Duero la comarca llamada de Tras los montes, que ya declaramos en el quinto capítulo del segundo libro: y junto con ésta, poco mas al Occidente, la tierra que dicen Entre Duero y Miño, que verdaderamente pertenecen ambas á la particion moderna y antigua de Galicia; como tambien los Reyes de Leon tienen usurpado despues de las mesmas guerras otras tierras, y lugares, y dehesas pertenecientes á la jurisdiccion de Portogal. Pero de todos estos hechos ade- 29
lante darémos cuenta muy larga quando llegaremos á la tercera parte desta gran obra, por los años y dias en que cada cosa dello sucedia.

CA-

CAPITULO XL.

De la jornada que cierto linage de los Gallegos nombrados Astyros, hiciéron fuera de su provincia: los quales pobláron la tierra, que por su causa llamamos Asturias, cuya cabeza fué la Ciudad que decimos Astorga. Dase tambien cuenta de cosas que los Cartagineses y los Marsellanos hiciéron aquellos mesmos dias en alguna parte de España.

1 Ya en esta sazon era llegado el año de docientos y ochenta y seis, ántes que Nuestro Señor Jesu-Christo naciese; dentro del qual, y en otros pocos años adelante, los Galos arriba dichos, y los Griegos Españoles, entre quien moraban, parece que tuviéron alguna quietud, ó cierto ménos bullicio que solian, en aquellas tierras y derramamientos de Galicia: lo qual no tuviéron otras gentes advenedizas, de las que negociaban en España, particularmente los Cartagineses Africanos, que por estos dias enviáron nuevas guarniciones á los puertos de mar que poseian en el Andalucía, para que los conservasen y defendiesen de los Españoles sus enemigos, revelados contra ellos en sus fronteras y comarcas, reparando los muros, y fortaleciéndolos con fosas y va-
2 llados en quantas partes hubo necesidad. En todo lo demas sobreseyéron hasta fenecer la conquista de Sicilia, donde traian al presente pujantes exércitos, y ganaban cada dia lugares y villas, con gran acrecentamiento de
3 su potencia. Item, renováron las confederaciones antiguas con la nacion de los Andaluces Turdetanos: y con el favor dellos cobráron algunos mineros y torres, y tambien algunos pueblos de los que primero tenian per-
4 didos en aquella comarca. Los Marsellanos eso mesmo visitáron segunda vez á sus naturales y parientes en la villa de Empurias: y venidos poco despues á la ciudad de

de Monvedre, para hacer allí su visitacion y buen comedimiento, pasáron á Denia, donde pusiéron atavíos y joyas vistosas y ricas en el templo de la Diosa Diana. Desta calidad fuéron casi todos los hechos tocantes á los extrangeros, que por aquellos tiempos (como dixe) negociaban en España con los pueblos moradores sobre la ribera de nuestro mar Mediterráneo: porque de los otros Españoles dentro de la tierra, ni sabemos qué les aconteciese, ni creo yo que tuviéron entre sí personas tan avisadas, que notasen lo que por ellos pasaba, segun eran esquivos y brabos los unos contra los otros. Solamente podemos conjeturar de lo señalado por nuestros Historiadores, que gastados algunos dias en aquello, siendo ya cerca del año que se contáron docientos y setenta y nueve ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, que fué justamente quince años despues de la discordia que los Galos tuviéron entre sí cerca de las aguas del rio Lima, quando se dividiéron los unos de los otros, una compañía dellos, nombrada los Astyros, no pudiéron reposar con los Griegos, como quiera que ya tuviesen con ellos trabado parentesco, segun lo tenian los otros linages de quien primero hablamos. Y tomando sus alhajas, armas, ganados, hijos y mugeres, con alguna cantidad de Griegos baldíos que se les llegaban, moviéron contra las partes Orientales de la tierra: y atravesados los montes que se desgajan de la Serranía, donde son agora los puertos del Rabañal y la cumbre de Sospacio, cuyas lomeras y cerros vienen á parar en las aguas de Duero, como ya lo declaramos en el quinto capítulo del segundo libro: comenzáron á represar en la falda desta montaña, recogiendo como mejor podian algunas personas silvestres que hallaban derramados en cuevas y chozas por la tierra: con los quales fundáron moradas en sitios que pudiesen vivir. Pero mas principalmente hiciéron una poblacion, que fué cabeza dellos, y de las otras que por tiem-

tiempo se multiplicáron entre la nacion destos Astyros, la qual nombráron Astyrica; cuyo vocablo vino despues á se mudar algun poco, y la llamáron Asturica, y agora muy mas corruptamente le decimos Astorga, segun que tambien corrompiéron el apellido de los mesmos Astyros sus fundadores, y de toda quanta gente dellos procedió, que poco despues los llamáron Astures, y agora los decimos Asturianos; puesto que los Asturianos de nuestro siglo no tienen tanta tierra como po-
9 seyéron los Astures antiguos. Cuyas gentes hubo tiempo que se multiplicáron y cundiéron contra la parte de Medio-dia hasta la ribera del rio Duero, donde confinaban con un pedazo de las gentes Lusitanas, que se decian Vetones: y contra la parte de Septentrion ocupáron hasta la marina del Océano Septentrional, poblando las fraguras de montañas entre medias, que se hacen por aquella tierra mas dificiles y terribles que nin-
10 gunas otras en España. Solos estos Astures Septentrionales son agora los que conservan y retienen el nombre de Asturianos, que (segun parece por algunos Cosmógraphos) fuéron confines á ciertos Españoles antiguos, llamados Syloros, de quien adelante tratarémos algunos acontecimientos notables en el tercero capítu-
11 lo del quarto libro. Y pues hallamos esta relacion tan substancial y tan concertada del principio de los Asturianos en las Corónicas de los dos Julianos, Pomerio y Diácono, con casi lo mesmo que dellos escribe Juan Gil de Zamora, claro parece ser cosa fingida lo de Sylio Itálico, quando dice que procediéron de Astur, varon Troyano, que vino en España, criado y page de las armas de Menon, el hijo de la mañana, que por otro
12 nombre llamamos el Alva. Mas dexada la tal vanidad, y tornados á nuestro primer intento, declaran los Cosmógraphos, que toda quanta tierra poseyéron estos Astures Galos, y los Griegos que consigo traian, se contó los tiempos antiguos entre las provincias de Galicia,

co-

como tambien se contáron en ella muchas otras naciones mayores de tierra mas adelante, de quien presto haremos relacion en los capítulos siguientes.

CAPITULO XLI.

Como gran multitud de Gallegos salió nuevamente de su region mezclados en diversos linages, y se derramáron por la tierra que poseian en aquel tiempo los Españoles nombrados Vaceos. Declárase toda la comarca donde paráron, y los mojones ó linderos antiguos que solia tener aquella tierra de los Vaceos.

Cumplidos casi tres años enteros despues que los 1
Asturianos se metiéron en aquella region, como la fama de su buen asiento llegase á los otros Galos y Griegos de Galicia sus parientes, que dexaban atras, hubo personas dellos que les tomó codicia de comenzar otra semejante mudanza. Y así juntos en alguna cantidad, y 2
hechos una mezcla de diversas parentelas con muchos Griegos naturales de la tierra, que tambien quisiéron ser en esta segunda liga, viniéron el mesmo camino de los Asturianos: y pasando por ellos sin les perjudicar, á poco trecho tocáron en el rio de Ezla, que comunmente las Corónicas Españolas escritas en Latin suelen llamar Estola: cuyas fuentes y manantíos nacen por las faldas y vertientes de la gran montaña que muchas veces hemos dicho desmembrarse de los montes Pyreneos, cerca de Roncesvalles, y fenecer en Galicia. Des- 3
de allí trae el tal Ezla su corriente guiada y derecha contra la parte de Medio-dia, pasando por villas y pueblos asaz conocidos en el Reyno de Leon, como son Mansilla, Valencia de Don Juan, y otros algunos desta calidad, hasta que se junta con Duero, quatro leguas abaxo de la Ciudad de Zamora. Luego como los 4
Galos y Griegos pasáron estas aguas, entráron la pro-

vincia de ciertos Españoles nombrados Vaceos, nacion principal, y de la tierra muy espaciosa, tanto que sus aledaños, ó linderos, ó mojones, fuéron antiguamente por la parte occidental este rio sobredicho, que los dividia de los Asturianos antiguos, hasta su mezcla con Duero: desde la qual se principiaba un esconce pequeño, que duraba quince leguas de trecho por las aguas del mesmo Duero arriba, pasando por la ciudad de Zamora y por la de Toro, hasta llegar frontero del arroyo de los Hevanes, que corre desde Medio-dia contra Septentrion: y tambien allí se junta con Duero despues, y van los mojones por aquel arroyo adelante, y por los confines y divisiones de los Obispados de Salamanca y Avila, segun las dexamos rayadas en el tercero capítulo del primer libro, hasta dar en Bonilla que dicen de la Sierra, por estar en una parte de las montañas y sierras, que tambien dexamos aclaradas en el
5 quinto capítulo del segundo libro. Esta raya sobredicha dividia por allí los Españoles Vaceos de los Españoles Lusitanos, llamados Vetones, como tambien agora divide los Reynos y juridiccion de Castilla, de la juridic-
6 cion y reyno de Leon. Desde Bonilla tornaban sus linderos junto con las faldas destos montes, guiados por Villatoro, que cae dos leguas mas Oriental que Boni-
7 lla. Pasaban siete leguas mas adelante hasta dar en Avila, y mas otras cinco despues á Villacastin, y seis á
8 Segovia. De tal suerte, que las mesmas cumbres, y puertos, y sierras deste trecho los apartaban de otra nacion Española mucho grande, que llamaban Carpentanos, donde caen agora todas las tierras del Reyno de
9 Toledo y algo mas. Luego como los mojones de los Vaceos llegaban á Segovia, revolvian contra Septentrion, y daban en Babilafuente, que cae seis leguas de
10 Segovia. Despues otras seis en Sagrameña, y quatro leguas mas adelante cruzaban con el rio Duero junto con Roa, tomándola dentro de sí; desde la qual pa-

sa-

saban á Lerma, que viene siete leguas encima, despues otras siete daban en la parte donde hallamos agora la ciudad de Burgos, y muy poco trecho mas arriba topaban en montes de Oca, por los quales montes, y por sus faldas ó vertientes, venian á se juntar los pueblos Vaceos con las montañas que pasan sobre Castro Xeriz, y Carrion, y Sahagun, hasta las fuentes del rio Ezla, que son algo mas de veinte leguas en largo, donde comenzamos la declaracion y circuito destos Vaceos. Así quedaban dentro dellos todas las 11
villas, y lugares, y ciudades ya dichas en sus mojones, y mas la ciudad de Zamora, que los antiguos llamaban Sentica, y la de Toro, que decian Sarabis, y Valladolid, nombrada Pincia, y la de Palencia, que siempre tuvo su nombradía, con toda la provincia que los Españoles modernos llamáron tierra de Campos, segun adelante la rayarémos en la tercera parte desta gran historia. Todas estas poblaciones pertenecian á la 12
region Septentrional de los Vaceos, entre las montañas de Castilla y las aguas del rio Duero, como tambien por el otro lado desde Duero contra Medio-dia les podemos señalar asaz muchos lugares principales y notables, quales son Medina del Campo, Cuellar, Olmedo, Peñafiel, Coca, Madrigal, Cantalapiedra, Hontiveros, Arévalo, Martin Muñoz y todos los pueblos menores sus comarcanos. Y desto podrán bien cono- 13
cer los que fueren diligentes quánta parte del Reyno de Leon caia dentro destos Vaceos antiguos, y quánta del Reyno de Castilla, cotejando las rayas aquí puestas con las de los Reynos sobredichos, que ya dexamos aclaradas en el tercero capítulo del primer libro. Quando los Galos y los Griegos de Galicia llegáron á 14
la region destos Vaceos, derramáronse por ella con intencion de reconocer el estilo de sus costumbres, y la manera que debian tener para se conservar entre ellos. Y despues de todo bien considerado, halláron diverso 15

parecer y voluntad en su recebimiento: porque todos los vecinos desde Duero adelante contra la region de Medio-dia ya declarada, siempre les defendiéron la pasada del rio quantas veces la tentáron, con tal ferocidad y cuidado, que jamas Galo ni Griego pudo que-
16 dar en aquella parte. Lo qual no hiciéron los del otro lado por la vuelta de Septentrion; no porque los deste lado fuesen ménos arriscados ni feroces que los otros, sino por ser aquella partida mas ancha, no tan poblada; y á la verdad esos que la moraban tener algo me-
17 jores costumbres y mas inocencia. Por esta causa fué necesario que los Galos y Griegos nuevamente venidos quedasen allí, sin curar de los otros Vaceos que se les mostraban enemigos: y comenzáron á poblar lugares y moradas en sitios bien convenientes, donde sintiéron que recibirian ménos enojo sus vecinos y comar-
18 canos. Y como quiera que todas sus villas estuviesen esparcidas entre las otras de los Vaceos dentro de sus límites y jurisdiccion, siempre se diferenciáron dellos en lengua, y en trages, y en maneras de vivir; y muchos de los Cosmógraphos pasados atribuyen ó ponen toda su generacion entre las gentes Galogrecas ó Gallegas de España, lo que (como digo) no cuentan á
19 los Vaceos entre quien moraban. Y de tal suerte se multiplicáron por allí, que pocos años despues nadie valió mas en la provincia, ni poseyó mayor señorío, ni tuvo tal autoridad ó reputacion en ella.

CA-

CAPITULO XLII.

Como seis mil Españoles pasáron á Sicilia, cogidos á sueldo nuevamente por la señoría Cartaginesa contra cierto Rey de los Epyrotas, llamado Pyrro, capitan de muy gran valor, al qual, despues de llegados cerca de Sicilia, venciéron sobre mar en una batalla tan grande, que fué casi principio de la perdicion deste Rey Pyrro.

En aquellos mesmos dias que los Gallegos esto comenzáron, dicen nuestros Historiadores haber entrado por España capitanes Cartagineses derramados en algunos puertos de la marina con galeras y navíos, cargados de jaeces y ropas de guerra para todos los Españoles que pudiesen coger á sueldo. Parte destos comenzáron su negocio cerca de los montes Pyreneos, metiéndose por la tierra quanto buenamente bastáron: y discurrian por allí, repartiendo los tales aravíos entre la gente que los queria recebir, para con ellos solicitarlas y moverlas que saliesen á la guerra, con mas otros muy crecidos acostamientos que les ofrecian pagados en las preseas á que sentian ser aficionados, agora fuesen dineros si los querian (puesto que destos halláron pocos), agora con alhajas y cosas nuevas que traian de diversas regiones, ó de las que se labraban en Cartago mucho perfectas. Los otros capitanes acudiéron al Andalucía, donde primeramente confirmáron y fortificáron el amistad vieja con los Turdetanos sus parciales antiguos: y luego tras esto los importunáron por alguna gente de guerra, con que renovasen los exércitos en Africa y en Sicilia, de que publicaban tener necesidad. Lo qual otorgáron los Turdetanos sin mostrar pesadumbre: porque como fuesen pasados muchos años que no tenian diferencias ni competencia de las

1 2 3 4

las naciones extrañas, que solian venir y saltar en sus provincias, y naturalmente fuesen inclinados á las armas, deseaban tanto la guerra, que nadie les pudiera
5 vedar el buen aparejo que Cartago les ofrecia. Recogidos por allí tres mil peones, y ciento y cincuenta de caballo, sacáron tambien los Cartagineses las guarniciones y banderas Africanas que tenian en los puertos del Andalucía, encomendando la guarda dellos á sus moradores ó vecinos Españoles, y con aquellos y con otros dos mil hombres que traxéron los primeros capitanes sus compañeros, pasáron á la isla de Mallorca, donde tomáron setecientos honderos Mallorquines, que se metiéron en los navíos alegres y muy contentos, por ver dentro dellos mugeres Españolas y Africanas, con muchas pipas de vino, de que creian ser pagados en sus gages: y brevemente llegados en Africa los juntáron con otra buena copia de gente que te-
6 nian allí recogida. Fué la razon de todos estos movimientos tan apresurados y tan súpitos un Rey Griego, llamado Pyrro, señor de los Epyrotas, tio del gran Alexandro de Macedonia, ya defunto, primo hermano de su madre, Príncipe de gran estimacion en las armas, muy trabajador, muy animoso, recio, valiente de su persona, sobretodo gran acometedor de
7 cosas dificiles. Este pocos años ántes habia pasado en Italia para favorecer la ciudad de Tarahto con otras gentes Italianas sus allegadas contra los Romanos que la guerreaban: y venido con ellos á las manos, les venció dos batallas campales, en que mató gran mul-
8 titud de contrarios. La primera batalla siendo cónsul y capitan de Romanos, uno llamado Valerio Levino, dentro del año que se contáron docientos y setenta y siete primero que Nuestro Señor Jesu-Christo na-
9 ciese, ó segun otros cuentan un año mas. La segunda el año siguiente, siendo tambien capitanes de Roma otros dos cónsules, nombrados Publio Sulpicio y Publio Decio: las quales dos victorias añadiéron gran re-

reputacion al Rey Pyrro sobre la fama de su valentía, por ser los Romanos en aquel tiempo muy poderosos entre las gentes Italianas, y muy armados y venturosos en todas sus empresas y conquistas, tales, que nadie parecia poderles hacer ventaja. Como la señoría 10
Cartaginesa, despues de muertos Agatocles y sus consortes, continuase la conquista de Sicilia, porfiáron en ella tanto, que ya la poseian casi toda, solamente les resistian los de Siracusa y de Leoncio, con algunos sus aficionados: pero viendo tambien estos, que despues de tanto tiempo ya no bastaban á competir con el poder de Cartago, tratáron con Pyrro que les ayudase, prometiéndole todo el estado de la isla. Y 11
así despues que Pyrro venció los Romanos, ordenadas las cosas de los pueblos Italianos sus amigos como mejor supo, vino á Siracusa ó Sarausa, muy acompañado de gentes armadas, donde fué luego llamado Rey de Sicilia, entregándole la posesion de quanto le pudiéron dar. Los Cartagineses, considerada la poten- 12
cia y esfuerzo deste Rey, acudiéron á le resistir con todas sus fuerzas: y llegados al riesgo, fuéron vencidos diversas veces en muchas batallas y recuentros, con que perdiéron la mayor parte de las ciudades y pueblos Sicilianos que primero poseian, mudándose los vecinos dellos con la mudanza de la fortuna. Para re- 13
mediar estos daños tan grandes y tan perjudiciales, la señoría Cartaginesa quiso poner Españoles en sus exércitos; y con toda la diligencia ya dicha los comenzáron de recoger en el Andalucía y en las otras marinas de España, casi á los fines postreros del año de docientos y setenta y cinco ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios; y luego á los principios del año adelante los pasáron en Sicilia, donde llegáron á sazon muy apropiada: porque durante la guerra los Cartagineses acometiéron á Pyrro muchos partidos de paz, los quales él jamas quiso recebir, si no le dexaban á Si-

Sicilia libre y exênta con bastante seguridad para nun-
14 ca la perjudicar. Y como nada desto se pudiese con-
cluir, el Rey Pyrro juntaba dentro de la mesma isla
nuevos exércitos, para totalmente destruir estos Car-
tagineses, poniendo grandes tributos en los Sicilianos,
y sacando mucha gente por fuerza, que viniesen á la
guera, con tanta soberbia y aspereza quanta fué la
dulzura y humanidad que primero mostraba quando
15 vino á Sicilia. Sufriéron algun poco los Sicilianos es-
ta tiranía; pero creciendo las demasías quanto mas
iban, no tardó mucho que los pueblos se tornáron á
la parte Cartaginesa: lo qual traxo gran confusion á
16 los intentos deste Rey. Pero fué tan venturoso para
salir honrado dello, que luego le viniéron embaxadores
de las ciudades Italianas sus confederadas, haciéndole
saber que despues de su partida ya no podian resistir á
los Romanos, y que necesariamente se rendirian si
17 muy presto no lo socorria. De manera que tomándo-
lo Pyrro por ocasion y color de su partida, comen-
zó de reparar navíos, y meter en ellos el exército
para tornar en Italia, publicando fingidamente hacer
esta vuelta mucho contra su voluntad por el remedio
18 solo de sus amigos. En este punto llegó la flota Car-
taginesa con sus Españoles: y como las galeras del Rey
se comenzaban á mover, aferráron con ellas en to-
das partes, y la batalla se trabó terrible y espantosa,
donde matáron tantos hombres del Rey, y le hundié-
ron tantas fustas, y lo destrozáron de tal arte, que
pagó Pyrro desta vez muy pagado los daños y males
19 que primero hacia. Tal dicen nuestras historias Espa-
ñolas haber sido la batalla postrera de Sicilia sobre mar
con este Rey Pyrro: señaladamente la Corónica que
mandó componer el Serenísimo Señor Rey Don Alon-
so de Castilla y de Leon, que ganó las Algeciras: da-
do que Plutarco, contando la vida y acontecimientos
deste Rey Pyrro, pase por ella livianamente; pero no

lo

lo pasa Justino en los veinte y cinco libros de su escritura, que notoriamente confiesa la victoria del exército Cartagines, y dice quedar en ella Pyrro tan desbaratado, que hizo luego mensageros al Rey Antigono de Macedonia, pidiéndole gente nueva para suplir la que le matáron en esta pelea. Dicen mas nuestras historias, que pasado Pyrro en Italia despues de rota la batalla, los navíos de Cartago tomáron los puertos de Sicilia, y sacada su gente fuera, los Españoles quedáron repartidos en aposentos por lugares y sitios quales convenia, y allí residiéron algunos años, defendiendo sus estancias y todo lo que mas les era cometido, donde tambien los dexarémos agora reposar en esta nuestra Corónica por decir las otras cosas que poco despues sucediéron en España.

CAPITULO XLIII.

De la nueva jornada que biciéron parte de los Gallegos moradores entre los otros Españoles nombrados Vaceos, saliendo de aquella provincia para se meter en otra que nombraban de los Arevacos. Dáse cuenta quáles fuéron las poblaciones que los unos y los otros allí tuviéron, y los mojones ó rayas con que se cerraba la region destos Arevacos.

Todos estos tiempos que los Españoles sobredichos residian en Sicilia, y algunos años mas adelante los Galos y Griegos que saliéron de Galicia, discurrian por la tierra de los Vaceos, entre las montañas que llamamos agora de Castilla y la ribera del rio Duero, poblando lugares nuevos en la parte que cada qual podia buenamente. Y en aquellas obras gastáron muchos dias, unas veces en contradiccion de los naturales, otras veces aplacándolos como mejor podian, hasta que finalmente quedáron de todo punto repartidos

en diversas tierras desta provincia, sino fuéron unos pocos, que fatigados y mal contentos de la compañía destos Vaceos, caminaron adelante contra las partes orientales, y dieron en otra region de gentes Españolas nombradas los Arevacos, cuya tierra partia término con los Vaceos, de tal manera, que la raya occidental destos Arevacos era oriental á los otros, y duraba su comarca poco ménos de treinta leguas en largo desde Poniente hasta Levante, contándolas en este nuestro tiempo desde la villa de Roa, ó cerca della, hasta la villa de Agreda, junto con las faldas de la gran cumbre de Moncayo, de quien otras veces
3 hemos hablado. Para lo qual mejor entender conviene traer á la memoria lo que diximos en el tercero capítulo del segundo libro, declarando ser estos Arevacos un cierto linage de los Españoles Celtiberos, que viniéron los tiempos muy antiguos á poblar las tier-
4 ras y montañas confines al nacimiento de Duero. Y como quiera que de su primera llegada no pasasen este rio por ser ellos poca gente, creciéron despues en tanta multitud, que ya los dias y tiempos de quien hablamos aquí habian salido por el otro cabo del agua contra Septentrion, donde tenian poblados lugares y villas famosas y notables entre los Cosmógraphos y Coronistas antiguos: como fuéron la ciudad de Numancia, no léjos del pequeño lugar que llaman agora Garray, cerca de la ciudad de Soria, ó segun otros
5 dicen, en el mesmo sitio de Soria. Junto con la qual, solas tres leguas adelante, cimentáron otro pueblo que dixéron Arevaco del nombre de su propia gente: cuya fundacion dura por estos mis dias, no grande ni calificada, sino de pequeña cuenta, por ser el aldea
6 de Soria que comunmente dicen Arévalo. Fundáron otrosí la que decian Segovia los antiguos, y los modernos la llamamos del mesmo nombre, aldea conocida desta ciudad, de quien hace memoria Ptolomeo

Cos-

Cosmógrapho, no lo haciendo de Segovia, ciudad magnífica de Castilla, siendo principal y señalada quando Ptolomeo vivia, segun hoy dia lo muestran sus antiguallas y sus edificios excelentes. Fué tambien pue- 7
blo destos Arevacos en aquella parte la ciudad de Osma, que llamaban ellos Uxama, juntamente con Santi Estevan de Gormaz, Aranda, Huerta Rey, Coruña nombrada Clunia, junto con la raya de los Vaceos. Y 8
quando los Galos y Griegos de Galicia por allí se metiéron esta vez, que fué casi en el año de docientos y setenta primero que Nuestro Señor Jesu-Christo naciese, no tenia la villa de Clunia ó Coruña tanta poblacion quanta tuvo despues al tiempo que los Romanos la poseyéron, como verémos adelante, que pusiéron en ella Chancillería para determinar allí la justicia de todos los debates y letigios que sucediesen á los pueblos comarcanos. Algunos letreros antiguos 9
esculpidos en piedra, que duran hasta nuestro tiempo, parece que dicen haberse contenido dentro destos Arevacos otra nacion Española nombrada los Pelendones, que ciertamente solian vivir en lo mas septentrional de su tierra, por los recuestos y vertientes de las sierras llamadas Orbion, sobre la parte donde hallamos agora las poblaciones de Renilla del Campo, San Pedro de Arlanza, Salas, Covarrubias, Santo Domingo de Silos, y los otros lugares menores sus comarcanos. Destos era cosa mayor la casta de los 10
Uracos, ó segun otros los nombran Duracos, moradores en el contorno de las fuentes y manantíos del rio Duero, metidos parte dellos en las cumbres y serranía de los montes Idubedas, que vienen por allí muy levantados y crecidos; mas porque Ptolomeo Cosmógrapho pone los tales Pelendones á su parte, como gente diversa de los Españoles Arevacos, dexarémos agora su relacion para la decir en otro lugar que no será ménos á propósito, mayormente no

sabiendo si los Galos y Griegos de Galicia, de quien al presente hablamos, fundáron en ellos quando por allí discurrian algunos lugares y moradas, como sabemos haberlo hecho por las otras comarcas de los Arevacos, en especial contra la parte de Numancia: que los vecinos desta ciudad como fuesen bien acostumbrados de su natural, y principales en la region, les diéron y señaláron partes provechosas donde parasen, y les favoreciéron con mejor voluntad que no los otros Arevacos traseros, casi de la mesma suerte que primero les habia sucedido con los Vaccos pasados, puesto que de razon debieran estos hacerlo mejor con ellos, porque, como ya vimos en aquel capítulo tercero del segundo libro, los progenitores antiguos de los Galos, que venian aquella vez mezclados con los Griegos, eran del mesmo linage que los ancianos antepasados, de quien procedian estos Arevacos, y como tales duraban entre ellos cantares y pláticas antiguas conservadas de viejos en mozos, que declaraban ser así, juntamente con algunos vocablos conformes en sus lenguages, y las figuras ó talle de sus armas, y las cerimonias de los sacrificios á sus
11 ídolos, que tambien eran semejantes en mucho. Los quales indicios entre gente ménos feroz pudiera ser motivo suficiente con que se conocieran por parientes; mas ninguna cosa bastó con los naturales de la tierra para que muchas veces no les turbasen los asien-
12 tos que comenzaban en algunas de sus comarcas. Y dado que, como digo, los tales impedimentos no fuesen generales á todo cabo; pero no fuéron tan livianos, ni tan pocos, que los Galos y los Griegos no gastasen en resistirlos y aplacarlos seis años cumplidos, ó poco mas, hasta quedar pacíficos y repo-
13 sados en la provincia. Y así concluido su negocio lo mejor que pudo ser, aconteció por ellos despues deste tiempo lo que por los otros sus compañeros de

la

la tierra de los Vaceos, que fué ser contada su generacion y sus lugares con todo quanto procedió dellos entre las gentes Gallegas, como se puede conocer y recolegir fácilmente de las historias de Paulo Orosio, Coronista Español. Y segun su repartimiento con el de muchos otros Cosmógraphos á quien él sigue, contábanse por allí los principios y cabeza de Galicia: de manera, que cotejados los Gallegos antiguos con los de nuestro siglo, parece claro vivir los presentes que conservan el apellido de Gallegos en la postrera region de los pasados, tan abreviada y pequeña, que tiene solamente quarenta leguas de largo contadas desde el cabo de Finisterra hasta los montes de Zebreros, siendo cierto que los Gallegos ancianos ocupaban este mesmo trecho con mas de setenta leguas adelante, hasta las fuentes de Duero, tomando dentro de sí todas las naciones y provincias Españolas contenidas entre las aguas deste rio y la mar septentrional de España, como las divide por el Oriente cierto pedazo de los montes Idubedas, cuya declaracion ó figura pusimos en el quarto capítulo del primer libro. Así tuvo fin esta peregrinacion de los Galos, hecha primeramente con muchas y grandes compañas de Turdulos Andaluces, y despues con otras no menores de los Griegos Gallegos, de los quales, y de los Españoles en cuyas tierras asentáron, se comenzó de multiplicar tanta generacion, que brevemente todas aquellas comarcas fuéron llenas de gentes, y presto vino tiempo que con mucha razon se contáron entre las honradas, y principales y muy pobladas en España.

14

15

LI-

LIBRO IV.

CAPITULO PRIMERO.

Como muchas poblaciones del Andalucía tornáron á la confederacion de los Cartagineses, y de las guerras que por este tiempo se les recreciéron en Sicilia con los Romanos, que fuéron estorbo de grandes movimientos que Cartago quisiera comenzar en España.

1 Fenecidas estas cosas con tantos trabajos y fatigas quantas en lo pasado quedan escritas, eran ya llegados los principios del año que se contáron docientos y sesenta y quatro ante del advenimiento de
2 Nuestro Señor Dios. En el qual sabemos cierto que muchos pueblos Andaluces de los que perseveraban en la rebeldía contra Cartago y contra los Españoles de su parcialidad, residentes en los puertos y marinas desta provincia, fuéron perdiendo mucha parte de sus enojos antiguos con inducimientos y halagos de los otros Andaluces Turdetanos, favorecedores an-
3 tiguos de Cartago. Reducidos aquellos en alguna concordia, comenzáron á consentir la contratacion Africana pasada, de cambios, y truecos, y mercaderías.
4 Y con los muchos provechos que por allí les traian estos Cartagineses, pudiéron á la revuelta cobrar algunos mineros de metales y de pedrería preciosa que les faltaban: y segun los negocios pasaban bien, esperábase con tal principio, que continuándolo por
5 aquel camino, presto quedarian todos conformes. Y verdaderamente Cartago mejoró mucho sus hechos en el Andalucía con los aparejos grandes que se le venian á las manos, sin esperarlo, ni saber donde procediesen, porque tambien quantas pendencias traian en

otras

otras partes y regiones, así en Africa como fuera della, iban aplacadas y pacíficas, y lo de Sicilia ménos desasosegado que nunca. Con lo qual su pensamiento 6
mayor era posponer todo lo restante, y entrar por España quanto mas adelante pudiesen. Estando los he- 7
chos en este ser, la fortuna variable, que jamas no tuvo firmeza ni seguridad en los bienes que muestra, se les comenzó de trocar en tal arte, que convino mudar el estilo de los negocios, y juntar otra vez armas y gente por todas aquellas tierras Españolas para las pasar en Sicilia, donde nuevamente, sin esperarlo ni sospecharlo, les era recrecida gran qüestion con los Romanos de Italia, y con algunas otras ciudades de la mesma isla, que despues de vuelto el Rey Pyrro en su reynado los habian traido para se favorecer dellos. Mas porque desta pendencia Romana se 8
principiáron rancores muy graves entre los unos y los otros, y poco tiempo despues mucha parte de sus turbaciones y daños descargáron en España, contarémos aquí la causa donde procediéron quanto brevemente podamos, para que todo lo siguiente vaya sabido y entendido de raiz. Así fué, que los años 9
ántes quando Agatocles, aquel tirano de quien hablamos en los treinta y tres y treinta y quatro capítulos del tercero libro, usurpaba la posesion y señorío de Sicilia, entre las gentes que se llegáron á sus alborotos fuéron unas compañías Italianas de la tierra llamada Campo de Labor, ó por otro nombre Campaña. Y puesto que los tales (conforme al apellido de 10
su provincia) comunmente se dixesen Campanos, despues que seguian esta conquista Siciliana mudáron la nombradía, y llamábanse Mamertinos, á causa del Dios Marte, que reverenciaban ellos y toda la Gentilidad por Señor y Dios de las batallas, significando con este nombre ser ellos los batalladores mas valientes del exército. Durando las turbaciones en aquella 11
re-

region, tratáron los Mamertinos con los ciudadanos de Mecina, pueblo principal en lo postrero de Sicilia, junto al estrecho de mar que la divide de Italia, que pu-
12 diesen residir alli de guarnicion algunos pocos dias. Y como se viéron dentro, toman prestamente sus armas, y comenzáron á matar los naturales del pueblo, captivándoles sus mugeres y sus hijos, y despues re-
13 partiendo las haciendas y posesiones entre sí. Muchas villas de la comarca confederadas á Cartago y á Zaragoza de Sicilia padeciéron dellos grave persecucion, y no ménos algunos pueblos de mas adentro que les
14 fuéron tributarios. Perseveráron en aquella tiranía los Mamertinos hasta la venida del Rey Pyrro á Sicilia: con el qual tuviéron grandes competencias, y le resistiéron de tal arte, que despues vuelto este Rey en Italia, como ya lo dexamos escrito, pasáron tras dél, y le fuéron mordiendo y dañando la rezaga ó retroguarda del exército, haciéndole quanto mal podian. Sucedió tras esto, que luego como los Zaragozanos de Sicilia se viéron libres de Pyrro tomáron por Capitan un caballero mancebo, llamado Hieron, tan hábil para gobernar, que poco despues le diéron título
15 de Rey. Este, sosegadas ciertas discordias y bandos de su ciudad, salió contra los Mamertinos, como contra tiranos mas vecinos y mas perjudiciales á la república de su ciudad: donde peleados algunos recuentros favorables, una vez á los unos, otra vez á los otros.
16 Finalmente, la victoria quedó por Hieron en una batalla campal y postrera que les dió cerca del rio Lon-
17 gano. Los Mamertinos, conocida su perdicion si no buscasen remedio, discrepáron en la manera de procurarlo, porque mucha parte dellos acudiéron á los Cartagineses, entregándoles á Mecina, con quanto mas poseian en Sicilia: los otros enviáron mensageros á
18 Roma, prometiendo lo mesmo. Sobre lo qual hubo gran confusion entre los Romanos, por les parecer co-

cosa fea moverse contra Cartago, con quien los tiempos antiguos tenian amistad y confederaciones juradas: las quales quando Pyrro vino á Sicilia fuéron refirmadas y renovadas, para ser amigos de amigos, y enemigos. Juntábase con esto parecer torpe título del tal 19
rompimiento los Mamertinos ladrones públicos, de mala conversacion y mala jazida, tales, que de razon debian ser perseguidos, y no favorecidos. Pero con- 20
siderada por otra parte la mucha potencia de los Cartagineses, y que no solo poseian lo mas y mejor de las tierras Africanas, ganado por fuerza de armas, sino tambien muchos pueblos en España, con todas las islas que caian en aquellos mares comarcanos á Cerdeña y á Italia, sospechaban estos Romanos que les vendria peligro de tan poderosa vecindad, si tambien acabasen de sojuzgar á Sicilia. Lo qual harian fácil- 21
mente si Mecina no les fuese defendida, pues ella tomada, sin duda cobrarian á Zaragoza ó Sarausa: y siendo con ella señores de todo, les quedaba Sicilia hecha como puente, para saltar en Italia cada vez que se les antojase, cuyo señorío pretendian y procuraban los Romanos. Por esta razon, y por otras muchas que 22
los Coronistas Latinos largamente declaran, el Pueblo Romano (pasados algunos meses del año siguiente, quando se principiaba la ciento y veinte y nueve olimpiada de los Griegos, puesto que Plinio discrepe desto dos años) despachó cierto número de banderas, para socorrer á Mecina, con un Capitan y Cónsul de su ciudad, llamado Apio Claudio Caudice. Los Mamertinos, 23
teniendo certinidad deste favor, echáron fuera del pueblo la guarnicion y defensa Cartaginesa, que ya tenia entre sí, y á su Capitan con ellos: el qual fué despues justiciado, por mandado de los Gobernadores Cartagineses, pareciéndoles que por floxedad ó por miedo hubiese desamparado la villa. Y luego la Señoría proveyó de na- 24
vios y flota bastante, para defender y residir en aquel

estrecho de mar arriba dicho, que se hace junto á Mecina, entre Italia y Sicilia, con otro buen exército por tierra, favoreciéndoles á todo Hieron, el Rey de los Zaragozanos, que tambien por otra parte tenia pues-
25 to real sobre la mesma ciudad de Mecina. En aquel medio tiempo, los Romanos recien venidos, y su Cónsul ó Capitan Apio Claudio, tuviéron una noche tal astucia, que desviados algun poco de la flota contraria,
26 pasáron el estrecho. Y dado que despues de metidos en Sicilia principiáron algunos tratados de paz, andaban tan enojados y sentidos los unos de los otros, que no tuvo remedio la guerra para se dexar de romper.
27 Y así fué primeramente por los Romanos acometido y desbaratado el Rey Hieron, y despues casi junto con él, todas las estancias Cartaginesas, y seguídoles el alcance, hasta las meter en Zaragoza de Sicilia, donde los tuviéron un poco cerrados, y les diéron algunos combates.

CAPITULO II.

Como saliéron algunos Españoles cogidos á sueldo, para comenzar la quistion de Sicilia contra los Romanos en favor de Cartago: y de las pendencias crueles que por este tiempo traian entre sí muchos pueblos en España.

1 Como los negocios de Sicilia quedasen destrozados, y de mala suerte, luego se comenzó de coger en España gente nueva por parte de Cartago, para remediar, y rehacer allá lo perdido, porque dado que quando fué la guerra del Rey Pyrro, nuestras historias digan haber puesto los Cartagineses en Sicilia cinco mil peones Españoles, eran ya pasados mas de catorce años de tiempo, en que muchos dellos fuéron muertos de dolencias: y los que sobráron, habian tornado en España, y algunos otros pasáron en Italia, para se-

seguir aquella guerra deste Rey. De manera, que quanto la falta dellos era mayor allá, tanto creció por acá la diligencia de Cartago, con buenas pagas en lo que cada qual escogia: agora fuesen mugeres, agora jaeces, ó tambien armas ó dinero de plata, si por caso lo pedian, para que saliesen á la quistion prestamente. 2
Los autores á quien yo sigo, no tasan qué número fuese de peones, ni de caballos Españoles, ni de qué provincias de España aquellos que pasáron en esta demanda: pero no debiéron ser muchos; porque, como digo, la priesa que les daban era grande, y el tiempo corto. 3
Y Polibio, Coronista Romano, claramente dice, que junto con estos Españoles cogiéron tambien los Cartagineses á sueldo gente de las riberas de Génova, y tambien de las que moraban en la tierra que llamamos agora Francia. 4

Nuestras Corónicas Españolas, muchas dan á sentir, que por este mesmo tiempo, los pueblos Españoles, moradores sobre la costa del mar Mediterráneo, donde los Cartagineses empleaban aquellos dias su principal contratacion, traian grandes enemistades y discordias entre sí, puesto que no declaren las causas, ni los acontecimientos ó hazañas dello. 5
Por lo qual conjeturamos, que la señoría Cartaginesa no tuvo desta vez tan buen aparejo para se bastecer en España, como solia. 6
Pero de qualquier suerte que fuese, sabemos cierto, que metidos estos Españoles que pudiéron haber dentro de sus navíos, pocos ó muchos, llegáron á Sicilia, fenecido casi el verano del año que se contó docientos y sesenta y dos ántes que nuestro Señor Jesu-Christo naciese: donde halláron dos Capitanes nuevos de Roma, Cónsules y Gobernadores de aquel año, nombrados, el uno Marco Valerio, y el otro Cayo Otacilio, con diez mil peones, y mil y docientos caballos Italianos, para continuar esta guerra contra Cartago. 7
Halláron mas gran parte de las villas, que pri- 8

mero sostenian el bando Cartagines, vueltas á los Romanos, y entre ellas á Hieron, el Rey Zaragozano,
9 con todos los pueblos de su confederacion. Pero si la mudanza fué mucha, la resistencia de Cartago no se tardó, con tantos navíos y bastimentos, y con tantas gentes Africanas, traidas á sueldo, que, ni los Españoles primeros, ni las banderas de las otras naciones,
10 comparadas con ellos, hiciéron casi número. La guerra perseveró muchos años, y se trabó muy de propósito: de la qual, por ser los Españoles que la seguian en pequeña cantidad, no darémos aquí mucha cuenta, sino fuere decir en los capítulos venideros alguna relacion que della venian á tiempos en el Andalucía, quanto mas bastando lo dicho, para que quien quiera sepa ser ésta la razon y principio donde procedió la gran enemistad entre Cartagineses y Romanos, y las turbaciones que por la mesma causa traxéron ellos poco despues en España, segun presto lo contarémos.
11 Mucho quisiera yo luego tras esto poder escribir cumplida y abundosamente las otras contiendas arriba señaladas, que parte de nuestros Historiadores apuntan haber pasado los Españoles entre sí, pues era materia natural de esta Corónica: pero fáltanos al presente su relacion y sus particularidades, como faltan otras muchas escrituras y memorias de España, que pereciéron en las adversidades pasadas de Godos y Mo-
12 ros, y de las otras gentes que la dañáron. Solamente parece de conjeturas, haber durado las tales contiendas todos los cinco años siguientes, ó poco mas, en que pereciéron muchos hombres, y fuéron abrasados diversos pueblos, destruida multitud de lugares, asoladas sus provincias con fatigas y perdiciones terribles, mayores y mas crueles que de ningun adversario extran-
13 gero pudieran recebir. Y cumplidos estos cinco años, quedáron tan cansados, y tan escarmentados los unos de los otros, que se fuéron aplacando, y dexáron la pen-

pendencia con solo temor que tuvo cada qual de la braveza y ferocidad de su contrario. Y esto solo me 14
parece que seguramente se puede hablar en tal caso, conforme á lo que (como dixe) significan muchos de nuestros Coronistas en sus abreviaciones y recopilacion de los acontecimientos antiguos de España.

CAPITULO III.

Como poco despues algunos Españoles, nombrados Siloros, con otros llamados Brigantes, ocupáron tierras en Inglaterra, donde moraban ellos y sus descendientes. Y como tambien una compañía de los Asturianos Gallegos viniéron á poblar en la marina Septentrional de España, donde reside su generacion hasta nuestro tiempo.

El año siguiente, despues de esto pasado, fué 1
docientos y cincuenta y seis ante de la Natividad de nuestro Señor Jesu-Christo: dentro del qual se cumpliéron veinte y cinco años enteros, despues que los Asturianos Galos habian comenzado su principal poblacion en Astorga, segun ya lo contamos en los quarenta capítulos del tercer libro. Como la gente destos 2
que por allí viniéron fuese crecida cantidad, y no pudiesen caber todos en el pueblo, muchos asentáron en sus comarcas y derredores, como tambien allí lo diximos. Y gran parte dellos no se queriendo detener 3
aquí, caminaron contra las montañas Septentrionales desta tierra, creyendo, que si penetraban adelante, hallarian region conveniente donde pudiesen vivir. Pero 4
las fraguras de las montañas y sierras crecian siempre quanto mas iban, de tal suerte, que muchos dellos asentáron y paráron en aquellas asperezas, derramados en diversas partes, sin confianza de hallar mejoría sobre la que dexaban atras. Algunos otros pasáron ade- 5
lan-

lante, prosiguiendo su demanda, hasta que (como digo) llegáron en el año que tratamos agora, por aquel mesmo derecho sobre las riberas del Océano de España: donde visto ser acabado su camino, pues lo demas era todo mar, y considerado que la provincia por las veredas y valles, en que se dexaba tratar, era fértil y viciosa, bastecida de muchas frutas monteses, que nacian á toda parte, juntamente con abundancia de rios y pescados excelentes, y muchas aguas y cazas, y crecidas muestras de metales y pedrería preciosa, iten muchos puertos de mar en toda la ribera bien espaciosos y bien repartidos, y mas otros indicios de grandes provechos, que la montaña les mostraba cerca de la costa, holgáron de quedar allí, poniendo fin á sus
6 trabajos y cuidados. Tuviéron los Asturianos en este caso poca dificultad ni contradiccion de nadie, no porque faltasen al derredor gentes comarcanas, feroces y terribles, acostumbradas en guerras y bandos unas con otras: y generalmente de tal condicion, que bastaran á qualquier resistencia: sino porque las comarcas eran asaz desocupadas para poder caber todos, segun las
7 pequeñas poblaciones en ellas habia. Y los Españoles montañeses de la frontera, que por estos dias la moraban, no curáron ni miráron en los Asturianos recien llegados, por andar ellos en esta sazon muy embebidos en un viage, que desde pocos años ántes hacian sobre la mar, navegando las anchuras del Océano Septentrional, desde sus riberas Españolas, hasta la isla de Ingalaterra, que llamaban los antiguos Britania, donde muchos de su nacion tenian ya hecha vecindad y moradas con sus mugeres y hijos en las partes Occidentales de la tal isla, los quales eran nombrados Siloros,
8 ó segun Ptolomeo los llama Silires. Y tienen por cierto muchas personas leidas y sabias en este nuestro siglo, que la tal nombradía fué general, así por aquellos Españoles, que nuevamente poblaban en Ingalaterra,

ra, como por los otros sus parientes, moradores en casi toda la costa Septentrional de España, que viene desde junto á los Asturianos, hasta los montes Pireneos. La qual costa, con sus fraguras y sierras, llama- 9
ban la montaña Siloria. Poco despues, una sola letra 10
mudada, le dixéron Soloria: y sus cumbres y cerros y asperezas, nombráron montes Solorios. Cuyo vocablo, 11
dado que se perdiese por aquella cuerda larga de montaña, permanece por algunas sus partes hoy dia: puesto que tambien agora corrupto su nombre, segun la propiedad de los tiempos, que quanto mas andan, tanto mas confunden y truecan las cosas y sus nombradías. Señaladamente nos queda rastro dél entre las dos 12
villas de Plasencia y Bermeo, pueblos muy honrados en la provincia de Vizcaya, donde la montaña, cerca del mar Océano, dicen Solue, por le decir Solorue, que significa Solorio en su lengua Vascuenza, que todos allí hablan. Conforme á lo qual, aquellos Vizcay- 13
nos antiguos solian llamar Soloroa, qualquier heredad ó posesion donde situaban sus grangerías en aquellos montes, agora le dicen Soroa, quitando la sílaba del medio, por hablar mas polido y mas galan. Segun esto, 14
parece claro, los Siloros ó Soloros de por acá, dado que tuviesen aquel nombre general, tener juntamente diversos apellidos particulares de linages diferentes entre sí, que no tuviéron ó no conservâron aquellos de Ingalaterra. El primer linage caia junto con el asiento de 15
los Asturianos nuevamente llegados, y decíase de los Pesicoros, que parte dellos moraban la ribera donde hallamos agora la villa de Santander y Laredo, con las villas y poblaciones comarcanas á su montaña. Luego 16
tras esto venian los Cantabros, cuyo linage se metia mucho mas dentro de la tierra, tomando buen pedazo de las provincias que nombran agora Vizcaya y Alaba, hasta dar en la ciudad de Logroño, donde tenian por su cabeza principal una poblacion en lo postre-

trero de todos ellos, nombrada Cantabria, no léjos de la cumbre que por su causa llaman hoy dia de Cantabria: la qual permaneció hasta los tiempos de Leonegildo, Rey de los Godos, en cuyos dias fué destruida.

17 No hacen della perfecta memoria los Cosmógraphos Latinos ó Griegos, que yo sepa: pero hácenla nuestros Coronistas Españoles en muchos apuntamientos y

18 lugares que señalarémos adelante. Seguíase despues la ribera de los Antrigones, y mas adelante la de los Origenos y Caristios, que por otro nombre llamaban Co-

19 niscos, ocupando lo que faltaba de Vizcaya. Tras estos venia la casta de los Vardulos, y despues la de los Vascones, confines á los montes Pireneos: cuyos parientes poseian en lo mas dentro de la tierra toda la provincia de Guipuzcoa y de Navarra, con alguna parte del Reyno de Aragon, hasta las aguas del rio Gallego, que nasciendo del Pireneo, se mezcla con Ebro,

20 casi frontera de Zaragoza. Pero los postreros destos linages, sabemos claro, que no pasaban de Inglaterra, si-

21 no los primeros á su parte. Cosa parece de gran espanto lo que platican algunas Corónicas en la tal navegacion de los Siloros Españoles: porque siendo la mar de su viage, que decimos agora la mar de España, naturalmente bravísima, donde segun al presente vemos, son menester navíos robustos y fuertes para resistir la braveza y furia de las aguas, y sufrir el peligro de las tempestades, que son por allí mucho terribles y muy continuas, estos Siloros la caminaban en barcas de cuero, cosidas con correas, y en algunos esquifes de madero, cavados en el hondo, todos de un leño, regidos por pocos hombres: y con este tal aparejo, proseguian su viage tan continuadamente, que

22 la mar andaba cuajada dellos. Y podria ser, que considerada la flaqueza que estos bateles tenian, creyesen algunos, que la tal navegacion se haria costeando las riberas de los ducados de Bretaña, y Normandía y Picardía,

día, sin engolfarse, ni desviarse de la tierra, para que caminando por aquí, llegados al puerto de Cales, á quien decian Icio los antiguos, ó segun otros afirman Gesoriaco, pudiesen atravesar un pequeño brazo de mar que por allí se hace, y salir á la parte donde hallamos agora la villa de Doura, lugar señalado de los Ingleses. Pero sabida la region Inglesa, donde los Españoles Syloros paraban, y conocida la faccion de la isla, no puede ser así, por tener Ingalaterra casi figura triangular, ó de casi tres lados diferentes. El uno de los 24
quales cae frontero de España, contra la parte de Poniente, donde los Syloros caminaban y residian. El otro 25
lado viene sobre la parte del Medio-dia, haciendo con la ribera de Picardía, que le cae frontero la canal que llaman agora de Flandes. El tercero lado cae contra la 26
vuelta de Levante, y en una de las puntas en que comienza este lado, por donde se junta con el Mediodia, queda la villa sobredicha de Doura, con siete leguas de mar, que la dividen de la villa de Cales en Picardía. De manera, que si los Españoles por aquí na- 27
vegaran, allende ser el viage de muy gran rodeo, fuéranles muy peligroso despues de metidos en la isla, pues era menester atravesarla toda para llegar á las partes Occidentales donde hacian sus asientos: y las gentes Inglesas que por el camino vivian eran tan feroces y bravas, que no les dexaran hollar su provincia ni pasar por la isla. Salvo si quisiesen decir que la tal co- 28
marca no tenia poblacion este tiempo. Lo qual si así 29
fuera, creo yo que los Españoles Syloros poblaran allí sin pasar á la parte de Poniente, pues excusaban el trabajo del camino, quedando reposados en lo mas bueno de toda Ingalaterra, donde son agora Londres, Gravisinda, Conturben y Doura, con otros lugares y villas asaz notables. Dexada, pues, la tal opinion, y tor- 30
nando á la plática de los Syloros antiguos de España, hallamos en algunas historias haber sido gente simple

condicion; pero mucho feroz, y muy exercitados en
31 las armas unos con otros. Y así los de acá, como los pasados en Inglaterra, tuviéron usanza de pintarse ca-
32 da dia los rostros con bermellon ó con almagre. Lo qual allende ser su costumbre muy comun, los diferenciaba de los otros vecinos antiguos de la isla, que tambien se teñian de color cárdena con el zumo de cierta yerba que llamaban Glasto ó Guado. Los Griegos la nombran Ysatide, los Latinos Lutea, los Españoles le dicen agora Pastel, mucho preciosa para la
33 tintura de los paños. Retorcíanse tambien aquellos Syloros Españoles los cabellos con fuego, para los en-
34 crespar en diversas maneras. Las casas tenian en España de madera, segun que tambien hoy dia las usan en todas aquellas montañas: y en Ingalaterra las texian con vimbres y vergas atadas en estacas largas y gruesas, que hincaban sobre la tierra. Poco mas adelante
35 de la parte donde los Syloros esta vez asentáron, hubo tambien otras gentes antiguas en Ingalaterra, que llamaban Brigantes, y se tiene por muy cierto ser de nacion Española, moradores en la comarca donde hallamos agora la ciudad de Bristol y la villa de Galez, frontero de Irlanda, isla mucho cercana de sus riberas
36 al Occidente. Pero destos Brigantes, ni sabemos en qué tiempo, ni por qué causa, ni con qué ventura viniesen allí. Solo se tiene por averiguado, que dellos ó de
37 los Syloros ya dichos, despues de muy acrecentados y reposados en aquella region, navegáron gentes en Irlanda, que la poblaron, conforme tambien á la memoria que desto permanece hasta nuestros dias entre los mesmos Irlandescos, que públicamente confiesan á quantos hablan en tal caso proceder ellos de generacion Española, segun ya lo declaramos en el séptimo capítu-
38 lo del primer libro. Lo qual entendido desta manera, va ménos escrupuloso que las conjeturas de Juan de
39 Viterbo, relatadas en aquel capítulo sobredicho. Para con-

confirmacion de todos estos negocios que los Autores peregrinos certifican de nuestra gente, parecen responder á propósito las memorias que tambien los Españoles Montañeses tienen hoy dia conservadas de padres á hijos, en que certifican los Caballeros del linage de Haro, que fuéron señores en Vizcaya y en muchas partes de todas aquellas montañas, venir de Don Zuri, hijo de un varon Montañes y de una hija del Rey de Escocia, provincia bien conocida en la isla de Ingalaterra, que la traxo robada los tiempos antiquísimos, y vencido de sus amores la tomó por muger. Pero 40
desto despues hablarémos algo largo, quando (placiendo á Nuestro Señor Dios) contaremos en la tercera parte desta gran obra los Caballeros señalados que sucedièron deste linage de Haro, con sus valentías y hazañas. Así que de tal manera los Asturianos y Syloros 41
casi por una sazon hacian asientos nuevos en diversas partes del mundo; los unos en España, los otros en Ingalaterra, multiplicando su gente con toda solicitud, y gastando muchos años en mejorarla, hasta quedar firmes y pacíficos cada qual en la provincia que pretendia.

CAPITULO IV.

Como los Mallorquines se rebeláron contra la gran Cartago: los quales brevemente fuéron reducidos á la confederacion desta señoría, por industria de cierto caballero nombrado Hamilcar Barcino, que vino para los sosegar, y de las cosas notables que por acá hizo.

Por aquel tiempo que lo sobredicho se hacia, 1
ningun año faltó que los Andaluces y los otros Españoles, moradores en la costa de nuestro mar Mediterráneo, no tuviesen relacion ni mensagería contina de la guerra que los Cartagineses traian en Sicilia contra

los Romanos: unos años venian favorables á los unos, otros á los otros, hasta que, finalmente, pasados algunos meses del año, que se contáron docientos y cincuenta, primero que nuestro Señor Jesu-Christo naciese, viniéron con mejoría mucha por la parte Cartaginesa. Dice San Eusebio, que por estos dias fuéron los Romanos vencidos en la mar, y desbaratado su Capitan Cecilio Metelo, con pérdida de noventa naos. De lo qual ninguna mencion hace Polibio Romano, Coronista famoso de esta guerra, ni tampoco ninguno de los otros Coronistas que yo sepa. Mas quanto por aquí parece que traian buena fortuna los negocios de Cartago, tanto despues el año siguiente se les comenzáron de turbar en las islas de España, porque los vecinos de Mallorca, movidos con algun mal tratamiento de los factores Cartagineses, que residian entre ellos, murmuraban y sentian sus injurias, y poco despues, llegándose por quadrillas, saliéron de las cuevas y chozas donde moraban, y tomáron los montes, matando quantos Cartagineses venian de las torres y de las poblaciones que tenian sobre la costa. Lo qual no solamente hacia la gente silvestre del campo, sino tambien algunos otros Mallorquines mas aplacados, que ya moraban entre los Cartagineses, y traian vestidos, y tenian casas, y parecian hombres de mas razon. Destos hubo sospecha grande que procedia lo principal del alboroto, con inducimientos que hiciéron á los silvestres para que se levantasen: pues como digo, despues de comenzada la qüestion, saliéron algunos á se juntar con ellos. Pudiérase remediar esto fácilmente, si los Gobernadores de Cartago no tuvieran crecidas ocupaciones en Sicilia con los Romanos, ó no creyeran que segun la simpleza destos Mallorquines rebelados en qualquier tiempo los podrian cobrar. Mas como los Mallorquines en el principio hallasen poca resistencia, tomáron tanta braveza, que despues repartidos en diversos

2 3 4 5 6 7 8

sos lugares, moviéron con toda su multitud, desnudos en carnes, armados de hondas y zurrones, llenos de guijarros, para destruir abiertamente las estancias Cartaginesas de la marina.

Fué tan espantosa la tempestad y lluvia de las pie- 9
dras arrojadizas, que no se les amparaba cosa donde llegasen; y con tal enojo porfiaban en esto, que despues de quemada la mayor parte de las defensas, convino retraerse los Cartagineses á sus navíos, y meterse por la mar adelante, quedando casi todos sus reparos destruidos y derrocados, sino fuéron algunos pocos lugares de mayor poblacion, donde con tener gente mas que los otros, y con fosos y vallados á semejanza de muros se halláron algo fortalecidos, y bastáron á defenderse. Conocido por la Señoría Cartagine- 10
sa serle perjudicial esta mudanza de Mallorca para los otros grandes intentos que pretendian en España, proveyéron un Caballero, nombrado Hamilcar, persona principal entre la casta de los Barcinos, que ya por este siglo tenia gran valor en Cartago, para que con fustas y gente necesaria lo remediase como le pareceria convenir al bien de su república. Cuya venida se des- 11
pachó pasados pocos dias del año siguiente, que fué docientos y quarenta y ocho ántes de la Natividad de Nuestro Señor Jesu-Christo. Y como quiera que quan- 12
do salió de Cartago, las memorias escritas en que se le diéron los avisos que debia tener en este caso pareciesen bien convenientes para lo sosegar; despues de venido halló los negocios tan discrepantes, que fué necesario mudar el acuerdo. Lo qual este Caballero hizo 13
con tanta sagacidad, que dentro del año sobredicho ganó las voluntades á todos, y tuvo dellos quanto quiso, no curando de las crueldades que sus instrucciones le mandaban hacer, pues á la verdad si por allí se guiara, doblaran los males, y siempre ereciera la discordia. Pero ni tampoco le faltó rigor quando lo pe- 14
dia

dia la razon, para con amor y con temor conservar
15 esta gente salvage cada qual en su condicion. Y no solamente los Mallorquines, á quien vino, le quedáron amigos y servidores, sino tambien los Españoles moradores en lo firme de España, frontero destas islas, mostráron gran aficion á sus cosas despues que tuvié-
16 ron noticia dél. A los quales Hamilcar visitaba muchas veces en sus galeras y fustas con que siempre discurría por aquella costa de España, frontera de las islas, ganando voluntades, y proveyéndoles de jaeces Africanos y frenos para los caballos, y de todas las armas, y ropas, y preseas á que mostraban ser aficio-
17 nados. Visitaba junto con esto los templos de los ídolos Españoles; y tanto de mejor gana comenzaba la romería dellos, quanto le decian estar mas dentro de la tierra, para con esta color penetrar las provincias, y sentir las condiciones y secretos de los Españoles, y trabar allí nuevas amistades y nuevos conocimientos.
18 Sobre todo, su principal devocion fingia ser en el templo de Denia, de quien ya hablamos en los treinta capítulos del primer libro, y en otros veinte y nueve del
19 tercero. Lo qual procuraba tambien, para por esta via negociar inteligencias en la ciudad de Monvedre, que llamaban Sagunto, pueblo de gran calidad en aquellos tiempos, á quien Denia reconocia señorío con otros
20 muchos lugares de su comarca. Tales fuéron las ocupaciones deste gran capitan Hamilcar Barcino los primeros años que hizo la jornada de Mallorca, segun lo podimos recolegir á pedazos en muchos y diversos
21 autores nuestros y peregrinos. Añaden algunos haberse casado con una muger Española, muy rica de parientes, y no ménos de hermosura; dado que no ma-
22 nifiesten de qué gente ni de qué linage fuese. Con la qual, despues de gastados algunos meses en los placeres y regocijos del nuevo matrimonio, trayéndola preñada para residir en Mallorca, le tomáron dolores

del

del parto en la mar, cerca de una isleta desierta, nombrada por aquellos tiempos Tricada ó Triquadra, donde la señora, saliendo fuera del navío, parió, segun dicen, un hijo, que llamáron Hanibal, como solian decir á su agüelo; de cuyos acrecentamientos y juventud, con las muchas y grandes excelencias que tuvo despues, dará presto nuestra Corónica suficiente relacion. Y ciertamente, hablando Plinio desta isla Tricada, bien 23
claro la llama patria de Hanibal. Y así por ella ser en 24
la jurisdiccion de España, como por la madre ser tambien Española, hubo personas que contáron este Hanibal entre los varones señalados de España; dado que despues tuvo cargo de los exércitos y conquistas Cartaginesas. Dícese mas, los Españoles que siguiéron es- 25
ta Señora para morar en aquellas islas, haber llevado conejos en cestas, con que se principiasen allá cazas y deportes que faltaban; los quales conejos con el regocijo del parto quedáron en la Tricada, cuya generacion se multiplicó de tal arte, que por esta sola causa fué la isla perdiendo su primer apellido, y la nombráron Conejera, como tambien la nombramos hoy dia. Desta tomáron despues algunos conejos, que pa- 26
sáron á Mallorca, donde no se podria decir quán excesivamente creció su generacion, tanto, que de la tal multitud de conejos resultáron adelante grandes inconvinientes, y peligros, y daños á los Mallorquines, como lo contarémos en los libros siguientes. Y fué mu- 27
cho de maravillar, que como poco despues quisiesen llevar otros tales en Yviza, creyendo que por estar cerca de Mallorca se multiplicarian de la misma suerte, vióse por experiencia, que puestos allá huian y saltaban en la mar, queriendo morir ahogados ántes que parar en su region. Y si por caso los tenian atados, en 28
breves horas perecian todos. De manera, que por esta 29
naturaleza contraria jamas se criáron ni se viéron conejos en Yviza, teniendo las otras islas comarcanas multitud increible dellos.

CA-

CAPITULO V.

Como Hamilcar Barcino, Capitan Cartagines, salió de Mallorca con algunos Españoles de refresco para socorrer los exércitos de Sicilia, donde pasáron grandes hechos en contradiccion de los Romanos, y defendimiento de la parte Cartaginesa.

1 Los negocios así tratados con tal autoridad y prudencia, traxéron gran reputacion al Capitan Hamilcar tambien cerca de los Españoles, como cerca de sus propios Cartagineses, tanto, que determináron encargarle
2 cosas mas importantes y graves. Y luego el año siguiente, despues de nacido su hijo Hanibal, que fué justamente docientos y quarenta y cinco ante del advenimiento de Nuestro Redentor Jesu-Christo, lo hiciéron Capitan de todas sus flotas y navíos para seguir la pendencia de Sicilia contra los Romanos, que todavía duraban con extremados enojos, y con tantos buenos aparejos de guerra por mar y por tierra, que siendo ya pasados casi diez años de qüestion, ninguno dellos tuvo jamas mejoría que le durase, ni victoria que se
3 pudiese llamar cumplida. La Corónica de España, que segunda vez mandó recolegir el Señor Rey Don Alonso de Castilla y de Leon, padre del Señor Rey Don Pedro, juntamente con la Recopilacion de Juliano Diácono, dicen este Hamilcar haber salido de Mallorca, quando le traxéron la comision de la flota, con dos mil Españoles y trecientos honderos, naturales de la isla, que se le viniéron cogidos á sueldo, sabida la fama desta jornada, cuya relacion y memoria dexáron los Co-
4 ronistas Latinos que tenemos al presente. Lleva gran camino ser como los nuestros escriben, pues era claro que tan buen Capitan y tan proveido, no saldría sin Españoles estando en España, y teniéndolos aficio-

na-

nados y contentos. Como quiera que sea, todos con- 5
forman en que despues de recebida la flota Cartaginesa, largamente provcida de quanto fué menester, Hamilcar y los que le seguian fuéron derechos contra las riberas de Italia, comarcanas á Sicilia, donde saltando muchos dias en tierra, y muchos otros peleando sobre la mar con galeras y navíos Romanos que topaba, destruyó pueblos de la costa favorables á la parte contraria, de los quales hubo grandes riquezas, y con ellas, y con mucha presa de fustas, revolvió sobre Sicilia, sin hallar contradiccion, ni quien le pudiese hacer daño, porque salió demasiadamente concertado Capitan, y mas denodado quando fué menester, que quantos hubo por aquellos tiempos, y el que mejor supo conservar sus exércitos, y aventurarlos de que convenia. Desembarcados él y los suyos en Sicilia, tomáron 6
un sitio muy fuerte junto con la mar contra la ciudad de Palermo, bien aparejado para dañar los enemigos, y seguro para quien lo tuviese, por ser una montaña rodeada casi toda de peñas, con solos tres caminos ó senderos angostos y difíciles, los dos en la parte de la tierra, y el uno sobre la mar. En lo mas 7
alto de las peñas habia doce mil pasos de llanura, fértil y saludable, donde se descubrian grandes anchuras de mar y de tierra, con un puerto muy abundoso de dulces aguas, y muy provechoso para qualesquier navíos que caminasen de Sicilia en Italia. Finalmente, la 8
disposicion deste lugar era tal, que conocida su bondad y fortaleza, lo deseara qualquier Capitan en tiempo de mejoría, quanto mas Hamilcar en el suyo, que no tenia ciudad ni pueblo Siciliano donde se pudiese meter al presente, ni creia hallarlo tan presto: porque quanto Cartago traia prosperidad en el agua, tanto los Romanos andaban apoderados en la isla. Pocos dias 9
ántes habian tomado por engaño cierto pueblo llamado Erice, con un templo y un monte del mesmo nom-

bre entre Palermo y Trápana, de quien recibiéron gran
10 perjuicio los Cartagineses. Mas Hamilcar era tal, que con todas estas dificultades entraba por medio de los enemigos, y jamas les consentia reposar: unas veces con los navíos y gente de mar salia de su fuerte contra los lugares Italianos de la marina, gastando y abrasando quanto hallaba: otras veces con la gente de tierra daba saltos y rebatos á los enemigos en la mesma Sicilia, hasta venir cerca de Palermo, y asentar allí sus estancias muy de propósito, desviado solamente setecientos pasos del exército Romano, como si todos an-
11 duvieran iguales. Allí residió tres años enteros, obrando tales valentías y proezas, que (segun confiesan los Coronistas Latinos sus enemigos) serian dificiles de contar; puesto que yo no las tuviera por dificiles, si hallara relacion abundosa dellas, ni rehusara de las escrebir en esta parte; pues habiéndolas emprendido con ayuda de los Españoles arriba dichos, parece que conve-
12 nian bien á nuestra Corónica de España. De todas estas hazañas particulares sabemos una sola, que fué, poco despues Hamilcar y su gente haber sido recebidos en Erice, por tratos encubiertos que negociáron con los vecinos della, lanzando fuera del pueblo la defensa
13 contraria. Y allí residiéron y se conservároń, haciendo grandes acometimientos, dado que trabajosos en demasía, por tener los Romanos fortalecidas con gran recaudo las cumbres y las faldas de la montaña, y es-
14 tar en el medio de la ciudad. De manera, que quanta fatiga padecian los Romanos en lo mas alto del monte con la premia de los del pueblo, tal y tan grave la recibian los del pueblo con la premia de sus adversarios residentes en lo baxo del monte, que les vedaban los mantenimientos, y salidas, y todo lo demas en que podian dañarlos.

CA-

CAPITULO VI.

Del fin que tuviéron las guerras Sicilianas entre Cartagineses y Romanos, y mas algunas cosas dignas de memoria que dellas resultáron en el Andalucía, y en algunas islas y provincias Españolas, donde la Señoría Cartaginesa traia su contratacion.

Estando las cosas en este ser, vino relacion en 1
España como la Señoría Romana conociendo la suficiencia deste Capitan Hamilcar, y la gran habilidad de los suyos, determinaba con toda furia de labrar una flota nueva, para resistir la ventaja que Cartago le traia sobre la mar, pues á la verdad procedian desta todas las otras ventajas que nuevamente sucedian. Y tal diligencia se puso, que llegados al verano del 2
año siguiente, quando se contáron docientos y quarenta y uno cabales primero que Nuestro Señor Jesu-Christo naciese, llegáron mensageros en España, diciendo, que Roma tenia ya metidas al agua docientas galeras crecidas de cinco remadores al banco, bastecidas de municion y de mucha gente, cuyo Capitan era Cayo Lutacio, Cónsul Romano. Las quales galeras, 3
llegadas á Sicilia, tomáron el puerto de Trapana, con otras estancias comarcanas: y la qüestion se renovó de los unos á los otros con tanta determinacion, que tambien Hamilcar Barcino conoció serle necesario tener al presente mas cuidado que nunca de sus negocios. Sobre lo qual despachó mensageros á la gran Car- 4
tago, manifestándoles el aparato crecido con que los Romanos viniéron, y la discrecion y viveza de su nuevo Capitan Lutacio, para que sin dilatar basteciesen ellos otra flota gruesa con que los embarazasen, pues á él no convenia quitar el rostro de los enemigos en

la isla, donde los tenia tan á raya, que nadie de los Romanos primeros, ni tampoco de los recien venidos,
5 se les desmandaba sin pena. Poco despues llegáron otras nuévas en España, que decian los Cartagineses tener eso mesmo juntada multitud de navíos hondos y de remo, con bastante número de gentes armadas, y les habian dado por Capitan un Caballero nombrado Hanon, persona de buenos deseos, y de quien presumian qualquiera buena diligencia para semejantes negocios.
6 De suerte, que todas las gentes acá en España, quantas entendian el proceso desta guerra Siciliana, miraban con atencion en qué pararian las dos flotas ya dichas: particularmente los moradores de la marina desde el estrecho de Gibraltar por la vuelta de Levante: cuyos naturales, dado que pocos, seguian el campo
7 del Capitan Hamilcar Barcino dentro de Sicilia. Túvose por averiguado, que si los navíos llegaban á pelear, la parte vencida quedaria de todo punto deshecha para no seguir mas esta pendencia, segun eran grandes
8 á todo cabo las quiebras y gastos pasados. Y así fué, que muy presto supiéron haberse topado junto con Sicilia, donde peleáron una batalla mucho cruel, en que los Cartagineses quedáron rotos y destrozados, con pérdida de sesenta naos gruesas, y cincuenta que les echáron á fondo, sin diez mil hombres Africanos tomados á prision, y trece mil que muriéron en la ba-
9 talla. Fué tal el estrago, que viéndose Cartago despojada de navíos y de gente para favorecer á su buen Capitan Hamilcar Barcino, que siempre duraba dentro de la tierra haciendo maravillas, le mandáron con mensagero propio, que pospuestos los otros negocios por graves que fuesen, procurase luego paz con los Romanos segun viese pertenecer al provecho general de
10 Cartago. Lo qual él comenzó de poner en obra, tratando vistas con el Cónsul Cayo Lutacio: y en breves dias lo tuvo concluido y acabado como varon sabio y

pru-

prudente, considerando ser el oficio del buen Capitan, no solo saber vencer los enemigos, sino tambien alejarlos ó dexarlos en su fortuna quando convenga. Los 11
capítulos principales de la concordia parece que vendrán á propósito, si los ponemos en esta parte, pues á la verdad el rancor y mala voluntad que dellos procedió, traxo despues grandes turbaciones en España, como presto lo verémos. Primeramente contenian, que los 12
Cartagineses dexasen á Sicilia, con todos sus pueblos, y todas las islas menores de su comarca, libres y desembargadas; y que no trabasen pendencias contra Hieron, Rey de Sarausa, ni contra lugar alguno de la liga Romana; ni los Romanos tampoco contra los amigos de Cartago. Item, que los prisioneros fuesen restituidos de 13
los unos á los otros sin rescate ni precio. Quanto á lo 14
demas, Cartagineses y Romanos quedasen amigos y confederados, como primero lo fuéron, contribuyendo Cartago para los gastos hechos en esta guerra tres mil y docientos pesos gruesos de plata fina, que llamaban ellos Talentos Euboicos, repartidos en veinte años primeros venideros. De los quales talentos no de- 15
terminamos aquí su valor, porque los Autores discrepan el peso que cada qual tenia; ni dirémos dellos otra cosa mas de ser muy notorio que montaban una suma crecidísima; puesto que muchos Escritores concorden y los hagan de cincuenta y siete libras y quatro onzas de las antiguas, que solian pesar doce onzas comunes. Lo qual si así fuese, montaba cada talento des- 16
tos Euboicos ochenta y seis marcos justos de nuestro tiempo, que por ser de plata fina vale cada marco dos mil y quatrocientos maravedís Españoles, como los marcos de plata baxa, siendo de ley, valen dos mil y docientos y diez y seis. Así que montaba la suma 17
de cada talento Euboico, segun aquella cuenta, docientos y seis mil y quatrocientos maravedís Españoles: y todos los tres mil y docientos talentos arriba dichos,

en

en que Cartago fué condenada, seiscientos y sesenta cuentos, y mas quatrocientos y ochenta mil maravedís. Festo Pompeyo dice pesar cada talento destos Euboicos quatro mil dineros Romanos, lo qual no se tiene por muy cierto.

Desta manera cesáron aquellas guerras destas dos gentes, siendo gastados en ellas poco ménos tiempo de veinte y quatro años. Y luego despues de concluidas, dicen muchos de nuestros Coronistas, haber los Cartagineses recorrido las islas que poseian en el contorno de España, proveyéndolas de quanto fué menester. Fortaleciéron los puertos del Andalucía con fosas y muros en las partes donde no los tenian, ó los hallaban derrocados ó mal reparados: lo qual debiéron hacer, para que con la fama de su vencimiento no los acometiesen ó dañasen los otros Españoles comarcanos, que tenian por contrarios en aquella provincia, como ya lo tentáron alguna vez, segun dixímos en los libros pasados, puesto que destos eran pocos en el Andalucía. O puede ser que lo hiciesen, porque viendo ya los Romanos metidos en la mar, y con victoria tan grande, temerian que se les llegasen acá, para con alguna color honesta, qual ellos la solian buscar de que les placia revolver algo, metérseles en la tierra, sin dárseles mucho de la nueva capitulacion, á la qual, para decir verdad, los unos y los otros tenian poco respeto. Hallo yo tambien algunas memorias, que señalan el año sobredicho ser muy faltoso de lluvias por diversas regiones en España, con mengua de las quales no naciéron yerbas en los campos, y pereciéron muchos ganados y muchos hombres. En la mar hubo tempestades mas contínas y mayores que los años pasados: y cerca de Cádiz bramó la tierra, y anegóse parte de la isla, con otras aparencias y señales brabas y terribles, que pusiéron temor á las gentes en todas las tierras comarcanas.

CA-

CAPITULO VII.

Como queriendo venir en España flotas nuevas y gentes de la gran Cartago, para llevar adelante la conquista que por acá tenian comenzada desde muchos años ántes, sucediéron tales impedimentos, que la dilatáron largos dias.

Fenecida la qüestion de Sicilia, luego se tuvo por 1
muy cierta y por muy presta la venida de los Cartagineses en España mucho mas de propósito que nunca, pues habiéndola tanto codiciado desde los años antiguos, parecian faltar al presente los impedimentos que sobráron algunas veces, quando tenian pendencias con otras naciones: mayormente sabiéndose cierto que creian ellos remediar por aquí todas sus quiebras, y bastecerse de mineros, y de tesoros, y de gente valiente para quando fuese tiempo revolver sobre los Romanos. Y verdaderamente su jornada no tuviera duda, 2
si despues de la guerra Siciliana no cayeran en otra dentro de su tierra, menor en el tiempo que duró, pero mucho mayor en el peligro. De la qual fuéron causa las gentes cogidas á sueldo del exército viejo Siciliano, que como los pasasen á Cartago, diciendo quererles pagar el salario de muchos años que se les debia, llegados allá tuvo la paga dilacion, y la gente se rebeló con dos Capitanes de baxa suerte, que nuevamente hiciéron, el uno llamado Sependio, de nacion Italiana, y el otro nombrado Mato. Los quales comen- 4
záron á destruir aquellos derredores de Cartago con espantosa crueldad, solicitando muchas villas y pueblos comarcanos para que les ayudasen á derrocar la soberbia Cartaginesa, de quien ellos decian estar ya los Dioses inmortales enojados, y sufrirse ya contra toda razon en el mundo. Nunca la gran Cartago vió cerca de 5
sí

sí cosa tan peligrosa si mucho durara: porque como la tomó de súpito muy faltosa de dineros y de gentes, ni hallaban exército que la defendiese, ni si lo ha-
6 llaran tuvieran con que lo pagar. Muchos lugares Africa-
7 nos estaban ya declarados por contrarios. Mato y Sependio llegaban ya tan juntos á su ciudad, que tenian cercadas á Tunez, quatro leguas pequeñas de Cartago, y á Bona, la qual llamaban ellos Hyppon, y á Utica tambien, que fuéron tres villas no mas, pertenecientes en
8 la confederacion Cartaginesa. Y segun en España se platicaba por nuevas de navegantes y de muchas otras personas, traian ya los amotinados mas de sesenta mil hombres allegadizos, que se les viniéron de diversas partes
9 con esperanza del robo. Para remediar este peligro tan gravísimo, no dexáron los Gobernadores Cartagineses cosa por hacer de quantas en el mundo fué posible, buscando favor y dineros en los lugares que podian, señalando Capitanes, y resistiendo los estragos de sus adversarios, una vez con partidos que les moviéron á los principios, y despues con armas, quando no pu-
10 diéron mas hacer. Procuráron eso mesmo de reducir á las amistades viejas los lugares rebeldes, y confirmar-
11 las con los otros pocos que mantenian su liga. Pero como nada desto bastase para casi no ser destruidos, segun anduviéron poco dichosos y floxos algunos de sus Capitanes, y los adversarios crueles y diligentes, fué necesario rogar al buen Hamilcar Barcino que tomase cargo deste hecho, pues en aquella república no tenian cosa mas valerosa, y su reputacion era tal en toda parte, que las otras naciones y gente de guerra no reconocian al presente nombre mas espantoso ni mas ter-
12 rible. Salido, pues, al campo con sesenta elefantes armados, y siete mil hombres que se pudiéron llegar entre los mesmos vecinos de Cartago, con mas otros quatro mil buscados á sueldo, comenzó de venir al encuentro de los rebelados, y á detenerlos y gastarlos,

con

con tanta sagacidad y denuedo, que cada dia los iba deshaciendo y cansando, hasta que finalmente, pasados tres años y quatro meses despues que la pendencia se comenzó, rompió con ellos, y los desbarató de todo punto, matándoles casi toda su gente, como aquel que desde los primeros dias sentia de sí tenerles tantas ventajas en el conocimiento de la guerra, quanta le tenian ellos en la demasía de sus exércitos. Y como 13
quiera que la fama destas victorias le traxese gran estimacion sobre la que primero poseia, no menor se la traxo la clemencia que despues tuvo con los vencidos: porque sino fuéron algunos hombres principales del alboroto, que mandó lanzar á las bestias fieras, para que los despedazasen, en satisfaccion de muchas crueldades, que tambien ellos executáron en algunos caballeros Cartagineses durante la quistion. A todas las 14
otras gentes quantas fuéron presas en diversos recuentros, les dió libertad, sin algun interese de rescate, para que pudiesen volver á sus tierras: y si parte dellos quiso venir á su campo, les prometió salarios honrados, y les hizo buen tratamiento. Por aquellas excelencias crecidas, y por otras que cada dia mostraba, le 15
comenzáron á llamar todas las naciones que dél tuviéron noticia, Hamilcar el grande, como tambien se lo llamáron en España, quando poco despues acá vino para residir en ella, segun presto contarémos.

En este medio tiempo sucedió tambien otra seme- 16
jante turbacion en Cerdeña, contra la mesma Señoría de Cartago, sobre la paga de las banderas y gentes que tenian allí para defensa de sus castillos y lugares, publicando debérseles muchos y muchas armas, y mucha suma de vestiduras, pan y caballos, en que solian darles el acostamiento. Sobre lo qual proveyéron los 17
Cartagineses al Capitan Hanon, de quien arriba hablamos, con alguna gente forastera, quanta pareció suficiente para los aplacar, ó para los resistir. Mas él supo tan

mal hacerlo, que despues de llegado, queriendo mostrar nuevas crueldades en el castigo, les añadió mayor alteracion; y fué causa, que confederándose los principiadores del motin con los otros hombres de guerra nuevamente venidos, traidos por el mesmo Hanon, todos juntos lo prendiéron y lo crucificáron, y luego sin detenimiento pusiéron á cuchillo quantos Cartagineses
18 residian en Cerdeña. Y así quedáron ellos apoderados algunos dias en las fuerzas y sitios que Cartago tenia primero, hasta que los naturales de la isla echáron fuera, sobre quistiones, y robos y desafueros que hacian.
19 Estos así huidos de Cerdeña, pasáron en Italia por se
20 favorecer de los Romanos. Y dado que Roma tuvo placer muy crecido con su venida, mas de lo que nadie podria significar, no quiso de presto mostrarles ayuda manifiesta, para que luego se tornasen á Cerdeña, por no declarar que tan presto deshacian las capitulaciones
21 de Sicilia. Y por mayor disimulacion, en sabiendo las victorias Africanas del gran Hamilcar Barcino, se decia por España, que los mesmos Romanos havian despachado navíos llenos de trigo que proveyesen á Cartago graciosamente del mantenimiento que con las guerras pasadas tan graves y tan contínas le faltaban, mos-
22 trándoseles muy amigos y muy aficionados. Pero luego se dixo, que concluidas las pendencias Africanas, estos Cartagineses comenzaban á recoger exército de mar, para venir sobre Cerdeña: pero que los Romanos, como gente que traia sus inteligencias con los Sardos y Corzos, les iban á la mano diciendo que Cartago debia desarmar esta flota nuevamente bastecida, segun aquellos conciertos de Sicilia, pues dado que la guerra se publicase contra Cerdeña, parecia ser contra Roma y
23 sus confederados. Y así luego los Romanos proveyéron otra flota, para que si topasen galeras ó gente de Cartago peleasen con ellos, y no los dexasen tocar en Cer-
24 deña ni Córcega. Por esta razon la Señoría Carginesa viéndo-

viéndose fatigadísima de los peligros atrasados, y conociendo que por el presente no tenian tal pujanza que bastase para resistir á los Romanos, dexáron á Cerdeña con gran sentimiento de sus corazones. Sobre todos lo sintió mas que nadie la parentela de los Barcinos, y el gran Hamilcar con ellos, figurándosele que segun su valor él solo recibia todas estas afrentas, pues los adversarios no las dexaban de hacer á Cartago por su respecto dél, ni con su temor. Con todo esto lo disimu- 25
láron prudentemente: y por fingir que no miraban en ello, pagáron á Roma los pesos de plata que cabian á la parte destos años, en cumplimiento de los capítulos hechos en Sicilia. Y así quedáron las amistades mas en- 26
conadas y mas recocidas entre los unos y los otros que nunca. De las quales hemos aquí dado cuenta sumaria: 27
porque (como ya tengo dicho) de todas ellas así juntas redundáron poco despues en España muy crecidos enojos, con muertes y pérdidas de sus naturales. Y con- 28
viene que los lectores, quando vinieren á los hechos siguientes, entiendan las causas y los motivos, que fuéron ocasion de todo lo que sucedió.

CAPITULO VIII.

Como llegáron en España grandes exércitos Cartagineses, que traian por Capitan al gran Hamilcar Barcino: el qual juntándose con los Andaluces Turdetanos sus amigos antiguos, acabó de pacificar algunos lugares que todavía perseveraban en la contradiccion Cartaginesa.

Pasado el verano sobredicho donde se dió fin á la 1
pendencia destas dos gentes Cartaginesas y Romanas, y llegados ya los principios del Otoño del año mesmo, quando se contaban docientos y treinta y siete ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, habia diversos

juicios en España, sobre la venida de los Cartagineses al Andalucía: la qual venida, puesto que nadie la dudase, muchos imaginaban que la dilatarian algunos dias para descansar de sus trabajos, y para se rehacer de gentes y provisiones, y de las grandes necesidades que les
2 traxéron las guerras pasadas. Por otra parte los mercaderes Africanos moradores en Cádiz y sus comarcas, publicaban estar ya navíos á punto, recogidos en el puerto mayor de la Ciudad de Cartago para comenzar
3 el viage. Lo qual eso mesmo certificaban todos los navegantes de las otras gentes que por acá discurrian. Andando las opiniones en esta reyerta, teniéndose todavía por ménos dudosa la relacion de la jornada hasta los principios del verano siguiente, llegó número de galeras armadas al estrecho de Gibraltar, llenas todas ellas de gentes Cartaginesas, y Griegas y Francesas, cogidas á sueldo, que traian por Capitan y Gobernador al gran Hamilcar Barcino, con facultad y poder absoluto, segun pareció despues, para regir las poblaciones y puertos de mar que Cartago conservaba por el Andalucía, juntamente con todas las islas de su señorío, quantas poseian dentro de nuestro mar Mediterráneo, sin limitacion de los gastos que quisiese hacer, ni repugnancia sobre qualquier conquistas nuevas que comenzase, ni contradiccion en las amistades y ligas que pusiese con gentes ó naciones ó caballeros Espa-
4 ñoles. Y dado que las corónicas latinas no señalen abiertamente quántas fuesen estas galeras, ni los navíos de servicio que traian, ni los combatientes que viniéron en ellas, está claro que sean quantos la Señoría Cartaginesa pudiese llegar en esta coyuntura, pues que su Capitan era tan valeroso, que no tomaria cargo de negocio tan arduo, sin aparejo bastante de buen éxito: mayormente que sabemos cierto seguirle muchas personas principales de las otras ciudades comarcanas á Cartago, que por su gran reputacion, y por el amor

que

que todos le tenian, traxéron gentes Africanas en cantidad. Y si todos aquellos no bastaran, conocíase que 5
los Españoles deste siglo vivian divididos en tal repartimiento de naciones, y tan discordes entre sí, que los unos pelearian contra los otros, y con ellos mesmos se les haria la guerra. Vino con Hamilcar esta vez 6
su hijo Hanibal, niño pequeño de casi nueve años: el qual pocos dias ántes quando la flota se bastecia, queriendo su padre sacrificar á los ídolos, como los Gentiles acostumbraban, por los tener amigables y favorecedores en aquella jornada, llegósele halagado y enamorándole, para que le traxese consigo. Y allí vista 7
la peticion deste niño, teniéndola su padre por buena señal de lo que despues aconteció, le hizo jurar sobre los altares del sacrificio, que si los dioses lo llegaban á ser hombre, gastaria sus pensamientos y posibilidad, en hacer siempre guerra contra los Romanos. Tiénese 8
creido, que con Hanibal vendria tambien su madre, pues dicen ser Española, con otros tres hermanos menores que ya tenia, llamados el uno Hasdrubal, y el otro Magon, y el quarto Hanon: por los quales solia decir muchas veces su padre, que criaba quatro leoncicos feroces y denodados para destruimiento de la Señoría Romana. Y así ciertamente lo pusiéron ellos en 9
obra quando tuviéron edad, en especial Hanibal su hijo mayor, que salió uno de los excelentes Capitanes que primero ni despues naciéron entre los hombres, como presto lo verémos en el proceso desta corónica. Lle- 10
gado Hamilcar en España, los Turdetanos Andaluces, pueblos mas cercanos á los puertos donde se hizo la desembarcacion, acudiéron á le visitar, y dar el parabien de su venida, con ofrecimiento cumplido de todo quanto hubiese menester, así de gente, como de mantenimiento: y los hombres principales desta nacion le viniéron acompañando hasta la isla de Cádiz, donde comenzó de hacer en el templo del Dios Hércules nue-

nuevas plegarias y devociones á él y á los otros ídolos.
11 Allí renováron las nuevas amistades y ligas antiguas que
Cartago y estos Turdetanos tenian, con grande cere-
12 monia de sacrificios y juramentos. En esto, y en visitar algunos pueblos comarcanos, y en pacificar otros que se mostraban alterados, y en principiar inteligencias entre los mas rebeldes, se gastáron los meses que faltaban del año sobredicho, con los del invierno si-
13 guiente. Y aquellos pasados, cesando las tempestades y frios que suelen acontecer en semejantes dias, Hamilcar sacó sus banderas de los aposentos, y puestas en campo, hizo su reseña general para tenerlas á punto, con armas y caballos, y con todo lo necesario, mostrando que seria bien caminar contra las otras gentes y provincias de mas adenrro. Luego como fué publicada la guerra, comenzáron á venir continas mensagerías, particulares y generales, de muchos Españoles vandoleros, y de muchas naciones y parcialidades que deseaban conocer al gran Hamilcar, para seguir, y llevar sus acostamientos, creyendo que si lo tuviesen favorable, podrian dañar y perseguir á sus
14 enemigos. Estos quando llegaban, eran muy bien recibidos, y muy festejados y bastecidos de quales-
15 quier joyas ó presas á que mostrasen aficion. De manera, que con la buena gracia deste Capitan Cartagines, y con su liberalidad y prudencia le quedaban tan aficionados los Españoles con quien trataba, que brevemente conoció tener en España, sin salir fuera della, todos los aparejos convenientes para sojuzgar quanto della quisiese, y que ganándola de su parte, con ella sola podria recudir sobre los Romanos, y cobrar dellos á Sicilia y á Cerdeña, y destruirlos al remate si fuese
16 menester. Con el alegría de conocer esto, se metió por el Andalucía, guerreando los lugares rebelados, que faltaban de reducir á la liga Cartaginesa, donde cobró mucha parte de las fortalezas y torres que sus antece-

so-

sores habian edificado sobre los mineros de metales y pedrería preciosa, primero que sucediese la mudanza y alteracion antigua, de quien hablamos en los veinte y quatro capítulos del tercero libro. Lo qual hallo fá- 17
cil de concluir, por ser las poblaciones alteradas pequeñas y pocas, á causa que (como diximos en otra parte de aquel tercero libro) los Turdetanos sus amigos les habian reducido muchas dellas el tiempo pasado. Pero fué cosa de gran importancia la pacificacion 18
desta gente, no solo por tener su provincia segura de todas partes, y sin algun rezelo de mudanza, quando quisiese salir della, sino tambien por los grandes y crecidos provechos y riquezas que dentro se halláron, tanto, que las vasijas del servicio comun y quotidiano de todos estos Andaluces, como son ollas, y jarros, cántaros, platos, calderas y escodillas, y las otras de menor calidad eran de plata finísima, la mas acendrada y subida que por el mundo se hallaba, hasta las bacías ó gamellas en que comian y bebian sus caballos. Y conviene tener aviso, que si por algunos Au- 19
tores leyeremos haber este gran Hamilcar hecho guerra contra los Turdetanos, no se debe tomar por los Andaluces moradores en la region antigua y particular, que propiamente se decia Turdetania, cuyos aledaños ó linderos dexamos aclarados en los treinta y un capítulos del segundo libro: pues á la verdad con el favor destos acabó siempre Cartago lo principal de sus hechos en España, sino por los otros vecinos restantes del Andalucía, que generalmente los Españoles nombraban Turdetania, desde Guadiana, hasta la mar, á quien despues los Cosmógraphos Latinos y Griegos llamáron Bética, por respecto del rio Betis, que corre siempre por medio della, dicho Guadalquevir en este nuestro tiempo.

CA-

CAPITULO IX.

De la fundacion hecha en España por el gran Hamilcar Barcino, de cierta ciudad que llamáron despues Cartago la vieja. Cuéntase bien especificadamente lo que podimos alcanzar de la parte donde la tal ciudad fué situada los tiempos antiguos ante que pereciese.

1 Como la pacificacion de los Andaluces tuvo fin, el gran Hamilcar quisiera pasar adelante, prosiguiendo su guerra con el calor destos buenos acontecimientos, sinó que los Españoles del exército se le comenzáron á derramar, publicando serles necesaria la vuelta de sus casas para segar el feno de los prados, y coger algun fruto del campo, que se les perderia con el invierno
2 que ya venia. Por esta razon, todas las compañías restantes de los extrangeros Africanos, y Franceses y Griegos, fuéron divididas en dos meitades: unos quedáron entre los Andaluces nuevamente conquistados á manera de frontería contra las gentes comarcanas: otros baxáron con el Capitan General á los puertos donde tenian su flota, creyendo todos ellos que por allí residirian hasta mucha parte del año venidero, sin mover cosa de guerra, ni de quistiones, aguardando que la
3 gente de España diese vuelta. Mas el tiempo siguiente sucedio siempre tan sosegado y apacible, que vista la blandura de la mar, y las pocas fortunas del invierno, se determináron á meter en el agua, por no vivir ociosos, y por tentar si tambien aquí hallarian tal prospe-
4 ridad, qual halláron en lo de la tierra. Y así recogida la mayor parte de sus galés con algunos navíos mayores de Cádiz, tomáron gente de la provincia quanta les quiso seguir, que montó suficiente cantidad: y todos juntos comenzáron á costear las riberas de España con-

contra las partes de Levante, que van á la punta del monte Pireneo, reconociendo muchos pueblos que por allí moraban, y confirmando con otros las buenas amistades y buenos conocimientos, puestas con este gran Hamilcar los dias pasados, quando fué Gobernador de Mallorca. Finalmente, recorrida muy de 5
vagar toda la marina sobredicha, negociando por ella cosas de gran substancia, llegáron á la boca de Ebro, donde metidos el agua arriba, saltaban algunos de ellos en tierra, para negociar aquello mesmo que negociaban con los otros pueblos, hasta llegar á parte que los navíos no halláron en el rio hondura bastante con que pudiesen caminar. Y puestos allí sobre las 6
maromas y cables, toda la gente salió fuera, para reconocer y tratar, y sentir la condicion y costumbre de los moradores restantes de estas riberas, cuya conversacion y tratanza, quanto mas la procuraban, tanto mas se descubria feroz y terrible. Todos andaban 7
armados, y metidos en qüestiones y bandos unos con otros, muy arriscados en cada parte con exercicio contino de sus peleas. Y lo que ponia mayor desconfianza de poderlos aplacar, era ser gente sin codicia de riqueza, que ni tenian uso de dinero, ni de los otros intereses humanos movedores de los hombres, sino de la venganza sola de sus enemigos. Por otra parte, su 9
mucha division y sus grandes contiendas, parecian dar entrada para les hacer qualquier daño, quanto mas poseyendo comarcas pequeñas, de pueblos no fortalecidos, y ser ellos en sí rústicos, y tan discrepantes en condicion, quanto lo fuéron en apellidos. A los 10
unos llamaban Edetanos, otros Ilercaones, otros Acetanos, otros Ilergetes, otros Cositanos, otros Vascones, y mas apartados del rio cercanos al monte Pireneo, los Ausetanos, y Castellanes, y Ceretanos, y Laletanos, naciones todas á la verdad, puesto que pequeñas, ferocísimas y de gran peligro: cuyos linderos

y rayas, por donde se dividian en las partes que caen agora de Cataluña y Aragon, y mas la causa de sus nombradías antiguas, pondrémos adelante cada qual
11 en su lugar. Estando, pues, el Capitan Cartaginés embarazado y pensativo sobre la manera que tendria con tantas gentes y tales, viniéron los principios del año siguiente, que fué docientos y treinta y cinco ante de la natividad de nuestro Señor Jesu-Christo: en el qual tiempo se halló bien alejado del rio, metido mas de
12 lo que quisiera por aquellos pueblos ya dichos. Y visto que llegado á tal parte, la rotura no se podia excusar, y que comenzada seria penosa de proseguir, no teniendo mas aparejo del que hallaban en la provincia, determinó para mayor brevedad edificar una poblacion dentro destas gentes: y tal diligencia pusiéron todos ellos en abrir los cimientos y cavar los fosados, y levantar baluartes y vallados en derredor á semejanza de murallas, y en labrar casas y chozas donde pudiese residir, que dentro del año presente pareció la poblacion ordenada y entera, grandemente fortalecida de toda parte: la qual fué llamada Cartago, por contemplacion y memoria de la gran Cartago Africana, cuyo natural y capitan era su fundador
13 Hamilcar. Esta se dixo despues en España, Cartago la vieja, para diferenciarla con otra Cartago la nueva, que pocos años adelante fundáron tambien acá los mesmos Cartagineses, en la marina de los Españoles nombrados Contestanos, y dura hasta nuestros dias no tan prosperada como en los tiempos antiguos, y se llama Cartagena, segun presto lo tratarémos en los
14 capítulos siguientes. Alguna persona de estos reynos, discreta, sabia y muy leida, porfió conmigo diversas veces, ser aquella Cartago vieja la ciudad de Tortosa, que hallamos hoy dia sobre las riberas deste rio Ebro: y quanto á la mudanza del apellido, sospechaba que despues los Romanos le debiéron trocar el nombre

quan-

quando señoreáron aquella region, como lo trocáron á muchos pueblos Españoles, de quien hablarémos adelante, por no dexar en ella (segun éste creia) memoria que procediese de Cartagineses. Pero cierto no 15
lo miró segun yo dél esperaba: pues allende que Juliano Diácono hace mencion desta Cartago, y de Tortosa, como de pueblos vecinos y discrepantes, Ptoloméo, tambien Cosmógrapho singular, les da sitios muy diferentes en la region de los Españoles antiguos, á quien solian decir Ylercaones: á Tortosa llama Dertosa, ó segun otros libros, Dertusiun: y á Cartago, de quien agora tratamos, su nombre propio. Certifi- 16
canme gentes de Cataluña, moradores en la comarca de Tortosa, que tres leguas mas adelante, caminando la vuelta de Tarragona, junto con un lugar nombrado Perello, se muestran hoy dia paredones caidos en figura de fundacion antigua, los quales imaginan que pudiéron ser desta Cartago la vieja. Mas tampoco 17
la tal conjetura me satisface, porque Ptolomeo señala su postura y asiento mas al Septentrion que Tortosa. De modo que forzosamente debió caer á la 18
Tramontana, y no contra la parte del Medio-dia Oriental, como cayera necesario por aquel camino que dicen estos del Perello: donde parece que si muestras ó señales quedáron en España desta Cartago vieja, las ha de buscar encima de Tortosa, quien tuviere codicia de semejantes antigüedades, y no mas abaxo como vienen á Tarragona. Muchas otras personas que 19
parecen algo mas consideradas, han tenido sospecha grande ser la Cartago vieja Española, cierto lugar en Aragon de la órden y encomienda de San Juan, llamada pocos dias ha Cartaneta ó Catravecha, y agora mas corrompido el vocablo Cantavecha, situada junto con los montes ó puertos de Tortosa casi diez leguas apartada della contra el Occidente Septentrional, puesto que Ptolomeo difiera desto como suele diferir en

el sitio de muchos lugares Españoles que van señala-
20 dos en esta Corónica. Háceme sospechar esta diferencia de Ptolomeo, ser engaño suyo ver el asiento mesmo que nuestros Autores le dan ser el propio de Canta vieja, y que si fuera donde Ptolomeo la pone, viniera por las margines Orientales de los Españoles Yfercaones, y no dentro dellos, como nuestros Coronis-
21 tas afirman, y como lo vemos á Cantavecha. Llégase con esto durarnos el rastro de su nombre poco corrupto, que fué siempre gran indicio para caer en el sitio de los pueblos muy antiguos, quando las otras
22 muestras no discrepan. Desta poblacion Española, donde quiera que fuese no dicen nuestras historias mas, de que si Hamilcar su fundador anduviera siempre dentro, bastara con la fortaleza de su sitio, y con el buen recaudo que le puso para sojuzgar quantos Españoles
23 le caian comarcanos. Acometíalos y guerreábalos tan contino que muchos dellos apremiados y constreñidos de su gente, tratáron conciertos amigables con Hamilcar, y quedáron en la confederacion y liga de Carta-
24 go. La nacion eso mesmo de los Españoles Celtiberos cercana desta region, cuyos linderos y términos declaramos en el tercero capítulo del segundo libro, deseáron el amistad y conocimiento deste capitan Cartaginés, enviándole mensajeros y dones allí con certificacion, que quando los hubiese menester, y los requiriese, tomaria sus gages, y holgaria de le favorecer y seguir sus exércitos.

CA-

CAPITULO X.

Como Hamilcar Barcino, juntando muchos Españoles, hizo gran entrada por las regiones de España. En este camino los Andaluces Turdetanos, por inducimiento suyo dél poblâron un lugar, para tomar ellos competencia con la ciudad de Monvedre, y con algunas otras naciones comarcanas, en quien la Señoría Cartaginesa pareció que tendria por allí contradiccion.

No pudiéron estas cosas negociarse tan presto, 1
que no pasasen dos años cumplidos en las ordenar y proveer: en los quales dias tampoco los otros Capitanes del gran Hamilcar estuviéron ociosos por el Andalucía, sino muy negociados y diligentes en recoger los Españoles que venian á tomar sueldo, pasando con ellos adelante sin faltar hora ni punto, ni perder ocasion buena que se les ofreciese. Pero como la presen- 2
cia del Capitan General sea necesaria para remediar y regir acontecimientos nuevos que las guerras traen de contino, convino dexar en estos dias su nueva ciudad muy bien guarnecida de gentes, y de pertrechos y mantenimientos, y volver al Andalucía con la mayor parte de sus navíos. Y como quiera que la sazon desta 3
vuelta fuese bien conveniente para negociar qualquiera hecho de guerra, por ser el verano del otro año, que se contáron docientos y treinta y tres ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios: pero ninguna cosa déstas ponen las historias haberse hecho. No sé yo 4
si fuese por esperar la salida, que tendrian unas alteraciones que pueblos de Cerdeña comenzaban contra los Romanos, por inducimiento de los otros Cartagineses Africanos, ó segun certifican algunas de nuestras historias Españolas, por las grandes y contínas inteligencias

cias encubiertas que Hamilcar allá traia: pero súpose presto, que las guarniciones y defensas Romanas habian resistido varonilmente, con ayuda nueva que les vino de Italia, y que todo lo de Cerdeña quedaba ya
5 sosegado. Pudo tambien cesar acá la guerra por alguna mala disposicion de este Capitan General, ó por otros impedimentos importantes que no sabemos, ó porque todos aquellos dias gastarian en aparejar materiales de bastimentos, armas, caballos y vestiduras de guerra, quales usaban dar los antiguos á sus gentes en pago del acostamiento, para con tal aparejo hacer despues el gran Hamilcar entrada por la tierra mayor, y mas de propósito que nunca: como lo hizo el año adelante, que luego viniendo tiempo caliente, fuéron llamados los Andaluces Turdetanos, sus amigos viejos, y todos los Españoles confederados á Cartago: tambien otra gran copia de gentes traidas á sueldo, y entre ellos muchos Galos Célticos Españoles, muy bien encavalgados, iten algunos Moros fronteros al Estrecho de Gibraltar: con los quales, así juntos en número de sesenta mil combatientes por tierra, y veinte mil por la mar, comenzó de mover en lo largo de España, contra las regiones Orientales della, donde caen agora los reynos de Murcia y Valencia, llevando sus navíos algunos dias á vista del Exército, mucho cargados de municion y vituallas, y por medio de las banderas de tierra distribuidas grandes piaras de ganado, y crecidas requas que traian el fardage: y así caminaban, hasta que pasado bien adelante, se metió mucho mas en
6 la tierra. Fué tan espantosa su pujanza, que ningun pueblo ni provincia, de quantas cayéron en aquel camino derecho, le resistian: unos tomados á pura fuerza con daños y destruiciones gravísimas, otros rece-
7 bidos á partido. Las poblaciones de los lados acudian con mantenimientos y presentes, y con quanto parecia ser provechoso para ganar el amor deste Capitan:

y

y no ménos lo hiciéron otras mas alejadas por las nuevas que dél volaban á toda parte: con los quales viniéron mensageros de Monvedre, con ofrecimiento y dádivas asaz honestas, puesto que no traxéron aquel hervor que los otros, como ciudad sin rezelo, que ni sospechaban mal de nadie, pues á nadie lo hacian, ni procuraban otra cosa, sino la conservacion de su libertad y de sus amigos, ni daban señal que se comedian á ello, mas de por su propia bondad, y no por acatamiento ni respeto que debiesen á Cartago, muy al reves de lo que Hamilcar Barcino pretendia. Lo mes- 8
mo se conoció de los pueblos confederados á Monvedre, conviene saber, Empurias y Denia, con otros dos lugares en la costa, que viene desde la boca de Xucar hasta la parte donde fué despues edificada la ciudad de Cartagena, cuyos nombres no declaran los Cosmógraphos: y mas la poblacion de los Foceenses á los principios Orientales del Andalucía, que siempre siguió la parcialidad de estos otros, de la qual poblacion apuntamos otra vez algunas cosas en el tercero capítulo del segundo libro. Sentidas aquellas voluntades tibias, Ha- 9
milcar quiso invernar allí sin despedir hombre del exército, para tomar ocasion disimulada de confundir estas tierras. Y porque los daños anduviesen mas conti- 10
nuos y perpetuos, imaginaba siempre como buscase division á los Saguntinos de Monvedre con algunos Españoles poderosos sus naturales: y nadie les pareció mejor en tal caso, que los Andaluces Turdetanos, pues era nacion en quien sobre todas estas calidades concurria gran fidelidad á la parte Cartaginesa, por cuya razon él podia tener color de se meter en la pendencia, con achaque de favorecer á sus amigos: puesto que bien mirado los Saguntinos de Monvedre no se podian llamar enemigos, y creia Hamilcar Barcino, que quando no sucediesen bien estos hechos, con poner paz en la turbacion que levantaba, le quedarian todos obligados

11 dos en ambas partes. Por este respecto se principiáron algunas pláticas en diversos dias y por diversos lugares, diciendo que los términos viejos de la provincia de Turdetana solian ocupar aquella region, donde los exércitos invernaban, y que los ancianos de Monvedre los habian usurpado con gran perjuicio de los Turdetanos: para confirmacion de lo qual no faltáron testigos hechizos, que certificaban haber oido decirlo muchos tiempos ántes á sus progenitores, ni cesaban relaciones ni memorias fingidas, como que las traian sacadas de los archivos y de las corónicas antiguas de Cartago, hechas y conservadas desde que sus gentes trataban en España, donde sobre diversos propósitos declaraban los términos y rayas de muchas provincias Españolas. Y como la codicia mundana sea de tal calidad, que siempre venza los hombres, y turbe los entendimientos por muy concertados que sean, creyéron los Turdetanos ser verdadero quanto les decian en aquel caso: y comenzáron á ponderar sus injurias, y querer pedir satisfacciones ó recompensas del tal negocio. Para mejor de mandarlas, cimentáron una villa donde su gente continuase la posesion desta provincia, de quien decian estar despojados, basteciéndola muy en abundancia de quanto les pareció convenir. Titolivio Patavino, Coronista Romano, sobre cierto propósito que tratarémos en los treinta y quatro capítulos del quinto libro, hace memoria desta poblacion, sin declarar el nombre que tenia: mas algunas de nuestras historias Españolas lo declaran, particularmente las de los dos Julianos que la llaman Turdeto, como se nombraba su ciudad principal desta gente Turdetana, puesta en los fines Occidentales del Andalucía, segun ya lo manifestamos en los treinta y un capítulos del segundo libro. Agora tienen algunos por cierto ser la ciudad que llaman Teroel, en el Reyno de Aragon: y no hallan inconveniente quedar edificada veinte leguas de Monvedre contra

12

13

14

15

tra Zaragoza, pues la distancia parece razonable para salir al encuentro, quando los de Monvedre se les quisiesen desmandar: y junto con esto para conquistar los Españoles de mas adentro, y si los de Monvedre quisiesen venir á lo bueno, poder disimular, y no les mostrar que principalmente se hacia contra ellos. En la qual razon, para decir verdad, no sabria yo qué 16
certinidad hubiese, pues Teroel está claramente dentro de los Españoles que solian llamar Celtiberos, como lo mostrarémos adelante, nacion muy feroz y muy libre: donde parece, que ni los Cartagineses ni Turdetanos alcanzáron jamas posesion, ni los de Monvedre bastarán á tener usurpado lo que les achacaban, por ser los Celtiberos mucho mas poderosos. Y bien mirado, si se hiciera como dicen, mas fuera 17
la nueva poblacion contra los Celtiberos, que contra los de Monvedre, lo qual ellos no consintieran segun se preciaban de guerreros y valientes: pero como digo, ni yo puedo contradecir al presente, ni certificar cosa déstas.

CAPITULO XI.

Como los Exércitos del gran Hamilcar Barcino moviéron sus estancias de la parte donde tuviéron el invierno pasado: y llegados á las aguas del rio Ebro se hiciéron bodas mucho solemnes entre cierta hija deste Capitan Hamilcar con otro Caballero Cartagines nombrado Hasdrubal.

Fuéron los Saguntinos de Monvedre tan consi- 1
derados en sus hechos, que no solo no mostráron alteracion de ver la nueva ciudad así hecha contra ellos, sino gran contentamiento de su vecindad, con deseo verdadero de los complacer: y quanto á las quejas y murmuraciones pasadas nunca asistiéron ni contradi-

xéron cosa que los Turdetanos pudiesen alcanzar en todas aquellas comarcas, si no les tocasen dentro de Sagunto, dándoles á sentir lo poco que deseaban haciendas agenas, y que de las suyas tenian por mejor lo razonable que lo superfluo: con la qual moderacion y buena costumbre les viniéron siempre tantos bienes, que fuéron riquísimos y muy reverenciados de quantos
2 los conocian. Hamilcar Barcino quedó satisfecho de ver en órden la ciudad sobredicha, por dexar en ella suficiente morada y aposento de discordia, pues era claro que dos gentes tan poderosas como Turdetanos y Saguntinos teniendo vecindad, habian de competir un dia que otro, conforme á la condicion humana, que jamas puede buenamente sufrir igual en su vecindad,
3 quanto mas á quien pretende ser mas poderoso. Con esto salió de aquellas comarcas él y sus exércitos, siendo pasados pocos dias del año siguiente, que fué docientos y treinta y uno ántes que nuestro Señor Jesu-Christo naciese: pero la jornada se recreció mucho mas dificultosa que la primera, por haber dado vuelta muchos de los Españoles á sus casas, sin los poder re-
4 sistir, puesto que ya comenzaban á tornar. Y la destruicion hecha por los restantes en aquellas provincias donde invernáron, fué tan escandalosa y cruel, y puso tanto temor á los otros Españoles de mas adentro, que quanto duró su viage, siempre los halláron alterados y metidos en armas: muchos desamparaban sus lugares, y desviadas las mugeres, y los ganados, y los hijos, perseguian el exército por las malezas y pasos que podian, sin dexar daño que no les procurasen: unas veces atajándoles los mantenimientos, otras acometiendo los reales quando paraban, y metiéndoles fuego por diversas partes: otras haciendo sus arremetidas denodadas: y generalmente ninguno se desmandaba de los enemigos, que no fuese luego puesto á cuchillo, todo esto con tal perseverancia y osadía, que

si

si traxeran banderas ordenadas, ó tuvieran Capitan ó cabeza que los acaudillara, nadie los pudiera resistir. Mas aquello que les faltaba, tenian de sobra sus contrarios, por la gran excelencia de su Capitan Hamilcar, el qual iba contino tan concertado y entero que siempre ganaba tierra, hasta llegar cerca de las aguas del rio Ebro, recibiendo muchos daños y haciéndolos. Allí reposó la gente dentro de la ciudad Cartaginesa que tenian en aquella comarca, y en algo de su derredor: mas tampoco pudiéron aquí tenderse como quisieran, ni tomar aposento por los otros lugares que primero dexáron pacíficos, á causa que muchos dellos con el ausencia larga del gran Hamilcar Barcino mudáron la voluntad, y los hallaron rebelados. Las galeras y navíos eso mesmo de la flota fuéron sacados á tierra, y algunos calafeteados de refresco, otros saburrados con nuevo lastre, con nueva guarnicion de cuerdas, velas y herrage, para con ellos y con otros que se comenzáron á labrar, y con mucha gente de Celtiberos Españoles que venian á recibir sueldo, renovar en aquellas partes la guerra por mar y por tierra, con intencion de las sojuzgar todas, y no salir dellas sin lo concluir, ó morir en la demanda. Entre tanto que los bullicios duraban, procurándose con sobrada diligencia las mayores provisiones de guerra que nunca en España se viéron, el gran Hamilcar Barcino dió por muger una hija suya, doncella de muy galan parecer, á cierto caballero mancebo tambien Cartagines, llamado Hasdrubal, pariente suyo cercano, y de no ménos buena disposicion que la doncella: pero sobretodo muy principal en la casta de los Barcinos, y rico demasiadamente: cuyas bodas fuéron solemnizadas con aparato pomposo, conforme á la magnificencia de los que las hacian, y á la cerimonia de sus tiempos. Esta doncella no parece ser hija de la madre Española que tuviéron Hanibal y sus tres hermanos, pues siendo Ha-

nibal hijo mayor, segun las Corónicas declaran, y no teniendo por aquella sazon mas de diez y seis años y no cumplidos, como dellas mesmas se recolige, fuera la novia muy pequeña si naciera despues dél y de tal madre.

CAPITULO XII.

De los tratos y nuevas confederaciones que por parte del gran Hamilcar Barcino se comenzáron á negociar con los Franceses moradores en el otro lado del Pireneo, á fin de los enemistar con los Españoles sus comarcanos, para los embarazar unos con otros.

1 Pasadas las fiestas del casamiento, Hamilcar quiso luego principiar otro negocio nuevo, no ménos provechoso para sus intentos, que qualquiera de los pasados.
2 Esto fué tratar amistades y ligas con los pueblos moradores en el otro lado del Pireneo, que viene por sus faldas y vertientes fuera de España, los quales ya diximos en el tercero capítulo del segundo libro ser llama-
3 dos Galos Bracatos. Pero largos años adelante vino multitud de Alemanes, nombrados los Francos: y ganada la tierra (como verémos en la segunda parte desta Corónica) se mezcláron con aquellos Galos, y comenzáron todos juntos á se decir Francos, y despues Franceses, y Francia toda su provincia, con las otras á ella comarcanas: y así los llamarémos desde aquí por todas las partes de nuestra escritura quando vinieren á propósito: para que los lectores deste tiempo nos entiendan, pues agora, como digo, no tienen otro nombre.
4 Negociaban el amistad sobredicha personas del exército Cartagines, naturales de la mesma tierra de Francia, que residian con el gran Hamilcar desde que vino en España: y pareció maravilla, siendo tan apropiadas para
5 su negocio, no hallar buenas entradas en él. Rezelaban aquellos Franceses, dias habia, la prosperidad deste

te Capitan, y creian que fenecida la guerra de España, pasaria los montes Pireneos contra ellos, y haria por allá lo mesmo que por acá: de suerte, que ni les pesaba con la dilacion destas pendencias Españolas, ni con qualesquiera desgracias que le sucediesen: y si los Españoles pidieran sus ayudas, las tuvieran asaz abundosas. Conocer aquello, fué mayor causa para que Hamilcar Barcino porfiase la conclusion de su liga, buscando tales maneras y tan continas, y dando tantos presentes de caballos enfrenados y jaezados, y de collares de oro y de plata, y de cadenas y de joyeles, anillos, axorcas, brazaletes, manillas y vasijas preciosas, que pudo con esto ganar el amor de muchos Franceses principales, por ser ellos en aquel tiempo muy aficionados á traer semejantes atavíos. Y ciertamente si les diera mucho mas, le hicieran poca mella, segun las increibles riquezas que ya tenian él y quantos andaban en su campo, sacadas y robadas de los mineros, y despojos habidos en España. No solamente los hombres guerreros de su campo tenian esto, sino todas las villas y pueblos Africanos estaban ya llenos de caballos, armas, esclavos, y dineros ó metales Españoles: donde resultó que muchos Autores peregrinos que no saben la verdad, entendida la demasía de tales tesoros, y considerados los gastos que Cartago siempre traxo con exércitos y flotas, y con edificios nuevos, y dádivas, y deudas que pagaban; y vista la riqueza sobrada que por aquel tiempo tenian, con los otros pueblos sus allegados, lo qual todo bien mirado, montaba suma sin cuento, creyéron ser allí los primeros inventores del Alquimia, donde con mezclas y confecciones diversas hacian oro subido de materiales mas baxos. Pero mirándolo cuerdamente, la poca tierra de España que tenia, fué siempre lo mas principal y mas cierto de sus abundancias y de sus alquimias y riquezas verdaderas.

6

7

8

9

CA-

CAPITULO XIII.

Como parte de los Españoles Catalanes viniéron al encuentro del exército Cartagines, que salia por su tierra muy poderoso con el Capitan Hamilcar: y fué tanta su resistencia, que Hamilcar sin poder llegar donde quisiera, se vió con ellos en muy peligrosas afrentas y turbaciones.

1 Principiados los tratos con aquellos Franceses, y ganadas las voluntades arriba dichas, el gran Hamilcar Barcino se quiso llegar cerca dellos á la raiz de los montes Pireneos, pareciéndole que quanto mas junto 2 los tuviese, tanto mas presto concluiria sus ligas. Y así comenzó de sacar las banderas fuera de los aposentos, y mandó que su yerno Hasdrubal tuviese cargo de la flota, para con ella reconocer y segurar aquellas ma- 3 res. La gente de tierra comenzó tambien de caminar y tomar el viage por la region de ciertos Españoles nombrados Cositanos, cuya marina tenia poco ménos de veinte leguas en largo, contadas por la vuelta de Levante, desde la boca del rio Ebro hasta la boca del rio que decian en aquel tiempo Rubricato, llamado por este nuestro Lobregat, el qual divídia los Cositanos ya dichos de los Españoles Laletanos mas Orientales, quedando casi en el medio desta ribera Cositana la muy antigua ciudad de Tarragona, no tan principal ni con tanta reputacion como tuvo despues. Cor- 4 ren las aguas del rio Lobregat, dado que no sean muchas, guiadas y seguidas contra Medio-dia desde Septentrion: manan sus fuentes en un ramo de montes que sale del Pirineo: tendido contra la vuelta de Poniente, no léjos de nuestro mar Mediterráneo, cuyas fraguras y punta fenecen algo mas baxo de donde hallamos agora la devota casa de nuestra Señora de Monser-

serrat: y fuéron aquellos dias las tales cumbres ó sierras, mojones ó division, que tambien apartaban por allí los Cositanos antiguos de los que se llamaban Acetanos. Luego salia del fin destos montes en lo baxo de 5
Monserrat contra las partes Orientales una raya de traves ó soslayo, sin parar hasta la boca de Ebro, dividiendo los mesmos Cositanos de los Españoles Ylercaones, en tal faccion y manera, que Tortosa con la posterra corriente del rio Ebro quedaba en aquellos pueblos Ylercaones: mas ha de notar quien mirare los términos ó mojones de estas gentes pasadas, que Ptolomeo Cosmógrapho puso la boca del rio Lobregat muy alejada de su lugar y mas Oriental que fuera razon, no sé yo si por falta de buenas informaciones, ó por culpa de sus escribientes ó trasladadores, que le deben tener allí los números dañados. En aquella co- 6
marca de los Cositanos se detuviéron los exércitos algunos dias, y no declaran nuestras historias ni las agenas tampoco los trances ó recuentros que pasáron con sus naturales, ni dicen si los halláron pacíficos ó rebeldes: pero si halláron de todo, de sospechar es que tan esmerado Capitan como los Cartagineses traian, no saliera de la provincia sin dexar las espaldas seguras. Mas como digo, nadie puede certificar cosa des- 7
to: solamente sabemos, que pasadas las aguas de Lobregat, el gran Hamilcar Barcino, metido ya por los Catalanes Laletanos, halló grandísima contradiccion en su viage, tanto que llegado casi quatro leguas adelante sobre la ribera de un otro rio llamado Betulon, á quien por este mi tiempo dicen Beses, le saliéron al encuentro muchas compañías Españolas puestas en armas, no solo determinados á le defender el vado, sino de le hacer tornar atras y lanzarlo fuera de su comarca, despojado de quantas preséas y provechos traia. Por morar las tales gentes cerca del rio Betulon, y te- 8
ner allí junto cierto pueblo llamado tambien Betulon, que

que nombran agora Badalona, harto mas principal y mas caudaloso de lo que hallamos en estos nuestros
9 dias, se llamaban todos ellos Betulones. Parte notable de los Catalanes Laletanos hallo yo libros excelentes que corruptamente segun creo los llaman Beterones,
10 en lugar de Betulones. Fué la qüestion con estos Betulones, ó Beterones porfiada y enojosa, llena de peligros asaz graves: porque dado que no tuviesen Capitan General para competir con el Cartagines, habria muchas parentelas Catalanas llegadas á los Betulones, y cada dia venian mas: las quales juntas á bulto se favorecian y mejoraban en la resistencia del enemigo comun que tenian presente, tan valeroso y tan armado, tan lleno de victorias y de riquezas habidas en las otras naciones Españolas. Con el deseo de ganar éstas, y
11 con la necesidad de se librar dél, andaban los Betulones diligentes á maravilla, trabajadores y solícitos mas de lo que se puede contar. A la contina le daban re-
12 batos en infinitas partes del exército, matábanle gentes y caballos, echábanle fuego por las estancias, llevaban ganados y captivos sin lo poder contradecir ni remediar. Y finalmente la solicitud y viveza que los
13 Betulones y sus consortes traian era tanta, qual nunca Hamilcar entendió hallar en gente muy exercitada ni guerrera, quanto mas en aquellos Betulones de quien sabia no tener Capitanes ni disciplina militar, ni mas otro primor en las armas de lo que solian tratar entre sí quando confusos y mal ordenados peleaban unos con otros en bandos y qüestiones particulares fuera de razon y de regla.

CA-

CAPITULO XIV.

Como la ciudad de Barcelona fué nuevamente poblada por el gran Hamilcar Barcino, quando seguia su jornada por la tierra de Cataluña: y de la figura y asiento que primeramente tuvo la tal poblacion: y de las falsas opiniones que despues algunos inventáron de sus principios y de su nombre.

Conocido por el Capitan Hamilcar Barcino la mucha dificultad y peligro que se le podria recrecer, si porfiase de pasar adelante, pues la gente Catalana crecia mas y mas en favor de los Betulones ó Beterones, y toda la provincia restante se movia contra él, continuando sin cesar acometimientos y daños en el exército Cartagines, retraxo sus banderas ménos de dos leguas atras, sobre la costa de nuestro mar Mediterraneo que tenia bien cerca: y allí le tomáron los principios del año siguiente, que se contaban docientos y treinta cabales antes del advenimiento de nuestro Señor Dios. Su flota llegó tambien muy en órden con el Capitan Hasdrubal: y todos puestos aquí, se recogiéron á tal parte, que los navíos halláron estancia qual deseaban, y la gente de tierra tuvo lugar deleytoso para su descanso. De manera, que vista la disposicion 1 2
deste sitio, Hamilcar Barcino comenzó de labrar en él una ciudad quanto magnífico pudo, para desde allí pacificar toda la tierra, como persona que sentia los provechos y bienes recrecidos á su conquista, desde las otras poblaciones nuevas arriba declaradas. Fuéron 3
los cimientos abiertos en las faldas Orientales de cierta cumbre levantada muy en alto, que despues llamáron el monte Judío, bien abundoso de fuentes, y de verduras, y de muchos otros deleytes. Y despues que la ciu- 4
dad tuvo número de casas, y figura de poblacion or-

denada, Hamilcar le puso nombre Barcino, segun el apellido de su linage: la qual permaneció sobre la marina largos años, dado que no con igual aparato que Hamilcar la principió: porque jamas en aquellas partes el bando Cartagines pudo mucho prevalecer, y despues hubo tiempo que los Romanos venidos acá, le mudáron el nombre, y llamáron Favéncia, como
5 todo lo verémos adelante. Verémos tambien la llegada de diversas compañías extrangeras, que grandes siglos despues se derramáron por España, destruyendo muchas poblaciones: y con ellas destruyéron tambien ésta, la qual estuvo desierta largos años, hasta que moradores nuevos la tornáron á restaurar, y conforme á su primer nombre la llamáron Barcinona: mas la gente deste nuestro siglo, corrompidos ambos los nombres antiguos, al monte Judáico dicen Monjuy,
6 y á la ciudad nombran Barcelona. Dura por este nuestro tiempo dentro de las añadiduras del pueblo, la muestra de sus muros antiguos, no muy espaciosos ni grandes: y si fuéron estos los que hizo Hamilcar, tuviéron solas quatro puertas al derredor en los torrejones ó cubos, de cada qual dellas unas fraguras labradas á manera de cabezas de buey que dicen algunos significar la paz entre los antiguos, ó como declaran otros, el trabajo y exercicio, que son instrumento de
7 todos los bienes humanos. Y por el contorno destos muros primeros, creció tanto la vecindad en diversas veces, que con mucha razon llegó despues aquella ciudad á ser cabeza de Cataluña, segun tambien es agora, y uno de los hermosos pueblos, ricos, apacibles, y poderosos de España: cuyos hechos, así por la mar, como por la tierra, las personas notables que della saliéron, y todo lo restante de sus hazañas y valor, tratarémos en el proceso desta gran obra, quando
8 llegaremos á los lugares y tiempos que le convengan. Ya declaramos en los diez y ocho capítulos del primer libro,

bro, lo que muchos tuviéron creido, ser el Dios Hercules el primer fundador de Barcelona, y porfian estar sepultado sobre lo mas alto de la ciudad, movidos, quanto parece, por autoridad de Salustio, Coronista Romano, que dice la muerte del tal Hércules haber acontecido en España. Movíales otrosí, conocer en diversas historias la crecida devocion que siempre le mostráron en este pueblo, quánto duró la Gentilidad, con templos, y sacrificios y ceremonias, tanto que (como diximos en aquel capítulo) solo por este respeto la nombran Barcelona la Herculea: pero notoriamente los tales motivos son de poca substancia, pues le pudiéron tener devocion, y ser muerto en otro lugar: quanto mas que ya señalamos en el mesmo capítulo la parte donde fué la tal sepultura deste Dios Hércules, muy alejada de Barcelona. Tambien es cosa liviana la conjetura de los que creen haber sido poblada por gentes Asiáticas, venidas en España desde la provincia de Caria, que llaman agora la gran Turquía, donde los antiguos tenian una ciudad, llamada Barcillo: porque no mirando mas de la semejanza del vocablo, como lo miran estos, tan semejante le viene la verdadera causa del Capitan Hamilcar Barcino, como qualquier otra fingida, pues aquella su casta Barcina tan ilustre y tan antigua, procedia de Barce, poblacion Africana, de quien hablamos en el tercero capítulo del tercero libro. Pudiéranse traer aquí, para reprobacion de las opiniones postreras, y confirmacion de la verdad primera, copia de versos Latinos, y de poetas excelentes, que certifican ser Barcelona, poblacion Cartaginesa: los quales versos yo me maravillo no señalarlos Gerónimo Paulo Barcelones, en el tratado que hizo con asaz diligencia y buen estilo de la sucesion, y del principio desta ciudad, pudiendo hallar parte dellos recopilados y juntos en Juliano Diácono. Y pues todo lo dicho es así, muy mucha culpa tu-

9 10 11

tuviéron los componedores de la Corónica de España, que mandó hacer el Señor Rey Don Alonso llamado el Sabio, juntamente con el Arzobispo Don Rodrigo y con los otros Coronistas modernos que los siguen, quando publican, como cosa cierta, la fábula de doce navíos ó barcas, venidas con Hércules: y porque la novena dellas con su gente quedó y asentó en esta parte, dicen que la nombráron Barca nona, y des-
12 pues corrompido el vocablo, se dice Barcelona. Perderíase mucho tiempo si nos parasemos á contradecir semejantes hablillas: y pues á los discretos y prudentes bastará saber la verdad, y lo que della dexamos apuntado, pasarémos adelante para contar por extenso todo lo que sucedió por aquellas provincias Españolas con el Capitan Cartagines y sus exércitos.

CAPITULO XV.

De la mudanza que biciéron algunos pueblos Andaluces contra los Cartagineses, la qual mudanza traxo necesidad á mover el gran Hamilcar Barcino desde Barcelona, para venir al remedio destos alborotos, dexando por Capitan en aquella region á su hijo Hanibal, mancebo de mucha suficencia para tal cargo.

1 Crecia siempre la nueva ciudad de Barcelona, no solo por su buen asiento de mar y de tierra, sino tambien por la continua residencia de su fundador el gran Hamilcar Barcino, que moró dentro della poco ménos de dos años, quanto tardaba su fundacion: en el qual tiempo los Betulones ó Beterones fronteros, y los otros enemigos comarcanos, nunca cesáron de venir y poner estorbos en el asiento que por allí se hacia, dando rebatos contínos, y peleando con los edificado-
2 res, ó con las otras gentes del real. Y como quiera que mu-

muchos dias hiciesen harto daño con muertes y robos, y fuego que metian donde hallaban aparejo: pero Hamilcar en lo general se mantuvo siempre tan apercibido, que no solamente continuaba su labor, sino diversas veces desbarataba los Catalanes y Betulones que venian mal concertados, y seguian sus alcances hasta los poner en el otro cabo del rio Betulon ó Beses: ni por esto dexaba siempre de solicitar el amistad y concordia de los Franceses con mensajeros enviados por la mar, en fustas y galeras armadas, confiando muy de verdad, que si los pudiese meter en España contra los tales Catalanes, ellos por una parte, y él por otra, los apretarian de tal modo, que la tierra le quedase pacífica. Sin estas causas habia tambien otras importantes 3
y gravísimas para perseverar y residir en este nuevo pueblo, si la multitud y grandeza de sus empresas lo permitieran. Lo primero, que la villa de Empurias, veinte leguas mas adelante de Barcelona, sobre la mesma 4
ribera de mar, contra la falda del Pireneo, se le declaró nuevamente por enemiga: lo mesmo hizo Roses y sus allegados, á quien favorecia la Ciudad de Marsella, lugar en aquella sazon muy principal y muy confederado con los Romanos en Italia, contra los quales Hamilcar tenia rancor entrañable. Lo segundo, que 5
de los pueblos atrasados, dado que muchos le quedasen ya confederados y pacíficos, habia copia dellos puestos en armas, y que siempre le resistian, por la vuelta de la montaña frontera, todos eran sus contrarios manifiestos. Lo tercero, que por tener allí mas 6
á la mano la contradiccion de Cerdeña y de Sicilia, traia siempre negocios encubiertos en ellas, sin dexar de solicitarlas quanto pudiese: porque cierto fatigaba mucho su gran espíritu ver perdidas estas dos piezas tan provechosas á su república, siendo Capitan el de las guerras pasadas, y nunca desconfió de poderlas cobrar con el buen aparejo de España, si la vida le dura-

7 rase. Lo quarto, que ya las amistades de Francia se mejoraban cada dia, con personas y caballeros particulares, calificados para sus propósitos, y parecia que si mucho se detuviese por allí, ninguno de los Franceses comarcanos á España quedarian fuera de su confedera-
8 cion. Andando los hechos en esto, sucedió que los Andaluces moradores en aquella poblacion antigua de los Foceenses, junto á la raya mas Oriental del Andalucía, cuya fundacion señalamos en los veinte y seis capítulos del segundo libro, tuviéron diferencia con Audaluces Turderanos sus confines sobre cosas que
9 suelen acontecer entre pueblos vecinos. Y como los Turderanos en aquel tiempo general y particularmente, allende la pujanza que tenian, de sí mesmos anduviesen orgullosos con el amistad del gran Hamilcar Barcino, quisieran castigar á los Foceenses muy de veras, para lo qual tomáron algunos Cartagineses que residian en guarnicion por lugares de la provincia, puesto
10 que no fuesen muchos. Y todos juntos, habiendo primero destruido la campiña de los contrarios, llegáron al pueblo Foceense, mostrando que venian á lo com-
11 batir. Los naturales saliéron á ellos tan determinados, y con tan buen aparejo, que de los primeros encuentros los abriéron por diversas partes, y dándoles otra vuelta, fuéron acabados de vencer, y les quitáron el
12 robo con muerte casi de todos. La victoria traxo mudanza por la comarca: muchos lugares tomáron armas, y mataban cada dia quantos Cartagineses mercadantes y de guerra hallaban entre sí, publicando cada qual su libertad, y blasfemando de la sujecion que tantos años reconocian á Cartago: no porque bien mirado, les fuese muy áspera, ni les traxese daños conocidos, ántes resultaban della provechos manifiestos, por estar en aquella liga los Andaluces uñidos y juntos, y tener mucha mas paz, y mas comunicacion unos con otros, de la que tuvieran fuera della: sino que naturalmente

ja-

jamas hubo servidumbre tan amorosa ni blanda, que no diese pena. Sabido por Hamilcar estas revuel- 13
tas, y conocido que convenia darles atajo, primero que se derramasen mas adelante, despachó muy presto la flota con su yerno Hasdrubal, acrecentada de navíos y de gente sobre los ordinarios: para que visto ser necesario, saltasen en tierra, y así por aquí, como por la mar, entretuviesen los negocios, ó si fuese posible, los aplacasen. Y luego tras ellos movió 14
tambien el desde sus aposentos, con toda la fuerza del exército, no ménos concertado que solia. La jornada 15
se comenzó principiado ya el año de docientos y veinte y ocho ántes del advenimiento de nuestro señor Dios. Y porque la tierra donde salia no quedase des- 16
proveida, señaló banderas y Capitanes de gente suficiente para la retener, y para continuar la pacificacion de los pueblos. Con ellos dexó por cabecera mayor á 17
su hijo Hanibal, mancebo de diez y nueve años, ó poco ménos; el qual en tan tiernos dias no se puede decir las crecidas muestras que daba de su persona y habilidades. Tenia tan gran aficion á las guerras, y co- 18
nocia tanto dellas, por haber seguido siempre los exércitos de su padre, que la gente lo reverenciaba y amaba sobre todos los otros capitanes: y preciáronle mucho mas quando lo tuviéron esta vez de su parte solo y exênto, visto las diligencias que hacia, saliendo de Barcelona por todos aquellos derredores y contornos, calando la tierra, visitando lugares, y villas y gentes, donde quiera que por mal, ó por bien se pudiese meter: en especial contra las Empurias, que por ser poblacion enemiga, la deseaba perjudicar, y nunca cesaba de lo poner en obra: tanto, que poco despues tuvo ganadas cerca della unas fraguras ó riscos sobre la marina, fuertes, y de muy gran asiento para su menester, á quien solian llamar el Monte de Júpiter: en cuyas vertientes contra la vuelta de Poniente, se levanta-

taban muchos peñascos encumbrados y crecidos, unos sobre otros, á manera de escalones: los quales por causa deste mancebo, y de las atalayas, y velas y descubrimientos que por allí traia, los antiguos comenzáron á llamar las escalas de Hanibal, y con tal apelli-
19 do duráron en España lo mas del tiempo siguiente. No son estas las costas que dicen agora de Garraff, que parecen hoy dia entre Tarragona y Barcelona, como tienen algunos creido, pues las tales costas de Garraff son muchos mas Occidentales que las escalas arriba de-
20 claradas. Ni tampoco tienen razon los que certifican ser el monte de Júpiter antiguo ya dicho el que llaman agora Monjuy, cercano de Barcelona, pues tambien al tal monte de Júpiter ponen los Autores que dél hablan, cercano de las Empurias, y mucho mas Oriental que las escalas de Hanibal, y que Barcelona, cayendo nuestro Monjuy presente mas Ocidental que todos estos otros.

CAPITULO XVI.

Como ciertos pueblos Españoles saliéron al encuentro del gran Hamilcar Barcino que venia la vuelta del Andalucía: y allí juntadas las haces unos contra otros, peleáron una batalla donde lo venciéron y lo matáron. Dase razon abundosa de quién fuéron aquellos Españoles que lo hiciéron, y de la provincia donde pasó la tal quistion, y toda la manera de su rompimiento.

1 Entre tanto que todas estas cosas acontecian, el gran Hamilcar Barcino habia pasado las aguas del rio Ebro por encima de Tortosa, con deseo crecido de
2 llegar al Andalucía. Los exércitos caminaban algo rendidos, y poco mas apartados de la costa que las otras veces quando fuéron y viniéron este viage, de lo qual pro-

procedia gran estrago donde quiera que llegaban á diestro y á siniestro, sin poderlo remediar el Capitan General ni persona que lo procurase. Los Betulones Catalanes, de quien arriba hablamos, y los otros principales sus favorecedores, saliéron luego tras él como solian, para le perjudicar en todas las maneras y pasos donde hallasen aparejo. Hacian siempre sus arremetidas en lados y rezaga, no descansando momento, ni dándoles vagar ni tiempo de reposo. Muchos dellos metidos adelante por qualquier parte que podian, apellidaban la tierra, declaraban el robo que traian estos Cartagineses de las naciones Españolas engañadas ó vencidas, y daban relacion de la ciudad que dexaban hecha, para con ella sojuzgar y destruir todo lo restante hasta los montes Pyreneos. Como los Españoles de aquel siglo, quanto mas dentro morasen de la tierra, tanto mas fuesen esquivos y feroces por estar desviados de la comunicacion y tratanza de los extrangeros, oidas estas nuevas, y sintiendo cerca de sí tantos enemigos y tan grueso campo, venian impetuosamente de muchas partes á los reconocer y resistir. Y así se juntaban unos con otros á bulto, sin tener hombre notable que los gobernase ni rigiese: pero segun ya dixe, llegaban tantos cada dia, que muchas veces bastáron á turbar el exército, y romper harto trecho de la rezaga, y destrozar tantas banderas, que si no tuvieran el esmerado Capitan que traian, los destruyeran de todo punto. En aquel tenor y manera viniéron revueltos algunos dias fatigándose de contino hasta reparar en un pueblo llamado Castro alto, que solia ser de los Españoles nombrados Edetones, ó como Ptolomeo los nombra mudadas pocas letras, Edetanos. Mas conviene mirar en este caso, que muchos escribientes descuidados en algunos libros que tocan esta conquista, por escribir Edetones, tienen puesto Vetones, que fuéron pueblos Lusitanos, muy apartados del camino que traia

3 4 5 6 7 8 9

Hamilcar: lo qual es error manifiesto, causado de la semejanza del vocablo, y de ser mas conocidos y nombrados entre los Cosmógraphos antiguos los Españoles Vetones de Lusitania, que los Edetones ya dichos.

10 Pero no conviene detenernos en esto, pues claro se conoce de las historias, que nunca los Cartagineses entráron tan dentro por España, quanto caian los Vetones Lusitanos, sino fuese Hanibal una vez, hijo deste gran Hamilcar, que penetró mas adelante de Toledo, no léjos de los Vetones sobredichos: donde poco faltó que no se perdiese, como presto lo verémos en
11 los veinte y seis capítulos deste quarto libro. Llegada, pues, aquí tanta multitud y tan diversa de gentes, figuróseles á los Españoles contrarios del gran Hamilcar, que ya tenian á sus enemigos en parte donde los po-
12 dian herir á su voluntad. Y luego se pusiéron á punto de batalla, no bien ordenados á la verdad, ni con Capitan principal que los gobernase, ni con algun artificio ni primor de guerra que sepamos: porque los tiempos muy antiguos, la mayor falta que de los Españoles conocian otras gentes, foé no concertar entre sí Capitanes Generales, á quien todos obedeciesen, contra las otras gentes que los guerreaban, ni querian los parientes mayores ó cabezas particulares de los linages, reconocer superioridad á persona nacida; que si tal ellos hicieran, todas las historias confiesan que jamas nadie los
13 pudiera dañar. Con todo esto, determinados aquella vez de romper con el gran Hamilcar, y conocida la discrecion deste Capitan, y su destreza y esfuerzo con el uso contino de la guerra que tenia: visto por el consiguiente, que ya tambien él sacaba sus banderas en órden para pelear, porque mas ligeramente lo pudiesen deshacer, juntáron un gran número de bueyes y toros uñidos en carros; los quales cargáron de piedra sufre, pez, feno y resina, con muchas teas de made-
14 ra, que presto se pudiesen encender. Y primero que lle-

llegasen á las manos, estando fronteros los unos de los otros, comenzáron á meter fuego sobre los carros, y herir á los bueyes y toros, para que fuesen contra los enemigos. Con aquellos aguijones ó heridas que rece- 15
bian, y con el espanto de ver sobre sí tanta lumbre, que cada vez ardia mas, cobráron furia terrible: metiéronse por el exército Cartagines, rompiendo los esquadrones y la gente de caballo con tanta fuerza y brabeza, que no dexaban hombre con hombre, ni bastaba diligencia de los Capitanes Cartagineses, ni reparo, ni defensa, para que todos no se desconcertasen. Mu- 16
chos quedaban estrujados con las ruedas, otros abiertos y traspasados á cornadas, otros abrasados y quemados de la multitud de los carros que se trastornaban sobre los caidos; en tal manera, que el gran Hamilcar no hallaba remedio para juntar sus esquadras, ni para lanzar fuera dellas estos animales, que discurrian á toda parte, vasqueando, y acoceando, y quemando la gente: porque quanto mas los herian por los hacer apartar, tanto mas ellos se embrabecian y arremetian á la gente con el dolor de las heridas, y la destrozaban en toda parte, sin temer picas ni lanzas que les pusiesen delante. Vista la turbacion desta gente, quisiera mu- 17
cho Amilcar desviarse contra las partes Orientales de la tierra, que caen fronteras al rio Ebro, pues todas las otras Occidentales y pasos de la montaña quedaban ocupadas por los enemigos; pero halló tambien aquí los Betulones Catalanes sus adversarios primeros atravesados en el camino, con las allegas y valedores que siempre le seguian, mostrándose muy ganosos de venir con él á las manos. Y como desto sintiese que por ninguna 18
manera podia dexar de romper, no cesaba de buscar todos los remedios posibles: andaba tan diligente, tan animoso, proveyendo los unos y los otros, que cierto bastara solo él para remediar mucho destos trabajos; á lo ménos si no fuera para vencer, fuera pa-

ra salvar las banderas restantes, ó ponerlas en parte segura, si luego tras esto los Españoles todos en general no dieran en él, y como lluvia no se derramaran sobre los contrarios, que ya los mas dellos quedaban destrozados y muertos, y muchos quemados, y mu-
19 chos deshechos. Llegados en tal sazon, comenzáron á despedazar quantos hallaban delante, con un alarido triste fuera de toda piedad: y tanta priesa les diéron, que brevemente la mayor parte del exército Cartagines quedó puesto en las últimas hileras, dado que se detuviéron algun espacio con la presencia y esfuerzo de su Capitan, que rompia por las batallas desmandado, dando voces, mostrándose contra los mayores peligros, llamando por nombre los unos y los otros, acordándoles el tiempo pasado, los hechos valientes de que cada qual se preciaba, las victorias crecidas que con
20 ellos habia ganado. Con esto y con otras diligencias por él hechas, de que nadie podria dar cuenta bastante, la pelea se renovó por algunas partes, y perseveró mas horas en peso de lo que ninguno creeria; hasta tanto que Hamilcar fué rodeado de los Españoles, y poco despues derrocado del caballo, tan herido y tan abierto por diversas partes de su cuerpo, que toda su gente ni mas que viniera no lo pudiera defender: ni bastó persona del mundo para que no fuese muerto, cayendo en el medio de sus enemigos, con aquella ferocidad y denuedo que á tan esmerado Caballero con-
21 venia. Deste modo tuvo fin aquel gran Capitan Africano á mano de los Españoles, cerca del lugar de Castro alto, siendo pasados casi nueve años despues que vino en España con el cargo de Capitan General por
22 la Señoría Cartaginesa. Murió haciendo quanto se podria decir en un hombre muy valeroso, dexando tan alta reputacion entre quantas naciones dél tuviéron noticia, que comunmente lo llamaban el segundo Dios Marte, de quien publicaban los Gentiles ser el señor de las batallas y victorias humanas. Po-

Podemos aquí tomar exemplo para no confiar en las prosperidades que traxere la fortuna, pues aquel varon excelente la tuvo siempre tan favorable, que pasando por hechos gravísimos en Sicilia, y en Africa, y en España, jamas fué vencido de nadie: agora quando mas era menester lo desamparó de todo punto, dándole muerte no pensada; puesto que siendo tan esforzada persona, parezca consuelo morir entre gentes belicosas y fuertes. Helo querido señalar para mejoría de 23
nuestra vida: porque dos cosas principales tenemos los hombres, donde procedan nuestras emiendas. La pri- 24
mera, quando á nosotros mesmos vienen adversidades y fatigas. La segunda, quando lo vemos en otras personas, para tomar escarmiento dellas. Y ciertamente 25
lo primero tiene mayor eficacia, si no viniese con daño propio: pero lo segundo, dado que no tenga tal fuerza, con estar libre de trabajo, se tiene por mejor: y debémoslo desear mas que lo primero, pues ninguno podria perfectamente proveer lo que le cumple, durante la turbacion que traxese sus desastres. Y por esto 26
fuéron siempre mejores las experiencias aprendidas en otros; las quales conviene notar quando sucedieren, ó leerlas en historias, y encomendarlas á nuestra memoria, para (como dicen) escarmentar en cabeza agena. Tornando, pues, á nuestro propósito, no dexaré de 27
tocar la discordia que traen los Coronistas Españoles modernos, sobre declarar cada qual con quién hubo sido la batalla ya dicha. Unos la ponen con los de Gra- 28
nada, como si Granada fuera por aquellos dias en el mundo, y no se fundara muy muchos años despues que la tal batalla pasó: salvo si llaman Granada cierta poblacion antigua, dos leguas adelante, que solian decir Yliberi, cuyas señales parecen hoy dia; mas la tal es notorio que caia dentro de la Bética ó Andalucía, muy alejada de los Españoles Edetanos, á quien los buenos Autores atribuyen la muerte del gran Hamilcar. Otros 29
Co-

Coronistas la dan á los Saguntinos de Monvedre: pero tambien es averiguado que por este tiempo los tales Saguntinos fuéron mas amigos de Cartago que contrarios: dado que con morar algo cerca de los Edetones, pudieran sospechar estos nuestros Coronistas modernos, que si no fuéron en aquella muerte, serian en darles algun favor encubierto; lo qual así dicho, parecia ménos error y mucho mas digno de perdonar.

30 Moraban los Edetones Españoles, en cuya region verdaderamente fué la muerte del gran Hamilcar, entre las montañas Ydubedas y las aguas del rio Ebro, cerrados, á lo que parece, por la parte Septentrional con un pedazo del rio Xalon, que corta los dichos montes, y se mezcla con Ebro, quatro leguas encima de

31 Zaragoza. Contra la vuelta del Medio-dia tocaban en el mar Mediterráneo, sino quanto por un pequeño lado deste viage, sobre la frontera de Tortosa, se les enxeria cierto giron de pueblos tambien Españoles, nom-

32 brados Yiercaones, fenecidos en la mesma marina. Era la provincia de los Edetones mas angosta que larga: cuyas poblaciones y vecindad considerada segun el sitio de nuestro tiempo, contenia villas y lugares asaz conocidos, como son Epila, Rueda, Barballud, Urrea, Plasencia, Barboles, Oyteba, Muzalbarba, y con todas éstas la magnífica ciudad de Zaragoza, llamada por aquel siglo Saldiba, pueblo mediano de vecindad, quanto lo vemos agora suntuoso y excelente, cuyos acrecentamientos y grandezas contarémos adelante: porque sepan ser gran error quien la hiciere poblacion de Celtiberia, segun muchas personas asaz leidas, el dia de

33 hoy lo tienen creido. Fuéron otrosí pueblos de los Edetones antiguos Mazaloca, Muel, Aguilon, Botorrita, Quarte, Fuentes, Quinto, Cariñana, Longares, Herrera, la Romaña, Belchite, Letux, Azuara, Sastago, Xatiel, Escatron, Alvalat, y muchas otras de su contorno, que dexamos aquí de señalar por evitar proli-

xi-

xidad. Solo conviene decir, ser tambien dellos Olicte llamado, segun se certifica, los tiempos antiguos Edeta, lugar pequeño de nuestro siglo; pero tanto mejor en el pasado, que por causa fuéron todos aquellos pueblos generalmente dichos Edetones: y no léjos deste viene tambien Ixar y Montalvan, Chiprana, Caspe, Castel Seras, de quien sospechan haber sido Castro alto, donde los Cartagineses y los Españoles peleáron aquella vez, y matáron al gran Hamilcar. Una legua mas Oriental queda tambien Alcaniz, y dos leguas al Occidente Calandra; desde la qual á Cartago la vieja ó Carta vieja, de quien hablamos en el noveno capítulo deste quarto libro, ponen seis leguas contra Medio-dia, situada sobre la montaña que solia dividir la nacion de los Yllercaones destos Edetones, y de los otros Celtiberos Españoles, muchas veces nombrados por esta nuestra Corónica. 34

CAPITULO XVII.

Como Hasdrubal, yerno del gran Hamilcar, puso cerco sobre la villa de los Españoles que levantáron la turbacion del Andalucía, la qual villa poco despues destruyó por los cimientos. Cuéntase mas la discordia que tuviéron los Gobernadores de la gran Cartago sobre quién sucederia por Capitan despues de Hamilcar en los exércitos y haciendas que poseian en España.

En aquella propia sazon que la batalla pasó, Hasdrubal, yerno del gran Hamilcar, andaba ya fuera de sus navíos metidos por el Andalucía con parte de la gente dellos, y con muchos Turdetanos que se juntáron, y puesto que las nuevas acudiéron presto de la perdicion del exército mayor, y de la muerte de su Capitan Hamilcar, no por eso dexó Hasdrubal de cercar por mar y por tierra la villa de los Foceenses, que segun escribimos 1

mos

mos fué toda la causa desta turbacion: y porque los Españoles comarcanos al monte Pyreneo hiciéron luego mudanza rebelándose contra Cartago, llamó tambien á su cuñado Hanibal con esas pocas banderas que le seguian, pues allá no se podian conservar: y con él y con los escapados de la batalla, que cada dia llegaban maltratados y heridos, comenzó de cargar sobre los cercados, y darles combates apresurados de vayvenes y de muchos otros ingenios con que les derrocaba los muros: tras ellos acudia luego la pelea de manos, no cesando momento ni rato: para lo qual habia repartimiento de gentes que comenzaban á com-
2 batir quando los otros acababan. Y como sobre todos anduviesen los Turdetanos avivando la qüestion y poniendo gente nueva cerca de las barreras y donde quiera que faltase, no bastaban fuerzas humanas para po-
3 der resistir tan contino trabajo. Los de la villa recudian valientemente sobre los portillos, y defendíanlos de noche y de dia, matando y muriendo sin mostrar alguna flaqueza: mas eran en todo muy desiguales á sus contrarios: porque de fuera, dado que pereciesen algunos, recrecian en lugar dellos otros muchos Españoles, y qualquiera del pueblo que faltase hacia mas
4 mengua que docientos á sus enemigos. Allende todo esto, como les pusiéron el sitio primero que se proveyesen de mantenimientos, ni que lo platicasen con sus allegados y parientes, en breves dias faltáron las vituallas, y padecian mayor persecucion de la que mos-
5 traban. Por una parte los que consideraban la crueldad de sus adversarios habian compasion en mirar que los de la villa tuviéron alguna causa para la pendencia pasada: por otro cabo, los Cartagineses y Turdetanos embrabecíanse quando se les acordaba los daños, y males, y muertes tan calificadas que por ellos habian sucedido, nadie bastaba para los amansar: ni los Saguntinos de Monvedre, que tambien hiciéron mensage-

geros y diligencias con Hasdrubal, para ver si lo podrian aplacar, bastáron á les dar cobro: pero lo que mas en lleno les dañaba, fué la muy aventajada diligencia del mancebo Hanibal Barcino, que jamas reposaba ni dormia, para ver donde los enemigos tendrian descuido, procurando metérseles dentro. Y así perse- 6
verando los combates cada dia mayores, y creciendo los daños, y muertes, y menguas á los cercados, y las fuerzas y gentes á los cercadores, no se podian amparar ni defender las muchas partes del muro que por defuera se derrocaban. Finalmente, pasados quarenta 7
dias del cerco, fué tomada la villa de todo punto, poniendo á cuchillo sus naturales y vecinos della, hombres, mugeres y niños, hasta que fatigados de robar y matar, recibiéron los vivos á prision, y los hiciéron esclavos. Luego tambien asoláron la villa con fue- 8
go cruel que pusiéron á sus edificios: y si quedáron algunos por arder, fuéron derrocados á mano, sin dexar en ella mas de las muestras ó señales de sus repartimientos y calles, en que se conocia ser edificada por las trazas y manera que solian obrar los Griegos Foceenses, las quales trazas duráron allí largos años. Esto concluido, tratóse la paz de los otros Españoles 9
provinciales: y púdose presto negociar con el temor que todos tenian de la crueldad hecha con estos otros, no embargante que los Andaluces Turdetanos y muchos Cartagineses quisieran obrar en ellos otro tal. Pero siempre quando se puede hacer, queda mas fir- 10
me lo llevado sin demasía ni fuerza, que lo negociado con furias y terribilidad: mayormente conociendo Hasdrubal convenir esto para sus intentos, porque ya muy averiguado sabian y platicaban en el exército ser levantada gran division entre los Gobernadores Africanos de Cartago, sobre qué Capitan enviarian en lugar del gran Hamilcar, á la residencia de España, suficiente para gobernar tantas y tan provechosas em-

11 presas como por ella quedaban principiadas. Y crecia la discordia, con haber en la ciudad dos parcialidades ó bandos de linages, diversos y contrarios, en los quales andaba repartida toda su vecindad: el uno fué de los Barcinos, cuyo valor y grandeza diximos en algo de lo pasado: los otros llamaban Edos, tan principales y poderosos, que resistian á los Barcinos en mu-
12 chas cosas. Estos deseaban que Hasdrubal saliese de España, para traer ellos acá persona de su linage que lo man-
13 dase todo. Estuviéron muy cerca de salir con ello, si Hanibal el mancebo no pasara luego á Cartago, por industria de su cuñado Hasdrubal, acompañado de Capitanes Españoles y de personas particulares, para con-
14 tradecir esta provision. Y como llegó, hizo relacion abundosa de los acontecimientos pasados, representando la muerte de su padre, con la de muchos parientes suyos Barcinos, que parte dellos muriéron allí con él, y muchos otros habian primero fenecido sirviendo su República: declaróles eso mesmo la buena manera de su cuñado Hasdrubal, y la diligencia con que recogió los exércitos perdidos y destrozados, y como los conservaba prósperos y victoriosos, en mucha mayor pujanza que nunca los tuvo Cartago den-
15 tro de España. Dixo mas la destreza y artificio con que trataba los Españoles, cada qual en su condicion, y la mucha voluntad que mostraban ellos á le seguir como Capitan conocido, conservado y amado de todos.
16 Añadió tambien el esfuerzo de su persona quando los combates postreros con los Foceenses, y las afrentas y peligros allí sufridos, y la perseverancia del sitio, con que á él solo se debió la victoria: todo tan encarecido y tan dicho, que miradas estas palabras tan bien habladas, y considerada su disposicion y fisonomía, se renovó la memoria del gran Hamilcar su padre, y de sus merecimientos particulares y generales, antiguos y modernos de todo su linage, de tal ar-

arte, que muy brevemente supiéron en España ser ya trocadas las primeras opiniones favorables á los Edos, y que los Barcinos quedaban Señores de la provision, y de todos los hechos que della dependiesen.

CAPITULO XVIII.

Como Asdrubal fué recebido en España por Gobernador de los exércitos que Cartago tenia por acá: sobre lo qual habiendo Hasdrubal poco despues pasado en Cartago, dió prestamente vuelta en España, y puso grandes mudanzas en el estado del Andalucía, y de todas sus comarcas.

Desbaratada la negociacion del otro bando, fué 1
declarado por Capitan Hasdrubal, y convino ser así, porque verdaderamente si Cartago lo rehusara, él no desistiera de su cargo, pues tenia los exércitos acá renovados y bastecidos, con muchos Españoles muy armados, en quien distribuia grandes larguezas y dádivas. Otorgósele tambien, por ser hombre riquísimo, 2
de mas abundoso patrimonio que quantos allá moraban: lo qual fué costumbre de Cartagineses, en dar tales cargos á personas de hacienda, libres de necesidad, como lo dice Aristóteles, tales que tuviesen de suyo mantenimiento cumplido, quales eran casi todos los deste linage Barcino, pareciéndoles imposible, que los criados en miseria, si no tienen gran sobra de virtud natural, puedan hacer bondad, ni tener quietud, ni regir sus oficios como deban, conforme á los dichos de Homero, que llama las riquezas dones de Dios; y Solon, uno de los sabios de Grecia, confiesa que deseaba riquezas inocentemente ganadas: y bien mirado, si no fuese para deprender letras, á ninguna cosa de los hombres traxo provecho la pobreza mundana: y quieren las letras tal moderacion, que ni les

falte lo razonable, ni sobre tampoco para luxurias, ó
3 deleytes, ó descuidos. Los abundosos de hacienda pueden huir de muchos inconvenientes que cometen los menesterosos, y harán, si quisieren, bienes crecidos, proveyendo los fatigados, y mostrando señorío sobre lo que tienen, para lo menospreciar y distribuir donde convenga: lo qual es aquella bendita pobreza de espíritu, que nuestro Señor Jesu-Christo tanto preció, puesto que su bondad infinita quiso tomar ambas pobrezas, espiritual y temporal, para consuelo de
4 los afligidos. Hasdrubal, aceptada su comision, no dexó de sentir lo que los Edos en Cartago sus adversarios habian procurado contra él: y luego propuso de los destruir, si primero tuviese los negocios en Es-
5 paña grangeados y dispuestos para lo hacer. Con este propósito las banderas fuéron repartidas en aposentos, bien proveidas de pagas y ropas y vituallas, para que pudiesen descansar y rehacerse de todas sus perdiciones, y así feneció lo restante del año sobredicho, que bien mirado, traxo poca prosperidad á los Cartagineses, no solo con la muerte del gran Hamilcar Barcino, sino con la mudanza de los pueblos comarcanos
6 al monte Pireneo, que les eran muy necesarios. El año adelante fué docientos y veinte y siete ántes que Nuestro Señor Jesu-Christo naciese: dentro del qual se tornáron á renovar todas las amistades y ligas, que los pueblos y villas Españolas permanecientes en la confederacion Cartaginesa, tenian primero puestas con
7 los Capitanes pasados. Procuráron tambien conciertos nuevos en otros diversos lugares y gentes, de que resultó gran provecho tratándose todo fuera de rigor quanto permitian los negocios, como sabia guiarlos Hasdrubal mejor que ningun hombre de su tiempo: porque allende no ser guerrero de condicion, ni deseoso de revueltas, pudiéndolas excusar, tenia tanta dulzura en hablar que movia los corazones á quanto

que-

queria. Llegábasele con esto gracia muy grande, mucha 8
hermosura, maravillosa disposicion, crecida liberalidad, con que ganaba quantos Españoles á él venian: puesto que naturalmente se conoció dél ser cauteloso, disimulador, muy enojado, muy pensativo, mas triste que regocijado, cruel y codicioso de mandar. Con 9
tales habilidades y con las buenas entradas que Hamilcar le dexaba hechas mejoró tanto sus negocios, y tuvo tan favorable fortuna, que le sucedian las cosas muy mejor que las pedia. Sobretodo traia grandes inteligencias con los hombres principales de los pueblos Españoles, y con las cabezas de los linages que le ganaban sin trabajo las otras gentes menores: de manera que señalados en toda parte Capitanes Españoles acostumbrados en su disciplina militar, y con ellos asaz Cartagineses, tuvo pacífica y sosegada la tierra, y comarcas del Andalucía, sin muestra ni sospecha de revuelta. Durante la tal quietud, entrado el otro año si- 10
guiente, determinó Hasdrubal de pasar en Cartago para desarraygar della si pudiese la parcialidad de los Edos sus enemigos capitales, y llevó desta vez muchos Españoles honrados, que por una parte le fuéron como rehenes y seguridad en las cosas de acá, y por otra parte autorizáron su compañía: por otra tambien pusiéron temor en el pueblo de Cartago. Luego en lle- 11
gando, quiso mostrarse Gobernador absoluto de la ciudad con el favor de sus parientes los Barcinos, y fuese metiendo y apoderando de tal arte, que poco despues hacia nuevas constituciones y leyes conformes á sus propósitos, y deshacia las antiguas perjudiciales á su tiranía, comunicándolo todo con su amado Anibal, y tomando su voto y acuerdo para llamarse Rey de Cartago. Los Edos sus adversarios entendiéron pres- 12
to la maldad que principiaban ambos, y luego se determináron á la resistencia, juntando consigo los vecinos y gente vulgar de la ciudad, y declarándoles el

pre-

presupuesto de Hasdrubal, y lo que pretendia para quitarles su libertad, y la que sus antecesores habian con-
13 servado y sostenido. En esto se mostráron todos tan animosos y firmes, que pasados pocos dias, ni Hasdrubal queria ya cosa que hiciese, ni la casta de los Barcinos tenia tanto crédito como solia: donde sucedió que sin esperar á que mas se le desmesurasen, Hasdrubal dió vuelta en España, muy enojado y sentido de lo hecho, no queriendo visitar á nadie, ni hablar, ni darles parte de su tornada, sino fuéron á los mas poderosos de sus parientes, que convenia tener-
14 los avisados y contentos en todo negocio. Llegado Hasdrubal en España, comenzó de regir aquella segunda vez los tratos del Andalucía y de los otros sus confines, muy al contrario de lo que solia, no curando de comunicar algo dello con la Señoría Cartaginesa,
15 ni con personas que della dependiesen. Esto fué ya dentro del año que se contáron docientos y veinte y
16 cinco ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios. Y si primero buscaba las amistades de los Españoles principales, ó de las cabezas particulares de linages, mucho mas las procuró desta vuelta, con multitud de preseas y de joyas que traxo, y les daba sin contradecir cosa de quantas le pedian: y para mas los aficionar así, trocó sus atavíos y compostura, con toda la manera de su servicio, en el modo de los mesmos Españoles, dexando los estilos Africanos y todos
17 sus exercicios. Casi lo mesmo hacian por le complacer los otros Cartagineses del exército que residian
18 acá, y no ménos quantos venian de fuera. Pero dado que lo tal así pasase, los ordenamientos públicos y las provisiones, y todas las otras contrataciones importantes, eran hechas con voz y con título de Car-
19 tago. Y así Hasdrubal detenia los unos y los otros, y continuaba su hecho muy sagazmente, sin haber quien
20 le pudiese vituperar los dobleces que dél sentian. Con aque-

aquello tambien duraba la paz y buena comunicacion entre los Españoles y Cartagineses, derramada por muchas gentes, y por mas pueblos que nunca se vió, ni se tuvo ningun tiempo de los otros sus antecesores.

CAPITULO XIX.

Como la Ciudad de Cartagena fué magnificamente poblada por el Capitan Hasdrubal Cartagines, y de los bienes antiguos deste pueblo, con las excelencias de su puerto y de toda su provincia.

Andando los hechos en aquella disimulacion, 1
Hasdrubal consideradas las poblaciones que los otros Capitanes Cartagineses habian edificado por España, donde se les habian recrecido provechos notorios, acordó tambien él, en acrecentamiento de su memoria, querer fundar otra ciudad quanto mas pomposa le fuese posible, sobre parte señalada de la costa de nuestro mar Mediterráneo, que poseian los pueblos llamados antiguamente Contestanos, en aquel sitio donde los siglos pasados, Teucro Capitan Griego, primero que viniese á Galicia, hubo cimentado (segun algunos dicen) la villa que dixéron Contesta, como lo pusimos en los quarenta capítulos del primer libro: y en los veinte y ocho mas atras hablamos tambien de los Contestanos, en cuya marina fué poblada la dicha ciudad: y por esto no repetirémos aquí cosa dellos, mas de que comenzada por Hasdrubal esta poblacion, la comenzáron á llamar Cartago la nueva: cuyos edificios y murallas viniéron á tanta suntuosidad, que por aquellos dias ningunos habia tales en España. Tiénese 2
por averiguado, que su principal intencion deste Capitan en labrar cosa tan suntuosa, fué que los Cartagineses del exército, quando la morasen y poblasen, perdiesen el deseo de Cartago la mayor, y la hiciesen acá

acá fundamento de Señoría competidora con qualesquier otras, desde la qual entendia mostrar á sus enemigos, que bastaba su poder á levantar y hacer ciudades donde mandase, tan excelentes y poderosas, como la mesma Cartago que por allá tenian ellos. Esta decimos agora Cartagena, lugar principal en el reyno de Murcia, donde parecen hoy dia pedazos de su valor, y señales magníficas de su grandeza pasada. Pero conviene decir en esta parte lo mucho que yerran algunos de nuestros Coronistas Españoles en afirmar que por mandado de la Reyna Dido fué Cartagena fundada en España, teniendo cargo de sus edificios y poblacion un siervo suyo, llamado Carton, poco tiempo despues que Dido hacia la gran Cartago Africana. Dicen tambien haber ella dado libertad á Carton, y héchole muchas mercedes en recompensa de tan maravillosas obras, quales allí se labráron: y porque los libres en Latin se dicen ingenuos, mandó que la ciudad hubiese nombre Cartoningenua, la qual nombradía corrompiéron despues en llamarla Cartagena. Va muy á la pareja la tal ficcion con la fábula de Barcelona y de las nueve barcas, que fingiéron estos mesmos, como lo vimos en el fin del capítulo catorceno. Mas tampoco será bien pararnos en esto, pues quien quisiere podrá ver en Strabon y Polibio, gravísimos autores, la fundacion desta ciudad Española, hecha por aquel Hasdrubal Cartagines, poco ménos de seiscientos años despues de finada la Reyna Dido, si comparamos el tiempo de su vida señalado en el décimo sexto capítulo del segundo libro con el tiempo que tratamos agora. Dexada pues aquella vanidad y fábula de Carton, y tornados á lo cierto de nuestra Corónica, hallamos tener su postura las muestras ó señales desta ciudad, casi en el medio de todas las riberas Españolas, que van desde el Estrecho de Gibraltar hasta los montes Pireneos, en el mejor puerto de mar que se-

sepamos en el mundo: porque allende ser mucho grande, muy hondo y muy espacioso, viene cercado por su contorno de cumbres altísimas, que se le juntan al cabo sobre dos cerros, poco desviados el uno del otro, con tal artificio y buena gracia, que parece la naturaleza tenerlos así puestos para que ninguna tormenta pueda turbar los navíos allá dentro: y porque tampoco los vientos de Medio-dia, donde sale su boca, los puedan dañar en aquel puerto, pues en los lados no es posible cogerlos, ni ménos les pueda quitar el despidiente de la salida cada vez que quisieren, puso á la 9
boca del mesmo puerto, donde se principiaban las aguas altas, una isleta de peñas arriscadas, y muy crecidas á la qual solian decir los antiguos la isla del Dios Hercules, y los Latinos la llamaban Escombraria, como tambien agora la llamamos Escombrera: por causa que cerca della se pesca multitud increible de peces llamados Escombros. En aquella se quiebran 10
los vientos, y las ondas, y la braveza del mar, con que se meten las aguas al puerto por ambos lados, mucho sosegadas y mansas, haciendo todo lo de dentro tan seguro y apacible, que comunmente los marineros, quando les preguntan en qué tiempo del año corren sus navíos ménos peligros de la mar, responden que en Junio, Julio y Agosto, y en el puerto de Cartagena. Tiene mas este puerto, junto con la ribera 11
salada, una agua dulce, muy abundosa, y muy grande, cubierta de pizarras sombrías, donde se bastecen las naos, y beben todos los vecinos del pueblo, que no son agora tan pocos, que no pasen de quinientos. Y 12
porque los bienes de la tierra compitan con los de la mar, hállanse por toda su comarca grandes mineros y cuevas de pedrería preciosa: dentro de los quales anduvimos alguna vez, y no sin peligro de nuestra persona, donde vimos y sacamos crecidos pedazos de Calcedonias, y Amatistas, y con ellas alguna muestra

de Diamantes, todas echadas en punta, compuestas á maravilla: parte dellas ochavadas, y muchas triangulares, tan asentadas y tan juntas, que parecian hechas
13 con artificio. Cosa por cierto de gran admiracion, y no de menor los indicios del oro que hallamos en todo su derredor, y los excelentes mineros de plata que tenian los antiguos á sola media legua desta ciudad: los quales ocupaban quatrocientos estadios Griegos de trecho, que hacen algo mas de trece leguas Españolas, como ya lo declaramos en el fin del segundo libro.

14 En estos mineros hubo tiempo que trabajaban continamente quatrocientos hombres, y sacaban cada dia veinte y cinco mil dracmas de plata sin mezcla, doblado cada dracma del peso que llamamos adárame por
15 este nuestro tiempo. De manera que hacian ocho dracmas una onza, como tambien diez y seis adárames
16 nuestros lo hacen agora. Segun esto, veinte y cinco mil dracmas sacadas cada dia, son tres mil y ciento y veinte y cinco onzas antiguas, del mesmo tamaño de las onzas modernas, que montan trecientos y noventa marcos y medio, poco mas de los usados en este tiempo, dándoles ocho onzas por marco: los quales suelen valer nuevecientos y treinta y siete mil y docientos maravedís de la moneda menor Castellana y Leonesa, dando á cada marco dos mil y quatrocientos maravedís de valor, pues era plata subida: que si fuera mezclada, como la que labran agora los plateros y monederos, no valiera cada marco, segun ley moderna destos reynos Españoles, mas de dos mil y
17 docientos y diez maravedís. Y bien considerado, resultaba crecida ganancia desta labor, pues cabia casi marco por hombre cada dia. Muchas otras particularidades pudieramos decir aquí por menudo de los bienes desta ciudad y de su provincia, que los tiempos antiguos fuéron señalados y notables, como son, estar muy cerca de Africa, puesta frontera de la mejor

tier-

tierra della. La calidad de su marina, donde comien- 18
zan las aguas á ser algo mas vivas, quanto mas van al Occidente: la grosura del rocío que le cae del cielo tan divinal y maravillosa, que como sea muy usado por aquella comarca no llover dos y tres años, cria los animales y los frutos de la tierra, muchos y muy susbtanciosos, y muy perfectos. Pues que si dixesemos la 19
fertilidad de su campiña, sus ganados, sus pastos, sus hortalizas, sus deleytes de naranjos, limeras, cidrales, higueras, panes y viñas, que le nacen á los contornos, y por toda la costa de su comarca: los alumbres que cada dia se hallan en cantidad infinita, no sabidos ni mentados entre los antiguos, de quien salen agora grandes intereses de moneda. Mas no será bien embutillo 20
ni relatarlo todo junto, pues en el proceso de la Corónica lo repartirémos adelante, mayormente que los Autores Cosmógraphos, como de piezas mas principales, hacen memoria de la isla sobredicha, y de su puerto maravilloso, con la fuente que ya señalamos, y con ocho leguas al derredor, en que nace tal abundancia de esparto, que jamas los antiguos lo pudiéron acabar, ni los modernos bastan á fenecerlo, dado que se gastaba y se gaste por la mas parte del mundo, texido y torcido con maromas y sogas, cestos, espuertas, serones. Hubo tiempo que lo ponian en velas pa- 21
ra los navíos, y vestiduras para los pastores, y hacian dél mucho calzado, que tambien agora decimos Esparteñas: porque la primera cosa de que las obráron, fué desta yerba, tanto, que casi todos los Autores llaman á la ciudad Cartago la espartaria, por la sobra del esparto que cerca della se cria: del qual, y de sus grangerías y provechos hablarémos despues en algunos capítulos del sexto libro. No conviene tampoco detener- 22
nos en relatar la figura vieja deste pueblo, pues largamente la dirémos en el treceno capitulo del sexto libro: ni las añadiduras que sus vecinos le hiciéron: las qua-

les tambien irán adelante señaladas, cada qual en su lugar, en la sazon, tiempo y dias, quando todas ellas se principiáron y hiciéron.

23 Así que con tales y tan buenos aparejos Hasdrubal cimentó su ciudad, y la comenzó de poblar casi de nuevo, dentro de los años y tiempos que tratamos agora: la qual fué siempre creciendo y ennobleciéndose, hasta que pasados seiscientos y cincuenta y dos años de su poblacion, Gundemiro, Rey de los Vándalos, casi la derrocó por los cimientos: y poco despues viniéron los Godos, y destruyéron la sobra que
24 faltaba. De suerte que nadie bastó para la restaurar, ni tornar á la grandeza primera, segun que de todo harémos cumplida relacion en las partes y libros siguientes.

CAPITULO XX.

De las amistades y ligas que por esta sazon los vecinos de la villa de Empurias pusiéron con los Italianos de Roma: y de la mesma confederacion que procuráron aquellos Romanos con la ciudad de Sagunto, que solia ser donde hallamos agora la pequeña poblacion de Monvedre dentro del reyno de Valencia.

1 En aquellos dias mesmos quando se hacian las obras y principios de Cartagena, sabemos de las Corónicas Latinas, que los Romanos en Italia tuviéron informacion del acrecentamiento grande que Cartago y sus gentes alcanzaban en España, con industria del Capitan Hasdrubal, y halláronse mal considerados y floxos, en haber dado lugar á que mejorasen acá tan-
2 to sus hechos. Por la qual razon acordáron de mirar en todas las ocasiones que se les ofreciesen, para re-
3 mediar la negligencia pasada. Trabajáron otrosí de buscar algun color con que los atajasen: porque sentian haber acá tales aparejos de gentes y voluntades, que

les

les pornian ánimo para tornar á la quistion de Cerdeña y de Sicilia. De cuya pérdida los Cartagineses, dado que lo disimulaban, estaban muy lastimados. Y sin duda Roma quisiera luego principiar el estorbo, si (como dice Polibio) no tuvieran informacion en este mesmo tiempo, que los Galos ó Franceses detras los Alpes, hablaban en se juntar con otros Galos moradores en Italia, dentro de la tierra que llaman agora Lombardía, para venir todos ellos en demasiada cantidad, y sojuzgar las naciones y pueblos Italianos, y sobretodo destruir la República Romana. Por acudir á tan gran peligro dentro de su tierra, no pudiéron estos Romanos al presente comenzar en España los negocios tan de propósito como quisieran: pero tentáron algo dello, quanto las otras ocupaciones daban lugar. Primeramente renováron sus concordias antiguas con la mesma Cartago, cosa muy provechosa para segurarse della, pues era cierto, que si los Franceses y los Africanos acometieran á la par, no pudiera Roma defenderse. Junto con esto, procuráron muy en secreto de buscar algunas entradas en España: para lo qual despachâron mensageros á la ciudad de Marsella, socolor de la guerra Francesa, fingiendo requerirla para tal menester, como justamente convenia requerir á pueblo de su liga, que mas estimaban y preciaban, y con quien mantenian amistad verdadera, desde los tiempos que Marsella se pobló, y dias ántes, quando los que despues la fundáron, venian por Italia buscando tierras en que morasen, donde pusiéron con ellos las confederaciones perpetuas. Pero los verdaderos fines del mensage fuéron tratar por via destos Marsellanos otra tal amistad con los vecinos de las Empurias, villa principal en el monte Pireneo, donde comienzan los principios de España. La qual villa reputaban en aquella sazon por cabeza de los pueblos Españoles nombrados Indicetos.

4 5 6 7 8 9 10

Es-

11 Estos son hoy dia contados entre la gente de los Catalanes, y moraban la marina sola, que viene desde la boca de un rio llamado por aquellos tiempos Sambroca, y agora Sambucha, poco mas Occidental que las Empurias, hasta la punta de Creus, donde tenian los antiguos el templo de la Diosa Venus Pirenea.
12 Dentro de la tierra poseian poco término, porque sobre la vuelta del Poniente confinaban con otros Catalanes, nombrados en aquel tiempo Laletanos: y dividíalos una pequeña raya, que salia desde la boca del rio sobredicho, pasando entre la ciudad de Girona, y la villa de Junqueras, pueblos conocidos en aquellas partes, hasta dar en el monte Pireneo: y en aquel mesmo trecho se partian de la provincia de Pucerdan, á quien los antiguos llamaban Ceretanos, incorpora-
13 dos en lo largo restante del dicho monte Pireneo. Venidos allí los mensageros Romanos, no tuvo dificultad quanto pidiéron, interviniendo la buena diligencia de los Marsellanos, porque la meitad de los Emporistas eran de su linage, como lo contamos en el libro pasado: y parte de los restantes andaban ya tan mezclados con ellos en casamientos y parentescos, que generalmente los unos y los otros acataban á Marsella,
14 como si fuera madre de todos. Lo mesmo se tiene por cierto que harian los Romanos con los vecinos de Denia, dado que cayese algo léjos, dado que por el presente no fuese gran pueblo: los quales procedian de la mesma generacion, y reverenciaban á Marsella
15 con los mesmos acatamientos. Estas dos villas traxéron consigo la ciudad de Monvedre, llamada Sagunto: la qual favoreció siempre quanto podia los provechos en Denia, por cuyo respecto le mostraban
16 amor entrañable los Marsellanos. Y como los Turdetanos Andaluces con el favor de Cartago, hiciesen cada dia descortesías y daños contra Sagunto, corriendo la tierra desde la poblacion nueva que pocos años

án-

ántes fundáron en aquellas fronteras, holgáron los Saguntinos de venir á la liga Romana, por la buena fama que Roma tenia de mucha fortuna que traian sus gentes en las armas, y de la fe, bondad y virtud que mantenian á sus amigos. Tambien los Romanos no se puede contar las gracias que diéron á sus Dioses, y lo mucho que preciaban alcanzar de su parte tan magnífica ciudad en España, donde moraban hombres riquísimos, discretos, valientes, y buenos, á quien todas aquellas comarcas reconocian superioridad por sus grandes merecimientos. 17

CAPITULO XXI.

Como Hasdrubal envió á pedir á la Señoría Cartaginesa, que mandasen tornar en España la persona de Hanibal su cuñado, para le dar cargo de los negocios tocantes á las guerras Españolas: lo qual finalmente se hizo, puesto que con mucha contradiccion de ciertos enemigos suyos muy poderosos en aquella república.

Al tiempo que se firmaban y concluian estas amistades, llegáron los principios del otro año, que fué docientos y veinte y quatro ante que nuestro Señor Jesu-Christo naciese: mas ninguna cosa de lo hecho pudiéron encubrir al Gobernador Hasdrubal, porque ni los de Monvedre, ni los Romanos pretendian secreto sobre sus negocios, ni si lo pretendieran, bastaban á que las espías Cartaginesas, derramadas entre los Españoles, no lo sintieran. Y luego, porque nadie lo pudiese llamar descuidado, ni mal apercibido, si de la tal contratacion redundasen algunos movimientos, visitó los aposentos de su gente, cumpliendo las banderas faltosas, y las proveyó de qualesquier bastimentos, armas y guarniciones que les menguasen, así para 1 2

3 ra caballos, como para los peones. Tras esto dió grandes avisos á sus parientes los Barcinos en Cartago de todo lo sobredicho, pidiendo que sin dilacion desocupasen á su cuñado Hanibal, y se lo traxesen á residir con él en España: porque desde los tiempos atrasados, quando su padre lo tenia consigo, se conoció dél crecida generosidad en sus obras, y gran solicitud en to-
4 do negocio. Con el qual, puesto que tan mancebo fuese, que no tenia cumplidos veinte y tres años, entendia resistir y vencer á sus adversarios quando los he-
5 chos viniesen á riesgo. Pero fué gran division en Cartago sobre la venida de Hanibal, contradiciéndola mucho cierto caballero nombrado Hanon, cabeza mayor entre la casta de los Edos, adversaria de los Barcinos, amonestándoles, y requiriéndoles en general á todos, que por ninguna via lo dexasen pasar en España: porque segun era desasosegado y orgulloso, con verse rodeado de gentes armadas y feroces, favorecido de su cuñado Hasdrubal, no reposaria hasta meterlos en tales pendencias, que de todo punto se perdiesen, quanto mas que sabian haberle dexado su padre, como por herencia, la discordia contra los Romanos, y hecho se la jurar al tiempo que pasaban en España: de lo qual daba tan continas muestras aquel mancebo Hanibal, que ya se conocia dél, andar buscando maneras
6 para revolver el mundo. Por tanto, que de su parecer convenia detenerlo dentro de la ciudad en obediencia de sus leyes y de sus jueces, como vivian los otros sus iguales, y no lo poner en libertad, ni permitirle señorío, ni dar facultad á que de tan pequeña brasa proce-
7 diesen despues mayores encendimientos. Algunas otras palabras se dixéron en este caso, que no fuéron muy honestas, tocantes á la juventud y hermosura de su persona, significando que Hasdrubal quisiese mal usar della, segun el gran Hamilcar Barcino su padre habia mal usado con el mesmo Hasdrubal, quando fué mocha-

chacho, primero que lo casase con su hija. Tambien se dixéron muchas otras razones peligrosas, como pronósticos, que saliéron adelante verdaderas. Mas como la casta de los Barcinos era gran multitud entre los Gobernadores Cartagineses, pudo mas la parte mayor, que la de mejor consejo. Y sin embargo de los pareceres contrarios, Hanibal fué despachado para residir en España, segun Hasdrubal demandaba; dado que la tal contradiccion dilató la venida muchos dias y meses del año sobredicho.

CAPITULO XXIX.

Como tornando Hanibal, hijo del gran Hamilcar, en España, viniéron tras él nuevos Embaxadores Romanos, que pusiéron gran confederacion con Hasdrubal y con sus Cartagineses. Dícese la solemnidad y cerimonia que los unos y los otros hiciéron para la firma desto, segun los antiguos acostumbraban en aquellos tiempos de su gentilidad.

Tornando Hanibal en España, fué recebido con alegría sobrada de los Capitanes y gentes del exército viejo: porque allende ser hijo del gran Hamilcar, á quien todos amáron y siguiéron los años pasados, era de condicion tan apropiada para los hombres guerreros, y mostrábaseles tan liberal y tan apacible, que ya desde muchos dias ántes lo pedian y deseaban. Hasdrubal eso mesmo le hizo su Teniente General en el hecho de las armas, remitiéndole por entero la provision absoluta de quanto le pareciese vedar y mandar en este caso. Y así los negocios quedáron repartidos en ambos, y procedian concertados, sin estorbarse los unos á los otros. Estando las cosas en aquel ser, traian los Romanos acá muchos avisos y diligencias para sentir el intento destos Capitanes Cartagineses. Y como supié-

piéron aquellos apercebimientos ya declarados, acordáron de los aplacar y amansar amorosamente: porque tenian á la sazon ocupaciones gravísimas en juntar todos sus amigos y valedores y todo lo principal de su potencia, con que resistiesen á los Galos Franceses, que ya mucha parte dellos pasaban los Alpes, y venian acor-
6 dados de destruir á Roma. De manera, que por excusar otra nueva pendencia, pues la presente sobraba, hiciéron sus Embaxadores al Gobernador Hasdrubal, declarándole quánto placer la Señoría Romana sintió de toda su prosperidad y buenos acontecimientos: y que por esta razon enviaban á le visitar y renovar con él aquellas amistades y concordia, que se hiciéron en Si-
7 cilia los años pasados por mano del gran Hamilcar. Y que fuera desto les era mandado, por quanto (segun habria sabido) los Romanos tenian jurada nueva liga con algunos pueblos Españoles, moradores entre los montes Pyreneos y el rio Ebro, Hasdrubal no quisiese pasar aquel rio contra los montes él ni persona de su bando, pues en las otras provincias Españolas quedaba mayor espacio donde se tenderia y multiplicaria
8 su potencia muy á su voluntad. Item, que por ninguna via perjudicasen á la ciudad de Sagunto: la qual, dado que cayese fuera desta demarcacion al otro lado occidental del dicho rio, tenia juntamente sus alianzas con los mesmos Romanos, y la preciaban ellos quanto se podia preciar: por donde no solo convenia no tocar en ellos, sino que recibirian gracia singular, si los tales Saguntinos fuesen acatados y favorecidos de los Cartagineses, conservándoles su libertad, para quedar medianeros contínos entre Roma y Cartago; pues en otra suerte convendria que Roma tornase por sus amigos, y contradixesen qualesquier agravios que les
9 resultasen. Vista la breve proposicion destos Embaxadores Romanos, Hasdrubal entendió presto la cautela que se pretendia para comenzar acá nueva qüestion,

y

y que Roma tenia pesar de ver á los Cartagineses tan apoderados en España: pero como fuese discreto, parecióle que quanto mas alargase la discordia, tanto mas crecia su poder, y se podria mas arraygar entre los Españoles, y que por el presente no convenia buscar enemigos, faltándole de recebir acá mucha gente que cada dia le venia, las quales y lo restante perderia con aquellos estorbos: en especial, que la comunicacion y los nobles de Cartago, si no fuéron sus parientes mesmos, le tenian por enemigo secreto, de quien, venidos al toque, tendria contradiccion, ántes que favor. Miradas estas circunstancias, y muchas otras que de- 10
llas dependian, Hasdrubal otorgó quanto quisiéron los Romanos, mostrando reputarlo por santo, por justo, muy cumplidero para la tranquilidad y sosiego de todos. Y luego los artículos arriba dichos fuéron conce- 11
didos con grande cerimonia, segun lo que Roma tenia de costumbre quando hacia semejante cosa. La solem- 12
nidad fué desta manera que dirémos aquí.

Primeramente saliéron el Gobernador Hasdrubal 13
y los Embaxadores Romanos á cierto templo de sus ídolos, en un dia señalado, para la confirmacion y jura de los capítulos. Y puestos ante muchas gentes, 14
así Caballeros, como vulgares, Españoles y Cartagineses, comenzáron algunos sacrificios y plegarias, con- 15
formes á la devocion de los Gentiles. Estos acabados, llegóse cerca de los altares un Sacerdote Romano, cuya dignidad llamaban ellos Fecial, instituida solamente para confirmar estas amistades, ó tratar desafios y guerras, quando las hubiese de su ciudad contra qualquier otra gente, segun lo hacen agora los Oficiales, nombrados Reyes de Armas, entre los Príncipes de nuestro siglo. Y allí hecha muy humilde reverencia contra 16
los ídolos, revolvió sobre los Embaxadores Romanos, y les dixo desta manera. Compañeros mios, mensa- 17
geros fieles y santos de la república Romana, man-

dáisme que yo confirme la capitulacion, que hicisteis entre nuestra leal ciudad y la gente de los Cartagine-
18 ses Africanos? Sí mandamos, dixéron ellos. Pues dadme, dixo él, los manojos de la yerba verbena, lim-
19 pia, santa y sin alguna suciedad. Esta tenian ellos aparejada para tal menester, con un lechoncillo mediano tendido sobre los altares, en que fenecian los sacrifi-
20 cios. Y puesta la yerba sobre las aras, el Fecial se volvió segunda vez á los Embaxadores, y les habló deste
21 modo. Compañeros mios Romanos, ¿haceisme vosotros mensagero leal de nuestro Senado y Pueblo Ro-
22 mano? Respondiéron ellos: Verdaderamente lo hacemos, sin engaño nuestro ni de nuestro pueblo Roma-
23 no, lo qual nuestros Dioses conviertan en bien. Luego sin mas dilatar otorgó por su parte los conciertos, leyéndolos en alta voz, con todas sus condiciones y
24 cláusulas. Y despues de bien expresadas hizo la plegaria siguiente.

25 Oyeme, Dios Júpiter grande; oidme tambien vo-
26 sotros, varones Cartagineses. Así como los principios, medios y fines de todos estos conciertos se rezáron y dixéron sin engaño ni maldad, y como son entendidos al presente; bien así nunca mi república Romana
27 será la primera que falte ni salga dellos. Y si por caso lo hiciere con traicion y mal engaño, quebrándolas sin consentimiento de todos, en aquel dia mesmo, tú, Dios Júpiter alto, hieras al pueblo Romano, como yo heriré la cabeza deste lechon; y tanto mas fuerte lo
28 hiere tú, quanto mas vales y puedes. A la hora dió con un pedernal en el puerco, despedazándolo por di-
29 versas partes. Y tornando la plática sobre sí, decia ta-
30 les razones. Si yo limpiamente, sin traicion ni mal engaño, tengo fenecida la cerimonia deste juramento, los Dioses inmortales derramen prosperidad por todas mis obras: pero si contrariamente lo hago ó lo disimulo, plégales que, salvando los demas, y quedando todos li-

libres en sus propias tierras, y en sus propias leyes, y en sus propias casas, y en sus propios templos, y en sus propias sepulturas; perezca yo solo, como la piedra deste sacrificio se caerá de mi mano. La qual pie- 31
dra dexó caer luego en el suelo. Casi lo mesmo hiciéron los Cartagineses con otro Sacerdote suyo, juran- 32
do la tal confederacion por los Dioses que tenian, obligándose que la mantendrian con entera y continua fidelidad. Y concluida la cerimonia, quedaban los capí- 33
tulos tan firmes y fixos, que ninguna cosa tenian los antiguos por mas consagrada ni divina, ni de que mayor pecado sintiesen, que salir fuera dellos. Hémoslo 34
querido poner aquí tan declarado y tendido, porque los mesmos Romanos hiciéron otra tal solemnidad con los Emporitas y Saguntinos de Monvedre quando procuraban sus amistades, de quien ya hablamos en el capítulo pasado; y puede servir esta relacion á los unos y á los otros. Y tambien porque pocos años despues 35
muchas naciones Españolas acostumbráron á lo hacer, y perseveráron en aquel estilo, si negocio semejante sucedia, casi todos los años y tiempos que viviéron en su gentilidad y ceguedad antigua.

CAPITULO XXIII.

De la muerte del Gobernador Hasdrubal, Capitan de los Cartagineses, hecha por un Español, en venganza de su amo, que fué muerto por su mandado, con mas otras cosas y mudanzas que dello redundáron en todas aquellas provincias Españolas.

Al tiempo que los Embaxadores Romanos tor- 1
náron en Italia, muy satisfechos y contentos con el buen despacho que llevaban, eran ya pasados algunos dias del otro año, que se contó docientos y veinte y tres ante del advenimiento de Nuestro Señor Dios. Y 2
no

no tardó mucho que se publicáron por aquellas marinas Españolas, pertenecientes á nuestro mar Mediterráneo, mensagerías ciertas, que decian el poder de los Romanos haber pasado batalla campal contra todos los Franceses de aqüende y allende los Alpes, en que se halló gran número de gente por ambas partes: pero que señaladamente la Señoría Romana tuvo consigo toda la flor y la potencia de Italia, que se montaban setecientos mil peones, y mas ochenta mil de caballo, con que ganáron la batalla, dexando muertos en el campo quarenta mil hombres Franceses, y diez mil que se to-
3 máron á prision. Fué la victoria muy grande: pero como todavía quedase multitud dellos repartidos en la tierra, nunca los Romanos tuviéron descuido con ellos.
4 Lo qual, dice Polibio, que fué gran ocasion para que la parcialidad Cartaginesa mejorase muy mucho sus negocios en España sin estorbo de nadie, conservando
5 las cosas en toda pacificacion. Hanibal entretanto residia con sus exércitos en aposentos; y segun su condicion, de sospechar es que siempre los ocuparia con torneos fingidos, y con semejanza de peleas verdaderas, haciendo con ellos quanto le pareciese menester para tenerlos apercebidos y prestos cada quando fuese ne-
6 cesario. Comenzó junto con esto á labrar muchas atalayas y torrejones, todos de tierra tapiada, sobre las montañas y cumbres de la provincia, muy altos y muy crecidos, y lo mesmo por toda la costa de mar que su gente poseia, puestos á vista los unos de los otros; para que prestamente, si conviniese, pudiesen hacer señales y dar qualquier aviso, de dia con humo, y de
7 noche con fuego, por toda la region. Maravíllase Plinio, que siendo las tales atalayas tan altas, y de sola tierra mazonada entre dos puertas de tabla, durasen firmes y sanas hasta su tiempo, que por buena cuenta fuéron algo mas de trecientos años, resistiendo las aguas, y vientos, y tempestades con igual fortaleza que

si

si fueran de piedra. Pero dexárase de maravillar si tu- 8
viera las experiencias que siempre tuviéron en España
de las tales obras tapiadas; donde para muchos propó-
sitos las hallan por mejor edificio que ningun otro. En 9
aquel ser perseveráron acá los hechos Cartagineses tres
años cumplidos, que jamas Hasdrubal cesaba de ganar
voluntades con astucias no pensadas, aventajando sus
negocios por este camino mucho mejor que por armas
ni rigor. En fin de los quales años aconteció, que co- 10
mo dentro del exército Cartagines ganasen acostamien-
to muchos Españoles de diversas provincias, entre ellos
habia uno llamado Tago; de cuyas señas ponen los Au-
tores haber sido maravillosamente bien dispuesto, de
noble casta, muy señalado entre todos los hombres
guerreros por sus acontecimientos y gran esfuerzo, muy
rico de hacienda, tanto, que hallamos Autores que le
llamáron Rey de la provincia donde moraba. Con es- 11
te Caballero Tago tuvo Hasdrubal enojos y diferencias,
por causas y motivos que no declaran las historias La-
tinas ni Griegas que desto hablan: y dado que Has-
drubal en todos los dias pasados hubiese forzado su
condicion en hacerse comedido y afable, la mucha pros-
peridad y favor de la fortuna continua le tornáron á
su natural; y comenzó por estos dias de mostrarse fe-
roz y desabrido, deseoso de sangre, de muertes y de-
masías, pareciéndole gran alabanza si se hiciese temer,
y si nunca satisfaciese sus enojos, por livianos que fue-
sen, sino con penas excesivas y crueles: lo qual exe-
cutó con aquel Caballero Tago, haciéndolo primero
matar, y poniéndolo despues en un madero levanta-
do para que las gentes lo mirasen y lo viesen en aque-
lla muerte deshonrada. Ninguna de las historias que 12
(como dixe) tenemos al presente manifiesta la razon
desta muerte, ni dónde procediesen los enojos y di-
ferencias arriba dichas, sino quanto las dos Corónicas
Españolas, que mandáron componer los dos ínclitos
Re-

Reyes Don Alonsos de Castilla y de Leon, el uno que llamaban el Sabio, y el otro su biznieto, padre del Señor Rey Don Pedro, con los Historiadores Castellanos que despues las siguiéron, dicen, que residiendo Hasdrubal en Granada, salió contra la vuelta de Cartagena por sosegar las provincias que los dias ántes habia dexado conquistadas el gran Hamilcar Barcino, trabajando tambien él por ganar otras tales; y que deseando llegar á la ciudad de Sagunto (la qual estos Coronistas muy contra razon llaman Sigüenza, siendo cierto Monvedre ó muy cerca della), para vengar en aquella tierra la muerte de su suegro, que tambien afirman estos haber sido allí muerto; cuentan, que caminando su viage topó con este Caballero Español, y lo mató con sus propias manos, no se lo mereciendo. 13 No ponemos esto postrero para que se tenga por cierto, sino para que quando los lectores lo hallaren en aquellas historias, mandadas recopilar por Príncipes tan esclarecidos y poderosos, sepan que tienen defectos y grandes, como todas las cosas humanas: pues, como ya diximos algunas veces, bien claro sabemos, la Granada que dicen ellos, no ser poblada por aquellos tiempos, y ni Polibio, ni Justino, ni Tito Livio, ni Paulo Orosio, ni las otras escrituras auténticas que desto hablan, declaran quál persona lo matase, ni la parte, ni la razon de su muerte, ni si fué por sus culpas, ó 14 por castigo de delitos cometidos. Como quiera que pasó, cierto es que despues desta muerte, un criado suyo, que tenia desde pequeño, de la casta y linage de los Españoles Célticos ó Galos, esperó cierta fiesta, donde los Cartagineses que seguian el Capitan ó Gobernador General, habian de salir con él á sacrificar y á hacer algunas cerimonias de gentilidad, conformes á sus usanzas: y viniendo Hasdrubal en una procesion ó pompa, despues de ya hechos los tales sacrificios, aquel Español se metió muy furioso por medio

dio de la gente, hasta llegar á él, y le dió tantas puñadas, que prestamente lo dexó muerto, sin bastar nadie para se lo quitar. Dicen otras historias, que 15
durmiendo Hasdrubal en su cama, lo degolló, haciendo tan poco caso de su muerte, que ni hubo, ni parecia tener alteracion de lo hecho: puesto que luego fué preso y atormentado por extrañas maneras: en las quales, quanto mas lo despedazaban, tanto mas se reia de sus atormentadores, mostrando placer y contentamiento, pues moria vengada la muerte de su señor. Y así menospreciadas las terribilidades de tan de- 16
masiada crueldad, deshechos en vida todos sus miembros y coyunturas, con muestra de muy grandes alegrías en el medio de tan excesivos dolores, espiró tres dias despues, á lo que dicen algunos, del fallecimiento de Hasdrubal, entrada ya buena parte del año tercero de la ciento y treinta y nueve olimpiada de los Griegos, que concurrió, (segun la cuenta de nuestra Corónica) poco mas ó ménos, con el año de docientos y veinte, primero que nuestro Señor Jesu-Christo naciese: dentro del qual tuviéron los tiempos en España serenidad y salud, mucho diferente de los años antepasados, que fuéron lluviosos y pestilenciales, como tambien dice Polibio que lo fuéron en Italia, por lo ménos el uno dellos: donde se tiene creido que vino procediendo de provincia en provincia la corrupcion de los ayres, hasta parar en España.

CAPITULO XXIV.

Como fallecido Hasdrubal, fué recibido Hanibal su cuñado por Capitan y Gobernador en España de los exércitos Cartagineses: y como se casó con una señora Española. Donde asimesmo se trata de sus muchas habilidades, y de las excelencias, y costumbres, y fisionomía de su persona.

1 Luego como la muerte del Gobernador Hasdrubal se manifestó por los aposentos del exército Cartagines, fué levantado Hanibal su cuñado por Capitan y caudillo general en conformidad grandísima de todos. 2 Y dado que tambien esta vez la Señoría Cartaginesa quisiera poner en España tales personas de su mano, que gobernaran los negocios, y no proveyeran cosa fuera de su voluntad y mandamiento: pero despues que supiéron la determinacion del exército, confirmáron lo hecho, sin hablar mas en ello: por ser Hanibal hombre de tal calidad, que nadie bastara para le quitar de su honra, mayormente favoreciéndole toda la generacion de sus parientes los Barcinos, bando muy poderoso dentro de la ciudad de Cartago. 3 Hiciéronlo tambien por la buena fama que de sus proezas y gran valentía se publicaba, no solo desde los primeros tiempos de su padre y de su cuñado, quando siendo niño seguia la guerra con ellos, sino despues desta segunda vuelta en España: donde quanto mas iba, tanto mas lo preciaban, pareciéndoles á los caballeros y gente vieja de guerra, que Hamilcar les era resucitado, por ver en el hijo la mesma fisionomía, los mesmos esfuerzos y diligencias, el mesmo vigor y meneo de los ojos, con toda la semejanza restante: sobre lo qual añadia tal crédito la clarísima sangre donde procedia, juntada con sus extremadas habilidades, que

que ya lo preciaban mucho mas por estas sus excelencias, que por ser hijo de tan esmerado Capitan. Era Hanibal, segun los historiadores dél escriben, y segun manifiestan las medallas contrahechas á su natural, mancebo de hermosa disposicion, alto y delgado de cuerpo, la cara tenia larga, la nariz ahilada, las barbas y cabellos encrespados, y mucho bien puestos: era muy bien razonado, y muy cortés en demasía, la conversacion mucho dulce, con la qual tenia mezclada gravedad mansa y amorosa, llena de buen donayre. Quando le hiciéron esta vez Gobernador y Capitan general de los exércitos y señorío que Cartago tenia dentro de España, seria de hasta veinte y seis años poco mas: y puesto que fuese mozo, conocíase dél tanta sagacidad y prudencia, que primero, ni despues, nunca se halló Capitan en las cosas de guerra mas industrioso ni sabio. Jamas tuvo persona tal ingenio para dos cosas diversas, que son, obedecer y mandar, ni con mas entendimiento lo supo hacer, tanto, que la gente del exército de ningun otro se confió mas, ni con igual osadía venian á las afrentas, que quando sabian estar él presente. Fué muy osado en acometer cosas peligrosas, y muy inclinado á tratar hechos difíciles. Y lo que suelen tener pocos hombres, de que le venian mayores peligros, no se turbaba, para que por ellos dexase de tomar consejo reposadamente, y usar dél. Nunca rezeló fatiga, ni su corazon fué vencido de pensamientos ni cuidados, como quiera que los tuvo mas contínos y mayores que ningun otro de su tiempo. Sufria con igual perseverancia la calor y los frios. En comer y beber templadísimo. No tenia tiempo señalado para dormir, sino quando le faltaban ocupaciones ó negocios, allí no descansaba sobre lechos ó camas delicadas, porque muchas veces en las guerras que tuvo despues, lo halláron en el suelo revuelto con las velas y guardas de su real, cubierto con

4 5 6 7 8 9 10

11 mantas groseras de las que traia la gente. Sus vestidu-
12 ras y trages, como los comunes del exército. Toda su pompa y arreo fué siempre guarnecer armas, procurar caballos, y llegar y favorecer las personas valien-
13 tes, donde quiera que se hallasen. Quando venian á la afrenta, primero que nadie rompia las batallas de pie ó de caballo, como lo tomaban, y postrero de
14 todos salia dellas. Tenia maravillosa presteza para seguir quantas buenas ocasiones le viniesen, que fué siempre cosa muy principal en la guerra, y en los otros
15 negocios humanos. Finalmente, quanto debió tener un Capitan muy perfecto y esmerado, lo tuvo tan acabado, que si lo venciéron alguna vez, no fué por su falta, ni por dexar de hacer todo su deber, sino por la mucha flaqueza de los suyos, ó por la sobrada valentía de los contrarios.

16 Tales y tan grandes virtudes confiesan y reconocen todos los Coronistas Latinos en este Capitan Hanibal, sino que le mezclan con ellas algunos defectos
17 y tachas no menores. Lo primero, ser demasiadamen-
18 te cruel. Y lo segundo, que jamas asentaba ni prometia cosa que la mantuviese, no le conviniendo: ni dicen que sostenia verdad ni religion, ni mostraba te-
19 mor á los Dioses inmortales. Lo qual pudieramos aquí bien creer, si los que lo hablan no fueran sus enemigos notorios, apasionados contra él en demasía, por
20 las causas que presto parecerán. Con esta manera de virtudes y vícios, anduvo Hanibal los tres años arriba dichos en la gobernacion y compañía de su cuñado Hasdrubal, sin dexar de hacer alguna cosa de las pertenecientes á tan aventajado Capitan, qual salió
21 despues. En lo demas, aquel dia mesmo que le diéron el cargo, como si particularmente lo tomara para guerrear en Italia contra los Romanos, bien así comenzó luego de mirar qué razon, ó qué color halla-
22 ria para lo hacer. Por una parte traia delante los ojos

el

el juramento que su padre le tomó siendo niño, para que nunca tuviese paz con ellos. Junto con esto 23
sentia mucho las capitulaciones asentadas pocos dias ántes con Haldrubal: donde se contenia, que ni Cartago, ni sus factores pasasen desde el rio Ebro contra los montes Pirenéos, ni por el otro lado del rio perjudicasen á los vecinos de Monvedre. De lo postrero 24
sintió que podria tomar ocasion legítima para tomar la pendencia sobredicha, rompiendo con esos Españoles confederados á Roma, por algun achaque, de los que nunca suelen faltar en semejantes negocios, á quien los busca: y que por aquella via quebrantaria, no solamente las contrataciones asentadas en España, sino tambien las otras primeras puestas en Sicilia con su padre. Mas como la riqueza y el poder de Mon- 25
vedre fuesen crecidas, y las de Roma su confederada, que no le podia faltar, fuesen mucho mayores, era necesario para tan gran hazaña grandes ayudas y favores: estas convenia buscarlas en España, porque los Africanos y Cartagineses tenian cogido temor á los Romanos desde la guerra Siciliana: y en aquella mesma guerra viéron por experiencia, que pocos Españoles, de los que fuéron allá con el gran Hamilcar Barcino, hiciéron tanta resistencia, que ganando la villa de Erice, nunca los Romanos pudiéron prevalecer contra Hamilcar, ántes con ayuda destos sus Españoles pocos, los tuvo cercados y fatigados, y puestos en terribles aprietos. Con esto Hanibal se mostra- 26
ba tan aficionado y amador de los Españoles, que con ellos era toda su conversacion, y con ellos comunicaba sus imaginaciones y secretos, no fingidamente, segun acostumbró los años ántes su cuñado Hadrubal, sino de toda verdad, y de todo corazon: porque como los parientes de su madre fuesen Españoles muy principales, y su nacimiento dél en España, con toda la vivienda y crianza de su mocedad, reconocíala por na-

27 naturaleza propia. Para mas declarar esta voluntad, deseando que todos lo tuviesen por Español verdadero, procuró casamiento con una doncella Española, muy emparentada y muy noble, llamada Himilce, vecina de la ciudad de Castulon, donde son agora los cortijos que llaman de Cazlona: cuyo sitio declaramos en
28 los veinte y tres capítulos del segundo libro. La qual señora no solo traxo con su casamiento riquezas y multitud de parientes guerreros y poderosos á la parcialidad y servicio de su marido, sino tambien con ellos toda la comunidad y gente vulgar de la ciudad de Castulon y de sus comarcas, que no fuéron pequeña joya, segun eran populosas y magníficas en
29 aquel siglo. Procedia Himilce de muy ilustre linage, decendiente por sucesion derecha de cierto caballero Español, muy antiguo y muy famoso, nombrado Melico, natural y morador en esta mesma provincia, cuyos hijos y decendientes fuéron los primeros fundadores y mas principales de Castulon ó Cazlona, como ya lo señalamos en los treinta y un capítulos del pri-
30 mer libro. La generacion destos, quieren decir haberse juntado por discurso de tiempo con algunos Foceenses que despues allí viniéron: entre los quales uno llamado Cyrreo, hijo de Castulona, sacerdotisa del Dios Apolo, de quien estos creian haber tomado nombre la ciudad, contaban tambien fabulosamente por
31 señalado progenitor de Himilce. Y así considerada la decendencia de su gran antigüedad, la reverenciaban á ella y á sus deudos, quantos en aquella tierra moraban, teniéndolos á todos ellos, con sus antepasados, por cabezas y señores de la region, como tambien obedeciéron y reverenciáron despues á su marido Hanibal, por causa y respecto della.

CA-

CAPITULO XXV.

De los muchos mineros y pozos de metales que se descubriéron en España nuevamente por industria del Capitan Hanibal, y de las crecidas riquezas que dellos precediéron: las quales él repartia por los Españoles y por las otras gentes con gran liberalidad.

Concluida la fiesta de las bodas, y siendo llega- 1
dos los principios del año siguiente, que fué docientos y diez y nueve, primero que nuestro Señor Jesu-Christo naciese, Hanibal comenzó de juntar todos los Españoles que pudo, sobre los otros que primero tenia grangeados y traidos á sus partes, no solamente de los que deseaban tomar acostamiento para residir en la guerra, sino de los moradores en los pueblos, para que mantuviesen allá su confederacion, así por el parentesco de su muger y de su madre, como por qualesquier otras maneras, donde quiera que los pudiese ganar. En estos distribuia multitud de presas ri- 2
quísimas, atavíos, caballos, ganados, dineros, con otras joyas de precio muy crecido, tanto, que las gentes andaban maravilladas de su liberalidad, y se le venian cada dia de muchas partes. Con aquello trabaja- 3
ba de recoger quantos tesoros hallase, para llevar adelante tales magnificencias, y para tener fuerza con que mantuviese grandes exércitos, bastantes á las grandes conquistas que traia formadas en su corazon, particularmente la de los Romanos en Italia, que fué siempre la que mas él deseaba. Y entre las cosas que por 4
este fin procuró, fué descubrir nuevos mineros de metales en España, sobre los que tenia Cartago sabidos y descubiertos desde los tiempos antiguos, para tambien sacar dellos toda su riqueza, despachando maestros

tros á todo cabo, que tuviesen conocimiento de las venas y margasitas, y de los otros indicios pertenecientes á la tal arte, con industria de los apurar y fun-
5 dir, y sacar y limpiar. Por esta diligencia, que fué muy sobrada, se caváron de nuevo gran copia de cuevas y de pozos, en diversas comarcas Españolas: de los quales algunos quedáron principiados, que no se pudiéron llegar al cabo por el bullicio de turbaciones y guerras, que luego sobreviniéron: otros ahondáron hasta lo vivo, que duráron abiertos en obra muchos años poseyéndolos estos mesmos Cartagineses, y despues otras gentes, que discurriéron por aquellas provin-
6 cias, como presto lo contarémos. El dia de hoy parecen aberturas de muchos en el Andalucía, y en otras tierras sus comarcanas, y puesto que los antiguos siempre los llamáron en comun, pozos de Hanibal, pero cada qual tenia su nombre particular segun
7 la nombradía del maestro que fué su descubridor. Y podemos aquí conjeturar el abundancia de riquezas que sacaban de todos ellos, por el uno solo, llamado Bebelo, del nombre (como digo) de quien lo halló, que rendia todos los dias al tesoro Cartagines trecientas libras antiguas de plata finísima, de las libras que ya diximos en otras partes desta Corónica, tener qualquiera dellas doce onzas de nuestro tiempo: de manera, que montaba lo de cada dia quatrocientos y cincuenta marcos Españoles, que valen agora (si damos á cada marco de plata subida dos mil y quatrocientos maravedís de valor, y ocho onzas de peso, segun las estimaciones acostumbradas) ochocientos y quarenta mil maravedís, de la moneda menor Castellana de nuestro tiempo, donde se contiene la suma de dos mil y docientas y quarenta monedas de oro, llamadas ducados, poniendo en cada ducado trecientos y setenta y cinco maravedís, conforme á la tasa que los cambia-
8 mos hoy dia. ¿Pues qué podemos decir que rendiria tan-

tanta copia de cuevas y pozos, quanto las Corónicas afirman haberse descubierto, si del uno solo que tenemos dicho salia tal ganancia? la qual verdaderamente fué tan excesiva que Hanibal, confiándose della, propuso de comenzar su contienda contra los Saguntinos de Monvedre, para con ocasion dellos revolverse con sus confederados los Italianos de Roma. Y así comenzó de juntar todas las compañías Africanas que Cartago tenia repartidas en el Andalucía y en sus contornos, y mas los Españoles que de nuevo se grangeáron, y los que primero seguian el exército viejo, con muchos otros que tambien le traxéron los allegados y parientes suyos y de su muger. En esto se puso mucha diligencia, temiendo que si lo dilataba, no le viniesen algunos estorbos de casos desastrados, para no lo poder hacer, quales viniéron á su padre Hamilcar, y despues á su cuñado Hasdrubal. Mas porque no pareciese que luego de rondon, y sin causa, movia contra los de Monvedre, pues ni le daban ocasion á ello, ni justamente lo debia hacer, segun las capitulaciones antiguas y modernas, asentadas entre Cartagineses y Romanos, acordó primero de comenzarlo por otras comarcas, apartadas de la marina, metidas algo dentro de la tierra, para que con mas disimulacion viniese cundiendo la guerra como saltando de gentes en gentes, hasta dar en Monvedre. La qual conquista guiada desta manera, y trabada una vez con esta ciudad, se ponia muy cerca del rio Ebro, para lo pasar quando quisiese, donde luego tomaria por achaque deste salto, la pacificacion de las gentes que moraban al otro lado contra los montes Pyreneos, y mas la restitucion y cobranza de lo que tuvo ganado su padre Hamilcar los años ántes, quando por allí residia.

9 10 11 12

CAPITULO XXVI.

Como Hanibal entró por el reyno de Toledo haciendo muchos daños: y tomada por combate cierta poblacion principal desta provincia, dió vuelta para Cartagena con grandes preseas y despojos que sacó de las tierras por donde pasaba.

1 Estando los exércitos de Hanibal en España mas apercebidos y juntos, y de mas crecida pujanza, que jamas por aquella tierra se viéron, andados pocos dias del estío del año sobredicho, Hanibal comenzó de mover por el ancho del Andalucía, sin reposar en alguna parte, hasta venir en unos pueblos Españoles, que llamaban en aquel tiempo los Olcadas: y no hallamos dellos alguna memoria por los Cosmógraphos antiguos, ni podria yo decir cosa cierta de su region, sino quanto el maestro Antonino de Lebrixa, mirando los indicios y señales que Tito Livio y Polibio ponen dellos, segun que tambien aquí los pondrémos muy presto, conjeturaba que caian en aquellas comarcas donde hallamos agora la villa de Ocaña, nueve leguas alejada de Toledo, contra la parte oriental: y tuvo por cierto que la villa sobredicha se debió llamar Olcania los tiempos antiguos, creyendo que seria prin-
2 cipal entre las otras poblaciones destos Olcadas. Y ciertamente parece tan buena su razon, que nadie la debria desechar, si hallasemos autores auténti-
3 cos que la confirmasen. Y si lo tal así fué, necesario conviene los tales Olcadas Españoles ser, algun linage particular de los Carpetanos, donde se contienen
4 agora casi todas las gentes del reyno de Toledo. Porque segun declaran los aledaños ó linderos que Ptolomeo y Plinio señalan, los Carpetanos comenzaban á se contar desde las cumbres que vienen fronteras á

Se-

Segovia y á Buitrago, donde partian término con otros Españoles que nombraban los Vaceos, y pasaban las rayas adelante de Toledo gran trecho, contra la tierra de los Andaluces, donde notoriamente quedaba la villa de Ocaña. Lo que podemos al presente 5
certificar de los Olcadas, era tener ya por estos dias larga noticia de la parcialidad Cartaginesa, dado que no le reconociesen obediencia: mas Hanibal vino tan poderoso contra ellos, que sin mirar otro respeto, les destruyó toda la comarca: y dando vuelta para se tornar, les comenzó de combatir una poblacion principal nombrada Carteya, segun la llaman Titolivio y Polibio Coronistas Romanos. Juliano Diácono, mudadas 6
algunas letras, la dice Carcena: lo qual no me desagrada, pues Plinio hace mencion de los pueblos nombrados Carcenos en esta misma parte. Pero si los primeros 7
aciertan, parece bien claro, la tal Carteya ó Carcena, ser en el sitio diversa de la Carteya, que tenian los Andaluces en la salida del Estrecho, llamada por este nuestro tiempo Tarifa, de quien hablamos en los veinte y quatro capítulos del segundo libro, y en algunos capítulos del primero. No tienen razon algunos 8
Escritores Castellanos modernos, que porfian ser aquella Carteya de los Olcadas, la que llamamos agora Tarazona, pues allende caer Tarazona dentro de los pueblos que solian llamarse Celtiberos, está claro por las historias, y por las monedas antiquísimas labradas en ella, que duran al presente, nombrarse Turiaso desde su fundacion. Y mucho ménos aciertan los que pos- 9
treramente creyéron ser la ciudad de Tortosa, movidos, á lo que parece, por caer algo comarcana de Monvedre, donde paró poco despues la furia desta guerra: porque tambien aquella Tortosa venia dentro de los pueblos nombrados Ylercaones, y siempre los antiguos la dixéron Dertusiun ó Dertosa, sin haber en ella rastro del apellido de Carteya. Dexadas pues las 1

tales opiniones, y tornados á nuestra verdad, cuentan los buenos autores, que discurriendo Hanibal por allí, con la multitud y fiereza de sus gentes, los Carteyos ó Carcenos fuéron acometidos tan recio, que sin poderse valer ni remediar, les entráron la villa, y se
11 la ganáron y destruyéron. De cuyo temor, los otros lugares pequeños comarcanos, se rindiéron á la hora, que-
12 dando por tributarios de la Señoría Cartaginesa. Luego Hanibal prosiguió su tornada para Cartagena con el exército vencedor, cargado de las riquezas y robos destas gentes: donde llegados, reposáron él y todos el invierno siguiente: y allí repartió los despojos con mucha liberalidad, pagándoles, allende desto, los acostamientos atrasados, con que ganó mucho la voluntad de los ciudadanos Cartagineses que le seguian, y no ménos de las otras naciones Españolas quantas traia consigo.

CAPITULO XXVII.

De la mucha division y discordia que por este mesmo tiempo tuviéron entre sí los Saguntinos vecinos de Monvedre, donde se hiciéron tantas crueldades y males unos en otros, que fué necesario venir los Romanos sus amigos á ponerlos en paz, y sosegar el estado desta ciudad.

1 Por aquella mesma sazon quando Hanibal guerreaba los Olcadas y Carteyos, aconteciéron en la ciudad de Monvedre grandes alborotos y turbaciones, puesto que no falten autores que digan, haber esto sucedido primero que Hanibal tuviese la gobernacion de
2 los exércitos Cartagineses en España. Y segun otros
3 porfian, primero que Hanibal naciese. Pero son muchos mas los que segun lo ya dicho, concordan en este tiempo que dexamos aclarado, certificando, que todos los

los vecinos de Sagunto, repartidos en parcialidades y bandos, peleáron muchos dias entre sí por las plazas y calles del pueblo, matándose gran parte dellos en diversas veces, con encendimientos y robos de casas particulares, y de muchos lugares públicos. Y procedie- 4
ra la cosa mas adelante, hasta perderse todos ellos, si los Gobernadores y Cabezas de la ciudad no recudieran á los Romanos sus confederados en Italia, rogándoles, que como principales amigos suyos, tuviesen por bien de se meter á despartir estos males, que cada dia se hacian mayores: y con su discrecion, autoridad y prudencia tratasen la pacificacion dellos, pues la gente vulgar, y los otros movedores de la discordia los reputaban en tanto, que vista su buena voluntad, y sintiendo que la Señoría Romana les mostraba tener por cosa propia, perderian la pasion, y harian quanto les rogasen. Dixéronles otrosí, tener gran 5
rezelo, que parte de los alborotadores llámanse al Capitan Hanibal, para se favorecer dél, y que metido dentro de Monvedre, nadie bastaria para lo desarraygar della, hasta le quitar su libertad: y puesta la comunidad en servidumbre, quedaria señor absoluto de tan poderoso lugar, con todas sus comarcas y dependencias. Los Romanos como supiéron este peligro, jun- 6
tamente con la relacion de quanto los Cartagineses acá señoreaban, y de la nueva conquista de los Olcadas y Carteyos, señaláron luego sus embaxadores autorizados y valerosos, que sin detenimiento viniéron á Monvedre. Los quales al principio de su llegada comen- 7
záron á tratar muy discretamente lo que convenia para sosegar la turbacion desta ciudad, y residiéron en el pueblo todos los dias necesarios, hasta lo tener sin escrúpulo de discordia. Y al tiempo de su tornada en 8
Italia, deseándolo dexar seguro y asentado, diéron órden como fuesen ajusticiados y muertos algunas personas escandalosas, que no parecian de suficiente se-

gu-

9 guridad. Y deste modo negociándolo todo muy bien, quedando los de Monvedre satisfechos y pacíficos, tornáron los embaxadores á Roma casi en el fin del invierno sobredicho, donde hiciéron relacion de todo lo pasado en España: y allá les fuéron dadas gracias y remuneraciones por sus trabajos, y gratificada la buena diligencia que tuviéron en conformar estos sus amigos, á quien Roma tanto preciaba y estimaba, por la buena reputacion en que todos sus conocidos los tenian.

CAPITULO XXVIII.

Del grave recuentro que los Españoles del Reyno de Toledo pasáron con Hanibal y con sus exércitos cerca del rio Tajo, donde se cuentan algunas propiedades de los Elefantes, que los antiguos solian traer en sus conquistas y peleas.

1 Entrado el verano del otro año, quando se contáron docientos y diez y ocho ántes del advenimiento de nuestro Señor Dios, Hanibal recogió sus banderas, y salió segunda vez de Cartagena, caminando por cerca de los Españoles Olcadas contra los Pue-
2 blos llamados Vaceos. Quién fuesen estos Vaceos, y los aledaños y rayas que los dividian de muchas otras naciones Españolas, ya lo declaramos asaz en los quarenta y un capítulos del tercero libro. Desta jornada conquistó Hanibal dos buenas ciudades á pura fuerza de combates, llamadas Hermandica y Arbacala, que dice Tito Livio ser pueblos de los Carteyos ó Carceños: puesto que Polibio y Plutarco los hagan de los
3 mesmos Vaceos. Arbacala se defendió muchos dias con la multitud y valentia de sus moradores, lo que no pudiéron hacer los Hermandicos, por ser poca gente: pero de que tambien estos viéron perdido su lugar,

gar, juntáronse con algunos Olcadas, huidos el estío pasado de la guerra ya dicha: con los quales alteráron un pedazo de los Carpetanos, y los pusiéron en armas contra Hanibal. Donde parece que todas estas 4
gentes, conviene á saber, Olcadas, Vaceos, y Carpetanos, fuéron vecinos y confines las unas de las otras, como tambien las hallamos hoy dia, segun lo que dellas queda manifiesto por los capítulos y libros pasados: y no lo pudieran ser, si Carteya la de los Olcadas fuera poblacion de los Ylercaones ó Celtiberos, como creian los Coronistas modernos arriba señalados, por caer estos tales muy alejados de la provincia Carpetana contra las partes Orientales. Ya salian Ha- 5
nibal y su gente de la tierra de los Vaceos, quiero decir de las fraguras y sierras comarcanas á Buytrago y á Segovia, para se tornar á Cartagena, tan cargados todos ellos de ropas, y ganados, y captivos, como saliéron el año pasado de las otras provincias, quando sin lo sospechar les viniéron al encuentro los Olcadas y Carpetanos, con otros sus allegados. La pri- 6
mera vista que les diéron, fué cerca del rio Tajo, no léjos, á lo que parece, de la barca que llaman agora de Oreja, sobre las comarcas de Ocaña. Y de- 7
bió ser así cierto, porque viniendo desde los Vaceos, viage derecho para Cartagena, conviene que los caminantes atraviesen allí las aguas deste rio Tajo: lo qual es otro motivo razonable para sospechar que los Olcadas fuesen parte de los Carpetanos, y poseyesen aquella region. Como los Españoles allí viniéron, ha- 8
lláron los enemigos tan embarazados con el mucho robo que traian en sus carruages y recuas, que del primer acometimiento desbaratáron quantos cayéron delante. Hanibal, vista la turbacion de su gente, rehusó 9
la pelea por aquella vez: y puesto su Real sobre la ribera del rio, para tener las espaldas seguras, en sintiendo que los enemigos á la primera noche reposaban,

ban, comenzó de vadear el agua secretamente pasán-
10 dose del otro lado. Allá fortaleció las estancias en lo
largo del campo, disponiéndolas de tal arte, que si los
otros quisiesen venir á él, tuviese lugar desocupado pa-
ra quando llegasen: porque convidados á la pasada con
este buen aparejo, si lo hiciesen, como parecia cierto
que sí harian siendo de dia, determinaba de los aco-
11 meter al tiempo que pasasen el rio. Con este presu-
puesto proveyó que quando su gente viese los peones
Españoles en el agua, los de caballo viniesen á ellos
12 dentro del rio, para trabar allí la pelea. Junto con es-
to repartió por la ribera quarenta Elefantes armados,
á la manera que los usaban traer en las guerras por
13 aquellos tiempos. Eran los Españoles Carpetanos, con
las allegas de los Olcadas y Vaceos, cien mil hombres
de pelea, tan determinados y valientes, que segun di-
ce Tito Livio y Polibio, nadie los pudiera vencer, si
14 pelearan en campo igual. Y como se hallaron en tanto
número, viendo por la mañana que ya los adversa-
rios eran pasados, creyéron que de temor les huian,
y que solo dilataba la victoria tener el rio de por me-
15 dio. Y así con gran alarido saltáron todos en el agua,
por lo mas cerca que cada qual pudo, sin órden, y
16 sin mandamiento ni regla de capitan. En este punto la
multitud de los caballos Cartagineses acudiéron á ellos,
y la batalla se comenzó dentro del rio difícil y traba-
josa, pero muy desigual á los Españoles Carpetanos:
porque como fuesen todos peones, y no se pudiesen
afirmar ni sostener en el agua, qualquiera de los ca-
balleros, dado que vinieran desarmados, con el impetu
solo del caballo los podian tropellar y derrocar, quedan-
do muy libres ellos para las entradas y vueltas y salidas
por detras y por delante que les hacian: porque la fuer-
za de sus bestias los traian firmes y recios, dado que
17 mas hondura hallaran. Con este tal aviso pereció mu-
cha parte de los Carpetanos ahogados y sumidos: y

si

si pudiéron algunos dellos pasar adelante por medio de las ondas y de los caballos, en tomando la ribera del otro cabo, fuéron despedazados de los Elefantes. Los 18
otros traseros que venian en la rezaga, conocida la rotura de los primeros, tornáron algo libres á sus riberas: y allí comenzados á se rehacer, Hanibal ántes que cobrasen mas ánimo ni concierto, se metió contra ellos por el rio adelante, llevando la fuerza de todas sus banderas juntas en un esquadron, con que finalmente los hizo huir. Y siguiendo la victoria co- 19
menzó de hacer tales daños en toda la campiña, que dentro de pocos dias sus moradores y comarcanos le reconociéron sujecion. Acostumbraban en aquel siglo 20
las naciones ó Príncipes poderosos traer Elefantes en sus guerras, como los traxo tambien Hanibal en aquella pelea, por ser animales mucho fuertes y de gran corazon; guarnecíanlos con armaduras defensivas, para que los enemigos no los pudiesen ofender: y metidos en las batallas contrarias, hacian mucho daño con las trompas y colmillos, arrebatando los hombres, y lanzándolos en alto y al través, despedazando quantos alcanzaban. Con esto de la fuerza muy gran- 21
de, tienen la presencia muy espantosa, de mayores cuerpos y grandeza, que quantos crió la natura: muestran en sus obras tanta discrecion y memoria, que parecen alcanzar juicio: son muy vergonzosos si hacen alguna cosa torpe, señaladamente quando los machos toman las hembras, que buscan lugares encubiertos, donde nadie los vea: lo qual acontece cinco dias en cada año. Al sexto dia siguiente, despues de cumpli- 22
do su deseo, lávanse lo mejor que pueden en algun rio, para se tornar á las otras piaras y rebaños en que solian andar. Las hembras duran preñadas dos años en- 23
teros, y jamas paren mas de uno. Huélganse hembras 24
y machos cerca de rios y de lagunas, dado que por su mucha grandeza no tengan habilidad para nadar. Viven 25

tanta vida, que los mas dellos alcanzan á docientos
26 años, y muchos alcanzan á trecientos. No pueden bien sufrir el frio, puesto que tienen el pellejo tan duro y tan fuerte por el espinazo, quanto blando y mollizo
27 por el vientre. Si les hincan algunas saetas, ó lanzas, ó garrochas, dándoles á beber aceyte, dicen que se
28 les caen los hierros. Temen extrañamente los ratones, y la mayor dolencia que sienten, son cámaras ó ven-
29 tosidades. Si comen tierra, háceles mucho daño. Précianse quando les ponen jaeces, y qualesquier otros
30 atavíos para bien parecer. Aprenden con gran atencion quanto les enseñan, estudiándolo con mucha diligencia, tanto, que los antiguos tenian maestros que les enseñaban á pelear, y voltear y baylar, como si fue-
31 ran personas de razon. Muchos dellos se viéron escrebir con la trompa en el suelo y en las paredes, pa-
32 labras y letras que decian sentencia. Otros tuviéron amores de mugeres, mostrando maneras de requiebros cada vez que pasaban delante dellas: y mas otras cosas de maravilla que dellos escriben los Filósofos naturales, en que parece notoriamente, ningun animal de los brutos imitar tanto los hombres, no solo en la clemencia y compasion que tienen, sino tambien en
33 la condicion y buen natural. Hállase gran abundancia dellos en Africa, pero mucho mas en las Indias Orientales de Calicud y Malac, contra lo postrero del mundo. Y los desta region son mas crecidos y mayores en fuerzas, de la qual nos han traido por este tiempo cantidad dellos en España, despues que nuestra gente señorean y tienen sojuzgadas aquellas Indias, y derrama-
34 do por ellas su potencia. Solian nacer Elefantes, segun Aristótiles dice, por las tierras comarcanas á las colunas de Hércules, que son agora confines al estre-
35 cho de Gibraltar. Y por esta razon el mesmo Aristóteles afirma no ser el fin de las Indias muy alejado del tal Estrecho, pues crian ambas regiones aquellas bestias

tias tan semejantes las unas á las otras. Mas agora de- 36
xarémos de hablar en estos animales, y tornarémos á contar lo que sucedió con Hanibal en España, siendo pasada la pelea del rio Tajo.

CAPITULO XXIX.

Como viniéron Embaxadores Romanos á Cartagena, para renovar con Hanibal sus amistades antiguas, y negociar que no tomase pendencia contra los de Monvedre sus amigos, de lo qual habia grandes indicios. Y de la mala respuesta que tuviéron en esta demanda.

Pareciéron tan importantes las conquistas y vic- 1
torias pasadas, así las del año presente, como las del año primero, que ningun pueblo ni gente faltó por aquella cuerda de tierra, quanta viene desde la boca del rio Ebro, hasta las fronteras del Andalucía, que no recibiese la confederacion y señorío de los Cartagineses y de su Capitan Hanibal, sino fuéron los Saguntinos de Monvedre, con quien al presente nadie tenía quistion abierta: pero ya se trataba de secreto manera para la tener, buscándoles Hanibal discordias y pendencias con algunos Españoles sus comarcanos, por el mesmo camino que su padre primero lo tentó, procurando como las tales pendencias tuviesen calidad ó circunstancias con que se pudiese tambien él meter en ellas. Esto negociaba personalmente con los Andaluces 2
Turdetanos, que segun ya declaramos en el décimo capítulo deste libro, pretendian ser suya mucha parte de la juridiccion que Monvedre poseia: lo qual Hanibal importunaba que pidiesen afectuosamente, y que le hiciesen á él juez deste pleyto: que (para decir verdad) montaba tanto como no pedir justicia ni derecho, sino fuerza manifiesta. Sintiéron todas estas cautelas 3

muy bien y muy presto los Saguntinos, y no cesaban de hacer mensageros á Roma, con informaciones contínas y largas, como gente cuidosa de sí, que ya conocian los males venideros ántes que llegasen: y tambien porque la Señoría Romana supiese la prosperidad que los Cartagineses acá traian. Hanibal en esta sazon tenia ya concertados y concluidos sus intentos y deseos, y volvió para Cartagena, con intencion de reposar el invierno que se llegaba: y allí le viniéron Embaxadores Romanos para sentir su voluntad en el hecho de Monvedre, y en los otros movimientos que dél sospechaban: los quales Embaxadores fuéron bien recibidos, y se les permitió que luego declarasen lo que demandaban. Ellos en breves palabras, segun dice Polibio, pidiéron primeramente, que no se trabase pendencia con los vecinos de Monvedre, pues ya le constaba ser confederados y compañeros del Pueblo Romano. Lo segundo, que ningun Cartagines pasase del rio Ebro contra los montes Pirenéos, conforme tambien á los tratos puestos con Hasdrubal su cuñado. A lo qual respondió Hanibal poco mas largo, como mancebo herviente, deseoso de la guerra, tal que la de España tenia prevenido muy á su voluntad, y en Cartago ninguna cosa le faltaba con el industria y favor de los caballeros principales della sus parientes: diciendo ser él muy amigo de los Saguntinos, y reputarlos entre la gente de su parcialidad, y que pues tal eran, merecian los Romanos grave reprehension en habetse movido los dias ántes por letras de personas particulares á tratar paz entre los de Monvedre, quando sucedió la revuelta de sus bandos, pues Hanibal habia de ser el que los pacificase: y pasando los mesmos Romanos mas adelante, habian tambien ordenado como fuesen muertos algunos hombres principales desta ciudad: los quales él entendia vengar por ser antigua costumbre de los Cartagineses no dexar sin emienda las in-

injurias de sus amigos. No dicen las Corónicas Lati- 8
nas palabra ni réplica que los Embaxadores Romanos hiciesen á esto: pero sábese cierto, que luego como fuéron despedidos, muy mal contentos de su respuesta, Hanibal sin detenimiento despachó nuevos mensageros á la gran Cartago, con aviso de quanto pasaba en España, declarando y encareciendo muchos agravios que los Saguntinos de Monvedre, confiados en la Señoría Romana, tenian hecho á diversos pueblos Españoles sus amigos y parciales. Casi junto con 9
aquello, mudando su primera determinacion que tenia de repartir las banderas en aposentos para reposar el invierno, salió con ellas en campo, llevando las mas apercebidas y mas armadas que nunca, guiadas la via derecha de Monvedre: donde llegáron el año sobredicho, pocos dias andados del mes, que los Romanos llamaban Septiembre, los Españoles no sabemos que nombre le daban en aquellos tiempos. Y luego como 10
viniéron, Hanibal comenzó de quemar y destruir la campiña con estragos cruelísimos: los quales por el mesmo tenor, y con la mesma crueldad, se hiciéron contra los otros lugares y tierras por donde pasaba, sino fué contra la villa de Denia con su comarca: donde Hanibal, dado que le cayese en el camino, no quiso tocar, por atacamiento del templo antiquísimo que sus vecinos allí cerca tenian, en reverencia de la diosa Diana, mostrándose tan devoto della, como los Españoles sus confines: dado que por otra parte sabia claro tener este pueblo singular amistad con los de Monvedre, y pudo tambien ser que no ménos la tuviese con los Romanos en Italia. Llegados los exér- 11
citos Cartagineses á Monvedre, pusiéron real sobre las tres partes del pueblo, fortificados con mayores aparejos y presteza de la que nadie puede significar. Lue- 12
go se comenzáron á labrar ingenios de diversas ma-

ne-

neras, con todos los artificios y herramientas pertenecientes al combate desta ciudad: porque ya declaramos en el quarto capítulo, y en el veinte y seis mas adelante del primer libro, los comienzos y siglo de su fundacion, y la parte donde fué cimentada, no será bien repetirlo de nuevo, pues allí abundosamente se
13 podrá ver. Item, declaramos en otros lugares de los libros pasados, la fertilidad y provecho de su provincia, las grangerías y provision que siempre traxo por la mar, el acrecentamiento de su vecindad, la justificacion de sus leyes, sus loables costumbres, y su buena gobernacion: con lo qual, segun ya se dixo, pujáron sus moradores en breves dias á tener tanta riqueza, que se reputaban entre los mas bien afortunados de España: tanto, que como vimos, la Señoría Romana procuró su confederacion, creyendo que bastaría para deshacer con ella la potencia de los Cartagineses: y los Cartagineses trabajaban en destruir, por estorbar lo mucho que podrian los Romanos acrecen-
14 tarse con tal amistad en España. Declárlo mas Polibio, diciendo que si Hanibal esta ciudad alcanzase, quitaba primeramente qualquier esperanza que los Ro-
15 manos tuviesen de hacerle guerra por acá. Lo segundo, que le cobrarian temor otras gentes, y las ciudades Españolas de su parcialidad estarian mas firmes y fieles, y parecia que se le darian luego las que vivian
16 en libertad. Lo tercero, que podria despues ir adelante, bien seguro por las otras regiones Españolas, pues no dexaba lugar enemigo rezagado, y esperaba sobretodo de tomar en Monvedre mucho dinero, para las empresas dificiles que traia propuestas en su corazon.
17 Item, que su gente guerrera cobraria gran ánimo con el provecho del robo que hallasen en la ciudad: y finalmente ganaria las voluntades y corazones de los Cartagineses Africanos, por los presentes y dones que

les

les podria hacer de las joyas y riquezas deste pueblo. De manera, que para tanto peso bastaba la posesion y valor en quel tiempo de la ciudad de Sagunto. 18

CAPITULO XXX.

Como Hanibal, habiendo cercado la ciudad de Monvedre, la combatió muchos dias con los ingenios usados en aquel tiempo: donde quedáron abiertas y rotas en España las pendencias de los Cartagineses contra la parte Romana, favorecedora de Monvedre.

Tenian los adarves de Monvedre cierto canton á 1
manera de punta, salida contra la vuelta de fuera, frontero de un valle, que dicen hoy dia Val de Sagon, mas descumbrado y mas llano que ninguna parte de sus contornos: por el qual valle Hanibal ordenó de llevar contra los muros para los derrocar, unos artefícios de combate, llamados Arietes entre los Latinos, que quiere decir carneros en nuestro Romance vulgar: y solíanlos traer amparados y cubiertos con otros ingenios que llamaban viñas. Estas eran de maderos ligeros, y no flacos, para que se pudiesen llevar donde quiera. Tenian al hueco nueve pies en altura, con otros 2
diez pies en el ancho, proporcionados en tal faccion, 3
que todas ellas quedaban á lo largo de diez y seis pies en quadro. Por arriba poníales dos coberturas á ma- 4
nera de tejado, la primera muy recia de tablas, la segunda blanda de sarzos hechos de vimbre: los lados texian eso mesmo con estas vimbres, pero cubrían-las de fuera con pellejos de bueyes crudos y recientes, porque con piedras ni con saetas nadie les pudiese dañar: y si los contrarios llegasen á meterles fuego, no los bastasen á quemar. Bien así como nuestros antepasados hacian pocos años ha lo que llamaban mantas

tas de combate, que casi fuéron lo mesmo que las viñas sobredichas, donde metian gente con azadones y picos, para cerca de tierra descarnar las murallas.
5 Lo trasero destas viñas antiguas parece que debió quedar abierto, porque fuesen mas livianas al traer, y porque los esquadrones mayores del exército, que siempre venian á poco trecho, seguraban en aquella parte la gente que las meneaba dentro, juntamente con los otros ingenios metidos en ellas, que dixe llamarse carneros: los quales eran unas vigas gruesas, colgádas algunas veces de cierto madero sencillo, levantado como balanza, semejante del que contamos en los treinta y cinco capítulos del segundo libro; pero lo mejor y mas comun era colgarlas con sus cadenas ó sogas, de dos maderos bien firmes, justos y trabados en lo mas alto, y en lo baxo desviados á manera
6 de triángulo, que parecian pies del ingenio. La frente mayor y mas gruesa de las vigas guarnecíanla con chapas de hierro bien fuertes, y quedando colgadas en el ayre, despues que con sus viñas la podian llegar cerca del muro, puxaban atras, y dexándolas luego, de vayven daban tal golpe, que con el ímpetu de los arrojadores, y con la grandeza y el peso que tenian en sí, despedazaban las piedras, y las desencaxaban de sus lugares, derrocando quanto herian, si bien lo supiesen regir. Por esta razon tenian el nombre de carneros que diximos, á causa que como los tales animales ovejunos, al tiempo que pelean unos con otros para se dar testadas, se retraen á cobrar mayor ímpetu, y todo con que lo se hieren, es con la frente: ni mas ni ménos las tales vigas de combate retraidas por detras para herir en los muros, todo lo que desbarata-
8 ban y deshacian, era con aquella frente herrada. Bien es verdad, que discurriendo los tiempos, sobre todos estos aparejos les añadiéron muchos otros, con que los golpes fuesen mayores, y la gente los pudiese mejor

jor guiar: porque como ya diximos en aquel capítulo del segundo libro, la primera parte donde los inventáron, fué sobre Cádiz, quando los tiempos antiguos otros Cartagineses nuevamente venidos allí, conquistaban aquella Ciudad por industria de Pefasmeno carpintero, vecino de Tyro: despues un otro maestro natural de Calcedonia, llamado Cetras, les añadió nuevos asientos, con que no los pudiesen trastornar, y ruedas en lo baxo, para los llevar donde quisiesen. Dicen mas, 9
haber éste sido quien primero les puso los encaxos ó viñas al derredor, con los aforros ó cubiertas de cuero, que los amparasen de quanto por los lados, ó por encima sus contrarios les tirasen: en lo qual duráron algunos años, sin les añadir otra mejoría, hasta los tiempos del Rey Philippo de Macedonia, padre del gran Alexandro, que teniendo cercada la ciudad de Bizancio, llamada por este nuestro siglo Constantinopla, cierto maestro nombrado Polidio, natural de Tesalia, hizo sobre todos estos ingenios, muchas otras invenciones y sotilezas en los artificios de combate, mas fáciles y mas furiosas. Deste Polidio fuéron discí- 10
pulos Diades y Cherea, dos singulares oficiales, que siguiendo los exércitos del gran Alexandro, recibiéron del crecidas mercedes, por el mesmo respeto de sus artificios y nuevas invenciones que sacaban en los combates de los pueblos, donde quiera que ponian sitio: de lo qual dexáron escritos libros asaz provechosos, declarando las medidas y buenas proporciones con que los debian labrar: y por aquella regla se guiaba mucha gente de los antiguos en sus obras, y perseveráron en ello gran tiempo: señaladamente la nacion de los Griegos, y despues los Romanos, quando por el mundo traxéron guerras en diversas provincias: y tambien este Capitan Hanibal, quando tenia puesto cerco sobre Monvedre, que hizo multitud de los tales artificios, á fin de se juntar con los adarves de la ciudad, y der-

11 rocarlos en el canton que tenemos declarado. Mas toda su diligencia dañaba poco, por causa que quanto léjos del muro parecia lugar conveniente para traer las mantas ó viñas, tanto despues, venidos al efecto, sucedia mal, estorbándolo cierta torre grande que caia
12 cerca. Los muros tambien, como de parte sospechosa, tenian allí mas altura, mas fortaleza, mas defension, no solo de reparos y pertrechos, sino de mancebos escogidos y valientes: que donde sentian mayor peligro, resistian con mayor fuerza: los quales con piedras y dardos, y con todos los arrojadizos posibles, apartaban los enemigos quando venian, sin bastarles
13 amparo que traxesen. Desta manera no satisfechos en defender aquella parte, con todo su quartel, y con su torre, cobraban ánimo para salir á dar en las estancias Cartaginesas, y dañar los ingenios, tan denodados y tan á tiempo, que ningun rebato probáron, don-
14 de cayesen ménos de los unos que de los otros. Y en el uno destos rebatos Hanibal, trabajando por llegar á los adarves, sin curar de su peligro, ni del mal que le pudiese recrecer, fué derrocado gravemente herido con una lanza que le pasáron el muslo todo: cuya caida puso tanta confusion en los suyos, y se comenzó la turbacion y huida de tal arte, que poco faltó para desamparar y dexar perdidos los artificios y mantas del
15 combate. Y así traido Hanibal á sus reales, cesáron las peleas algunos dias, y solo perseveráron en el cerco, quanto duraba la cura desta herida, no haciendo mas de reparar los ingenios y las defensas del real, sin
16 cesar hora ni momento. En esto se gastó lo que faltaba del año presente, quedando la guerra muy trabada por todas aquellas comarcas, llena de muchos y muy grandes inconvenientes.

CA-

CAPITULO XXXI.

De los agüeros y señales terribles que sucediéron en estos dias en el cerco de Monvedre, y de la victoria grande que los ciudadanos ganáron en un combate que les diéron Hanibal y todos sus exércitos, mostrando crecida valentía de sus personas.

En aquel intervalo de tiempo siempre renovan 1
por la ciudad guardas y reparos á toda parte: sus mensajeros no paraban idos y venidos á Roma, pidiendo socorro muy breve, pues tenian el adversario terrible: de quien sentian ser la principal causa de su rancor, el amistad y la liga que pusiéron con los Romanos: pero tanta quanta priesa les daban los ciudadanos de Monvedre, tanto la Señoría Romana dilataba su despacho, consultando diversas veces lo que podrian hacer, ántes que rompiesen la guerra de su parte, con las quales largas comenzáron á sentirse necesidades entre los cercados. Y poco despues sobreviniéron agüeros y señales, don- 2
de si la prosperidad que tuviéron en los primeros encuentros no les pusiera demasiado corazon, pudieran bien conocer lo que dellos habia de ser: en especial venidos los principios del año siguiente, que fué docientos y diez y siete primero que nuestro Señor Jesu-Christo naciese, sucedió de parir una muger en la ciudad un hijo varon, y tan presto como salió fuera del vientre, nacido ya de todo punto, tan presto se tornó dentro, sin haber quien lo pudiese resistir: significando rehuir la comunicacion y vida de sus naturales, á quien tales fatigas estaban aparejadas, y tener por mejor no nacer, que pasar por tanta persecucion: ó segun otros interpretan, significaba no ser ya menester hombres nuevos en el pueblo, pues á los nacidos y criados se les ordenaba tan gran peligro: las quales interpre-

taciones, puesto que de palabras diversas, vienen á parar
3 en un fin. Y hácese desto memoria notable por los Filósofos naturales, á causa de no se hallar desde que el mundo se comenzó, semejante señal en otra ciudad ni
4 region que sepamos. Y verdaderamente si la maravilla fué grande, las afrentas y significacion della no fuéron menores: porque luego como Hanibal guareció de aquella herida que tenia, renovó la quistion mas cruel, y por muchas mas partes que primero, con tantos obreros y tantos ingenios de combate, que casi no cabian en
5 aquellos campos. Y puestos los aparejos á punto, comenzáron á moverse las mantas, ó viñas contra la muralla, metidos sus carneros en ellas: las quales en conclusion pudiéron llegar con el abundancia mucha de gente que tenian los exércitos Cartagineses: donde (segun afirman) habia ciento y cincuenta mil hombres de pelea, sin los otros oficiales y personas de servicio.
6 Los ciudadanos cercados, dado que con mucha buena manera y gran esfuerzo se defendiesen y trabajasen quanto podian, no bastaban á tanta priesa, quanta siempre les daban: porque los carnetos ó vayvenes herian en los adarves, y por muchos lugares los tenian hendidos, y en una parte muy aportillados, descubriendo gran espacio de la ciudad: y no tardó mucho que tres cubos, ó torrejones, y quanta cerca tenian entre sí, cayéron de todo punto con tal estruendo, que sus mesmos Capitanes Cartagineses, y todos los del exército, creyéron por aquello solo tener ya ganada la ciudad sin mucho peligro de sus gentes, y cargaban furiosamente para se meter dentro, sino que halláron á los ciudadanos en el otro lado puestos en órden, muy reglados, y muy deseosos de venir á las manos con ellos, como si la muralla caida fuera sola causa los dias pasa-
7 dos de no se haber podido juntar unos con otros. Ninguna cosa parecia la tal quistion á los combates ó rebatos que se traban por ocasion en otros lugares, ni

mé-

ménos semejaba sino batalla reglada de dos exércitos poderosos, quando pelean en campo descumbrado, teniendo los de fuera por su parte gran confianza, que si porfiasen algun poco, tomarian el pueblo. Los de 8
dentro, poniéndose muy rabiosos entre las casas y lo caido del muro, desesperados en ver tan gran mal, ofreciendo sus cuerpos á las heridas, en lugar de las cercas que faltaban, sin retraerse ninguno dellos atras, ni perder un solo paso del sitio que primero tomáron, para que los enemigos pudiesen entrar. Quanto mas 9
andaban trabados y juntos, tanto mas gente se heria, porque ni metian espada, ni se tiraba lanza que no hiciese daño, particularmente las arrojadas por los Saguntinos, á quien ellos decian Falaricas. Estas eran co- 10
mo dardos crecidos, á manera de las que los Moros llaman azagayas, ó gorguces con su hierro quadrado, metido por una hasta redonda, sino donde ponian el hierro que por allí convenian ser las hastas quadradas para meterse cabal. En aquella juntura del hierro y de 11
la hasta hincaban unas mechas estopeñas, atadas como borlas, untadas con pez, mezclada (creo yo) con otros materiales que fácilmente se podian encender, pues era cierto que les ponian fuego quando las arrojaban. El 12
hierro tenia tres pies á lo largo de las medidas antiguas, que (segun adelante contarémos) era casi lo mesmo que vara Castellana, por donde medimos hoy dia paños y lienzos de nuestra contratacion: y haciánlo deste largor, para que pudiese traspasar á qualquier hombre donde hiriese con sus armas, y su cuerpo: y si por ventura no lo pasaban, con solo quedar en el escudo hincada la Falarica, ponian tanto pavor las borlas, ó mechas encendidas, á quien el ayre, y el movimiento del camino, traian muy ardiendo, que hacian arrojar las otras armas, por temor de no se quemar aquellos donde daban: y quedaban con esto desnudos y descubiertos, para quando despues viniesen á las manos, poderlos fácil-

13 cilmente matar. Así que como la pelea durase gran rato sin parecer alguna ventaja por ambas partes, y los de Monvedre no solo conociesen que bastaban á defender el portillo, sino que ya los defuera se podían tener por vencidos, pues en cabo de tal porfia, siendo tantos, no bastaban á los entrar, saltan con gran alarido sobre los Cartagineses, entre las piedras y caeduras de los adarves: y allí comenzáron á darles tanta priesa, que presto los echáron del sitio que tenian, rodando los unos sobre los otros, muy turbados y confusos: y casi luego les volviéron las espaldas, huyendo hasta los meter dentro de sus reales, donde los ciudadanos siguiéron la victoria, hiriendo y matando
14 por las espaldas y lados, quantos alcanzaban. Parte dellos hubo que probáron á combatir los palenques, y fosas del real, sino que halláron dentro mucha contra-
15 diccion. Y con aquello los de Monvedre se tornáron á su ciudad victoriosos, y contentos por el buen acontecimiento deste dia. Sylio Itálico, poeta Español, elegante y diligente, relatando los pasos desta guerra, señala muchos nombres y hazañas, y muertes particulares de personas notables, que trabajáron en aquellos combates y en su defensa: lo qual, por haüer alguna sospecha que son cosas fingidas, como las fingen continuamente los poetas en sus obras, no las ponemos aquí: ni tampoco pondrémos en lo siguiente lo que discrepare de los otros Coronistas auténticos, Latinos, y Griegos y Españoles, que tratáron el hecho destos combates, y tiempos tan particularizados, y bien escritos, quanto parece que buenamente lo pudiéron alcanzar á saber.

CA-

CAPITULO XXXII.

Como viniéron otra vez en España mensajeros Romanos, para ver si podrian atajar esta guerra de Monvedre: y como por aquellos dias nació tambien un hijo de Hanibal y de su muger, y se hiciéron nuevas diligencias y despachos para fenecer aquel cerco que tenian sobre Monvedre.

Entre tanto que los negocios así pasaban, llegáron 1
á la playa frontera de Monvedre, ciertas galeras Italianas que traian dos Embaxadores, á quien la Señoría Romana despachaba segunda vez, puesto que tarde, para hablar con Hanibal, sobre la pendencia desta guerra. Llamaban al un Embaxador Publio Valero Flaco Publicola, 2
y al otro Quinto Fabio Panfilo. Hanibal mostró desplacerle, quando supo de su desembarcacion, y así les envió mensajeros á la marina, diciendo quán ocupado se hallaba con aquel cerco de Sagunto, para recibir Embaxadores de nadie, quanto mas teniendo su campo lleno de naciones y gentes ferocísimas, con quien los Romanos, si venian, no podian estar seguros: por tanto seria mejor que vueltos á Roma, dexasen pasar esta dificultad, y concluida, tornarian á decir y consultar lo que bien les pluguiese. Pareció claro con esta respuesta, que no siendo luego los Embaxadores admitidos, habian de caminar á la gran Cartago: y así lo traian en sus instrucciones, y lo hiciéron, para demandar que les fuese Hanibal entregado, como quebrantador de las amistades, y ligas, y juramentos, asentadas en Sicilia con el gran Hamilcar, entre las dos Señorías Romana y Cartaginesa, y confirmadas en España por Hasdrubal su yerno, Capitan General de Cartago. Hanibal, 5
entendida la jornada que los Romanos llevaban, envió tras ellos á Cartago letras y mensajeros, para que sus pa-

parientes y cabezas del bando Barcino, previniesen á sus aficionados, y mirasen como la parte de los Edos no pudiese gratificar á los Romanos en su perjuicio: de la qual diligencia, puesto que fué mucho buena, tenia poca necesidad, á causa que todos ellos estaban de suyo tan apercibidos en esto, que los adversarios, dado que trabajáron mucho como Hanibal se levantase de sobre Monvedre cumpliendo los otros artículos que Roma pedia, ninguna cosa pudiéron acabar, ni finalmente despues de muy altercado, los Embaxadores Romanos hubiéron otra respuesta, sino que Hanibal tenia poca culpa de todas estas mudanzas, y guerras, y novedades acontecidas en España, pues los Saguntinos de Monvedre, primero que nadie las comenzáron: lo qual puede ser que dixesen por la confederacion hecha
6 pocos años ántes con los Romanos. Iten dixéron, que la Señoría Romana haria mal, si preciase mas el amistad nueva de Sagunto, que la muy antigua y muy pro-
7 vechosa de Cartago. Esto se supo de los mensajeros despachados por Hanibal, que brevemente fuéron y viniéron, y le traxéron dello bastante relacion: y dado que los tales negocios pusiéron algun cuidado hasta saber en qué pararian estos hechos allá, no por eso cesaban acá los combates y peleas entre los cercadores y los cercados, muy recios, y muy porfiados, sin faltar dia que no viniesen á las manos: tanto, que Hanibal conociendo traer cansada su gente con las peleas contínas, y con los trabajos de los ingenios que siempre labraban, y se llegaban al muro, dióles algunos dias de reposo, poniendo solamente sus estancias en defensa
8 destas labores. Y porque no se perdiese tiempo sin hacer algo de lo que solia, despachó Capitanes á la tierra de los Carpetanos en el reyno de Toledo, para que sacada por allí gente de refresco quanta pudiesen, y mas todas las provisiones posibles, tornasen al real quan-
9 to presto pudiesen. Otrosí proveyó que hiciesen lo mesmo

mo para la region de ciertos Españoles, nombrados en aquellos dias Oretanos, que se dividian destos Carpetanos en la parte Septentrional por un pedazo del rio Guadiana, quanto viene desde poco mas baxo de sus fuentes, hasta Villanueva de la Serena. Por el Occidente partian término con la Betica, principiando sus mojones en la mesma Villanueva, hasta dar en Guadalquevir, pocas leguas encima de Andujar. A la parte de Levante confinaban los Oretanos con otros pueblos llamados Bastetanos, tomando la particion dellos en el mesmo punto de Guadalquevir, y volviendo sin parar contra la parte cercana de las fuentes de Guadiana, donde comenzaban estos linderos: y aquí cerca desta punta se metian los Oretanos ya dichos entre dos naciones Españolas, bien señaladas y notables: una de los Celtiberos, de quien hablamos en algunos capítulos del segundo libro: y otra de los Lobetanos, que salia mas al Medio-dia: los quales Lobetanos, tiempo vino que fuéron gente de los mesmos Celtiberos, como lo declararémos adelante. Segun esta razon que daba de tres puntas, ó de tres lados la faccion y figura desta region Oretana, dentro de la qual son agora ciudades conocidas y magníficas, Ubeda, Jaen, y Baeza, con todas las poblaciones y tierras que vienen por derecho, contra las fronteras y comarcas de Calatraba. Caian mas en la raya destos Oretanos Españoles, los cortijos de Cazlona, donde fué por este siglo de que hablamos aquí, la ciudad de Castulon, pueblo mucho principal y muy grande, naturaleza y morada de Himilce, la muger de Hanibal. Bien es verdad, que personas discretas, y muy consideradas en este caso, tienen creido ser aquellos Bastetanos arriba declarados parte y linage contenido dentro de los Oretanos: y no hallan inconveniente diferir en el apellido, ni que fuesen llamados Bastetanos, como cierto lo fuéron, por causa de Basta, la ciudad que decimos agora Baza, lugar populoso dellos. Bien

10 11 12 13 14 15

así como nombramos Burgaleses á los que moran en Burgos, y Segovianos á los que moran en Segovia y su juridiccion, y generalmente los unos y los otros se dicen Castellanos, por caer todos ellos en el reyno de
16 Castilla. Muéveles á certificar esto, hallar (segun afirman) letreros Latinos esculpidos en piedras antiquísimas, que lo significan: y durar en aquellos Bastetanos hasta nuestros dias la villa de Oria, de quien los Cosmógraphos confiesan haber tomado la nombradía de Oretanos, y junto con ella la que los Griegos antiguos decian Cataoria, que significa en su lengua lugar asentado cerca de Oria, al qual añadiendo una sola letra,
17 llaman Cantoria. Dicen otros, que los Oretanos antiguos fuéron así llamados, por causa y razon de cierto lugar que decian Oreto, en la parte (segun creen) donde hallamos agora la poblacion de Calatraba, y que por allí traia sus Capitanes Hanibal en aquellos dias, haciendo gente nueva para fenecer la conquista de Monvedre: pero de todas las tales naciones y pueblos de los Españoles, despues tratarémos en otro lugar mas desocupado, dando suficiente memoria de sus costum-
18 bres antiguas, y buenas maneras de vivir. En aquella mesma sazon que lo sobredicho se hacia, Hamilce la muger de Hanibal estaba cerca de los reales, y puede ser que dentro dellos, y sucedióle de parir un hijo varon, que llamáron Haspar: cuyo nacimiento, por haber en el grandes regocijos, y su padre Hanibal mostrarse dello muy satisfecho, debió dilatar algunos dias el descanso de los combatidores, para no tornar á las peleas tan presto como tornaran.

CA-

CAPITULO XXXIII.

Como los Saguntinos de Monvedre perdiéron una gran parte de su ciudad, y defendian valientemente lo demas, puesto que con grandes trabajos y dificultades en que por defuera los ponian.

Entre todos aquellos placeres y vagares, Hani- 1
bal no dexaba muy á la contina de hablar y visitar á sus Capitanes y gentes, unas veces indignándoles contra los enemigos: otras veces prometiéndoles gran satisfaccion y gran premio si concluyesen esta demanda de Monvedre. Pero como poco despues en un ra- 2
zonamiento que les hizo, prometiese, que ganada Monvedre la meterian á saco, mostráronse luego tan determinados, que si les dieran señal de batalla, no parecia que bastara nadie para se les defender. Los 3
Saguntinos cercados tanto quanto por defuera les diéron alivio de los acometimientos y peleas acostumbradas, tanto no lo tomaban ellos, ni cesaban noches ni dias, rehaciendo nuevas paredes y muros en la parte derrocada: su diligencia fué tal, y con ella se remediáron de tan buena suerte, que Hanibal (segun era sagaz) entendió muy á lo claro dañarle la dilacion, y determinó de los acometer mas cruelmente que nunca.

Para lo qual hizo labrar una torre de madera, mas 4
crecida que los adarves de la villa, con vigones y tablas gruesas, sobre ruedas muy fuertes que la meneaban donde quisiesen: y puso por el contorno mas alto, garitas y tablados que volaban afuera, con gente de ballesteros y flecheros, y con otros que lanzaban dardos y piedras. Puso mas otras personas que tenian 5
cargo de tirar con ballestas fuertes de caxa, concertadas con sus garruchas ó tornos, en la manera que las usaban aquellos tiempos. Y como la torre fuese 6

brevemente labrada, por el gran aparejo que tenian de maestros y de materiales, luego la gente salió de cada parte, reglada y en órden, con sus Oficiales y Capitanes: pero señaladamente con el Capitan Hanibal, que se mostraba delantero de todos, esforzando y amonestando quanto se debia hacer. En especial avisaba que de todos cabos acometiesen el pueblo, para que los ciudadanos repartidos en la defensa, no bastasen á las priesas que por tantos lugares les vendria. Con esto las voces y el ruido, las arremetidas á las murallas fuéron tan bravas y tan continas, que los ciudadanos no sabian á qué parte seria mejor socorrer. La torre tambien donde consistia lo principal del negocio, llegó muy entera y muy sana, sin perjuicio que nadie le hiciese: desde la qual, como sojuzgaba la cerca, comenzáron los ballesteros á despender tiros sobre los de dentro, tan espesos y furiosos, que brevemente quantos guardaban aquella parte del muro donde la torre tocó, lo desamparáron, habiendo gran copia dellos traspasados y heridos, y muchos otros que caian muertos abaxo. Hanibal visto que por allí le quedaba ya todo descumbrado, sacó prestamente quinientos azadoneros Africanos, con sus picos y herramientas, que comenzáron á dar en el muro junto con el cimiento, y á derrocarlo sin algun estorbo: lo qual era fácil de hacer, pues allende que nadie resistia por arriba, era la cerca de barro, y de cantos mal trabados, hecha segun la manera de los edificios muy antiguos, sin cal ni betume fuerte, con que las piedras se pudiesen asir ni pegar. Y por esto primero que los golpes las quebrasen, caian desencaxadas de sus lugares, quedando muchos portillos abiertos, por donde la gente de Hanibal se metió muy á su placer. Ya comenzaban á pelear por las calles, venciendo los unos en unas partes, y los otros en otras, haciendo cada qual todo lo que se podria decir.

cir. Los ciudadanos con tener las casas de su mano, 13
desde las quales podian arrojar en los enemigos piedras y vasijas, y maderos gruesos; manteníanse reciamente contra la multitud de los Cartagineses, en especial por lugares angostos, en que los de fuera no podian caber todos juntos: pero sobreveníales de contino tanta gente, que ni bastaban á los detener, ni dado que matasen muchos dellos, les hacian falta: muy al contrario del daño que recibian los ciudadanos, que qualquiera dellos era gran pérdida si moria, segun eran ya pocos y buenos. Con todo esto, determináron 14
los Cartagineses de tomar un sitio dentro de la ciudad, en un recuesto bien apropiado para su menester, donde plantáron sus ballestas fuertes, y sus trabucos, y los otros ingenios que tiraban desde léjos: los quales rodeáron con un muro de piedra seca, para se hacer fuertes en él, y tenerlo como castillo dentro del pueblo, conforme tambien á lo que los mesmos ciudadanos habian heche, que sin el castillo principal de su ciudad, barreáron por muchos lugares las calles con tapias, y con fosas y con palenques de maderos, y con otras muchas defensas, para llevar adelante su resistencia quanto las fuerzas les durasen, no descansando momento. Los trabajos eran contino ma- 15
yores, porque como se les angostaba cada vez el espacio, no cabian en la parte que les quedaba, ni se podian rodear en lo de dentro. Sobre todos estos ma- 16
les, recreció lo que suele siempre recrecer en los cercos muy largos, que fué hambre gravísima, tan cruel y tan sin remedio, que despues quedó por exemplo la hambre Saguntina. Juntábase con todas aquellas des- 17
venturas, no tener esperanza de nadie que los ayudase, pues los Romanos en quien siempre confiáron, se descuidaban, y los dexaban perecer á manos de tan bravos enemigos, siendo Roma la causa de toda su perdicion, por conservar y mantener el amistad y fe

que

18 que con ella pusiéron. Así que bien considerado, no parecia ya posible defender aquello poco del sitio de la fortaleza donde quedaban arrinconados, si no fuera porque durando los hechos en el término sobredicho, Hanibal hubo de caminar algunos dias, y salir fuera
19 de su Real. Fué la razon desta jornada tan súbita, que los Oretanos arriba declarados, y los Carpetanos del Reyno de Toledo, tenian presos y maltratados á todos los Capitanes Africanos, que los dias ántes diximos haber hecho gente por su tierra, moviéndole á ello demasías y soberbias que siempre hacian, forzando los hombres que viniesen á la guerra contra su voluntad: y parece la revuelta ser tanta, que Hanibal
20 se temió de que todos no se rebelasen contra él. Entre tanto quedó con el exército por Teniente de Gobernador mayor un Caballero Cartaginés, llamado Maharbal, hijo de Himilcon, persona de calidad: el qual puso tal diligencia todos los dias destas ausencias, que ni los cercados, ni los cercadores sintiéron falta de
21 su Capitan General. Este hizo contra la ciudad algunos acometimientos, en que siempre le sucedió bien, y trabajó tanto con tres ingenios de los vayvenes llamados Arietes, que pudo batir mucha parte de las barreras y muros que los ciudadanos tenian fortificados en el castillo principal, y fuera dél.

CAPITULO XXXIV.

Como Hanibal acabó de conquistar y destruir á los Saguntinos de Monvedre con toda su ciudad, sin poder nadie poner paz entre ellos, dado que la procurá-ron, y quisiéron tratar algunas personas honradas por ambas partes.

1 En aquel punto mesmo que pasaban tales cosas, Hanibal habia cobrado ya sus Capitanes presos, y

y sosegado con su discrecion y presencia los Españoles alterados, y llegaba ya dentro de su Real muy alegre con tan honroso despacho. Pero fuélo mucho 2
mas, despues que venido le mostráron derrocadas las defensas en la ciudad, y destrozados los palenques en los mas importantes lugares y mejores del pueblo. Con el regocijo de tanta prosperidad habida contra 3
los pueblos Oretanos y Carpentanos del Reyno de Toledo, y con la nueva gente que Hanibal esta vez traxo dellos, moviéron otro dia quantos en el cerco residian todos juntos contra la fortaleza de Monvedre, donde la pelea se trabó cruelísima, con muerte de muchos en ambas partes: y como las fuerzas de dentro menguasen, y las defuera siempre creciesen, ganáron los cercadores una gran parte del castillo, con que los ciudadanos quedaron absolutamente destruidos. Y como quiera que los adversarios traian gran 4
furia por acabar de combatir lo restante, nunca les halláron flaqueza ni mudanza, ni llegáron vez á tocar en los portillos, que no topasen reparos medianamente labrados, y gente determinada de morir en ellos. Algunas personas, vista la demasiada porfia de los Saguntinos, doliéndose de la desventura que sufrian, quisiéron tentar alguna manera de concordia, si la hallasen. Estos eran por la parte de los cercados, uno 5
llamado Halcon, el qual sin que nadie lo sintiese, vino de noche, creyendo que Hanibal se moveria con sus ruegos y lágrimas, para no llevar adelante la perdicion desta ciudad. Platicado el negocio, y conoci- 6
do que ningun medio bastaba con Hanibal, sino con partidos y condiciones crueles y tristes, dadas como de señor indignado que ya tenia la victoria por suya, determinó Halcon de se quedar en el Real sin volver á la ciudad, por no morir una muerte tan afligida, quanto los otros esperaban, certificando que nadie llevaria tal respuesta, que luego los ciudadanos no lo hi-

7 hiciesen piezas. Las condiciones pedidas por Hanibal
8 fuéron. Primeramente satisfacer á los Turdetanos, enemigos manifiestos de Sagunto, muchos intereses y
9 cosas que decian serles á cargo. Lo segundo, que dada la plata y el oro quanto los de Monvedre tenian, saliesen del pueblo, con una vestidura sola cada qual, y poblasen otra villa donde Hanibal señala-
10 se. Por la parte de fuera quiso negociar esta paz un Español que decian Halorco, muy familiar y conocido los dias ántes, de todos los Saguntinos: el qual solia conversar y residir en la ciudad primero que la cercasen, al presente ganaba sueldo de Cartagineses,
11 como lo ganaban otros muchos Españoles. Este conociendo que las voluntades y corazones de los hombres á la contina se mudan y vencen, quando las otras cosas adherentes van de vencida, tuvo gran esperanza de lo concluir, y poniéndolo por obra, se llegó que lo viéron todos, á los atajos y palizadas de los ciudadanos: y dadas sus armas á las guardas, ó segun otros dicen, la lanza no mas, en señal que venia pacífico, traxéronlo ante los Gobernadores de Sagunto que lo mandáron venir ellos: y despues de pasado su comedimiento de cortesía, con la gente vulgar que luego llegó para lo ver y festejar como solian, se retraxo con los otros mas principales, y les comenzó de hablar como buen amigo lo que sobre tal caso le pareció, diciendo, que si Halcon su natural y vecino quando quiso tratar con Hanibal esta concordia, les hubiera tornado respuesta, fuera muy excusado su mensage presente: mas pues aquel era ya quedado con los adversarios, agora lo hiciese por su culpa propia, con temor disimulado de los peligros y males que todos padecian: agora por culpa dellos, que (segun era fama) corria peligro quien les aconsejase la verdad en
12 este caso. El acordándose del amor y de la conversacion antigua que con ellos tuvo, se determinó de ve-

venir á les hacer saber que sus cosas no pasaban tan fuera de remedio si las querian aprovechar, que faltase camino para salir fuera de tanta tribulacion: en lo qual, sin mas él hablar de su limpieza y buen zelo, podrian los Saguntinos conocer que ninguna cosa le movió para trabajar en esto, mas de la buena voluntad que siempre les tuvo, pues los dias ántes quando parecia que bastaban ellos á se defender, nunca les quiso hablar, ni quando creian que Roma les acudiria: mas pues el hecho Romano pasaba sin algun remedio, ni tampoco lo tenian ellos en las armas, ni ménos en su ciudad que ya toda la veian asolada, les rogaba templasen sus corazones, y quisiesen aceptar los partidos que les traia mas necesarios que apacibles, de que se podria despues esperar alguna mejoría si por el presente lo tomaban, como dados de vencedores á vencidos: y si parte de lo que diria les pareciese dificil, hiciesen cuenta, que quanto no se llegase con ellos al cabo, recibian de gracia, pues Hanibal podia ya todo: conforme á lo qual queria la ciudad sin otra contradiccion, cuya mayor parte tenia destruida, y casi toda ganada: pero que les dexaba las comarcas, donde pudiesen edificar otra poblacion en el sitio que les él señalase. Pedia mas, el 13
oro y la plata, con las otras alhajas y joyas preciosas, así del tesoro y lugares públicos de la ciudad, como de las personas particulares, en cuya recompensa les otorgaba que pudiesen llevar sus personas, y de sus mugeres y hijos, libres y seguros, sin daño ni deshonra, con dos vestiduras sobre cada qual. Es- 14
tas condiciones dixo Halorco pedir Hanibal como vencedor, á quien ya nadie podia resistir, y que de su parecer, como quiera que fuesen graves y desabridas, los Saguntinos, considerada su fortuna, las debian aceptar como les hubo dicho, pues dexadas sus cosas en la clemencia del vencedor, podrian alcanzar des-

pues muchas emiendas, ántes que consentirse despedazar de sus enemigos, segun presto se haria, y ver ante sus ojos arrastrar y degollar, y deshonrar sus mugeres y sus hijos, con las otras cosas que mas
15 amaban. A esta razon era llegada por el derredor mucha gente del pueblo, la qual mezclada con los Gobernadores y cabezas de la ciudad, oyó casi toda la plática hecha por Halorco, y luego retraidos un poco, visto que Hanibal mostraba codicia de su riqueza, mandáron allí traer quanto precioso tenian, y sin dar otra respuesta, lo metiéron en un fuego, que prestamente se hizo para lo quemar, á fin que Halorco fuese testigo de vista como nada quedaba dentro, donde los de fuera se pudiesen entregar: ni si Hanibal ganase la ciudad, hallaria con que satisfacer su
16 codicia. Hubo muchos ciudadanos, que tomando sus mugeres propias y sus hijos, se lanzáron con ellos en el mesmo fuego, desesperados de todo remedio, queriendo morir ántes en aquella manera, que sentir la venganza de sus enemigos los Andaluces Turdetanos,
17 y Cartagineses, ni verlos gozar de tanta victoria. Hanibal en aquella sazon, oyendo la turbacion y pavor que deste hecho traian los ciudadanos, y que los vivos andaban atónitos en ver quán contraria les era la fortuna, sacó fuera del Real todas sus banderas y gentes con mucha presteza, para que los unos comenzasen á dar en lo fuerte del castillo, señaladamente contra la torre mayor, que ya desde los dias pasados tenian muy gastada y muy picada junto con los cimientos: y como de nuevo la tornasen á herir,
18 cayó toda, sin quedar en ella defensa. Por allí se metiéron muchos Cartagineses, dando grandes alaridos y voces, para que los otros acudiesen á venir, pues en aquella parte no hallaban resistencia: lo qual se hizo luego, y Hanibal con el mayor golpe del exército fué prestamente con ellos, y comenzó de tomar lo

res-

restante de la muralla, y saltar las barreras de las calles con tanta viveza y ardimiento, que brevemente lo ganó todo, mandando á los suyos, que quantos hallasen para tomar armas, fuesen puestos á cuchillo, sin perdonar hombre ni muger. Los Saguntinos viéndose ya todos vencidos, y que nada les aprovechaba quanto hiciesen para se librar de muerte ó de perpetua servidumbre, que siempre fué peor que morir, comenzáron á poner mucho mas fuego por sus mesmas casas, y meterse dentro, por fenecer como los otros principales habian hecho primero: donde por la mayor parte fueron todos abrasados, y los pocos que desto se libráron, quedáron captivos y heridos, y muy maltratados en poder de sus adversarios. La mortandad se hizo mas cruel de lo que Hanibal hubo mandado, porque despues que la comenzáron, ni perdonaban á niños, ni á mugeres, ni personas de quantas hallaban delante, ni los refrenaba de su ira ninguna cosa de las que suelen poner compasion en semejantes desastres. Y desta manera pasados ocho meses despues que Monvedre se cercó, entrados pocos dias del mes de Mayo del año sobredicho, fué destruida la tal ciudad, y quemada con demasiada perdicion, sin dexar de hacer en ella los Cartagineses todos los estragos y géneros de fuerzas que se pueden imaginar en una cosa muy enemiga.

19

20

21

CAPITULO XXXV.

Del engaño que tuviéron muchos Coronistas Españoles, en decir que la ciudad de Sagunto, destruida por Hanibal, fuese la que llaman agora Sigüenza: donde juntamente se declara lo que sospechan algunos otros Historiadores de la fundacion y principio desta mesma ciudad de Sigüenza.

1 Recolígese de muchas historias que tratan estos acontecimientos, haber podido huir y salvarse parte de los Saguntinos vencidos, dado que pocos, entretanto que los vencedores robaban las riquezas y joyas que sobráron del encendimiento ya declarado: las quales riquezas todavía se dice que fuéron en crecida multitud y mucho preciosas, puesto que dañadas y corrompidas por los otros sus dueños ántes que muriesen. 2 Y los tales Saguntinos así librados escribe Juan Gil de Zamora en una relacion hèchа para Don Pedro, Obispo de Sigüenza, su gran amigo, que se metiéron por lo mas dentro de España, hasta llegar con las mugeres y niños, que tambien escapáron en la tierra de los Españoles Arevacos, cuyos aledaños y comarcas declaramos en el principio deste quarto libro: y aquí todos ellos fundáron la ciudad de Sigüenza, que los antiguos llamáron Saguncia lata, por memoria (segun dice) de Sagunto la destruida, donde sus 3 principiadores fuéron naturales. Yo, para decir verdad, no veo memoria desto por los otros Coronistas Latinos 4 ni Griegos, que hablan en la perdicion de Monvedre. Parece que si Juan Gil de Zamora no hallase mas fundamento para su dicho de la semejanza del vocablo que tiene Sigüenza ó Saguncia con Sagunto, serian algo fla-

flacos: porque tambien duran hoy dia diversas poblaciones en España, nombradas Saguncias ó Sigüenzas, las quales no fué posible cimentar aquellos pocos Saguntinos, escapados de la tal perdicion. Una Sigüenza déstas hallamos en la montaña de Castilla vieja, junto con otro lugar nombrado Bizuezes, muy cerca de Medina del Pumar: otra la que platicamos en este capítulo, ciudad Obispal en el reyno de Castilla, conocida y estimada por sus buenas calidades: otra tuviéron los Andaluces antiguos en su region y provincia, como señalarémos en el sexto libro: y la tal es muy averiguado que la poblâron los Saguntinos despues muchos años, quando siendo mas gente, con favor de la Señoría Romana tornâron en su prosperidad, segun presto lo verémos. Y si fuese cierto que tambien fundâron esta otra, y aunque no lo sea, parece bien claro de lo sobredicho, ser engaño manifiesto lo que nuestros Coronistas Españoles afirman, quando hacen una mesma cosa la ciudad vieja de Sagunto con esta de Sigüenza, no mirando las particularidades que todos los Cosmógraphos y Coronistas auténticos dicen, sin discrepar alguno del sitio de Sagunto, certificando caer muy junto de la costa de nuestro mar Mediterráneo, hallando agora á Sigüenza léjos del mar. Señalan otrosí, los puntos del Cielo que caian sobre Sagunto, que son invariables, y no se pueden trocar, ni pueden tener engaño perpetuamente: por los quales, á la cuenta de Ptolomeo, se levantaba el estrella polar en esta ciudad antigua de Sagunto, treinta y nueve grados y un tercio, como lo hallamos agora cerca de la poblacion de Monvedre: y el Emperador Antonio Pio en un tratado que mandó hacer de los viages antiguos, midiendo la distancia desde Tortosa hasta Valencia, dice que conviene pasar por Sagunto, desviadas ambas diez y seis millas de trecho, que hacen agora quatro leguas Españolas: y son otras tantas las que tasamos hoy dia

5 6 7

des-

8 desde Valencia hasta Monvedre. Pone mas setenta y tres millas contadas desde Sagunto á Tortosa, por ciertos lugares que solian estar en aquel derecho: las quales montan muy poco mas de diez y ocho leguas, que concordan á la caval con la distancia que hallamos al presente desde Murvedre hasta cada qual destas dos
9 ciudades. Dura junto con esto rastro del nombre viejo, poco corrupto, por el valle cercano de Monvedre, que llaman hoy dia val de Sagon, que sin duda quiere decir valle de Sagunto: y tambien piedras antiguas escritas con letra Romana, donde se lee el nombre de Sa-
10 gunto. Sabemos otrosí, que las horas de los eclipses quando parecian en Sagunto, vienen conformes á las de Monvedre, contadas todas ellas por los grados y círculos del Cielo: las quales horas y puntos no ponemos aquí, porque nadie las podria bien alcanzar sin saber Astrología, y es muy diversa materia de lo que pre-
11 tende nuestra Corónica. Muchas otras razones pudieramos aquí traer para la prueba desta verdad, si las ya dichas no fueran las principales, y no bastaran asaz para confirmacion de nuestro propósito.

CAPITULO XXXVI.

Como despues de tomada Monvedre Hanibal comenzó de disponer su pasada en Italia contra los Romanos, y vuelto á Cartagena supo que los Africanos habian rompido la guerra contra Roma determinadamente con gran indignacion y discordia.

1 Primero que Hanibal saliese de Monvedre, habiendo recogido la plata y el oro que sobró de toda la ciudad, comenzáron á se vender mucha parte de las preseas tomadas en el robo: de las quales, puesto que (como ya dixe) quedáron muy estragadas, se hiciéron algunos dineros: otra gran parte de vasijas y vestiduras

ras ricas pusiéron sobre mar, para que llevadas a Cartago, fuesen repartidas como solian, por la gente vulgar de los ciudadanos Cartagineses, y lo mejor dello por sus parientes los Barcinos, que notoriamente gobernaban aquella Señoría. Hízoles eso mesmo relacion 2
de todo lo pasado con los Saguntinos, comunicándoles su voluntad y sus intentos en lo de por venir, y rogándoles que conservasen la ciudad en su favor contra los Romanos de Italia, con quien esperaba revolverse muy presto. Junto con aquello despachó men- 3
sageros a la tierra de Francia, por la qual entendia caminar en Italia: llevaron presentes y joyas conformes
al deseo de los principales Franceses que la moraban. 4
Estos Franceses y todos sus naturales eran en aquellos tiempos mucha gente, y muy guerrera: vivian en libertad, y no mostraban aficion á las cosas de Roma, por batallas muy grandes que hubiéron con ella los dias pasados en la provincia de Lombardía, segun ya lo
contamos en los veinte capítulos deste libro. Preciá- 5
banse mucho, como diximos en otra parte, de traer en sus cuerpos aderezos y joyas de oro, como son anillos en los dedos, axorcas y manillas en los brazos, y collares ó cadenas en los hombros y pescuezos: embutíanlo tambien por las empuñaduras de sus cuchillos, y de sus alfanges, ó bracamartes: y finalmente ninguna cosa querian tanto como los atavíos guarnecidos deste metal, ni con otro presente venian mas fáciles á quanto quisiese quien se lo daba, como lo hiciéron tambien poco despues con Hanibal, que solo por esto les ganó presto la voluntad, y los tuvo ciertos en su confederacion, y diéron lugar á que los mensageros muy de vagar penetrasen tan adelante por su provincia, que segun escribe Polibio, pudiéron ver y considerar la terribilidad y fragura de los Alpes ó montañas que dividen á Francia de Italia, donde Hanibal rezelaba que tendria gran estorbo para su jornada. Or- 6
de-

denados aquellos proveimientos tan importantes, las banderas del exército comenzáron á salir de Monvedre la vuelta de Cartagena: donde despues de llegados, le viniéron mensagerías muy copiosas del gran sentimiento que la Señoría Romana mostró, quando supo la perdicion de los Saguntinos de Monvedre, así por el afrenta que dello les cabia, como por la falta de tan sutuosa y magnífica ciudad, y por no la socorrer como fuera razon, pues á causa de perseverar en su liga, y mantener las posturas y la fe que con Roma
7 tenian asentadas, les vino todo su mal. Conocian junto con esto los Romanos, que faltándoles aquel pueblo, sus cosas tendrian quanto mas fuesen, peores despidientes en todas las provincias Españolas, y el hecho de Cartago quedaba prosperado y entero, y creceria contino quanto mas fuese, mayormente siendo su Capitan Hanibal, á quien ellos reputaban en mucho mas que quantos adversarios hubiesen tenido, conociendo quán trabajador era, quán considerado en los hechos de la guerra, quán sagaz, quán valiente, quán bullicioso, y quán magnánimo, quán acostumbrado tambien y enseñado con los suyos entre la ferocidad y braveza de los Españoles, donde todos ellos andaban exercitados y endurecidos con grandes peligros y trabajos por espacio de veinte y tres años, desde los tiempos del gran Hamilcar Barcino su padre, y despues con Hasdrubal su cuñado, y agora con Hanibal que salia
8 tan valerosa persona. Sabian otrosí, muy averiguado que segun las condiciones deste caballero, no reposaria hasta pasar las aguas del rio Ebro para sojuzgar todo quanto le faltaba de lo que decimos agora Cataluña, ni dexaria de venir en Italia, haciéndoles guerra dentro de su mesma naturaleza, con toda la fuerza de las naciones Españolas y con las Africanas y con las de Francia, que tambien alborotaria de camino: de manera que con lo principal y con lo mejor del universo

mun-

mundo, se les aparejaba question, si Roma primero no lo remediase. La turbacion decian ser tal en aque- 9
lla gran ciudad, y por las otras comarcas Italianas sus amigas, como si ya tuvieran los contrarios á sus puertas, y no cesaban de hacer procesiones y plegarias muy contínas en todos los templos á sus dioses, ó demonios, pidiéndoles y suplicando buenas salidas de todas aquellas alteraciones. Dice mas Polibio, que por este 10
respeto quisieran los Romanos prevenir los propósitos de Hanibal y fundar en Monvedre, si no fuera ya destruida, los asientos de la guerra para lo detener en España. No tardó mucho que no viniéron otras infor- 11
maciones á Cartagena, de la priesa que los mesmos Romanos traian en bastecer navíos para las armadas de la mar: y como juntaban dos exércitos pujantes y gruesos, en que ponian veinte y quatro mil peones, con ochocientos caballos naturales de su ciudad y de los otros lugares Italianos, que vivian por leyes y fueros della: los quales, dado que moraban en pueblos diversos, eran tambien llamados ciudadanos Romanos. 12
Por otra parte se dixo que recogian quarenta y tres mil peones, y quatro mil de caballo, de las villas sus confederadas, y de los que se pudiéron haber á sueldo, con mas docientas y veinte naos gruesas de carga, nuevamente labradas, sin las galeras mayores de cinco remadores al banco, y sin algunas otras mas ligeras de servicio, nombradas celoces, en número de veinte por todas. En Sicilia se tenia por cierto que po- 13
nian dos legiones de gente, cada qual de quatro mil peones, y trecientos caballos, y sin esto otros diez y seis mil peones allegadizos, y mil y ochocientos caballos, con ciento y sesenta navíos largos, y doce fustas de las ligeras que diximos llamarse celoces, todos estos con mandamiento, que si llegados á riesgo los otros exércitos bastasen á resistir las entradas de los Cartagineses en Italia, luego pasasen ellos en Africa,

para comenzar allá la guerra quanto cruel fuese posi-
14 ble. Bien creian estos Romanos, que sabidos los tales aparejos, Cartago rehusaria la qüestion, y haria recompensa de la perdicion de Monvedre.

CAPITULO XXXVII.

De la relacion y nuevas muy ciertas que viniéron en España, certificando ser ya la guerra declarada de Romanos á Cartagineses sobre la perdicion de Monvedre, pidiendo la Señoría de Roma serles entregados quantos entendiéron en lo hacer, y principalmente la persona del Capitan Hanibal.

1 Pocos dias adelante tuvo Hanibal nuevo mensage venido de la mesma Cartago, que decia como la guerra quedaba ya rota por allí de los unos á los otros: y la manera del rompimiento fué, que cinco Romanos de mucha reputacion, llamados Quinto Fabio, Marco Livio, Lucio Emilio, Cayo Licinio, y Quinto Lelio, desembarcáron en aquella ciudad, no para mas, de para saber si la guerra de Monvedre se hizo por mandado de los Cartagineses Africanos, y si la confesasen, ó mostrasen tener á bien, como parecia claro que sí mostrarian, los desafiasen, y declarasen por enemigos capitales, quebrantadores de los juramentos y ligas antiguas entre las dos Señorías so-
2 bredichas. Junto con aquello vino copia de la respuesta que les diéron en Cartago, hecha por un caballero
3 Cartagines en lugar de todos. Este decian, que sintiendo quán breve y quán seca fué la pregunta de los Embaxadores Romanos, notó mucho las circunstancias della para responder á todos sus propósitos, apuntando y diciendo primeramente, que si los otros mensageros pasados habian siempre sido de palabras largas y duras, quando pedian serles Hanibal entregado por

el

el cerco de Monvedre, lo presente, dado que tuviese mas brevedad y disimulacion, era mas enojado y sangriento, puesto que la muestra pareciese mas blanda: lo qual estaba claro, pues los Romanos pedian su título de la tal declaracion, que Cartago se hiciese culpante de la destruicion de Monvedre, no curando de Hanibal, ni de los otros particulares que la conquistáron, para con esta cautela pedir á sola Cartago la satisfaccion y enmienda: y pues aquello era cierto, y así se les entendia, no trabajasen mas en pesquisar si lo hecho se hizo por consejo de los Cartagineses Africanos, ó por la pasion de sus Capitanes residentes en España, porque si Hanibal tenia culpa, Cartago lo castigaria, como debiese castigar á su Capitan y su natural; y al negocio de Roma no pertenecia mas otra cosa, de saber si la perdicion de los Saguntinos, mandándola quien quiera que la mandase, fué contra razon, ó contra las amistades y condiciones que con Cartago tenia puestas: lo qual estaba él muy aparejado de mostrarles, como segun lo capitulado quedaba libre Cartago de qualquier culpa: porque miradas primeramente las contrataciones de Sicilia hechas por medio de Lutacio Catulo con el gran Hamilcar Barcino, lo principal dellas era, que ninguna destas dos gentes Cartaginesa ni Romana pudiesen guerrear entre sí, ni contra los enemigos de los otros: en el qual punto parecia que fundaba Roma toda su queja sobre los daños de Monvedre: pero que la tal excepcion era claro que se debia mantener con los amigos que cada qual dellos tenia quando se hiciéron aquellos conciertos, y no con los amigos venidos despues: quales fuéron los Saguntinos de Monvedre, que muchos años adelante se llegáron al bando Romano, por inducimiento de los Marsellanos de Francia: y así quedaba por allí libre Cartago, para poder tomar dellos cumplida venganza de los agravios y desacatos que

Sagunto les hacia por mar y por tierra, contra sus
4 amigos y confederados en España, y fuera della. Solo restaba querer articular las otras amistades postreras, hechas con Hasdrubal en Cartagena, donde señaladamente sacáron y nombráron á los Saguntinos, y se declaró que los exércitos Africanos no pasasen el rio de Ebro contra los montes Pireneos: pero que tambien aquello, si lo considerasen como debian, no podian bien ligar á la gran Cartago, pues nunca le diéron parte dello, ni sus Gobernadores lo supiéron, ni confirmáron, ni tuviéron por bueno, sino solo Hasdrubal en España: del qual sabian todos ser por aquellos tiempos enemigo notorio de su república, rebelado contra ella desobediente y contrario de todos sus mandamientos y constituciones: así que dexasen ya los Romanos de hacer mas mencion de Monvedre, ni del rio Ebro, y si tenian contra Cartago los rancores acostumbrados, acabasen de partir y publicar las malas intenciones y malos deseos, de que tantos años ántes andaban preñados. Oidas aquellas palabras, el uno de los Embaxadores Romanos recogió contra sí la falda de su vestidura, y sin replicar á los puntos del Car-
5 tagines, le dixo. Caballeros y Concejo desta ciudad y su República, no cabe poner en disputa de palabras alguna cosa de nuestras amistades viejas, pues habiendo vosotros destruido los principales amigos que teniamos en España, toda cautela cesa, solo cumple para tener verdadera disculpa, que sin otra dilacion nos entregueis á vuestro Capitan Hanibal, y satisfagais á los Españoles plenariamente de sus daños recebidos: y así mostraréis que no fuisteis consentidores en ello, ni se hiciéron por vuestro mandado: donde no, ved aquí tengo dentro deste mi regazo la paz y la guerra, mirad quál dellas escogeis, que la tal os dexarémos? Luego todos en una voz, respondiéron con gran alboroto, que dexase lo que mas le pluguiese, y aquello

llo tal daban por escogido. El Romano sacudió la falda contra fuera, diciendo que les dexaba la guerra. Sobre lo qual tornáron los Cartagineses á replicar, que la tomaban de muy buena voluntad, y prometian de la seguir y llevar adelante con tan gran aficion y deseo, quanta la recebian al presente, que no podia ser mayor. Tales eran los avisos y mensages que Hanibal en aquel tiempo recebia de contino, los quales platicaban sus Capitanes y gentes del exército todos los dias, que despues de tomada Monvedre residiéron aposentados en Cartagena y sus derredores. 6 7 8

CAPITULO XXXVIII.

Como Hanibal, habiendo proveido muchas cosas en España, tocantes á su pasada en Italia, vino tambien á la isla de Cádiz, para sacrificar en el templo del Dios Hércules, y dexar ordenados los hechos de su comarca. Dícese junto con esto la parte que señaló donde convenia residir su muger y su hijo, para quedar seguros en su ausencia: con mas otras diligencias y provisiones necesarias á los negocios venideros.

Como Hanibal tuvo noticia de los apercebimientos y flotas hechas por los Romanos en Italia y en Sicilia, juntamente con los debates y roturas pasadas en la gran Cartago, conociendo eso mesmo no solo ser él cabeza y ministro de toda la guerra venidera, sino la causa principal della, luego comenzó de repartir otra vez en Cartagena por sus Capitanes y banderas la resta de los despojos y de las riquezas tomadas en Monvedre, para tenerlos mas obligados y mas firmes en su parcialidad, con determinacion apresurada de pasar en Italia. Esto se hizo particularmente con todos los Españoles. así Turdetanos Andaluces, como de las otras 1

otras naciones comarcanas: á los quales habiéndoles muchas veces gratificado por todas las vias posibles, determinó dar al presente licencia para que tornasen á sus casas: y para que reposasen allá con sus mugeres y parientes lo que faltaba del año, con lo restante del invierno, haciéndoles primero qne se partiesen diversos parlamentos graciosos, puesto que disimulados á muchos propósitos: y en el postrero dellos poniéndoles ante los ojos quanto contentamiento debian sentir en haber acabado tan grande hazaña, como fué la toma de Monvedre, juntándola con las otras victorias pasadas, y que pues ya no tenian en España cosa contraria, ni que bastase para se declarar contra ellos, bien conocerian qual de dos cosas les era mejor, ó vivir en ociosidad, metidos y cerrados en sus casas, no ganando mas fama, ni mas gloria, ni mas provechos, ó pasar en otra tierra, donde la nacion Española, con los despojos y señoríos que por allá cobrase, pudiese despues gozar sin algun rezelo ni temor de la prosperidad y de los bienes que trae la paz alcanzada con victorias, cosa muy digna de la grandeza de sus corazones: conforme á lo qual, como tuviese ya determinada cierta conquista nueva, muy alejada desta tierra, donde ninguno podia bien saber quán presto volverian á ver sus naturalezas, y las cosas que mas amaban, él acordaba de darles algun espacio de tiempo con que tomasen aliento dentro de sus casas, y descanso y alivio de los muchos trabajos pasados, mandando eso mesmo, que sin las preseas y joyas, de que primero se hizo repartimiento, les diesen quanto fuese menester á su viage, con tal condicion, que llegada la primavera del año siguiente viniesen á él donde quiera que los llamase, para con ayuda de los Dioses inmortales comenzar aquella guerra sobredicha, que se-
2 ria de no ménos gloria que provecho. Esto manifestado, la gente comenzó de partirse cada qual á su re-

region, y se detuviéron alla los dias y tiempos que les fuéron declarados, descansando y guarneciéndose muy á su placer de las armas, y de los caballos necesarios, y de lo perteneciente para la tal jornada. Solo Hanibal no tomaba descanso, ni dexaba de proveer todas las horas y momentos de cada dia, quanto le parecia menester á tan gran acometimiento como queria principiar, haciendo poner en memoria, primero que los Españoles caminasen, el número de los que se partian, y cómo despues habian de tornar, y cómo los habian de repartir y ordenar, y la manera de sus provisiones y vituallas, armas y navíos, con los lugares donde se recogerian. Enseñaba tambien á un hermano suyo, llamado Hasdrubal (segun dice Polibio) todos los artículos, á que despues en siendo Hanibal fuera de España le convenia tener advertencia para defender que los Romanos no tomasen la tierra, si por caso viniesen acá. Lo qual ordenado con extremada sagacidad y prudencia, salió de Cartagena camino de Cádiz, á fin de hacer sus plegarias y sacrificios al Dios Hércules, en el templo solemne que los Fenices de Tiro cimentáron allí muchos años ántes. Deste gran templo no conviene decir aquí mas por agora de lo que diximos en el noveno capítulo del segundo libro, quando contábamos su fundacion, mayormente que despues adelante hablarémos dél otras muchas particularidades en el tercero libro de la segunda parte desta Corónica: donde pondrémos las maneras y trages de sus sacerdotes, con el estilo que tenian en su vivir, y toda la ceremonia de sus sacrificios, y lo que mas dél escribe Silio Itálico, con los otros Autores antiguos que lo viéron. Despachó tambien esta vez Hanibal en aquel camino mensageros particulares con dádivas y presentes á muchos otros templos que reverenciaba la Gentilidad en diversas provincias fuera de España. Particularmente señaló que Bostar, un Caballero Cartagines

3 4 5 6 7

de

de los muy honrados en el exército, fuese cargado de joyas á cierta casa del Dios Júpiter, llamado Amon, en las comarcas Egipcianas, famoso y solemne por las adevinanzas y respuestas verdaderas, al parecer de los Gentiles, que daba continamente, quando lo consul-
8 taban sobre cosas venideras. Este Júpiter Amon tenia una estatua como figura de carnero, porque los Egipcianos antiguos todos los mas de sus Idolos adoraban en semejanza de bestias: y despues de preguntado lo que cada qual pretendia sobre su negocio particular, el demonio se metia dentro del sacerdote que tomaba cargo de la respuesta, y allí hablaba las mas veces con tales rodeos, y con palabras tan dudosas, que podian
9 convenir á lo bueno y á lo malo que sucediese. Llegado Hanibal á Cádiz, cumplió muchas promesas que primero hiciera quando las pendencias pasadas, y mas hizo muchas otras de nuevo, con grandes obligaciones y votos, si las cosas venideras le sucediesen próspera-
10 mente. Lo mesmo hizo su muger Himilce con su hijo Haspar, niño de pocos meses, que le siguiéron en aquella romería: la qual fenecida, Hanibal ordenó de ponerlos ambos en parte donde residiesen pacíficos y seguros todos los tiempos que durarian las guerras venideras, por estar él tambien á ménos peligro de las blanduras y movimientos que las mugeres traen á quien las ama, quando las tienen delante, con que no les dexan obrar lo que conviene por importante cosa que
11 sea. No dicen los Autores qué poblacion ó ciudad fuese la tal en que residiéron, ni señalan otra particularidad en este hecho, sino que Himilce partió de Cádiz sobre mar, y por aquello sospechan algunos que la debiéron pasar en Africa, para residir en Cartago; pero mayores indicios tenemos, que por ser el viage mas blando, la traxesen por mar á Cartagena, para despues llevarla por tierra segura de ménos enemigos, hasta Castulon ó Cazlona, donde tenia su principal asien-

asiento, pues adelante hablarémos de su muerte dentro desta ciudad Castulon, y ninguna relacion hallamos de que jamas ella viniese de Cartago en España. Con estas ocupaciones Hanibal se detuvo dentro de 12
Cádiz parte de los dias que faltaban al año presente, prosiguiendo los intentos comenzados: y proveido por allí lo que convenia, dió vuelta para Cartagena, donde pasó los principios del invierno, que ya llegaban.

CAPITULO XXXIX.

De la venida secreta que hiciéron en España ciertos caballeros Romanos, para sentir qué voluntad hallarian en algunos pueblos della, si Roma quisiese meter acá gente contra los Cartagineses, y de las malas respuestas y malos acogimientos que tuviéron en algunos Españoles con quien lo comunicáron.

Entre tanto que Hanibal se detuvo dentro de la 1
isla de Cádiz, quando la turbacion y revuelta se disponia por las maneras y rodeos arriba dichas, los Embaxadores Romanos que viniéron á la gran Cartago, ya que dexaban allá la guerra declarada, no tornáron el camino derecho de su ciudad, sino diéron vuelta contra las partes de España, por serles así mandado quando saliéron de Roma, para sentir acá la voluntad que hallarian en los Españoles, y para que trabajasen de traer á su parcialidad quantas ciudades ó villas pudiesen, ó por lo ménos procurasen de las enemistar con el bando Cartagines. La primera tierra donde saltáron pare- 2
ce que debió ser cerca de Roses, en la punta de los montes Pirenéos, junto con el Cabo de Creus, de quien hablamos en el segundo capítulo del primer libro: y así metidos por aquellas montañas, á poco trecho llegáron á los Catalanes Pertuses, nombrados en aquel tiempo Berguses ó Bergusios, contados entre los pue-

blos Pucerdanes, á quien solian antiguamente llamar
3 Ceretanos. De todos estos Pertuses fuéron recebidos aquellos mensageros Romanos muy bien, porque (segun dice Tito Livio) les desplacia la manera y el Señorío de Cartago, creo yo que por la crueldad hecha en Monvedre: cuya fama sonaria ya por su region dellos, y por otras muchas, ó puede ser que por algun agravio de que estarian sentidos el tiempo pasado, quando Hamilcar, padre de Hanibal, trabajaba de meter su gente por aquellas montañas, como ya queda
4 dicho en algunos capítulos deste quarto libro. Mas de qualquier modo que fué, cierto es, que con haber estos Montañeses recebido bien á los Romanos, y hecho con ellos aquel principio de amistades, hubo pueblos de los que caian al otro lado del rio Ebro, contra la parte de Valencia y Aragon, que los quisiéron imitar en el mesmo negocio, y tuviéron inclinacion á
5 probar nueva fortuna contra Hanibal. Luego despues dice Tito Livio, que pasáron estos Embaxadores Romanos á la tierra de ciertos Españoles nombrados Volcianos: de los quales, para decir verdad, yo no hallo mencion en algun Autor de Cosmographía, que
6 por tal nombre los ponga. Mas no dexaré de contar en este caso la sospecha que dellos traen algunos Aragoneses mis amigos, personas leidas y sabias, y plá-ticos en aquella tierra, con quien he comunicado cosas de su region. Estos tienen creido la nombradía de los Volcianos no ser de gente derramada por lugares en alguna provincia, sino de los vecinos que moraban en una sola villa pequeña, nombrada Volce, segun dicen que la nombran los instrumentos públicos, y cártas antiguas de sus notarios, que duran hoy dia, dado que por este nuestro tiempo, mudada la primera letra le digan Villadolce, situada junto con las faldas Occidentales de los montes Idubedas, muy cerca de las fuentes del rio Guerba, como ya lo pusimos en el sexto

to capítulo del primer libro: lo qual si así fuese, caian de necesidad aquellos Españoles Volcianos en el principio de la tierra que los siglos pasados solian llamar Celtiberia: pero qué verdad esto tenga yo no podria determinar al presente. Llegados pues aquí los Embaxadores Romanos, halláron en aquellos Volcianos 7
tan mala voluntad, que fué causa para que muchos otros lugares, á quien despues habláron, huyesen dellos, en especial quando les oyéron su demanda, que se juntáron todos á dar la respuesta: y visto lo que proponian, uno de los mas viejos en lugar de su gente les habló con alguna furia, representándoles quán mal parecia por el mundo la desvergüenza de los Romanos, en osar pedir á nadie que dexase la confederacion Cartaginesa por la suya dellos, pues á los de Monvedre, que lo hiciéron, se podria certificar que Roma la destruyó con mas crueldad y mas verdaderamente que los Capitanes Cartagineses, mostrando tanta floxedad en el remedio de la persecucion y peligro que padecian en su cerco, por mantener la fe que con ellos pusiéron hasta la muerte, sin Roma les enviar esfuerzo, ni socorro, ni manera de consuelo: por tanto que fuesen los Romanos á buscar amigos entre las otras gentes que no sabrian la perdicion de los Saguntinos, pues á los Españoles que la supiéron, siempre quedaba lástima de tan gran desventura para con ella rehusar el amistad que pedian, y que no se detuviesen mas en su comarca, ni parasen allí momento, si no querian peligrar y tener sus personas en aventura. Ninguna respuesta mejor halláron despues aquellos Ro- 8
manos en los otros pueblos que tentaban: y visto que su diligencia no le traia provecho, pasáron á la tierra de los Franceses, moradores en la Proenza y Lenguadoc, llamada por aquellos tiempos la Galia Narbonesa: los quales como fuesen requeridos y rogados que no recibiesen el exército Cartagines en su tierra,

si por caso quisiese venir en Italia, tuvo Hanibal información haberles dado la respuesta con mucha risa, burlándose de tal demanda: pues bien mirado, les pedian estos Romanos, que por estorbar guerras y peligros en Roma, las pusiesen dentro de sí mesmos, formando contradiccion y competencias contra Cartago. Con este mal despacho llegáron los Embaxadores
9 Romanos á Marsella, donde fuéron recebidos alegremente, como de pueblo que siempre tuvo gran aficion al Imperio Romano: y allí supiéron de cierto que ya los naturales de todas aquellas marinas, y sus comarcas estaban sobornados por Hanibal, con dones y dádivas que siempre les enviaba: lo qual era muestra no-
10 toria para venir los Cartagineses en Italia. Pero creíase cierto, que segun los Franceses eran mudables y codiciosos, habria poco que fiar en ellos, si hallasen otra
11 gente que les diese mas preseas y mas oro. Salidos de Marsella, viniéron á Roma por la mar en breves dias: la qual halláron turbada y afligida, por se decir entre todos sus vecinos y ciudadanos haber Hanibal en España pasado ya las aguas del rio Ebro, con multitud infinita de combatientes para los destruir, tales que no bastarian fuerzas humanas á resistirlas, segun acontece contino por los hechos muy grandes, donde los temores y rezelos acrecientan la fama y la sospecha mu-
12 cho mas de lo que pasa verdaderamente. Parece sentir Polibio que los Romanos juntáron aquella vez sus dos exércitos principales, con el armada de navíos gruesos, y galeras medianas y mayores, que ya dexamos declarados en los capítulos pasados.

CA-

CAPITULO XL.

Como catorce mil y seiscientos Españoles de pie, con mil y quinientos á caballo pasáron en Africa para residir en Cartago, por el rezelo que tenia de los Romanos: y de las muchas y grandes provisiones de gentes y navíos que Hanibal dexó puestas en España, queriendo pasar en Italia.

Llegado el principio del año siguiente, que fué docientos y diez y seis ante del nacimiento de nuestro Salvador Jesu-Christo, Hanibal derramó sus mensageros por las ciudades y pueblos en que tenia repartidas las capitanías ó banderas de sus Cartagineses, y por las otras partes donde residian las ayudas de los Españoles, que segun el concierto del año pasado, quedáron apercebidos y pagados, para tornar á Cartagena quando los llamasen. Y visto su requerimiento, comenzáron á venir muchos dellos, guarnecidos de buenas armas, y de todos los mejores aparejos que podian. Traian eso mesmo muchos rehenes de villas, y de personas particulares, á quien Hanibal por maneras y cautelas muy asturas los habia pedido disimuladamente para segurarse dellos, quando saliese de España. En siendo juntos, mandó que se llevasen á Monvedre, la qual ciudad él tenia ya reparada, para que dentro della y de su fortaleza tuviese la guarda de los tales rehenes y del mesmo pueblo cierto Capitan Africano llamado Bostar, persona de muchos dias y de mucha confianza. Toda la gente restante nunca cesaba de venir. Y como brevemente fuese junta, Hanibal escogió hasta trece mil y ochocientos peones Españoles, armados con escudos ó pavesinas de madero, cubiertos y bien aforrados en cuero durísimo, tal, que dificultosamente se podian hender ni cortar á las qua-

1 2 3 4 5 6

7 quales pavesinas ellos decian cetras. Con aquel peonage mezcló tambien Hanibal ochocientos honderos Mallorquines, que (segun ya diximos en otras partes) fuéron muy estimados por aquellos dias, para qualquiera guerra donde los pudiesen llevar, así por la destreza maravillosa que tenian en tirar piedras con sus hondas, como por ser muy trabajadores y desenvueltos en quanto les mandaban, y sobretodo poco costosos en el sueldo, pues ya tambien escribimos que lo recibian en mugeres y en vino, sin lo querer en dineros, ni ropas, ni en armas, ni en cosa ninguna
8 de las que lo tomaban otros hombres. Junto con esto fuéron puestos en lista mil y quinientos de caballo, tambien Españoles, de diversas provincias: los quales todos metidos en sus navíos partiéron de Cartagena, para residir en Africa, divididos por las villas y tierras
9 comarcanas y súbditas á la Señoría Cartaginesa. Partiéron mas otros quatro mil Españoles principales y de calidad, á quien Hanibal ya tenia señalados primero que los enviase con espías que traxo por sus mesmos pueblos, para reconocer quiénes eran los mejores, á fin que los tales fuesen puestos dentro de Cartago, con título de la defender contra los exércitos de los Romanos, que se bastecian en Sicilia, y por otra parte quedasen allí como rehenes y seguridad de sus pueblos Españoles, sobre los otros que diximos
10 tener situados en Monvedre. Las naos que llevaron esta gente, diéron presto vuelta, cargadas de flecheros, y de muchos peones Africanos, armados á la ligera, que tambien Hanibal habia pedido para dexarlos en España, sabiendo cierto que cada qual destas naciones valdria mas, y seria mejor y mas valiente fuera de sus naturalezas, y los negocios andarian firmes á todo cabo, quedando las Españas en guarda de los Africanos,
11 y los Africanos allá defendidos de los Españoles. En aquella coyuntura dice Polibio, que fuéron otrosí de vuel-

vuelta los mensageros enviados por Hanibal á la tierra de Francia, satisfechos y muy contentos de las grandes amistades, y ligas que dexaban allí negociadas en favor de Cartago. Estos dixéron quedar esperando ya 12
todos los Franceses la venida de Hanibal y de sus exércitos, y que deseaban mucho verlos caminar en su region. Publicáron esa mesmo que los pasos de los Al- 13
pes, dado que serian trabajosos y dificiles de subir, y pasar por sus asperezas extrañas y mucha nieve, pero que no serian imposibles. Lo qual bastó para tenerlos 14
Hanibal en poco. Desta suerte, hallándose muy alegre, 15
con ver que los negocios procedian á su voluntad, hizo llegar á Cartagena toda la gente con sus Capitanes y banderas. Y sin mas disimular les declaró por su 16
parte la guerra contra Roma, trayéndoles á la memoria, para mas los indignar, la vehemencia que los Embaxadores Romanos pusiéron el año pasado, quando pedian á todos ellos en Cartago, juntamente con él para matarlos por la conquista de Monvedre, donde tantos provechos y tanta gloria les habia resultado. Ma- 71
nifestóles tambien las riquezas y fertilidad de Italia, donde los habia de pasar, y mas la firmeza de las confederaciones asentadas con los Franceses, muy provechosas á todos, por las ayudas que tendrian en ellos, y por la seguridad del viage. Representábalo todo con palabras y muestras tan encarecidas y bastantes, que los movió para tener aficion á la jornada. Y así, dán- 18
doles gracias cumplidas de su buena voluntad y valentía, mandó recoger algunos bastimentos que faltaban, entretanto que proveia la gente, que debia quedar acá con su hermano Hasdrubal, á quien dexaba la gobernacion de las provincias y lugares quantas Cartago poseia desde la tierra de los Andaluces hasta la ribera del rio Ebro, pareciéndole que no debia descuidarse dellas: pues como diximos, los Embaxadores Romanos habian rodeado toda la tierra con tal diligencia, que po-

dian

dian haber ganado voluntades y gentes : puesto que (segun afirma Polibio) creia tambien Hanibal meter en Italia tanta revuelta, que nunca los Romanos pudie-
19 sen tocar en España. Pero como fuese mas proveido Capitan que quantos naciéron hasta su tiempo, todavía quiso dexar con Hasdrubal casi doce mil peones, los once mil Africanos, y los ochocientos Italianos, naturales y nacidos en la comarca de Génova, nombrada por aquellos tiempos Liguria, con otros trecientos Mallorquines honderos, y mil y setecientos hombres á caballo, parte dellos Moriscos de las tierras fronteras al estrecho de Gibraltar, y parte dellos comarcanos al mar Océano de Poniente, donde son
20 agora los señoríos de Marruecos. Añadióles mas otros quatrocientos caballos, de los que nombraban en aquel tiempo Lybiofenices, que fué linage mezclado de gentes Africanas, naturales de la Provincia llamada Lybia, y de los Fenices naturales de Suria. Mandó residir estos incorporados entre quinientos Españoles tambien á caballo, de los que moraban por la falda de los montes Pyreneos : y porque ningun género de buena defensa faltase, dióle sobre todo diez y seis elefantes cre-
21 cidos. Polibio dice que fuéron veinte, muy guarnecidos de sus armas, á la manera que los aparejaban en
22 aquel siglo. No se tuvo tampoco descuido sobre la defensa de la costa, creyendo que los Romanos, acordándoseles las victorias alcanzadas en Sicilia por el agua los años pasados, tentarian esta vez por allí la for-
23 tuna. Y así fuéron señaladas treinta y dos galeras bastardas de cinco remadores al banco, sin otras cinco medianas de tres remadores, bastecidas á maravilla de velas y de cuerdas, y de quanta chusma les era necesaria : con mas otras diez y ocho que tenian labradas en el astille-
24 ro, para meterlas á la mar quando fuese menester. Y desta manera, puestas en órden las tales provisiones, pareció quedar el recaudo suficiente y abastado de toda

da parte, para quando Hanibal quisiese mover su pasada en Italia. Nadie se debe maravillar que las menu- 25
dencías aquí dichas, y parte de muchas otras que dirémos adelante, las hayamos podido saber con tantas particularidades y certinidad: porque Hanibal, quando hizo despues las guerras en Italia, como presto verémos, estando cerca de la ciudad nombrada Lacinio, mandó poner en una plancha de cobre letras, que decian el número muy especificado de todas las naciones y gentes que le siguiéron en aquella conquista, con el de los navíos mayores y menores que traxo sobre mar, y de todos sus elefantes: la qual plancha fué gran ayuda para nuestra relacion, dado que parezca mas larga de lo que piden los intentos prometidos en la brevedad desta corónica. Pero hecímoslo, por ser una co- 26
sa muy digna de memoria: y tambien porque deseamos todo nuestro poder, que nada nos falte, ni quede por decir de los hechos acontecidos en España, que qualesquier escrituras, así memorias como libros contengan.

CAPITULO XLI.

Como Hanibal y sus exércitos principiáron su camino la vuelta de los montes Pyreneos, para venir en Italia contra los Romanos: y de la fantasma que le pareció, quando llegáron á las riberas del rio Ebro, con sus interpretaciones y pronósticos sobre la razon deste viage.

Despues que los negocios ya contados, quedáron 1
firmes y proveidos en la manera sobredicha. Hanibal 2
salió de Cartagena la via de Italia con el mayor estruendo y espanto que nunca los Españoles oyéron en aquellas tierras, llevando consigo pasados de noventa mil peones, y doce mil hombres á caballo, se-

gun el mesmo Hanibal hizo despues esculpir en las letras de la plancha de Lacinio, que ya relatamos, dado que Polibio diga en el segundo libro de sus historias, no ser cabales veinte mil hombres todos aquellos con quien Hanibal osó penetrar y romper en Italia, muy al contrario de lo que despues en el tercero libro pone, juntamente con Tito Livio de los noventa mil peones, y doce mil caballos arriba contados. 3 Las primeras jornadas en saliendo de Cartagena, declara tambien Tito Livio, que se guiáron por cerca de cierta ciudad, que solia ser en aquellas partes nombrada Etovisa, dando á sentir el camino ser apartado de la marina: porque tal sitio le pone Ptolomeo casi en el derecho de Monvedre, pocas leguas mas 4 Occidental, y mas dentro de la tierra. Duran hoy dia sus muestras y señales despobladas, y deshechas en la ribera del rio Guadalaviar, á quien los antiguos llamaban Turia, tres leguas al traves de la costa, y dos y media de Valencia, por el agua arriba deste rio, que 5 viene tambien á dar cerca della. Y asi las gentes vulgares comunmente nombran aquellos edificios y paredones destruidos Valencia la vieja, pero mal y contra razon: porque Valencia nunca tuvo sitio diverso del 6 que le hallamos en estos nuestros dias. Y como digo, fuéron á la verdad estas muestras, y señales de la poblacion que llamaban Etovisa los ancianos, y no de la que llamaban Edeta, como sospechan algunos escriptores modernos de mi tiempo, discretos y bien leidos. 7 Discurriendo pues los exércitos del capitan Hanibal muy concertados y muy pujantes, en pocos dias llegáron á la ribera del rio Ebro, que ponian hasta sus aguas desde Cartagena, segun escribe Polibio, dos mil y seiscientos estadios Griegos: estos hacen ochenta y una leguas Españolas de las comunes, dándoles por cada legua treinta y dos estadios. Agora hallamos catorce leguas ménos en aquella distancia, como ya se con-

tá-

táron en el segundo capítulo del primer libro: porque las leguas son allí crecidas á la manera de Cataluña, harto mayores que las medianas de Castilla, donde se pueden consumir los estadios pertenecientes á las catorce leguas sobredichas. Todas las provincias y 8
regiones enttremedias pasáron los exércitos con alguna contradiccion, puesto que poca: porque faltando Monvedre, nadie resistia, ni bastaba para tantos enemigos y tan feroces. Como llegáron á la ribera del rio, 9
los reales fuéron asentados en ella, que segun ya contamos, era la raya, donde ni las banderas ni las armas de Cartago podian atravesar, conforme á las capitulaciones hechas con Hasdrubal y con los Romanos. Es- 10
tando Hanibal aquí, primero que pasasen el agua, dicen muchas historias, habérsele representado entre sueños una semejanza de mancebo con hermosura divinal, que le dixo: ser guia de los dioses inmortales, para lo meter en Italia, por tanto que lo siguiese muy atento, sin curar de mirar á parte ninguna por cosa que sucediese. Hanibal espantado de tal vision, como 11
quiera que mucho trabajo de hacer lo que le mandaba, sintió despues tanto ruido detras de sí, que sin poderse refrenar, volvió la cabeza para ver lo que sería. Y allí dicen que vido una sierpe de grandeza mara- 12
villosa, haciendo crueles destrozos en quantos árboles y matas habia por donde pasaba. Con esto traia juntamente gran lluvia sobre sí de relámpagos y de truenos, 13
y de granizo temerosísimo. Preguntada la fantasma, 14
¿qué terribilidad, ó qué señal podia ser aquella? respondió, significar los estragos y daños venideros en Italia. Pero díxole que siguiese lo comenzado, sin apun- 15
tarle mas, y dexase los hados obrar en sus encubiertas y secretos.

Algunos historiadores tienen por cosa fingida lo que deste sueño se cuenta: mas como sea hecho natural quando las personas duermen fantasear algo de

lo que imaginan entre dia, no veo por qué dudemos
16 en ello. Mayormente diciendo Santo Augustin en el libro de la Ciudad de Dios, que siendo las gentes en aquellos tiempos idólatras y muy engañadas, tenian los demonios allí tan gran señorío sobre los hombres, que les ponian estas imaginaciones para los traer mas aparejados y sujetos á lo que dello quisiesen, y para que mostrándoles algo de lo que podia suceder, creyesen mejor sus errores, y perseverasen mas en su daño.

CAPITULO XLII.

Como Telongo Bachio, Capitan Español, vecino de la villa de Blanes, tomó claramente la voz y la parte de los Romanos acá en España contra Hanibal y sus Cartagineses: y de la mucha contradiccion que Hanibal siempre hallaba quanto mas iba por las comarcas de Cataluña.

1 Con tales acontecimientos y muestras, como tenemos dicho, Hanibal sintiéndose muy alegre, comenzó de pasar el rio Ebro por tres partes, despachando tercera vez mensageros y presentes nuevos á los principales caballeros Franceses de la Proenza, para que no se le mudasen, ó le pusiesen algunos impedimentos
2 en el camino quando por allí viniese. Lo qual tuvo razon de temer, porque ya quanto mas llegaba su gente contra los montes Pyreneos, tanto mas hallaban los pasos de la tierra dañados, y las comarcas Españolas
3 rebeladas contra sí. Los pueblos de la marina conocíase muy claro quedar casi todos apercibidos y puestos en armas, particularmente la villa de Empurias, y la de Roses, donde los Marsellanos iban y venian á menudo con sus fustas, animándolos y conservándolos para la
4 resistencia, si fuesen acometidos. En Blanes, la qual decian aquellos tiempos Blanda, desviada solas ocho

le-

leguas al Occidente de las Empurias, sobre la mesma costa, residia cierto Capitan Español, nombrado Telongo Bachio, no solamente declarado por los Romanos y por toda su parcialidad, sino perseguidor y guerreador de quantos podia sentir aficionados al bando Cartagines. Y segun los estragos obraba contra la parcialidad, sospechamos haber hecho gran mal en la poblacion de Barcelona por ser edificio del gran Hamilcar Barcino, Capitan Cartagines, padre de Hanibal: pues abiertamente declaran las memorias desta ciudad, que pocos dias despues de su fundacion estuvo casi desierta largo tiempo: lo qual no se pudiera hacer tan de presto sino por aquel Caballero sobredicho. Sabemos haber quedado tan destrozada, que quando se renovó segunda vez con vecindad nueva no podia medrar ni tornar á su ser. Y pasáron largos años en que la reputáron por lugar de baxa nombradía hasta los tiempos del Emperador Claudio, que comenzó de crecer algo mas, dado que todavía fuese pueblo pequeño, como lo declara Pomponio Mela. Pero su buena disposicion y la comarca donde caia traxéron tal aparejo para salir adelante, que despues los Romanos la mejoráron muy bien, dándola privilegios, y libertades, y haciéndola Colonia, como todo lo verémos en sus lugares y tiempos convenibles.

Deste Caballero Telongo Bachio pereceria verdaderamente su memoria, si no por una basa de piedra, donde los Blaneses pusiéron despues una figura suya, con letras y palabras Latinas esculpidas en ella, que declaraban todo lo sobredicho. Y decian así:

TELONGO BACHIO QUI
POENO EXERCIT. CUM
HANIB. IN ITAL. TRANS-
EUNTE CUM S. P. Q. R.
CUM FACTIONE REIP.
AMICA SENSIT BLAN-
DENSES STATUAM

11 Las quales palabras, tornadas en Romance vulgar,
12 decian así. »La presente figura consagráron los Blane»ses á la recordacion de Telongo Bachio, el qual, pa»sando Hanibal en Italia con sus exércitos, mantuvo »la parte del Senado y Pueblo Romano, con mas la
13 »de todos sus amigos y confederados.» Permaneció la tal basa de piedra con su letrero dentro de la mesma villa de Blanes hasta los tiempos de nuestros padres.
14 Y puesto que no sepa yo si tambien agora permanece, pues las piedras acaban y tienen su fin y su muerte como las otras cosas deste mundo perecedero: basta que hace relacion della Ciriaco Anconitano en el volúmen que recopiló de los letreros antiguos, quantos hallaban en sus dias esculpidos en piedras, así Latinos como Griegos, por diversos edificios y regiones del mundo, donde puso muchos pertenecientes á los
15 hechos Españoles. Y despues he yo leido gran parte dellos en las mesmas piedras originales, donde los tomaba quando yo discurria por algunos lugares y tierras en España, para reconocer las antigüedades y memorias que della pudiese hallar.

CAPITULO XLIII.

De la nueva confederacion que por parte de los Cartagineses fué puesta con un Caballero Catalan, nombrado Handubal. Y como tres mil Españoles de los que seguian el exército Cartaginés diéron vuelta para sus casas, no queriendo caminar aquella jornada con Hanibal.

1 Por las razones y causas arriba declaradas, Hanibal (segun ya dixe) parece que llevó su camino poco desviado de la costa, disimulando con aquellos pueblos alborotados en la marina, pues era cierto que si comenzara con ellos el debate, ni fuera menor ni de mé-

ménos tiempo que fué lo de Monvedre, y entre tanto los Romanos pudieran venir, y hacer el asiento de la guerra dentro de España, sacándola fuera de su tierra, con que remediaban todos sus temores y destruian todos los intentos de Hanibal. Habia por esta sazon en 2
las naciones y gentes contenidas entre los montes Pyreneos y las aguas del rio Ebro, donde Hanibal ya caminaba, un otro Caballero Español, nombrado Handubal, persona poderosa, muy emparentada, con el qual se procuráron á toda furia grandes amistades y ligas; y pudiéron tanto los muchos dones de caballos, armas, vestiduras y toda suerte de jaeces ricos, enviados por Hanibal, que presto le traxéron á su parte. Con ayuda déste pasáron los exércitos á ménos di- 3
ficultad en aquellas comarcas, sojuzgando quantos pueblos caian en el derredor contra las cumbres del Pyreneo, los quales pueblos tenian diversos nombres en esta sazon: unos eran llamados Ilergetes, otros Ausetanos, otros Laletanos; cuyas divisiones y rayas entre todos ellos pondrémos aclaradas y distintas en el proceso de los libros venideros. Y dado que la llega- 4
da por aquí fué con presteza y concierto maravilloso, no lo fué, segun dice Polibio, sin muchas peleas y muy crueles, donde Hanibal perdió gran parte de su gente: de las quales afrentas y recuentros quisiera yo dar aquí relacion particular, pues era cosa que tanto nos pertenecia, si tuvieramos Autores al presente que las contaran. En esta porfia llegó Hanibal á los Pertuses, 5
que, como ya dixe, se nombraban en aquellos tiempos Berguses ó Bergusios. Pero sintiendo la gran afi- 6
cion y buenas posturas asentadas con estos por los Romanos el año pasado, detúvose con ellos, y no se quiso descuidar, ni dexarlos libres en tal caso. Tito Li- 7
vio dice, que les dió por Gobernador en toda su comarca cierto Capitan Africano, llamado Hanon, para defender y tener de su mano las angosturas por donde

8 de se junta con España la tierra de Francia. Polibio
declara que lo hizo Señor de los mesmos Pertuses.
9 Ambos concordan en haberle dexado diez mil peones
y mil caballos Cartagineses, y mas toda la xarcia de
ropas, atavíos, vasijas, vestidos, axuar y fardage su-
perfluo de la gente que le seguian, para que de tal
manera caminasen desocupados, y Hanon lo guardase
10 con la fidelidad y depósito que dél esperaban. Encar-
góle tambien, que por todas las vias posibles trabaja-
se de ganar la voluntad á los pueblos de la costa que
pareciesen dudosos, con blanduras y buenas obras: al
contrario de los que viese manifestarse por enemigos,
que convenia sojuzgarlos á fuerza con todo rigor y di-
ligencia, lo qual negociaria despues Hanon, quando
11 supiese quedar Hanibal en Italia. Sobretodo le mandó
que sostuviese la confederacion del Español Hasdru-
bal, pareciéndole muy necesaria para los negocios ve-
12 nideros en aquellas comarcas. Y desta suerte Hanibal,
atajando quanto podia sus impedimentos, y proveyen-
do los hechos presentes y los que podrian suceder, que-
ria ya pasar los montes Pyreneos, si no fuera por tres
mil Españoles del Reyno de Toledo, llamados Carpe-
tanos, en aquel tiempo que rehusáron la tal jornada,
no tanto (segun era claro) por temor de la guerra ve-
nidera, quanto por el mucho camino que restaba, don-
de se contenia tambien otro viage dificultosísimo de
los Alpes y montañas Italianas, mucho trabajosos de
13 pasar. Hanibal, considerando quán dudoso le seria vol-
verlos ó retenerlos por fuerza, rezelando tambien que
las otras compañías Españolas restantes no se movie-
sen á lo mesmo, permitióles aquella tornada, fingien-
do que de su propia voluntad él los enviaba: y por
mayor disimulacion, dió licencia junto con ellos á sie-
te mil otros de los que sentia no seguir esta guerra
tan de buena voluntad, para que hiciesen lo mesmo:
porque con esta liberalidad parecerian tener confianza
los

los restantes, que quando quisiesen ó fuese tiempo les darian facultad para tornar ellos á sus tierras: y los pueblos Españoles, visto que nadie pasaba forzoso, le darian con mejor voluntad ayuda de gentes cada vez que las pidiese, y los que fuesen á él caminarian desta manera mas alegres y mas contentos, viendo que tampoco tendrian premia quando quisiesen ellos tornarse.

CAPITULO XLIV.

Como los exércitos Cartagineses saliéron de España, caminando por la tierra de Proenza y Lenguadoc, donde sucediéron algunas mudanzas con la gente desta tierra, las quales Hanibal remedió, poniendo capitulaciones dignas de memoria con las personas vulgares, y tambien con algunas principales de las que por allí moraban.

Aquello negociado, segun queda dicho, Hanibal 1
sin mas dilatar atravesó por el puerto Pertus la fragura de los montes Pyreneos con todo lo restante de sus compañas. Los quales montes afirma Polibio 2
quedar apartados de Cartagena tres mil estadios de trecho, que hacen noventa y cinco leguas Españolas de las comunes ó medianas usadas en Castilla. Pero sos- 3
pechamos la tal suma de los estadios andar errada en Polibio por culpa de sus escribientes, pues conforme á la tasa que pusimos en el segundo capítulo del primer libro, son desde Cartagena hasta lo postrero del Pyreneo cumplidas ciento y diez y siete leguas, en que sobran veinte y dos leguas comunes, demasiado de lo que montan los estadios Griegos de Polibio. Quanto mas que siendo leguas Catalanas casi 4
todas las deste trecho, que como ya en otras partes apuntamos, sobrepujan en su largo las medianas de Castilla, crecerian en la suma si las reduxesemos á ta-

5 tamaño de las nuestras. Pero dexado esto, dicen las Historias, que despues de Hanibal haber pasado los montes, luego como se derrocó por sus faldas al Condado de Perpiñan, que nuestros Españoles hoy dia poseen, asentó real sobre la ciudad de Colibre: la qual en aquellos años llamaban Iliberi, pueblo de grandes magnificencias y sobradas riquezas, dado que despues con adversidades y trabajos que los tiempos traen siempre consigo, no le quedáron sino los indicios y mues-
6 tra, como sombra de su grandeza pasada. Deste mesmo nombre tuviéron los Españoles antiguos otro lugar en el Andalucía diferente del que hablamos agora, pero magnífico y suntuoso, dos leguas alejado de donde fué despues edificada la ciudad de Granada, cuyas muestras ó señales parecen hoy dia cerca de la poblacion llamada Pinos: y por causa del tal lugar una puerta de la mesma ciudad de Granada, por donde salen á su camino derecho, solian llamar los Moros quando la poseian la puerta de Iliberi, la qual poco despues corrompiendo el vocablo, se dixo la puerta del Beri; y agora mas corruptamente nosotros los Españoles Christianos la llamamos la puerta Delvira, despues que cobramos y tenemos en poder aquella gran ciudad.
7 Pero desto mucho mas largo hablarémos en la tercera parte desta Corónica, quando con el ayuda de Dios
8 llegaremos allá. Viendo, pues, la gente Francesa de la Proenza que ya los exércitos Cartagineses entrabañ por su tierra, dado que públicamente se dixese pasar á la guerra de Italia, dado tambien que lo principal dellos anduviesen grangeados por parte de Hanibal con los dones y presentes arriba declarados: pero sabiendo que los Españoles Detras los montes quedaban puestos en sujecion, rezeláronse mucho que Hanibal procuraria de hacer otro tanto con ellos, y sospechaban que las guarniciones y gentes encomendadas á Hanon para residir en aquellas fronteras y montañas del Pyreneo, no se-

ria

ria con otro fin sino para los apremiar y meter en servidumbre. Con este miedo comenzáron á tomar sus 9
armas, basteciendo sus lugares de valientes defensas: y luego se juntáron algunas cabezas de pueblos en la villa de Rosellon, á quien decian estos dias Rucino: cuyo sitio solia ser una sola milla desviado de Perpiñan, en aquella parte donde hallamos el castillo de Rosellon. Perpiñan ha sucedido en su lugar, por haber 10
perecido con el discurso de los tiempos todo lo restante del pueblo viejo, dado que la provincia retiene siempre su nombradía, llamándose hasta nuestro siglo Condado de Rosellon. El qual puesto que venga (se- 11
gun ya dixe) fuera de las Españas al otro lado del Pyreneo, él y Colibre, Salsas y muchos otros lugares mayores y menores, juntamente con la tierra nombrada Cerdania, que los antiguos llamaban tierra de los Sardoos, son hoy dia poblaciones de Españoles Catalanes, que las poseen y gobiernan, y pertenecen al Señorío de España legítimamente, con otros sus confines, que los Reyes de Francia tienen usurpados, á causa de nuestras ocupaciones mayores, como muy á lo claro lo mostrarémos adelante. Hanibal, conocidas 12
estas mudanzas, estimaba mucho mas la tardanza del tiempo que se gastaria con ellos, que la dificultad de su guerra. Y así despachó luego mensageros á los Ca- 13
balleros principales de la provincia, diciendo quererles hablar y comunicar, y que para la vista seria bien atenderle cerca de Rosellon, ó venir ellos á las estancias de Colibre, donde conocerian con quánta voluntad los recibiria dentro de sus reales, ó quán sin rezelo caminaria para los suyos dellos, si lo tenian á bien, como buen huésped y buen amigo de todos, mayormente siendo su propósito huir toda qüestion con qualquiera persona del mundo, quanto mas con ellos, no le forzando que hiciese lo contrario, ni poner mano en las armas hasta llegar en Italia. Fuéron 14

tales aquellos comedimientos y las otras blanduras y templanzas acometidas en este caso, que los Franceses Provinciales moviéron luego su real, y viniéron al de los Cartagineses; donde pasadas muchas pláticas y muchos tientos de los unos á los otros, confirmáron las amistades antiguas, y pusiéron algunas capitulaciones de nuevo, convenientes á lo que podia suceder adelante: de las quales fué una mucho notable, donde se contenia, que si por casa qualquier Cartagines de los residentes en aquella frontera hiciese demasías ó males en algunos Franceses Provinciales de la tierra, los tales Provinciales agraviados pidiesen justicia de sus daños á los Gobernadores ó Capitanes que Hanibal dexaba en España, para que le hiciesen emienda de la
15 tal demasía. Pero que si los injuriadores fuesen Franceses Provinciales contra qualquier Cartagines, el tal Cartagines injuriado hubiese de pedir justicia de sus afrentas recebidas á las mugeres de los Franceses, para que solas ellas lo mandasen castigar: y sobre tal caso Hanibal fuese cierto que las mugeres harian cumplida satisfaccion y justicia, por ser ésta su costumbre dellas y la de sus maridos eso mesmo desde muchos años ántes, en jamas concertar alguna cosa de las tocantes á sus paces ó sus guerras, sin que las mu-
16 geres tuviesen el voto mayor en ello. Esto concluido, Hanibal hizo muchos cumplimientos y larguezas con todos ellos, en especial con dos Caballeros principales, moradores en aquel paso, llamados el uno Menicato, y el otro Civismaro; los quales quedáron de nuevo ganados y seguros en el bando Cartagines, y mas otras personas en quien generalmente repartió tantos atavíos y riqueza, sobre las que primero muchas veces les habia dado, que movidos tanto por aquello presente, como por los dones pasados, le dexáron ir adelante sin alguna contradiccion, y caminar á vista de Rosellon sus haces tendidas y puestas en órden.

En

En esta manera sobredicha sabemos haber pasado todos aquellos dias los negocios pertenecientes á la guerra. Quanto al estado del año dicen los dos Julianos hallarse por memorias Españolas, que fué bien abundoso de mantenimientos y de los frutos de la tierra; pero faltoso de salud, con pestilencias y diversas enfermedades que sucediéron en algunas provincias Españolas. La isla de Cádiz y toda la marina frontera del Andalucía padeció grandes terremotos ó temblores, que derrocáron edificios, y matáron gentes, y hiciéron por allí males terribles: la mar anegó muchos lugares que primero fuéron descubiertos: lanzó fuera de sí multitud de pescados, dellos comunes y conocidos, y dellos nunca vistos. Oyéronse muestras en el ayre de gentes armadas, sin saber quién lo hiciese, que fuéron señales todas y pronósticos de la turbacion y mucho mal que poco despues redundó tambien por acá, con las guerras y crueldades que por allá se comenzaban. 17 18 19

CAPITULO XIV.

Como los Españoles que Hanibal traia consigo rompiéron gran multitud de gente Francesa, que quisiera vedar el paso de los exércitos, quando pasaban por aquella tierra. Desbaratados estos, las banderas llegáron libremente hasta se poner en la raiz de los Alpes, para los pasar, y se meter en Italia.

Despues que Hanibal y sus exércitos comenzáron á caminar en aquellas tierras de la Proenza y Lenguadoc, ningun dia faltó que no tuviesen los Capitanes Cartagineses residentes en España, relacion muy cumplida de la manera que llevaban, y como siempre seguian su viage sin estorbo de nadie, sino fué quando llegáron á la ribera del rio Rosne, llamado Ródano por 1

aquellos tiempos, el qual sale de los Alpes entre las comarcas Italianas y las de Francia, cuyas riberas ambas no léjos de la mar poseian estos dias unos pueblos nombrados Volcas: y dado que todos ellos fuesen tenidos por muy valientes, y bien exercitados en las armas, los moradores en la ribera de su mano derecha, visto que de fuerza serian acometidos primero que nadie, desconfiáron tanto de se poder amparar ni defender contra la pujanza de los Cartagineses, que sintiéndolos en su provincia, pasáron el agua del rio, con todas sus alhajas, y ganados, y mugeres, y hijos, y quanto tenian, y se juntáron con los moradores del otro lado, para defender aquel paso, creyendo que con tener el rio de por medio, lo harian á sus ventajas.
2 Hanibal despues que se puso frontero dellos, recogió muy apresuradamente multitud de charruas y de barcas, quantas pudo hallar entre la gente comarcana: dellas compradas por dinero, dellas tomadas por fuerza, dellas tambien que le diéron graciosas, y mas otros muchos bateles, que mandó luego labrar en gran multitud. Y como los tuvo prestos, escogió de sus Capi-
3 4 tanes uno llamado Hanon, hijo de Bomilcar. Algunos libros le dicen Mazon, creo yo que corruptamente, para que despues de venida la noche, la mayor parte de las banderas Españolas que seguian el exército, caminasen por la ribera del rio el agua arriba tan sosegadamente, que los Volcas del otro lado no lo sintiesen, y que llegados á parte conveniente donde podrian atravesar el rio, pasasen á la ribera de los enemigos, y quando fuese tiempo, los acometiesen por las
5 espaldas. Con este mandado, llevando siempre guias de tierra, caminaron los Españoles y su Capitan Hanon veinte y cinco millas de trecho por las riberas arriba, que hacen casi seis leguas Castellanas: en fin de las quales halláron un paso ménos malo que por las otras partes, ó de ménos agua, por ir derramada y tendi-

da

da con poca furia del rio: y allí comenzáron tambien ellos á juntar bateles, y cortar maderos de los bosques cercanos, para hacer balsas y vayones con que lo pasar. Pero considerando los mas de los Españoles, que 6
si todos esperaban á labrar esto, gastarian tiempo demasiado, no queriendo sufrir tanta dilacion, pues en la presteza consistia todo su negocio, tomáron quantos odres pudiéron hallar entre los moradores de la tierra, con los demas en que traian ellos sus vitualias, y llenos de viento, parte dellos caballeros encima, muchos otros echados de pechos en sus escudos y pavesinas, se metiéron al agua, navegando por el ancho del rio como mejor podian, hasta venir al otro lado, donde siendo llegados esperáron á los que traian los esquifes: y tambien llegados estos, y puesto su real sobre la ribera segunda, reposáron aquel dia, por haber quedado muy fatigados todos ellos con el trabajo de la noche, y con la hechura de los bateles, y con la pasada sobredicha. El dia siguiente levantáron luego las 7
estancias, y puestos en razonable concierto, moviéron por las riberas abaxo, muy avisados para comenzar á buena sazon y buen tiempo lo que primero les habian mandado: y así quando se viéron en tal espacio que Hanibal podia reconocer su llegada, comenzáron á le hacer ahumadas, significando que venian cerca, para que tambien por allá comenzasen el negocio si les pluguiese. Hanibal estaba ya tan aparejado con los 8
suyos, y todos generalmente tan á punto, que ninguna cosa los detenia, sino ver quándo les harian esta seña los Españoles: y luego como la sintiéron, saltan todos en las barcas, y metidos al rio por su parte, comienzan á remar por él adelante, poniendo los hombres de caballo sobre la parte mas alta, con los navíos mayores y mas fuertes, para que recibiesen y quebrasen el ímpetu de la corriente. Y así la gente del peona- 9
ge que por baxo traian las bateles menores, fuéron á mé-

10 ménos peligro. Los mas de los caballos echáron á nado, llevándolos del cabestro desde los bordes de los esquifes, tres ó quatro juntos al un cabo y al otro, segun dice Polibio, sino fuéron algunos que metiéron entre la gente con sus aparejos y frenos, para que llegados á tierra, saltasen en ellos, y pudiesen luego pe-
11 lear. A la sazon los enemigos andaban sobre la ribera desviados de sus reales, muy apercebidos y muy negociados, aullando, y cantando, segun lo tenian de costumbre quando querian trabar batalla: sacudian los escudos sobre las cabezas, y blandeaban sus lanzas contra los que venian por el agua, mostrándose deseosos de llegar á las manos, y defenderles el paso.
12 Pero bien se conocia dellos, estar maravillados en ver tanta multitud de bateles, y tanto ruido como hacian los remos, y las voces que traia la gente con su pasada, trabajando de hender por el rio adelante: con lo qual notoriamente comenzáron á cobrarles algun te-
13 mor. En estas horas los Españoles que venian con el Capitan Hanon por el otro lado, llegáron á las estancias contrarias, donde tenian aquellos Volcas recogido lo principal de sus haciendas, con sus mugeres y con sus hijos, y con todo lo mejor de su ropa: y como venidos hallasen poca resistencia, ganáronlos todos, y
14 comenzáron á quemar la mayor parte dellos. Y así dexándolos ardiendo, saliéron á fuera muy embravecidos y furiosos con la victoria, dándose priesa para herir á los enemigos por las espaldas, mostrándose codiciosos á maravilla de llegar á ellos, y destrozar quanto halla-
15 sen delante. Los Franceses considerada la mucha gente que siempre salia de las barcas, y que por esta parte la batalla de los Españoles andaba ya cerca, de quien ellos nunca tuviéron noticia ni rezelo, ni sabian cosa de las pasadas en sus estancias, dado que comenzáron á resistir animosamente, no pudiéron tanto durar, que con esta llegada no fuesen arrancados del campo, desparciéndo-

ciéndose por muchas partes, y tomáron su huida contra las aldeas ó villages comarcanos, donde sabian tener acogida. Hanibal, visto que los enemigos eran ya 16
rotos, alabando públicamente la prudencia, solicitud y buen recaudo del Capitan Hanon, hijo de Bomilcar, con la valentía de los Españoles que le siguiéron en aquel recuentro, muy á su placer acabó de pasar el rio, sin otra contradiccion, y plantó los asientos de su real, donde le plugo, teniendo ya por cosa liviana las alteraciones y furia destos Franceses, ni los estorbos ó daños que la tal gente pudiese hacer. Poco despues, recogi- 17
dos sus Elefantes, con el bagage, y con los impedimentos y fardage que traian entre las primeras órdenes, y la retroguarda, llegó brevemente, hasta se poner en las raices de los Alpes, que segun dice Polibio, estan de allí mil y trecientos estadios Griegos de trecho, que montan quarenta y una legua de las nuestras medianas poco mas, repartiendo por cada legua los treinta y dos estadios que nuestra Corónica lleva presupuestos en otras partes.

Aquello todo hizo Hanibal con ayuda de sus Espa- 18
ñoles, quatro meses andados despues que movió de Cartagena, para comenzar esta guerra contra los Romanos, en que se cumpliéron otros doce meses cabales, desde que puso cerco sobre la ciudad de Monvedre, quando la tomó y destruyó, donde se principiáron las turbaciones y desventuras arriba dichas, y muchas otras no menores que contarémos en los libros siguientes.

LIBRO V.

CAPITULO PRIMERO.

De la primera venida que los Romanos hiciéron en España con gente de guerra, cuyo Capitan llamaban Neyo Scipion, para lanzar fuera della, si pudiesen, el exército Cartagines, y todas las defensas que sus Capitanes Africanos tenian repartidas por las provincias Españolas.

1 En aquellos dias mesmos que las cosas pasaban allí por la manera ya declarada, perseveraban acá los negocios en el estado que primero quedáron: y nadie sospechaba que tan presto se mudarian, pues la fuerza y el estruendo de la guerra pasaba toda tras Hanibal: y los Romanos andaban tan ocupados en bastecer sus tierras Italianas, y en resistir á Cartago sobre la parte de Sicilia, que parecian tener mucho que hacer
2 en esto, sin curar de los pueblos Españoles. Estando los hechos en aquel ser, descuidados y sin otra sospecha, pareciéron un dia por la mañana sobre la ribera de Cataluña copia de navíos largos á manera de galeras bastardas, bien armadas, y puestas á punto de guerra, que doblaban el Cabo de Creus, en la vuelta postrera donde fenecen los montes Pireneos, por el nuestro mar Mediterráneo, los quales navíos comenzaban á se meter en el golfo de Roses, enderezando su camino,
3 quanto se podia conjeturar contra las Empurias. Traian en la delantera quatro galeotas de Marsella, las quales como fustas amigas y conocidas otras veces entre los Emporitas, pasáron adelante, para los aplacar, si por caso tuviesen algun rezelo de ver esta flota que se les acercaba, certificándoles ser gente Romana que venia, no tan solamente para defender los amigos y confede-

ra-

rados viejos que tenian acá, sino para tomar otros nuevos, y lanzar fuera de España los Cartagineses, con su Capitan Hasdrubal, y todos los otros que la tiranizaban. Traian por Capitan General en este negocio, cierto ca- 4
ballero Romano, llamado Neyo Scipion, por sobrenombre Calvo, hermano de Cornelio Scipion, uno de los Cónsules y Gobernadores que regian en aquel año la República Romana. Mas porque la plática de los ta- 5
les Cónsules se pueda mejor entender, y qué cosa fuéron, y qué dignidad tenian, pues tambien nuestra Corónica necesariamente conviene que haga ya relacion principal en todo lo siguiente, de las pendencias Romanas comenzadas en España, primero contra los Cartagineses, y despues entre los mesmos Españoles, conviene traer á la memoria lo que señalamos en el segundo libro, casi en el fin de su vigésimo sexto capítulo: donde diximos que los Romanos quando quitáron de sí los Reyes antiguos que primero solian tener, hacian despues dos personas cadañeras, que gobernaban su república. El cargo de las tales era juntar los Regido- 6
res del pueblo, para determinar con ellos lo que sucediese, teniendo consulta sobre quanto cumpliese: por la qual consulta fuéron llamados Cónsules. Estos ha- 7
cian las guerras quando las habia, mostrándose principales en el imperio todos aquellos dias que su cargo les duraba. Las veces que salian fuera de su casa, traian 8
delante cada qual dellos seis hombres con seis manojos ó hazes de vergas, y por cada haze metian una segur de carnicero, denotando ser ellos administradores de la justicia, y tales, que podian castigar azotando con vergas, segun su costumbre, los delitos pequeños que lo mereciesen: y con la segur podian degollar á los delinqüentes en mayor calidad: todo con poder absoluto de quanto se debiese proveer, no mas ni ménos que lo tuviéron los Reyes antiguos: solo discrepaban en que la dignidad de los Reyes habia sido perpetua,

durante la vida de cada qual dellos, y la de los Cónsules, como ya diximos, era cadañera. No podian aquellos Cónsules matar ningun ciudadano de Roma por delito que hiciese, mas de prenderlos, y ponerlos en la cárcel, ó darles otra pena civil, sino fuese por crimen de traicion, cometido contra los bienes y libertad de la República. Allí convenia el pueblo Romano ser certificado de las tales culpas. Y porque no pareciese que con esto les dexaba el mando semejante del que los Reyes tuviéron, podian apelar de los Cónsules al mesmo pueblo Romano, si parecian los culpados quedar agraviados, y seguian allí su justicia con toda libertad. Segun la órden destos Cónsules, como sucedian los unos en pos de los otros, contaba Roma sus tiempos, metiendo con ellos los años de su fundacion, ó mejoramiento hecho por Rómulo, como lo contaban tambien los Griegos en la memoria de sus acontecimientos, por las Olimpiadas que pasaban de quatro en quatro años: y como lo hacian los Judíos, que tambien contaban sus edades, comenzando desde la creacion del mundo por jubileos, tomando cada jubileo tiempo de cincuenta años enteros: y como los Christianos lo hacemos agora, que llevamos en nuestras escrituras la relacion de los años del advenimiento de nuestro Señor Dios. Esta fué la manera de Cónsules que Roma tuvo consigo en el siglo de su prosperidad, y la que conservaba tambien al presente, quando sus exércitos armados viniéron la primera vez en España para guerrear contra la nacion de los Cartagineses Africanos que residian acá.

9 10 11 12

CA-

CAPITULO II.

Como los Romanos recien llegados en España diéron relacion particular á los Españoles Catalanes, en cuya tierra desembarcáron, de ciertos recuentros que su gente pasó viniendo para acá, con la gente Cartaginesa, que caminaba por Francia con Hanibal: y mas le diéron otros discuentos muy largos pertenecientes á la razon y causas de su venida.

Entrado pues el Capitan Neyo Scipion el Calvo, 1
hermano del Cónsul Romano, con sus navíos y galeras, por el Golfo de Roses, como ya diximos, llegáron al pueblo de las Empurias que, como tambien señalamos en otras partes, cae sobre la punta postrera mas Occidental del dicho Golfo, frontero de la mesma villa de Roses, á quien dexáron sobre la punta de Levante, desviadas ambas con solas tres leguas de mar. 2
Allí, con la seguridad y buena relacion que primero traxéron las Galeotas Marsellanas, fuéron los Romanos alegremente recebidos, y saliéron á tierra sin alguna contradiccion. Asentáron sus estancias y reales en 3
el campo, fortalecidos á toda parte con palenques y fosas y vallados, no se queriendo meter en el pueblo por algun inconveniente que podria suceder entre la gente del exército con los ciudadanos. Y tambien por- 4
que siempre tuvo costumbre la Señoría Romana, si le daba lugar el tiempo, sacar sus banderas al campo. 5
Luego los Españoles comarcanos, en sabiendo la fama desta flota, comenzáron á venir, para reconocer sus maneras y pláticas, mostrándose muy afables y deseosos de su conversacion, donde fuéron informados cumplidamente de la voluntad y propósito que Ro-

Roma tenia desde los primeros movimientos y rotu-
6 ras en la persecucion destas pendencias. Supiéron mas el discuento de lo sucedido, despues que los Españoles de Hanibal rompiéron la gente Francesa, quando pasáron el Rio Rosne, que fuéron cosas importantes y graves, en que se decia, los Administradores y Cónsules Romanos haber estado mucho tiempo confusos para lo que debian obrar, por nunca tener perfecta determinacion sobre la venida de Hanibal en Italia, hasta que Marsella les declaró la pasada del rio Ebro, certificándoles el camino que los Cartagineses traian, y la diligencia que ponian en atravesar y llegar al Pireneo, dado que decian siempre venir muy revueltos con los Españoles de las montañas comarcanas, que se les rebelaban en diversas partes, y les hacian algu-
7 nos daños. Esto sabido los Cónsules decian haber entre sí repartido los exércitos, que segun ya declaramos venian juntos: el un Cónsul, nombrado Tito Sempronio, tomó cargo de fortificar y defender á Sicilia, donde se creia que la gran Cartago daria por el otro lado sin Hanibal, y fuele mandado que procurase de pasar en Africa para destruir allá la tierra, salvo si no fuese menester en Italia, donde tampoco faltó provision y recaudo, señaladamente contra la decendida de los Alpes, en que fue puesto suficiente número de gente Romana, para resistir á los Cartagineses si por
8 allí baxasen. A Publio Cornelio Scipion el otro Cónsul, de quien primero hablamos, mandáron venir en España con toda presteza, señalándole sesenta galeras bastardas, cada qual de quatro remadores al banco, muy bastecidas y reparadas: en que siendo metido con su gente, comenzó de costear las riberas Italianas, re-
9 quiriendo los pueblos que poseian aquellas marinas. En esto se detuvo mas tiempo de lo que fuera menester, no creyendo que Hanibal habria pasado tan presto los montes Pireneos, á causa del impedimento que los Mar-

Marsellanos primero dixéron: y creia Scipion, que si lo pudiese tomar en España, le daria tanto trabajo, que forzosamente dexase la jornada comenzada. Con 10
aquel presupuesto decian ser las galeras Romanas aportadas en Marsella: pero como supiesen allí que ya los contrarios caminaban por Francia, procurando quanto podian de pasar el rio Rosne, dió vuelta Scipion atras, y se metió por el un brazo deste rio, que viene dividido por aquellas partes, pocas leguas ántes que lo tome nuestro mar Mediterráneo. En aquel brazo mesmo 11
residia tambien á la sazon Hanibal, habiendo primero desbaratado los Franceses que le defendian el paso. Luego Scipion echó fuera de los navíos hasta trecientos caballos ligeros que descubriesen la tierra: los quales, segun estos Romanos contaban, hubiéron algunos recuentros con quinientos Cartagineses, que tambien eran llegados para reconocer la flota de Scipion. Pero 13
Hanibal, sin hacer caso de su venida, movió todas sus banderas por el camino de los Alpes, tres dias ántes que los enemigos acabasen de sacar toda la gente. Con 14
la qual en fin deste tiempo ya venia Cornelio Scipion caminando por la ribera del rio, puestos en órden sus esquadrones, muy determinado de les dar batalla, no sin gran esperanza que podrian hacer en Francia los asientos de la guerra, pues acudió tarde para los hacer en España. Visto que los enemigos iban alejados, 15
y que seria cuidado vano querer alcanzarlos, no quiso tampoco Scipion ir adelante, maravillado, segun añade Polibio, del esfuerzo con que Hanibal tomaba las entradas en Italia por aquella parte de los Alpes, donde sin la terribilidad y las nieves, y la fiereza del camino, hallaria gravísimos impedimentos en los moradores desta montaña: cuya nacion era por aquel tiempo cruel y silvestre, llena de brabezas y rusticidad. Así que vuelto Scipion á sus navíos, acordó de 16
tornar en Italia con la mesma determinacion de pelear

lear con Hanibal en baxando los Alpes, pues (como declaramos) habia gente Romana de guarnicion en aquella frontera, donde seria menester su persona, por causa de Tito Sempronio su compañero hacia rostro contra ciertas flotas que ya comenzaban á salir de
17 Cartago sobre Sicilia. Mas como los negocios en España tuviesen gran calidad, así por la parte Romana, para desarraygar allí la potencia de Cartago, como para la parte Cartaginesa, para conservar acá lo principal de sus fuerzas, decian estos Romanos recien venidos haber despachado Publio Scipion desde la boca del rio Rosne, á Neyo Scipion hermano suyo menor, con las galeras y gente que traia, sino fuéron algunos pocos que tomó para tornar en Italia, mandándole, que sin detenimiento viniese la vuelta de las Españas, y metido dentro procurase de conservar, no solamente los pueblos que hallaria por la marina de Cataluña, favorables al bando Romano, sino que llegado pelease luego con Hasdrubal, hermano de Hanibal, ó con Hanon el que tenia los montes Pyreneos, ó con otro qualquiera de los Capitanes Cartagineses, que primero le viniese á la mano, porfiando la guerra por acá con estorbos y con toda la diligencia posible, para que no pudiesen favorecer en Italia los negocios Africanos con dineros ni con gente, ni con otro buen aparejo de los que solian tener entre los Españoles: pues quitados ellos afuera, nunca Cartago, ni ménos Hanibal podrian turbar el hecho Romano: y así las Españas quedarian exêntas y libres de la tiranía disimulada que tantos años padecian, perjudicial y dañosa mas de lo que sus naturales entendian ó sentian.
18 Tales eran las informaciones y nuevas que los Capitanes Romanos con su general Neyo Scipion derramaba contra los Españoles, que venian á ellos quando llegáron á las Empurias, certificándoles que por su libertad eran aportados acá, para vengar las injurias y da-

daños presentes y pasados, en Monvedre, y en qualesquier otros pueblos de la tierra: sobre lo qual aventuraban sus personas y sus fuerzas, y todo quanto valor y poderío poseía la Señoría Romana. Creo yo que 19
tambien les acordaría proceder la generacion de todos los Romanos de progenitores Españoles, y que todos tenian una casta, como lo declaramos y probamos en diversos capítulos del primer libro: pues era punto substancial y convenible, para ganar el amor de todas aquellas provincias. Esta fué la primera venida 20
que los Romanos hiciéron en España con gentes armadas: de la qual, en lo que despues trataren los capítulos y libros siguientes, podrán los lectores conocer quáles fuéron mayores y mas, ó los males, ó los bienes que della redundáron, pues hubo gran abundancia de todo.

CAPITULO III.

De los pueblos y lugares Catalanes que nuevamente se llegáron al bando Romano despues de venido Neyo Scipion en España: y de las nuevas que por estos mesmos dias tuviéron acá sobre dos batallas que pasáron Cartagineses y Romanos en la provincia de Lombardía, donde Hanibal por allá salió vencedor.

Era Neyo Scipion este Capitan Romano venido 1
nuevamente, persona bien autorizada, muy esforzado de su natural: de su condicion afable, reposado, diligente, cuerdo y animoso: las palabras tenia dulces, y bien comedidas: con las quales habilidades en breves dias renovó las amistades viejas, y confirmó muchas nuevas por todos los pueblos cercanos á las Empurias, y los tuvo ciertos y ganados á su parcialidad. En aquel 2

punto mesmo comenzáron á venir algunos Saguntinos de Monvedre que, segun ya diximos, habian huido quando la pérdida de su ciudad, y vivian desterrados en pueblos diversos, temiéndose de los Capitanes
3 Africanos. Estos llegaban medianamente guarnecidos de caballos y de buenas armas, con intencion de seguir
4 aquella guerra, hasta le dar fin ó morir en ella. Y no se puede significar el amoroso recogimiento que Neyo Scipion les hacia, proveyéndoles de todas las cosas necesarias, y la veneracion con que siempre los acataba, tanto que ninguna alianza ni consulta, ni determinacion se trataba ni ponia sobre los negocios de la guerra, donde los Españoles confederados no diesen parecer, y tuviesen voto principal, y sobre todos aque-
5 llos pocos de Monvedre. Este gradecimiento fué causa, que quantos lugares habia sobre la marina de Cataluña desde la villa de Roses, hasta la boca del rio Ebro, tomasen abiertamente la voz y parte Romana, recibiendo las guarniciones y banderas que Scipion les en-
6 viaba para guarda de sus pueblos. En aquella mesma liga se comprehendió tambien la Ciudad de Tarragona, poblacion principal de la costa sobredicha, mas honrada por aquellos dias que grande, segun declaramos en el treceno capítulo del libro pasado, puesto que despues tuvo muchos acrecentamientos, como
7 tambien lo dirémos en sus lugares convenientes. Aquí mandó luego Scipion, que viniese la flota de las Empurias con toda su gente de mar: y parece, que quando llegó se debió meter en un puerto llamado por este nuestro tiempo Salou, mas Occidental una legua que Tarragona, pues en la playa desta ciudad, no podian residir las galeras, á causa de ser descombrada y peli-
8 grosa, como tampoco residen agora las nuestras. El puerto de Salou, allende caer cerca de Tarragona, fué siempre seguro, bien apropiado para los intentos de Neyo Scipion, por tener solas doce leguas mas adelan-

lante la boca del rio Ebro, que los años pasados habia sido mojon y señal, donde (segun la capitulacion vieja) Cartago no podia tocar, y parecia que llegándosele Scipion, cobraba lo que solia ser de su parcialidad, y ganaba tierra, y hacia por allí frontería contra los enemigos. Y ciertamente quanto mas iban aquellos negocios, tanto mas se mejoraban á la parte Romana, con la solicitud y prudencia de su buen Capitan: si por este mesmo tiempo no les recrecieran mensagerías y nuevas algo perjudiciales á su propósito sobre los hechos acontecidos en Italia. Y publicábase, que despues de Hanibal haber pasado los Alpes en solos quince dias, con todos sus exércitos y fardages, y con el mayor espanto que nunca gente los pasó, baxados á lo llano tuviéron algunos recuentros con gente Romana de guarnicion, que se les mostró por aquellas partes. Luego tras aquello se topáron Hanibal y Cornelio Scipion, Cónsul y Capitan General, hermano deste Neyo Scipion, de quien agora hablamos, sin saber el uno del otro, yendo cada qual dellos con poca gente, para sentir el estado de su contrario: donde reconocidos ambos en el camino, comenzáron á pelear no léjos de cierto rio, llamado Ticinio, que decimos agora Tesin, harto principal entre los rios de Lombardía. La fuerza de los exércitos decian habian haber acudido de toda parte, para favorecer cada qual á su Capitan, y la batalla se comenzó cruel y sangrienta, que duró gran espacio, hasta que Publio Scipion fué herido muy mal: y su gente rodeándolo como mejor pudiéron para lo salvar, se comenzáron á retraer en los reales. Finalmente venida la noche, recogido quanto fardage tenian, levantáron las estancias: y tornando camino del Poo, rio mucho famoso, con quien se mezcla Tesin, y casi todos los otros rios que manan de los Alpes en las vertientes Italianas, caminaron tan secretamente, que viniéron á la ciudad llamada Plasencia,

9 10 11 12

13 cia, primero que nadie supiese cierto su huida. Lós Españoles de Hanibal, en sospechando lo que pasaba, siguiéron el alcance con mucha presteza, creyendo que los podria tomar: unos decian, haber en este seguimiento pasado las aguas del rio por una puente sobre
14 barcas que Scipion habia primero hecho. Decian otros, que hallándola desbaratada, se metiéron al agua caballeros en odres llenos de viento, donde traian su vitualla. Como quiera que sea, todos otorgaban haber sido los tales Españoles, en el seguir y pelear parte muy
15 principal desta victoria. La qual victoria, dado que no fuese de mucha pérdida, pero con ser el primer acometimiento, traxo gran reputacion al Capitan Hanibal, y mucho mayor lo traxéron otras nuevas que luego de refresco viniéron, con que los hechos Romanos pudieran acá tener alguna tibieza, si Neyo Scipion no fuera tan bien quisto de quantos Españoles lo tra-
16 taban. Certificábase pues en aquella nueva postrera, que poco mas adelante tornáron estas dos gentes segunda vez á pelear junto con otro rio llamado Trebia, donde contando particularidades acontecidas en diversos pasos de la batalla, decian principalmente, que nueve mil peones Mallorquines de Hanibal, otros dicen nuevecientos, á hondazos bravísimos habian derrocado casi dos veces los caballos Romanos, sin poderse amparar dellos, que fué gran ocasion para luego vencer-
17 se. Todo lo restante, dado que por la parte Romana batallaban largos treinta y ocho mil hombres, los diez y ocho mil Romanos, y veinte mil Italianos, y mas otras ayudas de Franceses en harta cantidad, que seguian aquella guerra, cuyos Capitanes fuéron ambos los Cónsules, el uno Publo Scipion, y el otro Tito Sempronio, que vino desde Sicilia, para se ha-
18 llar en la pelea. Mucho caudal hacian los Cartagineses en España destas dos batallas Italianas, engrandeciéndolas y contándolas en todo cabo, como de razon era

jus-

justo, puesto que Neyo Scipion alegaba tambien contra ellos ciertas victorias alcanzadas en Sicilia sobre mar por la parte Romana, donde se tomáron y matáron mucha gente de Cartagineses en galeras crecidas de cinco remadores al banco, que podian ser abundosa recompensa de los rompimientos acontecidos en Lombardía. Quanto mas, que segun él tenia por carta, los 19
Cónsules y Capitanes Romanos perseveraban en el campo con sus banderas desplegadas, alegres y deseosos de tornar á pelear quantas veces quisiese Hanibal. Y ciertamente los unos y los otros decian mucha ver- 20
dad. En esta manera de negocios tuvo fin el año so- 21
bredicho, y viniéron los principios del siguiente, quando se contaban docientos y quince años ántes del Nacimiento de Nuestro Señor Jesu-Christo, que no fué ménos peligroso, ni ménos lleno de trabajos que qualquiera de los pasados.

CAPITULO IV.

Como los exércitos Cartagineses y Romanos residentes en España se topáron en los confines de Cataluña y Aragon, metidos en unos pueblos nombrados antiguamente los Ilergetes, donde pasáron una batalla campal, en que Neyo Scipion y su parcialidad alcanzáron la victoria.

Visto por Neyo Scipion que las nuevas recien 1
llegadas habian poco dañado, y que los mas de los pueblos Catalanes quedaban leales y firmes en su favor, por conocer dél mucha liberalidad y clemencia, no satisfecho con sostener aquellas marinas de Cataluña, comenzó nuevas inteligencias con los pueblos montañeses dentro de la tierra, los quales era gente mas feroz y mas brava. Súpolo tan bien guiar, que 2
no solo trató paz con muchos dellos, sino compañía ver-

verdadera para serle participantes en quanto sucediese, tomando los tales Españoles por causa propia la guerra contra Cartago: y así para confirmacion desto diéron luego copia de gente, banderas y Capitanes en harta cantidad, señaladas entre sus pueblos, de mancebos valientes y recios; los quales cada dia traian otros, y siempre crecian en el campo Romano con valor y
3 potencia. Todas estas cosas entendia Hanon el Gobernador Cartagines, que guardaba los montes Pyreneos, por ser ellas tan públicas, que no se podian encubrir, ni tampoco pretendia secreto quien las obraba: de suerte, que conoció bien serle necesario venir en riesgo de batalla con Neyo Scipion ante que lo restante
4 de la tierra se le mudase. Sobre lo qual despachó luego mensageros al Capitan Hasdrubal Barcino, hermano de Hanibal, pidiéndole que saliese de Cartagena, donde residia, con exército quanto mas grueso fuese posible, para trabajar ambos juntos en la resistencia destos enemigos, que tan peligrosos y perjudiciales
5 iban, si lo negociado pasase mas adelante. Hízolo prestamente Hasdrubal en oyendo la mensagería de Hanon, mandando juntar sus Capitanes y gentes Africanas, armadas y bastecidas de quanto conviniese para la jornada, puesto que como las banderas andaban repartidas en aposentos, no se pudiéron llegar tan presto
6 quanto la necesidad requeria. Entre tanto Neyo Scipion jamas reposaba, ni cesaba de ganar amigos, y tomar nuevo conocimiento de ciudades Españolas y de personas principales que le traian gentes y lo metian siempre mas adelante sin perder un solo momento de tiempo, hasta venir en unos pueblos nombrados Ilergetes, poderosos, grandes y de poblaciones muchas y muy principales, cuya region mirada toda junta fué los tiempos antiguos de figura casi quadrangular ó de
7 quatro lados y puntas. El primer lado sobre la parte Septentrional era cierta raya; la qual considerada, segun

gun la postura que Ptholomeo señala, viene casi por
donde traen agora su corriente las aguas del rio Ga-
llego, que dividia por aquí los tales Ilergetes de otros
Españoles nombrados Vascones, ó muy cerca dél. Na- 8
ce Gallego de los montes Pyreneos, y corre desde Le-
vante contra la vuelta del Poniente, hasta dar en Ebro,
casi frontero de Zaragoza, como ya lo diximos en otro
lugar. Por la vuelta de Medio-dia fué límite de los Iler- 9
getes el rio Segre, que tambien sale del mesmo Py-
reneo, discurriendo como Gallego desde Levante ca-
mino del rio Ebro, donde lo recibe mezclado ya con
Cinga, junto con una poblacion llamada Mequinen-
za. Tenia mas al Oriente la provincia de los Ilergetes, 10
tanto trecho del Pyreneo, quanto dividen las fuentes
destos dos rios; y por el Occidente tanta largura del
rio Ebro, quanta dividen las mezclas dellos ambos con
él. De manera, que segun esta cuenta, caian por su 11
region la ciudad de Huesca, la poblacion de Gurrea,
Montaragon, Ayerbe, Barbastre, Monzon, Alcolea,
Beluer, Aytona, Fragal, Valaguer, Chalamera, Va-
llovar, Alcubierre, Perdiguera, Bujalaroz, Mequinen-
za, Xelsa, Vililla, con otras muchas sus confines á
toda parte, que serian largas de contar, y mas la ciu-
dad de Lérida, llamada por aquellos tiempos Ylerda,
de cuyo nombre se dixéron todos ellos Ilergetes en
general, sin los rios notables, puesto que no grandes,
de Cinga, Gacy, Alcavadre, que riegan por el me-
dio todo lo principal desta provincia. Viendo, pues, 12
Hanon el exército Romano tan dentro de la tierra,
sintió claro no le convenir mas dilacion, pues en la
tardanza pasada los negocios iban casi perdidos: y así
con alguna gente de sus confederados, y con la situa-
da que tenía para conservar las comarcas de su car-
go, salió contra la parte donde los enemigos anda-
ban, con presupuesto de pelear en topándolos, sin
esperar al Capitan Hasdrubal ni curar de mas largas.

Des-

13 Desta voluntad que Hanon traia holgó mucho Neyo Scipion quando la supo, y luego comenzó de caminar á la mesma parte donde venian los Cartagineses por abreviar el tiempo de la pelea, considerando serle mucha ventaja romper con Hanon ante que llegase Hasdrubal, pues al presente los contrarios eran sencillos, y con Hasdrubal serian doblados; y si tuviese ventura de los vencer, quedábale mejor aparejo para revolver sobre los otros á ménos peligro, tomándo-
14 los cada qual á su parte, y no todos juntos. Y así con aquel deseo que todos tenian, y con la diligencia que pusiéron, brevemente se topáron muy cercanos á cierto pueblo nombrado Cydo, ó segun otros libros escriben Cyso, de quien hallo yo diversa conjetura sobre quál pueda ser entre los pueblos conocidos de nuestro siglo: porque no faltan Cosmógraphos modernos, asaz plàticos en Aragon y Cataluña,
15 que dicen ser un lugar al presente llamado Siso. Dicen otros que fué Sos, lugar en Aragon, cercano de las fronteras de Navarra: mas el tal no podia caer en los pueblos Ilergetes, segun lo que de su sitio queda
16 ya declarado. Muchos tambien leidos y prudentes sospechan que debió ser el que llamamos hoy dia Zaydi, pueblo pequeño junto con el rio de Cinga, sobre su ribera de mano izquierda, desviado de Monzon siete leguas el agua abaxo, y dos leguas de Fraga por el
17 agua arriba. Pero donde quiera que fuese, lo cierto que podemos afirmar es, que llegados aquí los exércitos, Hanon puso luego sus haces en campo, regla-
18 das á punto de batalla. Lo mesmo hizo Neyo Scipion, confiando de las ayudas Españolas, que tenia mucho mayores, y mas aficionadas, y mas bien armadas que
19 sus enemigos. En el qual punto sobrevino tambien Handubal el Español, de quien hablamos en los treinta y ocho capítulos del quarto libro, con setecientos peones sus naturales, valientes y determinados para favo-

re-

recer á los Cartagineses. Luego la pelea se comenzó 20
de todas partes, en la qual hubo mas denuedo que
tardanza: porque Hanon y los suyos no pudiendo re-
sistir la braveza del exército Romano, comenzáron á
se vencer; y poco despues los que pudiéron hacerlo
huyéron á los reales, que tenian medianamente forta-
lecidos de palenques y fosas, donde creian guarecer-
se, quedando muertos en el campo seis mil hombres
dellos. Pero los reales fuéron luego combatidos y ga- 21
nados con quanto tenian dentro: donde tambien se
tomáron á prision otros dos mil Africanos, y con
ellos el Capitan Hanon, y juntamente Handubal el Es-
pañol, traspasado de tantas heridas, que vivió pocas
horas. El pueblo cercano de los reales fué combatido 22
sin reposar, y saqueado de quanto le halláron dentro,
puesto que segun sus moradores eran pobres y pocos,
y ninguna cosa delicados ni viciosos, las alhajas to-
madas fuéron de tan pequeño valor, quanto fué de
mucho la presa del real Africano, en que todos los
vencedores quedáron riquísimos, por se tomar en ellos,
no solamente la ropa del exército vencido, sino del
que tambien Hanibal traia consigo por Italia, que (co-
mo diximos en los treinta y ocho capítulos del quar-
to libro) dexáron en guarda de Hanon quando salian
de España todo lo mejor y mas preciado que tenian,
no queriendo llevar impedimento ni cuidados en su
jornada. La victoria pareció de tal calidad en ser pri- 23
mera, que si pueblos habia dudosos en aquella comar-
ca, se llegáron á Scipion, señaladamente cierto lugar
principal, cuyo nombre no declaran las historias, que
le dió sus rehenes de seguridad, y parecia que con él
mucha parte de la provincia quedaba llana, sin escrú-
pulo de revuelta ni contradiccion.

CAPITULO V.

Como los Cartagineses y su Capitan Hasdrubal Barcino, viniendo para se hallar en la batalla sobredicha, matáron de camino mucha gente de la flota Romana cerca de Tarragona, que tomáron desmandada fuera de sus galeras: con lo qual parte de los Españoles Ilergetes hiciéron mudanza para se volver al bando Cartagines: y de la manera que Neyo Scipion tuvo para remediar esto.

1 Ante que la fama cierta destè rompimiento se declarase por aquellas tierras, el Capitan Hasdrubal habia pasado el rio Ebro con ocho mil peones Africanos y mil hombres de caballo, como que venia para resistir la 2 primera llegada de los Romanos. Mas poco despues, en sabiendo la perdicion de los reales y vencimiento de la batalla, dexó la jornada principal de la provincia donde residia Scipion, y torció su camino sobre la mano derecha contra la marina de Tarragona, por haber tenido nueva cierta que muchos hombres de la flota Romana, marineros y sobresalientes, andaban derramados en el campo, seguros y descuidados, sin alguna sospecha que por allí vendrian enemigos tan presto, con aquella desórden y negligencia que casi 3 siempre las cosas prósperas traen consigo. Así que llegados aquí, Hasdrubal derramó luego su gente de caballo por el campo de Tarragona; la qual hizo de presto tal destruicion en quantos Romanos halló fuera del agua, que pocos dellos con muy gran huida se pudiéron recoger á sus navíos, y los mas quedá- 4 ron alanceados y muertos en la tierra. Neyo Scipion, oida la fama destos Cartagineses recien venidos, juntó muy de presto sus banderas, y salió con ellas arrebatadamente, creyendo que los pudiera bien atajar:

mas

mas quando llegó ya todos ellos quedaban puestos en salvo: porque Hasdrubal, como discreto Capitan, contentándose con el estrago que dexaba hecho, no se quiso mas detener en aquellas partes, y tornó muy en órden á repasar el rio Ebro, temiendo que venido Scipion, se podria dél aprovechar á sus ventajas, pues notoriamente sabian habérsele juntado mas ayudas Españolas y mucha mas gente de la que traia Hasdrubal. Tomada, pues, la ribera del otro lado, fortificóse 5
quanto pudo con intencion de la defender si los enemigos quisiesen pasar el agua, sobre lo qual estaba muy atento considerando lo que harian despues de venidos. Llegado Neyo Scipion, como no hallase con 6
quien pelear, metió sus compañas en Tarragona, donde satisfecho todo su rancor en castigar y reprehender algunas personas, á quien hubo dado la gobernacion y la guarda principal de su flota, por el mal recaudo que pusiéron en la gente della, poco despues dexando tambien gentes de guarnicion en la ciudad, quantas bastaban á la sostener, dió vuelta con todas sus galeras para las Empurias, creyendo que pues los enemigos quedaban alejados, podria reposar allí lo restante del Invierno que ya se llegaba. No bien él era 7
movido de Tarragona, quando Hasdrubal dió vuelta segunda vez: y pasada la ribera del rio, se metió contra los Españoles Ilergetes, cuya provincia no tenia tal provision de gente Romana que le pudiese resistir. El 8
primer acometimiento fué sobre la poblacion que diximos haber dado rehenes de seguridad á Neyo Scipion, y tales cautelas y diligencias tuvo con sus vecinos Hasdrubal, así de temores en que les puso, como de blanduras y promesas amorosas, que no solamente le diéron el pueblo, sino viéndose favorecidos con él, tomáron los mesmos vecinos sus armas, y juntos ellos y los Cartagineses, comenzáron á destruir las tierras y pueblos comarcanos, parciales y fieles al

bando Romano, en venganza de daños ó demasías que
9 los dias pasados habian recebido. Plutarco parece decir estos tales haber sido los moradores mesmos del pueblo saqueado quando la batalla de Hanon: lo qual no concorda con los apuntamientos de Tito Livio, que lo hace lugar pobre de pequeña calidad, y da bien á sentir en los nuevamente revelados haber ha-
10 bilidad y substancia para poder dañar. Como quiera que sea, Neyo Scipion, dado que tuvo suficientes informaciones de quanto pasaba, no quisiera por el presente salir contra los enemigos, á causa que tenia sus banderas repartidas en aposentos, y deseaba darles algun descanso por entrar el Invierno fortunoso, mayormente que traia determinacion de verse con ellos al principio del Verano siguiente, y de poner en ba-
11 talla campal de poder á poder todos estos debates. Mas como cada dia le viniesen mensages y querellas del estrago que recibian sus confederados, y que Hasdrubal cobraba quanto mas iba las pérdidas de Hanon, no pudo ménos hacer de sacar la gente Romana de sus estancias, y caminar con ella contra los Cartagineses, muy lastimado por la mudanza de los Españoles ller-
12 getes. Hasdrubal, entendida su venida, fingió no la saber, y publicando que ya ni hallaba contradiccion ni mala voluntad en aquella tierra, dió vuelta con sus banderas, y pasó tercera vez el rio Ebro: donde dice Polibio que puso nuevas defensas y nueva gente muy bien fortificada por los pasos que convenian; y con la restante no paró hasta llegar en Cartagena, pareciéndole que los Romanos en verlo tan alejado se tornarian á las Empurias, y la provincia destos Ilergetes quedaria sin recebir daño ni movimiento, pues él no se ponia
13 donde pudiese causar nuevas alteraciones. Mas ni por esto Neyo Scipion, ya que tenia las gentes en el campo, dexó de proseguir su jornada con gran apresuramiento, recogiendo de pasada mucha copia de

Ca-

Catalanes sus amigos, que le viniéron á tal necesidad: y metido con ellos en la provincia rebelada, no hiciéron ménos daño que los Cartagineses habian hecho primero por la tierra del bando Romano, tanto, que quantas personas principales vivian en la comarca, desamparáron sus casas, y huyendo se metiéron en una ciudad algo fuerte, llamada por aquellos tiempos Atanagia. Esta porfian algunos Cosmógraphos de nuestro tiempo ser la que decimos agora Manresa, pueblo conocido de los Catalanes, en el espacio de tierra que viene desde nuestro mar hasta la ribera del rio Segre, desviado contra Septentrion doce leguas de Barcelona, caminando por el monesterio de Monserrate, y cinco leguas á la mesma parte de la poblacion llamada Terraza, que cae tres leguas mas Oriental que Monserrate. Pero no lleva buena razon aquella sospecha, pues ya declaramos en el capítulo pasado los rios de Gallego y Segre cerrar dentro de sí todas las gentes antiguas de los Españoles Ilergetes, cuya ciudad afirma Tito Livio ser Atanagia. De manera, que segun esto, para venir desde qualquiera pueblo de los tales Ilergetes á Barcelona por derecho viage, convenia pasar á Segre: lo qual no se hace viniendo desde Manresa: quanto mas que la postura de Manresa parece mucho semejante con la del pueblo que sollan llamar Cerresa, ó Cerresos, lugar principal en otros Catalanes antiguos nombrados Acetanos, de quien presto hablarémos: y hállanse libros de Ptolomeo donde no la nombra Cerreso, sino Merresos, á la semejanza casi de Manresa. Atanagia dice Tito Livio ser cabeza de todos aquellos pueblos Ilergetes, y debemos entender que seria muy principal entre los lugares comarcanos, y no mas, pues la cabeza mayor en la nacion general de los Ilergetes ya diximos que lo fué Lérida, de cuyo nombre tomáron el apellido comun que tenian, y no de la ciudad de Urgel, como certifi-

14

15

16

17

fican algunos, como quiera que caia tambien en ellos. Recogidos en Atanagia los Españoles huidos, fuéron luego cercados, y despues combatidos tan á menudo, por tantas partes, y tan bravamente, que tardáron pocos dias en se rendir: y luego los otros pueblos del rededor quedáron obedientes á Neyo Scipion, y le diéron mayor número de rehenes que los primeros, y le paráron cierto tributo para los gastos del exército: creo yo que seria de metales, ó de preseas, ó de ganados, á quien los Romanos llamaban Pecunia, como lo llaman tambien al dinero: porque muy averiguado mostrarémos adelante que los tales Españoles, con quien Scipion al presente negociaba, no tenian en aquel tiempo contratacion de moneda.

CAPITULO VI.

Del acometimiento de guerra que Neyo Scipion y los Españoles sus confederados moviéron en algunos otros pueblos de Cataluña, cuyo Capitan era cierto caballero que nombraban Amusito: sobre la qual demanda pasó Scipion un recuentro muy peligroso con los montañeses de Jaca, que venian en socorro de los tales Catalanes.

1 Concluida la paz con aquella parte de los Españoles Ilergetes, el real fué levantado muy en órden: y la gente revolvió por mandado del Capitan Romano sobre ciertos pueblos Catalanes, parciales viejos y ciertos en el bando Cartagines, á quien los libros de Tito Livio llaman Ausetanos, declarando ser juntos al
2 rio Ebro. Y ciertamente los Ausetanos así nombrados, pueblos fuéron antiguos de Cataluña, pero muy léjos del rio sobredicho, situados en la falda del Pirenéo, don-

donde caen agora Viedosona y Girona, con otras buenas villas de su comarca: por donde parece ser error de los escribientes en aquella parte de Tito Livio, que pusiéron Ausetanos, por escribir Acetanos, y fuéron tambien los tales Acetanos pueblos Catalanes antiguos, confines á los Ilergetes por la parte de Septentrion. Al Occidente les batian las aguas del rio Ebro, 3
desde su mezcla con Segre hasta cerca de Tortosa. Contra la vuelta del Medio-dia partian término con 4
los Cositanos de Tarragona, de quien ya platicamos en algunos capítulos pasados. Y por el Oriente confi- 5
naban con otra gente que decian Castellanes, de los quales tenemos imaginacion que su nombre se derramó por discurso de dias en las otras gentes comarcanas, y poco mudada la palabra, se viniéron á decir todos Catalanes, en lugar de Castellanes. Y si lo tal así 6
fué, parece claro que muchas poblaciones de Cataluña, nombradas agora Castelló, tomáron su nombradía destos Castellanes antiguos, como son Castel Dasenes, Castellón de Empurias, Castelló de Farfaña, Castelló de Amposta, con otros de semejante calidad. Pe- 7
ro desto mas largamente hablarémos en la tercera parte desta gran obra, quando señalaremos nuestro parecer sobre lo que dicen otros de cierto Capitan Frances, llamado Cartalon: el qual pasada la destruicion de España, hecha por los Moros despues de muerto el Rey Don Rodrigo, dicen que comenzó de guerrear algo desta tierra, para reducir en ella los Christianos, y que por causa de su nombre dél, fuéron todos aquellos pueblos en general nombrados Catalanes. Tornan- 8
do pues á los Acetanos arriba dichos, hallamos que su region, dado que fuese pequeña, tenia buenos lugares, y moraban en ellos hombres valientes y guerreros: en especial por la tierra donde residia cierto caballero que llamaban Amusito, singular aficionado del Capitan Hasdrubal. Este pocos dias ántes habia puesto 9
li-

ligas y firmezas con los montañeses de Jaca, para sér amigo de amigos, y enemigo de enemigos, y para se favorecer unos con otros en qualquier trance de paz
10 ó de guerra que sucediese. Qué ciudad sea Jaca, su postura, su fundacion, y lo que se dice de sus principios y nacimiento, ya lo declaramos en los treinta
11 y un capítulos del primer libro. Fué motivo principalmente desta liga con los Jaqueses traer Amusito diferencias y parcialidades en otras comarcas de Catalanes sus vecinos, y por su respeto del toda la nacion de los Acetanos competia tambien con las naciones donde los otros eran naturales, y teníase por notorio que sus enemigos en verlo tan favorecido del Capitan Cartagines, traerian al Capitan Romano para lo destruir, como lo traxéron agora, que todos ellos conformes viniéron contra él: y despues de pasado terrible daño por campos y cortijos, y lugares, y por quanto hallaban en aquella tierra, pusiéron cerco sobre la villa mayor
12 de los mesmos Acetanos. Esta nombraban ellos Acete, y de su nombre della tomáron el apellido para to-
13 da la region. Amusito hizo prestamente su diligencia con los Jaqueses, pidiéndoles ayuda, pues eran obligados á la dar, segun los conciertos y juras pasadas, lo qual ellos aceptáron como buenos amigos, y sin dilacion fuéron juntos poco ménos de tres mil peones montañeses, denodados y recios, armados á su cos-
14 tumbre. Y así venian á grandes jornadas, creyendo que hasta se meter en el pueblo, nadie los acometeria, ni vedarian la llegada, por ser el tiempo terrible de nieves y de frialdades excesivas. Mas los Romanos con todas
15 estas dificultades traian sus corredores á caballo, derramados en aquellos contornos, y tomáron algunos mensageros que pasaban de los cercados á los Jaqueses, y de los Jaqueses á los cercados, en que supiéron como para tiempo señalado de la noche siguiente quedaba hecho concierto, que los del pueblo saliesen á dar en

el

el real, y trabajarian de meterle fuego por la parte de sus fronteras: en la qual hora los Jaqueses acudirian tambien á los otros lados, y hecho quanto daño pudiesen, todos juntos se recogerian, y podrian entrar en el pueblo, con pérdida de los enemigos, y provecho suyo dellos. Esto sabido, Neyo Scipion quiso pre- 16
venir aquella cautela: para lo qual mandó que la guarda de caballo se doblase por el campo, con mayor diligencia que nunca, no dando lugar á que pudiesen venir nuevos avisos de los cercados á los de fuera, ni por el contrario tampoco. Lo restante del exército re- 17
tuvo dentro de los reales, sin hacer mudanza ni bullicio, ni muestra donde pareciese tener noticia de los conciertos sobredichos. Y poco despues en viniendo 18
la noche, primero que saliese la luna, comenzó disimuladamente de sacar fuera lo mas y mejor de su peonage pocos á pocos, que serian hasta nueve mil Catalanes, mandándoles que todos ellos con sus Capitanes acudiesen á cierto lugar señalado, cerca de la villa, donde se hacian unas encubiertas de recuestros, en el mesmo camino por donde los montañeses habian de pasar: y dexada su defensa muy bien proveida, bastante para guardar los palenques y fosas, y lo que dentro tenian en el real, alzadas las puentes levadizas, él salió disimulado con otros mil peones Romanos, y se fué contra la parte de los recuestos, donde ya quedaba su gente muy encubierta, sin menearse ni hacer otro bullicio, con que nadie los pudiese reconocer. En esta sazon llegáron los tres mil Ja- 19
queses, que venian á la villa, los quales caminaban eso mesmo callados, y sin estruendo. Mas como ni 20
traxesen Capitanes plàticos, ni concierto, ni corredores que descubriesen la delantera, no pudiéron sentir la celada, ni cosa de quantas les tenian armadas, hasta que súpito diéron en sus enemigos: y venian tan sin rezelo, que despues de llegados creyéron ser gen-

te del pueblo que saliese para los recebir, ó guiar al combate del real. Los del exército Romano comen-
21 záron á matar en ellos, y á derrocar quantos venian en el principio: de manera que sentidos ser adversarios, luego todos ellos con gran alarido trabáron la pelea como mejor podian, no viendo con la tiniebla de la noche quanta mas gente fuese la de Neyo Scipion, ni teniendo señal como fuera menester, para que despues de revueltos pudiesen conocerse ni mirar unos por otros: lo qual traian muy al contrario sus enemigos, á quien los Capitanes Romanos habian dado pocas horas ántes una cierta palabra que hablasen al tiempo de se juntar. Esta señal decian Tesara
22 los Romanos: y no teniendo la tal astucia los Jaqueses, necesariamente se mataban unos á otros, y así con igual daño como los de Scipion hacian en ellos. No tardó mucho que la luna comenzó de salir, con cuyo resplandor, y con la blancura de la nieve que casi lo doblaba, pudiéron estos tres mil montañeses entender á lo claro ser mas de diez mil hombres aquellos con quien peleaban: y sintiéndose cercados de todas partes, y que ya tambien los mataban por la rezaga como por los lados y delantera, dado que resistiesen hasta lo postrero de sus fuerzas, no bastáron á tanto que no fuesen derrocados y muertos mas de dos mil dellos.
23 Los otros, dexadas las armas, y puestos en huida, se derramáron en cabos y lugares donde creian guarecer, ó donde creian curarse de sus heridas, ó repararse de la mala fortuna que siempre los vencidos llevan don-
24 de quiera que van. Con esta victoria Neyo Scipion dió vuelta para su real, y hallólo como lo dexo, sin acometimiento, ni combate, ni con otra mudanza que los cercados hubiesen tentado: porque Amusito no viniendo los Jaqueses á la postura señalada, retuvo su gente dentro del pueblo, rezelando lo que podia ser en alguna desgracia no pensada: y así quando por la

ma-

mañana vió tornar las banderas Romanas sangrientas y feroces, con unos pocos de prisioneros atados, que traian entre sí, conoció bien todo lo sucedido, y comenzó de mirar en sus hechos mas atentamente que primero, para les dar el remedio que pudiese caber en ellos.

CAPITULO VII.

Como Neyo Scipion sosegó toda la tierra de los Catalanes rebelados, y los dexó pacíficos en su parcialidad, echando fuera de la region al Capitan Amusito que lo revolvia todo: y de los muchos trabajos y dificultades que los unos y los otros pasáron hasta concluir aquel negocio.

Bien creia Neyo Scipion que sabida la pérdida deste recuentro luego los cercados se le darian á partido, pues en aquella tierra no tenian ya gente de quien pretendiesen favor, ni tampoco del Capitan Cartagines lo podian esperar: el qual en esta sazon quedaba (segun decia) en Cartagena muy de reposo, y dado que desease venir á les socorrer, el invierno quanto mas iba hacia tan áspero, con tantas nieves, y tan continuas, que si Hasdrubal una vez entrase por aquella comarca, no seria posible caminar en exército reglado sino con infinito peligro. Mas esto mesmo que Neyo Scipion y sus confederados creian ser provechoso para rendírseles el pueblo, fué causa muy grande para que los enemigos perseverasen firmes y porfiados en no lo hacer, esperando tambien ellos que con la frialdad y tormenta de cada dia no durarian sus contrarios en el campo, ni sufririan las nieves que siempre caian, ni podrian venir mantenimientos al exército. Sobre las ta-

1

2

3

tales consideraciones andaba sin reposar Amusito, sosteniéndolos á todos, y diciendo quanto les convenia mostrar al presente, mejor que nunca, su valor, y que no se turbasen con la perdicion de los Jaqueses, pues tales fuéron siempre los acontecimientos de la guerra, donde súpitamente vienen los desastres, y súpitamente los remedios, y que la perseverancia con el buen denuedo de los hombres, vencia al cabo qualesquier inconvenientes que recreciesen á los negocios: por tanto que durasen constantes á tan justa causa como sostenian de su propia libertad, y del provecho de sus amigos, que quando no lo sospechasen, podria suceder algun aparejo con que los adversarios se desaviniesen unos con otros, ó si porfiasen en el cerco, lo qual no parecia posible muriesen todos con aquella frialdad, ó con otras enfermedades que desto suelen recrecer: y la braveza del tiempo los pararia presto tales, que se pudiesen aprovechar dellos á su sabor, y pagarles el daño de los Jaqueses: quanto mas que Hasdrubal era tan buen caballero, tan amigo de sus amigos, y tan deseoso de la guerra, que no tardaria de venir al socorro con toda su pujanza, quando supiese la necesidad que dél tenian, ó que los Romanos osaban
4 parar en el campo. Estas y otras muchas palabras derramaba cada dia por todos ellos Amusito, con que les hacia porfiar en sus trabajos: y para dalles á conocer que lo sentia como lo publicaba, señaló de su gente quantos le parecièron mas robustos y mas determinados, y salió con ellos á la parte del real una tarde que los Romanos andaban algo descuidados, y comenzó primeramente de pelear con algunos que tomó fuera de las estancias, llevándolos cogidos ante sí, dando lanzadas y golpes en ellos, hasta los encerrar dentro de los palenques, y segun ya parecia, trabajaban de saltar al otro cabo de las fosas, y meterse tras ellos,
5 como si fueran tantos los unos como los otros. La

qui-

quistion era mas peligrosa de temor y braveza, que del número de sus acometedores, tanto, que muchos Romanos andaban turbados en el real, dellos huyendo, dellos tomando sus armas para defender los baluartes y palizada: sobre la qual Amusito porfiaba de contino, lanzándole muchos manojos encendidos, y procurando quemar á todo cabo los ingenios y los reparos de las estancias, sin dexar cosa por hacer, hasta que Neyo Scipion sacó por un lado del real copia de gente que le tomasen las espaldas, y con lo restante de su multitud cargó muy furioso contra los de fuera, no sin pensamiento de podelles atajar la tornada, primero que se metieran en el pueblo, y matallos ó prendellos á su voluntad.

Y así fuera todo verdaderamente, si (vistos los que 6
primero saliéron) Amusito no se retraxera de presto bien concertado con su gente, dexando metido fuego sobre muchos ingenios de madera que los Romanos tenian hechos para lo combatir otro dia, puesto que la llama no les pudo mucho dañar, á causa de la nieve ser tanta que todo lo tenia cubierto. Cierto es que treinta 7
dias enteros quanto duráron en el cerco, nunca baxó la nieve de tres pies en alto, con la qual se recreciéron á cada parte muchos embarazos en lo que quisieran obrar: á los cercadores de no poder llegar á la muralla, ni salir fuera del real ni dar sus combates como deseaban: á los cercados en vedar al fuego que no destruyese los ingenios y palenques aquella vez, y tambien algunas otras que despues les acometiéron. Finalmente, 8
conocido por Amusito que Neyo Scipion perseveraba cada dia mas endurecido contra él, y que por nieves, ni frios, ni tempestades que viniesen no levantarian su cerco, mirando tambien que sus adversarios los Catalanes porfiaban en lo destruir, y que ningun remedio tenia para se defender, ordenó secretamente de salir fuera del pueblo, y huir á Cartagena donde Hasdrubal re-

si-

9 sidia. Esto hizo con intencion que si los cercados se rindiesen, pues ya no podian hacer ménos, dado que Neyo Scipion usase de clemencia con ellos, él habia de pagar por todos, pues era causa principal de no se ven-
10 cer hasta las horas postreras. En Amusito faltando, luego los cercados trabáron platicas con algunos Romanos, y brevemente se concertáron, y se diéron á partido, sacando sus vidas y haciendas libres, y toda la manera de vivir que primero tenian: la qual nadie les habia de perturbar, mas de recebir entre sí ciertas Capitanías Romanas que residiesen allí para los defender, y que diesen rehenes de seguridad, y pagasen para socorro de la gente mil y seiscientas libras de plata fina de las libras antiguas, que cada qual dellas tenia doce onzas de nuestro tiempo: por manera que montaban agora tanto como dos mil y quatrocientos marcos de plata, que valen, reducidos al precio de moneda, cinco cuentos y setecientos mil maravedís de la moneda menor Castellana, pues era la plata subida, cuyo marco se vende comunmente por dos mil y quatrocientos ma-
11 ravedís. Esto negociado, Neyo Scipion se vino para Tarragona, con propósitos de tener allí lo restante del invierno: donde llegado, repartió con gran liberalidad entre todas sus banderas, los intereses ganados en aquella guerra, no solo de los Acetanos postreramente vencidos, sino de los Ilergetes, y de los Jaqueses muertos y huídos, y de los otros pueblos que se confederáron, ó diéron á partido: con lo qual acrecentó la fama de bondad, y ganó de nuevo las voluntades á todos los Catalanes, para le seguir y servir, y para hacer
12 en quanto les pusiese toda su posibilidad. El fardage del exército metiéron en Tarragona: la gente Catalana caminó cada qual á su naturaleza, muy satisfechos y con-
13 tentos. Los Romanos pocos dellos quedáron en la ciudad, por ser á la sazon Tarragona pueblo pequeño: los mas fuéron aposentados en el campo dentro de su real,

guar-

guarnecidos muy bien con tendejones de cuero, y con ramadas y chozas, y con otros amparos pertenecientes á la defensa del frio, que ya no lo hacia tan recio como los pasados, á causa que las comarcas de Tarragona son y fuéron siempre de su natural calientes y fértiles, y témplanse mucho mas con tener vecina la mar, que siempre mejora las tierras, y lás abriga quando le caen cerca.

CAPITULO VIII.

De las señales maravillosas que pareciéron en aquellos dias entre los Españoles, y por otras partes diversas: y como los Cartagineses, turbados con tales visiones, sacrificáron muchos niños á sus ídolos para los tener aplacados, y quisieran tambien sacrificar al hijo de Hanibal y de Hamilce su muger, y lo que desto sucedió por España, y en Italia.

Puestos los negocios en aquel ser, nadie podia determinar qué salida tendrian estas pendencias tan enojadas y tan crueles, comenzadas en tantas partes y con tanto rancor, mayormente que por estos mesmos dias parecian acá grandes señales, con que las gentes andaban turbadas y descontentas. Oyéronse bramidos en el ayre temerosos y tristes: oíanse golpes de pelea, como que gentes no sabidas batallasen en las nubes: á muchos parecian fantasmas monstruosas, algunas fuentes manáron sangre por diversos arroyos, y corrientes de las que primero traian. Hubo bestias que pariéron cosas monstruosas y muy extrañas. Algunos animales de hembras se torniáron machos, y tambien otros de machos en hembras: lo qual ya diversas veces ántes y despues aconteció por el mundo. Largo seria de contar los espantos que sucediéron en muchos pueblos y ciudades Italianas, y los que tambien parecian en Africa, y en Sicilia, y en Cerdeña, y en todas las partidas, á quien

quien esta guerra tocaba, cuya relacion y memoria
6 declaran muchos Autores por sus libros. En Roma se hacian cada dia plegarias y diligencias muy solemnes, como lo tenian de costumbre quando semejantes muestras acontecian, para que si las tales denotaban alguna desdicha, sus Dioses la desviasen, y la trocasen en bien.
7 Los Cartagineses no cesaban por Africa y por España de sacrificar toros, y vacas*, castrones, y carneros en gran multitud, á semejante fin que los Romanos. Habia persona dellos que sajaban parte de sus cuerpos, y derramaban su sangre, movidos por consejo de sus religiosos y sacerdotes, que certificaban (inducidos del enemigo malo) ser aquella sangre sacada por ellos mesmos, cosa muy apropiada para tener contentos y favorables á sus ídolos y demonios: y verdaderamente tal debia ser, qual ellos creian, aquella bestial cerimo-
8 nia. Poco despues como la rehierta presente fuese mayor y mas terrible que nunca tuvo Cartago, de quien dependia toda su felicidad, ó su total perdicion, acordáron los Gobernadores Cartagineses de renovar en aquella necesidad los sacrificios antiguos del Dios Saturno, de los quales tocamos algunos apuntamientos
9 en los quarenta y dos capítulos del segundo libro. Eran estos sacrificios de Saturno tan subidos y graves, que jamas los hacian sino por cosas de grandísima calidad.
10 Sacrificaban en ellos mancebos, y niños, los mas bien figurados y hermosos que hallaban, echando suertes donde quiera que los hubiese dentro del Señorío Car-
11 tagines. La suerte hacian en esta manera. Ponian en copia todos los hijos de los nobles, cada qual por su nombre particular, y destos apartaban solos diez nombres primeros en una caxa, para sacar uno dellos á tiento sobre quien viniese la suerte, y el tal sorteado quedaba para sacrificar, y lo degollaban y quemaban sobre
12 sus altares. Luego tornaban á los diez siguientes y sacaban otro por la mesma regla, y así procedian de diez

en

en diez apartando cada vez uno, hasta fenecer la nómina. Quiso la desdicha que de los nombrados en España cupo la suerte sobre Haspar, el hijo de Hanibal, 13
niño pequeño que no tenia dos años cumplidos: porque (segun ya diximos) largos dias ántes habian los Españoles tomado de Cartago la tal supersticion. Los sacrificadores acudiéron á la ciudad de Cazlona, donde re- 14
sidia Himilce, madre del niño, muy acompañada de matronas Cartaginesas, para se lo pedir, y hacer en él aquella crueldad que hacian en los otros sorteados. Pe- 15
ro la madre no lo quiso dar, ántes mostró grandes alborotos en esta demanda, diciendo ser desvarío tal sacrificio, pues los Dioses inmortales eran amigos, y no contrarios á los hombres, piadosos, y no crueles, ni sangrientos, favorecedores suyos, y no destruidores, y que desto procedia toda su divinidad y bondad: la qual, si bien lo miraban, era cosa tan amigable, tan mansa, tan junta con las gentes humanas, que ninguna podia ser tanto. No cureis, decia Himilce, de porfiar en esto, 16
pues quando mas no fuere posible, yo tengo de ser la sacrificada primero que mi hijo. Vista por aquellos sacrificadores la contradiccion desta señora, hiciéronlo saber á los Gobernadores y Príncipes de Cartago: los quales tuviéron muchas porfias y pareceres en lo que se debia determinar, porque Hanon, cabeza mayor en el bando de los Edos, contrario de los Barcinos, pedia con gran eficacia la muerte del niño, pues los otros nobles Cartagineses habian entregado los suyos, y casi todos eran ya sacrificados y quemados. Poníales delan- 17
te, que si dexasen faltosos aquellos misterios de Saturno, les vendrian desdichas y peligros en esta guerra con Roma, como ya tenian experiencia, que muchas otras veces en otras pendencias no tan calificadas les habian sucedido, por no los haber acabado perfectos y cumplidos. En conclusion, que despues de muy altercado se 18
resolviéron todos en señalar Embaxadores al Capitan

Hanibal, remitiéndole de dos cosas: la una, quál tuviese por mejor, ó contradecir la suerte de su hijo, como ya diximos, ó perder el favor de los Dioses inmortales, de quien esperaban toda su buena ventura: sobre lo qual determinase lo que mas bien le placería.

19 Muchos imaginaban que con aquella dilacion la vida del niño quedaria salva, sino Himilce su madre, que temblaba de miedo, creyendo que Hanibal (segun la grandeza de su corazon) lo mandaria luego dar sin alguna

20 pesadumbre. Los Embaxadores metidos á la mar, y poco despues aportados en Italia, halláron al Capitan Hanibal residente sobre las comarcas de la ciudad que llaman agora Perosa, junto con un lago que por causa della se nombra tambien Lago de Perosa: los antiguos

21 le decian Lago de Trasimeno. Sus exércitos andaban al presente valerosos y lucidos, robando, quemando, y asolando quanta campiña halláron entre la villa de Cortona y el mesmo lago, puesto que quando sus banderas llegáron aquí, venian fatigadas y deshechas, á causa que pocos dias ántes pasando ciertos montes llamados Apeninos, y despues un otro rio grande que corre por Pisa y por Florencia, padeciéron tan estremados frios, que muchos hombres, y muchos caballos, y casi todos los elefantes, muriéron con tempestad y con humedades excesivas: y perecieran muchos mas, si los Españoles del exército no tomaran la delantera, para romper los caminos, y mostrar ánimo con que los

22 otros no desmayasen. Al mesmo Hanibal halláron los Embaxadores Cartagineses con un ojo ménos, que perdió tambien allí del humor y frialdad incomportable: pero sus victorias pasadas lo traian tan ufano, que me-

23 nospreciaba todas aquellas pérdidas. Recolígese de lo sobredicho, que cotejando los temporales en España con los pasados en Italia, quando se hacian estas cosas acá y allá, el invierno presente fué demasiadamente frio por ambas regiones, mas que ninguno de los traseros,

ni

ni de los siguientes. Llegados los Embaxadores Carta- 24
gineses en Italia, despues de ser muy bien recebidos, y
dada la salud acostumbrada de parte de su República,
manifestáron la mensajería por las mesmas razones que
ya diximos. Hanibal entendió luego ser los intentos de 25
la proposicion discrepantes de lo que sonaban las pa-
labras: pero como declarasen que la Señoría Cartagi-
nesa le remitia la determinacion á su querer y voluntad,
trabó desto para responder cautelosamente, publican-
do muchas alabanzas y agradecimientos á toda la Se-
ñoría, por haber igualado su parecer dél con el favor
que pretendia de los Dioses inmortales: lo qual enten-
dia agradecer y servir de noche y de dia, quanto la vi-
da le bastase, dirigiéndole todas sus victorias y conquis-
tas. En el hecho del niño, dixo que Cartago lo debia 26
conservar, y tener en gran precio, pues era la cosa
principal á quien tambien él enderezaba todas sus espe-
ranzas y pensamientos, para lo dexar sucesor en sus
armas y guerras, y para que favorecido de sus parien-
tes en España sostuviese lo que Hanibal podria ganar,
y conquistase de nuevo lo que le dexaria comenzado,
que bien esperaba, si Dios le diese vida, que lo sabria
hacer, segun la generosidad y grandeza de sus progeni-
tores: en lo demas, si los Príncipes Cartagineses ha-
bian rezelo que la sangre de los otros niños y mance-
bos sacrificados no bastaban á tener aplacados sus Dio-
ses, prometia de muy en breve derramar tanta sangre
Romana, que pudiese recompensar y suplir qualesquier
faltas en aquella cerimonia cometidas. Y verdaderamen- 27
te lo cumplió como dixo, porque no tardáron mucho
de venir mensajeros en España, que decian haber Ha-
nibal peleado tercera vez contra los Romanos en ba-
talla campal, y ganádola con maravillosa victoria, cer-
ca del mesmo lago Trasimeno de Perosa, donde ma-
tó casi la flor de sus enemigos. Y porque ninguna co- 28
sa faltase para ser el vencimiento perfecto, decian tam-

bien haber dado poco despues en otros quatro mil Romanos de caballo, que venian á recoger los vencidos, y que todos ellos y su Capitan, llamado Neyo Centro-
29 nio, se perdiéron. Mas este recuentro postrero como quiera que pareciese desventura grande, no lo sentian en comparacion de la batalla principal, que fué de las reñidas y brabas que se peleáron en aquel tiempo, donde muriéron pasados de quince mil Romanos, con su Capitan General, Cónsul y Gobernador en aquel año, que decian Cayo Flaminio, sin otros tantos rendidos á prision, como dice Polibio, muy destrozados y heridos: por manera, que de tan gran exército quanto Roma pudo juntar, nadie quedó por destruir, sino fué-ron diez mil hombres que trabajosamente llegáron á
30 Roma divididos en diversos caminos. Otros seis mil hombres huyéron á los montes, contra los quales Hanibal decian haber despachado luego sus Capitanes, y
31 se creia que los habrian ya tomado. No vino habla ni cosa peor, ni pérdida mas importante, ni que mayor daño pudiera traer á los negocios Romanos en España, si Neyo Scipion no los conservara prudentemente: y así con esta destruicion reposáron algun dia por allá los unos y los otros, y tambien tuvo fin el invierno del año sobredicho.

CA-

CAPITULO IX.

Como Neyo Scipion envió á pedir á la Señoría Romana bastimento de gentes y de vituallas, para continuar la guerra de España contra los Cartagineses: y del aparato grande que tambien Hasdrubal Barcino comenzó de hacer en estos dias, así por la mar, como por la tierra, para venir á pelear desde Cartagena con Neyo Scipion.

Comenzados los principios del verano siguiente, 1
quando se contaban docientos y catorce años primero que nuestro Señor Jesu-Christo naciese, Neyo Scipion Calvo hizo mensage particular á los Cónsules Gobernadores Romanos con una fusta ligera, dándoles informacion de necesidades que tenia su gente, particularmente la Romana que con él hubo pasado, la qual estaba mal bastecida de vestidos, y camisas, y calzado, y mucha della desguarnecida de sus armas, para que lo proveyesen presto, juntamente con alguna xarcia de velas, y cuerdas, áncoras, pez, y betume, para reparar los navíos. Dixo tambien faltalle mantenimientos de 2
pan, aceytes, y vino, de que no podia tener tal abundancia, qual seria menester, á causa que la region principal donde se bastecian á la sazon, era solamente de los lugares puestos en la marina, sin tocar en las otras comarcas Españolas, metidas en la tierra: y aquella provincia, con tener poco término, y ese dañado, por el asiento de la guerra que sostenia, no les podia bastar, ni se podia grangear, ni los Españoles sus moradores eran al presente tan avisados que hiciesen provisiones de tiempos á tiempos: y dado que las hicieran,

ran, no queria Neyo Scipion agraviarles, ni serles enojoso tomándoselas, ni le cumpliera hacerlo si no queria perderse. Iten, los Capitanes Romanos, y casi los mas de su gente, con estar acostumbrados en las viandas Italianas, habian enfermado, por mudarlas en España; lo qual era menester remediar, y convenia que se curasen y reparasen para traer el exército desenvuelto, contento y alegre, tal que pudiese comportar los tra-
3 bajos de la guerra venidera. Estos fuéron los apuntamientos principales que demandaba Neyo Scipion, y la Señoría Romana comenzó luego de mirar en ello, quanto su turbacion y necesidad sufrian, mandando juntar algunos navíos de carga, y bastecellos de la municion y vituallas que hallaban en su ciudad, para los traer en España, puesto que los daños pasados en las batallas y recuentros ya contados, y los aprietos que cada dia recebian del Capitan Cartagines los traian tan fatigados y gastados, que no se podian valer: y tenian asaz que remediar en Italia, sin venirles de fuera nueva congoja: pero vian manifiestamente que sobre todas sus fatigas era necesario conservar y sostener las cosas en España, con igual diligencia que las mesmas Italianas, y vedar que Cartago no tuviese por allí la tierra libre para dar calor y favor á sus exércitos, de gente, ni de los otros buenos aparejos que sobraban acá, y así bastecian los navíos á furia como Neyo Scipion lo
4 pedia. Entretanto que pasaban estos negocios, Hasdrubal Barcino proveia con gran solicitud y gran aparato desde Cartagena todo quanto le pareció menester para venir á pelear con Neyo Scipion, y para lo meter en
5 quanta revuelta pudiese. Ya tenia consigo muchos Españoles y muy bien armados, dellos que viniéron cogidos á sueldo, dellos que le diéron los pueblos de su parcialidad, como fuéron los Andaluces Turdetanos, y los Oretanos, moradores en la comarca de Jaen y Baeza, algunos Carpetanos eso mesmo del reyno de To-

le-

ledo : muchos tambien del reyno de Murcia , y Valencia , con otros cercanos y confines á la boca del rio Ebro : los quales venidos en Cartagena , como fuéron juntos ellos y los otros Africanos de las banderas viejas , pasaban todos de veinte mil combatientes maravillosamente puestos en órden. Hizo tambien Hasdrubal 6
renovar en la flota diez galeras crecidas de velas , y cuerdas , áncoras , remos , y remadores , para que nuevamente metidas en el agua , se llegasen á las otras ordinarias que le dexó su hermano Hanibal , armadas y bastecidas en guarda de la costa : y si destas ordinarias halláron algunas abiertas , ó maltratadas , mandólas calafetear , y bruñir , y brear de nuevo , por tal manera, que la flota quedase firme sin algun escrúpulo , hasta número de quarenta velas mayores , ó quarenta y siete , como dicen otros libros , en que metió quantos Africanos y Cartagineses de guerra cupiéron , por ser aquellos mas acostumbrados á las peleas de mar , y navíos de remo , que no los Españoles : de los quales Africanos y sus navíos hizo Capitan General un caballero Cartagines nombrado Himilcon , persona de buenos deseos , y de buen juicio para qualquier negocio. Allende 7
las galeras arriba dichas viniéron catorce naos gruesas de carga , llenas de mantenimientos y vasijas, ropas , calzados , y toda vitualla bastante para sustentar el exército : dentro de las quales metió tambien Hasdrubal mucha parte de sus tesoros y riqueza , para la paga de los que tomaban dinero por sus gages , y los marineros que las traian enviáron en favor de Cartago los Andaluces comarcanos al estrecho de Gibraltar , llamados Tartesios. Así que recogidos en uno todos ellos , bien 8
concertados , y muy alegres saliéron de Cartagena por mar y por tierra , quando principiaban los meses del estío del año presente , llevando su derrota guiada sobre la vuelta de Levante , contra la marina de Cataluña , juntos los navíos á la costa lo mas que podian , y fron-

frontero dellos Hasdrubal por la tierra, con sus batallónes á pie y á caballo, tan á vista los unos de los otros, que siempre se reconocian y trataban, y todos mostraban gran determinacion de romper con los Romanos en qualquiera parte que se topasen.

CAPITULO X.

Como la flota del Capitan Hasdrubal Barcino se puso sobre la boca del rio Ebro, y Neyo Scipion vino tambien allí con sus galeras y navíos: y pasáron todos en la mar una batalla muy hazañosa de la qual hubiéron los Romanos y sus parciales la victoria, ganando casi todas las galeras Cartaginesas.

1 Avisado Neyo Scipion Calvo, los dias ántes del aparato que sus enemigos hacian para venir á él, y sabido poco despues que ya todos ellos movian de sus aposentos á lo buscar, consideraba mucho la manera
2 que debiese tener en aquel trance. Primeramente fué su determinacion salir á ellos lo mas en órden que todos pudiesen, y con la flota por un cabo, y con el exército por otro, darles batalla campal de mar y de tierra, pues los Cartagineses parecia que la pedian
3 así. Pero como despues tuvo noticia de las grandes ayudas Españolas que traian, no quiso venir á la pelea de tierra, temiendo la ventaja notoria que le tendrian: y por esta razon escogió prestamente de todas sus banderas las personas que le pareciéron mas hábiles, y mas acostumbradas á pelear en navíos, y se metiéron él y ellos en treinta y cinco galeras Romanas, las mayores y mas fuertes de su flota, con que movió desde Tarragona contra la parte donde los Cartagineses venian.
4 Aquel dia paráron cinco leguas, ó poco mas de la boca del rio Ebro, metidos en un estancia no léjos de tierra,

ra, que parece ser aquella donde hallamos agora la punta que dicen en el Col de Valaguer: desde la qual enviáron dos vergantines Marsellanos, para que descubriesen la mar, y procurasen de sentir donde quedaban los enemigos, confiando que lo harian estos de Marsella mejor que nadie, por la fe grande que siempre tuviéron al pueblo Romano. Salidos los vergantines, y reconocida muy bien aquella costa diéron presto su vuelta, certificando que las galeras y navíos Cartagineses quedaban metidos por la boca del rio Ebro, sino fuéron las naos gruesas del Andalucía, cargadas de municion ó vitualla que se rezagáron una legua mas al Occidente, sobre la mesma costa de mar, y que la gente de tierra tenia sus reales allí cerca tambien sobre la ribera, sin pensamiento ni rezelo de hallar enemigos tan cerca. De suerte, que Neyo Scipion se regocijó mucho con estas nuevas, y deseando ponerles temor, y destruirlos ántes que ninguna cosa sospechasen, mandó muy de presto levantar las áncoras: y metidas quantas velas traian á la par, enderezó su camino determinadamente contra los enemigos. Habia por aquellos tiempos en la marina de España muchas atalayas, ó torrejones altos: parte de las quales dexó hechas Hanibal, y parte dellas tenian primero los Españoles edificadas, así por allí, como por dentro de la tierra: no solo para resistir á los cosarios y ladrones forasteros, sino para dar avisos, y hacer señas á los pueblos comarcanos de unas en otras quando fuese menester. En algunas destas habian puesto gente Cartaginesa, que diéron aviso desde léjos como venian los Romanos y muchos, pero no declaraban si venian por mar, ó por tierra: con lo qual duráron gran espacio del exército confusos y mal determinados en lo que debian hacer, y se comenzó gran alboroto dentro del real, primero que por la flota, no pudiendo persona dellos ver ni sentir el estruendo que traian las galeras contrarias, ni

5 6 7 8

la vocería de los remadores, á causa de las cumbres y
9 cerros puestos en ribera que los encubrian. Mas el buen Hasdrubal Barcino como fuese maravilloso Capitan, y viese que toda su gente de mar andaba fuera del rio, holgándose los unos con los otros, y que no sospechaban cosa ménos que pasar aquel dia batalla, ni ver hombre Romano, derramó luego gente de caballo por todo cabo, para que los hiciesen recoger á los navíos, y les mandasen tomar sus armas y poner á punto de pelea, certificándoles que sin duda venian muy
10 cerca los enemigos. Esto les mandaba con mensajeros contínos que llegaban unos tras otros, y poco despues llegó tambien él, con toda la fuerza del exército, formados sus esquadrones, dando nuevamente la priesa que podia, de manera todos andaban negociados y diligentes, arrojándose los remadores y los soldados Africanos en las galeras todos mezclados, y revueltos con tanta desórden y confusion, que parecian mas lle-
11 gar huyendo, que venir á pelear. Despues de metidos en la flota, los unos afloxaban maromas para levantar áncoras, otros quando las hallaban muy presas, por no se tener en sacallas cortaban los cables con que venian asidas, otros desplegaban velas, otros aparejaban
12 cuerdas y remos, y los ponian donde faltaban. Por una parte la gente de pelea daban estorbo para que los marineros no se desenvolviesen como fuera menester, queriendo tomar ellos lo necesario de sus armas, y venir á las galeras en los lugares convenientes de la defensa: por otra parte los marineros impedian á los pe-
13 leadores con el bullicio que traia. De manera, que la turbacion de todos se causaba del embarazo de sí mesmos, como de ver los Romanos á ojo: los quales en estas horas no solo tomaban ya la boca del rio, pero hallábanse tan cerca, que comenzaban á revolver las puntas ó proas de sus navíos, para dar en los Africanos, haciendo señal de batalla con sus bocinas y trom-

trompas. Como los Cartagineses esto sintiéron, alzan 14
tambien ellos de presto sus remos: y llegadas en uno las galeras, envisten con los enemigos tan valientemente, que (segun dice Polibio) pareciéron al principio tener alguna muestra de victoria: porque siendo muchos en cantidad, y trayendo los navíos muy juntos, bastaba para los hender ni dividir. Neyo Scipion estaba 15
denodado quanto se puede decir en la galera capitana, favoreciendo sus Romanos con voces y muestras, y con todas las diligencias posibles: y tanto bien lo hiciéron ellos, y tanto firmes andaban en todo cabo, que despues de pasada la primera furia, no quedáron los Cartagineses tan libres, que finalmente no perdiesen dos galeras muy fuertes de las que llegáron delanteras, y no les echasen á fondo quatro las mejores de su flota: con lo qual manifiestamente la parte Romana se comenzó de mejorar. Y puesta mayor vehemen- 16
cia sobre las otras galeras que venian cercanas, á poco rato las apartáron, y les hiciéron dar vuelta huyendo contra la ribera del rio: donde fué sin remedio su perdicion, á causa que las unas encallaban por el arenal, otras hendian y desmembraban las armazones baxas, y toda su gente saltaba por el agua, dellos á nado, dellos á pie, trabajando por se venir al exército de tierra. Los 17
Romanos, dado que viéron al Capitan Hasdrubal apoderado sobre la ribera con toda su gente, muy apercebida para recudir el donde fuese menester, no por eso rezeláron de seguir á los que huian en el agua, conociendo su mucho temor y desconcierto, con que ya no se les podian defender. Y así hecho gran daño por ellos, 18
revolviéron luego sobre ciertas galeras que se les apartáron en un lado: las quales andaban enteras y juntas, y parte dellas volteaban ya metidas en alta mar, desviadas buen trecho de la pelea, caminando con velas y remos á quanta priesa podian: y las otras restantes que

serian hasta número de veinte, quériendo hacer lo mesmo, fuéron atajadas y rendidas primero que se pudiesen engolfar, sin escaparse ninguna dellas, y atadas las unas y las otras en la popa de las galeras Romanas, saliéron todas del rio con increible favor de tan subido vencimiento; mirándolas Hasdrubal y sus exércitos, sin bastar á les poner algun remedio, ni saber que hacer, mas de ver á sus ojos como se las llevaban. Esto fenecido, Neyo Scipion enderezó luego su flota por aquella ribera mesma, contra la parte donde quedaban rezagadas las naos gruesas de los Andaluces Tartesios, para las combatir ántes que supiesen lo pasado con las gale-
19 ras. Y como quiera que tambien Hasdrubal habia dado mensage con algunos de caballo, mandándoles que sin detenimiento levantasen áncoras, y metiesen velas, y no parasen hasta se poner en salvo: pero los Romanos asomáron ántes que lo pudiesen hacer, con la presa
20 de sus navíos. Y como los Andaluces consideráron tanto número de galeras tomadas, y reconociéron la victoria, desamparáron sus naos, y quanta riqueza tenian, y sin curar otro negocio, se metiéron á la tierra por donde mejor podian, temiendo que si Neyo Scipion llegaba, serian todos captivos y puestos al remo
21 de las galeras. Algunos dellos caminaban á sus tierras por huir la crueldad y mal tratamiento de los Cartagineses: otros viniéron á las tiendas del Capitan Hasdrubal, para le dar sus disculpas y satisfaccion en lo su-
22 cedido. Mas ninguna cosa les aprovechó quanto decian en este caso, porque Hasdrubal se mostraba tan enojado, que nunca los quiso recebir, ni mirar, ultrajándolos de palabra, cargándoles ambas culpas, así de la perdicion de sus galeras, en haberlas dexado solas como despues en haber desamparado las naos, y municion, y tesoros: y certificaba que se lo pagarian tan pagado, quanto nunca hecho semejante se pagó, como perso-

nas

nas de quien tenia sospecha grande que traian inteligencias con Neyo Scipion, en su perjuicio dél, y de la Señoría Cartaginesa.

CAPITULO XXI.

Como la Señoría Romana, sabida la victoria de España, comenzó de tratar en Italia con los Españoles del exército Cartagines, para que se mudasen al campo de sus Cónsules Romanos, prometiéndoles gran remuneracion si lo hacian. Y como Neyo Scipion acometió por acá muchas buenas cosas en la mar, sin tener quien se lo vedase ni resistiese.

Muy calificada cosa fué la buena fortuna desta victoria, tanto por haber acontecido con poco daño de los Romanos, y ganádose ligeramente, como por no quedar en la parte Cartaginesa navíos que pudiesen al presente volver á la mar, y sus enemigos traer absoluto señorío sobre toda la costa: los negocios en Italia parece que tomáron desto muy gran aliento, porque los Cónsules y República de Roma quando supiéron aquella nueva comenzáron á tratar secretamente con los Españoles que Hanibal traia consigo, como lo dexasen, y se viniesen á ellos, porque ya se conocia ser estos allá la mejor parte del exército Cartagines. Y como quiera que su buena fama durase desde los años ántes, quando sostuviéron la pendencia de Sicilia contra la Señoría Romana, gobernados por el gran Hamilcar Barcino, como ya lo contamos en el quarto libro: pero confirmóse de nuevo su crédito, despues de pasados en Italia con Hanibal, quando se diéron las tres batallas del Tesin y de Trebia, y del lago de Perosa, donde fué gran cosa su hecho. Y mas adelante mostráron otro tal en un recuentro muy peligroso que tuvo con ellos un Capitan de los mesmos Romanos,

1

2

3

nos, llamado Quinto Fabio Máximo, nuevamente señalado para regir estas guerras: el qual habiendo ganado cierto paso muy áspero por donde los Cartagineses caminaban, comenzó de pelear con ellos un dia por la mañana tan denodadamente, que ya les llevaba de vencida todos sus caballos ligeros, si los Españoles no sobrevinieran contra él, y llegados, no le hicieran dar vuelta huyendo, hasta lo meter en su real, con daño de gente que le matáron, sin perder ellos ni un hom-
4 bre solo. Tito Livio dice ser la razon deste vencimiento, tener los Españoles mucha costumbre de tratar en su tierra, desde que nacian, lugares fragosos y pedragales, semejantes á la parte donde batalláron aquel dia, siendo los Romanos usados á pelear en campo raso.
5 Pero yo, dado que reciba de buena voluntad aquellas excusas, por darlas Tito Livio, bien sé que muchas personas burlan dellas quando las topan en autor de
6 tanta gravedad. Así que consideradas estas hazañas, con muchas asaz en que se probaban unos y otros de contino, creian los Cónsules y Gobernadores de Roma, que pudiendo traer los Españoles á su campo, solo con ellos
7 destruirian el de Cartago. Dióles entrada para lo tentar, allende los buenos hechos acontecidos en España, saber que tenian algun descontento de su Capitan Cartagines, en agravio que dél recebian, tornándoles alguna presa de sus aventuras, y no les pagando los gages ordinarios tan á tiempo ni tan cumplidos como solian: lo qual prometió la Señoría Romana de les mejorar con el doblo, y darles antemano quanto sueldo les debie-
8 se Cartago. Prometian mas, si pasaban á su campo como se lo rogaban, que Neyo Scipion Calvo miraria cuidosamente por sus parientes, y haciendas, hijos y mugeres en España, pues ya muchos pueblos della se venian á él, y lo seguian y reverenciaban, sin curar
9 de la parte Cartaginesa. Diéron junto con esto relacion abundosa de la victoria reciente del rio Ebro, con las

otras

otras ganadas ántes que no sabian ellos. Y moviéron 10
tanto las informaciones desto, con los premios y gran satisfaccion contenidos en sus ofertas, que los Capitanes Españoles con quien se platicaba, dado que no se determinasen al presente de lo hacer, ni respondiesen con la blandura que Roma deseaba, no dexáron el negocio desconfiado, ni sin esperanza de poder otra vez hablar en él, que fué gran ocasion para despues los Romanos llevarlo mas adelante. Por estos mesmos dias 11
quando las tales diligencias andaban allá muy encendidas y trabadas, las de por acá no traian ménos calor. Hasdrubal, puesto que vido su flota perdida, quisiera 12
mucho proseguir la jornada comenzada, para con el exército de tierra dar en Tarragona y en sus comarcas, y vengar allí los daños recibidos en la mar: y pudiéralo bien hacer, segun quedó poderoso, si Neyo Scipion, como discreto caballero, no pusiera de presto buena guarnicion en la ciudad, y con la mesma presteza no basteciera de muy buenos hombres quantas galeras habian tomado de la gente que le diéron sus amigos, con intencion de correr la mar á su placer, pues ya no tenian contradictor, y llegarse la vuelta de Cartagena para sentir lo que hallaria por allí, pues tambien era la ciudad principal donde los Africanos tenian sus asientos y residencia. Luego como tuvo las galeras apa- 13
rejadas, comenzó su viage con buen temporal, pasando la boca del rio Ebro, á vista del sitio donde se dió la batalla, y no muchas leguas adelante saltáron todos en tierra sobre cierto pueblo que solia ser en aquella region, á quien decian Honosca, parcial y confederada con el bando Cartagines: y como la debiéron tomar de sobresalto, despues de muy combatida, fué de todo punto ganada y robada, y asolada por tal manera, que con estas guerras continuas y brabas que duráron hartos años en aquella tierra, nunca se pudo jamas tornar á poblar: y parece ser así, porque fuera deste tiempo

que

que tratamos agora, no hacen alguna memoria della los Coronistas antiguos, ni los Autores de Cosmographía que tenemos al presente.

CAPITULO XII.

Del combate que Neyo Scipion y sus gentes acometiéron en la Ciudad de Cartagena, y en Iviza, y en otros lugares de las marinas Españolas que seguian la parte Cartaginesa: los quales fuéron socorridos por el Capitan Hasdrubal Barcino, con tal solicitud y presteza, que despues nadie bastó para los empecer ni hacer otro perjuicio.

1 Con la pérdida deste lugar Hasdrubal Barcino recibió gran alteracion, y sin mas detenimiento movió sus banderas camino de Cartagena, temiendo que Neyo Scipion la querria tentar y hacer el daño que pudiese: mas la flota Romana traia tan buenos avisos por mar y por tierra, que supo con tiempo todos aquellos movimientos: y recogida su presa de Honosca, tornó toda la gente muy en salvo para las gale-
2 ras, y siguiéron el viage que primero traian. Hasdrubal apresuraba tambien su jornada: mas no pudo caminar tanto por tierra con tan grueso campo, que primero hartos dias los de Neyo Scipion no llegasen, y se desembarcasen otra vez, y se derramasen por el circuito de Cartagena, haciendo cruel destruicion en todos sus contornos: donde tomáron crecida suma de ganados, que los hubo siempre muchos y buenos en aquella provincia, como tambien agora los tiene: con lo qual todas las personas que solian residir en cortijos, y grangerías, y casas de placer, y lugares algo mayores, huian á la ciudad y dexaban la tierra yer-
3 ma. Los Romanos, conocido tal aparejo, determináron ántes que se les acercase Hasdrubal y su gente de re-

reconocer la ciudad, para ver si la podrian combatir. Y con esta determinacion viniéron una noche muy ca- 4
llados hasta cerca del muro, que nadie los pudo sentir, y comenzáron á meterse por el arrabal, apoderándose de todas sus calles y de las entradas principales que tenian, juntamente con los otros pasos fuertes del campo. Pero no lo pudiéron hacer tan secreto, que los ciudadanos, oidas las voces en el arrabal, y vistos los destrozos pasados en la campiña, considerado tambien que la flota contraria perseveraba volteando por allí cerca, no sospechasen luego lo que podia ser: y todos acudiéron con sus armas á defender el muro valientemente. Mucho rato duró que ca- 5
da qual hacia su deber en perjuicio de sus enemigos: mas al cabo viendo los de fuera que no tenian aparejos ni pertrechos para dar combates, y que la resistencia de dentro crecia siempre, pusiéron fuego por quantas partes podian en el arrabal, y salidos afuera, con el mesmo concierto que primero traian, se volviéron á su camino; y allí, si quedáron algunas cosas por destruir y robar en el campo, lo tomáron sin contradiccion, y con ello se metiéron á la mar contentos y satisfechos de la buena presa que llevaban. Pues- 6
tos en las galeras, parecióles todavía tener algun espacio para correr mas adelante, porque sus espías certificaban que los contrarios quedaban léjos, y dado que caminasen á furia, no llegarian tan presto. Y así co- 7
menzáron los Romanos á costear de nuevo la marina como solian, y disimulando primero, como que ya no tuviesen donde parar ni que hacer, un dia súbitamente saltáron en otra villa, nombrada Longutica, poblacion importante de Cartagineses, que presumen algunas personas de nuestro tiempo ser la que decimos hoy dia Guardamar, situada sobre la boca del rio Segura, mas oriental que Cartagena nueve leguas. Pero como no traian argumento legítimo de su pre- 8

sucion, yo no podria certificar lo que dicen estos; ántes hallo motivos para sospechar que no lo fué, pues el intento de Neyo Scipion era dexar trasera quanto pudiese la gente del Capitan Hasdrubal Barcino, que venia desde Cataluña, para hacer él á su salvo lo que pudiese, llevando siempre sus navíos Romanos delanteros: y si desde Cartagena volviera contra la parte de Levante, como cae Guardamar, parece que tornaban á él ó que le salian al camino: de manera, que por buena razon el pueblo de Longutica debió de ser en aquel tiempo diverso de Guardamar, y no muy alejado de Cartagena contra la vuelta de Poniente: del qual y de su postura no dan relacion los Autores Cosmógraphos, Griegos ni Latinos, ni le podriamos al presente señalar en otra cosa cierta mas de tener por averiguado que pereció con la mudanza de los tiempos, y que venidos allí los Romanos, halláron gran provision de sogas, y cables, y maromas esparteñas, que los dias ántes Hasdrubal habia labrado para sus flo-
9 tas. Del esparto mesmo cogido y curado, sin poner en obra, halláron crecida multitud, y Neyo Scipion tomó del todo lo mejor quanto fué menester á sus galeras, y lo restante hizo quemar con los magacenes
10 y depósitos en que la tenian. Tres dias despues desto pasado llegáron por tierra los exércitos del Capitan Hasdrubal Barcino, que venian á grandes jornadas, bramando por topar á sus enemigos en aquella provin-
11 cia. La priesa y el enojo crecia quanto mas andaban por hallar á cada parte señales y muestras de las crueldades pasadas, y deseaban satisfacerse dellas rabiosamente. Mas Neyo Scipion, conocido que venian pujantes, y que ya no podria hacer nuevo daño por allí, desvióse de la marina: pero dió muestra fingida de continuar su navegacion contra las tierras occidentales del Andalucía, como que fuese para robar la frontera de Cádiz ó la del estrecho de Gibraltar, ó si pudie-

diese la comarca de los Turdetanos. Y por esta razon 12
Hasdrubal Barcino, sin detenerse momento ni llegar á
Cartagena, despachó sus caballos ligeros que fuesen
muy adelante para resistir algun salto que los Roma-
nos harian en aquellas tierras, y con el otro cuerpo
mayor del exército seguia tambien él á mucha priesa,
no se desviando de la mar, y poniendo gentes y de-
fensas muchas y buenas en todos los pasos ó lugares
que parecian tener peligro. De suerte, que dexó to- 13
da la costa proveida lo mejor que pudo quanta se ha-
ce desde Cartagena hasta las fronteras de Cádiz, don-
de paró: mas hallábase mucho maravillado de ver en
su llegada, que ni por estas fronteras ya dichas, ni
por otra parte de su viage, ni él ni los suyos nunca
topáron memoria de Romanos ni de cosa que por allí
tentasen. Y fué la causa, que Neyo Scipion, para mas 14
los desatinar, dexado su camino que primero fingia,
revolvió sobre la isla de Iviza, creyendo que la po-
dria ganar: y llegado, comenzó luego de combatir la
ciudad cabeza della dos dias arreo con toda solicitud
y diligencia: pero halló dentro tantas armas y tan bue-
na gente, que ninguna cosa la pudiéron empecer: y
considerado que perdian allí tiempo por estar (como
digo) los ciudadanos muy fuertes, y ser todos Carta-
gineses, con quien no se podria tratar concierto, le-
vantó sus estancias de sobre la ciudad, y se metió por
la isla, talando quanto hallaban en los campos; y des-
pues de tener quemados algunos aduares y cortijos de
muy adentro, se recogiéron todos como solian á sus
galeras, con presa mucho mayor, y de mas esclavos
y caudal que ninguna de quantas hubiéron en las otras
tierras de España: lo qual bien mirado convenia ser
así, por alcanzar en esta sazon aquellos Ivicenos mu-
chos bienes y mucho favor, y ser muy servidos en
toda su comarca, como vecinos de ciudad hecha pri-
mera que ninguna de la Señoría Cartaginesa ciento y

setenta años solos despues de poblada Gartago, para comenzar por allí contrataciones y saltos en España, segun ya lo contamos en el quinceno capítulo del segundo libro.

CAPITULO XIII.

Como Neyo Scipion, despues de corrida la marina de España con algunas islas de su comarca, puso ligas con algunos pueblos Mallorquines y Menorqueses, y venido para Cataluña, salió por la tierra gran trecho, hasta las fronteras del Andalucía, y no hallando por allí con quién pelear, comenzó de mover nueva confederacion con los Españoles de Celtiberia.

1 Queriendo moverse las galeras y tornar á Cataluña, tuvo Neyo Scipion dos mensagerías diferentes:
2 una le traxo pesar, otra placer y contentamiento. La primera decia, que navíos Africanos habian tomado las naos Romanas cargadas con el bastimento que Neyo Scipion hubo pedido los dias pasados, para reparar de vestidos y viandas sus compañías y Capitanes, y que las tomáron en Italia cerca del puerto Cosano, viniendo ya su camino; la qual relacion si llegara pocos meses ántes, le fuera mucho perjudicial, mas agora con las preseas arriba declaradas quedaban todos ellos libres de necesidad, y bastecidos para mucho tiempo.
3 La segunda mensagería fué de personas naturales, y moradoras en la ísla de Mallorca, que sabiendo la destruicion pasada por Iviza, viniéron en barcas á concluir de parte de su gente paz y concordia con los Ro-
4 manos. Scipion aceptó liberalmente quanto le pedian; y despues de satisfechos y dadivados con atavíos y joyas á su propósito que traia la flota, volviéron muy
5 mucho contentos á sus islas. Esto negociado con tanta

ta discrecion y buena diligencia quanta diximos, los navíos y su gente no paráron hasta Cataluña; donde salidos en tierra, fuéron visitados primeramente de las villas y lugares sus amigos, con embaxada particular de cada qual; y luego sucedió la visitacion de casi todos los que moraban en aquella banda sobre la ribera del rio Ebro: despues de los quales acudió tambien gente de lo mas apartado de España por los confines del mar Océano, como son Guipuzca, Vizcaya, Navarra, con otras de su contorno, que deseaban conocer y tratar al Capitan Neyo Scipion, de quien tantos bienes oian, y le prometiéron su favor en lo que dellos adelante quisiese. Pero los pueblos que verda- 6
deramente quedáron de nuevo ligados y firmes al bando Romano bien pasaban de ciento, contados pequeños y grandes, que diéron rehenes muchos y buenos de su fidelidad. A todos estos negocios pa- 7
sados en España podemos añadir como cosa notable la gran abundancia del año presente, que fué (segun las memorias de Juliano Diácono) maravillosamente fértil de mantenimientos y de salud; con lo qual andaban y bullian los hombres á todas partes, alegres y satisfechos, y proveidos á poca costa de todo lo necesario. Desto pudo bien redundar lo que señalan los 8
Coronistas Latinos, quando dicen haberse llegado tantas compañas y gentes al exército Romano, que Neyo Scipion tubo confianza de poder salir por la tierra contra sus enemigos, tambien como por la mar, y darles batalla campal si la quisiesen. Y así visto que le 9
restaba mediana parte del estío por acabar, no queriendo perder tiempo sin hacer algo, pasó las aguas del rio Ebro con sus banderas tendidas y batallones ordenados, poniendo gran turbacion por las regiones y pueblos amigos de Cartago, hasta venir en el puerto del Muladar, á quien las Corónicas Latinas llaman el Salto Castulonense, contra las fronteras del Andalucía,

cer-

cerca de la ciudad de Cazlona, donde residia Himilce, muger de Hanibal: y como tambien aquí supiese como lo mas del exército Cartagines quedaba ya repartido por aposentos, y que su Capitan Hasdrubal Barcino residia muy sosegado dentro de Cádiz, labrando galeras y navíos con que pudiese volver á la mar el año siguiente, tornóse tambien él para Tarragona con multitud de ganados y prisioneros que tomáron á la
10 venida y á la vuelta. Desde Tarragona hizo mensageros al pueblo Romano, con la minuta de todo lo pasado, declarando su parecer en la manera que debian procurar sobre la continuacion desta guerra, con mayores exércitos, y con mas Capitanes, y con mas abundancia de municion, pues los Cartagineses andaban arraygados y poderosos en España desde tantos años atras, que serian bien menester quanto con ellos negociasen,
11 no ménos que con Hanibal en Italia. Suplicaba junto con esto, que pues él habia servido por acá mas de dos años en el cargo de Capitan General, y dentro deste tiempo sus trabajos habian sido gravísimos, tuviese por bien la Señoría Romana de le dar algun descanso, proveyendo nuevo Capitan y sucesor que viniese para seguir esta contienda: mayormente que muchos Caballeros sus parientes, y su muger mesma, le certificaban de contino, que sus heredades andaban mal grangeadas y mal aradas despues que por su persona
12 las dexó de labrar. Y tambien una hija suya tenia dias de se casar, y nadie podria disponer en esto sin estar él presente: las quales causas parecian asaz legítimas
13 para venir en lo que suplicaba. Los Gobernadores Romanos, oida su peticion, y miradas las circunstancias en ella declaradas, naturales y pertenecientes al trato desta guerra, no le contradixéron cosa dello, sino fué la provision de nuevo Capitan General en su lugar que demandaba, pareciéndoles no convenir aquella mudanza, por ser este Caballero muy principal en el pueblo Ro-

Romano, muy prudente, muy rico, de mucha casta y antigüedad, tal que se conocia dél abundante suficiencia para qualquier cosa dificil, quanto mas en el hecho de España, donde tenian ganadas amistades y conocimiento de gentes importantes, y la plática de los negocios sobre quantos le podrian suceder. Pero 14
consultaban atentamente qué Caballero le darian por ayudador, con quien repartiese las fatigas y cuidados de tan gran competencia. Solo hallaban escrúpulo que 15
la tal persona, para le dar igual mando, no convenia ser ménos generosa ni de ménos arte que Neyo Scipion: y siendo de tanta, rezelaban discordias y pundonores entre ellos, con que perderian sus negocios, pues nunca jamas este negro mandar pudo sufrir compañero ni recibir igual, dado que muy limitado sea quien lo tenga. Entre tanto que la resolucion desto 16
venia de Roma, Neyo Scipion (por no vivir ocioso) procuraba quanto podia de tratar amistades y ligas nuevas con la gente de Celtiberia, pareciéndole, como de verdad era cierto, que traidos los Celtiberos Españoles al bando Romano creceria mucho su poder, y quitaria gran favor á sus adversarios: los quales diversas veces les daban salarios crecidos, y solian hacer con ellos mucha parte de sus guerras: y las ayudas destos Celtiberos fuéron siempre muy estimadas, por ser muchos hombres en cantidad, muy feroces y muy exercitados en las armas, y tener caballos crecidos y buenos, y sobretodo por ser mas razonables y de mas conformidad en su vivir que ningunos de los otros Españoles. De 17
cuya region, y de los tiempos en que se comenzó de morar, y mas los aledaños ó linderos que la dividian de las otras naciones sus confines, no será bien tratar aquí, pues lo tocamos en el tercero capítulo del segundo libro: solo conviene decir en este paso, que despues acá los tales Celtiberos habian tanto crecido, que muchas de las otras gentes sus vecinas los recibié-

biéron entre sí, dándoles gran lugar en sus tierras: y se preciaban de ser contados en el apellido de Celtiberia, puesto que tuviesen otros nombres mas antiguos y mas particulares. Caia en la provincia de Celtiberia mediano trecho del Reyno de Valencia, por los derredores de Bebel y Segorve con sus comarcas. En Aragon era dellos Hariza, Daroca, Calatayud, y los lugares menores de sus términos hasta la frontera de Medina-Cœli. En Castilla fué destos Celtiberos Zorita de los Canes, Uclés, la que solian decir Urcesa, puestas ambas sobre la raya que por el Occidente los dividia de los Carpetanos. Cuenca tambien, y Torralva, Huete, Molina, Montagudo, la cumbre de Moncayo, Agreda con sus derredores: gran pedazo de la mancha de Aragon, y mas la Ciudad de Numancia, postrera destos Celtiberos, junto con la parte donde hallamos á Garay, no léjos de Soria, segun dicen ó la mesma, puesto que muchos Autores la llamen poblacion de los Españoles Arevacos: pero los tales Arevacos pueblos fuéron de Celtiberia, seguidos en aquella cuerda de tierra, hasta la villa de Coruña, junto con la qual pasaba la raya que los dividia de los otros Españoles nombrados antiguamente Vaceos. Mas en estas particularidades tan juntas, no conviene detenernos agora, pues en otra parte mas abundosa las tocarémos adelante.

CA-

CAPITULO XIV.

De la quistion que comenzáron á tener los Españoles de Celtiberia, despues de confederados á Neyo Scipion, con la gente del Capitan Hasdrubal: y como peleáron los unos y los otros dos batallas campales muy grandes, en que los Españoles tuviéron siempre victoria, matando gran suma de Cartagineses: y de las cosas que desto resultáron adelante.

Firmada la liga con los Celtíberos, parecia que 1
lo restante del año, pues era poco, tendria paz y quietud. Y verdaderamente lo tuviera por la parte Carta- 2
ginesa, sino que los Españoles puestos en bullicio de guerra, como tengan ingenio que no los consienta reposar, turbáron el sosiego de todos. Y fué la causa desto, que los Aragoneses Ilergetes, con quien el año pasado hubo la pendencia que ya dexamos contada, tenian entre sí cierto caballero nombrado Mandonio, persona muy noble de linage, tanto, que los dias ántes era tenido por principal entre todos aquellos Ilergetes Aragoneses. Un hermano deste llamaban Indibil, 3
no ménos valeroso, ni de ménos reputacion que qualquiera de su vecindad, parientes ambos muy propinquos del Español Handubal, que como diximos, fué muerto quando se dió la batalla de Hanon y de sus Cartagineses. Viendo, pues, aquel Mandonio, que los Ro- 4
manos y su Capitan, á la sazon que dexaban las fronteras de Cazlona, se viniéron á las marinas, y quedaban aposentados en ellas, alteró quantos pueblos él pudo de los Ilergetes sus naturales: y con ellos, y con sus parientes, que tenian muchos y poderosos, entró por los campos y tierras de los otros Ilergetes que

sostenian el amistad Romana: los quales comenzó de perseguir y destrozar por quantas maneras podia, con robos, y quemas, y muertes, y crueldades no pen-
5 sadas. Traxo su mudanza tal desconcierto por aquellas tierras, que lo destruyera todo si de presto no vinieran al socorro tres mil hombres entre Romanos y Ca-
6 talanes, enviados por el Capitan General. Llegados éstos, no tuvo dificultad la resistencia: porque como los alborotadores anduviesen desmandados y repartidos en muchas partes, y los de Neyo Scipion fuese gente reglada, cursados en la guerra, regidos por Capitanes pláticos y concertados: cogíanlos pocos á pocos, y sabianlo tan bien hacer, y tan á tiempo, que ma-
7 taban muchos dellos á sus ventajas. Algunos tomáron á prision, y la mayor parte despojáron de las armas,
8 permitiéndoles que sin ellas tornasen á sus pueblos. Hasdrubal como supo la nueva desta revuelta, sospechó que Mandonio debiera tener gran aparejo para se rebelar, pues viviendo cerca de los aposentos Romanos, en tierra donde ya de su bando poseian ellos asaz lu-
9 gares y villas, osaba mostrárseles enemigo. Y así, dadado que sus Cartagineses y él residiesen muy léjos de donde pasaba la revuelta, no por eso dexó de hacer toda su posibilidad. Recogió de presto los Africanos que mas cerca tenia: dexó mandado, que los restan-
10 tes luego le siguiesen. El comenzó de caminar apresuradamente la vuelta de Cataluña, para dar calor á Mandonio, certificándole su venida con mensageros guiados en diversos viages: porque si los unos fuesen
11 tomados, ó no pudiesen llegar, llegasen los otros. Y no tardó mucho de llegar tambien él en pos dellos, y pasar las aguas del rio Ebro, tan acompañado de gentes advenedizas, que sus enemigos, puesto que fueran quatrotantos, y no tuvieran contradiccion en la mesma tierra, no bastaran á se les defender: quanto mas durando Mandonio por la rezaga todavía rebelde, sin haber

ber manera ni remedio con que lo segurar. En este paso dan bien á conocer nuestras Corónicas Latinas la sagacidad y prudencia del Capitan Romano: porque sintiendo que su facultad al presente no bastaba para resistir al Cartagines, desvió la guerra discretamente por otra parte, negociando con los Españoles Celtiberos sus amigos nuevos, que saliesen ellos á gran priesa contra los otros pueblos de la parcialidad Africana, pues era cierto si lo hiciesen, que para socorrerlos Hasdrubal, habia de tornar atras, ó perder aquellos que perseveraban firmes en su favor: y no le convenia desamparar cosa tan cierta, por emprender la cobranza destos otros llergetes, en quien habia dificultad y duda. Los Celtiberos hiciéron este ruego, por ser la primera demanda que sus amigos le pedian. Y como fuesen hombres guerreros, y puestos en armas á la contina, pudiéron salir prestos y muchos: y comenzáron á destruir la provincia contraria con grandes quemas y muertes en quantos lugares y villas topaban. Y destas villas en los primeros ímpetus tomáron tres muy principales á fuerza de combates: las quales, dado que no declaren las historias el nombre que tuviesen, ni dónde caian, parece claro ser importantes, pues el Capitan Hasdrubal y toda la fuerza de sus banderas, dió vuelta para las valer. Llegados aquí, luego los Españoles Celtiberos les viniéron al encuentro, tan determinados y bravos, y tan encarnizados en la victoria pasada, que no se pudo ménos hacer de pelear con ellos dos batallas campales una tras otra muy crueles: en las quales ambas el Capitan Hasdrubal y toda su potencia quedáron vencidos y destrozados, y muerta gran suma del exército Cartagines. Tito Livio Patavino, Coronista Romano, pone memoria dellas en los veinte y dos libros de sus historias, pero tan corta y sumaria, quanto suele ser largo de que cuenta los hechos de sus Romanos. Y por esto no me puedo yo de-

12 13 14 15 16

ramar como fuera razon, en contar un paso tan hazañoso, ni decir otras particularidades, allende las ar-
17 riba dichas, recoligidas en algunos otros Autores. Solamente declara Tito Livio ser muertos en aquellas dos peleas hasta quince mil Cartagineses, y presos quatro mil: y dado que casi luego despues desto pasado tuviese fin el año presente, no lo tuvo la guerra que siempre se proseguia muchos meses adelante, porque los Africanos vencidos se rehiciéron con su Capitan Hasdrubal, y conservaban aquella region, divididos en muchas partes, con intencion de volver otra vez á verse con los mesmos Españoles Celtiberos en el campo. Neyo Scipion encendia la quistion entre los unos y los otros, para que las diferencias nunca cesasen, procurando siempre nuevas discordias desde Tarragona, la qual en este medio tiempo fortificaba con muros nuevos y reparos, y dentro del pueblo labraba tambien algunos edificios al modo Romano, determinando, que si la Señoría Romana lo dexase acá (de lo qual él se temia que sí dexaria) pudiese hacer allí su principal estancia, pues tenia sitio mas apropiado para sus intentos que ningun otro lugar de todas aquellas marinas.

CA-

CAPITULO XV.

Como vino en España Publio Cornelio Scipion, hermano mayor de Neyo Scipion, con mucho socorro de navíos y gente, para continuar acá la guerra contra los Cartagineses. Y como despues de juntos ambos hermanos viniéron sobre la ciudad de Monvedre, por ver si la podrian cobrar: y de las cosas que sucediéron en el tiempo que la tenian sitiada.

Entrados algunos dias y meses del año siguiente, 1
que fué (segun nuestra cuenta) docientos y trece justos ante del advenimiento de nuestro Señor Dios, estando los Capitanes y gente de Neyo Scipion muy regocijados y satisfechos con las buenas nuevas que contino llegaban de las victorias de sus amigos los Celtíberios Españoles contra los Cartagineses, viéron un dia desde léjos venir en la mar, frontero de Tarragona, treinta naos gruesas de carga, con algunos otros navíos de servicio menores. Al principio pusiéron alteracion y rezelo que podrian ser Cartagineses: pero poco despues reconociéron en su manera ser naos Romanas, y luego tras aquello saliéron fustas en la delantera, que certificaban traer esta flota por Capitan general á Publio Cornelio Scipion, hermano de Neyo Scipion, aquel que diximos en los principios deste quinto libro ser Cónsul y Gobernador en la ciudad de Roma, quando Hanibal pasó primeramente en Italia. 2
Venian con él ocho mil hombres de refresco, para 3
que con ellos ambos hermanos de comun consejo mantuviesen la guerra de España contra los Cartagineses: y traian razonable municion de bastimentos y vestidos, para la necesidad de sus Romanos que primero residian

dian acá, puesto que dineros traxéron pocos, á causa de la falta grandísima con que se hallaba la república, por los gastos excesivos pasados en esta guer-
4 ra. Las naos en breves horas entráron en el puerto de Salon, á vista de Tarragona: y como la gente dellas tomó tierra, luego los ciudadanos y los otros confines amigos y confederados del pueblo Romano, llegáron á los visitar, mostrando mucho placer y conten-
5 tamiento por su venida. La gente reposó pocos dias del trabajo de la mar, y luego todos ellos y su Capitan Cornelio Scipion, se viniéron á juntar con Neyo Scipion, y le diéron las letras y mensages que traian de la Señoría Romana: por el qual afectuosamente le rogaban y mandaban, que tambien él quedase, como dixe, para seguir esta conquista con su hermano mayor, pues así parecia convenir al bien de la Repú-
6 blica Romana. Quanto al artículo que los dias ántes hubo significado del casamiento de su hija, respondia, que ningun cuidado tuviese della, porque toda la Señoría Romana con amor entrañable la recebia por suya propia, como cosa que mucho preciaban, y con voluntad de su madre y parientes la tenia ya casada muy altamente, trayéndole por marido cierto caballero principal, rico, mancebo, y de gran linage, tal, que por todas sus buenas calidades, ninguno le pudiera mejor pertenecer: al qual habia dado con ella del tesoro de su ciudad el mayor dote que hasta su tiempo ningun señor ni caballero recibió con muger entre los Romanos, que fué quarenta mil monedas gruesas de cobre, llamadas ases, que cada qual dellas pesaba dos onzas, y valia por aquel siglo poco mas de quatro maravedís de los usados en Castilla y en Leon al tiempo que recoligimos esta Corónica, mandándolo vuestra Magestad: así que tanteada la suma del dote famoso que diéron los Romanos á la hija de Neyo Scipion, porque tan buen Capitan, y tan rico ca-

ba-

balleto como fué su padre, no saliese de España, siendo tanto menester en ella, no pasó de ciento y cincuenta mil maravedís á todo pujar: y por este dote tan excesivo que le diéron en aquel tiempo, la llamáron despues Cornelia la dotada, que cierto nos debria ser exemplo para corregir agora nuestros excesos y desórdenes cometidos en semejante caso. Estaban á la 7
sazon los Cartagineses muy ocupados en la guerra de los Celtiberos Españoles, trabajando por se vengar dellos, si bastaran: y buscando quantas maneras en esto podian. Los Celtiberos eso mesmo siempre se metian 8
mas en ello, sustentando sus victorias, y continuándolas adelante con recuentros y rebatos que les daban. Y 9
como lo tal fué sabido por los dos Scipiones visto que por el presente no tenian estorbo del Capitan Hasdrubal Barcino, ni les podria venir á resistir qualquier cosa que hiciesen, juntan sin mas dilatar sus banderas nuevas y viejas, y comienzan á pasar el rio Ebro, sacando los exércitos muy alegres por la tierra: lo qual pocas veces, ó casi ningunas osáron hacer los años ántes, y sin ver ni topar enemigos, llevaban la via de Monvedre públicamente, por serles esta jornada muy natural para muchos fines. El primero, para tentar si 10
la podrian cobrar y restaurar, y tornarle su prosperidad antigua, pues á causa de perseverar en la confederacion y lealtad del pueblo Romano, fué destruida por Hanibal, y despojada de todo su valor y potencia. Lo 11
segundo, porque Bostar, Capitan Africano, tenia la fortaleza della, donde guardaba los rehenes, que muchos pueblos Españoles confederados á Cartago diéron al Capitan Hanibal, quando salia de España, como ya lo diximos en los quarenta capítulos del quarto libro. Pero, segun era fama, traia dentro poca de- 12
fension, y si los Scipiones pudiesen haber parte dellos, ó todos, dado que mas no hiciesen, era hacer mucho, por ser estos la prenda principal que detenia los co-

corazones dẽ todos aquellos pueblos Españoles, para no se declarar el amistad de los Romanos, puesto que muchos andaban inclinados á ella: mas no lo mostraban, con temor que si se manifestasen, lo pagaria la
13 sangre de sus hijos. Bostar en sabiendo la venida de los Scipiones, hizo juntar quantos Españoles pudo de las comarcas, y mejorada la defensa del pueblo con gentes y pertrechos nuevos, se puso en el campo, mostrando toda determinacion y denuedo para resistir lo
14 que sucediese. Los Scipiones eso mesmo prosiguiéron su camino, hasta llegar á los términos de la ciudad.
15 Y viéndola desde léjos, toda la gente levantáron muy grandes alaridos, y la saludáron con acatamiento crecido, movidos á compasion de ver tal adversidad en cosa que solia tener tanta nobleza. Luego fuéron los reales asentados cinco mil pasos mas atras de cierto templo de la Diosa Venus, cercano de Monvedre, por ser aquel sitio de buena disposicion, bien seguro, y tambien porque con estar allí, podrian recebir bastimentos de su flota, sin embargo de nadie: la qual habian dexado proveida muy bien, y mandádole, que sabiendo su llegada sobre la ciudad, viniese por la mar, y se pusiesen donde la pudiesen reconocer á todas horas.
16 Así que llegados aquí, trabajaban los unos y los otros en obrar alguna hazaña calificada, primero que se les pasasen los meses y tiempos del verano presente.

CAPITULO XVI.

De la buena dicha que tuviéron los dos Scipiones al tiempo que residian sobre Monvedre, para cobrar los rehenes Españoles que se guardaban allí dentro, con industria de cierto caballero su confederado, que buscó manera para se los haber: y como los tales rehenes fuéron restituidos á sus pueblos sin algun interese.

Habia por estos dias en la mesma ciudad de 1
Monvedre, un caballero Español nombrado Aceduz, hombre de clara generacion, en la manera de su vivir hasta allí no ménos bueno que qualquiera de los otros Españoles. Tenian dél asaz confianza los Capita- 2
nes de Cartago: mas en aquel tiempo como reconociese mejoría notoria por la parte Romana, miradas las victorias de los Celtiberos habidas en sú favor, y despues la venida de Cornelio Scipion y de sus gentes, y que los Cartagineses ya no parecian, ni su Capitan Hasdrubal Barcino podia lo que solia, mudó tambien Aceduz sus propósitos, con la mudanza de la fortuna, como siempre suele ser en tiempo semejante. Luego 3
comenzó de conjeturar, qué manera tendria para se congraciar con estos Romanos, obligándolos en algun hecho notable guiado por su mano, pues era claro, que pasado al exército dellos sin otros adherentes, no seria reputada su persona mas de por un hombre solo, y él pretendia mandar y ser estimado donde quiera que tratase. Parecióle despues de muy considerados 4
los negocios, que ninguna cosa le podrian tanto gradecer, como si les diese manera para que los Scipiones cobrasen aquellos rehenes Españoles arriba dichos, y de su mano los tornasen á los pueblos y gentes cu-

yos eran: con lo qual averiguadamente ganaria la voluntad á todos los caballeros principales, á quien tocase, pues les restituian sus hijos, y les daban la prenda que mas amaban. Pero como ninguna cosa desto se pudiese negociar, sin tener primero la voluntad de Bostar, y fuese cierto que las guardas de los rehenes á nada se determinarian sin su mandamiento, salióse para él, ántes que lo comunicase con otra persona fuera de la ciudad, y hallóle dentro de sus reales, que tenian puestos en la marina, para vedar las entradas y salidas de los navíos Romanos en el puerto: y aquí, despues de comunicado con él los negocios y casos que parecian importantes á los hechos venideros, declaróle tambien el estado de los presentes, como si Bostar ninguna parte sintiera dello, diciéndole que temores y miedo terribles cobrados por los Españoles en tiempo del Capitan Hanibal y de sus hermanos los habia detenido hasta aquel dia, sin hacer mudanza contra Cartago, viendo los Romanos tan alejados, y no teniendo confianza de socorro, como tampoco la tuviéron los Saguntinos de Monvedre: mas agora, que segun Bostar conocia, los negocios iban ya turbados, y sus enemigos habian osado pasar las aguas del rio Ebro, con intencion de favorecer y recebir entre sí quantos quisiesen alborotar la tierra: su parecer seria, que Bostar procurase de conservar los pueblos Españoles con algunos halagos y buenas obras, y no con asperezas ni temores, los quales á ninguna cosa le podian aprovechar. Maravillóse Bostar de tales palabras, y preguntando, qué buenas obras ó halagos podrian
6 hacer para segurar tan grave caso. Los rehenes, dixo Aceduz, detenidos en esta ciudad, si los volveis á sus pueblos liberalmente, que serán en general dádiva muy agradable para los lugares donde son naturales, y en particular mucho mas á sus padres y parientes, á quien se debe tener advertencia, pues ya todos conocemos

ser

ser ellos los principales de sus tierras, y los que mas pueden en ellas, mayormente que las gentes en este mundo, con quien algo se trata, quieren que se tenga confianza dellas: y muchas veces no querer prenda sobre cosas de seguridad, obliga y aficiona los hombres á guardar mas su fe, que no si los atan con semejantes asperezas. En el trabajo de buscar quien lleve 7
los rehenes, no cumple tomar fatiga, que yo me profiero de los poner donde fuere cada qual: y quiero favorecer en esto con mi trabajo mi buen consejo, por añadir en un hecho tan provechoso toda la gracia que dentro cupiere. Era Bostar hombre ya de dias, 8
y puesto que Cartagines de nacion, no tenia los dobleces ni recatos de los otros Africanos, y como tal, echando quanto le decian á buena parte, se determinó de le dar los rehenes, para que hiciese dellos á su parecer. Y desta manera, despues de quedar ambos 9
conformes, Aceduz vino secretamente para los reales Romanos una noche primero que se los entregasen: y halló que traian la guarda del campo los Españoles del exército. Creo yo que parte destos serian los na- 10
turales de Sagunto, pues (como diximos en otro lugar) habian acudido copia dellos al exército Romano quando vino Neyo Scipion: y de sospechar es que despues acudirian todos los otros que se libráron de la pérdida de su ciudad. Y como diesen casi todos en 11
Acedux, y sin defenderse ni contradecir alguna cosa fuese traido delante de los dos Scipiones, declaréles quanto tenia negociado de su provecho, para ganar ellos estas gracias que los Cartagineses procuraban. Y 12
tomada la fe por ambas partes, y señalado lugar y sazon en que la noche siguiente traeria sus rehenes, hizo vuelta para Monvedre con el mesmo secreto que vino. Todo lo restante del otro dia gastó con Bostar, 13
informándose fingidamente de los mandados y diligencias que debia procurar quando los llevase: y allí se con-

concertó que la jornada fuese de noche, por desatinar las guardas Romanas, que ni les pudiesen tomar,
14 ni salir al encuentro. Llegadas las horas aplazadas con los de fuera, despertó la guarda de sus rehenes, y todos ellos en compañía guiáron el camino derecho contra la parte donde ya los Romanos quedaban esperando como si no supiera Aceduz cosa alguna de lo
15 que él mesmo tenia concertado. En llegando fuéron todos presos, y traidos al real con mucho placer de los Scipiones, por tener tales prendas cobradas: y luego sin detenimiento los enviaron á sus tierras, encargados á defensas muy honrosas, y con ellas Aceduz, como principal tratador de su libertad, para los entregar en nombre de los Romanos á sus padres y parientes, y para hacer aquellos cumplimientos que primero tenia concertado con Bostar al tiempo del en-
16 gaño. Mandáronle tambien que por parte de los Scipiones declarase, quán encarecidamente pudiese lo mucho que deseaban ellos y sus exércitos tener el amor y conocencia de los pueblos Españoles, mas que de ningunas otras gentes, y les ofreciesen qualquiera gratifi-
17 cacion que dellos hubiesen menester. Fuéron tantos los placeres y regocijos hechos en todos aquellos pueblos, con la cobranza destos rehenes, que luego despachárón suntuosos presentes á los dos Scipiones, y les replicáron en el caso de sus ofertas con otras ofertas mucho mayores, mostrando que les agradecian mas á ellos la restitucion de sus hijos, que no la agradecieran á los Cartagineses, puesto que se los enviarian: pues dado que las obras fueran unas mesmas, parecia que los Cartagineses lo hicieran viendo ya la mudanza de España, constreñidos á virtud por manifiesta necesidad, para satisfacer sus pesadumbres y soberbias pasadas, traidas contra los Españoles en el tiempo de
18 prosperidad. En los Romanos era todo contrario, porque no teniendo conocimiento de los tales pueblos ni

de

de las personas particulares á quien tocaba la cortesía hecha, ni ménos obligacion para se la hacer, comenzaban su buena venida con mansedumbre, liberalidad y clemencia, que fué siempre la mas alta manera de negocio de quantas los discretos pueden usar, y con que las cosas mas presto se ganan y conservan. Aceduz, de cuyo consejo se concluyó todo lo sobredicho, fué reputado por varon prudente: reverenciábanlo tanto los pueblos á quien llevó los rehenes y tambien los mesmos Scipiones, que nunca despues le pesó de trocar el amistad Cartaginesa por la Romana. 19

CAPITULO XVII.

Como viniéron mensageros en España, que certificaban haber los Romanos peleado con Hanibal en Italia quarta vez dentro del reyno de Nápoles, en que tambien perdiéron la batalla: por la qual razon fué necesario levantar los dos Scipiones el sitio que tenian sobre Monvedre, para tornar á Cataluña, con algun temor de mudanza que hiciesen los Catalanes por estas nuevas.

En aquel espacio de tiempo, quando todas estas cosas pasaban en España, los Capitanes Romanos residentes cerca de Monvedre, tenian cada dia relacion muy copiosa de los acontecimientos sucedidos en Italia, porque como Cartago no traxese flota sobre las marinas Españolas, despues que se la tomáron en la boca del rio Ebro, podian quantos quisiesen ir y venir fuera de peligro. Decíase pues entre muchas nuevas recien venidas, que los exércitos Cartagineses y su Capitan Hanibal, padecian á la sazon falta de mantenimientos, y que los Gobernadores del imperio Romano, pareciéndoles aquello buen aparejo para seguir ade- 1 2

adelante sus propósitos, porfiaban allá muy ahincadamente con los Españoles, que se pasasen á ellos, como ya desde los dias ántes lo comenzáron á negociar, ofreciéndoles de nuevo muy grandes mejorías y ventajas en los acostamientos, y segurándoles crecidas mercedes en España dentro de sus naturalezas, con
3 quanto buen tratamiento pudiesen y quisiesen recibir. Y verdaderamente juntada la hambre que sufrian con estas importunaciones contínas, la pasada de los Españoles al campo Romano quedaba ya tan aparejada, que solo por ella decian, Hanibal haber tenido pensamiento de cesar aquellas guerras, y retraerse con la gente de caballo sin peones, dentro de Lombardía,
4 casi huyendo. Pero su buena dicha lo remedió todo, sin él entender en ello: porque los dos Cónsules Capitanes generales en aquel año presente, diéron priesa demasiada para venir á pelear con él una batalla campal, ántes que ningun Español se pudiese pasar á ellos: la qual batalla decian haber pasado dentro del reyno de Nápoles en la provincia que llaman Pulla, junto con un lugar nombrado Cañas, cerca de la mar de Venecia, poco desviado de la Cherinola, pueblos ambos conocidos de nuestra gente, despues que los Re-
5 yes Españoles poseen todas aquellas tierras. Fué la batalla tan espantosa, que muriéron en ella largos quarenta y dos mil peones, así de Romanos, como de los Italianos sus confederados, y mas de tres mil hombres á caballo, sin los presos, que pasaban de doce mil: entre los quales murió tambien uno de los dos Cónsules Romanos, Capitanes Generales del exército, muy esmerado caballero que nombraban Emilio Pau-
6 lo. Su compañero Terencio Varron, se libró huyen-
7 do, con solos cincuenta de caballo. Quedáron tantos nobles Romanos despedazados en el campo, que de solos ellos el dia siguiente hinchéron tres medidas antiguas, llamadas moyos, de los anillos que les halláron

ron

ron en las manos. Montaban estos moyos casi nueve 8
celemines Españoles de nuestro tiempo, como lo ve-
rémos en el quinceno capítulo del sexto libro. Los 9
quales tres moyos de anillos que les halláron en las
manos, Hanibal envió poco despues á Cartago con
Magon Barcino su menor hermano, para que desto
reconociesen allá la grandeza de su victoria, pues ya to-
dos sabian que ningun Romano podia traer anillos en
aquel tiempo, sino fuese caballero de sangre genero-
sa. Los Españoles del exército Cartagines peleáron aquí, 10
no pudiendo ménos hacer, en un batallon á su parte,
con otro batallon todo de Romanos: y puesto que
los unos y los otros hiciéron su deber mas de lo que
nadie podria decir, en el cabo los Romanos quantos
eran, fuéron rotos, y tajados en piezas, y se comen-
zó por allí la victoria. Ningun desastre mayor pudiera 11
recrecer en aquella Señoría, por le venir despues de
ser rotos en tres batallas campales y bravísimas, una
tras otra, de quien ya dimos relacion en los capítu-
los pasados: y queriendo dar esta quarta, procuró Ro-
ma de juntar lo postrero de su potencia, para (segun
parece) lo perder allí todo. Hubo caballeros princípa- 12
les vecinos de Roma, que quisiéron desamparar la ciu-
dad, y no parar en Italia, desconfiados que su prospe-
ridad pudiese mas ir adelante: con las quales obras, y
con las proezas hechas en ellas, Hanibal cobró tanta
fama en el mundo de sabio y esforzado caballero, que
le daban ventaja todas las gentes del mejor capitan que
nunca hasta sus dias oyéron, y de hecho tal era él sin
comparacion. Algunos de los pueblos Españoles deter- 13
minados á se manifestar por la parte Romana primero
que viniese la nueva, dudáron despues en ello, quan-
do fué declarado tan extraño vencimiento: puesto que
muchos otros no curando desto, se declaráron abier-
tamente, y se querian luego poner en armas contra
Cartago, si los dias del invierno no comenzaran á

lle-

llegar, que forzáron á los Cartagineses y Romanos á re-
14 cogerse por sus aposentos. Los Cartagineses quedáron en frontería contra los Españoles Celtíberos sus enemigos, en la region llamada Carpetania del reyno de Toledo, que debió ser por las comarcas de Pastrana, Velinchon, y Mondejar, junto con Uclés, ó por las de Sigüenza y Medina Cœli: pues daban allí cerca las rayas y mojones que dividian estas dos gentes Car-
15 petanos y Celtíberos. Los Scipiones volviéron á Cataluña con sus exércitos, y repartiéron las banderas por aposentos en estancias y villas, como les pareció con-
16 venir. Ellos ambos pasáron á Tarragona, que fué siempre la ciudad en quien tenian puesta su principal aficion, y la mejoraban con muro nuevo, que continamente le hacian, y labraban sin cesar en él, y con edificios y templos quantos eran menester á su tamaño, segun la manera que los Romanos usaban en sus obras antiguas, que fué no tener lugares ni villas de gran espacio, ni descomarcadas fuera de su ciudad en Italia,
17 sino fuertes, atropados, y bien compuestos. Y con este propósito recogian á la contina quantos Españoles hallaban en aquel rededor, y los traian á vivir allí, mezclados con alguna gente Romana, que tambien ya tenian avecindada por el pueblo, concediéndoles muchas franquezas y libertades, y mas otras buenas maneras de gobernacion, conformes al estilo de los Latinos, para que con este principio fuese creciendo siempre la poblacion: y dado que del primer golpe no pareciese tan suntuosa como Cartagena, donde tenian los Africanos en España la cabeza de su principado, pudiese competir con ella sobre hermosura, generosidad y policía: y allí quedase la recordacion y memoria destos dos hermanos Scipiones, por lo que hacian en ella, como quedaba tambien en Cartagena la del Capitan Hasdrubal, yerno del gran Hamilcar Barcino, por el acrecentamiento semejante que Cartage-

na

na recibió dél, segun ya lo contamos en los diez y siete capítulos del quarto libro.

CAPITULO XVIII.

Como los dos Scipiones, despues de vueltos á Cataluña, saliéron por la tierra, visitando los pueblos de su parcialidad, y viniéron á la provincia de los Españoles Celtiberos, para les dar gracias de lo que por ellos hiciéron contra la gente del Capitan Hasdrubal. Y poco despues Publio Scipion tomó cargo de las galeras y navíos, y Neyo Scipion del exército de la tierra, para continuar su contienda contra Cartago.

Así como los Scipiones tenian informacion muy 1
contina de quantos negocios pertenecientes á la guerra buenos y malos pasaban en Italia: bien así la tenian de las consultas y proveimientos hechos en la ciudad de Cartago, sobre lo mesmo, con espías echadas en diversas partes que les daban aviso dello todo: particularmente fuéron informados en el medio del invierno, quando se comenzaban los dias del año siguiente, que fué docientos y doce primero que nuestro Señor Jesu-Christo naciese, como la Señoría Cartaginesa traia grandes bullicios en juntar dineros y vestidos, y pertrechos, y muy crecida suma de provision, para bastecer sus exércitos en Italia, que (segun ya diximos) sufrian extrema necesidad. Cortaban ma- 2
deras en todos los montes Africanos, para tambien reparar no solamente las naos viejas que continuaban esta guerra, sino las otras derramadas en la defensa de sus puertos. Y para labrar galeras nuevas tantas que pudiesen ocupar todas las mares Españolas: y cobrar el senorío del agua, que por allí tenian desbaratado.

3 Súpose mas, haber esta mesma Señoría daterminado que Magon, el hermano menor del Capitan Hanibal, aquel que les traxo los anillos de los caballeros Romanos muertos en la batalla de Cañas, segun ya diximos, viniese con otro Cartagines en España, para coger á sueldo veinte mil peones muy bien armados, y quatro mil caballos, con que supliesen y renovasen la falta de todos los exércitos, así por Italia, como por España, sin otros quarenta mil hombres de Numidia Berveriscos, y muchos elefantes que recogian en Afri-
4 ca. Los quales todos eran menester, porque tambien Hasdrubal Barcino de su parte pedia con gran instancia gentes Africanas, á causa que quantas primero tenia, casi todas eran muertas en los recuentros y batallas pa-
5 sadas. Mas las tales consultas y determinaciones, acordadas en Cartago, efectuábanse muy de vagar, y floxamente, sino fuéron quatro mil peones Africanos, y quinientos de caballo, que tenian señalados para los enviar en España, movidos con importunacion gra-
6 ve del Capitan Hasdrubal. Estos no se despacháron tan presto quanto la necesidad requeria, como suele siempre ser entre la gente que trae contina prosperidad en sus cosas, segun traia Cartago por Italia: la qual prosperidad sino cae donde la guien y rijan con prudencia, no puede venir acontecimiento mas perjudicial á quien sucede, pues ninguna cosa se muda tanto ni cansa, como lo que llaman buena fortuna, si algo es, ni que mas muestra sea de fatigas y trabajos venideros, ni que con mayor daño trueque la condicion y ser de la gente, si Dios no lo remedia, con acordalles lo que son, ó como dixe, no les da prudente juicio para
7 se gobernar en ella. Que faltándoles esto, de diligentes se tornan perezosos, de virtuosos se ahogan en vicios, de sabios y discretos pasan á descuidados y torpes, de buenos amigos y leales, que fué siempre la calidad mas útil y de mayor excelencia que pueden

te-

tener los hombres, se hacen ingratos y desconocidos,
y se les olvida todo lo que para ser verdaderos hom-
bres les conviene. Tanto, que por esto solo tenian 8
los antiguos un refran que decian, ser caso muy des-
dichado la mucha dicha, muy infelice y desastrado la
sobrada y contina felicidad. Lo qual pareció ser así, 9
quando los hechos de Cartago sucedian en Italia con tan
crecidas victorias, quantas ya declaramos: porque co-
mo no negociasen sus cosas á gran espacio, sin aquella
solicitud y hervor que requerian para las adelantar. Los 10
Romanos por el contrario con el dolor y trabajo des-
to, buscaban todos los remedios posibles, y la nece-
sidad los hacia industriosos y diligentes en Italia, para
resistir tan terrible persecucion. Los Scipiones tambien 11
acá nunca cesaban de dar arremetidas por las partes
que hallaban descuido, puesto que los dias del invier-
no fuesen mal aparejados para lo hacer. Y sabiendo
de la flota grande que comenzaban á labrar en Car-
tago, de la qual muchas piezas era cierto que serian
acabadas presto, tan guarnecidas de velas y remos, que
pudiesen batallar en el agua, comenzáron ellos eso
mesmo de bastecer las suyas: y concertáron entre sí,
que venida la boca del verano, Cornelio Scipion, el
hermano mayor, tomase cargo de las galeras y na-
vios, y de todos los negocios pertenecientes á la
conquista de mar: y Neyo Scipion anduviese con el
exército de tierra, pues ya sabia los pasos y comarcas,
y tenia gran experiencia de las condiciones y maneras
con que debian tratarse los Españoles. Entretanto de- 12
liberáron el uno y el otro de partirse disimulados con
alguna gente suelta de sus Caballos Romanos, á visi-
tar los Celtiberos, y darles gracias por los trabajos y
buenas obras recibidas en la resistencia del exército Car-
tagines. Y quando venian por su camino fuéron muy 13
festejados en quantos lugares entraban. Y despues que 14
por aquí los Scipiones hubiéron hecho su comedimien-

to con toda la nacion, se tornáron á Tarragona cargados de presentes y joyas, que los tales Celtiberos los diéron á ellos y á toda la compañía, de los despojos y preseas tomadas á sus contrarios, y tambien de caballos, y mulos, y bestias de carga, para tirar en carretas la municion del exército, quando fuese menester: porque como quiera que la comarca de Celtiberia no sea muy fértil en el fruto de la tierra, dánsele muy bien estos animales. Y si los Españoles tenian en aquel siglo gente bien encavalgada con frenos y jaeces, ninguna lo fué mejor que los Celtiberos sobredichos, por el buen aparejo de bestias que criaban.

CAPITULO XIX.

De la mudanza grande que hiciéron algunos pueblos Españoles comarcanos al estrecho de Gibraltar contra los Cartagineses. Y como sabidos aquellos alborotos, el Capitan Hasdrubal salió de sus aposentos, y metido por aquella tierra, pasó con ellos algunos recuentros, en que fué siempre muy mal tratado.

Hasdrubal en todos estos dias fortificaba sus estancias, y teníase dentro dellas quanto mas léjos podia de los Romanos, viendo que de presente, ni por mar ni por tierra les igualaba, hasta que poco despues le viniéron los quatro mil peones Africanos, y quinientos caballos arriba señalados: con los quales tomó tal esperanza y aliento, que se comenzaba de llegar en todas partes á los enemigos, determinando de romper el camino por fuerza. Ponia junto con esto mucha solicitud en que sus galeras y fustas labradas en algunos puertos del Andalucía, saliesen á la mar, y defendiesen las

las islas y la marina como solian: y verdaderamente sus habilidades y sus acometimientos eran de tan singular caballero, que pasaran muy adelante, si quando mayor ímpetu traia sobre los continuar, no se desviara la guerra por otro lado donde ménos lo sospechaban él y sus exércitos. Fué la razon desto, que los mas de los pueblos llamados Tarresios moradores en el contorno de Tarifa, sobre la salida del estrecho, mostráron alteracion, y se comenzáron á rebelar contra Cartago, movidos por los marineros y patrones de naos sus naturales, que ya diximos haber perdido las naos gruesas en la batalla del rio Ebro: los quales injuriados de la reprehension y denuestos que recibiéron allí del Capitan Hasdrubal, nunca despues quedáron bien fieles á él, ni ménos á las cosas de Cartago. Primeramente com- 3
batiéron un pueblo su comarcano, donde sentian poca voluntad á la mudanza que hacian ellos: y parece ser tan señalado que muchas historias lo llaman ciudad puesto que no declaren su nombre particular: y luego despues de ganado, levantáron por Capitan un caballero noble de su gente nombrado Calbon. Este 4
derramó la discordia por muchas partes, y recogió tanta gente de presto, que pudo hacer bulto suficiente, segun parecia, para se defender y ofender al Capitan Cartagines: el qual tampoco tardó mucho de venir, y se meter en la provincia, guiando sus exércitos contra Calbon, sin curar de los pueblos rebelados, pues aquel deshecho, todo lo demas era fácil de sosegar. Viniendo su camino luego como tocó los confines de 5
los Españoles Tartesios, hizo provision y depósito de mucho trigo con otra gran copia de mantenimientos en una villa que decian Ascua ó Escua, segun Ptolomeo y Plinio la nombran: de cuyo sitio qual agora sea no tengo yo mucha certinidad, ni podria decir otra cosa, sino que platican algunas personas tenidas por diligentes y sabias en el arte de cosmographia ser

aque-

aquella mesma que decimos Huescar, poblacion harto conocida del reyno de Granada, no grande ni suntuosa, ni que se pueda contar entre los lugares crecidos desta tierra. Lo qual yo no contradiria, pues la semejanza del nombre le conviene, si no hallase dos inconvenientes peligrosísimos en la tal opinion: el uno, que Tito Livio dice ser Ascua villa de los Tartesios Españoles, ó por lo ménos en sus confines, los quales Tartesios ya declaramos en otras partes no tener duda que caian en la comarca de Tarifa, cayendo Huescar muy alejado della, mas Oriental que Granada veinte y seis leguas cumplidas, casi en el medio camino que va desde Baza para Alcaraz, que por buena cuenta son mas de sesenta leguas desviada de Tarifa, contadas á la menor distancia. Lo segundo, que Ptolomeo pone tambien el asiento de Ascua sobre la marina del Andalucía, discrepante de lo que hallamos en Huescar, dado que para salvar esto postrero suelen decir, que desde los tiempos de Ptolomeo hasta los nuestros va mudada la costa del reyno de Granada, por haber descubierto la mar un pedazo della donde solia tener agua: y así la hallamos algo diferente de como los Cosmógraphos pasados la dexáron señalada. Pero con todas estas excusas el primer inconviniente no queda satisfecho ni seguro. Libros hay que la llaman Asena, y no Ascua: la qual Asena, si las letras de su nombre no van revueltas, pudo ser algun pueblo de los Tartesios antiguos que pereceria despues de la mudanza de los tiempos, como pareciéron otros que solian tener en su region y provincia: lo qual es lo que mas á mí me satisface; pues cotejadas las posturas antiguas con las modernas, no me parece que de ninguna suerte pueda ser Ascua la que dicen Huescar agora, por lo ménos aquella de quien los Historiadores Romanos hacen mencion en este paso que tratamos al presente. Apoderado, pues, el Capitan Hasdru-

drubal Barcino de la villa sobredicha, sea qual se fuere, para la tener por granero, donde se proveyese la gente de sus exércitos quanto tiempo durase la pacificacion destos Españoles Tartesios, pasó luego (segun dixe) contra Calbon, y hallóle dentro de su real, junto con la ciudad, que pocos dias ántes los suyos hubiéron combatido, bien acompañado de valientes hombres. Y llegados los Cartagineses á tal trecho que se 11
podian dañar los unos á los otros, Hasdrubal echó desmandados en la delantera sus caballeros ligeros, para que reconociesen las estancias de los Andaluces, y procurasen de los traer fuera de su real, con algunas escaramuzas. Una parte del peonage repartió por di- 12
versos cabos en el contorno de la villa, mandándoles que trabajasen de matar y prender quantos le viniesen á las manos, y robasen el campo de toda parte: por manera que las revueltas y tumulto se comenzáron á trabar en el real: y juntamente de fuera se hacian muchas muertes y destruiciones. Con esto los Andalu- 13
ces provinciales venian á la contina despavoridos y turbados, los unos tras los otros, huyendo por montes, y valles y caminos, y se recogian al fuerte donde residia Calbon: y como los mas fuéron allí juntos, y se viéron libres de la persecucion que venia por el campo, comenzáron á perder el temor: y no tardó mucho de cobrar tal esfuerzo, que no solamente se halláron bastantes á defender las estancias y palenques, sino para tambien acometer en batalla los enemigos. Así que luego saliéron en un tropel fuera del real, es- 14
grimiendo las armas contra los de fuera, tan denodados y bravos, que los Africanos mesmos, espantados de la súbita determinacion y feracidad con que llegaban, habiéndoles ellos retraido primero, heridos y maltratados, cobráron tal temor, que luego todas las banderas, por mandado del Capitan General, se recogiéron en un collado harto fuerte: cerca del qual, en lo ba-

baxo dél, pasaba cierto rio, que lo hacia mas dificil.
15 Este rio puso Hasdrubal entre los suyos y los Españoles, para que con el agua tuviesen impedimentos, si
16 quisiesen pasar á él. Entretanto que la gente subia, rodeó por los lados con algunos caballos, y guareció los que venian rezagados: y quando los tuvo puestos en salvo: hizo recorrer el sitio con palizadas y setos bien anchos y recios, no se confiando mucho de la defensa del rio ni de la braveza de cerro, puesto que todo junto se fortificaba mucho.

CAPITULO XX.

Como los Españoles comarcanos á Tarifa combatiéron y ganáron el pueblo donde los Cartagineses tenian recogida toda su provision de vituallas: pero como se descuidasen poco despues con las victorias pasadas, fuéron acometidos improvisamente de sus contrarios y vencidos en un gran rebato, tras el qual toda la tierra quedó pacífica.

1 En todos aquellos intervalos que la gente Cartaginesa residia por allí, nunca cesaban jamas acometimientos y recuentros en ambas las partes, no ménos de noche que de dia, pero siempre favorables á los Españoles, y con mucha pérdida de sus adversarios.
2 Porque segun afirma Tito Livio, ni los Africanos á caballo se podian igualar con los caballos Españoles, ni los peones Moros flecheros con los peones de España, que peleaban cubiertos de sus pavesinas, llamadas cetras: pues dado que de ligereza y presteza fuesen iguales, en la fuerza corporal y valentía de cora-
3 zon dicen que llevaban los Españoles ventaja. Desta manera conociendo Calbon que no hallaba remedio para sacar los Cartagineses á la batalla fuera de las estancias, ni se desmandaba persona dellos, puesto que muy

muy continuamente les rodeaban el real, y los denostaban y hacian muchos vituperios, ni trabajaban en otra cosa mas de fortificar sus baluartes, y que seria peligro quererlos allí combatir; dexólos en aquel ser, y revolvió sobre la villa, donde ya contamos tener Hasdrubal recogidos sus bastimentos, al tiempo que venia contra Calbon esta vez. Y puesto que los de dentro se quisiéron defender, y les mostráron asaz rebeldía; finalmente fuéron combatidos y tomados con quanto dentro tenian: y luego tras esto los Andaluces ganáron toda la comarca del rededor, y se derramáron por ella, triunfando como señores de la tierra, menospreciando quantos Cartagineses pudiesen venir á turbar su victoria, sin que Calbon ni persona de los otros principales bastasen á detenerlos en el real, ni pudiesen acabar que se juntasen por sus quarteles, obedeciendo sus Capitanes, ni que hiciesen la guarda del campo, ni de las estancias como solian, ni parte de las otras diligencias que necesariamente conviene ser hechas con gran solicitud en la disciplina militar, así por el peligro ser allí mayor que de ningun otro caso, como porque la falta de diligencia puede perder y destruir en una hora quanto se gana con el trabajo de muchos años, y en cosa de tanto peso requiérese mas atencion para conservar lo ganado, que para ganarlo de nuevo. Viendo, pues, el Capitan Cartagines la negligencia de los Andaluces, y sospechando que con haberlo hecho de valientes hombres en lo pasado, lo menospreciaban á él y continuaban sus descuidos, esforzó mucho los suyos, y comenzó de baxar la cumbre del cerro donde lo dexáron, concertadas las haces maravillosamente, rogándoles que fuesen á vengar tantas injurias y tantos desacatos quantos habian recebido, pues tomarian los contrarios á manos, sin órden, y sin banderas, y sin caudillos que los rigiesen, prometiéndoles que si perdian el temor para

4

5

los acometer segun él daria forma, la victoria seria
6 cierta sin alguna contrariedad. Y diciendo y haciendo,
dado que muchos rezelaban la jornada, comenzó de
7 mover contra los reales de Calbon. En este punto los
Andaluces Tartesios, como sintiéron aquel movimien-
to, la gente del campo venia corriendo por diversas
8 partes. Algunos hacian señas desde las atalayas y des-
cubrideros altos, para que los desmandados se reco-
9 giesen y salvasen donde podrian. Y así despues de jun-
tados la mayor parte dellos, diéron al arma por el
real con grandes alaridos, tomando los aparejos que
primero hallaban á mano para salir á la pelea: con
los quales aparejos venian á mucha priesa como se les
antojaba, sin esperar Capitan ni bandera, descompues-
tos y desatinados, y se metian en los Cartagineses,
no haciendo mas caso dellos que si no fueran hom-
10 bres, ni traxeran armas, ni supieran pelear. Y á los
primeros que saliéron andaban trabados con quantos
Cartagineses topáron en la delantera, combatiendo muy
11 recio todos ellos. Otros venian á manadas para los ayu-
12 dar, desparcidos en diversos lugares. Muchos que no
salian tan presto daban priesa para tomar armas y lle-
gar á lo mesmo, todo con tan gran confusion y bu-
llicio; pero con mayor osadía de lo que quisieran sus
contrarios, tanto, que con el ímpetu solo quando lle-
gáron les pusiéron increible turbacion; y poco faltó
que no les deshiciesen los esquadrones delanteros, rom-
piéndolos á diestro y á siniestro hasta casi la meitad.
13 Mas luego recudió la gente trasera con su Capitan Has-
drubal, y comenzáron á les tomar las espaldas para
14 los rodear en todas partes. Y como los Andaluces aco-
metedores fuesen pocos y desordenados, y los Carta-
gineses muchos y muy trabados en su concierto, co-
nociéron los de Calbon á poco rato la mala defensa
que tenian: y viéndose cercados entre tanta multitud
de contrarios, y que por detras y por delante los em-

pu-

pujaban al medio, comenzáron á se mirar los unos á los otros como gente confusa, y á remolinarse para pelear en la redonda: lo qual en la postre les traxo gran inconveniente: porque con deseo de hacerse todos un tropel, y juntar armas á fin que los enemigos no les entrasen, apretáronse tanto, que trabajosamente las podian mandar, ni herir con ellas á quien tenian delante. Los Cartagineses en esta sazon acabáron 15
de cerrar sus quarteles á todas partes, y mataban en los Andaluces á su voluntad gran espacio del dia, sin tomar á partido ni prision hombre dellos. Calbon en las mesmas horas andaba dentro de su real, deteniendo quantos él podia que no se desmandasen: y junto con esto fortificaba sus baluartes y reparos para conservar aquella poca gente que le restaba, procurando de se rehacer adelante para renovar despues la contienda, si no que acaso luego sintió las voces y gritos que se daban en la batalla: y conocida la desventura de sus amigos, sin poderlo mas comportar salió corriendo como persona desesperada con algunos de sus aficionados: los quales, dado que pocos, no llegáron tan floxos, que mucha parte del exército contrario no diese la vuelta para los recebir: y con esto quantos primero se hallaban rodeados entre la gente Cartaginesa, como tuviesen vagar en dexarlos de herir, aquellos que revolvian contra Calbon, embrazáron reciamente sus escudos, y refirmáron en las manos eso poco de las espadas que tenian, y dan por el un lado que mas los acosaba tan rabiosamente, que derrocáron gran golpe de los enemigos, abriéndoles un portillo por donde salió parte dellos, y se librán ron á su pesar en las montañas y sierras que caian allí cerca. Tras aquello, si gentes algunas habia metidas 16
en el real, fuéron puestas en huida, desamparándolo todo: porque ni de Calbon ni de quantos le siguiéron en aquel socorro quedó persona viva, ni se halló

17 quien bastase para remediar tan gran desventura. Luego los lugares cercanos el dia siguiente viniéron al exército del Capitan Hasdrubal pidiendo perdon de sus culpas; y poco despues las otras poblaciones mas adelante, que principiáron y fuéron ocasion de todos estos levantamientos, hiciéron lo mesmo.

CAPITULO XXI.

Como llegáron en España mensageros de la gran Cartago, mandando que su Capitan Hasdrubal Barcino pasase luego en Italia para se juntar con Hanibal: y primero que saliese della proveyéron en su lugar otro Capitan, llamado Himilcon, que mantuviese por acá la guerra contra los dos Scipiones: y de la mudanza que desto se recreció por algunos pueblos Españoles.

1 Ninguna persona dudaba que la pacificacion destos Españoles Andaluces traeria sosiego general para todas las otras naciones comarcanas, segun el escar-
2 miento cruel que padeciéron. Y traxérala ciertamente, como todos creian, si pocos dias adelante no vinieran Embaxadores nuevos en España de la Señoría Cartaginesa, con instrucciones y consultas de gran calidad en el hecho destas guerras: entre las quales era muy principal un artículo, donde se declaraba convenir á la reputacion y dignidad de su república, que puestos acá los negocios en el mejor estado que podian tener, Hasdrubal recogiese quantas banderas hallaria mas aparejadas y mas bien armadas de los Españoles sus confederados, y con ellos y con la mayor parte del exército viejo procurase de pasar en Italia, para se juntar con el Capitan Hanibal, y trabajasen ambos hermanos en destruir á Roma, pues faltaba ya
3 poco para lo hacer despues de la batalla de Cañas. Ro-

ma

ma destruida, quedarian sus Capitanes en España desamparados y sin cimiento, y la podrian sojuzgar á ella y á ellos sin estorbo de nadie, juntamente con todas las provincias Italianas. Este mandado puso gran 4
alteracion á muchos pueblos Andaluces deseosos de novedad, creyendo que si se hacia la jornada, salido lo mas de los Cartagineses con Hasdrubal fuera de su region, seria cosa fácil echar della quantos quedasen: y siendo menester llamarian Romanos, y los meterian entre sí para se conservar. No se puede decir los mur- 5
mullos, y pláticas, y regocijo que todos traian, concertando lugares, y lances, y maneras con que lo pondrian en obra quando fuese tiempo, como si desde muchos dias ántes hubieran esperado tal aparejo. Tam- 6
bien los dos Scipiones quando supiéron aquella mensagería comenzáron á moverse, determinados á resistir esta pasada, por ser averiguado que si se hacia, las cosas Romanas en Italia correrian grandísimo peligro. 7
Luego sus galeras y fustas mayores y menores, pocas á pocas fuéron metidas en la mar, y Cornelio Scipion con ellas. Neyo Scipion apercibió las banderas de los 8
aposentos, y requeria con gran importunidad la gente de los Catalanes y de los otros Españoles sus amigos, para los tener aparejados al tiempo del menester: de manera, que los bullicios y diligencias, dado que secretos en toda parte, fuéron contínos y muy cuidosos, tanto que sentidos por Hasdrubal Barcino, despachó tambien él mensageros y letras á la gran Cartago, replicando muchas veces en ellas quanto daño hacia la fama de su partida por aquellas naciones y gentes: y que si todavía porfiaban en ella, les hacia saber como primero que sus exércitos pasasen el rio Ebro serian las Españas de los Romanos, pues allende que no tenia consigo Capitan ni defensa bastante que pudiese dexar acá, los dos Scipiones sus contrarios entrarian la tierra quanto mas adelante pudiesen:

los

los quales eran tales, que con igual poder habia dificultad en resistilles, quanto mas dexándolos libres y
9 sin estorbo. Por tanto, que le parecia, si de las Españas hacian alguna cuenta, pues eran la substancia de todo su ser, que convenia señalar Capitan esmerado y bastante, que viniese luego desde Cartago con
10 exércitos poderosos. Y mas les avisaba, que la tal persona fuese calificada para poder entender en esto: porque dado que con los Romanos acabase sus hechos tan venturosamente quanto podria desear, era cierto que la mesma gente de los Españoles no se le mostrarian ociosos, ni tenian condicion para jamas reposar en las armas, y le darian tanto que hacer solos ellos, que todo su valor y diligencia le fuese bien me-
11 nester. Estos mensages, puesto que quando llegaban moviéron algo la primera determinacion de los Príncipes Cartagineses, al cabo despues de muy considerado lo que contenian, no quisiéron revocar alguna cosa de lo concertado, mandando que necesariamente su Capitan Hasdrubal Barcino se determinase para venir en Italia muy en breve, pues las cosas allá parecian tener lugar al presente para se concluir y fenecer, solamente proveyéron ántes de su partida, que cierto Caballero nombrado Himilcon, hijo de Bomilcar, viniese para residir en su lugar: el qual acudió luego tras los mensageros que traian la respuesta, con exército de gentes y de galeras bien aparejadas, y suficientes para retener las Españas por mar y por tier-
12 ra. Su desembarcacion fué donde no quisiera, constreñido con tormenta de la mar en un puerto peligroso, cuyo nombre ni sitio no declaran nuestras Corónicas. Solo dicen ser los moradores gentes aficiona-
13 das y parciales al bando Romano. Pero como Himilcon no pudiese ménos hacer de salir á tierra por esta parte, reconocidos todos los inconvenientes y dificultades que tenia despues de reposada su gente, mandó

dó sacar fuera del agua todos sus navíos: y dexándolos cercados al derredor con palenques y fosas, para que nadie se los pudiese llevar ni quemar, él salió deste puerto con algunos caballos ligeros muy secretamente, caminando noches y dias, hasta llegar al aposento del Capitan Hasdrubal, pasando por pueblos dudosos y contrarios á su parcialidad, en que sufrió temores y trabajos asaz peligrosos: y sufriera mucho mas si las prestezas y priesa que se daba no le valieran. Quisó tomar este viage por tierra mas que por la mar, 14
á causa que las galeras Romanas, allende ser mucho mayor número que las suyas, andaban puestas en paradas, repartidas en aquellas marinas, y corrian todos sus traveses con tanta solicitud y diligencia, que no se les iba barca ni persona por menuda que fuese, dado que se desviasen muy léjos. Llegado, pues, Hi- 15
milcon al Capitan Hasdrubal, y platicados entre los dos quantas instrucciones, y mandamientos traia de Cartago, sobre lo que debia concluir en el artículo de su partida, tornóse para su real muy informado tambien él del mesmo Hasdrubal en la manera que le convenia tratar adelante la guerra de España. Tornó 16
con igual priesa y algo mayor de la que traxo quando venia, pues en cosa ninguna podia tener mejor seguridad que pasar á toda furia hasta salir de las provincias por donde caminaba, segun eran llenas de contrarios. Hasdrubal, visto que ya por ninguna suerte po- 17
dia rehusar ni contradecir la jornada de Italia, suplió sus banderas faltosas con los Españoles que pudo, dellos traidos por halagos y cautelas, y dellos por fuerza y premia de las villas y regiones que tenian su confederacion. A los quales demandó primero que mo- 18
viese los exércitos gran copia de tesoros, acordándose que quando Hanibal salió de las Españas habia redimido con dineros muchos pasos por donde caminaba, que le fueran dificiles de sobrepujar, si desta ma-

ne-

nera no ganara la voluntad á quien se los podia de-
19 fender. Sabíase mas, que quantas ayudas de gente Francesa le siguiéron en aquella jornada, todas habian sido ganadas á fuerza de dineros: y conocíase muy averiguado, que sin aquella gran suma de riquezas que sacó de los Españoles, nunca bastara para llegar en Ita-
20 lia ni para tocar á los Alpes. Con rezelo desto quiso tambien Hasdrubal ir bastecido de lo necesario, para
21 si le viniese tal necesidad tener el remedio presto. Y así recogidos aquellos tesoros (como digo), que fuéron excesivos en cantidad y mucho preciosos, comenzó de mover sus exércitos ordenadamente contra las riberas del rio Ebro.

CAPITULO XXII.

De las cautelas y rodeos que los dos Scipiones Romanos buscaban para detener al Capitan Hasdrubal en España, vedando quanto podian la jornada que pretendia hacer en Italia: y como finalmente viniéron á pelear una batalla famosa donde le desbaratáron y deshiciéron todos los aparejos y principios de su viage.

1 Sobre todos estos conciertos traian los Capitanes Romanos muchas espías encubiertas derramadas en el Andalucía y en la ciudad de Cartagena, que les avisa-
2 ban contino de quanto se podia saber. Y como fuéron informados, que ya los Cartagineses comenzaban su viage por tierra, sin haber alguna memoria de venir ellos ni parte suya por mar, Cornelio Scipion dexó las galeras en que solia residir, poniéndolas en puerto seguro con suficiente recaudo para su gobernacion: y sacados los peones que buenamente les pudo tomar, él se vino con ellos al exército de Neyo Scipion, para que

que juntos ambos hermanos muy bien aparejados, dexadas todas cosas pudiesen llegar al encuentro de sus enemigos, y morir, ó vedalles esta jornada: porque como ya declaramos en lo pasado, si las guerras en Italia no se podian comportar ni resistir, tratándolas Hanibal solo, parecia claro, que sobreviniendo Hasdrubal en aquella coyuntura, destruirian la potencia Romana sin algun remedio. Fatigados en este cuidado 4
los dos Scipiones, moviéron luego desde Tarragona contra las riberas del rio Ebro para juntar sus banderas, quantas habian sacado de los aposentos con las de los Españoles sus confederados: y como las tuviéron recogidas, pasáron el rio primero que los enemigos pudiesen llegar á él. Puestos allí consultáron algunos dias, 5
quál seria mas apropiado para detener al Capitan Hasdrubal, ó combatir algun pueblo de su parcialidad, ó llegar los reales Romanos á las estancias contrarias, poniéndoseles delante donde quiera que caminasen. Final- 6
mente despues de muy platicado lo que debian obrar, tuviéron por mejor ir á poner sitio sobre cierta poblacion Española de las viejas, confederadas al bando Cartagines: la qual por estar muy cercana del rio Ebro, que (como ya muchas veces tengo dicho) los antiguos solian llamar Ibero, tambien ella se decia Ibera, segun escribimos en el quinto capítulo del primer libro, quando declaramos la sazon y los dias en que fué cimentada. Esta dice Tito Livio ser cindad suntuosa, de 7
mucha reputacion y valor, al tiempo que se trataban estas guerras en España con los Cartagineses: los quales tenian aquí su frontería contra Tarragona, para correr ellos, y defender la ribera del rio sobre la mano derecha, vedando que sus adversarios no se desmandasen á los otros lados: y como tal imaginaban los dos Scipiones, que si la comenzasen á combatir, Hasdrubal y todos los demas acudirian á la defender, y de fuerza se revolverian allí con ellos y les darian batalla, sin

que bastasen á la rehusar, pues en otra manera dexarian qualquier afrenta, hasta se ver fuera de las Espa-
8 ñas. Verdaderamente segun pareció, muy bien acertáron los Scipiones en lo que sospechaban: porque como fué declarado su camino contra la ciudad de Ibera, Hasdrubal vino muy apresurado pocos dias ántes, y la proveyó de mantenimientos y gentes en abundancia: pero no quiso parar en ella, por hacer esta guerra con el mesmo pundonor, y las mesmas cautelas que se la hacian, sino dió vuelta sobre cierto lugar allí cerca, que tambien habia tomado nuevamente la voz y parte Romana: del qual no señalan nuestras Corónicas, ni las Romanas tampoco qué nombre tuviese, ni dónde caia, ni cosa por donde lo podamos atinar, mas de que confiesan todas ellas, haber sido causa que los combates de la ciudad Ibera cesasen, alzando los Scipiones de todo su punto su real y su cerco que le tenia puesto, con voluntad que despues adelante la fuerza de la guerra cargase toda sobre los exércitos del Capitan Hasdrubal Barcino, pues parecia que los llama-
9 ba. Con esto sin mucho trabajo los unos llegáron á vista de los otros, y los Romanos asentáron sus estancias cinco mil pasos apartadas de las estancias Cartaginesas, que hacen poco mas de una legua Castellana, donde todos ellos paráron algunos pocos de dias, trabándose muy á menudo los que salian al campo de
10 toda parte con escaramuzas y recuentros. Algunas veces hubo revueltas tan enojadas, que para no ser batallas campales, pasaban de peleas medianas, y siempre duraban en aquel estilo, creciendo las competencias y los enojos quanto mas iban adelante, hasta que poco despues un dia de mañana comenzáron en ambos exércitos á sonar las trompas mayores sobre las puertas y fosas que tenian en el contorno de sus palenques: las otras bocinas menores andaban tocando por la parte de dentro, segun su costumbre, dando

do señal de batalla, para que la gente curase de sus cuerpos, y comiesen, y se hallasen alegres y recios en el afrenta venidera. No tardó mucho, que los unos y 11
los otros, como si vinieran hechos de habla saliéron al campo con sus haces tendidas, y batallones reglados para romper. Los Romanos tomáron un sitio le- 12
vantado bien llano, por la vuelta mas alta de la tierra, donde vian los hoyos y recuestos de todo su rededor: en tal manera, que de ningun cabo podia nadie llegar sin ser descubierto. Venian ordenados todos ellos algo 13
juntos, como que hiciesen un batallon entero: pero divididos á la verdad en tres haces muy bien distribuidas. La principal haz pusiéron en el medio, con to- 14
das las banderas, y con todos sus Alféreces, acompañados de muchos mancebos los mas bien armados y mas diestros en la guerra de quantos traian en el exército, concertados en quarteles á número conveniente. Las otras dos haces tomáron ambos costados á dies- 15
tro y á siniestro deste batallon. Y todo lo restante que 16
por la mayor parte fué gente de caballo, donde podrian estar poco mas de mil y quinientos hombres, ciñéron los lados postreros del peonage. Ya por estas 17
horas salia tambien Hasdrubal Barcino fuera de sus reales con las haces juntas en otro cuerpo, repartido con tres listas, casi de la mesma suerte que venian los enemigos. La batalla del medio traian los Españoles, 18
sin mezcla de nacion, para que segun Hasdrubal esperaba, fuese lo mas dificil del acometimiento. El cuer- 19
no siniestro tomó la gente de las provincas Africanas, como son Moros, Berveruces, y Marroquenos, con otros de semejante calidad: entre los quales Hasdrubal hizo llegar los caballos que traia cogidos á sueldo de diversas tierras. En el otro cuerno derecho cayéron los 20
Cartagineses y sus ayudas, tambien á caballo contra la parte de fuera. Las quales ayudas eran todas de la re- 21
gion llamada Numidia, gente libre, sin reconocer Se-

ñorío de Cartago, dado que le fuese comarcana, pero seguian su guerra por sueldo, como la seguian muchos otros. Y fuéron tenidos estos Numidias en aquel siglo por hombres mas diestros y mas desenvueltos á caballo para pelear y hacer la guerra, de quantos al presente se conocian. Casi los mas dellos acostumbraban á traer dos caballos juntos: y venidos al afrenta, quando muy trabados andaban con sus adversarios, si sentian el caballo cansado, saltaban en el otro, con tanta ligereza suya dellos, y con tanta destreza de los caballos enseñados en esto, que nadie se lo podia ve-
22 dar. Con aquella buena costumbre duraban en la pelea mucho mas que ningunos otros, y la quistion era siempre doblada con ellos. Todos los otros de caballos sencillos, y los Africanos que sobráron, puso Hasdrubal ante los lados restantes, divididos en la manera que mejor le pareció, con seis Elefantes armados, que pocos dias ántes le traxéron de Cartago. Estando las haces en esta disposicion las Capitanes principales que las gobernaban cada qual andaba visitando los suyos, alegrándolos, y hablando segun era menester, teniendo todos en cada parte gran esperanza de la victoria: porque mirada la manera de su gente, no hallaban razon para desconfiar ninguno dellos, pues en el número de ser mas ó menos, y diversidad de las naciones,
23 habia muy poca ventaja de los unos á los otros. Si Hasdrubal y sus Capitanes tenian extrangeros consigo, lo mismo tenian los Scipiones: y si tambien estos tenian Romanos naturales suyos, Hasdrubal tenia Cartagineses, y muchos Africanos, que no ménos le fuéron aficionados y deseosos de favorecerle en sus hechos á todo tiempo: mas á la verdad tomada por sí cada parte del exército, diferentes eran en la voluntad, á causa que los Romanos, puesto que peleaban en España, léjos tanto trecho de la tierra donde naciéron, sus Capitanes les habian declarado primero lo mucho que po-

nian

nian en este trance, donde no solamente les iba las honras y la vida, con el señorío de todas las Españas, sino tambien el estado de las gentes Italianas, y mas la salud y libertad de su propia ciudad, en que tenian sus padres, y parientes, mugeres, hijos y haciendas, y las otras cosas de su principal aficion: las quales iban perdidas á remate, si no vedasen el camino del Capitan Hasdrubal, en que todo consistia. Por esta razon la 24
gente Romana, conociendo depender en aquella pelea la vuelta que deseaban á su tierra, con el descanso que tanto les convenia, quedáron endurecidos y determinados para morir, ó vencer. Harto ménos porfiados hombres, y de muy diversa consideracion tenian las batallas del Capitan Cartagines: porque como los mas dellos fuesen Españoles inclinados á los pueblos y lugares en que naciéron, parecíales mejor ser vencidos en España, que vencer para salir en Italia, con tantas fatigas y peligros, quantas se les aparejaban en el camino, mayormente llevándolos Hasdrubal apremiados, y casi por fuerza.

Así que como las batallas fuéron ordenadas en aque- 25
lla manera sobredicha, comenzáron á moverse por ambas partes: y los Romanos ántes de venir á juntar, despendiéron en sus enemigos una ruciada de dardos, segun lo tenian de costumbre, con que los embarazáron un poco: mas no los habian bien acabado de gastar, quando la batalla contraria del medio que traian los Españoles, puso las picas ó lanzas en el suelo, dando señal, que si los dexasen, holgarian de cesar la quistion. Los Romanos del medio saliéron luego muy 26
alargados contra fuera, creyendo que de temor lo hiciesen. Y como los Españoles aquello viéron, dexadas de todo punto las picas, empuñan las espadas, y sin las acabar de sacar, puesta siempre la cara sobre los que venian á ellos, diéron algunos pasos atras. Esto fué causa que sus enemigos fronteros tomasen mayor co-

codicia de los embestir: y puesto gran ímpetu para los alcanzar, alargáron tanto sus quarteles, que se pudieran ver en peligro, por quedar poco firmes y derramados, si las hileras delanteras no se detuvieran: y si los Españoles contrarios en aquel momento no deshicieran las ordenes, y se desparcieran arrancadamente por
27 diversas partes, sin bastar nadie para los detener. No desmayáron por esto los otros lados de la batalla Cartaginesa, dado que les fué gran perdicion la falta de sus Españoles: ántes considerando lo mucho largo que tomáron estos Romanos del medio, pareciéndoles que venian abiertos y sueltos de las otras compañías, cargáron como valientes hombres: por la parte derecha los Cartagineses, y los Africanos por el otro costado frontero, comienzan á darles priesa, tendidos quanto buenamente podian en dos brazos, creyendo que bastarán á ceñir esta lista Romana del medio, para la desmembrar del cuerpo principal de su batallon, y to-
28 mados entre sí, matar en ellos hasta se hartar. Pero luego sin detenimiento recudió lo que faltaba del exército Romano, con todas sus ayudas y firmezas, tan cerrados y tupidos, que tuviéron asaz fuerza para hender los lados Africanos, trastornándolos contra la parte de fuera: y allí como les tomasen el esquadron al través, volviéron los cuerpos sin menearse del sitio donde venian, cada qual á su mano, haciendo frente
29 las partes que primero traian por costados. Y con esto la pelea se comenzó de trabar en las hileras ultimas, sin que los principios, ni medios, ni la trasera del es-
30 quadron hiciesen movimiento. No tardó mucho que los Romanos sintiéron la ventaja que tenian en estar mas enteros, y quedarles mas número de gente, despues que faltáron los quarteles del medio: con lo qual á poco rato todos los peones Africanos fuéron acabados de vencer, y la mayor parte dellos hechos peda-
31 zos. Publican las Corónicas Romanas, que si los Espa-

ño-

ñoles al principio no desampararan la batalla tan de rondon, y tan de voluntad, ántes que llegasen á las manos, quedaran tambien allí muertos, como quedáron los otros á quien seguian: y casi nadie del exército contrario se pudiera librar. Las Corónicas Africanas cer- 32
tifican y porfian, que si sus Españoles pelearan, los Romanos y quantos Españoles eran al otro su bando contrario, fueran destruidos y rotos. Lo qual parece 33
que pueden bien decir, segun la batalla duró largas horas dudosa y combatida. El afrenta de los caballos 34
tampoco tuvo dificultad: porque como los de Numidia con otros Moros en las esquinas del esquadron viéron deshecha la fuerza del medio, recogidos ante sí los seis elefantes, y puestos en huida, dexáron desnudas y sin defensa las orillas del batallon que siempre trabajaban. Solo Hasdrubal Barcino quedó sosteniendo 35
la furia hasta los postreros fines; y vista ya sin remedio la pérdida de su gente, no pudiendo mas hacer, salió de la matanza por el camino de Cartagena, con algunos pocos que le siguiéron. Luego los reales Car- 36
tagineses fuéron tambien tomados y robados, y seguida la victoria por todo cabo: lo qual dió gran ocasion á que muchos lugares Españoles dudosos en la parte que deberian favorecer, se declarasen abiertamente por los Romanos. En los hechos venideros pareció quedar 37
Hasdrubal atajado, no solo para llevar esta vez algunos exércitos en Italia, sino para poder estar en España seguro, segun lo dexaban maltratado.

CA-

CAPITULO XXIII.

Como los Cartagineses Africanos, entendida la nueva de sus rompimientos en España, proveyéron á Magon Barcino, hermano del Capitan Hanibal, con mucho socorro de gentes, y tesoros y navíos, para lo remediar. La Señoría Romana por su parte quiso dar manera como se fortificasen acá los exércitos Españoles, para continuar y sostener todas aquellas buenas diligencias comenzadas.

1 Llegado Hasdrubal á Cartagena, mal acompañado de la pequeña sobra de sus exércitos, presto fuéron con él todos los principales moradores de la tierra comarcana, para saber su voluntad, y sentir lo que
2 determinaba hacer en los negocios venideros. No tardó mucho de venir tambien Himilcon, hijo de Bomilcar, con aquellos navíos y gente que diximos haber tomado tierra los dias ántes: el qual, conocida la rota del campo Cartagines, y visto que las galeras Romanas habian desocupado la mar, como ya lo contamos, y perseveraban todavía recogidas en sus puertos, sin gente de guerra bastante para salir fuera, determinó primero que Cornelio Scipion las guarneciese de nuevo, sacar él tambien las suyas: y sin correr otro peligro se metió con ellas un dia de mañana por el puerto de Cartagena, donde fué muy bien recebido del Capitan General, y de los otros sus vecinos y ciudadanos.
3 Pocos dias adelante llegáron al mesmo puerto de Cartagena, sin lo sospechar Hasdrubal, sesenta galeras largas Africanas, llenas de muy buena gente, que traia Magon Barcino, hermano tercero suyo dél y del capitan Hanibal, hijos todos tres del gran Hamilcar Bar-
4 cino. Este Magon siguiendo la guerra con Hanibal en Italia, segun ya declaramos en los diez y siete capítu-

tulos pasados, era venido pocos dias ántes en la ciudad de Cartago, despues de sucedida la rota de Cañas, con relacion larga de todos los hechos y pasos victoriosos acontecidos en aquella batalla, generales y particulares: y la Señoría Cartaginesa le tenia proveido nuevamente para tornar en Italia con aquellas sesenta galeras bastardas, y diez y seis elefantes armados, y mil y quinientos caballos, y doce mil peones. Otros afirman veinte mil, y muchos veinte y dos mil, y mas una gran suma de dinero para su paga: los quales él habia puesto sobre la punta del agua, que no les faltaba ya sino tiempo para comenzar el viage, quando llegó la nueva reciente del mucho daño que sus Capitanes y valedores recibiéron en España. Por esta causa pareció que se debia mudar aquella primera determinacion, y mandar nuevamente que con toda la pujanza de su flota, sin faltar cosa della, socorriese luego los exércitos Españoles: de manera que su venida fué tan á sazon y tan á tiempo, que ninguna lo pudiera ser mas. Y con el número destas galeazas, y con las otras galeras de Himilcon, hijo de Bomilcar, que tambien fué razonable cantidad, el puerto de Cartagena hervia lleno de navíos, y la ciudad mucho mas, con gentes armadas que casi no cabian dentro, tan alegres todos ellos, y tan puestos en órden que no sintiendo la rota pasada, se determinaban otra vez á sacar sus banderas en campo para buscar los Scipiones, y les dar abiertamente la batalla campal de poder á poder: lo qual si se hiciera como se platicaba, parecia llevar buen camino. Pero cesó la prosecucion desto (segun imaginamos) por la gran falta de salud que las memorias de Juliano Diácono señalan haber tenido los fines del verano presente, con pestilencia cruel y mengua terrible de mantenimientos en muchas partes Españolas: los quales daños debiéron ser mayores en la region donde se trataban aquellas discordias, por el aparejo que

5 6 7 8

9 las guerras contínas traen á semejantes infortunios. Entre tanto los dos Scipiones en el fin del estío despacháron mensageros á la Señoría Romana, dándola cuenta por letras y relacion muy larga de sus victorias, y
10 de las otras cosas prósperas acontecidas en España. Declaraban le tener mengua de dineros y de vestiduras y de trigo para sus gentes, y para los otros amigos que continuaban esta guerra con ellos, á quien faltaba mucho de lo necesario, puesto que quanto al artículo del dinero, para satisfacer las pagas y banderas Romanas, y las de ciertos Españoles que ya comenzaban, dado que muy pocos, á tomar parte de sus acostamientos en alguna moneda, dixéron que si por caso los depósitos y tesoro Romano se hallasen gastados y menesterosos, buscarian ellos alguna cautela con que sacar acá metal para lo hacer de los pueblos sus confede-
11 rados, en la mejor disimulacion que pudiesen. Lo demas no tendria remedio si no lo proveian desde Roma, pues en otra manera ni sus exércitos, ni la tierra se
12 podrian conservar. Los mensageros fuéron muy bien recibidos quando llegáron á Roma, con tal placer y regocijo, qual solian ser otros que los años ántes venian á semejantes embaxadas: y la victoria particularizada por ellos en palabra mucho mas de lo que traian las letras, fué muy alabada y estimada, haciendo sacrificios y plegarias en todos los templos de sus ídolos, no tanto por haber sido grande, quanto por el alegria que recibiéron en estorbarse con ella la pasada del Capitan Hasdrubal en Italia con sus ayudas Españo-
13 las de cuyo temor estaban allá temblando. En lo demas dilatáron la respuesta por algunos dias hasta ver en qué modo podrian efectuar la provision destas necesidades, pues no se hallaba persona dentro de Roma, que visto su mensage no conociese bien claro ser gran verdad quanto los Scipiones decian, y justo quan-
14 to demandaban. Al fin buscada cierta manera, dado

que

que dificultosa para lo remediar, la Señoría Romana permitió que los mensageros se tornasen, con certificacion que muy presto meterian en España todo recaudo de lo que se pedia. Y así vueltos á Tarragona 15
brevemente diéron otras letras á los Scipiones, en respuesta de las suyas, donde los Cónsules y Gobernadores de la Señoría les mostraban crecidos agradecimientos de su bondad, y de sus esfuerzos y prudencia, rogándoles que siempre lo llevasen adelante, como tan generosos caballeros y de tan alta sangre lo debian hacer. Agradecíanle otrosí, la consideracion que tu- 16
viéron á los menesteres y gastos del tesoro Romano: los quales certificaban ser tan demasiados, que parecia milagro poderse comportar: en especial por esta sazon quando las cartas viniéron, que (segun en ellas decian) allende la pendencia Cartaginesa les era recrecida nueva discordia con Philipo Rey de Macedonia, príncipe valeroso, señor de muchas gentes y muy armadas, y de mucha disposicion para hacer daños en Italia, por caer ambas tierras tan vecinas y cercanas, que los puertos de mar en una, salen fronteros y derecho á los puertos de mar en otra, como son Velona y Durazo de Macedonia, que miran á Barleta, Brindez, y Otranto, puertos Italianos en la provincia de Pulla, dividiéos todos ellos con poco mar. El fun- 17
damento desta nueva guerra declaraban los mensageros acá despues de venidos, que fué por haber aquel Rey Philipo jurado ligas y capitulaciones con Hanibal, en que prometia de traer en su favor docientas naos gruesas armadas, y venir en Italia para destruir sus marinas altas y baxas, y no ménos por la tierra que por el agua hacer guerra brava contra los Romanos á su parte, con tal condicion, que siendo fenecidos aquellos debates, todas las provincias Italianas y Roma juntamente con las preseas y robos habidos allí, fuesen de los Cartagineses: y pacificadas las tierras, Hanibal y

sus exércitos pasasen á Grecia, para conquistar qualesquiera señoríos y reynos que Philipo señalase, quedando por él todas las insolas de mar, y ciudades de
18 tierra, que caerian fronteras á Macedonia. Decian otrosí los mensageros, que quando partiéron de Roma, Cerdeña y Sicilia, quedaban muy peligrosas, por se hallar tan sumidas y fatigadas, que ya no bastaban á responder con el salario de las justicias y ministros Romanos residentes en ellas, quanto mas con el sueldo de las banderas que la defendian: para cuya paga les echaban cada dia tributos y pechos extraordinarios en grave cantidad y sabíase cierto, que si Hieron el Rey Zaragozano de Sicilia, de quien hablamos en los capítulos primero y segundo del quarto libro, que vivia por este tiempo, dado que muy viejo, no sustentara la parte Romana, Si-
19 cilia se rebelara notoriamente. Cerdeña ya no quisiera mas de ver en la mar algunos navíos y socorro de la gran Cartago, para se mudar con todos sus pueblos inducidos por un caballero Sardo su natural, que llamaban Arsi-
20 cora, de los mas poderosos y mas acatados en ella. Declaráron tambien aquellos mensageros quando volviéron á Tarragona la cautela prudente que Roma tuvo para sacar y bastecer entre tantas dificultades la provision de vestidos, vituallas y dineros que los Scipiones pedian, y fué poner á pregon las rentas de la Señoría, mandando que los arrendadores públicos las pujasen de nuevo con manifestacion de las ganancias que los otros años pasados habian sacado dellas, y prestasen las tales ganancias á la república para que quando los tesoros de su ciudad estuviesen rehechos y ricos, les
21 fuesen tornadas con sus intereses. Aquello decian haber aceptado tres compañías de vecinos Romanos por hacer bien á su pueblo sacadas dos condiciones: la primera, que las tales rentas quedasen rematadas por tres años siguientes en el precio que se tomaban al presente: la segunda, que todos los bastimentos, paños,

ar-

armas, vestiduras y vituallas, siendo puestos en la mar para traer en España, fuesen al riesgo de la comunidad, y no suyo dellos, ni tuviesen obligacion de lo segurar, dado que se perdiesen con tormentas, ó lo tomasen enemigos: lo qual todo se les otorgó como pedian para socorrer la fatiga de sus exércitos en España, y para favorecer aquellos dos hermanos Scipiones sus Capitanes honrados que tan alta cuenta daban de sí.

CAPITULO XXIV.

Como Himilce, la muger de Hanibal, y su hijo Haspar diéron fin á sus dias, y poco despues un pueblo principal del Andalucía, que nombraban Iliturge se rebeló contra Cartago, tomando la parte Romana: sobre lo qual hubo recuentros y peleas muchas y muy bravas: los Africanos por lo cobrar y reducir á su confederacion, y los Romanos por lo defender y conservar en la suya.

Por aquellos dias mesmos en que tal diversidad y mudanza de negocios andaba, la pestilencia de quien hablamos en el capítulo pasado, cundia muchas partes y regiones, quanto mas iba, hasta venir á los pueblos Andaluces y su comarca, donde sin la gente vulgar que siempre fallecia, muriéron personas caudalosas y de gran reputacion al bando Cartagines: entre las quales pereció Himilce, muger del Capitan Hanibal, en la ciudad de Castulon, ó Cazlona con una gran parte de sus aficionados y parientes: poco despues falleció tambien Haspar su hijo, niño pequeño de pocos años, cuya muerte juntada con las otras, desocupó mucho las tierras vecinas á Cazlona para poder obrar sus naturales dellos algunos movimientos contra los exércitos Africanos. El primero que comenzó la mudanza llamaban por aquellos tiempos Iliturge, cuya postura solia ser

ser en el camino casi derecho que los antiguos hacian viniendo desde Córdoba para Cazlona, desviado de Cazlona veinte y siete mil pasos de trecho, que toman algo mas de seis leguas medianas en España: desviada tambien quarenta mil pasos de Córdoba, que son justas diez leguas comunes, como lo hallamos en el tratado de los caminos viejos, compuesto por el Emperador Antonio Pio. Tenia su fundacion Iliturge, sobre la ribera de Guadalquevir, á mano derecha, segun Plinio lo declara: las quales señas pertenecen cabales y propias al pueblo nombrado por estos nuestros dias Andujar, ó muy cerca dél. Una poblacion tenemos agora, que dicen Ilitur en el reyno de Murcia junto con Alcaraz, conocida de nuestra gente, por la primeza de las alhombras labradas allí: del qual se podria sospechar, mirada la semejanza del vocablo, que debió ser aquel Iliturge, de quien tratamos agora: pero verdaderamente no lo fué, pues Iliturge caia dentro de la provincia nombrada Betica, junto (segun dixe) con Guadalquevir, discrepante del asiento que hallamos en Ilitur, fuera de la Betica vieja del Andalucía moderna. Mucho mas erraria quien lo hiciese Medina-Cœli, como lo hacen las escrituras del Obispo de Girona, mal trazadas y mal compuestas en el arte de Cosmographia; pero desto presto tornarémos á hablar en otros capítulos del sexto libro. Tenian los Españoles moradores en Andujar ó Iliturge todos los años pasados guarnicion y banderas Cartaginesas dentro de su pueblo, para conservar aquella region en su parcialidad: y como los hombres vulgares quando tratan guerras y turbaciones, por la mayor parte sean excesivos en sus obras: bien así por esta sazon aquellos Africanos de la tal guarnicion, con esta revuelta presente, hacian demasías en el pueblo, mas de las hechas en otros años: y bastaban á lo hacer por estar los Romanos sus contrarios en Cataluña, tan alejados desta provincia, que

na-

nadie podia tomar inteligencia, ni plática con ellos: y tambien por el favor de Himilce, siendo viva, que traia toda su parentela dentro desta liga, haciendo grandes amparos á Cartago: pero como la tal, y los tales fuesen ya muertos en aquella pestilencia que diximos, y la gente Cartaginesa no refrenase su mala costumbre: los Andujareños Iliturges enojados de tanta sinrazon, tomáron armas, y matando de presto casi todos los Africanos de la guarnicion, algunos pocos que pudiéron huir, saliéron del pueblo muy destrozados, y robados y heridos, y tuviéron á gran maravilla poder escaparse persona dellos, segun la diligencia, ferocidad, y braveza que los Andaluces ponian en su destruicion. Esto concluido los Iliturges diéron avisos en Tarragona de todo quanto pasaba, prometiendo que recibirian por allí gente Romana contra Cartago, para la meter y sustentar en el Andalucía, si los Scipiones acudian á su defensa como seria razon. Los Scipiones ofreciéron de lo hacer, y de venir con toda su potencia, sin dexar cosa por aventurar en tan importante socorro. Hasdrubal Barcino por el consiguiente sabido lo hecho, lastimado de novedad tan perjudicial y tan dañosa para su retencion en el Andalucía, salió de Cartagena con quantas banderas y pujanza pudo llegar, así de los Africanos que primero traxo Himilcon, y de los doce mil nuevamente venidos con Magon, como de los otros antiguos, y cursados en la guerra pasada, que siempre tenia cerca de sí: con los quales entró por aquella provincia rebelada, haciendo grandes castigos y crueldades ántes que la mudanza pasase mas adelante, ni pudiese nadie haberse movido de sus aposentos. 6 7 8

No se tardáron tampoco los dos Scipiones despues qué fuéron confirmados y ciertos en la perseverancia de los Iliturges, y reputaban á tan gran bien este lance, que sin detenerse momento, ni parar en alguna parte comenzáron á caminar noches y dias con dos 9

mil

mil caballos ligeros, y diez y siete mil peones en ordenanza, los quatro mil Romanos, y trece mil Espa-
10 ñoles. En el viage supiéron como Hasdrubal y sus compañeros Himilcon y Magon estaban ya sobre la villa de Andujar, dándole terribles combates, y poniéndolos en toda necesidad: pero la mayor fatiga que dentro sentian era falta de mantenimientos, y sobre todo de trigo, por haberles ocupado los caminos donde podia venir: y quando la villa se rebeló, hízose tan de súpito que no tuviéron espacio para recoger basti-
11 mento, ni lo tenian dentro. Con esto los Capitanes Romanos venian mas apresurados al socorro, tomando quantas vituallas, y trigo halláron donde quiera que pasaban, sin dexar cosa que buenamente pudiesen llevar, y cargáron dello bestias y mulos, y mucho carruage. Tenian los Africanos en aquella sazon asentados
12 tres reales en torno del muro, que casi lo ceñian todo, puesto que los dos reales primeros en que residian Himilcon y Magon, ni fuéron tan grandes, ni tan espaciosos, ni de tanta gente como los del Capi-
13 tan Hasdrubal. Y sabida la venida de sus contrarios, echáron ciertas banderas con hombres pláticos en la tierra para tomar qualesquier pasos malos y buenos en que pudiesen hacer daño, sobre todo quisieran detener á los que venian quanto fuese posible: porque ya la ciudad padecia tantos aprietos y hambre, que si dilataban el socorro no se podia defender, y convenia
14 rendírseles necesariamente. Contra las tales banderas Cartaginesas así proveidas enviáron los Scipiones el mayor número de sus caballos ligeros, acompañado de peones Españoles todos mancebos valientes y desenvueltos, mandándoles que salidos adelante desocupasen el camino para que las compañías andando traseras y libres pudiesen llevar la vitualla sin algun estor-
17 bo: lo qual ellos hiciéron mucho bien. Si hallaban lugar dificil en algunos cabos, anticipábanse gran trecho

cho primero que los Cartagineses llegasen: y si por ventura sentian otros pasos ya ganados ántes que viniesen, peleaban y porfiaban en la cobranza dellos hasta los haber y tener á su parte: de manera que siempre traxéron á los Cartagineses cogidos y desviados una jornada larga delante del exército principal, no consintiendo que pudiesen llegar á él, ni conocer, ni sentir quantos eran, ni la disposicion de las órdenes en que venian. Con esto la gente Romana caminó muy 18
á su descanso puestos en batalla reglada con los mulos, y carruage del bastimento, metidos entre sus esquadrones hasta llegar á la comarca del pueblo. Luego 19
como se halláron cerca, fuéron divididos en dos partes, una quedó con Neyo Scipion algo trasera, metida por unos recuestos disimulados que por allí se hacian bastantes á los encubrir, donde pusiéron quinientos caballos, y poco ménos de seis mil hombres á pie. 20
Con lo restante que serian algo mas de diez mil peones, y todos los otros caballos, acometió Cornelio Scipion los enemigos en el costado que Himilcon y Magon Barcino tenian sus reales, y vino por allí tan determinado, que sin bastar hombre Cartagines á se lo resistir, metió dentro de la ciudad quatrocientos mulos cargados de harina, con algunas cecinas en carros, y dos mil Españoles de refresco, para sostener el pueblo juntamente con los vecinos que dentro vivian: á los quales vecinos Cornelio Scipion queriéndose luego tornar, esforzó quanto pudo, rogándoles que mirasen por su libertad y conservacion, y defendiesen el muro con semejante denuedo, qual habia conocido de las banderas Romanas quando peleaban en su favor y socorro. No se pudo hacer esta diligencia tan sin pe- 21
ligro que primero mucha gente no fuese herida y muerta de todas partes, unos por estorbar la provision, otros por la meter, y socorrer los cerrados: así que despues á poco rato comenzando Scipion su tornada fue-

ra del pueblo, los Africanos hallándose corridos en haber pasado por ellos á pura fuerza, procuraban de
22 se vengar en la vuelta. Los golpes y ruido de la pelea sonaban ya muy claros en los otros reales mayores del Capitan Hasdrubal: y comenzáron á sacar por allí toda la gente, creyendo que si les atajasen el camino los heririan como quisiesen ántes que Cornelio Scipion se pudiese valer, ni huir de sus manos: mas al tiempo que trabajaban en aquello, mostráronse los otros esquadrones de Neyo Scipion sobre las cumbres y recuestos arriba dichos, puestos á punto de batalla, para reguarda de sus compañeros, con tal ademan y semblante, que los Africanos paráron un gran rato, creyendo que fuesen dobladas banderas de las que parecian: y desde allí Cornelio Scipion en aquel espacio que le diéron concluida su demanda tuvo lugar de se recoger á las mesmas cumbres, ó recuestos donde parecian sus compañeros: y poner en salvo quantos viniéron con él á meter la provision en el pueblo.

CAPITULO XXV.

Del bastimento que por estos dias mesmos traxéron en España ciertos galeones Romanos: y como la Señoría Romana procuró de pasar á su campo dos mil Españoles los mejores que seguian el exército Cartagines en Italia. Decláranse tambien el valor y los pesos, hechuras y señales de las monedas antiguas que los Romanos comenzáron á meter en España por esta sazon.

1 Bien deseaban estos Capitanes Romanos volver á dar otro golpe sobre los reales Cartagineses, pues muy averiguado sentian en ellos haberles cobrado temor

mor en el acometimiento pasado, si no les parecia que lo hecho bastaba por aquel dia: dexáronlo tambien de hacer, porque muchos de los que peleáron á las entradas y salidas del pueblo quedáron heridos y muy deshechos, y con gran parte no llegaban al número de los Africanos: sobre todo traxo mayor dilacion en este caso ser venidos en aquel punto mensageros desde Tarragona muy apresurados y contínos unos tras otros, que decian haber llegado sobre las Islas de Mallorca cercanas y vecinas á su ciudad gran copia de navíos Cartagineses con mucha gente bien armada: la qual perseveraba dentro de la isla sin dar señal donde saltarian: por tanto convenia mirar en tiempo lo que se debia hacer ántes que pudiesen obrar algun daño. Este mensage puso turbacion á los Capitanes Romanos por se ver alejados de las marinas Catalanas, en cuya frontería caen aquellas islas, y por no saber mas aclaradamente los intentos y propósito desta flota Cartaginesa nuevamente llegada: pero luego diéron avisos y mandamiento, que todos sus navíos mayores y menores comenzasen á se poner en órden, y las galeras tomasen gente de Tarragona suficiente para salir á qualquiera afrenta, con tal que la ciudad estuviese bastecida de buena defensa no suspendiendo los negocios de tierra que tenian ya ganados y ciertos por los dudosos de la mar: y si por ventura quedasen algunas galeras vacías, mandáronlas meter á tierra léjos de la ribera sin áncoras, remos, y velas, para que nadie las pudiese tomar ni tener provecho dellas. En aquella coyuntura propia, quando los hechos así pasaban, aportáron en la villa de las empurias galeones Italianos que venian de Roma cargados con la municion y viandas, armas y vestiduras, que pocos dias ántes habian pedido los dos Scipiones para reparo de sus exércitos: y venian tan abastados, y cumplidos de lo necesario, como si la República Romana los

2

3

4 proveyera quando mas rica se halló. Los Maestres destos galeones enviando primero la minuta de quanto traian á sus Capitanes residentes en Andujar les hiciéron saber su llegada, pidiendo que señalasen las partes ó puertos donde mandaban descargar: y dado que las letras pasadas en que se pidió la tal provision al tiempo que llegáron á Roma (segun ya diximos en otro capítulo de este libro) contenian particularmente, que si los depósitos y tesoro de la ciudad se hallasen vacíos ó menesterosos de moneda, tendrian acá manera como sacar metales de que se pudiese labrar entre los pueblos Españoles sus confederados: pero la Señoría Romana, sin curar desto, por evitar aquella pesadumbre les enviaba tambien dineros en suficiente cantidad, como solian hacer otras veces quando proveian semejante bastimento: solo venia la moneda presente diversa de las pasadas en el peso de cada pieza, puesto que labrado todo con la mesma señal y valor
5 antiguo. Mas porque lo tal se pueda mejor entender, conviene notar, que las monedas Romanas tuviéron aquellos dias dos diferencias particulares, unas eran de plata subida, que por otro nombre solemos llamar plata acendrada, sin alguna mezcla ni baxa de quilates: otras eran de metal campanil, ó de cobre, que tam-
6 bien decimos agora moneda de vellon. Oro no labraban al presente los Romanos, ni lo tuviéron en moneda hasta pocos años despues, como lo pondrémos
7 en su lugar. Las monedas de plata llamaban denarios, que quiere decir lo mesmo que decenarios, por valer cada qual dellos diez monedas cobreñas, de quien luego hablarémos. Pesaban siete denarios una onza, se-
8 gun se colige de Plinio, de Cornelio Celso, de Volusio Menciano, y de muchos otros autores excelentes: las quales onzas antiguas fuéron del tamaño propio de nuestras onzas Españolas que tratamos al presente: lo qual ya por muchas conjeturas infalibles y por mues-

tras

tras y razones manifiestas tenemos averiguado, como se mostrarán en el sexto libro siguiente. De manera que 9
pues era plata subida, cuyas onzas valen hoy dia trecientos maravedís Castellanos á respeto de mil y quatrocientos por marco, que son ocho onzas, repartidos estos maravedís por siete denarios, caben á cada denario quarenta y tres maravedís de valor, ó muy poco ménos, sin la hechura, y casi por tal estimacion se compran hoy dia muchos dellos hallados en diversas tierras de España. Traian al un cabo señalada la cara del Cónsul, ó Gobernador cadañero de la República Romana, con el número de diez en un aspezilla que declaraba ser denario: por el otro lado les ponian alguna señal de sus ídolos, ó figura de carreta que tirasen caballos. Esta decian Biga los Latinos, si parecian 10
tirarla dos caballos, ó quadriga, si quatro la tirasen: y por aquella razon los mesmos denarios que las tenian, eran llamados bigatos, y quadrigatos, puesto que no valian ménos los unos que los otros: la décima parte destos pesaban otras monedillas pequeñas, nombradas libellas de plata, que valdrian (segun aquella cuenta) poco mas de quatro maravedís Castellanos: bien así como tambien tuviéron el medio peso de los denarios otros de la mesma plata nombrados quinarios, en valor de veinte y un maravedís y medio Castellanos, de cuyo tamaño labráron tambien otro nombrado vitoriato: pero fué mucho despues del tiempo que tratamos aquí, segun lo mostrarémos en su lugar competente. La quarta parte del denario Romano pesaban los 11
que se dixéron Numos, y por otro nombre sestercios tambien de plata, comparados á casi once maravedís nuestros, ó poco ménos, dado que los tales por discurso de tiempo fuéron mucho desminuidos en el valor, tanto que llegados al imperio de Justiniano, mil destos sestercios valian una sola moneda de oro. Usa- 12
ban otrosí, los antiguos Romanos cierta suma, casi del

del mesmo nombre llamada sestercia, ó sestercion: mas ésta no fué moneda particular, sino cantidad ó suma de monedas de metal, ó de plata hasta llegar en
13 cumplimiento de diez mil maravedís, poco mas. En todas aquellas piezas de plata primero dichas no traxéron mudanza de lo pasado los galeones Romanos nuevamente venidos, ni quanto á la figura, ni quanto al tamaño: la diversidad sola fué con las monedas cobreñas, ó de vellon, á quien comunmente decian Asses, y pesaban los años ántes dos onzas cabales: así que comparados al precio de nuestro siglo, pues ya les tasamos montar diez dellas un denario, valdrian (segun aquello) muy poco mas de quatro maravedís Castellanos, como valian las libellas, digo los ases
14 antiguos y pasados; porque los traidos agora pesaban la mitad ménos: y vino mandado que ni por eso dexasen de tener aquel mesmo precio que los primeros.

Item mandáron cambiar en las contrataciones públicas cada dinero de plata con diez y seis ases nuevos, como los solian cambiar con diez ases viejos, puesto que la gente de guerra siempre recebian en sus gages los diez ases y no mas por un dinero de plata: la qual mudanza de peso con retencion del valor habian hecho los Romanos en Italia tres años ántes, quando diximos en el onceno capítulo deste quarto libro, regir las guerras allá Quinto Fabio Maximo Gobernador principal en su república, para ganar en ello medio
15 por medio de todos sus precios, y sufrir con esta grangería disimulada las costas incomportables que mantenian en la pendencia del Capitan Hanibal. No pudo venir la tal suerte de moneda nueva hasta los galeones la traer aquella vez: porque de la vieja duraba toda-
16 vía razonable contratacion. No dexaré de decir que los Romanos y Latinos antiguos solian tambien llamar ases el ser y tamaño de qualquier cosa tomada toda junta,

da-

dado que fuesen posesiones enteras, ó casas ó herencias de finados, ó sucesiones de hacienda: y divididas éstas en doce partes iguales, á cada parte nombraban onza: pero quando significaban ases por moneda comun, siempre fuéron en el tiempo que tratamos aquí de los pesos y metal ya declarados. Repartian aquellos 17
ases de cobre, tambien viejos como nuevos en otras piezas menores de mas baxa cantidad, unas que pesaban su quarta parte fuéron llamadas quadrantes, ó terunces, valian un maravedí de los nuestros: otras que pesaban el tercio decian trientes, en estimacion y valia poco mas ó menos que tres blancas vulgares Castellanas: y la mitad de estos trientes fuéron llamados sestantes por valer y pesar la sexta parte de los ases, que
son blanca y media nuestra. Las monedas que no te- 18
nian sino medio peso de los ases, decian semises en la quantía de dos maravedís comunes. Hiciéron tambien sestercios gruesos y pesados de cobre que valian tanto como los de plata, diferentes dellos en el tal y en el peso no mas, y los tales sospechamos haberse dicho propiamente numos, como se decian los de plata sus iguales en el valor sestercios: la décima parte de los tales pesaban otras monedillas pequeñas, á quien llamaban libellas de cobre, para las diferenciar con aquel sobrenombre de las libellas de plata ya declaradas, que debiéron ser poco mas, ó ménos que los quadrantes ó terunces arriba dichos: y por aquel consiguiente venian disminuyendo los tamaños de su moneda, hasta dar en alguna menor que las blancas Castellanas de nuestro tiempo. Tal era la calidad y ma- 19
nera del dinero Romano que se comenzó de meter en España por aquel siglo; y ni mas ni ménos era tambien el de los Cartagineses, como parece de muchas monedas suyas que hallamos hoy dia por España, conformes al peso de las Romanas, y tiénese creido que de Cartago tomó Roma los valores, y señales y pe-

pesos deste negocio: de lo qual puesto que pocos Españoles lo tratasen aquellos dias, hemos aquí dado cuenta sumaria, porque (segun ya dixe) de los unos y de los otros se descubren y hallan hoy dia muchos dellos en diversas regiones nuestras.

20 Y conforme á lo ya declarado con algo mas que señalarémos adelante, podrán las personas aficionadas al antigüedad entender y juzgar quando les vinieren á las manos el tiempo, la nombradía, los quilates y valor de sus hechuras y precios, cosas por cierto sabrosas y dulces de conocer, y harto provechosas á mu-
21 chos negocios de la vida. Conviene tornar á decir y acordar que discurriendo los tiempos hubo despues otras diminuciones y baxas de las monedas antiguas en España, diversas de las arriba señaladas, como tambien lo pondrémos en sus partes convenientes, quando llegare nuestra relacion á los dias y lugares en que se hiciéron, sin dexar en ellos ceguera ni confusion al-
22 guna. Los patrones de la flota que traian este proveimiento, venidos al exército Romano, diéron mucha cuenta de los negocios pasados en Italia: certificáron eso mesmo que los navíos Cartagineses, de quien se decia tener ocupado las islas de Mallorca, no les podrian dañar al presente, ni venir á Tarragona, porque los dias ántes primero que saliesen de Roma supiéron que de la gran Cartago partian dos armadas casi juntas: una llegó con Magon á Cartagena (segun ya declaramos en los veinte y tres capítulos pasados): otra caminaba contra Cerdeña, creyendo poder efectuar los conciertos capitulados con Arsicora, Caballero Sardo, de quien hablemos en el mesmo capítulo, que prometía de les entregar toda la isla, quitando fuera della qualesquier guarniciones y defensas que Roma tu-
23 viese dentro. Fué Gobernador General en estos navíos postreros un Capitan Africano, llamado Hasdrubal Calvo, de quien creia Cartago que pudiera bien concluir

aquel

aquel negocio: pero discurriendo por los contornos de Cerdeña, haciendo sus vueltas y señales para venir al efecto, recrecióle tan brava tormenta, que faltó poco de ser anegado con todos los suyos: y finalmente, despues de corrido mucho peligro, diéron en Menorca destrozados y rotos los navíos hasta lo baxo, donde quedaban al presente renovándolos muy de vagar, sacadas las armazones y cascos á tierra, con temor de los tener en el puerto, sin imaginacion de tocar en España: y dado que deseasen tocar, no podria ser tan presto: porque segun escapáron maltratados, habian menester hartos dias para se reparar. Item, recibiéron los Scipiones en este viage letras que la Señoría Romana les envió, con informacion de quanto sucedia por Italia: las quales ellos hiciéron leer públicamente para regocijar el exército. La suma dellas era, que pasada la batalla de Cañas, peleáron tres recuentros con la gente del Capitan Hanibal, en que sus Cartagineses eran siempre vencidos, y muertos mas de seis mil dellos, con muchas banderas tomadas y gran copia de prisioneros Africanos: y que pocos meses ántes que los galeones partiesen con aquella municion, el mesmo Hanibal en persona fué desbaratado cerca de Nola, pueblo principal del Reyno de Nápoles, donde lo mejor de sus gentes Cartagineses peleáron con otro Capitan Romano, llamado Marco Marcelo: lo qual estimaban en mucho, por parecer que ya se les mudaba la mala fortuna de la guerra, que tan contraria les habia sido todos los tiempos que con Hanibal batallaban: y tenian confianza que seria principio para muchas otras victorias adelante, mayormente que despues desta batalla de Nola se pasáron al campo de Marco Marcelo dos mil Españoles de la gente mas lucida, mas recia, mas guarnecida y bien aparejada que los Africanos traian en Italia: los quales Españoles en aquel poco tiempo despues de su venida 24

tenian ya hecho señalados esfuerzos, y muy buenos acometimientos en su favor, y dado señal abundosa de gran fidelidad, y como de tales encargaban á los dos Scipiones que mirasen acá por sus parentelas y pueblos, aventajándoles en quanto les tocase, pues allende de la remuneracion que por allá les harian los Gobernadores, y Cónsules, y Capitanes de la Señoría Romana, les prometiéron al tiempo de su pasada, que siendo fenecidas las guerras contra Cartago se les darian heredamientos y posesiones en la parte donde fuesen naturales, con que viviesen ricos y contentos ellos y sus descendientes todos los tiempos venideros: y verdaderamente lo cumpliéron así muy en abundancia despues que las tales revueltas fuéron acabadas.

CAPITULO XXVI.

Como los Españoles cercados en Anduxar por el Capitan Hasdrubal Cartagines, hallándose muy apretados fuéron segunda vez socorridos del exército Romano tan á buena sazon y buen tiempo, que sus enemigos levantáron el real, siendo primero rotos en una batalla de que salliéron muy destrozados.

1 Quando las gentes del exército Romano supiéron aquella relacion, y la buena confianza que su ciudad publicaba de lo venidero, no se podria declarar el alegría que sintiéron todos en general, por ser cosa deseada desde muchos dias oir alguna próspera nueva de lo que pasaban allá, despues de tantas adversidades y roturas, y despues de tanto tiempo que no sabian de-
2 llos. Particularmente mostraban acá sobrado contentamiento los Españoles que seguian el campo Romano, conocido que gente de su naturaleza favoreciese las guerras en Italia contra Cartago, haciéndose della tan hon-

honrosa mencion, y doblóseles el ánimo con esta nueva, de tal arte, que por todo su real ya no hablaban otra palabra, sino diciendo, ¿que cómo se detenian allí con aquellos Africanos gastando tiempo sin provecho? ¿cómo no les daban luego la batalla, pues habia tan poco que hacer en destruillos? Esto tan á la contina, tan en presencia de todos los Capitanes y Ministros del exército Romano, que vista su determinacion y voluntad, los dos Scipiones acordáron de la poner en obra primero que se resfriasen aquellos ímpetus y buenas ocasiones en sus Españoles: y luego sin mas curar que las estancias fuesen acabadas de fortalecer, ni las fosas quedasen abiertas de todo punto, ni los baluartes levantados y tupidos en su contorno, dividiéron el peonage todo por tres batallones quadrados, maravillosamente puestos en órden: y dicho y enseñado lo que cada qual habia de hacer, comienzan todos ellos á caminar contra los reales mayores del Capitan Hasdrubal: en los quales reales eran ya recogidos los otros dos Capitanes Africanos Himilcon, hijo de Bomilcar, y Magon Barcino, sospechando que sus enemigos querrian aventurarse para dar en ellos: y si diesen era bien forzalles que por esta parte hiciesen el acometimiento, donde hallarian la resistencia de toda su gente Cartaginesa, no repartida ni desmembrada como la hallaron quando metian las vituallas en Iliturge. Hasdrubal, conocido que los Españoles y Ro- 4
manos eran ya fuera del sitio que primero tomáron, y venian en su busca, maravillado mucho de ver que se quisiesen anticipar ellos á hacer lo que tenia determinado de hacer él, si por caso no le huian, salió muy enojado para los recebir con los principales Capitanes, y con los hombres mas denodados y mas prestos de sus banderas; tras estos comenzó de venir 5
todo lo restante del exército, que serian largos quarenta mil Africanos entre caballos y peones: así que

despues de todos mezclados en esta batalla, pasaban de sesenta mil combatientes los que riñéron la qüestion á todo cabo: de los quales eran á la parte de los Scipiones solamente diez y seis mil personas Españoles y Romanos. La pelea se trabó luego cruel y dificultosa, hiriéndose muy de voluntad y muy enojadamente, sin que persona dellos cesase de hacer quanto podia. Pero lo que mas allí se notó fué la sobrada solicitud y cuidado que los dos Scipiones traxéron en el concierto de sus esquadrones: proveyendo quanto la furia perseveraba, como las órdenes anduviesen enteras y firmes, sin se desmandar hombre fuera de propósito: lo qual sobre todas cosas era necesario hacerse, pues en los Cartagineses habia buenamente mas de tres enemigos contra qualquiera de los suyos: y víase claro, que si la buena regla no les valiese, por ningun modo bastaran á sufrir tanta pujanza de gente quanta les acometia de todas partes. Con este presupuesto duraban tan atentados y diestros en el afrentar, y tan crueles y brabos en el ofender y resistir, que ningun esfuerzo podia ser mayor. La batalla procedia con gran terribilidad en estas horas á todo cabo: porque los principales sustentadores del negocio lo sabian muy bien guiar, y fuéron siempre tan usados en aquel menester, que desde su niñez cada qual dellos habian sido criados en baxo de las armas, con que ninguna cosa les faltaba, ni de prudencia ni de costumbre para regir lo que cumplia. Todos los esquadrones por su parte batallaban (como digo) valientemente, de tal manera, que mostraban muy bien el deseo que tenian de ganar para sí lo mejor. El estruendo de las armas, los golpes de los que se herian, el aferrar de los unos en los otros, las voces, la furia, la turbacion y crueldad eran tan espantosas y terribles, que la batalla pareció gran espacio durar en peso sin haber muestra de mejoría por ninguna parte, hasta que los

los Españoles del exército Romano, muy enojados en ver que sus adversarios, á quien tantas veces tenian en España vencidos, agora les mantuviesen el campo, cargáron un golpe dellos contra la mano derecha, donde residian los mas Capitanes y mas bien armados del exército Cartagines; y tal fuerza pusiéron en los abrir, que casi no les dexáron hombre vivo por aquellas hileras. Luego tras esto comenzáron á se meter aque- 12
llos mesmos por los otros batallones, que ya todos peleaban esparcidos y derramados en diversos lugares, trabados á mano, dándose golpes de las espadas y cuchillos, sin haber quien ménos hiciese. Pero como lo 13
primero fué roto, los Romanos tuviéron por cierta su victoria: parte dellos saltáron en el fuerte del Capitan Hasdrubal: otros viniéron á las estancias de Himilcon y Magon, muchos siguiéron el alcance, continuando gran crueldad en los vencidos, donde verdaderamente matáron mucho mas número de gente de la que fuéron ellos quando principiáron esta batalla. Matáron tambien seis elefantes armados, y tomáron cincuenta y nueve banderas Cartaginesas, hechos primero pedazos todos sus Alféreces y defensores. Tres 14
mil Africanos se diéron á prision, y casi mil caballos se halláron en el real: de manera, que para ser el vencimiento cumplido, lleno de reputacion y substancia, ningun punto le faltó. En aquellas mesmas horas que 15
la pelea se trabajaba, como dicho es, los residentes en Iliturgo, mugeres, niños y varones andaban sobre los adarbes mirando lo que pasaba, mostrando codicia de salir ellos afuera para favorecer esta batalla de su parte, si no lo vedara la gente de guarnicion que los Romanos habian puesto dentro, rezelando que los Cartagineses fingiesen aquella huida para los ordenar algun engaño. Pero visto despues el destrozo ser de 16
verdad, y que sus amigos hacian el hecho como convenia, saliéron tambien á poco rato del pueblo, regla-

glados en un tropel, y puestos en el campo, comenzáron á recoger entre sí los heridos y maltratados que no podian executar la victoria: con los quales y con las otras banderas, que ya por esta sazon se tornaban á la ciudad, hartas de matar y llenas de sangre, se metiéron en Anduxar para descansar de las fatigas pa-
17 sadas. Todos en general tuviéron buenos aposentos, y muchos regalos y placeres, abrazándose los unos á los otros, y agradeciendo cada qual dellos á su compañero la sobrada valentía que mostráron en aquel trance: los ciudadanos por les haber socorrido quanto fué menester; y los del exército por haber este pueblo perseverado tan firme contra los Cartagineses, y recebida la parte Romana liberalmente, sin tener premia ni
18 ser constreñidos á lo hacer. Muchos lugares menores de su contorno viniéron á reconocer el exército vencedor: habláron á los dos Scipiones, ofreciéronles su confederacion, y quedáron las cosas muy bien ordenadas y dispuestas, para mejorar sus negocios en aquellas entradas y principios del Andalucía.

CAPITULO XXVII.

Como los Catalanes favorecedores al bando Romano saliéron por la mar en busca de ciertos navíos Africanos, que pocos dias ántes pareciéron allí cerca. Los Cartagineses otrosí revolviendo sobre Cataluña quisieran sacar el exército Romano fuera del Andalucía: sobre lo qual hubiéron otra batalla campal, donde Scipion y sus valedores alcanzáron victoria.

1 Derramada la nueva deste vencimiento por las otras comarcas de Cataluña, dió tanto placer en cada pueblo, que las galeras Romanas y muchos navíos de la provincia se llegáron con los galeones de la municion,

cion, traidos desde las Empurias: y todos juntos puestos en conserva caminaron la vuelta de Mallorca, por hacer tambien ellos en la mar alguna cosa notable, no de ménos obra que fué la de sus compañeros en tierra. Creian poder allí topar con el otro Capitan Cartagines, llamado Hasdrubal Calvo, cuya flota los meses pasados habia tomado puerto dentro de la tal isla, forzado con tormenta segun ya declaramos. Pero como los Catalanes despues de llegados aquí supiesen de pescadores y de gentes halladas en el viage, que tambien pocos dias ántes aquel Hasdrubal era ya salido fuera de Mallorca para volver sobre Cerdeña, llevando sus galeras y gentes reparadas y muy en órden, visto que no lo podrian alcanzar, saltáron en Menorca sin alguna contradiccion, y tomáron allí quanto refresco les plugo, corriendo muchos dias y muy de vagar aquellas marinas y traveses á su voluntad. Entre tanto que hacian ellos esto, los Capitanes Cartagineses no reposaban ni vivian ociosos: todos los mas que se libráron de la batalla pasada, desamparadas aquellas comarcas y quanto pretendian en Iliturgo, se dividiéron en lugares diversos, donde creian que su gente vencida podia recudir, y con diligencia sobrada los amparaban, y bastecian, y traxéron á Cartagena.

2 3 4

Venidos allí, hecha primero su muestra general para saber quantos faltaban, hinchiéron las banderas, y pagáron el exército cumplidamente, mostrando mucho placer de verlos así juntos, publicando con quantas palabras y muestras podian, que no tenian en mucho los daños pasados, pues á la verdad como quiera que faltasen los que faltaban, tenian en pie pasados de treinta mil combatientes Africanos, los mejores que nunca se halláron en España. Con estos y con gentes de la tierra confines á Cartagena que cogiéron á sueldo para rehacer y suplir aquella falta, se llegáron tantos y tan bien guarnecidos, que parte dellos con el de-

5 6

desco de seguir estas guerras, á lo qual son aficionados todos los Españoles de por allí: muchos tambien con esperanza de tener algunos intereses: otros por el aparejo de robar y hacer males á la clara, no parecia
7 que faltaba persona de la hueste. Mas en Hasdrubal y en los otros Capitanes sus compañeros no se dexaba de conocer confusion y congoja sobre hallar cautelas ó manera con que sacasen á los dos Scipiones fuera del Andalucía, desarraygándolos del asiento que ya formaban en Iliturgo, ó Andujar, y en aquellas fronteras: por ser esta region todos los dias pasados la que mas tenia Cartago de su mano, con gentes, y caballos, y provisiones, y con todo lo principal de sus propósitos, y la donde ménos habian podido mellar los Ro-
8 manos y menos cuajaban sus inteligencias. Agora sentíanlo todo tan mudado, que temian si perseverasen allí sus adversarios, poder conservar lo de mas adelante, pareciéndoles, segun eran porfiados, que poco á
9 poco se meterian hasta los echar fuera della. Para desviar este mal no sentian otro remedio, sino traspasar aquella tempestad y fortuna de la guerra sobre las tierras de Cataluña, las quales al presente supiéron estar vacías de guarnicion, y faltosas en sus puertos de galeras y navíos, puesto que no las traian muy léjos.
10 Los Romanos mostraban obligacion y necesidad á defender esta provincia Catalana, mas que ninguna de las otras en España, por los buenos amparos y recogimientos que poseian en sus marinas, y por las ciudades y villas que casi todas los amaban generalmente.
11 Conformados pues en esta consideracion, los Africanos y sus ayudas Españolas moviéron desde Cartagena, muy mas concertados y mas en aviso que nunca, para llevar la municion, y las batallas en toda la regla posible, conociendo ser el principal artificio con que los Romanos prevalecian de contino, andar tan en órden,
12 y hacer tan á tiempo lo que les cumplia. Desta mane-

ra

ra pasando cada dia mediano trecho de tierra, contra la vuelta de Cataluña quanto podian sufrir los impedimentos y fardage de su campo, viniéron á dar en un pueblo, llamado por aquellos tiempos Inchivil, que sospechan muchas personas haber sido Chelva, lugar conocido del reyno de Valencia, si lo consintiese la postura que le dan los Cosmógraphos antiguos, poniéndole desviado de Tortosa veinte y siete millas cumplidas, ó siete leguas Españolas poco ménos en el derecho camino que viene para Monvedre. Algunos ha- 13
llo tambien que tienen creido no ser nombre de poblacion ó de lugar aquel Inchivil, contra quien hacian los Cartagineses esta guerra, sino de cierto caballero muy principal, sobre quantos moraban en la provincia de los Españoles Ilergetes, como ya lo mostramos en el catorceno capítulo deste libro, y como lo mostrarémos en otros mas adelante. Pero no tienen 14
razon los que dicen esto, porque (segun allí vimos) aquel caballero Catalan, y todos sus aficionados y parientes grandes amigos, eran en esta sazon de la parte Cartaginesa, tales que merecian mas favor y socorro para su defensa contra los Romanos, que daño ni guerra de Cartago: mayormente que los nombres son algo diversos, al caballero nombraban Hendibil, al pueblo decian Inchivil: y si por caso tuviéron un apellido mesmo, no por aquello se deben trocar y confundir uno con otro, pues hoy dia conocemos en España pueblos asaz que tienen apellidos de personas particulares, y no son personas, como vemos en el pueblo llamado Martin Muñoz, Ximen Nuño, Gutierre Muñoz, San Martin, y muchos otros pueblos de Castilla, que como digo, son apellidos comunes en hombres: y lo mesmo son de pueblos. Dexada pues tal me- 15
nudencia, señalada no mas de para satisfacer á los escrupulosos, cuentan nuestras historias, que despues de venida por allí la fuerza del exército Cartagines, asen-

tado primeramente su real en sitio bien fortalecido, saltáron la gente de caballo por diversas partes: unos mandáron que dañasen la provincia comarcana, particularmente donde hallasen rebeldía manifiesta con toda crueldad y destruicion, otros que pasadas las aguas del rio Ebro corriesen y robasen al otro lado hasta las puertas de Tarragona: la qual ciudad, puesto que tuviese guarnicion ordinaria bastante para se defender, no la tenía para salir fuera de los adarves: y quitados aparte los vecinos del pueblo, casi todo lo demas eran oficiales que desde muchos tiempos ántes le labraban
16 las murallas, y los otros edificios. Mas ni por el daño que los Africanos hacian en aquel derredor, dado que fué mucho, halláron mudanza ni movimiento, sino gran aficion y fidelidad á la parte Romana, tanto que muchos lugares concertaban de se juntar y salir con sus gentes en frontería quanto la pendencia durase contra los Cartagineses: y verdaderamente lo hicieran como se platicaba, si tuvieran entre sí personas de faccion, ó caballeros sus naturales que los allegaran y rigieran en
17 aquel negocio. Pero los tales todos quedaban en Andujar con el exército Romano, conservando las tierras ganadas en aquellas partes, y parecia no convenir alejarse dellas al presente, porque muy de propósito se comenzaban á tentar inteligencias y ligas en gran secreto con algunos vecinos de la ciudad de Castulon, ó Cazlona: la qual (segun ya declaramos) no caia léjos destas comarcas: y si los tratos pasaban adelante serian
18 menester allá todos, y mas si mas hubiese. Por otra parte rezelando los dos Scipiones el gran perjuicio que podria traer la porfía de los Cartagineses en lo cercano de Cataluña si muchos parasen allí, no teniendo contradiccion, despacháron tres Capitanes Españoles naturales de la tierra con mil hombres Romanos, para que conservasen los pueblos, avisándolos ante todas cosas que por ninguna via decendiesen á rigor de ba-

batal'a con sus enemigos : y con este presupuesto se partiéron á grandes jornadas , informados en lo restante que debian hacer. Poco despues los negocios de Cazlona no tuviéron efecto : con lo qual todo lo mas de las banderas y gentes que residian en Andujar , ó Iliturge saliéron en campo para caminar tras los otros sus Capitanes , dexándole primero suficiente guarda para su conservacion , y nunca se detuviéron de propósito hasta venir donde los enemigos andaban. No bien eran llegados , quando sin poder descansar ni distribuir las estancias , ni hacer alguna defensa de las que solian , halláron al Capitan Hasdrubal y Magon con los otros principales Cartagineses que ya sabian su jornada , puestos en ordenanza tomados todos los pasos, con intencion de no les dexar salir adelante : mas ya los Romanos andaban tan sin temor , que como venian así de camino cansados y llenos de polvo , no hiciéron sino reparar poco tiempo , quanto bastó para reformar sus esquadrones : y puestas banderas contra banderas arremetiéron á ellos , y les diéron la batalla , la qual no fué ménos brava , ni ménos trabajosa que quantas en España se peleáron hasta su tiempo , ni de ménos buena dicha para la parte de los Scipiones , donde trabajando muchas horas con asaz dificultad y peligro ganáron la victoria de sus enemigos , y les matáron largos tres mil hombres : algunas historias erradas dicen trece mil , y prendiéron otros tantos : entre los muertos fué conocida la persona del Capitan Himilcon Cartagines , uno de los muy señalados en la parte contraria , que murió dando gran muestra de su valentía. Tomáronse quarenta banderas Africanas y diez Elefantes vivos , y quatro que les alanceáron en el principio de la quistion. Recrecióse desto lo que siempre suele recrecer de semejantes victorias : lo primero , ser estimados los dos Scipiones por caballeros perfectos en el hecho de las armas : lo segundo , si pueblos habia tibios

19 20 21 22

en su confederacion por aquella tierra, dado que los tales eran pocos, no quedar alguno que muy verdaderamente no la recibiese con voluntad y propósito de la
23 continuar adelante. Las hazañas tambien acontecidas en España todos los dias del año presente fuéron reputadas y tenidas por mucho mas importantes, y mucho mayores que quantas en Italia pasaban, puesto que Hanibal y sus adversarios los Romanos nunca cesáron allá de llevar su quistion y sus guerras bien adelante.

CAPITULO XXVIII.

Como los dos Scipiones Romanos viniéron á Tarragona para reposar el invierno siguiente, y allí tuviéron informacion de negocios pasados en Sicilia y Cerdeña, tocantes á las guerras presentes: y mas otras cosas que les importaban. Declárase tambien el sitio de Tarragona muy en particular, y la calidad y provecho de sus comarcas, y la mejoría grande que los dos Scipiones en ella siempre hacian.

1 El año siguiente fué docientos y once primero que nuestro Señor Jesu-Christo naciese: cuyos principios entráron ásperos y tempestuosos de nieves y vientos en algunas regiones de España, que son algo frias: en las abrigadas, y cercanas á nuestro mar Mediterráneo viniéron lluvias demasiadas, engorrosas á la gente
2 que por allí moraba. Lo mesmo dice Tito Livio que tuviéron en Italia, y lo mesmo debió ser en la mar: porque la flota Romana, de quien diximos haber salido contra las islas de Mallorca, no tardó mucho de volver á sus acogidas y puertos de Cataluña, con razonable presa de barcos y fustas Africanas, y Griegas, y con unas muy buenas nuevas que de camino supiéron en

en las cosas de Cerdeña. Certificaban Hasdrubal Calvo 3
ser desbaratado y preso, juntamente con otro sobrino del Capitan Hanibal, no léjos de Callar, ciudad principal en la isla: los quales habian peleado con un caballero Romano, nombrado Tito Manlio Torcato, que les mató gran pieza de Cartagineses y Sardos, y tenia bien seguros los pueblos de Cerdeña. No fuéron tan 4
buenas las nuevas que casi luego viniéron de Sicilia, ni semejantes á las de Cerdeña. Hieron el Rey Syracusano que siempre mantuvo por allí la parte de los Romanos decian ser muerto, quedó por sucesor en todas sus riquezas un nieto suyo llamado Gerónimo, mancebo de pocos dias, deseoso de novedades y no tan prudente para las regir como su predecesor. Con el 6
placer de las nuevas primeras tocantes á Cerdeña, y con el de las victorias pasadas, los dos Scipiones derramáron lo mas de sus gentes, y les permitiéron que fuesen á descansar en aposentos: segun otras veces lo solian hacer. Ellos por su parte viniéron á Tortosa con 7
las banderas Romanas no mas, y con sus Capitanes Italianos. Desde Tortosa pasáron á Tarragona donde fué- 8
ron solemnemente recebidos, y les diéron muchas gracias en haber apartado los enemigos Cartagineses de sus fronteras y comarcas: y tambien los unos como los otros reposáron en aquella ciudad, y en el real que tenian cerca della todos los dias del invierno presente. En 9
aquel mesmo tiempo dice la segunda Corónica de España, recopilada por mandado del Serenísimo Rey Don Alonso, padre del Señor Rey Don Pedro, que fuéron cerrados y concluidos los muros de Tarragona, labrados en su contorno por industria destos dos Scipiones hermanos, como lo declaraban letras Latinas esculpidas en una piedra, que duráron claras y limpias en aquella ciudad hasta los dias deste Serenísimo Rey: y parece verdaderamente que debió ser así, pues alega tal escritura que sin estorbo de nadie la podia re-

co-

10 conocer y tratar cada dia quien quisiese. Mas yo para decir lo que me toca, puesto que tengo todas las memorias y letreros quantos agora se hallan esculpidos en Tarragona sin faltar alguno, trasladados por mi mano propia con gran fidelidad y diligencia, nunca pude ha-
11 llar esta piedra, dado que mucho la procuré. Puede ser que desde los tiempos del Señor Rey Don Alonso hasta los nuestros que por buena cuenta pasan de docientos años cumplidos, haya perecido, como pereciéron muchas otras piedras esculpidas con sus letreros y memorias en diversas partes de España, puestas y declaradas por Autores fidedignos, de quien agora no se halla señal en los lugares y sitios que dicen haber es-
12 tado.

Como quiera que sea, tengo por averiguado lo que certifica la Corónica sobredicha de los muros acabados en Tarragona, con cuya defension y buena labor, si los dos Scipiones tenian hasta allí voluntad y contentamiento de residir en este pueblo, se les doblaria mucho mas, pues eran añadidas á las otras utilidades de la ciudad
13 que ciertamente son dignas de consideracion por muchas razones y causas. Una, por el asiento gracioso que tiene sobre lo llano de cierta cumbre redonda, no muy alta desviada de la mar un solo tiro de piedra: y mas los riscos y cuestas llamadas de Garraf en la parte de Levante, juntas á la marina, por el camino que viene para Barcelona: los quales fortalecen y defien-
14 den aquel trecho de las entradas y salidas que podrian tener allí cosarios y robadores. Iten á la parte del Occidente se hace tambien el campo de Tarragona, tierra fertilísima de ganados, vinos, aceytes, naranjas, cidras, y frutas de diversas maneras, y de pan suficiente para la ciudad, y para los pueblos menores deste cam-
15 po, que son hartos y buenos, en espacio de diez ó doce leguas que dura. Un trabajo solo padecia Tarragona los tiempos de quien agora hablamos, y lo pa-

de-

deció (segun veo) muchos años despues, y fué no tener agua dulce dentro de sí, por estar en lugar alto, donde no se hallaba pozo, ni fuente, ni cosa de semejante provecho sino cisternas hechas á mano, que los Moros llaman Algibes, para recoger agua llovediza. 16
Verdad sea que por las vegas baxas un quarto de legua de la ciudad en esta mesma parte del Occidente le viene cierto riezuelo que dicen agora Francolin, cuyas aguas fuéron siempre muy apropiadas y perfectas, tanto como quantas en otra parte se conozcan, para sazonar y curtir linos y cáñamos, que se crian abundantes en aquel campo de Tarragona. Pero su corriente mas aparejo lleva de regar las huertas que caen á lo llano, que 17
no de poderla beber en la ciudad. Andando los tiempos, quando las guerras cesáron en aquellas partes, y los vecinos deste pueblo comenzáron á sentir prosperidad y quietud, traxéron un agua desde quatro leguas mas atras en la vuelta de Levante, sacada de cierto rio llamado Gaya, junto con un lugar pequeño que nom- 18
bran Pondarmentera. Hiciéronle sus caños de piedra labrados al modo Romano, guarnecidos y calafeteados con betume fuerte, guiándolos en diversos rodeos, á 19
causa de ser tierra fragosa la del camino derecho. Llegados cerca del pueblo, daban en unos arcos altos, nivelados al piso del cerro que sostiene la ciudad, y por ellos metian el agua dentro: los quales arcos duráron allí largos años enteros y sanos, hasta que gentes Alemanas pasáron en España casi en el año de docientos y sesenta y seis despues del advenimiento de nuestro Señor Dios, y los quebráron y destruyéron con todos los buenos edificios que por allí halláron. 20

Poco despues los Godos, y mas delante los Alarabes y Moros Africanos, quando destruian las Españas traxéron en aquella ciudad y tierra tanta persecucion, que solamente se pudo conservar de todas sus antigüedades lo mas y mejor de la muralla, que por ser ancha

cha de piedras crecidas y recias en los lienzos y cubos della, no se pusiéron en derrocarlos, y perseveran hasta nuestros dias con asaz piedras escritas, de re-
21 lacion y memorias pasadas. Destas murallas ó cercas, y del espacio que ciñen al rededor, parece claro nunca ser Tarragona pueblo crecido, ni de mucho circuito los tiempos de su mayor prosperidad, y que quando mas caberian en él de dos mil vecinos arriba, pues tampoco pasan agora de setecientos los que la moran, dado que podria bien ser que fuera del muro le pusiesen arrabales, y vecindad para la tener populosa: pero de los tales ningunas muestras parecen hoy
22 dia. Quebrados los caños arriba dichos, tornáron los vecinos Tarragoneses á sufrir la falta del agua que solian, y perseveráron en ella mucho tiempo, remediándose de la llovediza con algibes, ó cisternas hasta pocos años ántes que yo comenzase la recopilacion desta corónica, que labráron un pozo hondísimo contra lo mas baxo de la ciudad, y halláron agua corriente muy
23 abundosa, de que se bastecen al presente. Ya dexamos escripto los principios y nacimiento desta poblacion en el quarto capítulo del primer libro, y en el treceno del segundo, dando noticia de su dignidad entre las gentes antiguas: y de la buena manera que siempre tuvo: lo qual favorecido con la mejoría hecha por los dos Scipiones Romanos, de quien agora tratamos, y con alguna que tambien hizo despues otro hijo del uno dellos, de quien presto hablarémos: llegó su reputacion á ser tanta que todas las provincias Españolas, quantas nombraban los Latinos España la Citerior, se viniéron tambien á llamar España la Tarragonesa con los pueblos sus naturales, que por el mesmo respecto se dixéron Españoles Tarragoneses, cuyos nombres despues de muchas persecuciones y mudanzas retienen hoy dia cierta parte de gentes poderosas y de gran valor, á quien tomada la primera letra nombramos Ara-

go-

goneses en lugar de Tarragoneses. Ha sido necesario 24
decir estas particularidades juntas y desmenuzadas algo mas largo de lo que yo quisiera, porque la materia lo pidió, como cosa de los dos Scipiones Romanos: y por depender tanto las unas de las otras, y venir tan ligadas entre sí, que no podimos hacer ménos. Agora nuestra Corónica libre ya dellas, podrá tornar 25
á decir mas de reposo los otros acontecimientos que sucediéron por España todos los dias del año presente.

CAPITULO XXIX.

Del trato secreto que los Romanos residentes en Andujar, ó Iliturge comenzáron á tentar con los vecinos de Cazlona, creyendo poderlos traer á su parcialidad: y de los agüeros ó señales parecidas en muchas partes y tierras á quien daba la gente vulgar interpretaciones diversas, todas aplicadas á lo que podria suceder en el caso desta guerra.

Nunca los Romanos y Cartagineses despues que 1
comenzáron sus guerras en España creyéron tener algun invierno tanta quietud y descanso, quanta tendrian en éste, por quedar apartados en aposentos muy léjos de sus contrarios: y dado que se hallaran juntos ó fronteros, el tiempo hacia tan desabrido de lluvias y tempestades, que ni pudieran salir á correr la tierra, ni hacer saltos, ni mover cosa bastante para se topar unos con otros. Los negocios Italianos, de quien depen- 2
dia mucha parte de los Españoles, andaban al reves de lo pasado, porque Hanibal y sus gentes habiendo ganado la batalla de Cañas, viniéron á Capua ciudad populosa del reyno de Napoles, llena por esta sazon de placeres y deleytes, donde todos ellos residian, holgando mucho dias embebidos en olores y regalos, haciendo banquetes y fiestas, sin curar de las armas,

ni de los otros exercicios valientes, que tantas alabanzas y glorias les habian traido por el mundo, causas al parecer legítimas y suficientes para redundar en España los descansos y reposo que diximos: mas no sucedió como sospechaban, sino muchos negocios y muchas encubiertas llenas de tratos y disimulacion, tan
3 importantes y graves, quanto jamas acá tuviéron. Fué la razon de todas ellas, que las banderas Españolas y Romanas, á quien se cometió la defensa de Iliturgo, tornáron á renovar muy de propósito los tratos principiados el año pasado con los ciudadanos de Castulon
4 ó Cazlona, para que se rebelasen contra Cartago. Procedian las cosas en esta materia tan puestas en buenos términos, que si ciertos parientes de Himilce, muger del Capitan Hanibal ya defunta, no se hallaran todavía poderosos en la ciudad, y muy aficionados á su me-
5 moria, lo pusieran luego por obra. Mas era necesario para Cazlona quedar libre destos, y poder echarlos de sí, tener en la comarca muchas compañías, y mucha potencia del bando Romano que les hiciesen espaldas: y considerando que lo tal estaba tan léjos que convenia salir desde Cataluña donde la gente Romana tardaria muchos dias en solo tornar á se poner en órden, y mover de los aposentos, quanto mas en venir y llegar, y que si los Africanos lo sentian acudirian á la resistencia, y allí se revolverian todos, y quedaria su trato descubierto sin tener certinidad á quál parte seria la victoria: no quisiéron alterarse por el presente hasta las entradas del verano venidero que la guerra no se podia dilatar, y los dos Scipiones era cierto que vendrian allí, so color de meter nueva provision en Iliturge, segun era menester, así de mantenimientos, como de gente fresca bastante para sus intentos: y ve-
6 nidos ellos en Cazlona se rebelaria seguramente. Pero ni por esta dilacion las inteligencias y plática cesaban de los unos á los otros muy trabadas y muy continas

con

con cubiertas y secreto, de tal calidad y manera que los conciertos estaban seguros y firmes en respondiéndoles el aparejo ya declarado. Todos quantos Capitanes 7
residian en Tarragona sentian en esto contentamiento muy grande, las consultas eran muchas: cada momento de tiempo se les hacia muy largo: no podian descansar ni tener sosiego, ni quisieran cosa mas que poner luego las manos de dentro: esto solamente los Capitanes (como digo) principales y mayores que regian la quistion, y sabian el negocio sobredicho. La gente 8
comun del exército platicaban en fantasmas y señales que decian haber parecido por el ayre de personas armadas, y batallas que combatiéron algunos dias en diversas partes: unos declaraban sobre los montes Pyreneos: otros en el Andalucía, las quales hubo quien afirmase verlas y sentirlas, y contaban el hecho mayor por menudo segun el antojo les tomaba. Publicábanse 9
tambien terremotos y mudanzas en Africa, grandes movimientos en el cielo, tempestades y bravezas en la mar, de formas y manera nunca vistas ni conocidas: lo qual todo ponia turbacion á los hombres de guerra, que por la mayor parte suelen mirar en estos agüeros, y darles entendimientos al sabor (como dicen) de su paladar: y sin los de guerra no tuvo la gentilidad en el siglo que reverenciabá sus ídolos cosa donde mas atencion pusiese, ni mayor engaño recibiese, particularmente Roma, que solo por este fin señaló colegios y casas donde residian varones nobles, á quien se mostraba como sciencia de gran misterio la declaracion de lo que significaban estos agüeros, cada y quando que sucediesen: para los tales agoreros, habia crecido salario de rentas y provechos constituidos por la república, como los hubo poco despues en España con agoreros acatados y venerables, que duráron en ella largo tiempo reputados en aquella dignidad que Roma los reputaba, segun della tomáron nuestros antecesores otras

muchas costumbres malas y buenas, que señalarémos
10 adelante. Con aquellos espantos y novelas parecian los Cartagineses no sentir el trato de Cazlona, mostrándose muy ocupados en conjeturar cada dia lo que significarian tales muestras, dado que por otra parte la tal ocupacion los alteraba mas: y traia mas avisados, y mas atentos para se recatar y mirar lo que no miráron primero, pues los agoreros en ambos exércitos, Cartagines y Romano generalmente concorda-
11 ban y decian significar terribles novedades. Así que puestas (como digo) las diligencias en muchos puntos que no se pusieran otras veces, llegáron los Cartagineses á dar por sus lances en el concierto de Cazlona, de lo qual estuviéron maravillados y pasmados, puesto que fué mucho tarde quando Hasdrubal y sus
12 Capitanes lo sintiéron. Pasados ya todos los dias del invierno, con algunos del verano, luego se tuvo consulta sobre lo que debian proveer: y considerados los adherentes, y la instancia principal deste caso, despacháron á Magon Barcino con mil caballos ligeros bien guarnecidos y pagados: los quinientos para meter en Cazlona, fortificándola quanto seria posible: los otros quinientos para distribuir en lugares y sitios competentes á la guerra que se convenia hacer en Andujar, como contra pueblo dañoso de vecindad perjudicial á su conquista. Diéronle sin es-
13 to cierto número de peones que residiesen estantíos por otras partes cumplideras á lo mesmo: lo qual remitiéron
14 á su discrecion. Avisáronle mas que despues de llegado por ninguna via diese luego muestra ni señal de saber aquellos tratos pasados en Cazlona, ni manifestase rancor en lo presente, ni mala voluntad á persona del pueblo, sino que sosegase los ciudadanos en todas partes, y con alguna color de muchas que se le recrecerian cada dia, desterrase las personas sospechosas, y matase las que pareciesen de peligro. Los Scipiones, dado que supiéron esta salida de Magon, no quisiéron hacer

mu-

mudanza, ni mostráron placer ni pesar de su jornada, por quitalle toda la sospecha que podria tener en lo pasado. Lo mesmo hiciéron las guarniciones Romanas en Andujar por su mandado, no curando mas de tratar la guerra por el campo, defendiendo los lugares menores, que por allí tenian su parcialidad.

CAPITULO XXX.

Como los Capitanes Africanos metiéron en Cazlona gentes armadas que la segurasen, y poco despues llegáron á Cartagena cinco mil hombres de refresco, traidos por otro Capitan Cartagines, llamado Hasdrubal de Gisgon, cuya venida causó tal mudanza por algunos pueblos Españoles del bando Romano, que los dos Scipiones padeciéron trabajos en su retencion y defensa.

Por ser aquellos dias claros y serenos libres ya de lluvias y tempestad, aparejados para comenzar la quistion, y por estar las fronteras del Andalucía que vienen comarcanas á Ubeda y Baeza, muy alborotadas y aficionadas á la parte Romana, Magon en llegando, metido primeramente con los suyos en Cazlona, comenzó de hacer el repartimiento de sus gentes por las estancias del rededor, y principiar su contienda con mas diligencia que nunca: traia tanta solicitud y viveza sin descansar noche ni dia, que los Romanos aposentados en Andujar ó Iliturge, se viéron con él fatigados en demasía: porque siendo muy ménos ellos que sus Cartagineses dél no podian acudir á tantos lugares, como les ocupaban: y poco despues la mesma ciudad se halló tan rodeada de todos ellos y tan atajada de todas partes, que los vecinos, y la guarnicion Romana con gran dificultad salian á meter mantenimientos: y casi no podian visitar ó retener algunos

nos pueblos de la comarca que nuevamente se quisieran llegar á su liga con los otros que primero la te-
2 nian. Creciendo pues los aprietos en Iliturge, Magon y su compaña sintiéndose poderosos en la tierra, comenzáron á descubrir el enojo que tenian de los tratos negociados el invierno pasado con la parte contraria: sobre lo qual hacian castigos, tomándolo por ocasion de su crueldad natural, á que siempre fuéron inclinados, pudiéndola hacer á su salvo: y así los destrozos en cada lugar, muertes, robos, quemas y desafueros, eran tan contínos y tales, que no se po-
3 dian comportar. La Señoría de Cartago sabia muy bien estas turbaciones, informada siempre de correos hechos á posta, sin embargo de las quales deseaba grandemente que su Capitan Hasdrubal Barcino saliese de España, para se juntar en Italia con Hanibal, segun lo tenian acordado muchos dias ántes: y como quiera que sus exércitos anduviesen acá pujantes y gruesos, todavía para mayor abundancia cogiéron á sueldo por allá cinco mil hombres de diversas naciones armados y bastecidos de toda cosa: desembarcáron
4 en Cartagena con buen temporal. Traian por Capitan un caballero Cartagines, llamado Hasdrubal de Gisgon, persona riquísima sobre quantos moraban en Cartago, pariente muy propinquo del otro Hasdrubal Barcino y de sus hermanos: cuyo favor y llegada fué causa principal, que si Magon hacia primero robos y muertes en la frontera del Andalucía, las hiciese despues mucho mayores, y con mas vehemencia, no
5 perdonando lance de quantos le venian á la mano. Los Españoles naturales de la tierra por el consiguiente viendo su destruicion manifiesta, comenzáron tambien ellos
6 á se juntar para le resistir. Algunos tomaban la defensa de los pueblos: otros apellidaban á sus vecinos: una gran parte dellos saliéron en campo para pelear con
7 Magon, si quisiese la batalla. Pero los Cartagineses y

sus

sus allegados, dado que pudieran aceptar qualquier afrenta, no quisiéron venir á riesgo, sino fuese con mucha ventaja: para lo qual Magon hizo luego saber estos atrevimientos y bullicios al Capitan Hasdrubal hermano suyo, que siempre residia dentro de Cartagena con el otro Hasdrubal de Gisgon recien venido, festejándole muchos dias, y dándole cuenta de sus acontecimientos y fortunas. Entendido lo que pasaba, partiéron ambos entre sí casi por igual todas las banderas y gentes Africanas, que ya tenian recogidas en el contorno de Cartagena fuera de sus aposentos, no léjos de la marina: y sin poner otra dilacion, el Barcino con la primera meitad salió muy apresurado para venir al socorro de Magon, caminando la vuelta del Andalucía contra las partes Occidentales. El de Gisgon caminó sobre la parte de Levante contra Cataluña: porque si los dos Scipiones saliesen al favor dé sus amigos, como cierto parecia que saldrian, lo hallasen al encuentro: y hallado, revueltos con él, y retardados en la quistion quanto seria posible, tendrian lugar y facilidad estos otros de hacer en los Andaluces alterados el daño que quisiesen. Todo sucedió como lo dispusiéron. Llegado Hasdrubal Barcino con la pujanza que traia, ninguno bastó para se le poder amparar. Los lugares y villas alteradas fuéron allanados en breves dias, y lanzados fuera dellos quien los quisiera defender. Las gentes que corrian el campo, resistiendo sus daños, y persecucion, unos fuéron vencidos en recuentros particulares: otros en celadas mañosas, que les armaban: otros tomados dentro de la villas: otros en los pasos donde proponian fortalecerse.

De tal manera, que todas aquellas compañías Andaluzas así juntas, puesto que fuéron muchas, como les faltaban Capitanes á quien mirar, en poco tiempo no quedó persona dellos que no se derramasen y fuesen echados de la provincia, con pérdida de muchos

15 chos hombres que les matáron. Y sin alguna duda fué tan gran quiebra para la parte Romana, que pueblos mayores de los puestos en su confederacion se determinaban á la dexar, y recebir el bando contrario, si Cornelio Scipion súbitamente no saliera de Tarragona con esos Romanos, que pudo hallar aparejados y prestos, y pasadas las aguas del rio Ebro no se mostrara por el campo muy á sazon y buen tiempo para
16 que ninguno desconfiase. La primera parte donde puso real de propósito fué junto con el pueblo llamado Castro alto, lugar pequeño de vecindad, pero señalado con la victoria grande que los Españoles hubiéron allí cerca, quando los años pasados rompiéron y matáron al gran Hamilcar Barcino, padre de Hanibal, y padre tambien destos dos Capitanes Hasdrubal y Magon, que hacian agora las guerras en España, segun lo diximos en el diez y seis capítulo del quarto
17 libro. Este lugar como quiera que pequeño tenia fuerte disposicion, y como tal habian los Romanos pocos dias ántes bastecídolo de pan y viandas, queriéndolo sustentar en el otro lado del rio para granero de su mantenimiento: mas en las horas que Scipion allí vino, los enemigos eran ya tantos, y tenian tan ocupada la tierra, que no podian en parte los Romanos ni todos juntos hacer herbage, ni traer leña, ni salir á negocio por de fuera, sin luego ser muertos ó cau-
18 tivos. Algunas veces fuéron combatidos en el mesmo real, y recibiéron muertes y peligro muy grande sobre lo defender. Así que porfiando Cornelio Scipion en estar allí para conservar su buena reputacion, no pasáron muchos dias en que halló ménos de sus Romanos largos dos mil hombres, que los Cartagineses le matáron por veces en las corredurías del campo, no solo de los residentes en el exército, sino tambien de los que cada dia le venian ó quisieran venir á él,
19 y no se determinaban á pasar con aquel temor. Por

es-

esta causa, no pudiendo ya disimular tanto daño, retiráron su real muy atras en otra parte, que comunmente nombran Monvitor ó Monte de la Victoria, desviada de los enemigos, y que parecia tener seguridad. Tito Livio, Coronista Romano, pasa tan corto por 20
esta relacion, dado que toca la substancia della, que no declara (segun debiera) si fuese Monvitor en aquel siglo nombre de poblacion ó de montaña, ni los otros Autores, á quien yo sigo, particularizan este caso con tales indicios ó señales, que podamos atinar limitadamente dónde cayese, ni tampoco yo podria decir en ello cosa bien determinada sin peligro de mi crédito, mas de que muchas personas moradores en esta provincia, leidas en historias, sabias y diligentes en el arte de Cosmographia, me dicen que debió ser algun sitio de la montaña que llamamos agora Moncia, pocas leguas adelante de la boca del rio Ebro, sobre sus marinas occidentales: y no ponemos aquí las conjeturas que traen para su dicho, porque ninguno podria sentirlas, no teniendo noticia muy particular desta region; y si la tiene podrá caer en ello de suyo, considerados los términos ó postura de la montaña, y la seguridad que hallarian los Romanos á las espaldas metidos en ella por causa de la mar, y por la visitacion contina de su flota, que sin estorbo los bastecería de vituallas y de qualesquier instrumentos necesarios á su guerra. Llegados aquí los Romanos, y meti- 21
dos en su fuerte, Hasdrubal de Gisgon fué presto con ellos, no dando lugar á que tomasen aliento ni respirasen. Casi luego vino tras él Neyo Scipion el otro 22
Capitan Romano, que los dias pasados quedaba solicitando la gente Catalana su confederada, para la traer adonde los enemigos anduviesen. Traxo désta mucho 23
mas número que las otras veces, aparejada con aquellas buenas armas y buenos caballos que siempre solian venir, y con aquella buena voluntad que de con-

tino mostráron á le favorecer quando los llamasen, no por acostamiento ni salario, sino por sus aventuras particulares que siempre les dexaban libres y francas; y por ser ellos y todos los otros Españoles en general
24 aficionados á la guerra donde quiera que la hallan. Juntados en uno Catalanes y Romanos deste cabo del rio Ebro, pareciéron muy mayor copia que los Africanos, así de caballo como de peones: y luego mudá-
25 ron el real á lo frontero de sus enemigos. Cornelio Scipion deseando hacerles algun enojo, pues andaba tan cerca, tomó ciertos hombres desenvueltos, como quiera que no fuéron muchos, y con ellos armados á la ligera caminó muy secreto, para ver si hallaria parte conveniente por donde los pudiese herir á su
26 salvo. Mas la guarda contraria como nunca salia del campo, requiriendo sus atajos á todo tiempo, descubrió fácilmente quántos eran. Y visto que ya se metian en tierra descumbrada, ganáronles ante toda cosa los pasos donde podian guarecer: y dados de presto sus avisos en el real, acudió luego mucha parte del exército Cartagines por todas aquellas veredas, y las comenzáron á rodear y ceñir de tal manera, que nin-
27 gun remedio sentian para se librar. El Capitan Romano, conocida su perdicion, procuró de subir un collado medianamente fuerte, y allí se reparaba quanto mejor podia, teniéndolo siempre cercado los Cartagineses, tan por suyo como la presa que mas gana-
28 da jamas tuviéron. Y fuéralo verdaderamente, si Neyo Scipion, su buen hermano, con todas las banderas cumplidas no viniera muy furioso, determinado de pelear, ó morir, ó lo sacar de tal inconveniente, puesto que pasó primero trabajos y contradicciones muy recias y muy dificiles, hasta lo poner fuera de peligro.

CA-

CAPITULO XXXI.

Como la ciudad de Cazlona se rebeló contra los Cartagineses: y luego tras ella hizo lo mesmo cierta poblacion, que solian llamar Bigerra. Los Capitanes Africanos, visto no poderlas cobrar, diéron en Iliturge con intencion de la destruir, si Neyo Scipion no la socorriera.

La fama destos acontecimientos volaba por muchas partes: y como sea de condicion que quanto mas anda tanto mas crece, sin reposar en lo cierto, derramábase por el Andalucía muy en favor de los Romanos, diciendo traer ellos en estotras tierras Catalanas maravilloso número de combatientes, y que no se les defendia paso ni lugar, ni paraba Cartagines ante sus haces. Los vecinos de Cazlona, creyendo ser aquello verdad como se hablaba, figuróseles tener aparejo mas que nunca para poner en obra los tratos asentados en el año pasado con Iliturgo: y así tomáron abiertamente la voz del bando Romano, lanzando fuera de su pueblo quantos Cartagineses halláron en él, que cierto les fué gran confusion en perder una ciudad tan magnífica de sitio, tan apropiado para la seguridad del Andalucía, y sobretodo de gran estimacion entre las gentes comarcanas, tanto, que segun ya contamos en el capítulo veinte y uno del quarto libro, Hanibal Barcino procuró de casar con Himilce su muger, solo por ella ser natural de Cazlona, para con esta color tener allí parte. Oida la tal mudanza, Hasdrubal Barcino, y Magon y toda la fuerza de Cartagineses quantos ocupaban aquella comarca, viniéron en breves horas, por ver si lo podrian remediar, ántes que se confirmase mas adelante. Pero como despues de llegados hallasen la ciudad barreada de todas par-

1 2 3 4

partes, y los ciudadanos feroces en sobrada manera, cerradas sus puertas, arrojándoles piedras y lanzas desde los muros, diciéndoles injurias, y nombrando muchas demasías y soberbias que dellos habian recebido, dexáronlos al presente por no les añadir mayor indig-
5 nacion. Y juntos así como venian, acordáron de revolver sobre los Iliturges de Andúxar, donde la parte Romana tenia su principal guarnicion, y donde se forjaban todos aquellos males, y se forjarian otros de
6 peor calidad si con tiempo no lo destruyesen. Al principio creyéron que por hambre los podrian tomar, poniéndoles cerco de propósito, pues andaban muy léjos los dos Scipiones, y muy ocupados con el otro Hasdrubal de Gisgon, para les poder buscar ó traer
7 bastimentos. Con este presupuesto fortaleciéron en el contorno del pueblo dos reales, que casi lo rodeaban todo, sin faltar sino muy poco trecho de los unos á los otros, no mas ni ménos que lo hiciéron la primera vez quando le pusiéron tambien sitio, como ya lo diximos en los veinte y quatro capítulos pasados.
8 Neyo Scipion informado deste cerco quiso luego socorrer á sus amigos, así Romanos, que sostenian la defensa, como vecinos y moradores del pueblo: para lo qual escogió quatro mil peones ahorrados, y trecientos caballos ligeros, cuyo número (segun ya contamos en otra parte) llamaban los Romanos una legion, puesto que despues andando los tiempos les pusiéron mas añadiduras al estilo semejante de las Coronelías que nombramos agora, si las tales tuviesen número de gente limitada, como lo tenian aquellas le-
9 giones antiguas. La resta del exército quedaba con el otro Cornelio Scipion, habiendo primero concertado los dos hermanos, que gran parte della caminase tras estos otros en batallones abultados muy de vagar, y
10 muy en órden, á cargo de buenos Capitanes. Lo de-
11 mas fuese para guardar á Cataluña. Esto dicho, Neyo Sci-

Scipion tomó su camino por atajos y lugares encubiertos, sin llevar carruage ni cosa que le pudiese detener, á fin que los Cartagineses no lo sintiesen venir, y solo tuviesen consideracion á las otras compañías traseras y mayores como principales del negocio. En el qual viage le recibiéron de pasada, poniendo con 12
él amistad mucho firme los vecinos de cierta villa, nombrada Bigerra, lugar asaz fuerte, de buena poblacion y buenas particularidades, como lo señalarémos en el capítulo siguiente por no nos detener en contallas agora, pues tampoco Neyo Scipion se detuvo hasta llegar á los enemigos: y fué su llegada tan encubierta, que ni se pudo sospechar ni tener della noticia. En 13
llegando supo claramente que la postura del real Cartagines y de sus estancias era la mesma que formáron el año pasado: por lo qual quiso tambien él acometerlos en aquella mesma parte y en aquella mesma forma que fuéron acometidos otra vez. Y metido súbi- 14
tamente por entre los dos reales contrarios una noche muy escura, peleando sus delanteras y lados á grandes lanzadas y golpes, entráron en el pueblo con muy poco daño suyo. No le pareció dexar hecho mucho, 15
pues los enemigos no quedaban maltratados. Y por es- 16
to primero que la gente se resfriase, quitados algunos hombres que de pasada le hiriéron, y puestos en su lugar otros del pueblo, sanos, y recios, y bien armados, volvió por aquella mesma parte que vino, para dar en las estancias, y las entró por dos partes, sin reposar del trabajo, ni del peligro, ni del camino. Los Africanos atónitos con este segundo rebato, co- 17
mo no sospechaban al principio que Neyo Scipion quisiera mas de se meter en la villa, traian gran turbacion. Daban alaridos y voces: huian de la matanza que 18
sus enemigos hacian en ellos, y del fuego temeroso que tambien comenzaban á poner. En aquello se gas- 19
tó mediano tiempo de la noche, no dexando los Roma-

manos crueldad por hacer, ni dificultad por cometer, ni tampoco dexando Cartagineses de resistir quanto podian, y de mejorarse quanto mas duraba la pelea
20 con el socorro y esfuerzo de sus Capitanes. Neyo Scipion, visto como ya juntaban las banderas derramadas, y que muchos enemigos se rehacian de todo cabo para le vedar la tornada, tocó sus bocinas y trompas ántes que lo pudiesen atajar: y recogida su batalla muy á tiempo, que tambien andaba ya desordenada por el real, encarnizada terriblemente con el sabor de la victoria, se tornáron él y ellos al pueblo, dexando quemados y muertos en esta segunda revuelta gran suma de Cartagineses, y muchos otros que to-
21 máron á prision. Lo restante de la noche gastó Neyo Scipion en velar por su persona la villa, mandando curar los heridos: visitólos algunas veces: alabó lo que cada qual habia hecho, dándoles públicas gracias y do-
22 nes por sus esfuerzos. Venida la mañana reposó pocas horas, quanto bastáron para sufrir tales afanes: y despues de requeridas guardas, y rondas, y todo lo necesario, miró desde los muros la buena disposicion que tenian sus contrarios en el real, y vió que se fatigaban en reparar el daño recebido con palenques y cabas nuevas: la guarda traian doblada, muy mas en órden que primero: pero sintió que con todos estos apercebimientos, el asiento mas fuerte donde residia Hasdrubal Barcino tenia falta de gente, pareciéndoles que no serian menester en aquella parte por sus buenos
23 reparos y defensas. Considerados aquellos puntos, Neyo Scipion comenzó de conjeturar cómo les podria dar otra mano tan á su ventaja como la noche pasada: para lo qual este dia mesmo, llamada toda su compañía quanta halló sin heridas en disposicion de pelear, así naturales del pueblo, como Romanos y forasteros, dexando primero guardas bastantes á los muros y puertas, hizo tres partes de la gente conformes á su consi-

sideracion. La primera tomó para sí, que seria de hasta quatro mil hombres, con que se determinó de venir á los enemigos y probar la fortuna. Las otras dos 24
partes fuéron entregadas á dos Capitanes Romanos, valientes y cuerdos, de quien él sabia muy cierto que harian su deber, como siempre lo hiciéron en las afrentas pasadas: al uno, llamado Tito Fonteyo, mandó que quando ya lo sintiese revuelto con los del real, y que la pelea seria bien trabada, saliese de la ciudad, y con su gente de refresco procurase cómo los enemigos no le tomasen las espaldas, ni le vedasen la tornada por aquel traves. Al otro Capitan, llamado 25
Quinto Estatorio ó Quinto Sertorio, segun los nombran algunos libros, mandó salir con dos mil hombres en la vuelta trasera, donde ya dixe tener sus estancias Hasdrubal, no bastecidas de tanta gente, ni de tanta diligencia como las otras; y que hechos allí daños y destrozos con toda la braveza y alboroto posible, si por caso viese cargar enemigos en mas cantidad de lo que buenamente podrian sufrir, se retirase con tiempo, dexando metido fuego por todos aquellos reparos y por todas las mas partes que bastasen. Esto declarado y encargado con muchos encarecimientos, comenzó de salir en aquel mesmo lugar que la noche pasada: vino tocando bocinas y trompas en su batallon reglado, lanzando muchos dardos y muchos manojos encendidos en el real, tomando ganados, y bestias, y gentes quantas halláron desmandadas á la parte de fuera. Los Africanos, dado que nunca tuviéron 26
sospecha desta salida, pues tan brevemente no parecia que se pudiera ni debiera hacer, andaban ya tan avisados, y halláronse tan apercebidos á la sazon con escarmiento de lo pasado, que no solo defendian sus palenques y fosas, pero muchas banderas puestas en órden echaban pasadizos, y se venian contra Scipion caladas picas y lanzas, mostrándose muy embrabecidos, deseosos de su venganza.

Co-

27 Como fuesen mayor cantidad, y muy bien armados y muy mas holgados, recibia Neyo Scipion grandes pesadumbres en tenerse con ellos: de manera que la pelea pasaba terrible por ambas partes, no cesando de hacer todos ellos aquello que muy valientes hombres debian obrar, pero no pudo ser ménos de que los Romanos, durando la qï :stion algun rato, comenzasen á cansar en muchos de sus quarteles, y tenian ya tantos heridos en la delantera que por ninguna via
28 bastáron á se mantener en el campo. Y así comenzáron á retirarse contra la villa, peleando siempre con
29 los enemigos sin les volver el rostro. Visto por los Cartagineses, que Neyo Scipion se les iba, y que dexaba hecho gran mal, y llevaba mucho robo, sacáron ciertas hileras de gente, para las meter entre sus enemigos y la muralla, segun que Neyo Scipion ántes
30 de su venida sospechó que lo harian. Y verdaderamente pasara con este gran rigor, y fuérale dificil poderse librar, á lo ménos quando bien escapara, dexara toda la presa, sino que Tito Fonteyo salió muy á tiempo con los suyos, que para tal fin quedáron en la villa: los quales á muchas lanzadas, y con gran denuedo resistian estas hileras, que siempre venian mas y mas, y cargaban sobre la vuelta de la muralla, para tomar aquel espacio donde Scipion se venia retrayendo: pero (como digo) defendíanlo harto bien, puesto que no sin recibir heridas, y perder alguna gente de la mejor.
31 En esta sazon andando muy encendidos los unos y los otros, comenzáron á sentirse las voces del otro Capitan Romano Quinto Sertorio por el otro lado, cuyas banderas y compañía combatian muy recio contra lo fuerte del Capitan Hasdrubal, y como la pelea fué súbita contra la parte donde ménos esperaban, y la llama del fuego comenzó por allí de resplandecer, y se trabar en muchos lugares importantes, turbáronse los Cartagineses acá tan de veras, que creyéron tener el

me-

medio mundo sobre sí: mas como fuesen muchos en cantidad, y las horas del dia serenas y descumbradas, reconociéron presto quantos eran los contrarios: y luego sin detenimiento volvió la mayor parte dellos á remediar esto. Neyo Scipion, dado que pudiera llegar á 32
la villa muy á su salvo, determinó de cargar otra vuelta sobre los restantes que le seguian, y revolvió tan animoso que les hizo gran daño. Luego recogió toda 33
su gente para se meter por la puerta donde saliéron, llevando cogida la presa de captivos, armas, ganados, provisiones y bestias que primero les hubo tomado, sin casi perder cosa dellas: y dexada por allí gran defensa, tornó segunda vez á salir por la puerta trasera, para recebir el otro Capitan Quinto Sertorio, que siempre duraba peleando con los enemigos. Ha- 34
llólo ya casi rodeado detras y delante tan fatigado, que si Scipion no llegara, fueran allí muertos él y su compañía. Mas con esta venida todo se remedió: 35
porque como fuese de presto hiriéron los enemigos en las espaldas, y derrocadas una lista dellos, hízose lugar por donde Quinto Sertorio pudiese venír, y todos los suyos con él. Fuéron estas dos victorias tan 36
provechosas á Neyo Scipion, conviene á saber, la de la noche pasada, con la deste dia presente, que hallaban haber sido muertos en ambas poco ménos de dos mil Cartagineses, y largos tres mil tomados á prision. 37
Libros hay que dicen los muertos ser doce mil, y los presos casi diez: pero creo que los números van allí dañados: porque la suma de las banderas ganadas hallo tambien discrepantes: muchos autores las hacen treinta y seis, y muchos otros no mas de trece, dado que vaya poco diferir en semejante particularidad, quando concordan en la razon y substancia del hecho principal.

CAPITULO XXXII.

Del acometimiento cauteloso que los Cartagineses quisiéron hacer contra la poblacion de Bigerra, visto que no podian cobrar á Cazlona, segun al principio creian. Y como poco despues tornáron al Andalucía pasáron otro recuentro con Neyo Scipion, donde tambiem quedáron perdidosos.

1 Quisieran los Capitanes Cartagineses disimular, si pudieran, con toda su capacidad el enojo que recibiéron en Iliturgo: mas conocido que por ninguna suerte bastaban á cobrar este pueblo, ni las pérdidas en él habidas, acordáron de mudar el estilo de la guerra, pues todas sus cosas iban ya mudadas, y no para-
2 rian en aquello si faltaba nuevo remedio. Fué su postrera resolucion levantar las estancias, que tenian sobre los Iliturgos, y dar en algun otro pueblo del bando contrario, fuera de la provincia llamada Betica: lo qual debiéron imaginar, creyendo que los Roma-
3 nos vendrian á lo socorrer. Y venidos, con estar fuera del Andalucía no pondrian esfuerzo ni calor á sus naturales, para tentar mas mudanzas de las pasadas, como ya se tentaban en otros lugares comarcanos,
4 donde Neyo Scipion procuraba nuevas inteligencias. Determinados en esto llegáron á poner cerco sobre la villa de Bigerra, que segun diximos en el capítulo precedente, pocos dias ántes hubo tomado la parte Ro-
5 mana. Era lugar calificado, tanto por su fortaleza, como por caer entre los pueblos vecinos á Baza, llamados antiguamente Bacetanos, ó Bastetanos, en el camino derecho que sus enemigos habian de traer des-
6 de Tarragona, quando viniesen al Andalucía. Podian te-

tener allí buen paradero, buenas provisiones, y buen descubrimiento de toda cosa, pues no caia tampoco muy léjos de Cartagena, que fué siempre reparo y asiento principal de los Africanos. Agora no sabémos qué lugar sea Bigerra, ni parecen indicios ó muestras 7
de su fundacion, puesto que tengamos noticia de la parte por donde Ptolomeo Cosmógrapho la señala. Debió perecer por discurso de tiempo, como perecié- 8
ron otras mayores y mas populosas en diversas provincias Españolas, como quiera que tambien fuéron mas las que nuevamente se fundáron despues. Los que porfian haber sido Bigerra la poblacion llamada Bejel de 9
la miel, dos leguas apartadas del mar Océano, y seis adelante del Estrecho de Gibraltar, frontero de Barbate: no pudieran decir cosa mas errada ni que menos conviniera para nuestros intentos, pues la qüestion destas gentes Cartaginesas y Romanas en España, tardó muchos años, hasta llegar en aquellas partes de Bejel, segun lo verémos adelante. Volviendo, pues, al 10
propósito comenzado, dicen nuestras historias, que luego como Neyo Scipion tuvo noticia del cerco puesto sobre Bigerra, hizo juntar los Andaluces de la provincia sus nuevos aficionados y parciales, quantos buenamente pudiéron venir á la guerra, sin dexar hombre dellos bastante para tomar armas. Y fuéron á la verdad 11
tanto número, que con ellos y con los Romanos y Catalanes de las banderas antiguas, pareció tal exército salidos en campo, que viniéron contra los Cartagineses, aparejados y dispuestos á les dar batalla cam- 12
pal, si la perdiesen. Estuviéron quedos Hasdrubal y Magon Capitanes Africanos al tiempo que llegaban estos otros, sin les hacer acometimiento, ni bullicio, ni manera de resistencia, dando vagar á Neyo Scipion, para que puesto su real quan de propósito querria, se fortificase de todas partes. Y como poco despues lo 13
viéron ocupado sobre negociar aquello, conocido por

sus espias quedar la provincia de los Andaluces, donde venian, sin gente guerrera que la pudiese defender, moviéron ellos de presto, para se meter en ella, fingiendo huir algo derramados, á fin que sintiéndolos ir así confusos, Neyo Scipion se descuidaria de seguirlos: y rodeando por algunos viages torcidos, al cabo de pocos dias fuéron á dar en otra poblacion que llaman Aurige, puesta ya dentro de la mesma provincia que pretendian, apartada solos ocho mil pasos contra Medio-dia, que hacen dos leguas Españolas de los Iliturges moradores en Andujar, nuevamente rebela-
14 dos. Allí se regláron y rehiciéron los Cartagineses, para comenzar sus debates en todas las entradas que hallasen provechosas á cobrar lo perdido, como lo sabian ellos muy bien ordenar y disponer quando seme-
15 jantes ocasiones tenian. Esta poblacion sobredicha harto manifiesto sabemos ser aquella propia que dicen Arjona por este nuestro siglo, villa de muy honrada vecindad entre las notables del Andalucía: lo qual parece ser así por muchos testimonios de piedras esculpidas, que podriamos alegar, si no fuese prolixidad en cosa tan averiguada: mayormente bastando para caer en ello la razon de dos sepulturas antiguas que solian estar (y creo que duran hoy dia) dentro de la mesma villa, cavadas con letras Latinas, que dicen así:

D. M. S.
M. FABIUS PROBUS. M. F. AVRI
GITAN. FLAM. PONTIF. PERP. DI-
VI. AVG. ANN. XXX VIII. PLVS IN
SVOS. H. S. E. S T T L.

16 Cuyas palabras tornadas en nuestro romance vulgar dicen esta sentencia. Memoria consagrada para los Dioses de los defuntos. Aquí yace Marco Fabio Probo Aurigitano, hijo de Marco Fabio. Fué Capellan principal y Pontífice perpetuo del Emperador. Vivió treinta

ta y ocho años piadoso á sus amigos, no le dé peso la tierra.

La segunda sepultura, dado que vaya con aquellos mesmos principios y título, como lo van casi todas las muy antiguas, fué de persona diferente, y dice desta manera: 17

D. M. S.
Q. FAB. FICVLNVS AVRI-
GIT. FLAM. VI VIR AVRIGI
TAN. ANN. LXX. PLVS IN
SVOS. H. S. E. S T T L.

Traducido en nuestro vulgar Castellano, dice así. 18
Memoria consagrada para los Dioses de los defuntos. Aquí yace Quinto Fabio Ficulno Aurigitano, Sacerdote Mayor, uno de los seis Gobernadores en este pueblo. Vivió setenta años, amigo de sus amigos, la 19
tierra le sea liviana.

Puestos en Arjona los Capitanes Africanos asentáron sus estancias fuera del pueblo, no queriendo meter luego la gente, ni fatigarlo con tanta multitud: porque, segun entendemos, debia conservar su parcialidad, no siguiendo la mudanza de los Iliturges, dado que les fuesen tan vecinos, que (como diximos) no se desviaban ambos pueblos mas de dos leguas. Los 21
Romanos en sintiendo la partida Cartaginesa, no se tardáron momento, levantan su real tambien ellos, y siguen el rastro por aquel mesmo rodeo que los otros llevaban, tan parejos y tan igualados, que si no fuera por un poco tiempo que los fardages Africanos viniéron anticipados á fornecer sus palenques y vallados, se pudiera decir, que todos llegáron en una sazon á vista de la villa. Neyo Scipion quisiera luego romper 22
ántes que viniera gente de ciertos Andaluces Turdetanos en favor de sus enemigos, la qual esperaban cada dia muy en cantidad. Y con este deseo sacó sus ha- 23
ces

ces al campo, determinado de pelear, ó de combatir
24 las estancias, puesto que mas barreadas estuviesen. Pero no fué menester tanto trabajo: porque los Cartagineses como lo viéron en parte rasa, por no dar á sentir que le tenian temor, saliéron tambien ellos en sus esquadrones ordenados: y puestas banderas contra banderas, afrontáron los unos y los otros animosamente, con aquella gran enemistad que siempre se tuviéron,
25 mostrándola muy cruel en estas horas. Era tanta la codiciá de los Romanos en llegar á las espadas, que no tuviéron espacio de tirar dardos ni piedras, como solian otras veces quando sus esquadrones venian á
26 juntar. Luego se trabáron á brazos, y se herian de to-
27 das partes, haciendo quanto daño podian. Acrecentaba los trabajos desta pelea su mesma gente: porque siendo dias calorosos, y trayendo mucho bullicio, le-
28 vantáron polvo tan cerrado, que casi los ahogaba. Nadie pudiera conocer desde léjos quál era Cartagines ni Romano, ni devisar otra cosa mas de sentir aquella tiniebla como nube con voces muy grandes y muy
29 espantosas, y con el tropel que traian dentro. En esta porfia duráron todos ellos poco ménos de dos horas, sin haber alguna mejoría, ni perder un solo paso del sitio que primero tomáron: en fin de las quales hubo manera de floxedad entre la gente Cartaginesa, como que procurasen ocupar el camino de su real, para lo tener seguro, trayendo particular solicitud en aquel
30 caso. Los Españoles y Romanos de Neyo Scipion se comenzáron á mejorar, y no tardó mucho de se hallar tan aventajados, que notoriamente llevaban ya ganada la victoria si no fuera por Neyo Scipion su Capitan Mayor, que siguiendo la pelea, proveyendo lo necesario, cargando sobre los enemigos, y publicando vencimiento notorio, fué derrocado con un golpe de lanzo ancho, que le pasó todo el muslo por ambas
31 partes. Algunos que se halláron cerca dél, hubiéron

te-

temor, creyendo ser llaga peligrosa, tanto, que los otros capitanes menores tocáron luego sus cornetas, haciendo señal á la gente que cesase de combatir, y se retirasen afuera. Y así lo hiciéron todos, dado que muy espantados, en ver á tal tiempo dexar una cosa 32
tan ganada, hasta que supiéron la causa dello. Túvose por averiguado, que si tal embarazo no viniera los 33
Cartagineses fueran allí destrozados mas de lo que sus enemigos pudieran desear, y todo su real y su fuerte ganado sin algun remedio: porque ya no solamente los esquadrones iban huyendo, sino tambien los elefantes, donde llevaban lo principal de sus fuerzas, andaban abarrancados en los palenques, y mas de los treinta muy alanceados y heridos á dardazos, caidos ya sobre las albarradas en torno del baluarte. Quedáron muer- 34
tos en el campo casi cinco mil Africanos. Dicen otros 35
diez mil, y mas de tres mil que se diéron á prision, y cincuenta banderas pomposas, tomadas y repartidas por diversos pueblos comarcanos en señal de triunfo manifiesto.

CAPITULO XXXIII.

Como la gente Cartaginesa desamparó de todo punto las fronteras del Andalucía comarcanas á Castulon ó Cazlona, para fortificar y sostener la provincia restante de mas adentro. Neyo Scipion vino luego tras ellos á mas andar, y los dió segunda vez otro golpe de batalla, no ménos cruel y dañoso que qualquiera de los pasados.

Un dia despues de vencida la pelea, llegáron al 1
real de Neyo Scipion las compañías Españolas y Romanas, que venian tras él quando salió de Cataluña, 2
cu-

cuya llegada traxo mucho placer á sus compañeros y
3 parciales, y mucho temor á sus enemigos. Hasdrubal y quantos Capitanes Africanos habian escapado, desconfiáron de poder sostener aquella comarca vecina de
4 Ubeda y Baeza, cercanas á Cazlona y á Iliturge. Lo uno, porque los adversarios eran ya muchos y victoriosos, y
5 su gente dellos era poca. Lo segundo, porque desta su gente cada dia se les iba gran parte, con que se hacia siempre ménos: y la resta que perseveraba con Hasdrubal, dellos habia mal heridos, dellos hambrientos, y todos en general atemorizados y tristes, mal guarnecidos de caballos y ropas, y de las buenas armas y jaezes que
6 solian tener. Así lo conocian sus mesmos Capitanes, y lo trataban y platicaban entre sí, pareciéndoles, que si por allí se detenian mas, aprovechaba ménos, y siempre cundiria la mudanza por los otros pueblos Andaluces, á quien era necesario fortificar y conservar.
7 Y finalmente no convenia parar en aquella comarca por los muchos inconvenientes que resultaban.

8 Esto deliberado, la gente comenzó de salir muy callada, pocos á pocos, repartidos en pequeños quarteles, por diversos portillos que horadáron en los palenques y vallados, tomando la via de la mar, contra lo mas dentro del Andalucía, señaladamente contra los confines de los Turdetanos, en que creian tener gran
9 reparo. Para mejor encubrir su viage, dexáron en las estancias gente menuda de servicio, con algunos hombres de poca suerte, que fingiesen hacer la guarda, mostrando por allí dentro mucho fuego, y sonando bo-
10 cinas y trompas al estilo que solian. Y con esta cautela pasáron algunas leguas de lugar en lugar, sin rece-
11 bir afrenta ni peligro. Neyo Scipion no pudo sentir aquella salida tan claro ni tan presto como fuera menester, ocupado con el desabrimiento de su herida: mas en sentiendo lo que fué por la mañana siguiente, conociendo quán espantados iban los contrarios, y

quan-

quanto convenia no darles aliento ni vagar para que descansasen, mandóse meter en una litera contra voluntad y consejo de los otros Capitanes, y vino tras ellos á tanta priesa, que cinco dias adelante los alcanzó poco léjos de la ciudad que solia nombrarse Munda, principal y señalada por aquellos dias entre los pueblos Andaluces, donde hallamos agora la pequeña poblacion llamada Monda, tres leguas apartada de Marbella, con otras tantas de la Fuengirola, puertos ambos conocidos y tratados en aquella costa, quedando Monda solas dos leguas de la mar, y siete de la villa que dicen Ronda: la qual Ronda viene metida mas en la tierra que todas éstas: y tócolo yo de pasada brevemente, porque hallo personas honradas y discretas, que dicen mucho contra razon, ser aquella Munda de los antiguos la misma Ronda de nuestro tiempo. Ménos erráron estos que Don Juan, Obispo de Girona, quando porfia en su Paralipomenon de España, ser Munda la que llaman agora Coimbra, ciudad en el reyno de los Portugueses. Engaño manifiesto fuera de razon y de cimiento. Pero de lo tal mas adelante hablarémos en los diez y nueve libros desta primera parte, quando se trataren las guerras Españolas del Emperador Julio César, y la destruicion desta ciudad hecha con tanta fiereza, que despues acá nunca tornó jamas en su ser, dado que retenga la nombradía primera, ni pudo cobrar el valor que le halláron estos dos exércitos Cartagines y Romano aquella primera vez que se topáron cerca della. Neyo Scipion traia sus banderas ahiladas y sueltas algo derramadas en la jornada, como gentes que venian en seguimiento de quien les huia. Los Africanos pasaban adelante recogidos y fuertes, puestos en esquadrones muy bien reglados: y fortificáronse mas, viendo llegar estos otros tan cercanos, que ya casi les echaban lanzas por diversos lugares: en especial despues de venidos los caballos li-

12

13

14

15

geros con que apretaba sin cesar Neyo Scipion dentro de su litera, dando gran priesa para les atajar las delanteras. El peonage Romano cargaba siempre sin cesar, heria lados y retroguarda, puesto que no muy en órden: pero con acudir la gente de refresco, quanto mas andaba suplian la falta de concierto, y así de toda parte se padecian afanes, unos en ofender, otros en resistir: pero mucho mas entre los Cartagineses, que sufrian y caminaban, tirando saetas y dardos en su rededor, y si por caso hallaban enemigos muy cerca de sí, los empujaban afuera, con grandes cuchilladas y picazos, siempre fundados en conservar sus batallones enteros, y rehusar la pelea si pudiesen: y cierto lo pudieran, á tener otro competidor ménos orgulloso que Neyo Scipion, el qual así herido como venia, no se puede contar la priesa que daba sobre los dividir y romper, ántes que se le metiesen dentro de
16 Munda. Los Cartagineses visto su gran ahincamiento, no lo pudiéron comportar: todos en uno revuelven de súbito contra los Romanos, como gente rabiosa,
17 determinados á morir, ó sacudillos de sí. La pelea se trabó con mayor esfuerzo de lo que sospecháron al principio, combatiendo maravillosamente por todos los quarteles, sin estar ocioso persona dellos: y dado que
18 cayesen algunos Africanos, no caian sin venganza. Mas al cabo creciéron de tal manera sus enemigos, y los hiriéron de tantas partes, que fué necesario desmem-
19 brallos y romperlos á pura fuerza. Y así les quedó
20 cierta su victoria. La matanza no procedió muy continuada ni de tanto daño como las pasadas: casi fué la mitad ménos en el número de los muertos, por ser tambien ménos los Africanos que peleáron, y tambien por haberse derramado huyendo cada qual donde su fortuna lo guiaba: pero todavía pareció desbarato perjudicial, en suceder arreo, despues de tres acometi-
21 mientos uno tras otro poco favorables á Cartago. Sosio,

sio, Coronista Cartagines (de quien muchas veces Polibio hace memoria) porfia ser vencidos aquí los Romanos, y que su Capitan General escapó huyendo con heridas nuevas, allende las que primero traia. Señala quántas fuéron las banderas tomadas, y la gente que les matáron: pero nuestros Historiadores Latinos sin alguna discrepancia, concordan, en que la victoria fué de Scipion, y cuentan el proceso del negocio por la manera ya declarada, unos mas, otros ménos, conforme á la relacion antigua donde sacaban sus Corónicas. Y segun dice Juliano Diácono, parece traer estos buen camino, pues los Romanos paráron en aquella region fortalescidos en su real: y duráron allí hartos dias, mejorándose de contino. Lo qual no hicieran quedando sus enemigos victoriosos. Otro punto conviene señalar en el caso de los rompimientos arriba dichos, para satisfacer á los lectores enconados: y será, que muchos buenos Autores ponen la pelea de Munda primero que la de Arjona, donde todos afirman haber sido herido Neyo Scipion: pero yo siempre sigo lo mas razonable. Pues considerada la postura destos pueblos, y la huida del campo Cartagines, lleva mejor concierto venir desde las comarcas de Baza por Arjona, para despues dar en Monda, que no desde las tales comarcas á Monda, para despues dar en Arjona. Lo qual entenderán claramente ser así los plíticos y cursados en la tierra del Andalucía. Una batalla campal despues de todas éstas peleáron tambien aquellas dos naciones, donde los Africanos tuviéron fuertes ayudas de gente Francesa: la qual batalla señalan algunas historias dentro del año presente, como lo hace Tito Livio: muchas en el año venidero, como yo lo haré, siguiendo los apuntamientos de Juliano Diácono, cuyo discurso me pareció siempre de muy atentada consideracion, en declarar tiempos, y determinar conjeturas dudosas: y mayormente que la segunda Co-

22 23 24 25 26

rónica de España, hecha por mandado del Serenísimo Rey Don Alonso de Castilla y de Leon sigue lo mismo que yo sigo.

CAPITULO XXXIV.

De la venida que por estos dias hiciéron en España nueve mil hombres Franceses traidos á sueldo, para favorecer el bando Cartagines: los quales pocos dias adelante peleáron una batalla terrible con los Españoles del exército Romano, donde hiciéron mucho mal, y lo recibiéron mayor.

1 No bastáron tantos recuentros vencidos, ni tantos acometimientos probados, para hacer que los Cartagineses, puesto que muy destrozados quedaban, aflojasen de sus propósitos, y como gente porfiosa nacida para renovar y reparar guerras ó quistiones, despacháron á Magon Barcino, hermano del Capitan Hasdrubal, con muchos tesoros y riquezas, para que prestamente procurase de pasar en la tierra de Francia, que cae por el otro lado de los montes Pyreneos, y sacase gentes cogidas á sueldo las mas y mejores que podria: con las quales puestas acá tornarian á cobrar quantos lugares y villas eran rebelados: y creian atemorizar al bando Romano, por ser estos Franceses en aquellos dias la nacion de quien los Romanos habian recebido gravísimos daños diversas veces, en especial quando pasados los Alpes en el siglo muy antiguo conquistáron la provincia que decimos agora Lombardía,
2 sojuzgando sus moradores y naturales. Y despues venidos adelante venciéron el exército Romano con terrible destruicion, hasta ganar y quemar á Roma, sino fué la fortaleza llamada Capitolio, que se les defendió mu-

mucho bien, segun apuntamos en el veinte y un capítulo del tercero libro. Como nacion tan feroce, tan armada, tan cruel, y de quien Roma parecia tener algun pavor, enviaban los Cartagineses agora por gente suya, para se favorecer dellos, confiando junto con esto del amistad que su Capitan Hanibal dexó por allí trabada con los principales de la provincia, quando pasaban los exércitos Africanos en Italia. Sintiendo, pues, los Franceses el gran interese que Magon les traia, de ricos atavíos, metales, dineros y jaeces, fácilmente se le viniéron quantos él quiso, que fuéron mas de nueve mil hombres: los quales metidos en galeras y navíos gruesos, llegáron á Cartagena, pasados pocos dias del verano siguiente, quando se contaban docientos y diez años ántes del advenimiento de nuestro señor Dios. Tomada la tierra, con otros algunos Africanos, que residian en aposentos, anduviéron su camino contra la parte del Andalucía, donde sabian haber quedado Neyo Scipion, mostrando mucho contentamiento por haber este debate con gente Romana, publicando, que no les osarian esperar la batalla, si viesen que venian ellos en favor de Cartago, dado que les ayudasen todas las Españas. Creian los Cartagineses aquella presuncion, y mas si mas dixeran: porque mirada su ferocidad, su grandeza de cuerpo, mayor de la que tienen agora comunmente, sus armas tan á punto, sus meneos y brio, no parecia que gente del mundo pudiese resistirles. Y hablando la verdad en aquellos dias valientes fuéron á maravilla. Con esta confianza llegáron al real de sus enemigos en pocas jornadas, á los quales hallaron bien avisados de su desembarcacion, y tenian ya juntos asaz Españoles: creyendo que si con estos Franceses viniesen á batalla, metian en ella toda la substancia de sus hechos, y de fuerza seria de mas aparato que ninguna de las pasadas. Hasdrubal de Gisgon vino luego tras ellos: y tras él vino tambien Cornelio Sci-

3 4 5 6 7 8

Scipion, ambos con la gente de sus fronteras, para se hallar en este riesgo, cada qual en favor de su parte.
9 Puestos á vista los unos de los otros, quando los Franceses reposáron algun poco de su camino, dos dias ade-
10 lante se concertó la pelea. Todos saliéron en campo bien acaudillados y compuestos: y segun declaraban alegres y deseosos de mostrar allí quanto podian y valian.
11 Cosa fué de notar la gran diversidad que tenian estas gentes en ambas partes, así de figuras y semblante, como de sus armas y trage, tanto, que cotejados entre sí no parecian hombres los unos á comparacion de los otros, como quier, que ni quanto al concierto de la batalla, ni quanto á la manera ni número de los esquadrones estuviéron diversos: porque los Franceses, cuya fué toda la principal afrenta, no quisiéron hacer de sí notable repartimiento, sino todos en un tropel, juntáron las órdenes para combatir á su parte: contra los quales puso Scipion en otro cuerpo sus Españoles, y contra los caballos de Numidia que Hasdrubal Barcino destribuyó por los lados, echó los caballos Romanos que fuéron hartos y buenos, mezclados con sus Españoles Céltiberos, que tambien seguian estas guerras á caballo por sus aventuras, dado que los Cartagineses tuviéron eso mesmo Celtiberos venture-
12 ros, puesto que no tantos, ni tan aficionados. El segundo repartimiento fué de peones Romanos, puestos en un esquadron, fronteros al cabo donde los Africanos de pie tenian otro tal, gobernados por Hasdrubal de Gisgon, con largo número de Moros y Berberuces, y de muchas naciones mestizas, y mas los elefantes armados, que tambien allí pusiéron. En estos postreros á no se diferenciar en la color de los rostros y manera de su lenguage, todo lo demas parecia ser uno con lo de sus enemigos, por traer á cada parte las armas y despojos que se tomáron en los recuentros y peleas ya contadas. Entre los Españoles y Franceses ha-

bia

bia solamente los escudos conformes, las espadas y cuchillos eran diferentes por ser los de Francia pesados y largos, y sin punta, que no herian sino golpe corrido de alto á baxo. Los Españoles traian espadas me- 13
nores convenientes en el tamaño para se rodear y desenvolver, sus puntas agudas y bien aceradas, que traspasaban quanto les ponian adelante, como personas que llegados á reñir, tenian costumbre de herir al enemigo con estocada mortal, ántes que de tiro largo. Era tambien cosa de ver la postura del batallon Fran- 14
ces, en estar mas adelante que todos. Traian sus hom- 15
bres las cabezas armadas con morriones y capacetes: los otros miembros del cuerpo guarnecidos á su modo, sino fué desde los ombligos arriba, que venian desnudos en carnes, á la manera comun que tenian de costumbre. Con estas fierezas tales, ó con ser crecidos 16
en estatura, mostraban el parecer tan extraño que ponian temor á todos. En los brazos, manos y piernas, 17
traian por hermosura metidos muchos anillos, axorcas y brazaletes, del mejor oro que hallaban, ó de plata quien mas no podia: los pescuezos rodeados con argollas y collares preciosísimos: los puños de sus alfanges, que tambien eran largos y disformes, embutidos con oro singular, ó con otro metal quanto mejor hallaban. No parecia tan grande generalmente la dispo- 18
sicion de los Españoles sus contrarios, dado que lo son agora y casi mayores, mas eran de cuerpos mas quadrados y rehechos: los miembros enxutos, nerviosos, las fuerzas mas vivas, ligereza, sagacidad y desenvoltura mucho mayor, tales, que qualquier trabajo sufrian con ménos pena. Sobre las armas tenian unas vestidu- 19
ras de lienzo blanco, labradas á gayas ó listas con carmesí, que resplandecian á todos cabos. Así que re- 20
glados los unos y los otros con este concierto sobredicho, sus Capitanes diéron señal con trompetas y cornetas, para que las haces moviesen. Y luego los de 21
Fran-

Francia comenzáron á sacudir sus lanzas en los escudos, y daban aullidos á manera de canto, levantando los ojos al cielo, como que hacian semejanza de plegarias. Poco despues arremetiéron al esquadron Español con el ímpetu mas terrible que se podria decir.
22 Claro parece de las Corónicas antiguas y modernas, ser en esta gente la mayor extrañeza de su terribilidad aquellos primeros acometimientos, los quales eran tan desmesurados y bravos, que dificultosamente se
23 podian resistir. Mas aquellos otros con quien al presente combatian, los recibiéron sin algun pavor: y quedáron tan firmes en la parte donde se hallaban, que
24 ninguna mudanza les pudiéron hacer. Y pasada la furia primera del acometimiento, comienzan tambien ellos á darles con las espadas golpes tan crueles y hondos, que muy presto mostráron ventaja de su parte: porque con andar trabados y cercanos, y ser ellos gente mas desenvuelta, con tener otrosí las espadas mas cortas, y mas cortadoras, aprovechábanse dellas á su voluntad, y brevemente por toda la frontería del esquadron enemigo, les tuviéron muchos heridos, y muchos derro-
25 cados, y muchos pasados al traves por los pechos. Y como los Franceses ya dichos fuesen tan llenos de carne, tan gruesos, tan membrudos, con poca herida que tenian echaban de sí tanta sangre, que heridos y sanos, muertos y vivos, Españoles y contrarios, las yerbas y tierra donde pasaban la quistion estaban teñi-
26 das della. Lo que mayor espanto ponia (si fuera tiempo de se mirar) era que despues de comenzada la des-
27 ventura, nunca diéron las voces, ni los alaridos que solian dar en las otras peleas Cartaginesas. Todos traian un callar triste, disimulado, rabioso, fundado sobre
28 grande mal. Oíase sospirar, y no mas, á los que ya morian: quejábanse los llagados: retumbaba por aquellos valles y collados el estruendo de las armas con que se despedazaban, ni se pudiera ver á toda parte sino la

mes-

mesma semejanza de muerte. Los hombres en semblan- 29
te turbado con rostros demudados y mustios, encarnizados unos en otros, tales, que no mostraban compasion de quanto daño se hacia. Finalmente ninguna 30
desventura ni desastre se pudiera conjeturar en esta vida, que no lo tuviesen allí presente. Recrecióseles 31
para mas acrecentar el peligro calor demasiada del dia, con que los Franceses tomáron pena doblada: porque siendo quando peleaban el tiempo mas ardiente del año, la region eso mesmo la mas calurosa de España, siendo tambien ellos criados en tierras húmedas harto mas frias que las nuestras: fué cierto, que no bastaran á sufrir aquel sol, dado que residieran en el campo holgando, quanto mas siendo tan pesados, y sufriendo tantas fatigas y trabajos. Con todo su per- 32
dimiento nunca hiciéron muestra de huir, siempre caian unos en otros, determinados á la muerte, puesto que ya no se podian valer ni remediar, ni bastaban á revolver las armas con el mucho cansancio, ni levantaban los cuerpos, ni los escudos para recebir el golpe contrario, ni se retraian de los que tan gran priesa daban á su destruicion. Ya quedaba derrocada 33
por el suelo mucha parte dellos, y la pequeña resta se tenia por tan acabada como los primeros, puesto que ninguna cosa desto se pudo hacer, sin daño particular de los Españoles, que tambien muchos dellos fuéron muertos y heridos en el principio: mas al cabo llevaban su negocio tan ganado, que del batallon Frances, donde venian largos nueve mil combatientes, no dexáron vivos mil y quinientos, cortados todos en piezas, y degollados á mano. En aquellas horas la gen- 34
te del esquadron Romano, viendo por esta parte los enemigos vencidos, y que de todo punto quedaban acabados aquellos de quien se tenia creido no tener par en las armas, apretáron tambien ellos contra sus Cartagineses fronteros, como contra gente que mu-

35 chas veces habian sobrepujado. La voluntad y denuedo del acometimiento fué tal, qual habia sido las otras veces: y por el consiguiente la salida victoriosa fué la
36 mesma que la de las batallas pasadas. En conclusion, que despues de rotos y destrozados los unos y los otros, quedáron muertos en el campo doce mil hombres cumplidos, dado que pongan algunos libros no mas de nueve mil, y poco ménos de dos mil tomados á prision, con cincuenta banderas mayores, que tambien se ganáron, sin la riqueza maravillosa de los despojos Franceses, que no tuvo comparacion, en collares y cadenas preciosísimas, anillos, axorcas, brazaletes y manillas, de que traian rodeados brazos y pier-
37 nas y pescuezos. Entre los muertos halláron otro dia dos personas muy estimadas, el uno llamado Menicato, y el otro Civismaron, que son aquellos de quien hablamos á los quarenta y dos capítulos del quarto libro: los quales parece que viniéron á se mostrar en esta pelea, por causa del amistad asentada con Hanibal desde los años primeros, como lo diximos en aquel capítu-
38 lo. Hubo mas en la presa diez elefantes vivos, y tres que fuéron muertos á lanzadas: y con esto la valia de los Hasdrubales y de Magon quedó tan abatida por el presente, que muchos dias adelante no pudo tornar en sí, ni curáron de pedir batalla, ni poner gentes en campo: solamente bastecian las villas y lugares de su parcialidad, para se defender en ellas como mejor pudiesen.

CA-

CAPITULO XXXV.

Como los dos Scipiones Romanos cobráron la ciudad de Monvedre, tomando captivos quantos Africanos la defendian: y luego revolviéron sobre la poblacion que los Turdetanos Andaluces habian edificado cerca de sus comarcas, y la combatiéron y ganáron, y destruyéron por el cimiento.

Conociendo los Romanos quán sin estorbo quedaban para llevar adelante su buena fortuna, tomóles vergüenza de ver seis años pasados en que Cartago libremente poseia la ciudad de Monvedre, siendo razon y muy grande, que la primera jornada desta guerra, fuera para la cobrar, y tornar á libertar, pues habia sido causa de todos aquellos debates, y padeció gravísima persecucion quando Hanibal y sus valedores la destruyéron, por guardar las alianzas y fe que tuvo puestas con el pueblo Romano. Luego los dos Scipiones moviéron el exército lleno de triunfos y victorias, con presupuesto de no se parar en alguna parte, ni mirar en qualquier otro negocio por muy calificado que recreciese, hasta la ganar, ó morir en la demanda. Hízoseles mejor que pudieran ellos pedir: porque siendo llegados allá, puesto que las guardas del pueblo mostráron alguna contradiccion, tenian pocos aparejos de gentes y de pertrechos, y de vituallas para la defender, y sobre todo hallábanse muy atemorizados con la mala nueva de la batalla pasada: de manera que no bien eran comenzados á combatir, quando los entráron á pura fuerza, tomando captivos quantos Africanos la defendian. Fué restituida sin dilatar á los pocos naturales della, que se libráron de su destruicion, con preeminencias y libertades nuevas que les otorgáron, y con alhajas y riquezas y jaeces asaz convenientes, pa-

1

2

3

4

para quedar proveidos, y poder comenzar descansadamente sus asientos y morada, como justo se debia hacer: porque sin las otras obligaciones que Roma tenia, les sirviéron en esta guerra de España con demasiada voluntad y diligencia desde los primeros dias que
5 se comenzó. Y dado que fuesen ellos poco número, fuéron de mucha calidad, y siempre se mostraban tan mañosos y trabajadores en ella, que si los dias ántes Cazlona tomó la parte Romana mas apresuradamente de lo que todos esperaban, como ya diximos en los treinta y un capítulos pasados, dió gran ocasion á lo hacer las importunaciones contínas de ciertos Saguntinos residentes en Iliturgo que lo solicitaban con muy
6 gran secreto. Solo faltaba para dar en el asiento de Monvedre seguridad y contentamiento, desocupar algunas estancias comarcanas, que tenian gente contraria, de quien adelante le procederian enojos y desasosiegos, particularmente la poblacion moderna que los Andaluces Turdetanos poseian en aquellas partes, llamada Turdeto la menor, cuyos principios y hechura pusimos en el décimo capítulo del quarto libro, quando se dixo ser edificada pocos años atras primero que Monvedre fuese destruida, no por otro fin, sino por estragar con su vecindad y hacer el mal
7 que pudiesen á los Saguntinos de Monvedre. Ya queda bien manifiesto de pasos y capítulos contenidos en esta Corónica la mucha parte que fuéron aquellos Turdetanos para revolver diferencias y guerras entre Cartagineses y Saguntinos, y quánto las encendiéron y sustentáron despues de levantadas: así que consideradas tales circunstancias, y visto quánto convenia deshacer tan grandes enemigos en España, los Capitanes Romanos enderezáron su gente contra la poblacion sobredicha, donde llegáron poco despues enteros y libres. Asentáron su real muy de reposo con toda la fortificacion que quisiéron: labráron ingenio y vay-

ve-

venes hartos y recios, con buenas defensas para los juntar y herir en la muralla: los quales acabados brevemente batian algunas piezas del adarve, quanto bastó por diversos lugares para venir al combate de manos: y luego que se determináron á lo dar en aquellos portillos derrocados, los dos Scipiones derramáron primero las banderas de caballo por la tierra mandándoles que dañasen los rededores, y vedasen que ningunas ayudas viniesen al pueblo de sus confederados y parciales. Esto hecho sacáron afuera los batallones 8
ordenados: y dada señal de pelea como solian, arremetiéron todos por lo caido muy bien y con mucho denuedo: pero no lo sintiéron menor allá dentro. Fuéron recebidos con heridas y golpes muy duros: dados á manteniente, por los traveses y lados tiraban dardos y piedras en mucha cantidad. Mas como sintiéron 9
que los defuera se lanzeaban por tantos portillos, y que ya de parte ninguna tenian ellos ayuda ni socorro, ni los Cartagineses al presente bastaban á se lo dar: dexados los muros, atajáron todas las bocas de sus calles, por donde los enemigos podian ir adelante, con palenques y fosas mucho hondas, como gente determinada de morir, á quien faltaba todo remedio. Trabajáron en aquel reparo tanto bien, que parecian 10
quedar casi tan fuertes como primero: con lo qual resistian animosamente, creyendo que si fuesen vencidos ninguno tomarian á vida, segun el rancor envejecido de los unos á los otros, y muchas veces quando llegaban á las manos hacian tanto mal y tantas muertes en sus adversarios, como recebian ellos. Algunos 11
Coronistas Latinos, queriendo hablar en el estilo de vivir y costumbres pasadas, que solia tener aquella nacion Turdetana, repútanla por ménos trabajadora, ménos hábil en hechos de guerra que quantas en España moraban otro tiempo: pero mucho diverso lo mostráron aquí: porque si paso de verdad lo que dellos apun-

apuntan en estas peleas, ninguno pudiera mas hacer,
12 puesto que muy valiente pareciera. Considerando, pues, los dos Scipiones, como despues de tantos dias andados no podian ganar otra cosa mas de la cerca, comenzáron á poner fuego por los edificios confines al muro, para que desde los tales prendiese la llama los otros allá dentro, hasta no quedar casa ni defensa por
13 quemar. El encendimiento cundió lugares infinitos, y ni valian atajos ni diligencias humanas, para que no
14 fuese mayor cada momento. De manera, que viéndose los Turdetanos afligidos, por una parte del combate que dias y noches rodeaba todas las estancias: en otra parte del fuego sin remedio, que siempre crecia, no pudiendo mas hacer, pusiéron las armas, y se diéron á prision qual sus enemigos tendrian por bien, sin pedir otro partido, ni sacar otra condicion, mas de la misericordia que quisiesen usar con ellos: porque
15 tampoco los recibieran en otro modo. Los quales así tomados, y pareciendo que se les perdonaba mucho del castigo que merecian, fuéron otro dia vendidos:
16 y quedáron por esclavos entre los Españoles. La ciudad ardió toda junta, sin algun estorbo, no quedó muestra della que pareciese valer algo: si de lo ménos importante pudiéron escapar algunos lugares viles y baxos,
17 los derrocáron por el cimiento. La tierra comarcana con el sitio del mesmo pueblo diéron los Romanos al comun y vecinos de Monvedre, para recompensa de los daños antignos, como gente (segun ellos decian) de sí mas agradecida que quantas en el mundo se hallaba, y que mas procurase la prosperidad y mejoría de sus allegados y favorecedores.

CA-

CAPITULO XXXVI.

Como la gente de los dos exércitos Cartagines y Romano se retraxéron á las tierras de sus parcialidades, para tener el invierno siguiente: y allí vino mensage de ciertas banderas Españolas pasadas á los Romanos en Italia, por cuyo respecto la Señoría Romana negociaba de tener allá mas Españoles principales y nobles, que sacasen los otros restantes del campo Cartagines.

Concluida la cobranza destas dos ciudades, y no teniendo ya mas ocupacion por allí los Españoles, que (como diximos) eran la mayor parte del exército Romano, comenzáron á se tornar á sus casas y naturalezas, contentos á maravilla de la buena conversacion y buen tratamiento que halláron entre los Capitanes Italianos, y mucho llenos de jaeces y caballos armas, vestiduras y bestias, y de grandes intereses, habidos en aquella guerra: tambien repartiéron por ellos los dos Scipiones una crecida suma de preseas, conformes á la calidad y manera que tenia cada qual: y con esto los enviáron tan satisfechos y ganados que permanecian firmes y prestos á quanto dellos querian sin algun interese ni sueldo, como siempre los años ántes habian hecho, quando seguian esta guerra por sus aventuras particulares, y no por otro salario: pero (segun dixe) los Scipiones andaban tan liberales con ellos, que nunca despues los Españoles tomáron salario de tanto valor quanto montaba la riqueza de sus ganancias, allende las añadiduras, y parte graciosa que recebian de estos Caballeros Romanos. En lo demas puestas las guarniciones ordinarias en lugares competentes, quedáron reposados aquel Otoño, recibiendo siempre mensages y pláticas de lugares diversos, que venian á tratar amistades nuevas, y deseaban

ban conocer estos dos Scipiones, de quien tanta fama
3 corria por todo cabo. La mesma quietud y sosiego tuviéron los Capitanes Africanos, dado que cuidosos en conservar su parcialidad, así del Andalucía, como de las fronteras Catalanas: y si no bastaban á sostener algunos lugares, ó no les eran mucho necesarios, dexábanlos (como dicen) á beneficio de natura, puesto que
4 siempre los requerian y visitaban solícitamente. Tampoco se hizo mas ni ménos despues que llegáron los meses y principios del invierno: dentro del qual visto por los gobernadores del campo Romano los muchos Españoles que cada dia se les ofrecian, daban gracias á sus dioses, y reputábanlo por merced incomparable, considerando quán á sabor, y quán sin aventurar ellos alguna cosa de peligro, ni de gasto suyo, ni de sus
5 amigos, crecia su buena reputacion. Y verdaderamente no les pudiera suceder hecho mas importante ni mayor: porque las banderas Romanas que mantenian acá los Scipiones, eran ya pocas y cansadas, á causa que con haber guerreado muchos años, y peleado muchas batallas, puesto que de las mas alcanzáron victoria, todavía les costaban suma de gente, sin otros que perecian contino de sus enfermedades comunes: y no proveyendo Roma nuevo socorro, mas de los ocho mil hombres Italianos que quatro años ántes hubo traido Cornelio Scipion, segun lo contamos en el quinceno capítulo pasado: y los tales (como dixe) ser muertos casi todos, quedaba manifiesto depender en aquellos Españoles arriba declarados, la salud y la vida del hecho Romano: lo qual entendian y conocian muy bien sus Capitanes Generales, que siempre los enamoraban con halagos y dádivas, y con todas las dulzuras posibles.

6 Así se gastaban los dias y frios del invierno mezclados con oir nuevas, y tener cartas y relacion cada dia de los negocios acontecidos por Italia, tan llenos de mudanzas y diversidad, quanto los pasados en Espa-

paña. Uno fué señalado de mil Españoles y quatro mil 7
Africanos, metidos pocos dias ántes en cierta villa que nombraban Arpos, asaz conocida por este tiempo de nuestra gente, que la poseen y gobiernan en la provincia de Pulla, con todos los otros lugares del reyno de Nápoles, y le dicen Arpi, cuyos moradores habian dexado la parte Romana, quando fué desbaratada cerca de Cañas por Hanibal, y tomado la Cartaginesa. Para 8
los conservar y retener estaban allí las defensas ya dichas, y mas tres mil hombres de la mesma villa, bien aparejados con sus armas. A estos del pueblo hacian los Africanos venir en la delantera, si por caso tenian alguna vez rebato de Romanos, no confiándoles la rezaga, por conocerlos arrepentidos y poco firmes en su parcialidad. Y como la tal division ó diferencia fuese sa- 9
bida por un Capitan Romano llamado Quinto Fabio Máximo, Cónsul y Gobernador principal el año presente de toda la Señoría, hijo del otro Quinto Fabio que ya nombramos en el onceno capítulo deste libro, salió con parte del exército, creyendo poder otro dia combatir la villa. Quando vino llovia recio, por lo qual 10
hubo dificultad en barrear sus estancias y reales á la manera que solian: y desde la media noche creció tanto la tempestad, que los del pueblo creian estar seguros al doble, por el inconveniente del tiempo. Mas el Cónsul Romano quiso luego dar en ellos, pareciéndole ser punto muy provechoso para su combate no sospechar que los podria combatir: y tan buena maña tuviéron él y su gente, que puestos en la raiz del adarve, sin persona los oir ni sentir, derrocáron una puerta de la villa, bien apropiada para su negocio: por la qual se metiéron de rondon, y peleaban al principio con algunos vecinos que halláron en estas entradas, y despues con todos los que sobreviniéron, quanto la noche duró. Decíase no combatir muy concertados, á 11
causa que todos andaban en tiniebla mojados y mal

desenvueltos: pero despues el dia siguiente llegada la claridad y resplandor de la mañana, siendo cesada la lluvia, los Capitanes Romanos y los vecinos del pueblo comenzáron á se conocer y hablar, y traer á la memoria sus amistades viejas, verdaderas y firmes, ántes que Hanibal y sus Africanos destruyesen aquellas tierras, y las muchas buenas obras, y muchos placeres, alegrías y provechos que desto procedian á todos: con la qual plática fuéron tan presto conformes, que tomando los Arpinos sus armas, y juntándose con la gente contraria, revolviéron de presto sobre la guarnicion de los Españoles y Cartagineses, como si fueran enemigos antiguos, ó no les hubieran defendido muchas veces en escaramuzas y recuentros del daño que
13 les quisieran hacer estos otros. La quistion se travó difícil y trabajosa, primero por las calles y lugares angostos, y despues en un sitio donde los Cartagineses acudiéron, sobre lo mas fuerte de la villa: desde el qual
14 se hacian arremetidas y daños muy acometidos. El Cónsul Quinto Fabio, vista la porfia que sus contrarios mostraban, y que perseverando los mil Españoles con aquellos quatro mil Africanos, ya que fuesen tomados habia de ser con gran contradiccion, y nadie los podria ganar sin daño notable de la parte Romana, quanto mas deteniéndose, como lo principiaban, algunas horas ó dias, en que les vendria socorro del Capitan Hanibal, y la villa no se cobraria perfectamente, mandó cesar los combates, y poco despues hizo derramar por el contorno de las estancias algunos Españoles suyos, de los que se viniéron al campo Romano los años ántes, como diximos en el fin del vigésimo quinto capítulo, para que hablasen con estos otros, y les aconsejasen el entrega de lo poco que defendian en la villa, pues queriendo llevar adelante su porfia, ni podrian excusar de ser muertos allí todos, ni traeria fruto su determi-
15 nacion. No fué menester mucha solicitud en el caso,

por-

porque los Españoles del pueblo sintiendo cerca de sí los Españoles del exército Romano, sus compañeros y parientes antiguos, recibiéronlos con grandes abrazos y placeres, y mostrando contentamiento sobrado, hiciéron liberalmente quanto les pedian, y no solo desembargáron la villa, pero fué tambien acabado con ellos á ruego destos otros sus amigos y naturales que dexada la parte Cartaginesa, tomasen acostamientos y gage del imperio Romano, prometiéndoles todas las pagas atrasadas, que Cartago les debiese de los años pasados, entregadas en vestiduras, armas, y ropas, ó dinero si lo querrian: y para lo venidero certificaban de les crecer el salario, quanto fuesen ellos contentos: lo qual aceptado (como digo) de buena voluntad, se quedáron en el campo de Quinto Fabio.

Sacáron una condicion ante todas cosas: y fué, que 16
por quanto los quatro mil Africanos arriba dichos parecian haber sido confiados en su defension, para quedar y residir allí juntos, y por el mal ó por el bien que los unos pasasen, hubiesen de pasar los otros, y pues aquellos en ser Cartagineses de nacimiento, no se podian aplicar al aficion Romana, ni seria justo tener dellos alguna confianza, que por lo ménos, atento ser valientes hombres, y de su compañía, quedasen libres y salvos, y pudiesen tornar á su Capitan mayor, sin que persona contraria les tocase, ni hiciese mal, ó pretendiese tomar la mas pequeña cosa de quantas allí tenian. Y así les abriéron luego las puertas, y los mes- 17
mos Españoles caminaron con ellos algun trecho de tierra, hasta los poner en tal cabo, que fuéron bien seguros. Y dexados aquí, se tornáron con sus banderas 18
tendidas á cumplir las promesas y fé que diéron á los Romanos. No se podria bien declarar el placer con que 19
los recibiéron, y lo mucho que todos holgaban de su llegada: las posadas no fuéron otras de las que señaláron ellos, ni despues adelante les quitáron jamas el es-

tancia que tomasen, agora fuese dentro del real, agora de qualquier aposento poblado. Tasáronles eso mesmo la racion de sus mantenimientos al doble de las otras compañías, por el estilo que traian en aquellos tiempos: con lo qual, y con las ventajas manifiestas que siempre les daban los obligaron tanto, que muy continuamente la República Romana hizo con ellos cosas notables, en que recibió grandes provechos y servicio de su diligencia, fidelidad, y denuedo. Las letras que traxéron esta nueva contenian tambien otro mensage para los dos Scipiones, en que la Señoría Romana les encargaba muy afectuosamente que, si fuese posible, pasasen algunos Españoles nobles en Italia, de los mas emparentados, y de mas autoridad, y bien quistos que hallarian, para sacar por vía destos los otros Españoles del exército Cartagines que restaban, y pasarlos al campo de sus Cónsules; pues veian á lo claro, que despues de metidas allá compañías Españolas entre las banderas Romanas, cobraban siempre mejorías, y ganaban las batallas y victorias que solian perder quando los tenian contrarios. Muchas otras relaciones nuevas llegaban cada dia de casos pasados en Italia, que dexamos aquí de señalar por no ser prolixos, y porque las tales no hacen al intento de nuestros Españoles: cuyos acontecimientos, y lo que dellos depende limitadamente, pretendemos contar en esta relacion: y por tanto pospuestos agora los negocios Italianos, tornarémos á decir las cosas dignas de memoria que sepamos haber sucedido por acá.

CA-

CAPITULO XXXVII.

De las nuevas pendencias que se levantáron en Africa tocantes á la Señoría Cartaginesa, movidas por un Rey de Berbería llamado Syface: las quales diéron ocasion á que sus Capitanes residentes en España no fuesen proveidos de las ayudas pertenecientes á la guerra, ni se desmandasen á muchos otros acometimientos que quisieran emprender.

Toda la gente vulgar Española quanta miraba los 1
movimientos y porfia desta guerra que trataban acá Romanos y Cartagineses, andaban maravillados en ver que la Señoría de Cartago no bastecia sus exércitos en España, con tesoros y navíos, y gente, pues eran tanto menester: siendo su propia costumbre nunca cesar en lo que comenzaba, y la mas vengativa nacion de quantas aquel tiempo se conocian. Pero vedábalo (se- 2
gun platicaban) allende muchas otras causas, que cierto Rey Africano, gran Señor en aquella tierra, se les habia declarado contrario, haciéndoles daños y destruiciones continas. Este se decia por nombre Syface: te- 3
nia su morada principal en una ciudad Africana populosa, llamada Siga, sobre la costa de nuestro mar Mediterráneo, frontera de Málaga casi por un derecho, si Málaga no cayera poco mas Occidental: y desde Siga poseia Syface todas aquellas provincias comarcanas á la marina, hasta cerca de Tanger y Ceuta, con muchos lugares metidos algo dentro de la tierra. Poseia 4
mas otro gran trecho contra la vuelta de Levante, hasta casi juntar por allí su juridiccion con la de Cartago, que no los dividia sino las tierras y señorío de un otro Príncipe, llamado Gala, tambien Africano de nacion, com-

competidor antiguo de Syface, sobre términos ó pundonores que suele recrecer á gentes vecinas y confines: puesto que Gala siempre hacia toda su resistencia con ayudas y favor de los Cartagineses, y muchas veces con treguas, ó cautelas, ó dilaciones astutas y guerreras, de
6 quien él era sabidor y mañero. Mas como los apetitos de señorear en esta vida mundana tengan tal furia quando hallan aparejo, que por la mayor parte ni sufren templanza, ni conformidad: y por aquel respecto las amistades entre Príncipes ó Señores comarcanos nunca sean duraderas ni firmes: concibió gran imaginacion este Rey Syface, durante cierta tregua que con Cartago tenia puesta, de buscar maneras y rodeos para destruír al Rey Gala su vecino, creyendo que si lo quitaba del medio, podria disimuladamente cundir y derramar su poder en las tierras Africanas, y quedaria Señor absoluto de todos aquellos estados: pues al presente la Señoría de los Cartagineses andaba tan ocupada con la pendencia Romana, que qualquier estorbo si llegase de traves los haria blandear: y porque su negocio fuese mas encubierto, hizo mensageros á los mesmos Gobernadores de Cartago, publicando contra Gala quejas y descortesías que recebia dél, con favor dellos, las quales decia que no sufriera sino por con-
7 templacion de Cartago. Diéronles tambien á sentir estos mensageros quánto seria mejor tener el amistad
8 con Syface que no las alianzas con Gala. Mezclado con esto decian que Syface holgaria mucho de tomar por muger una hija del Capitan Hasdrubal de Gisgon ciudadano Cartagines, que los dias presentes continuaba las guerras en España con el otro Barcino: manifestando quedar este Rey Syface muy pagado de su her-
9 mosura. La doncella se decia Sofonisba, dama de maravillosa disposicion: y sin las gracias de su persona singulares y grandes, era tambien otra muy calificada, ser única hija del sobredicho Capitan Hasdrubal, heredera

ra de sus riquezas tan preciadas y crecidas, que mucho con buena razon y muy á su honra la podia desear este Rey, puesto que mayor estado tuviera: donde se puede conjeturar el valor y dignidad que Cartago por aquellos dias alcanzaba, pues un Príncipe tan señalado como Syface, quedaba satisfecho de casar con hija deste caballero Cartagines: y nadie hallaba demasía del uno con el otro, ni lo platicaban como negocio descomunal. Oida la proposicion destos Embaxadores Africanos, los Gobernadores de la Señoría, segun era gente sagaz, entendiéron luego no les convenir cosa de quantas pedian, y ménos cumplia para los provechos de su República que Gala ni Syface tuviesen conformidad. Estaba claro que durándoles la discordia, cada qual dellos desearia favor de Cartago, y le reconocerian obediencia, procurando no sentilla contraria, ni parcial á sus enemigos. Tampoco pareció bien recebir en su vecindad y comunicacion al Rey Syface, con la color del casamiento que pedia, por no tener entre sí persona de tan gran título, con el qual podrian recrecer desasosiegos y bandos, ó voluntades nuevas entre la gente de su pueblo, que ligeramente se muda con dádivas y con otras cautelas bastantes á destruir la libertad que Cartago tantos años habia conservado, para despues de venido Syface, socolor de vecino, quedar por señor y tirano forzoso. Así que desbaratáron el artificio deste mensage con excusas honestas y razones comedidas, diciendo que la Señoría Cartaginesa tenia por amigos principales á los Reyes ambos, y de sus buenas avenencias y paces recibiria siempre tanto placer, quanto pesar de sus enemistades y rancores. Lo del casamiento con Sofonisba, parecia no tener sazon al presente, por estar su padre fuera de la tierra muy ocupado, como sabian en la guerra de los Españoles, y hasta salir della no seria justo hablar en tal caso, ni Cartago querria determinar haciendas agenas sin que

10 11 12 13 14

sus

15 sus dueños lo tuviesen á bien. Sofonisba por el consi-
guiente rehusaria la plática, no ganando primero la vo-
16 luntad de sus parientes y padre. De todas aquellas pala-
bras, dado que fuesen corteses y breves y disimuladas,
quedáron los Embaxadores corridos, y Syface se tuvo
por menospreciado, publicando venirle tal afrenta, que
lo tomó por ocasion, para mover luego la guerra, vis-
to que su pensamiento no podia salir adelante, ni po-
17 ner en obra su deliberacion. Fué guerra cruel, enojosa,
18 tratada por muchos lugares. Cartago proveyó la resis-
tencia muy de veras y con muy gran cuidado, como
cosa peligrosísima, levantada frontero de su ciudad á la
puerta de sus casas: y desto vino la causa con que los
bastecimientos en España de gentes, navíos, armas, y
municion tuviéron desman y floxedad el año sobredi-
cho por la parte de Cartago, segun lo deciamos en el
principio deste capítulo.

CAPITULO XXXVIII.

Como los Capitanes Romanos residentes en España enviáron desde Tarragona tres caballeros de su campo, para tratar en Africa ligas y confederacion con el Rey Syface de Berbería: de lo qual resultó gran mudanza por todas aquellas tierras Africanas: y poco despues hubo batallas y combates mucho peligrosos y siniestros á la parte deste Rey Syface.

1 Los dos Scipiones Romanos residentes en Espa-
ña, viendo sus cosas prosperadas, y que siempre les
crecian amigos nuevos: conocidas aquellas diferencias,
y sabido quán súbito quedaban desavenidas estas dos
gentes poderosas y grandes, tuviéron esperanza que
podian allá negociar algo de lo muy cumplidero para
su

su conquista, por ser mucha la comunicacion y vecindad entre nuestras marinas Españolas y las Africanas: desde las quales pueden llevar prestamente ganados, navíos, gentes, armas y mantenimientos quando las otras lo tengan menester. De manera, que despachá- 2
ron allí tres Capitanes del exército, diestros en qualquier negocio, con facultad y poderes bastantes á jurar, y firmar, y concluir ligas muy valederas entre los Romanos y Syface, prometiéndole que si continuaba su competencia contra Cartago, haria cosa de gran obligacion á la Señoría Romana: la qual en todo tiempo no cesaria de lo reconocer y gratificar con ventaja de buenas obras. Vino muy á tiempo la tal men- 3
sagería para los intentos y contentamiento del Rey Syface: y habiendo primero hablado largo con aquellos tres Capitanes Romanos en razon desta guerra, notó las palabras y primores que le respondian incidentalmente de sus ordenanzas y regla de pelear: y dellas entendió bien á lo claro quántos avisos provechosos y necesarios á la guerra no sabian él ni los hombres Berveruces sus vasallos en comparacion de lo que platicaban estos otros. 4

Luego tuvo por bien de recebir su confederacion: y solemnizada públicamente con juras y sacrificios, rogó que los Romanos en lo venidero hiciesen como buenos y fieles amigos, y que la respuesta volviesen á sus Capitanes mayores en España los dos dellos no mas: el tercero se quedase con él en Africa para declarar mas el industria de pelear en órden que Roma trataba: porque los pueblos y nacion, cuyo Señor él era, no cursaban las batallas de pie, sino las de caballo solamente, como personas que desde los principios y fundacion de su gente hiciéron sus antepasados las guerras en este modo, poniendo los hijos desde pequeños en aquella costumbre. Los adversarios di- 5
xo tener peones ordenados: y por quanto se fiaban mu-

mucho de la ventaja que con estos traian, él deseaba serles igual en toda suerte de gente, sacando batallones al campo reglados y de concierto, pues abundaba su Reyno de varones bastantes á todo, que no les faltaria sino la distribucion, y las armas, y la plática del negocio, para no se juntar á bulto como solian
6 entropezados y confusos. A esto postrero respondiéron aquellos Embaxadores Romanos que holgarian de lo hacer, dándoles primero Syface su palabra, que si los dos Scipiones no fuesen contentos de la quedada, les enviaria luego sin contradiccion el Capitan que con él quedaba, que fué Quinto Sertorio, de quien ya contamos en los capítulos pasados haberlo hecho muy bien
7 quando batallaban en Iliturgo. Con esta promesa los otros dos Capitanes Romanos vueltos en España, traxéron consigo dos Mensageros Africanos para tomar ellos tambien á los dos Scipiones la seguridad y juramentos pertenecientes á la liga por parte de Syface, mandándoles el Rey que llegados acá pusiesen gran solicitud en sacar todos los Africanos de su jurisdiccion quantos hallarian ganar acostamiento Cartagines, y los
8 pasasen al exército Romano so graves penas. Entre tanto Quinto Sertorio muy cuidadosamente señaló por toda la tierra del Reyno los peones que mejor le parecièron: y reglándolos cada dia segun ordenanza Romana, supiéron muy presto seguir las banderas, y conocer la señal que sus Capitanes hacian, y guardar la
9 buena disposicion de las batallas. Quedáron tan usados en obras, trabajos, constituciones y preceptos del arte militar, que poco despues tuvo Syface mayor confianza del peonage nuevo, que de sus caballos antiguos: con el qual emprendió muchas veces batallas aplazadas, y rompió los enemigos en diversos recuentros,
10 y ganó dellos crecida victoria. Traxéron otrosí provecho grande los embaxadores deste Rey á la parte Romana: porque sabiendo su llegada continuamente se

le

le venian Africanos en cantidad, muy diestros y bien encabalgados: y desta manera quedáron assentadas en España las amistades y posturas entre Syface con el Imperio Romano. Díxose luego, que como fué sen- 11
tido por los Gobernadores Cartagineses, habian hecho mensageros al otro Rey Gala, contrario de Syface, cuyo Señorío tomaba toda la provincia de ciertos Africanos llamados Masilos, gente feroz y guerrera, criados en las armas desde su nacimiento. Regíalos un hi- 12
jo de Gala, nombrado Masenisa, mancebo de diez y seis años ó poco mas: y mostraba tantas habilidades en aquella su juventud, que todos entendian si los hados lo llegasen á tiempo de reynar despues de fallecido su padre, la tierra cobraria mayor estimacion por su respeto dél, puesto que de la tal sucesion en el Reyno conocian poca certinidad, á causa que Gala tenia tambien un hermano vivo, llamado Desalces: y fué ley antigua de los pueblos Masilos contenidos en aquel Señorío, que siendo vivos algunos hermanos del Príncipe muerto, sucediese qualquiera mayor en el estado: pero faltando los hermanos, y quedando hijos al defunto, reynaban sin algun embargo. Venidos los 13
Embaxadores Cartagineses al Rey Gala, declaráronle todos aquellos tratos, y las avenencias de Syface con los dos Scipiones en España, hechas no por otro fin sino para tener pujanza desigual contra los Reyes y pueblos Africanos, por donde Gala mas que ningun otro Príncipe ni Señor de la tierra, como su contraditor manifiesto, de quien tomaria si pudiese venganza principal y primera: convenia juntarse con los Cartagineses ántes que Syface pudiese pasar en las Españas, ó los Romanos á su reqüesta meterse por Africa: y así todos juntos procurasen que tal enemigo fuese destruido y ahogado de presto, pues al presente no tenia las ayudas Romanas que le vendrian adelante, ni sentia mas del nombre solo de su confedera-

14 cion. Fué cosa fácil concluir aquel negocio con el Rey Gala: mayormente que su hijo Masenisa le pidió con gran importunidad el cargo destas pendencias: y sacando sus exércitos en compañía de los Cartagineses quanto mayores y mejores pudiéron, llegáron á pelear, y venciéron una batalla campal, donde contaban ser muertos treinta mil hombres contrarios. Syface desamparó la tierra, huyendo con algunos pocos de caballo que le siguiéron, hasta se meter en los confines de Marruecos, llamados por aquel tiempo la tierra de los Maurusios, y por otro nombre de los Mau-
15 ros ó Moros. Son estos las postreras gentes Africanas que vienen cerca del mar Océano, fronteras á la isla
16 de Cádiz en España. Y allí publicada la fama de su camino, se le comenzáron á llegar tanta gente dellos, que poco despues tuvo juntas grandes compañas Moriscas: contra las quales acudió presto Masanisa con
17 sus exércitos victoriosos. Y sabiendo de cierto que Syface queria pasar en España, primero que lo pudiese hacer, lo venció segunda vez en batalla campal, sin ayuda de los Cartagineses ni de nacion alguna, mas del exército particular y propio que tenia del Rey Gala
18 su padre. Hallo yo Coronistas buenos y graves, que todavía certifican haber este Syface pasado en España sin contar otro punto de lo que por acá negoció: pero ni Tito Libio, ni Plutarco, ni los Autores Romanos á quien seguimos agora, declaran la tal pasada, ni señalan memoria della, ni paso, ni punto que le pertenezca: pero segun los apuntamientos que dél señalan, muy gran indicio nos dan que debió de pasar acá para consultar sus negocios con los Scipiones, y darles algun remedio si lo tuviesen.

CA-

CAPITULO XXXIX.

De la conveniencia que hiciéron en España los Capitanes Cartagineses, y tambien los dos Scipiones Romanos, cada qual dellos á su parte con la gente de Celtiberia, señalándoles gruesos acostamientos para la retener aparejada quando fuese menester en todas sus pendencias y guerra venidera.

Con qualquiera destas roturas acontecidas en Africa, los dos Hasdrubales, y Magon, y los otros Capitanes Cartagineses que seguian el debate de España, se regocijaban acá demasiadamente: y si fuéron ellas mucho, como cierto lo fuéron, ellos las engrandecian y hacian mayores con sus alabanzas y pregones derramados en muchas partes: y por parecer que tambien obraban algo, quisiéron menear y disponer sus negocios para lo venidero, considerando ser muchos dias pasados en que ninguna cosa tenian hecho, ni cobrado las pérdidas recebidas. 1 Primeramente comenzáron á platicar en secreto con algunas provincias Españolas que tomasen acostamiento situado de la Señoría Cartaginesa, tal que para siempre ni lo pudiesen ellos dexar, ni la Señoría quitar, tasándose muy mas crecido que quanto daban á sus Africanos, y mayor del que pagaban los Romanos á las gentes de sus exércitos en Italia: lo qual entregaban en armas, y ropas, y ganados mayores y menores, ó dinero si lo quisiesen tomar, en dia señalado de todos los años. 2 Hacian esto, segun adelante pareció, para tenerlos con aquella prenda, ganados, y seguros, y prestos quando fuesen menester: y tambien porque Roma no hallase jamas entrada con que los traer á su favor. 3 Esto (como digo) negociaban entre muchos Españoles: pero mas principalmente con los Celtiberos, por tener en aquel siglo 4

glo mayor nombradía que todos sus vecinos y confines de valientes y bien armados, y de personas mas
5 puestas en razon á la verdad. Tanto llevaban ya concluido los Capitanes Africanos en aquel hecho, que tuvieran presto casi toda la region á su bando, si los dos Scipiones no lo sintieran quando se traia la mayor furia del negocio: los quales viniéron en persona
6 con algunos de sus Españoles. Y visitada la provincia como tierra favorable, donde ya dias ántes habian puesto ligas perpetuas, mudáron y deshiciéron gran parte de lo que sus adversarios trabajaban, segurando por muchos años á treinta mil hombres Celtíberos el salario que los Africanos les ofrecian, y sobretodo las aventuras ordinarias y robos que pudiesen haber: y mas que no siendo llamados ganasen aquel interese mesmo
7 dentro de sus casas y naturalezas. Aceptáron este partido los Españoles Celtíberos con alegre voluntad: porque notoriamente se conocia de muchos dellos agradarles mejor la costumbre liberal destos Romanos, que la presuncion y señorío de los Cartagineses: mas todavía perseveraba gran suma, firmes y confederados al bando Cartagines, con los mesmos acostamientos
8 y las mesmas condiciones ya dichas. La nacion quedó hecha dos parcialidades, unos muy declarados por los dos Hasdrubales y Magon: otros por los dos Scipiones Romanos, dado que por la parte destos postreros eran mayor número, y parecian serles mas aficionados: y para manifestar ser así, viniéron al real muchos dellos, y traian copia de Caballeros Españoles, moradores principales en diversas provincias, que residiéron despues muy contínos en compañía de los Scipiones, y seguian sus aposentos, recibiendo creci-
9 dos provechos y grandes honras. Y con aquella conversacion se hiciéron tan conformes al estilo Romano, que todo su tratamiento, su trage, su lengua, su condicion y manera de vivir era de puros Romanos:

y

y se perfeccionó mucho mas quanto mas fuéron adelante, no solo con ellos, sino con sus decendientes y sucesores. Una parte destos Españoles nobles deseaban 10
los dos Scipiones poner en Italia, porque Roma lo pedia siempre muy afectuosamente, para que venidos allá sacasen al Capitan Hanibal todos los otros Españoles que le restaban, pues era lo mas fuerte de sus compañas, y desde la refriega que pasáron en Arpo se conocia ser esta cautela muy apropiada para lo hacer. Tantos contentamientos, y tantas buenas obras 11
usáron y traxéron aquellos dos Capitanes Scipiones, que finalmente pudiéron acabar la pasada en Italia con trecientos dellos: y puestas en órden las provisiones pertenecientes al viage, tomáron su camino ganosos muy mucho de hacer en Italia quantos provechos y favores pudiesen á la Señoría Romana. Por estas dili- 12
gencias tan buenas y tan á sazon, la provincia de Celtiberia tuvo su partido bien firme con unos y con otros. Los dos Scipiones desbaratáron el daño que les orde- 13
naban ambos Hasdrubales, puesto que no todo; y fué la primera vez en que nuestros Españoles abiertamente tomáron acostamiento particular de la Señoría Romana, mezclando su real entre las banderas Italianas, muy al contrario del tiempo pasado, que solian traer aposentos diferentes apartados en estancias diversas, quando venian á la guerra: lo qual parecen contar las Corónicas Latinas, como hecho de mas buena fortuna que pudiera venir á su ciudad, y mas principal entre sus acontecimientos del año presente. Item, los Capitanes Romanos enviáron á pedir á los Cónsules y Gobernadores de su repúbliea, con aquellos trecientos Españoles que pasaban en Italia, municion y bastimentos de ropas y dineros, de remos y remadores, y de materiales necesarios á la flota: porque ya desde muchos años ántes no les habian dado cosa déstas, y la gente quedaba faltosa de semejantes aparejos. To- 14
dos

dos estos negocios así tratados fuéron lo mas notable del año sobredicho, que sepamos convenir al debate Cartagines y Romano que trataban ambas gentes en
15 España. La substancia del temporal sabemos haber sido próspera: crió la tierra mantenimientos en abundancia: tuviéron salud ganados y gente, sino quanto los vecinos de Cádiz padeciéron algunos terremotos, y la mar anduvo muchos dias tan gruesa con bravezas y corrientes excesivas, que pasó harto mas adelante de donde solia. Hubo señales en el ayre no mé-
16 nos terribles que los otros años. Mostráronse cometas ardientes contra las vueltas occidentales del Cielo:
17 cayéron rayos peligrosos en lugares poblados. Pariéron algunas mulas: y dos lobos ahullando viniéron al aposento de los Scipiones; y despues de mordidas gentes y bestias y cosas que tomaban ante sí, pasáron adelante sin recebir daño de quantos hombres allí se ha-
18 lláron. Pudieramos añadir asaz maravillas, de quien hacen caudal muchos Autores, si las unas y las otras no fueran obras naturales, que de razon habian de traer
19 poco temor á quien las notara. Cierto es que nosotros los Christianos no miramos en ello, ni las personas acostumbradas á tener paz: mas los antiguos en su gentilidad, y los hombres de guerra, que por la mayor parte son todos agoreros, siempre lo notáron y temiéron como señales de mala significacion.

CA-

CAPITULO XL.

Como fuéron recebidos en Roma los trecientos Caballeros Españoles, que los dos Scipiones enviáron allá: y casi luego viniéron á Tarragona galeones Romanos cargados de municion, que traxéron tambien muchas nuevas de cosas pasadas en Italia, señaladamente la tomada de Zaragoza de Sicilia, guiada por industria de ciertos Españoles residentes en aquella tierra.

Andados pocos dias del año siguiente, que fué docientos y nueve primero que Nuestro Señor Jesu-Christo naciese, llegáron á Roma los trecientos Caballeros Españoles ya declarados, y fuéron muy bien recebidos y muy bien tratados en toda la ciudad. Y despues de visto sus edificios y su grandeza, festejados por los Gobernadores, y Príncipes, y por los otros vecinos del pueblo quanto fué posible, proveidos otrosí, con abundancia de lo necesario, pasáron adonde residia la gente del exército para comenzar ellos en intentos de su venida. Tambien la Señoría Romana comenzó de poner en plática los bastimentos y vituallas que pedian los dos Scipiones en España, señalando quatro galeazas mayores para se traer: y segun acá dixéron habian dado cargo de la provision á cierto Mercader llamado Postumio Pirgense, conocido de todos en aquellas guerras y bullicios, así por España, como por Italia, con el qual igualáron el valor de la ropa que debian tomar en precios convenibles, y mas el dinero que tambien le diéron, sacado del tesoro Romano para cumplir los acostamientos ordinarios. Pero ninguna cosa desto pudo llegar en España, como fuera menester, á causa que Postumio Pirgense quando los navíos querian hacer vela, sacó dellos encubierta-

1

2

3

mente la municion, y dineros que tenian dentro muchos dias ántes, y llenos los fardeles de caxas de sal y de piedras, ordenó que metidos en alta mar, poco léjos del puerto, familiares y criados suyos, á quien él hubo comunicado su voluntad, los barrenasen, ó taladrasen por baxo haciéndoles muchos agujeros para que se hundiesen: y no consintió que persona de quantos allí traian pudiesen vivir, sino fuéron él y los ministros de su traicion, que puestos en un barco pequeño tornáron á Roma, diciendo ser anegadas las galeazas con fortuna de la mar, y perdida su provision y dineros: y que por gran misterio pudiéron ellos venir quales vian fatigados y deshechos con tan extraña tormenta.

4 Quedáron algunos dias en esta disimulacion, pidiendo recompensa de sus daños, haciendo tales muestras, y publicando tanta fatiga que muchos creian ser cierto lo que decian: mas al cabo súpose la verdad: y Postumio Pirgense, temiendo ser justiciado huyó de
5 Roma, con todos los compañeros de su maldad. Y luego los Cónsules que nuevamente fuéron elegidos en el año presente para gobernar la república, segun costumbre Romana, llamados el uno Fulvio Flaco, y el otro Claudio Pulcro, despacháron otros quatro navíos bastecidos de provision, pero no tanta quanta primero se traia: los quales eran agora venidos á Tarragona con buen temporal, y desembarcáron sus cargas, y se repartió la municion dellas á quien tenia mayor ne-
6 cesidad, pues á todos no bastaban. Las otras banderas comportáron su menester, y comenzaban á se poner en órden para salir en campaña por ser llegados los principios del verano, donde los dos Hasdrubales y Magon Barcino procuraban de hacer lo mesmo.

7 Estos navíos de la municion, allende muchas nuevas menudas que traian de casos acontecidos en Italia, traxéron algunas importantes y de tomo: particu-

lar-

larmente certificaban que los vecinos de Taranto, ciudad notable sobre la marina de Calabria, se diéron al bando Cartagines con partido que todos quantos ellos eran fuesen libres y francos, y no pagasen jamas tributo, ni gente, ni cosa de semejantes imposiciones. Hanibal fué muy satisfecho deste concierto por cobrar aquel pueblo de Taranto, cuya fortaleza con el sitio que tenia, daba grandes aparejos al trato de su guerra. Súpose mas, uno de los Cónsules Romanos ha- 8
ber peleado con otro Capitan Cartagines llamado Hanon, y que los Africanos quedáron muy quebrantados aquella vez, y muertos en el campo casi cinco mil dellos, sin otros tantos, ó poco ménos tomados á prision, y dos mil carros cargados de trigo que traian á Capua, con una gran suma de caballos, y bestias y joyas preciosas. La victoria pareció tal, que recompen- 9
saba muy bien el perdimiento de Taranto. Muchas vi- 10
llas no tan señaladas contaban haberse rendido por diversas tierras en Italia, provechosas, y de gran alabanza para la República Romana: pero sobre todo recibiéron mayor alegría los dos Scipiones algo despues desto, quando supiéron de letras muy ciertas, y de la relacion averiguada, que tambien otro Capitan Romano de los famosos y conocidos en las batallas pasadas, y de los primeros que procuró traer á su compañía banderas Españolas, nombrado Marco Marcelo, como ya lo diximos en el vigésimo quinto capítulo deste libro, tenia ganadas en Sicilia gentes y pueblos que halló mudados á sus contrarios: entre los quales pueblos era la ciudad excelente de Sarausa ó Zaragoza de Sicilia, no menor en adornamento, riquezas y hermosura, que qualquiera de las muy alabadas en Europa. Los años pasados anduvo su hecho tan ade- 11
lante, que tuvo diferencias gravísimas con la gran Cartago sobre pundonores que pretendian ambas, y le dió tantos trabajos, que nunca pudo ganar honra Cartago,

12 ni mejoría contra los Sarauses ó Zaragozanos. En el tiempo desta guerra con Hanibal, apartáronse de la liga Romana por muerte de su Rey Hieron, adversario capital de Cartagineses, como ya lo pusimos en
13 los veinte y ocho capítulos deste libro. Recreciéronse bandos entre sus mesmos ciudadanos, y la mayor parte dellos tomáron el apellido Cartagines: y fué necesario venir aquel Marco Marcelo Romano con gentes y flotas bastantes al cerco de mar y de tierra, dándole muy contínos y bravos combates, puesto que si los Sarauses anduvieran conformes, dificultad hubiera hasta los conquistar: y así con toda su division estuviéron cercados casi tres años, que nunca Marcelo pudo mellar en ellos: por ser mucha la grandeza del pueblo, llena de varones armados y porfiados, y llena de mantenimientos en abundancia, por tener eso mesmo suficientes ayudas extrangeras, della cogidas á sueldo muy largo, dellas traidas desde Cartago: entre las tales ayudas hubo quinientos Españoles peones, con un Capitan Español nombrado Merico: del qual no declaran nuestras historias si fuese de los Españoles que Cartago tenia limitados para su defension, enviados por Hanibal quando principiaba las contiendas Romanas, ó si lo despachasen de nuevo con aquellos peones los dos Hasdrubales y Magon, ó si fuéron él y la compañía decendientes, de los Españoles antiguos que pobláron á Sicilia, cuya generacion y reliquias perseveraba todavía por algunos lugares pequeños dentro de la tierra, dado que las marinas y lo demas tuviesen usur-
14 pada los Griegos advenedizos muchos dias ántes. Tito Livio solo quiere dar á sentír que fué natural y veni-
15 do de España. Como quiera que sea todos confiesan haber estos peones Españoles y Merico su Capitan resistídolos tres años del cerco sobredicho quanto sus cuerpos bastáron á la fuerza de Roma por de fuera, y á la discordia del pueblo por dentro: mas como ya Me-

Merico sintiese que con aquellos bandos tan porfiosos no bastaria diligencia para conservar la ciudad: y que los Romanos perseveraban duros y firmes en el sitio, conoció manifiestamente su perdicion, y la necesidad le hizo dar oidos á ciertas espías de Marco Marcelo: tambien Españoles, que le habláron de su parte, prometiéndole crecidos heredamientos en Sicilia para su persona dél, y para toda su gente, si disimulasen la defension quando fuesen acometidos: pues era claro que quanto podia trabajar en ello no seria mas de para lo dilatar algunas horas, y no para lo llevar adelante, ni poder sostener: finalmente la mucha porfia les traeria mucho daño, mucha crueldad, y mayor perdicion, de que fuesen tornados á puro combate, como lo serian muy presto. Mezcláron con esta plática 16
la prosperidad y pujanza que Roma tenia por España, sus Capitanes venturosos, su liberalidad, su bondad, y lo mucho que valian y podian, y mas otras causas pertenecientes al propósito, tan certificadas y tan aparentes, que Merico visto ser la division cada dia mayor entre los ciudadanos, otorgó su peticion. Y así fué, 17
que como por esta coyuntura llegasen dias en el pueblo de cierta solemnidad ó fiestas antiguas, donde celebraban sacrificios magníficos á sus Dioses ó demonios, Merico sintió claramente ser aparejo natural de fenecer tantos peligros: y dió cumplidos avisos muy secretos á Marco Marcelo, para que tuviese las banderas á punto. Poco despues algunos veladores y guardas en una parte del muro con el regocijo de la fiesta no curáron de rondon segun debieran, ó no tuviéron el cuidado que solian. Y los Romanos vista primero cierta 18
señal hecha por Merico, cargáron en aquella parte con tal multitud y tal apresuramiento, que ni se les pudo vedar la llegada, ni los Españoles viniéron á lo resistir como solian. Obróse cruel destruicion en todo ca- 19
bo, matando personas al principio, de qualquier estado

do que hallaban á la mano: robáron atavíos preciosísimos, vasijas excelentes, pinturas y medallas de maravillosa perfeccion, armas, riquezas, dineros en tanta multitud, que de la gran Cartago, si se tomara por
20 fuerza, no pudiera salir mayor. Y los dos Scipiones acá tuviéron razon legítima de mostrar gran alegría, con relacion de tanta prosperidad, y que tanto les importaba para sus negocios en España.

CAPITULO XLI.

De los artificios y sotiles invenciones halladas en Zaragoza de Sicilia quando la ganáron, allende su mucha riqueza: las quales invenciones ó parte dellas redundáron despues en España, donde permanecen hoy dia harto provechosas y convenientes á sus naturales y moradores.

1 Por lo que todos debemos á las artes liberales, cuyo regimiento trae continuamente la sciencia nombrada Geometría, declaradora de las medidas y tamaños, proporciones y convenencias que qualesquier cosas deban tener entre sí, donde procede la sotileza de los artificios humanos, ayudadores á llevar con ménos pena la fatiga de nuestra vida: quise poner este capítulo sobresaliente y añadido, para que pues en lo pasado contamos el estrago hecho por Marco Marcelo, quando sus Romanos ganáron á Sarausa ó Zaragoza de Sicilia, digamos agora la muerte que tambien allí diéron á cierto varon, gran sabidor en aquella sciencia: del qual andan muy provechosas invenciones derramadas en España, y en otras provincias, sin conocer la gente vulgar quien se las dió, ni dónde vi-
2 niéron. Este varon llamaban Archimedes, morador en la

la mesma ciudad, y los tres años enteros que duraron aquellas guerras y cercos, confiesan las historias Latinas, haber él solo resistido mas á los de fuera con sus artificios y sotilezas, que toda la ciudad con sus armas y fuerzas. Hizo contra las naos Romanas quantas ocupaban el puerto muchos ingenios tiradores, y cada qual dellos arrojaba tantas piedras, y tan grandes en un golpe, que venian como lluvia, despedazando navíos y defensas: y ni se podian ellos conservar, ni la gente de su gobierno contra las galeras llanas que ménos peligrosamente juntaban al muro. Visto por Archimedes no poder empecellas con estos ingenios tiradores, por andar muy cercanas á la ciudad, inventó gruesos garfios de hierro, colgados en cadenas por unos vigones anchos, labrados en tal arte, que lanzándolos por arriba, si prendian qualquier casco de galera, tiraban dél á mucha fuerza, contrapesando ciertas masas de plomo, sobre las puntas de los maderos, y con ellas, y con ruedas, que tambien pujaban, salia la galera fuera del agua, hasta subir en el ayre muy alta, y allá la sacudian dos ó tres veces: y luego tenian manera fácil como los garfios afloxasen, y caia de súbito con toda su cargazon, hechos pedazos los hombres, y las maderas, las vituallas, armas y provisiones que traian dentro. Fué tambien Archimedes el primer inventor de trabucos, que son ciertos ingenios harto conocidos en España, permanecientes en ella casi por este mi tiempo. Tiran muy grandes piedras en los combates de las ciudades: lo qual ha durado hasta que vino la cruel arte ya muy comun á todas las guerras, de lanzar pelotas gruesas de hierro, con fuegos y pólvoras encendidas por cañones de metal. Item, las almenas encima de los muros, y las troneras por lo mas baxo rasgadas y desunidas á todos lados, para que los de dentro tiren á los de fuera seguramente por derechos y por traveses: hechuras son

3

4

5

6

del

7 del gran Archimedes. Antes de su tiempo (segun dicen algunos) los adarves eran muchos y cerrados: contentábase la gente de ponerlos como sola defension.
8 Archimedes hizo que tambien pudiesen ofender con tales aberturas, no perdiendo punto de su fortaleza. Primero que se comenzasen estas diferencias en Sarausa contra los Romanos, acontecióle topar en el puerto carracas encalladas, grandes y crecidas, llenas de mucha cargazon, y traer él tales artincios, que con una sola mano las llevaba donde queria, no las pudiendo mover ántes multitud infinita de personas.
9 Oyósele decir alguna vez, que si por ventura hallasen otro mundo fuera del nuestro, bastarian sus instrumentos á los juntar ambos, ó meter uno dentro del
10 otro. Los dias de su juventud Archimedes anduvo por Egipto, mirando labores y fábricas de gran primor, que solian ser en aquella provincia: dentro de la qual tuvo cumplida perfeccion el arte de Geometría, por causa que las crecientes cadañeras del rió Nilo trocaban y confundian los mojones ó límites de las heredades cercanas donde se derramaban: y convino hallar industria para se tornar á medir sin engaño despues á la menguante, con pruebas y demostraciones manifiestas de no llevar sus dueños mas de lo que primero tenian, dado que por algun respeto fuesen las rayas echadas en otros linderos diversos, y las figuras del término quedasen mudadas ó diferentes. Entre las otras maravillas notadas por Archimedes en aquella region, allende sus edificios de gran suntuosidad y magnificencia, fuéron tambien muchos mineros y pozos de metales cabados en hondo: pero traian estorbo contino las aguas que por ellos manaban á los oficiales de dentro.
11 Para lo remediar púsoles Archimedes unas vigas redondas, tan largas y crecidas, quanto los pozos eran altos: y por la sobre haz dellas hizo canales enroscados á manera de caracol ó de husillo, los quales revuel-

vueltos y traidos en torno sorbian el agua toda hasta
la verter arriba, cuyas trazas y composicion declaraba
Vitruvio Polion, con sus medidas y pertenencias, en
el décimo libro del Architectura. Los Griegos y Lati- 11
nos antiguos les decian cocleas, que significa tanto co-
mo caracoles, por llevar, como dixe, los caños torci-
dos y revueltos á manera del tal animal, ó de concha. 12
Dió mas Archimedes razon y manera fácil para descu-
brir cantidades, pesos y tamaños de las mezclas hechas
en qualesquier joyas ó vasijas de metal por muy pre-
cioso que sea sin tocar en su hechura, ni dañar la pie-
za, mas de la meter en un valanzon ó bacía con agua
llena de todo punto, y despues meter otras dos can-
tidades de los metales mezclados en otra tal agua, con
semejante peso, para ver lo que trasvierten cada qual
á su parte fuera del valanzon, y sacar por lo mas y
por lo ménos el tamaño de la mezcla en trozos pe-
queños: así de piedra como de maderos rollizos pro-
longados, tales que qualquier persona los pudiese traer
consigo, cuya figura llaman los Griegos Chilindro. Dió 13
manera para rayar en su contorno las horas de cada
dia, mostradas con la sombra del Sol que hacen unas
verguecillas echadas afuera: las quales juntamente de-
claran quanto será mayor ó menor la sombra de qual-
quier cosa cada momento que los cuerpos sus causa-
dores. Item, los grados que tambien el Sol encumbra-
ba sobre la tierra, por donde son halladas las alturas
del Polo, necesarias y pertenecientes á quien deseaba
saber Astrología. Hizo mas una bola de vidrio, seme-
jante del octavo cielo, con muchas estrellas y figuras
puestas en conveniente distancia, por medidas y re-
gla cierta de sus apartamientos verdaderos: y dentro
desta bola metió siete bolas menores tocantes unas en
otras, á representacion de siete cielos, que traen sie-
te planetas, y hacíalas mover de suyo cabalmente sin
haber error, en los mesmos puntos y momentos que

se mueven los celestiales: y como la masa de los vidrios fuese clarísima, descubrian sus ayuntamientos y contrariedades, aspectos y proporciones, no ménos de las estrellas con los planetas, que de los planetas
14 entre sí. Las partes eso mesmo se cortan y cruzan los
15 principales cercos imaginarios del cielo. Las medidas y tamaños de sus ángulos y puntas, espacios, lados y valores, parecia á la clara sin algun impedimento cosas por cierto de singular excelencia para los inclinados
16 á semejante virtud. Colígense destos invenciones buenas
17 y notables. La primera, hacer mover aquellas bolas de suyo, siendo vidrio. La segunda, tener betumen ó liga con que juntar dos medias bolas dél, sin divisarse la juntura, pues en otra manera no podian entrar unas en otras: lo qual agora ni sabemos, ni tenemos, como quiera que nos conste ser tiempo quando los antiguos lo supiéron: pero siempre fué tenido por cosa muy preciada, no vulgar ni conocida del pueblo, segun verémos en el tiempo del Emperador Tiberio, Señor de España, que por solo saber aquel secreto hizo matar un singular oficial, varon de grandes ingenios, en quien se perdiéron otras mayores sotilezas y provechos.

18 No podriamos aquí tocar en tanta brevedad quanta pretendemos las maravillas deste gran Archimedes, halladas á diversos fines, todos provechosísimos á nuestra vida, ni los muchos artificios de combate que sacaba continamente contra Marco Marcelo, teniendo cerco sobre su ciudad, hasta ser ganada por aviso de los Españoles, como ya lo declaramos: en cuya destruicion un soldado Romano, saqueador y robador, quales eran casi todos los otros del exército, lo tomó dentro de casa, trazando sus imaginaciones con tal atencion y reposo, como pudieran tener en la mayor paz y sosiego del mundo. Visto que por él no dexa-
19 ba sus obras, ni le respondia siendo preguntado con

im-

importunacion de cosas que le pedia, ni daba preseas ó dinero segun era menester á su codicia, lo hirió muchas veces y lo mató, no conociendo quien fuese: de lo qual Marco Marcelo recibió gran pesar: y primero tenia proveido con muy encarecidas amonestaciones á toda su gente, que guardasen la persona deste gran hombre, para lo reverenciar él, y tratar segun merecia. Sabiendo ser muerto, mandó luego dar libertad á sus allegados y parientes, y restituir quanto les fuese tomado. 20
Hízole mas una sepultura pomposa, con un letrero magnífico, donde se decia quien era, poniendo juntamente cierta qüestion esculpida, que pocos dias ántes Archimedes habia comenzado, sobre declarar la proporcion ó demasía de qualesquiera dos cuerpos en lo postrero que se tocan, si justamente son contenidos el uno dentro del otro. De todas aquellas invenciones halladas por Archimedes, no quiso dexar memoria ni relacion como se debiesen obrar: y sospechamos haberlo hecho, porque los tiempos antiguos quando Platon el gran Filósofo de Grecia visitaba los varones Italianos señalados en sciencia, topó con un maravilloso Geométrico que llamaban Architas Tarentino, de los primeros hombres que pusiéron por obra manual estos ingenios artificiales. Y como Platon los mirase, dice haberle pesado, y dado reprehension al Tarentino, significándole, que pues aquel negocio salia del primor y hondura de los principios geométricos, partes notables en la filosofia natural, no se debian comunicar á la gente del vulgo, cuya propiedad era no sentir la substancia de las cosas, ni gobernar hecho que lleve razon: y que Filósofos y no mas era bien tratar en este caso, pues conocen los misterios donde proceden: mayormente que si la tal arte de hacer artificios una vez quedase con los idiotas y gente vulgar, cada dia perderia mucha certinidad: y por discurso de tiempo se desmembraria de la sciencia natural, 21 22 23

á causa que sus aprendientes no querrian mas de saber obrar, sin especular ni concebir el fundamento de su
24 gobierno. Lo qual sucedió como Platon sospechaba, segun agora vemos en los ingenios del agua, donde sus oficiales labran artificios, que no los entienden,
25 puesto que los obran. Y si procurasen de lo saber por especulacion y principio razonable, no podrian errar en cosas que yerran, y hallarian otros muchos primores encubiertos, porque les ayudaria la facilidad y costumbre del obrar, para conocer las causas, y dar en el
26 arte llamada por otro nombre Teórica. Lo mesmo podriamos decir en los artificios del fuego, del ayre, del peso, del viento, cuyos efectos responden á quien los trata con espantosas maravillas: de las quales agora yo no hablaré, porque tengo propósito, si Dios me da vida, libre de turbacion y de fatiga, recopilar un volúmen aparte, con el favor de vuestra Magestad, en que se pongan y señalen quantos ingenios de fuego, de viento, de peso y de ayre yo tengo vistos por algunas provincias, en que los deseos de conocer este mundo me truxéron algunos años de mi juventud, y mas otros hartos que dexáron escriptos y trazados Heron Alexandrino, Sereno Romano, Vitrubio Polion: y despues dellos Alchindo, Rogerio Bacon, y Campano, y en fin de todos Georgio Vala Placentino, y Juan de Monte Regio Aleman, con la resta que pudieremos descubrir en qualesquier libros Latinos desta facultad, sin lo que yo tambien habré trabajado por mis imaginaciones y cuidados, y mejorado y añadido sobre los maestros antiguos, dignos de perpetua memoria: y allí declararémos primero la manera que se deba tener en hacellos: despues las razones y causas conformes á Filosofia natural de todos sus efec-
27 tos y circunstancias. Y no se deban extrañar los Lectores de nuestra Corónica, si por ocasion que nos dió la muerte del buen Archimedes, hayamos algun poco

co dexado la plática de los negocios Españoles pues á la verdad nadie podrá bien decir que se dexan, dando razon á muchas invenciones que tenemos ya por nuestras y propias en España, de quien era justo saber el maestro donde procediéron: quanto mas que las personas criadas para bien general, qual Archimedes lo fué, determinan los prudentes, que de todas las naciones deben ser tenidas por naturales, y ninguno las debe llamar extrañas aprovechándose de sus argumentos y vivezas: mayormente siendo Geométricas, las quales han engendrado (como ya dixe) los mayores bienes que sepamos, y los primeros de los oficios mecánicos, y de sus oficiales que tan solemne parte son á toda la República. Donde tiene cabida la Geometría, pone perfeccion y bondad en las artes humanas; cumplideras á nuestra vida: donde falta, no puede ser cosa que tenga razon ni concierto, sino fealdad y confusion y desvarío. Quise tambien descansar aquí, por me parecer que si los Coronistas quisiesen mirar en ello, seria cosa mas convenible conservar en historias la recordacion de personas tan provechosas al mundo, tan dignas de agradecerles quantos despues nacimos sus invenciones y sus ayudas, que no la crueldad y fiereza de tantas batallas, tantas porfias y rancores, tanto derramamiento de sangre, quanto hallamos en ellas, como presupuesto mayor de su relacion, siendo manifiestas injurias hechas á nuestra naturaleza mortal, y que de razon habian de ser livianamente contadas ó calladas, como trance de mal exemplo, quando no son acometidas para sustentacion ó defensa de virtud ó de nuestros Príncipes y buenos Gobernadores, á quien Dios manda tener en su lugar. Mas agora cesarémos ya de hablar en esto, por continuar el primer intento de las pendencias Cartaginesas y Romanas pasadas en España, como venian pendientes y trabadas ántes que comenzasemos este capítulo.

28 29 30

CA-

CAPITULO XIII.

Como cierto Capitan Africano, llamado Masenisa, traxo grandes ayudas y socorros en España para las banderas Cartaginesas: y los unos y los otros, así Romanos como Cartagineses, comenzáron á traer gentes, y solicitar naciones Españolas con que pudiesen tornar á sus competencias ordinarias, y darles algun fin si lo tuviesen.

1 Despues que los Cartagineses Africanos venciéron al Rey Siface con ayudas y diligencia de Masenisa, hijo de Gala, Rey en Berbería, lo primero que hiciéron fué bastecer de tesoros y de municion abundosa todos sus Capitanes residentes en España, mandándoles recoger las compañías de los aposentos, y sacar de nuevo quantos mas Españoles podrian á sueldo, para con ellos renovar la qüestion tan de principio como si
2 nunca lo tuvieran comenzado. Decian otrosí, tener ellos á punto siete mil peones Berberuces, y setecientos ginetes muy escogidos y muy armados que traeria Masenisa brevemente, para seguir estas guerras en España, hasta les poner fin: el qual era desposado con Sofonisba, hija del Capitan Hasdrubal de Gisgon, que la Señoría Cartaginesa determinadamente se la quiso dar, porque de mejor voluntad aceptase tal cargo de Capitan suyo, mostrando preciarle mucho si le daban
3 aquella señora mesma que negáron al Rey Siface. Quando la certificacion desto llegó, los dos Hasdrubales y Magon habian tambien ellos pocos dias ántes hecho
4 grandes apercebimientos de gente. Proveyéronse de mantenimientos, y de carros, y de mulos en que los llevar, y de muchos otros materiales necesarios á su de-

determinacion. En una provincia de ciertos Españoles, 5
nombrados Suesetanos, pagáron ante mano con armas
y joyas, y vestiduras cinco mil hombres aplazados pa-
ra quando fuesen requeridos, por via del Español In-
dibil, hermano de Mandonio, caballero principal en-
tre los pueblos Ilergetes, ambos grandes confederados
al bando Cartagines, como ya lo vimos en el cator-
ceno capítulo deste libro. Dicen algunos escritores nue- 6
vos ser estos Suesetanos así llamados por el abundan-
cia de puercos muchos y grandes que criaba su region:
los quales en latin ó lenguage Romano se nombran
Sues, donde formáron el vocablo Suesetano. Pero yo 7
creo sin tener duda, que nuestras provincias Españo-
las no tomáron sus nombradías antiguas de los voca-
blos Latinos, pues en el tiempo de quien agora con-
tamos, estos Latinos ó Romanos eran acá recien ve-
nidos, y los nombres en cada region eran ya viejos,
y muy ancianos: especialmente no hallando bien de-
clarado por los autores Cosmógraphos donde fuese la
partida Suesetana, ni sus aledaños, ó linderos, ni qué
pueblos tenia principales, ni particularidad alguna por
donde vengamos á caer en ella, quanto mas querer
dar la razon de su nombradía, como de tierra cono-
cida. Lo que yo puedo hablar en esto son conjeturas
y diligencias mias hechas á tiento: pero llegadas á tan
buen camino que parecen verdaderas y ciertas. Prime- 8
ramente dias ha que me mostráron privilegios y car-
tas públicas, otorgadas de Reyes Aragoneses y Na-
varros, en que dan á sentir la villa nombrada Sangue-
sa, donde pasaban aquellos autos á mí mostrados ha-
berse llamado Suesa muchos años ántes. Tuvo Sangue- 9
sa de contino, y tiene tambien ahora, muy agradable
y honrada vecindad, puesto que de pequeña multitud
en los fines y cabo de Navarra, fronteras al reyno de
Aragon, asentada sobre las aguas y ribera del rio que
tambien llaman Aragon: del qual nuestra corónica da-
rá

rá larga mencion, puesto que no sea muy caudaloso, quando pusieremos en la tercera parte los acrecentamientos y victorias de los ínclitos Reyes Navarros: y allí se dirá que motivo tengamos para nombrar este rio y hacer cuenta dél, dado que por los Cosmógra-
10 phos pasados nunca fué señalado ni notable. Parece que de Sanguesa, dicha primero Suesa, pudiéron llamar Suesetanos á todos sus confines y vecinos: y si lo tal se recibe, queda manifiesto ser los Suesetanos antiguos generacion y linage de los Españoles nombrados Vas-
11 cones, en cuya provincia hallamos la villa sobredicha. No contradice cosa desto lo que tocamos arriba de los puercos allí nacidos si fuese verdad, por criar la mesma comarca de Sanguesa muchos puercos grandes y sabrosos, tanto que tocinos y perniles de Jaca, ciudad comarcana suya son estimados y tenidos en precio
12 mas que quantos tenemos en España para comer. Confirmalo sobre todo, ver que los Capitanes Africanos encargáron al Español Indibil, Ilergete de nacion, la traedura de cinco mil Suesetanos al exército Cartagines, como caballero su vecino que los podria visitar y requerir quantas veces quisiese: porque los pueblos Ilergetes Aragoneses, de quien ya muchas veces tratamos, rayaban en la vuelta de Septentrion con los Vascones antiguos, de quien eso mesmo tratarémos adelante, cuya partida morarian estos Suesetanos pre-
13 sentes. Gerónimo Paulo Barcelones, por no dexar punto que no toquemos, dice ser naturales y nacidos en el campo de Tarragona: lo qual certifican tambien otras
14 personas que le siguen. Pero si lo fuéron, segun ellos imaginan, creo que serian diversos de los Suesetanos confederados á Cartago, pues aquellos contornos y cercanías de Tarragona tenia la parte Romana tan ganadas y tan seguras quanto pudiera tenerlo mas junto con Roma, ni bastará su pequeñez á dar cinco mil hombres armados, en rebeldía de los Scipiones que lo

sa-

sabian, y solian vedar por otras tierras mas léjos, y si con alguna disimulacion ó cautela saliesen, dexaban tan yerma su region y haciendas, que ligeramente las podrian asolar quien viniese desde fuera, quanto mas los Romanos, quedándoles dentro. Por aquella coyuntura 15
que se hacian estos apercebimientos y pagas á la gente Suesetana, desembarcó Masenisa, hijo del Rey Gala, con siete mil peones y setecientos ginetes Africanos en el puerto de Cartagena. Recibiéronlo muy bien 16
quantos Capitanes y caballeros allí se hallaron, y mucho mejor que todos Hasdrubal de Gisgon su nuevo suegro, mostrando gran contentamiento de tener parentesco trabado con persona tan aventajada, hijo de Rey tan valeroso y tan honrado. Los peones recien 17
traidos incorporáron entre las compañías viejas, y los ginetes Berberuces aceptó Masenisa para tomar cargo dellos, como Capitan que desde su niñez conocia sus condiciones y costumbres. Luego de toda parte comen- 18
záron á bullir y dar manera para caminar contra los Romanos: y despacháron avisos al Capitan Indibil, rogándole que tambien él comenzase de mover con los Suesetanos Españoles, y con alguna gente valdía si la pudiese juntar. El quartel de Celtiberia, que dixi- 19
mos en los treinta y nueve capítulos pasados tener la parte Cartaginesa, mandáron estar apercebido y armado: pero que no se moviese hasta sentir el intento de los otros Celtiberos sus vecinos, favorecedores al bando Romano: y así procedian estas diligencias encadenadas unas con otras, como las negociaban aquellos Africanos en Cartagena, procurando mejorar y favorecer el socorro que nuevamente les era venido.

CAPITULO XIV.

Como treinta mil Españoles Celtiberos saliéron en campo, traidos por los dos Scipiones Romanos para resistir el aparato con que los Capitanes Cartagineses habian tambien salido fuera de los aposentos, queriendo cobrar las ciudades y pueblos del Andalucía, que los años pasados se llegáron al bando Romano.

1 Los dos Scipiones Romanos entendida la desembarcacion de Masenisa con el aparato sobredicho, visto junto con esto ser ya corridos poco ménos de dos años en que sus negocios iban guiados mas por astucias y buena diligencia, que por armas ni rigor: sacáron ellos tambien toda la gente del aposento donde tuviéron el invierno, para se juntar y poner en órden como solian: y no faltan autores que cuenten haberles llegado seis mil peones Italianos con sus adherentes de caballo, despachados por la Señoría Romana, pues-
2 to que Tito Livio, ni Polibio no hagan mencion dellos. Enviáron otrosí, decir estos Scipiones á treinta mil Españoles Celtiberos, los quales habian pagado desde muchos dias ántes que viniesen muy presto, dellos á caballo, dellos á pie, conformes al sueldo que ganaban, certificándoles andar ya banderas Romanas y
3 Cartaginesas puestas en campo, haciendo su deber. Entre tanto quisiéron tomar consejo de los Capitanes menores, y de las otras personas honradas y discretas, acostumbradas á darlo, sobre lo que debian obrar en
4 la prosecucion desta pendencia. Fué determinado por todos sin alguna discrepancia, que pues los años primeros habian podido vedar al Capitan Hasdrubal Barcino su pasada en Italia, hecho tan substancial y tan di-

fi-

ficultoso, trabajasen al presente con lo postrero de su posibilidad, por dar fin á la guerra, pues tambien era ya tiempo de lo hacer, y la parte Romana tenia fuerzas bastantes á qualquier afrenta, con las allegas de los treinta mil Españoles Celtiberos, que venian á grandes jornadas, y muchos dellos eran llegados, y llegaban cada dia. Quedáron resolutos en ello, y así lo prometiéron de hacer, y concluir, ó morir en la demanda. Tres exércitos eran con el Romano los que se mostraban ya fuera por ambas partes. Uno llevaban delante Hasdrubal de Gisgon y Magon y Masenisa juntos á la par, desviados gran trecho de los Scipiones, tanto que bien habria jornada de cinco dias entre los unos y los otros. El trasero mas cercano venia con Hasdrubal Barcino, Capitan principal de los muy antiguos en España. Caminaban derechos el viage del Andalucía, creyendo poderse restituir en lo que por allí tenian perdido, si les diese tiempo la tardanza de los Scipiones sus contrarios. Pero sintiendo que ya tambien estos iban tras ellos á mas andar, Hasdrubal Barcino se tuvo no léjos de cierta poblacion llamada por aquellos dias Anatorgin, y barreó las estancias y reales muy de propósito para salir al encuentro quando pasasen, ó para les poner tan gran impedimento que sus compañeros despues de metidos en el Andalucía bastasen á concluir sin estorbo lo que llevaban acordado. Las voluntades eran conformes en aquel caso: porque los dos Scipiones deseaban romper con él ante toda cosa, pues lo tenian á la mano dispuesto y aparejado, como lo pudiéron ellos demandar, vianse tan crecidos en buena gente, que venidos á la batalla reputaban la victoria por cierta. Solo temian, que si lo venciesen una vez: el otro campo de Cartagineses hallándose léjos huiria contra las fraguras y despoblados de los montes Orospedas, cuyos brazos ó gajos vienen crecidos y levantados por aquellas fronteras Orientales del Andalucía, comarca-

5 6 7 8 9 10 11 12

nos á la sierra que decimos de Segura: y si por aquí llegaban estos Capitanes Africanos era cierto que dilatarian la guerra con alargas, no queriendo venir á pe-
13 lea reglada. Para remediar esto pareció ser provechoso dividir entre sí las banderas que traian estos dos hermanos Scipiones: y repartidas abrazar en un golpe toda la conquista de España, trabándose con los enemigos en una mesma sazon por aquellos dos cabos donde
14 quedaban puestos. El ordenamiento fué desta manera, que Cornelio Scipion con dos partes enteras de las compañías Italianas y Romanas por caminos y rodeos encubiertos pasase muy adelante: hasta se topar con Hasdrubal de Gisgon y Magon y Masenisa, Neyo Scipion con una sola tercia parte de Romanos, y todos los treinta mil Españoles Celtíberos quedase frontero
15 del Capitan Hasdrubal Barcino. Y así concertados y conformes en aquel parecer, dividida la gente, como dicho es, moviéron ambos Scipiones juntamente, lle-
16 vando sus Españoles en la delantera del exército. Poco despues llegáron á vista de los enemigos, y Neyo Scipion reparó muy en órden con las banderas que le fuéron señaladas, y comenzó tambien el de situar sus estancias en el estilo qué solia, dexando cierto rio pequeño que por allí pasaba, casi en el medio dél y de
17 los Cartagineses. El otro Cornelio Scipion anduvo mas adelante contra la tierra que le cupo de los otros capitanes adversarios, luego se comenzáron escaramuzas y rebatos en todo cabo sin estorbar los tales acometimientos á la fortificacion de las estancias, y ménos la fortificacion
18 á los acometimientos. Corrian espías encubiertas y muchas entre todos, trabábanse pláticas á cada paso, declarábanse celadas, y disimulaciones de guerra, muy primas y muy artizadas: con la qual solicitud qualquiera de los Capitanes Generales pudo saber el secreto de su contrario. Resultó desto que como Hasdrubal Barcino sintiese manifiestamente quedar en el real pocos

Ro-

Romanos, por haber Cornelio Scipion llevado las dos partes dellos, y que toda la confianza de Neyo Scipion se fundaba sobre las ayudas y fuerza de los Españoles Celtiberos, acordó negociar con estos lo que tal ocasion requeria, como persona sagaz en tratar gente guerrera: mayormente de pueblos Españoles, cuya simplicidad y poca malicia conocia desde su niñez, y hablaba su lengua Celtiberica mejor que la Cartaginesa, por medio de la qual comenzó pláticas disimuladas con los Capitanes Celtiberos, en que les quiso tentar si los podria traer á su real, enviándoles al presente joyas en cantidad, y prometiéndoles adelante haciendas, y salarios perpetuos dentro de su mesma region, ó donde holgasen ellos de las tener en España. Mas como 19
por ninguna via lo quisiesen aceptar, y se le mostrasen ayrados de tal apuntamiento procuró de moverles otro partido suave, y de ménos mal apellido, asegurándoles igual interese que primero, si tan solamente sacaban la gente fuera de las estancias Romanas, y se tornasen á su provincia Celtiberica, libres de todo peligro, pues ni seria cosa mal hecha, ni les pedian aquí fealdad alguna: porque si bien lo considerasen hallarian que los dos Scipiones obraban su guerra con ellos malignamente dándoles el trabajo notorio de toda la pendencia: poniéndolos en muertes y fatigas contínas para traer á sí las alabanzas y provechos y nombre de la victoria, siendo muy averiguado proceder dellos y de sus Italianos la menor parte del vencimiento. No dexaba tras esto cautela, ni razon amigable si 20
le parecia convenir á su demanda que no les pusiese delante derramaba cada dia por ellos dones de precioso valor para podellos tornar y convencer á lo que pedia. Pero como tambien esta vez aquellos Españoles 21
Celtiberos perseverasen constantes y firmes á la parte Romana, sobreseyó pocos dias en serles importuno: solo fingia queter venir á la batalla campal con Neyo Sci-

Scipion, y desear que ningun Español se hallase presente, por el enemistad y por las hermandades antiguas arraygadas y juradas, segun él decia desde largos años atras entre sus Cartagineses y la Nacion Española de Celtiberia.

CAPITULO XV.

Como la parte de los otros Españoles Celtiberos, que favorecian al bando Cartagines, movidos por consejo del Capitan Hasdrubal, entráron las comarcas donde moraban los treinta mil Celtiberos, residentes en el campo de Neyo Scipion, obrando tales destruiciones y muertes que hiciéron turbar estos otros, y desamparar el exército Romano por venir al socorro de su tierra.

1 Sobre las diligencias ya contadas que los Capitanes Africanos tenian concluidas hasta llegar en este punto, hiciéron otras dos mas importantes que todas las
2 pasadas. Una fué despachar mensageros nuevos al Capitan Indibil, para que no se detuviese ni parase con los cinco mil Españoles Suesetanos vecinos y comarcanos á su tierra, de cuyo recogimiento tenia cargo (segun arriba diximos) informándole de sitios y pasos que debia traer, por caminos apartados donde los enemigos no le pudiesen atajar, hasta juntarse con Hasdrubal de Gisgon en las entradas, ó confines del An-
3 dalucía. Esto se puso luego por obra, segun ellos mandaban: y los Suesetanos Españoles y su Capitan Indibil apresuráron el camino mas que solian con quinientos peones demasiados, allende los cinco mil que re-
4 cebian el sueldo ya declarado. La segunda diligencia fué tambien otra semejante mensagería proveida por Hasdrubal Barcino á los Españoles Celtiberos de su parcia-

li-

lidad, rogándoles, y requiriéndoles que sin dilacion alguna robasen la comarca de los treinta mil Españoles Celtiberos, favorecedores al bando contrario, haciéndoles quantos enojos y quantos males podrian en pueblos y ganados y haciendas, por ver si dexados los reales Romanos acudirian á remediar el daño propio: lo qual eso mesmo se negoció prestamente: porque como ya desde muchos dias quedasen estos otros Celtiberos apercebidos y muy armados hallando la tierra vacía de treinta mil hombres escogidos que les tenia consigo Neyo Scipion, los dañadores andaban á su salvo quemando, robando, y destruyendo quanto querian, y mostraban hacello tan de voluntad como si fueran Cartagineses verdaderos, á quien pertenecia lo principal desta pendencia. La gente comun de lugares flacos 5
ó pequeños recogian sus personas y sus haciendas en pueblos cercados y fortalecidos: de los quales enviáron avisos al campo Romano, con relacion de todas estas crueldades y persecuciones, llamando sus treinta mil hombres que viniesen á lo defender, y que no se tardasen hora ni momento si querian hallar algo para remediar al tiempo que viniesen. Traxo confusion aque- 6
lla nueva mayor y mas grave de lo que se podria decir, así para los Españoles á quien tocaba, como para Neyo Scipion y sus Romanos, que dependian todos ellos en el amparo desta gente. Hasdrubal Barcino sa- 7
bia muy bien quanto pasaba, pero no daba muestra de lo saber ni sospechar: y como quiera que disimulase, renovó de propósito los tratos que solia pretender con los Capitanes Celtiberos. Añadia muchos do- 8
nes y muchos intereses encubiertos: replicaba nuevamente, que pues la diferencia procedia de Romanos contra Cartagineses, dexasen á solas unos con otros, y mirasen ellos desde léjos quien sabria mejor llevar estos pundonores adelante: no se cegasen con la maldad que Roma publicaba de traer acá gentes armadas para

ra libertar las Españas, y quitarles el yugo de Cartago: con el qual engaño se movia á le dar tanto favor
9 y tan aventajado. Porque si los Africanos una vez salian de la tierra, sus adversarios quedarian en ella hechos tiranos absolutos, libres de toda contradiccion, mas apoderados y mas crueles que quantos podrian recrecer: y no bastaria diligencia ni fuerzas humanas para despues echarlos de España, ni riquezas, ni ha-
10 ciendas, para satisfacer á su codicia. Lo poblado, lo yermo, las riberas de la mar, las montañas y sierras, los ganados y sus pastos, los mineros de metales, y de pedrería preciosa, lo mucho, lo demasiado, todo
11 seria poco para hartar esta tragazon Romana. Vendria con ella servidumbre rabiosa, mucho peor que la
12 muerte. Serian sus mugeres forzadas, sus hijos vendidos, sus mesmas personas puestas en captiverio: hechos tributarios perpetuos, privados de las dulzuras y contentamiento que siempre tiene la bienaventurada
13 libertad. Pero podrian ellos ser ciertos, que quando la gente de Celtiberia no previniese daño tan manifiesto, la Señoría Cartaginesa meteria todo su poder en lo remediar y contradecir, hasta si fuese necesario perecer en la resistencia, no tanto por el enemistad antigua de Roma, quanto por el amor general arraygado desde muchos años con todos los Españoles, y por las obligaciones particulares debidas á muchos caballeros Celtiberos, en quien siempre Cartago halló grandes buenas obras, y crecida prontitud al ensal-
14 zamiento de su república. Por tanto les rogaba quán encarecidamente podia, que reconociesen esta buena voluntad, y no se descuidasen de sí mesmos, y como generosos y magnánimos diesen lugar al estorbo de sus daños propios: lo qual se haria muy ligero, si traspasaban en él todos los cuidados, muertes, costas, y trabajos, que podrian venir en estos negocios, y dexados al riesgo de Cartago, se tornasen á su provincia

li-

libres de peligro, fuera de toda congoja, para descansar en sus casas, y reparar sus haciendas, gozar sus hijos y mugeres, y ganar de la Señoría Cartaginesa, puestos en su naturaleza quanto salario les daba, á trueco de las vidas, aquellos Romanos extrangeros advenedizos, enemigos encubiertos de las Españas. Pues 15
los Cartagineses Africanos al cabo de tantos años que tenian acá su morada naturales eran ya de la tierra, por tales habian de ser contados, y como de parientes verdaderos podian recebir los Celtiberos sin escrúpulo de fealdad el interese ya dicho, pues no les demandaban que tomasen armas contra Neyo Scipion, so cuyas banderas fuéron allí venidos, sino que puestos afuera, sin le perjudicar ni contradecir, aceptasen para vivir descansados y pacíficos, el provecho que tomaban otras naciones por venir á las guerras en certinidad manifiesta de peligros y trabajos insorportables, y ventura dudosa de sus personas y vidas y salud. Continuándose las pláticas en aquel tenor, llegáron de refresco mensageros de Celtiberia, mas alterados que nunca: declaraban crueldades no creederas, hechas por los otros Celtiberos contrarios, en hombres viejos, niños y mugeres de sus lugares y villas. El ganado ge- 16
neralmente decian ser todo robado: las casas y pueblos asolados, montes y dehesas ardidas, templos y haciendas en toda parte destruidas, tan al remate, que ya faltaria manera de remedio quando llegasen. Con esta 17
novedad, y con estar los principales Celtiberos inclinados á las pláticas y tratos del Capitan Cartagines, luego la gente menuda se movió para lo mesmo, sin rezelar que persona Romana, ni poder ni fuerza suya les pondria contradiccion por ser tan pequeño número, comparados á los Celtiberos, que ni lo querrian tentar, ni si lo tentasen bastarian á salir con ello. Le- 18
vantadas pues sus banderas todos en conformidad, comenzáron un dia de caminar la vuelta de Celtiberia,

no replicando palabra contra los Romanos (que les preguntaban la causa de tan súbitas mudanzas, y les rogaban echados á sus pies, que no los dexasen en peligro tan grave) mas de mostrar aquellos mensageros recien venidos con los otros que primero tenian en el real, y declararles la guerra cruelísima, no solo de sus naturales entre sí, sino tambien de gentes comarcanas, que viéndolos ausentes de la provincia se les atrevian, y querian hacer daño: y que sus principales y mayores los llamaban en tal necesidad, y convenia salir á ella,
19 si no querian perderse de todo punto. Neyo Scipion, conocido que no le bastaria ruego, ni ménos tenia fuerza para represar estas compañías, dudaba qué memedio tomase para se valer: porque sin ellos no podia ser igual á la pujanza del Capitan Africano, ni tampoco podia juntarse con el otro Cornelio Scipion, á causa de ser los inconvenientes ciertos y grandes, andando fuera del real que tenia fortificado de muy buenas defensas, y tambien por estar el otro tan léjos, que
20 tardaria mucho hasta juntarse con él. En todas aquellas dudas, no le pareció cosa mejor, que retirarse quanto mas presto pudiese, llevando presupuesto de jamas venir á las manos con los enemigos, ni se detener en tier-
21 ra descumbrada. Con esto, movido primero su fardage, comenzó de salir, y volver muy concertadamente caminando por tierras y pasos fragosos, quanto desviado podia de sus contrarios, que siempre le siguiéron á mas andar: y desde las primeras horas que Neyo Scipion alzó las estancias venian ellos tras él, habiendo pasado las aguas del rio que diximos tener en medio
22 los unos y los otros. Ibanse contino mordiendo la rezaga, prendian bestias, personas menudas: dañábanle qualquier otra cosa hallada fuera de las órdenes, ó desmandada, por no poder ménos hacer, como siempre sucede, quando van gentes ahiladas en manera de huida, segun los Romanos caminaban aquella vez.

CA-

CAPITULO XLV.

Como viniendo cinco mil y quinientos Españoles, y su Capitan Indibil á se juntar con Hasdrubal de Gisgon y Magon y Masenisa Capitanes Cartagineses, Cornelio Scipion salió de traves, para los atajar ántes que llegasen, y peleáron con él un recuentro bravísimo, donde lo matáron, y lo vencié-ron y destrozáron gran parte del exército Romano.

Por aquellos dias mesmos que Neyo Scipion se 1
retraia del Capitan Hasdrubal Barcino tan fatigado quanto ya diximos, el otro Cornelio Scipion hermano suyo, despues que llegó cerca de los otros adversarios, no padecia menores congojas y confusion. Masenisa 2
Capitan de ginetes Berveruces, acudió luego para revolverse con él, y como fuese mancebo diligente, gran trabajador en la guerra, deseoso de llevar adelante su reputacion, por no disminuir acá la buena fama que cobró contra Siface, dábale rebatos cada momento, no solo mataba los que hallase léjos del real, quando venian al pasto de las bestias, ó quando traian hervages, ó leña, ó las otras provisiones cumplideras al exército, sino por el contorno de los baluartes y palenques discurria mirando qué podria dañar. Muchas veces entra- 3
ba hasta dar en el medio de las estancias, alanceándolo todo, turbando quanto hallaba, con alteracion y tumulto demasiado. De noche quando mas descuidados 4
estaban, ó ménos habia pensamiento que podria venir allí, lo tenian mas cierto: llegaba súbitamente sobre las puertas del real: procuraba de cegar fosas, romper vallados, y meterse por ellos: las voces, las peleas, las heridas y golpes eran tan bravas con él, que ni dexaba lu-

gar, ni tiempo vacío de cuidados ó de temor á los Romanos: tanto que retraidos en sus defensas, sin osarse desmandar ni salir á buscar mantenimientos, pareció claro tenerlos cercados en todas partes, y tan de veras, que si mucho les durase padecerian cada dia mayores
5 aprietos y peligros. Dobló mucho mas la fatiga, saber poco despues que los cinco mil y quinientos Españoles Suesetanos, y su Capitan Indibil, de quien ya diversas veces hablamos, venian allí cerca, para se meter en el
6 campo de Magon y Masenisa y Hasdrubal de Gisgon. Y si lo hacian era cierto que todas las cosas quanto mas fuesen, procederian mucho peores á los Romanos.
7 Cornelio Scipion fatigado de tanta necesidad, como quiera que fuese Capitan sagaz y discreto, quiso tentar un acometimiento, que por ventura no fuera justo de lo probar á tal tiempo: donde podemos colegir en los juicios prudentes de los hombres, dado que las mas veces aprovechen para venir desastres y trabajos, quando suceden, ó para salir dellos, teniendo salidas, ó para los pasar con mejor ánimo: pero ya pueden acudir tales y tan continos, ó de tan grave dependencia,
8 que no baste saber contra su terribilidad. Esto pareció notoriamente ser así con aquel buen Capitan Romano, que viendo su peligro crecer á la contina determinó salir á los Españoles Suesetanos, primero que llegasen al exército Cartagines, y darles batalla donde quiera que se topasen, creyendo poderlos desbaratar,
9 ó por lo ménos hacelles tornar muy atras. Comenzó su viage cerca de la media noche, guiado sobre la parte derecha, que decian venir Indibil: y dexó por guarda del real á Tito Fonteyo Teniente suyo, Capitan Italiano de los muy conocidos y cursados en esta guerra: pero dexóle poca gente, creyendo que ninguna persona sospecharia su camino: y así fuera cierto como lo creia, si Masenisa no traxera la correduría del campo con los ginetes Berveruces: el qual andubo tan aten-

atento, que presto conoció dónde pararia Scipion. Y 10
luego despachó corredores y mensageros á los Españoles, avisándoles de quanto pasaba, para que se hallasen apercebidos y puestos en órden, y llegados á riesgo lo hiciesen como siempre solian y dellos tenian esperanza. En lo demas prometia recudir prestamente con sus 11
compañías á caballo, sin faltar hombre dellas para recebir los mayores peligros, y que lo mesmo harian Hasdrubal de Gisgon, y Magon Barcino, con el cuerpo junto de su peonage. Quando los cinco mil Españoles Sueseranos recibiéron esta mensagería, no pudo ser ménos de tomar algun sobresalto, visto que no traian entre sí tanta gente quanta fuera menester á la resistencia de Scipion: en especial si los Cartagineses les burlasen, ó no viniesen á tiempo conveniente, como suele muchas veces acontecer en lugares donde se mueven exércitos caudalosos á diversas partes. Todavía re- 13
gláron sus compañías lo mejor que sabian, y continuáron el camino, determinados á recebir la fortuna que viniese. Los Romanos llegáron el dia siguiente pocas 14
horas ántes del sol puesto, muy orgullosos y muy alegres, creyendo podellos tomar á manos: y puestos en vista, como se reconociéron unos á otros, sin ordenar esquadrones, ni deshacer el parage que traian, arremeten así como llegaban en el sitio donde se halló cada qual: y comenzáron su pelea por lugares discrepantes algo confusos y derramados á la verdad. Parecian mas 15
combatir las banderas en desafio sobre sí, que no ser quistion junta ni determinada. Con todo esto morian 16
asaz hombres valientes en ambas partes, y crecia la crueldad, allende lo que suele crecer en recuentros apresurados y súbitos, no siendo batalla campal, ó trabada sobre deliberacion. Segun lo hacian esforzadamente, muchas horas tardaran en se despartir, y la victoria quedara dudosa, puesto que los Romanos, con ser algo mas número, parecian al principio traer mejoría, 17

si

si Mesanisa no viniera poco despues, y de presto con sus ginetes no comenzara de ceñir por los lados y rezaga todas las banderas contrarias, y meter lanzas en ellas muy á su voluntad: de lo qual recibiéron los Romanos alteracion y temor, viendo tanto caballo sobre sí, que bien tenian por cierto nadie saber su venida, ni sospechar la salida del real. Sintiéndose pues rodeados á todo cabo, revolviéron los cuerpos en algunas
18 hileras, para resistir estos caballos Africanos. Otros tuviéron siempre los rostros en los Españoles con quien primero batallaban: afanando por se valer y remediar, pues ya la demasía que traian al principio quedaba bien
19 igual despues de llegados estos Berberuces. En aquella braveza porfiosa sobreviniéron terceramente Hasdrubal de Gisgon, y Magon Barcino con el resto del exército principal, que por ser casi todo peonage, no pudo seguir á Masenisa, ni llegar hasta las horas presen-
20 tes. Llegados, afierran de nuevo con Scipion, cuyos Capitanes y gente halláron cansados y heridos, y deshechos, en tal manera, que los pudiéron romper de
21 muchas partes. Tantos eran los enemigos y tan cerrados, que la gente Romana desconfiada de su remedio, ni bastaban á se juntar entre sí, ni tomar algun lado, hechos una pella para hender y salir huyendo, cayese quien cayese: pues haber imaginacion de llevar adelante su combate, ni que podian mantenerlos en el cam-
22 po, sin morir allí todos, era desvarío notorio. Hasta hacer esto, Cornelio Scipion andaba como quien él era, metiendo su persona donde sentia mayores trabajos: esforzaba las banderas, animábalas, sosteníalas, hablábales palabras honrosas, decíales, quán buena sazon habia para mostrar su valor y bondad, y que las otras victorias pasadas, mas eran debidas á la fortuna favorable, que no á su denuedo ni valentía: la qual fortuna siempre les traxo los enemigos tan atemorizados y confusos, que no bien llegaban á ellos, quando

los

los despedazaban y rompian. Ahora parecia salírseles á fuera, despojándolos de las ayudas extrangeras, por los 23
dexar á solas con estos adversarios, para que gradeciesen á su propia virtud y no mas, lo que ganasen y venciesen, y para conocer en sí mesmos quánto valian y podian. No les turbase la multitud de los enemigos, pues mayor ventaja les llevaban ellos en bondad y re- 24
ciura, que los otros tenian en el número de gente, diesen en ellos como solian. Aquellos eran los tantas veces destrozados, y hollados y deshechos: y quien allí 25
por desastre muriese, procurase caer así vengado, que los Españoles presentes, y las naciones extrañas hablasen y tuviesen memoria perpetua de muerte tan venturosa. Discurriendo por la batalla, poniendo semejantes esfuerzos, procurando llegar su gente para dar algun 26
apreton con que saliesen del medio, los Cartagineses acudiéron en un tropel esquivado que derrocó gran pieza de Romanos, los mas esforzados y guerreros y diestros de sus esquadrones ó quarteles, donde perecié-ron muchos Capitanes y muchos Alféreces, tambien de caballo, como de pie, que mantenian lo principal del afrenta: entre los quales el buen Cornelio Scipion, obrando quantas proezas un caballero muy excelente podria mostrar, metiéndose contra las mayores dificultades y peligros, fué traspasado con una lanza por el costado derecho, que le salió por el izquierdo: luego le recudiéron con otras heridas grandes y muchas, de que no pudo vivir. Y los Cartagineses del tropel viéndolo desmayar, y poco despues caer muerto del caballo, mostráron sobradas alegrías, y publicaban á grandes voces su fallecimiento por toda la batalla. Con la 28
qual nueva no faltó cosa para quedar absolutos vencedores, y los Romanos abiertamente vencidos. Como 29
tales comenzáron á huir de rondon, sobre la parte que los Africanos peleaban, dexándoles el sitio donde residia Indíbil y sus Españoles Suesetanos, á causa de hallar

llar en ellos tanta resistencia, que ni se pudiéron jamas
30 romper, ni ganarles abertura para salir afuera. El temor por un cabo, la codicia de salvarse por el otro, les acrecentó las fuerzas, con que hendiéron estos Carta-
31 gineses en àquella lista que primero tentaban. Mas á la verdad quanto parecia fácil á los Romanos aportillar este lado por tener hombres Africanos, y ménos valientes, guarnecidos con armaduras ligeras: tanto despues les era peligroso librarse huyendo de los ginetes Berveruces, que muy sin trabajo los alcanzaban, y se-
32 guian. Y tambien el peonage Cartagines con tener pocas armas y ser mas ligero, llegaba casi tan presto como sus caballos, y los mataban ó prendian fácilmente.
33 Fué doblado mas número los muertos en el alcance,
34 que quantos faltáron en la pelea. Tiénese por averiguado, que ningun Romano se pudiera librar, si (como diximos) el combate no comenzara tarde, cerca de lo postrero del dia, con que despues de venida la noche se
35 remediáron algunos por diversas entradas de la tierra. Parte dellos acudiéron al real de Tito Fonteyo: muchos aportáron en Iliturge: tambien algunos caminaban á la provincia de Tarragona, dado que ni los unos ni los
36 otros fuéron sobrada cantidad. Y desta manera sucedió la primera refriega de Cartagineses y Romanos el ve-
37 rano sobredicho. Los Españoles Suesetanos y su Capitan Indibil fuéron tenidos en gran estima, por haber esperado con poca gente tantos Romanos contrarios, no queriendo retirarse, ni desviar la batalla, puesto que lo pudieran muy bien hacer, sin perder algun punto de su buena reputacion.

CA-

CAPITULO XLVI.

Del recuentro segundo que los Cartagineses y los Españoles sus confederados hubiéron despues de muerto Cornelio Scipion, con el otro Neyo Scipion, Capitan General Romano, donde tambien lo tomáron, y lo venciéron, haciendo no ménos destruicion en sus Italianos, que hiciéron en los otros primeramente vencidos.

Conociéron bien claro los Capitanes Africanos en 1
este recuentro sobredicho, que la fortuna de la guerra se mostraba ya por ellos, si por ventura son algo las buenas fortunas comunes, á quien la gente vulgar da tan honrado nombre: y así quisiéron aprovecharse del aparejo que tenian, no tomando reposo ni dilacion, mas de quanto las banderas en general descansáron algun tanto de sus trabajos pasados: y fué tan abreviado descanso, que de harto mayor hubiera necesidad. En aquel 2
intervalo pequeño, no dexáron de consultar entre sí con atencion y cuidado lo que debian obrar adelante, mirándolo mas que nunca, por se hallar de pareceres diversos. Hasdrubal de Gisgon y Magon Barcino, quisié- 3
ron luego revolver sobre Tito Fonteyo, para deshacer los Romanos, que segun diximos en el capítulo pasado, quedáron en el real, primero que se fortaleciesen, ó se les llegasen ayudas Españolas, ó se derramasen por otras partes, donde no les podrian coger: y dar allí conclusion en aquella poca gente que parecian tener á la mano, siendo muerto su Capitan General. Masenisa 4
fué de voto contrario, porfiando muy mucho ser cosa mas conveniente correr adelante hasta dar en el otro Neyo Scipion que restaba vivo y entero, de quien tenia certinidad perseguirle tambien Hasdrubal Barcino,

llevándolo casi medio vencido, como ya lo contamos dos capítulos atras, y todos juntos á mejor ventaja destruille sin tardanza, no haciendo caso de Tito Fonteyo, cuyo negocio parecia pequeño para se detener en él: y quedando salvo Neyo Scipion, dado que Cornelio fuese muerto, no se fenecia cosa, pues del vivo sabian todos ser un valeroso caballero, suficiente para reparar la guerra, tan sin defecto ni mengua, como quan-
5 tos Capitanes en el mundo se conocian. Con ser el consejo bueno, y las causas ó motivos bastantes á lo
6 confirmar, valió su parecer. La gente comenzó de moverse toda junta, sin reposar allí mas, ni descansar muchas horas en alguna de las paradas que hiciéron por el camino, llevando muy gran confianza, si juntasen una vez sus banderas con las del Capitan Hasdrubal Barcino, la victoria seria cierta, y el debate con los Roma-
7 nos habria fin en España. Con este presupuesto guiaban apresuradamente sus jornadas. Y llegados á la provincia que pretendian, Hasdrubal reconoció bien esta determinacion: y así los de su real, como los recien venidos hacian unos con otros muchos placeres, quando se viéron, estimando la victoria que traian, y la muerte de tan esmerado Capitan como fué Cornelio Scipion en lo que se debia preciar: y no creyendo seria ménos cierta, ni menor la del enemigo restante que tenian
8 frontero. Neyo Scipion y los Capitanes de su parte, nunca supiéron en todos aquellos dias plática ni memoria del vencimiento pasado: pero como las mas veces el ánimo de los hombres recibia, sin saber cómo, semblantes y movimientos de mal ó bien que le toca, mucho primero que vengan, y las desventuras mayores traigan delante de sí muestras mas averiguadas y ciertas que ninguna prosperidad: aconteció por esta mesma sazon, que quantos Capitanes y gente comun andaban en el exército Romano, se halláron estremada-
9 mente mustios y descontentos. No se hablaban como

so-

solian, puesto que se topasen, ni daban en sus visages alegría ni muestra de placer: tales andaban todos, que parecian en aquel callar triste, sentir ya la desventura de los otros sus compañeros vencidos: particularmente Neyo Scipion era quien mas lo mostraba: porque tocándole tan en lleno, mirábalo muy en hondo. Consideraba los puntos desta jornada ser al reves de las otras, víase desamparado de los treinta mil Españoles Celtíberos, que los dias ántes le dexáron, donde consistia todo su ser y su vida, miraba los reales del Capitan Hasdrubal Barcino, quanto mas crecidos y poderosos estaban que primero, con la multitud y banderas recien venidas. 10

Y desde allí su buena razon y buena conjetura le daban á sentir los negocios Romanos en el otro campo, ser ántes rompidos y deshechos, que perseverar prósperos ni pujantes: porque no siendo tales, ¿cómo fuera posible, sin quedar muerto Cornelio Scipion, poder Hasdrubal de Gisgon, ni Masenisa, ni Magon, traer el exército que traxéron á la tierra, donde lo hallaban al presente, no pasando primero batalla con ellos? y si la pasáron, dado que la parte Romana quedase vencida, siempre sobrarian algunos que si tuvieran Capitan ó cabeza, pudiesen venir tras los Cartagineses en la rezaga, picándolos, y deteniéndoles el camino, para que por lo ménos no pudiesen llegar tan presto, pues ya sabian el ir huyendo quanto podia del Capitan Hasdrubal Barcino: y segun ley de buen caballero, puesto que no fueran hermanos, era Cornelio Scipion obligado (siendo vivo) venir á juntarse con él para reparar y crecer mas la gente ya que no pudiese vedar esta gente de los dos exércitos adversarios. Así que por todas estas razones, muy confirmada su mala sospecha de la muerte del hermano, fatigado con tan graves pensamientos, Neyo Scipion tuvo siempre creido ser lo mas natural á su remedio proseguir y continuar 11 12

nuar la huida comenzada desde que los Celtiberos le faltáron: conforme á lo qual una noche bien escura, que le parecia estar los enemigos reposados, sin lo sentir persona dellos, movió de la parte donde tenia su real, tan disimulado y encubierto, que pudo con la tiniebla caminar algun trecho, primero que lo hallasen
13 ménos. La mañana siguiente, los Cartagineses reconoci-
14 éron el ausencia. Luego Masenisa con sus ginetes Africanos cabalgan á quanta priesa bastaba, y comienzan á seguir el rastro toda la mayor parte del dia, has-
15 ta los alcanzar pocas horas ántes de la noche. Y allí rodeando, como solian, lados y rezaga Romana, les da-
16 ban heridas crueles y contínas. Arremetian por muchos lugares, una vez léjos, otra vez cerca, segun su costum-
17 bre. Deteníase con esto la gente de Scipion forzosamente, para reparar y rehacer sus hileras, echando los enemigos á fuera lo mejor que podian, mas no de manera que por aquello dexasen de caminar, sino peleando y andando pasaban adelante muy concertados y bien
18 regidos. Neyo Scipion siempre con ellos aconsejábales que lo hiciesen así, primero que las batallas del peona-
19 ge contrario los alcanzasen. En lo demas, como ya la noche llegaba bien á propósito para se despartir, y los Romanos en algun espacio de tiempo no pudiesen caminar sino muy poca tierra, por las paradas que hacian contra Masenisa, resistiéndole sus arremetidas y tropeles, Neyo Scipion sacó de la revuelta los suyos, y recogidos en un collado cercano, se retraxéron allí todos: no porque la manera del sitio fuese dificil ó fortalecida, mayormente para defender hombres atemorizados y heridos, y que venian á lo claro huyendo de sus enemigos presentes y de los traseros en mucha mayor cantidad: sino porque no pudiendo pasar adelante, con ser ya muy noche, la cumbre del cerro fué
20 lo mas arriscado de todo su contorno. Subidos aquí, tomáron en el medio quantos impedimentos y fardage traian, y juntamente los caballos de guerra, pues-

tos

tos á pie todos sus dueños, mezclados con el peonage: y así rechazaban con poca dificultad, sin tener otro reparo por las orillas y rededores el ímpetu de los ginetes Berberuces, que siempre les daban rebato. Mas como despues llegáron los tres Capitanes principales, conviene á saber Hasdrubal de Gisgon, Hasdrubal y Magon Barcinos, con sus tres exércitos llenos y poderosos, y Neyo Scipion conociese quán vano seria trabajar en retener aquella cumbre, no le poniendo baluartes al rededor, ó fosas, ó vallados, imaginaba con gran vehemencia qué modo tendria para le hacer alguna defensa. La cuesta de su propiedad era rasa, de suelo pelado, tan duro, tan desabrido, que ni criaba leña ni rama donde pudiesen cortar maderos á los palenques, ni tenia céspedes ó tierra de que hacer paredones ni reparos, ni mostraba disposicion á las cabas ó trincheas. Finalmente le halláron aparejo de poder obrar algo con que se remediasen. Ménos habia malezas ó riscos ni pasos difficultosos de ganar, ó de subida trabajosa, quando los enemigos llegasen. Todo su levantamiento procedia llano, sin casi lo sentir, hasta dar en la cumbre. Queriendo suplir este defecto, comenzó Neyo Scipion á formar una semejanza de reparo por el circuito, con las albardas y lios de los mulos que traian el fardage, sobreponiéndolas, muy bien atadas unas con otras, conformes al tamaño que solian tener en sus baluartes acostumbrados y verdaderos. Donde faltaban albardas y lios, metian ropas ó qualesquier impedimentos que hiciesen bulto, de quanta diversidad alcanzasen por no parecer que de ningun cabo les menguaba. Los tres Capitanes Cartagineses al tiempo que llegáron, guiaban sus esquadrones contra lo fuerte de la cuesta, muy determinados á los combatir, y las gentes del exército respondian con buena voluntad á su determinacion, sino que la nueva manera del reparo quando lo viéron desde léjos, les hizo dudar

21 22 23 24 25 26 27 28

29 dar algun tanto, creyendo ser defensa mas brava. Sus principales y caudillos, viéndolos así parados, discurrian por las batallas enojados de su detenimiento: preguntábanles á voces en qué se paraban, cómo no deshacian con los pies aquel espantajo Romano, pues á mugeres ó muchachos no se podia defender, quanto mas á tan denodados varones quanto venian allí. Si bien mirasen, los enemigos vencidos eran escondidos, que estaban tras aquellas albardas pagizas, en llegando se darian á prision, ó serian degollados á mano sin baraja ni pelea, pasasen adelante, no se detuviesen ni
30 mostrasen pavor de tanta vanidad. Estas reprehensiones voceaban los Capitanes Africanos en menosprecio del reparo Romano; pero verdaderamente venidos al toque mas dificil halláron el saltar las albardas y lios de lo que publicaban al principio, por estar entre sí bien atadas y tupidas en harto buen altor, y tras ellas haber hombres valientes y guerreros, que todavía tenian ventaja contra quien llegase por defuera, como pareció casi luego quando fuéron acometidos, que solamente para romper lios, y hacer entradas hubo menester grandes acometimientos, y se tardáron largas
31 horas. Mas al cabo derrocados los reparos en muchas partes, y metida la furia Cartaginesa por ellos, ganáron el real de todo punto, sin poderlo valer Neyo Sci-
32 pion. Allí sus Romanos hallándose pocos y maltrechos, atemorizados y confusos, morian despedazados por diversos lugares á mano de los Cartagineses y de los Españoles confederados, que (como ya se dixo) venian muchos en cantidad ufanos y victoriosos, con el buen
33 despacho de la batalla pasada. Pudiéron huir algunas banderas Romanas en los montes y sitios fragosos, que no caian léjos, y por algunas partes acudian pocos á pocos, fatigados y heridos al otro real, que fué de Cornelio Scipion, donde Tito Fonteyo, su lugar teniente los amparó con la diligencia que bastaba su po-

posibilidad, mas no para que dexasen de morir en todos estos caminos muchos buenos Romanos, diestros y suficientes á qualquier afrenta. Con ellos pereció tambien su Capitan mayor Neyo Scipion, dado que la manera de su muerte traten discrepantemente nuestros Coronistas. Unos certifican ser hecho pedazos entre los primeros, allá dentro del reparo quando se rompiéron las entradas, por los lios y defensas ya declaradas. Dicen otros, haberse retraido con algunos pocos en una torre desierta cerca del real: y que los Cartagineses al principio no pudiendo quebrar las puertas, ni desquiciallas á fuerza, les pusiéron fuego por el rededor, y quemándolas, matáron dentro quantos en ella quedaban, y tambien al Capitan General. Como quiera que sea, murió desta vez Neyo Scipion, segun debia morir un caballero muy excelente, siendo pasados veinte y nueve dias despues de la muerte de su hermano, y siete años cumplidos, y pocos meses adelante despues de su venida en España, como lo podrá contar quien quisiere, desde el principio deste quinto libro, hasta su fin, mirando las órdenes y tiempos de nuestro proceso. No pudo su gente cobrar los cuerpos destos dos Capitanes, ni darles enterramiento, por haber escapado pocos, y salir muy huyendo, disparcidos á diversos lugares: en tal manera, que hacian mucho si podian salvar las vidas, sin atender otra cosa, quanto mas que Cornelio Scipion quedó hecho piezas en el campo, cerca del Andalucía, como se recolige de las Corónicas Romanas: el otro Neyo Scipion hecho polvos y quemado, no léjos de Lorca, poblacion asaz conocida doce leguas de Cartagena, sobre la vuelta del Occidente, segun Plinio lo declara, quando hablando del rio que los antiguos nombraban Estabero, llamado por este mi tiempo rio de Segura, dice torcer sus aguas, y huir de la quema de Scipion, en el parage de Lorca: ó segun muchos interpretan, cerca de Lorquin,

34 35 36 37 38

quin, otro pueblo menor en la mesma comarca, desviado de Murcia quatro leguas al Occidente Septentrional, y trece de Cartagena, por el sobredicho lado, puesto que la gente vulgar de nuestro siglo falsamente llamen sepultura de los Scipiones una torrezuela frontera de Tarragona, donde muestran dos bultos de mármol groseros y mal dolados, que dicen ser suyos,
39 y debiéron ser de otros. Cierto es, el rio de Segura correr poca tierra desde sus fuentes hasta la villa de Guardamar sobre la costa, donde fenece, mas Oriental que Cartagena nueve leguas: dentro del qual espacio Neyo Scipion quedó muerto, como dice Plinio.
40 Muchas naciones y tierras lloráron el fallecimiento destos dos hermanos. En Roma, donde tenian su naturaleza, lloraban la pérdida de tan buenos dos Capitanes, y de sus exércitos, y del enagenamiento de las provincias Españolas, que tenian por cierto sucederia
41 muy presto. Los pueblos Españoles confederados al bando Romano mostráron igual sentimiento de su muerte: particularmente por Neyo Scipion, á quien conocian de largos años ántes, y se determináron á le favorecer primero que viniese Cornelio Scipion, y dél comenzaban á tomar muchas buenas costumbres y provechosas maneras de vivir, fundadas en justicia, moderacion y fidelidad, conformes al estilo virtuoso que la mayor parte de los Romanos en aquel tiempo seguian.

42 Por error tengo yo contar entre los hechos destos dos Scipiones Romanos, haber alguno dellos engrandecido ni restaurado la magnífica ciudad de Valencia, comarcana de la mar, en el reyno de Aragon, segun lo ponen Escritores modernos, leidos y diligentes en sus obras, ni se me podria mostrar escritura fidedigna de las antiguas que tal diga: ni fuera de las hazañas aquí recopiladas tenemos libro ni memoria que de los dos Scipiones defunctos otra cosa relate ni cuente.

TA-

TABLA

De los capítulos contenidos en este segundo tomo.

LIBRO TERCERO.

Cap. I. Como parte de los Andaluces vecinos de Tarifa pasáron á las riberas de Guadalquivir, para residir en ellas: donde fundáron un pueblo nuevo con otros edificios, de quien los Historiadores y Cosmógraphos Latinos y Griegos hacen señalada memoria. Pág. 1.

Cap. II. De la venida que cierto Capitan Cartagines, llamado Safo, hizo en el Andalucía, para mover guerra por el Estrecho de Gibraltar á los Moros fronteros de España, que se rebeláron contra Cartago. 5.

Cap. III. Como los Andaluces Turdetanos quisieran atajar las pendencias entre Safo, Capitan Cartagines, y los Moros, lo qual no se pudiendo bien concluir, pasáron en Africa muchos Andaluces, para favorecer á Cartago. Declárase tambien la maravillosa navegacion que los de Cádiz y sus comarcanos hacian en este tiempo por las anchuras del gran mar Océano. 10.

Cap. IV. De la vuelta que hizo Safo desde el Andalucía para Cartago: y como viniéron en su lugar otros dos Capitanes primos suyos, nombrados Himilcon y Hanon: de los quales Hanon hizo singulares acometimientos, y principió cierta poblacion en Mallorca, para tomar entrada con la gente de la isla. 16.

Cap. V. Como los Factores Cartagineses poblá-

ron lugares y villas en Menorca muy provechosas para la contratacion que traian en España, sosteniendo juntamente la posesion que tomáron en Iviza, y en otras islas menores de su contorno. 18.

Cap. VI. Como dexadas las islas de Mallorca y de Menorca, vino Hanon al Andalucía, para se juntar con su hermano Himilcon: y de las excelencias y grandes habilidades que mostró tener este Hanon Cartagines el tiempo que por acá residió. 21.

Cap. VII. Como Hanon el Cartagines quiso descubrir particularmente las marinas que vienen desde el Estrecho de Gibraltar hasta la punta de San Vicente: y descubriéndolas de propósito, hizo relacion en Cartago de todo lo nuevo y no sabido que por allí se conoció. 25.

Cap. VIII. Como fuéron bastecidas en España por mandado de la Señoría Cartaginesa dos flotas, para que con una Himilcon descubriese toda la costa de Europa por las aguas del mar Océano, Hanon las riberas Africanas por el mesmo mar. Dase cuenta cumplida de lo que viéron en España, quanto la podimos hallar derramada por los Escritores antiguos que hablan deste viage. 29.

Cap. IX. De la jornada grande que navegó Hanon y sus Españoles despues que salió de Cádiz por todas las riberas Africanas del mar Océano: y de las extrañezas que descubrió por aquel contorno, hasta llegar en los fines postreros de Arabia comarcanos al mar Bermejo. 47.

Cap. X. De dos Gobernadores nuevos que la Señoría Cartaginesa proveyó, para residir el uno en el Andalucía, y el otro en Mallorca. Cuéntase la poblacion de la villa de Albor, y la muerte de de Gisgon, con algo de las costumbres que los Ma-

Mallorquines tenian en aquellos tiempos. 57.
Cap. XI. De los edificios y moradas nuevas que los Españoles comarcanos al rio Guadalquivir hiciéron estos dias, con rezelo (segun se cree) de los Cartagineses Africanos, cuya potencia se metia por aquella region cada dia mas de lo que fuera menester á la seguridad y pacificacion de sus naturales. 61.
Cap. XII. Como parte de las gentes Andaluzas y Lusitanas comenzáron entre sí diferencias y quistiones, sobre las quales hubiéron una batalla mucho terrible, donde murió cierto Capitan Cartagines, y multitud de hombres y mugeres, y fuéron destruidas algunas poblaciones antiguas, que solian ser en aquella region. 63.
Cap. XIII. Como sabida la muerte del Capitan Cartagines en la batalla de los Españoles, mandaron los mesmos Cartagineses á Magon, que desde Mallorca viniese para residir en España. Y de los muchos y graves acontecimientos que durante su tiempo recreciéron á los Españoles y Cartagineses en España y fuera della. 67.
Cap. XIV. Del apercebimiento de gente y navíos que la Señoría Cartaginesa mandó hacer en el Andalucía, rezelando la venida de cierta flota que los Griegos Atenienses enviaban sobre la isla de Sicilia. 72.
Cap. XV. Como muchas banderas Andaluzas, y gente de Mallorquines pasáron en Sicilia con sueldo de Cartago, contra cierto tirano llamado Dionisio, que nuevamente se levantaba en Zaragoza de Sicilia. 76.
Cap. XVI. Como los Españoles residentes en Sicilia sostuviéron la guerra contra Dionisio el tirano: para socorro de los quales fué menester sacar nueva gente de los Mallorquines, y tam-

bien Andaluces : la qual puesta en Sicilia, ganó las villas de Gela y Camerada, con otras cosas notables que pasáron allá. 81.

Cap. XVII. De la grande y espantosa batalla que con ayuda de diez mil Españoles pasáron los Cartagineses en Sicilia contra Dionisio el tirano, donde lo venciéron, y le destrozáron toda su potencia. 86.

Cap. XVIII. Como todos los Españoles y Mallorquines que seguian el exército Cartagines en Sicilia muriéron de pestilencia grandísima, con que cesáron las guerras allá por algunos dias, quedando suspensos los negocios en ambas partes. 100.

Cap. XIX. Como quiso tratar en España Dionisio el tirano de Sicilia con algunos Andaluces fuesen contrarios á los Cartagineses, y como Cartago remedió los tales negocios, poniendo treguas con aquel tirano, y así los Andaluces dexáron de seguir esta guerra por algunos dias. 104.

Cap. XX. Como saliéron del Andalucía navíos Cartagineses, que descubriéron muy léjos de España por el gran mar Océano de Poniente ciertas islas y tierras mucho grandes nunca sabidas ni vistas, que parecen muy semejantes á las que despues los Españoles de nuestro tiempo halláron y hallan cada dia por aquellas mares que llamamos agora de las Indias. 106.

Cap. XXI. de la flota que se comenzó de bastecer en los puertos del Andalucía, por mandado de la Señoría Cartaginesa, para tornar á las guerras de Sicilia contra Dionisio, y de la hambre y gran mortandad que poco despues recreció por diversas provincias en España. 110.

Cap. XXII. Como veinte mil peones Españoles y mil caballos viniéron á Sicilia, nuevamente co-

gi-

gidos á sueldo, para favorecer la parte Cartaginesa, donde continuáron la pendencia contra Dionisio, que por estos dias andaba guerreando gentes y naciones en Italia con fines y fronteras á Sicilia. 113.

Cap. XXIII. De la baralla que los Españoles favorecedores de Cartago peleáron sobre mar, cerca de Sicilia, contra la flota de Dionisio, donde le ganáron multitud de galeras, y le hiciéron gran daño, despojándole de casi todas sus riquezas: y del fin que tuviéron aquellas guerras Sicilianas con este tirano Dionisio. 117.

Cap. XXIV. Como viniéron en España dos caballeros Cartagineses: el uno para residir en Mallorca, y el otro para sostener la contratacion de los Andaluces. Y mucha gente destos Andaluces tomáron pendencias con él, y puestos en armas, le despojáron de todo quanto Cartago poseia por aquella comarca. 121.

Cap. XXV. Donde se cuentan las cosas principales, así de bien y prosperidad, como de males y desdichas que sucediéron en España dentro de cinco años siguientes, despues que las cosas ya declaradas aconteciéron en sus provincias y fuera dellas. 126.

Cap. XXVI. Como vino Boodes Capitan Cartagines para sosegar en el Andalucía los que se rebeláron el tiempo pasado: y allí fué vencido de los Andaluces, y casi por estos dias llegáron acá nuevas que fuéron tambien vencidos otros exércitos Cartagineses residentes en Sicilia por un caballero Griego, nombrado Timoleon. 130.

Cap. XXVII. De la navegacion maravillosa, que continuaban los de Cádiz y los otros Españoles sus comarcanos en el mar Océano, y de la primera pesca de los atunes que por aquellos dias des-

descubriéron estos navegantes, y de los otros acontecimientos notables que dentro de seis años aconteciéron en España. 134.

Cap. XXVIII. Como desembarcáron en España navíos de Marsella, donde venia cierto linage de la nacion y gente llamada los Foceenses de Yonia, que sobraban de su mesma ciudad, para fundar acá pueblos donde morasen: de los quales navíos algunos paráron cerca de la villa de Empurias, y mucha parte dellos caminaron mas adelante. 137.

Cap. XXIX. Como los otros navíos de los Foceenses Marsellanos viniéron á la villa de Muxacra, donde fuéron recogidos en la compañía de sus vecinos antiguos. Los otros sus compañeros pasáron á Denia, donde hiciéron su morada, permitiéndolo la ciudad de Monvedre: en cuya confederacion estaban aquellas comarcas sus vecinas. 141.

Cap. XXX. Como los Marsellanos Foceenses, que los años primeros habian asentado frontero de las Empurias, viniéron á morar dentro de la mesma villa, traidos y rogados por los vecinos della. Cuéntanse las diligencias y recatos que despues de venidos tuviéron estos Marsellanos, para se conservar entre los Españoles vecinos del mesmo pueblo. 146.

Cap. XXXI. De las ordenanzas y reglas antiguas de vivir que tuviéron los Emporitas y los de Denia, quando primeramente viniéron en España: y de la confederacion y liga que pusiéron los de Monvedre con los Marsellanos de Francia. 150.

Cap. XXXII. Del mensage que por este tiempo los Españoles enviáron al gran Rey Alexandro de Macedonia: donde se declara quién fuéron los que le lleváron, y las causas que les movié-

viéron á poner en obra tal embaxada. 155.
Cap. XXXIII. Como parte de los Andaluces comenzáron á bastecerse, para defender su provincia contra la gente Cartaginesa, que quisieran tornar á cobrar lo que solian tener en aquella tierra, si no fuera por nuevas guerras que se levantáron en Sicilia, con las quales Cartago disimuló las pendencias Españolas, dado que todavía sus factores recibiéron acá mucho daño de los Andaluces. 160.
Cap. XXXIV. Como parte de la nacion ó linage de los Españoles Andaluces, nombrados Turdulos, saliéron á buscar otras tierras en que poblasen. Y venidos á las riberas de Guadiana, donde moraban los Galos Celticos, se detuviéron algunos dias. En el qual tiempo los Españoles favorecedores de Cartago pasáron gran trabajo sobre la conquista de Sicilia. 164.
Cap. XXXV. De las poblaciones nuevas que hiciéron algunos Turdulos Andaluces entre los Galos Celticos sobre la ribera de Guadiana: y como los restantes pasáron adelante por dentro de la tierra, muy acompañados de los mesmos Celticos, donde fundáron ciudades y villas que permaneciéron largos tiempos en España. 168.
Cap. XXXVI. Como los Turdulos Andaluces, y los Galos Celticos sus compañeros llegáron al rio Tajo, y aquel atravesado, cimentáron poblaciones por la comarca, donde pasaban, hasta que venidos á la ribera de Duero, se quedáron cerca della parte de los Turdulos, y moráron largos años en aquella region. 172.
Cap. XXXVII. Como fué poblada la ciudad del Porto por los Galos Celticos, que pasáron el rio Duero contra las tierras de Galicia, donde tambien continuando su viage fundáron á Braga

y

y á Guimaraes con otros lugares antiguos, de quien las Corónicas hacen señalada mencion. 176.

Cap. XXXVIII. De la mala division y discordia que tuviéron los Turdulos Andaluces con los Galos Celticos sus compañeros cerca del rio Lima, llamado Letes entre los antiguos, y de las poblaciones que los unos y los otros dexáron hechas en aquella tierra de Galicia. 180.

Cap. XXXIX. Como los Galos recien venidos á Galicia se mezcláron con los Griegos moradores antiguos en aquella tierra, donde todos ellos así juntos poseyéron esta region, divididos por linages particulares, diversos en apellido, los quales generalmente por haber nacido de la tal mezcla de Galos y Griegos, fuéron primeramente llamados Galo Griegos, y despues Gallegos. 184.

Cap. XL. De la jornada que cierto linage de los Gallegos, nombrados Astiros, hiciéron fuera de su provincia: los quales poblâron la tierra que por su causa llamamos Asturias, cuya cabeza fué la ciudad que decimos Astorga. Dase tambien cuenta de cosas que los Cartagineses y los Marsellanos hiciéron aquellos mesmos dias en alguna parte de España. 190.

Cap. XLI. Como gran multitud de Gallegos salió nuevamente de su region mezclados en diversos linages, y se derramáron por la tierra que poseian en aquel tiempo los Españoles nombrados Vaceos. Declárase toda la comarca donde paráron, y los mojones ó linderos antiguos que solia tener aquella tierra de los Vaceos. 193.

Cap. XLII. Como seis mil Españoles pasáron á Sicilia cogidos á sueldo nuevamente por la Señoría Cartaginesa contra cierto Rey de los Epi-

Egirotas, llamado Pirro, Capitan de muy gran valor: al qual despues de llegados cerca de Sicilia, venciéron sobre mar en una batalla tan grande, que fué casi principio de la perdicion deste Rey Pyrro. 197.

Cap. XLIII. De la nueva jornada que hiciéron parte de los Gallegos moradores entre los otros Españoles, nombrados Vaceos, saliendo de aquella provincia, para se meter en otra que nombraban de los Arevacos. Dase cuenta quáles fuéron las poblaciones que los unos y los otros allí tuviéron, y los mojones ó rayas con que se cerraba la region destos Arevacos. 201.

LIBRO QUARTO.

Cap. I. Como muchas poblaciones del Andalucía tornáron á la confederacion de los Cartagineses: y de las guerras que por este tiempo se les recreciéron en Sicilia con los Romanos, que fuéron estorbo de grandes movimientos que Cartago quisiera comenzar en España. 206.

Cap. II. Como saliéron algunos Españoles cogidos á sueldo para comenzar la quistion de Sicilia contra los Romanos en favor de Cartago: y de las pendencias crueles que por este tiempo traian entre sí muchos pueblos en España. 210.

Cap. III. Como poco despues algunos Españoles nombrados Syloros, con otros llamados Brigantes, ocupáron tierras en Ingalaterra, donde moráron ellos y sus descendientes. Y como tambien una compañía de los Asturianos Gallegos viniéron á poblar en la marina Septentrional de España, donde reside su generacion hasta nuestro tiempo. 213.

Cap. IV. Como los Mallorquines se rebeláron con-

tra la gran Cartago: los quales brevemente fuéron reducidos á la confederacion desta Señoría, por industria de cierto Caballero nombrado Hamilcar Barcino, que vino para los sosegar: y de las cosas notables que por acá hizo. 219.

Cap. V. Como Hamilcar Barcino, Capitan Cartagines, salió de Mallorca con algunos Españoles de refresco, para socorrer los exércitos de Sicilia, donde pasáron grandes hechos en contradiccion de los Romanos, y defendimiento de la parte Cartaginesa. 224.

Cap. VI. Del fin que tuviéron las guerras Sicilianas entre Cartagineses y Romanos; y mas algunas cosas dignas de memoria que dellas resultáron en el Andalucía, y en algunas islas, y provincias Españolas, donde la Señoría Cartaginesa traia su contratacion. 227.

Cap. VII. Como queriendo venir en España flotas nuevas y gentes de la gran Cartago, para llevar adelante la conquista que por acá tenian comenzada desde muchos años ántes, sucedié-ron tales impedimentos, que la dilatáron largos dias. 231.

Cap. VIII. Como llegáron en España grandes exércitos Cartagineses, que traian por Capitan al gran Hamilcar Barcino: el qual juntándose con los Andaluces Turdetanos sus amigos antiguos, acabó de pacificar algunos lugares, que todavía perseveraban en la contradiccion Cartaginesa. 235.

Cap. IX. De la fundacion hecha en España por el gran Hamilcar Barcino, de cierta ciudad que llamáron despues Cartago la vieja. Cuéntase bien especificadamente lo que podimos alcanzar de la parte donde la tal ciudad fué situada los tiempos antiguos ante que pereciese. 240.

Cap. X. Como Hamilcar Barcino juntando muchos Es-

Españoles hizo gran entrada por las regiones de España. En este camino los Andaluces Turdetanos, por inducimiento suyo dél, pobláron un lugar, para tomar ellos competencia con la ciudad de Monvedre, y con algunas otras naciones comarcanas, en quien la Señoría Cartaginesa pareció que tendria por allí contradiccion. 245.

Cap. XI. Como los exércitos del gran Hamilcar Barcino moviéron sus estancias de la parte donde tuviéron el invierno pasado: y llegados á las aguas del rio Ebro, se hiciéron bodas mucho solemnes entre cierta hija deste Capitan Hamilcar con otro Caballero Cartagines, nombrado Hasdrubal. 249.

Cap. XII. De los tratos y nuevas confederaciones que por parte del gran Hamilcar Barcino se comenzáron á negociar con los Franceses moradores en el otro lado del Pyreneo, á fin de los enemistar con los Españoles sus comarcanos, para los embarazar unos con otros. 252.

Cap. XIII. Como parte de los Españoles Catalanes viniéron al encuentro del exército Cartagines, que salia por su tierra muy poderoso con el Capitan Hamilcar: y fué tanta su resistencia, que Hamilcar sin poder llegar donde quisiera, se vió con ellos en muy peligrosas afrentas y turbaciones. 254.

Cap. XIV. Como la ciudad de Barcelona fué nuevamente poblada por el gran Hamilcar Barcino, quando seguia su jornada por la tierra de Cataluña: y de la figura y asiento que primeramente tuvo la tal poblacion: y de las falsas opiniones que despues algunos inventáron de sus principios y de su nombre. 257.

Cap. XV. De la mudanza que hiciéron algunos pueblos Andaluces contra los Cartagineses, la

qual mudanza traxo necesidad á mover el gran Hamilcar Barcino desde Barcelona, para venir al remedio destos alborotos, dexando por Capitan en aquella region á su hijo Hanibal, mancebo de mucha suficiencia para tal cargo. 260.

Cap. XVI. Como ciertos pueblos Españoles saliéron al encuentro del gran Hamilcar Barcino, que venia la vuelta del Andalucía: y allí juntadas las haces unos contra otros peleáron una batalla, donde lo venciéron, y lo matáron. Dase razon abundosa de quién fuéron aquellos Españoles que lo hiciéron, y de la provincia donde pasó la tal quistion, y toda la manera de su rompimiento. 264.

Cap. XVII. Como Hasdrubal, yerno del gran Hamilcar, puso cerco sobre la villa de los Españoles que levantáron la turbacion del Andalucía: la qual villa poco despues destruyó por los cimientos. Cúentase mas la discordia que tuviéron los Gobernadores de la gran Cartago, sobre quién sucederia por Capitan despues de Hamilcar en los exércitos y haciendas que poseian en España. 271.

Cap. XVIII. Como Hasdrubal fué recebido en España por Gobernador de los exércitos que Cartago tenia por acá: sobre lo qual habiendo Hasdrubal poco despues pasado en Cartago, dió prestamente vuelta en España, y puso grandes mudanzas en el Estado del Andalucía y de todas sus comarcas. 275.

Cap. XIX. Como la ciudad de Cartagena fué magníficamente poblada por el Capitan Hasdrubal Cartagines: y de los bienes antiguos deste pueblo, con las excelencias de su puerto y de toda su provincia. 279.

Cap. XX. De las amistades y ligas que por esta sazon los vecinos de la villa de Empurias pusiéron

ron con los Italianos de Roma: y de la mesma confederacion que procuráron aquellos Romanos con la ciudad de Sagunto, que solia ser donde hallamos agora la pequeña poblacion de Monvedre, dentro del Reyno de Valencia. 284.

Cap. XXI. Como Hasdrubal envió á pedir á la Señoría Cartaginesa, que mandasen tornar en España la persona de Hanibal su cuñado para le dar cargo de los negocios tocantes á las guerras Españolas: lo qual finalmente se hizo, puesto que con mucha contradiccion de ciertos enemigos suyos, muy poderosos en aquella República. 287.

Cap. XXII. Como tornando Hanibal, hijo del gran Hamilcar en España, viniéron tras él nuevos Embaxadores Romanos, que pusiéron gran confederacion con Hasdrubal y con sus Cartagineses. Dícese la solemnidad y cerimonia que los unos y los otros hiciéron para la firma desto, segun los antiguos acostumbraban en aquellos tiempos de su gentilidad. 289.

Cap. XXIII. De la muerte del Gobernador Hasdrubal, Capitan de los Cartagineses, hecha por un Español en venganza de su amo, que fué muerto por su mandado, con mas otras cosas y mudanzas que dello redundáron en todas aquellas provincias Españolas. 293.

Cap. XXIV. Como fallecido Hasdrubal fué recebido Hanibal su cuñado por Capitan y Gobernador en España de los exércitos Cartagineses: y como se casó con una Señora Española. Donde asimesmo se trata de sus muchas habilidades, y de las excelencias, y costumbres, y fisionomía de su persona. 298.

Cap. XXV. De los muchos mineros y pozos de metales, que se descubriéron en España nuevamen-

mente por industria del Capitan Hanibal, y de las crecidas riquezas que dellos procediéron: las quales él repartia por los Españoles, y por las otras gentes con gran liberalidad. 303.

Cap. XXVI. Como Hanibal entró por el Reyno de Toledo haciendo muchos daños: y tomada por combate cierta poblacion principal desta provincia, dió vuelta para Cartagena con grandes preseas y despojos que sacó de las tierras por donde pasaba. 306.

Cap. XXVII. De la mucha division y discordia que por este mesmo tiempo tuviéron entre sí los Saguntinos vecinos de Monvedre, donde se hiciéron tantas crueldades y males unos en otros, que fué necesario venir los Romanos sus amigos á ponerlos en paz, y sosegar el Estado desta ciudad. 308.

Cap. XXVIII. Del grave recuentro que los Españoles del Reyno de Toledo pasáron con Hanibal y con sus exércitos cerca del rio Tajo, donde se cuentan algunas propiedades de los elefantes que los antiguos solian traer en sus conquistas y peleas. 310.

Cap. XXIX. Como viniéron Embaxadores Romanos á Cartagena, para renovar con Hanibal sus amistades antiguas, y negociar que no tomase pendencia contra los de Monvedre sus amigos, de lo qual habia grandes indicios. Y de la mala respuesta que tuviéron en esta demanda. 315.

Cap. XXX. Como Hanibal habiendo cercado la ciudad de Monvedre, la combatió muchos dias con los ingenios usados en aquel tiempo: donde quedáron abiertas y rotas en España las pendencias de los Cartagineses contra la parte Romana, favorecedora de Monvedre. 319.

Cap. XXXI. De los agüeros y señales terribles que su-

sucedièron en estos dias en el cerco de Monvedre: y de la victoria grande que los ciudadanos ganáron en un combate que les diéron Hanibal y todos sus exércitos, mostrando crecida valentía de sus personas. 323.

Cap. XXXII. Como viniéron otra vez en España Mensageros Romanos, para ver si podrian atajar esta guerra de Monvedre: y como por aquellos dias nació tambien un hijo de Hanibal y de su muger, y se hiciéron nuevas diligencias y despachos para fenecer aquel cerco que tenian sobre Monvedre. 327.

Cap. XXXIII. Como los Saguntinos de Monvedre perdiéron una gran parte de su ciudad, y defendian valientemente lo demas, puesto que con grandes trabajos y dificultades, en que por defuera los ponian. 331.

Cap. XXXIV. Como Hanibal acabó de conquistar y destruir á los Saguntinos de Monvedre con toda su ciudad, sin poder nadie poner paz entre ellos, dado que la procuráron, y quisiéron tratar algunas personas honradas por ambas partes. 334.

Cap. XXXV. Del engaño que tuviéron muchos Coronistas Españoles, en decir que la ciudad de Sagunto, destruida por Hanibal, fuese la que llaman agora Sigüenza, donde juntamente se declara lo que sospechan algunos otros Historiadores de la fundacion y principio desta mesma ciudad de Sigüenza. 340.

Cap. XXXVI. Como despues de tomada Monvedre, Hanibal comenzó de disponer su pasada en Italia contra los Romanos, y vuelto á Cartagena, supo que los Africanos habian rompido la guerra contra Roma determinadamente, con gran indignacion y discordia. 342.

Cap.

Cap. XXXVII. De la relacion y nuevas muy ciertas que viniéron en España, certificando ser ya la guerra declarada de Romanos á Cartagineses, sobre la perdicion de Monvedre, pidiendo la Señoría de Roma serles entregados quantos entendiéron en lo hacer, y principalmente la persona del Capitan Hanibal. 346.

Cap. XXXVIII. Como Hanibal habiendo proveido muchas cosas en España, tocantes á su pasada en Italia, vino tambien á la isla de Cádiz para sacrificar en el templo del Dios Hércules, y dexar ordenados los hechos de su comarca: Dícese junto con esto la parte que señaló donde convenia residir su muger y su hijo, para quedar seguros en su ausencia: con mas otras diligencias y provisiones necesarias á los negocios venideros. 349.

Cap. XXXIX. De la venida secreta que hiciéron en España ciertos Caballeros Romanos, para sentir qué voluntad hallarian en algunos pueblos della, si Roma quisiese meter acá gente contra los Cartagineses, y de las malas respuestas y malos acogimientos que tuviéron en algunos Españoles con quien lo comunicáron. 353.

Cap. XL. Como catorce mil y seiscientos Españoles de pie, con mil y quinientos á caballo, pasáron en Africa para residir en Cartago, por el rezelo que tenia de los Romanos: y de las muchas y grandes provisiones de gentes y navíos que Hanibal dexó puestas en España, queriendo pasar en Italia. 357.

Cap. XLI. Como Hanibal y sus exércitos principiáron su camino la vuelta de los montes Pyreneos, para venir en Italia contra los Romanos: y de la fantasma que le pareció quando llegáron á las riberas del rio Ebro, con sus interpre-

pretaciones y pronósticos sobre la razon deste viage. 361.

Cap. XLII. Como Telongo Bachio, Capitan Español, vecino de la villa de Blanes, tomó claramente la voz y la parte de los Romanos acá en España contra Hanibal y sus Cartagineses: y de la mucha contradiccion que Hanibal siempre hallaba quanto mas iba por las comarcas de Cataluña. 364.

Cap. XLIII. De la nueva confederacion que por parte de los Cartagineses fué puesta con un Caballero Catalan, nombrado Handubal. Y como tres mil Españoles de los que seguian el exército Cartagines diéron vuelta para sus casas, no queriendo caminar aquella jornada con Hanibal. 366.

Cap. XLIV. Como los exércitos Cartagineses saliéron de España, caminando por la tierra de Proenza y Lenguadoc, donde sucediéron algunas mudanzas con la gente desta tierra, las quales Hanibal remedió, poniendo capitulaciones dignas de memoria con las personas vulgares, y tambien con algunas principales de las que por allí moraban. 369.

Cap. XLV. Como los Españoles que Hanibal traia consigo rompiéron gran multitud de gente Francesa, que quisiera vedar el paso de los exércitos, quando pasaban por aquella tierra. Desbaratados estos, las banderas llegáron libremente, hasta se poner en la raiz de los Alpes, para los pasar, y se meter en Italia. 373.

LIBRO QUINTO.

Cap. I. De la primera venida que los Romanos hiciéron en España con gente de guerra, cuyo

Capitan llamaban Neyo Scipion, para lanzar fuera della, si pudiesen, el exército Cartagines, y toda la defensa que sus Capitanes Africanos tenian repartida por las provincias Españolas. 378.

Cap. II. Como los Romanos recien llegados en España diéron relacion particular á los Españoles Catalanes, en cuya tierra desembarcáron de ciertos recuentros que su gente pasó viniendo para acá, con la gente Cartaginesa que caminaba por Francia con Hanibal: y mas le diéron otros discuentos muy largos pertenecientes á la razon y causas de su venida. 381.

Cap. III. De los pueblos y lugares Catalanes que nuevamente se llegáron al bando Romano despues de venido Neyo Scipion en España: y de las nuevas que por estos mesmos dias tuviéron acá sobre dos batallas que pasáron Cartagineses y Romanos en la provincia de Lombardía, donde Hanibal por allí salió vencedor. 385.

Cap. IV. Como los exércitos Cartagineses y Romanos residentes en España, se topáron en los confines de Cataluña y Aragon, metidos en unos pueblos nombrados antiguamente los Ilergetes, donde pasáron una batalla campal, en que Neyo Scipion y su parcialidad alcanzáron la victoria. 389.

Cap. V. Como los Cartagineses y su Capitan Hasdrubal Barcino viendo para se hallar en la batalla sobredicha, matáron de camino mucha gente de la flota Romana cerca de Tarragona, que tomáron desmandada fuera de sus galeras: con lo qual parte de los Españoles Ilergetes hiciéron mudanza, para se volver al bando Cartagines. Y de la manera que Neyo Scipion tuvo para remediar esto. 394.

Cap. VI. Del acometimiento de guerra que Neyo Sci-

Scipion y los Españoles sus confederados moviéron en algunos otros pueblos de Cataluña, cuyo Capitan era cierto caballero que nombraban Amusito, sobre la qual demanda pasó Scipion un recuentro muy peligroso con los montañeses de Yaca, que venian en socorro de los tales Catalanes. 398.

Cap. VII. Como Neyo Scipion sosegó toda la tierra de los Catalanes rebelados, y los dexó pacíficos en su parcialidad, echando fuera de la region al Capitan Amusito que lo revolvia todo: y de los muchos trabajos y dificultades que los unos y los otros pasáron hasta concluir aquel negocio. 403.

Cap. VIII. De las señales maravillosas que parecièron en aquellos dias entre los Españoles, y por otras partes diversas: y como los Cartagineses, turbados con tales visiones, sacrificáron muchos niños á sus ídolos para los tener aplacados, y quisieran tambien sacrificar el hijo de Hanibal y de Himilce su muger, y lo que desto sucedió por España y en Italia. 407.

Cap. IX. Como Neyo Scipion envió á pedir á la Señoría Romana bastimento de gentes y de vituallas, para continuar la guerra de España contra los Cartagineses: y del aparato grande que tambien Hasdrubal Barcino comenzó de hacer en estos dias, así por la mar, como por la tierra, para venir á pelear desde Cartagena con Neyo Scipion. 413.

Cap. X. Como la flota del Capitan Hasdrubal Barcino se puso sobre la boca del rio Ebro, y Neyo Scipion vino tambien allí con sus galeras y navíos: y pasáron todos en la mar una batalla muy hazañosa, de la qual hubiéron los Romanos y sus parciales la victoria, ganando casi to-

todas las galeras Cartaginesas. 416.
Cap. XI. Como la Señoría Romana sabida la victoria de España, comenzó de tratar en Italia con los Españoles del exército Cartagines para que se mudasen al campo de sus Cónsules Romanos, prometiéndoles gran remuneracion si lo hacian. Y como Neyo Scipion acometió por acá muchas buenas cosas en la mar, sin tener quien se lo vedase ni resistiese. 421.
Cap. XII. Del combate que Neyo Scipion y sus gentes acometiéron en la ciudad de Cartagena, y en Iviza, y en otros lugares de las marinas Españolas, que seguian la parte Cartaginesa: los quales fuéron socorridos por el Capitan Hasdrubal Barcino con tal solicitud y presteza, que despues nadie bastó para los empecer, ni hacer otro perjuicio. 424.
Cap. XIII. Como Neyo Scipion despues de corrida la marina de España con algunas islas de su comarca, puso ligas con algunos pueblos Mallorquines y Menorqueses, y venido para Cataluña, salió por la tierra gran trecho, hasta las fronteras del Andalucía: y no hallando por allí con quien pelear, comenzó de mover nueva confederacion con los Españoles de Celtiberia. 428.
Cap. XIV. De la quistion que comenzáron á tener los Españoles de Celtiberia, despues de confederados á Neyo Scipion, con la gente del Capitan Hasdrubal: y como peleáron los unos y los otros dos batallas campales muy grandes, en que los Españoles tuviéron siempre victoria, matando gran suma de Cartagineses: y de las cosas que desto resultáron adelante. 433.
Cap. XV. Como vino en España Publio Cornelio Scipion, hermano mayor de Neyo Scipion, con mucho socorro de navíos y gentes, para con-

tinuar acá la guerra contra los Cartagineses. Y como despues de juntos ambos hermanos vinieron sobre la ciudad de Monvedre, por ver si la podrian cobrar: y de las cosas que sucedié-ron en el tiempo que la tenian sitiada. 437.

Cap. XVI. De la buena dicha que tuviéron los dos Scipiones al tiempo que residian sobre Monvedre, para cobrar los rehenes Españoles que se guardaban allí dentro, con industria de cierto caballero su confederado, que buscó manera para se los haber: y como los tales rehenes fué-ron restituidos á sus pueblos sin algun interese. 441.

Cap. XVII. Como viniéron mensageros en España, que certificaban haber los Romanos peleado con Hanibal en Italia quarta vez dentro del Rey-no de Napoles, en que tambien perdiéron la batalla: por la qual razon fué necesario levantar los dos Scipiones el sitio que tenian sobre Mon-vedre, para tornar á Cataluña, con algun te-mor de mudanza que hiciesen los Catalanes por estas nuevas. 445.

Cap. XVIII. Como los dos Scipiones, despues de vueltos á Cataluña, saliéron por la tierra, visi-tando los pueblos de su parcialidad, y viniéron á la provincia de los Españoles Celtiberos, para les dar gracias de lo que por ellos hiciéron con-tra la gente del Capitan Hasdrubal. Y poco des-pues Publio Scipion tomó cargo de las galeras y navíos, y Neyo Scipion del exército de la tierra, para continuar su contienda contra Car-tago. 449.

Cap. XIX. De la mudanza grande que hiciéron al-gunos pueblos Españoles comarcanos al Estre-cho de Gibraltar contra los Cartagineses. Y co-mo sabidos aquellos alborotos, el Capitan Has-drubal salió de sus aposentos, y metido por aque-

aquella tierra, pasó con ellos algunos recuentros, en que fué siempre muy mal tratado. 452.

Cap. XX. Como los Españoles comarcanos á Tarifa combatiéron y ganáron el pueblo donde los Cartagineses tenian recogida toda su provision de vituallas: pero como se descuidasen poco despues con las victorias pasadas, fuéron acometidos improvisamente de sus contrarios y vencidos en un gran rebato, tras el qual toda la tierra quedó pacífica. 456.

Cap. XXI. Como llegáron en España mensageros de la gran Cartago, mandando que su Capitan Hasdrubal Barcino pasase luego en Italia para se juntar con Hanibal: y primero que saliese della proveyéron en su lugar otro Capitan llamado Himilcon, que mantuviese por acá la guerra contra los dos Scipiones: y de la mudanza que desto se recreció por algunos pueblos Españoles. 460.

Cap. XXII. De las cautelas y rodeos que los dos Scipiones Romanos buscaban para detener al Capitan Hasdrubal en España, vedando quanto podian la jornada que pretendia hacer en Italia: y como finalmente viniéron á pelear una batalla famosa, donde le desbaratáron y deshiciéron todos los aparejos y principios de su viage. 464.

Cap. XXIII. Como los Cartagineses Africanos, entendida la nueva de sus rompimientos en España, proveyéron á Magon Barcino, hermano del Capitan Hanibal, con mucho socorro de gentes y tesoros y navíos, para lo remediar. La Señoría Romana por su parte quiso dar manera como se fortificásen acá los exércitos Españoles, para continuar y sostener todas aquellas buenas diligencias comenzadas. 472.

Cap.

Cap. XXIV. Como Himilce la muger de Hanibal y su hijo Haspar diéron fin á sus dias, y poco despues un pueblo principal del Andalucía, que nombraban Iliturge se rebeló contra Cartago, tomando la parte Romana: sobre lo qual hubo recuentros y peleas muchas y muy brabas: los Africanos por lo cobrar y reducir á su confederacion, y los Romanos por lo defender y conservar la suya. 477.

Cap. XXV. Del bastimento que por estos dias mesmos traxéron en España ciertos galeones Romanos: y como la Señoría Romana procuró de pasar á su campo dos mil Españoles los mejores que seguian el exército Cartagines en Italia. Decláranse tambien el valor y los pesos, hechuras y señales de las monedas antiguas que los Romanos comenzáron á meter en España por esta sazon. 482.

Cap. XXVI. Como los Españoles cercados en Andujar por el Capitan Hasdrubal Cartagines, hallándose muy apretados fuéron segunda vez socorridos del exército Romano, tan á buena sazon y buen tiempo, que sus enemigos levantáron el real, siendo primero rotos en una batalla, de que saliéron muy destrozados. 490.

Cap. XXVII. Como los Catalanes favorecedores al bando Romano saliéron por la mar en busca de ciertos navíos Africanos, que pocos dias ántes pareciéron allí cerca. Los Cartagineses otrosí, revolviendo sobre Cataluña, quisieran sacar el exército Romano fuera del Andalucía: sobre lo qual hubiéron otra batalla campal, donde Scipion y sus valedores alcanzáron victoria. 494.

Cap. XXVIII. Como los dos Scipiones Romanos viniéron á Tarragona, para reposar el invierno siguiente, y allí tuviéron informacion de negó-

gocios pasados en Sicilia y Cerdeña, tocantes á las guerras presentes: y mas otras cosas que les importaban. Declárase tambien el sitio de Tarragona muy en particular, y la calidad y provecho de sus comarcas, y la mejoría grande que los dos Scipiones en ella siempre hacian. 500.

Cap. XXIX. Del trato secreto que los Romanos residentes en Andujar ó Iliturge, comenzáron á tentar con los vecinos de Cazlona, creyendo poderlos traer á su parcialidad: y de los agüeros ó señales parecidas en muchas partes y tierras á quien daba la gente vulgar interpretaciones diversas, todas aplicadas á lo que podria suceder en el caso desta guerra. 505.

Cap. XXX. Como los Capitanes Africanos metiéron en Cazlona gentes armadas que la segurasen, y poco despues llegáron á Cartagena cinco mil hombres de refresco, traidos por otro Capitan Cartagines, llamado Hasdrubal de Gisgon, cuya venida causó tal mudanza por algunos pueblos Españoles del bando Romano, que los dos Scipiones padeciéron trabajos en su retencion y defensa. 509.

Cap. XXXI. Como la ciudad de Cazlona se rebeló contra los Cartagineses: y luego tras ella hizo lo mesmo cierta poblacion que solian llamar Bigerra. Los Capitanes Africanos visto no poderlas cobrar, diéron en Iliturge, con intencion de la destruir, si Neyo Scipion no la socorriera. 515.

Cap. XXXII. Del acometimiento cauteloso que los Cartagineses quisiéron hacer contra la poblacion de Bigerra, visto que no podian cobrar á Cazlona, segun al principio creian. Y como poco despues tornados al Andalucía pasáron otro recuentro con Neyo Scipion, donde tambien quedáron perdidosos. 522.

Cap.

Cap. XXXIII. Como la gente Cartaginesa desamparó de todo punto las fronteras del Andalucía comarcanas á Castulon ó Cazlona, para fortificar y sostener la provincia restante de mas adentro. Neyo Scipion vino luego tras ellos á mas andar, y los dió segunda vez otro golpe de batalla, no ménos cruel y dañoso que qualquiera de los pasados. 527.

Cap. XXXIV. De la venida que por estos dias hiciéron en España nueve mil hombres Franceses traidos á sueldo, para favorecer el bando Cartagines: los quales pocos dias adelante peleáron una batalla terrible con los Españoles del exército Romano, donde hiciéron mucho mal, y lo recibiéron mayor. 532.

Cap. XXXV. Como los dos Scipiones Romanos cobráron la ciudad de Monvedre, tomando captivos quantos Africanos la defendian: y luego revolviéron sobre la poblacion que los Turdetanos Andaluces habian edificado cerca de sus comarcas, y la combatiéron y ganáron, y destruyéron por el cimiento. 539.

Cap. XXXVI. Como la gente de los dos exércitos Cartagines y Romano se retraxéron á las tierras de sus parcialidades, para tener el invierno siguiente: y allí vino mensage de ciertas banderas Españolas pasadas á los Romanos en Italia, por cuyo respecto la Señoría Romana negociaba de tener allá mas Españoles principales y nobles, que sacasen los otros restantes del campo Cartagines. 543.

Cap. XXXVII. De las nuevas pendencias que se levantáron en Africa, tocantes á la Señoría Cartaginesa, movidas por un Rey de Bervería llamado Syface: las quales diéron ocasion á que sus Capitanes residentes en España no fuesen proveidos de las ayudas pertenecientes á la guerra,

ni se desmandasen á muchos otros acometimientos que quisieran emprender. 549.

Cap. XXXVIII. Como los Capitanes Romanos residentes en España enviáron desde Tarragona tres caballeros de su campo, para tratar en Africa ligas y confederacion con el Rey Syface de Bervería: de lo qual resultó gran mudanza por todas aquellas tierras Africanas: y poco despues hubo batallas y combates mucho peligrosos y siniestros á la parte deste Rey Syface. 552.

Cap. XXXIX. De la conveniencia que hiciéron en España los Capitanes Cartagineses, y tambien los dos Scipiones Romanos, cada qual dellos á su parte con la gente de Celtiberia, señalándoles gruesos acostamientos para la tener aparejada quando fuese menester en todas sus pendencias y guerra venidera. 557.

Cap. XL. Como fuéron recebidos en Roma los trecientos caballeros Españoles que los dos Scipiones enviáron allá: y casi luego viniéron á Tarragona galeones Romanos cargados de municion, que traxéron tambien muchas nuevas de cosas pasadas en Italia, señaladamente la tomada de Zaragoza de Sicilia, guiada por industria de ciertos Españoles residentes en aquella tierra. 561.

Cap. XLI. De los artificios y sotiles invenciones, halladas en Zaragoza de Sicilia, quando la ganáron, allende su mucha riqueza, las quales invenciones ó parte dellas redundáron despues en España, donde permanecen hoy dia harto provechosas y convenientes á sus naturales y moradores. 566.

Cap. XIII. Como cierto Capitan Africano, llamado Masenisa, traxo grandes ayudas y socorros en España para las banderas Cartaginesas: y los unos y los otros, así Romanos, como Cartagi-

gineses, comenzáron á traer gentes, y solicitar naciones Españolas, con que pudiesen tornar á sus competencias ordinarias, y darles algun fin si lo tuviesen. 574.

Cap. XIV. Como treinta mil Españoles Celtiberos saliéron en campo, traidos por los dos Scipiones Romanos, para resistir el aparato con que los Capitanes Cartagineses habian tambien salido fuera de los aposentos queriendo cobrar las ciudades y pueblos del Andalucía, que los años pasados se llegáron al bando Romano. 578.

Cap. XV. Como la parte de los otros Españoles Celtiberos que favorecian al bando Cartagines, movidos por consejo del Capitan Hasdrubal, entráron las comarcas donde moraban los treinta mil Celtiberos residentes en el campo de Neyo Scipion, obrando tales destruiciones y muertes, que hiciéron turbar estos otros, y desamparar el exército Romano, por venir al socorro de su tierra. 582.

Cap. XLV. Como viniendo cinco mil y quinientos Españoles, y su Capitan Indibil á se juntar con Hasdrubal de Gisgon y Magon y Masenisa Capitanes Cartagineses, Cornelio Scipion salió de traves, para los atajar ántes que llegasen, y peleáron con él un recuentro bravísimo, donde lo matáron y lo venciéron, y destrozáron gran parte del exército Romano. 587.

Cap. XLVI. Del recuentro segundo que los Cartagineses y los Españoles sus confederados hubiéron despues de muerto Cornelio Scipion, con el otro Neyo Scipion Capitan General Romano: donde tambien lo matáron y lo venciéron, haciendo no ménos destruicion en sus Italianos, que hiciéron en los otros primeramente vencidos. 593.

ADVERTENCIA.

Aunque en el Prospecto se ha ofrecido publicar al fin de los ocho tomos de esta obra uno o mas de notas que ilustren el todo de ella, sin separarnos de nuestra oferta queremos adelantar ahora algunas advertencias al fin de cada uno de los dos tomos que publicamos, ya porque las creemos conducentes á la mejor inteligencia de lo que ha escrito Ocampo, ya para que los Lectores hallen mas facilidad en satisfacer sus dudas durante la lectura de cada tomo: en este supuesto, en la primera coluna se hallará el número de las páginas de cada tomo; en la segunda el de los puntos, que empezando en cada capitulo, concluyen con él, y vuelven á empezar en el siguiente; en la tercera coluna se colocarán las palabras mal escritas o equivocadas, y las que necesitan de algunas explicaciones; y en la quarta se pondrán éstas y las correcciones en la siguiente forma.

LIBRO TERCERO.

Pág.	*Punto.*	*Dice.*	*Debe decir.*
3.	13. y 14.	Ebora.	Ebura. Ya se la ha tragado la mar, y se reduce al sitio llamado Sal Medina, una legua de la Costa de San Lucar.
	17.	Torre de Capion.	Chipiona.
19.	4.	Menorca.	Su largo 60. millas, siendo, segun las últimas observaciones, la circunferencia ó boxeo de la Isla de Menorca, de 62 millas se infiere que Ocampo entendió por largo toda la vuelta de dicha Isla.
		Machon.	Mahon.
32.	13.	Ruso Festo.	Rufo Festo.
	18.	Maneos.	Eran Pueblos inmediatos al Betis, segun Avieno.
33.	20.	Ligostico.	Es lo que llaman en el dia el tablazo de Tarfia: no es fuente, sino una extension del Rio Guadalquivir, al fenecer las dos Islas mayor y menor, y al separarse los brazos antiguo ya seco, y moderno existente.
	31.	Alvicenos.	Selvisinos.

Pág.	*Punto.*	*Dice.*	*Debe decir.*
36.	41.	Zefiria.	Estos montes son la Sierra de Monchique.
37.	49.	Cenis.	Sines, puertecito á la vuelta del Sur del Cabo de San Vicente.
	50.	Ofiusa.	Ya no se halla esta Isla, y se cree es el espacio de tierra contenido entre la Ria de Setubal y los montes de Aleidaon.
42.	79.	Yernos.	Es corrupcion de Nerios.
	85.	Tromontana.	Tramontana.
48.	7.	Zale.	Salé, Puerto del Reyno de Marruecos.
58.	9.	Alforsigos.	Alfonsigos ó Azufaifos.
171.	17.	Cetobriga.	Se reduce á Setubal.
	17.	Mirobriga.	Esta Mirobriga no es Ciudad Rodrigo, y sí Agrameña, ácia la Sierra de la Estrella.
		Lacobriga.	Lagos.
		Castralecos.	Castraleuca. Se reduce á Casteloblanco, en Portugal.
		Saracia.	Salacia Alcazar do Sal.
		Cepiana.	Creen algunos Portugueses que debe reducirse á la Ciudad de Pifiel.
172.	5.	Escalabisco.	Scalabis. Santaren.
174.	11.	Selino.	Selir do mato: pueblecito en el camino de Alcobaza á Lisboa.
		Voga. Vœca.	Vouga.
		Labara.	No es Aveiro sino Ovar.
	12.	Aricio.	Aricio Prætorio. Segun Resende la Villa de Salvatierra, en la márgen del Tajo. Segun otros. Benavente; alli cerca.
179.	13.	Bracara.	Solo dista 4. leguas de la mar.
180.	2.	Cilenos y Presamarcos.	No pudiéron quedar entre Duero y Limia, pues Mela los situa entre el Lerez y Tambre.
182.	14.		Aqui parece da á entender que el Lima nace ó va 20 leguas de Araujo, y no es asi,

Pág.	*Punto.*	*Dice.*	*Debe decir.*
			así, pues solo nace unas 5 ó 6, y corre apartado como unas dos.
184.	2.		El Miño no tiene 2 leguas de ancho en su boca, y si solo media legua.
187.	15.	Cabos de Finisterre.	El Cabo de Finisterre se compone de dos puntas, la del Sur dicha, Cabo de Finisterre, y la del Norte, Cabo de la Nave, y estan bien distinguidas en Ptolomeo.
195.	11.	Zamora.	No es Sentica sino Ocelodu-ri. Se ignora la situacion de Sentica, y solo se sabe que caia entre Mérida y Salamanca, por lo que repugna, á Zamora.
		Valladolid.	Pintia no se puede reducir á Valladolid, pues se opone á la direccion del Itinerario, pudo haber estado ácia el nacimiento del Esqueba.
		Toro.	Tampoco Sarabis se puede reducir á Toro, pues caia èntre Salamanca y Ocelodu-ri: mejor se reducirá al monte del Cubo.
203.	4.	Arebacos.	De lo que poblâron los Arebacos se infiere no fuéron distintos de ellos los Duracos ó Uracos.

LIBRO QUARTO.

215.	15.	Pesicoros.	Debe decir Pesicos: estos no no vivian ácia Santander y Laredo, sino en el territorio de Pravia, como se justifica con instrumentos de la edad media.
216.	16.	Leonigildo.	Leovigildo.
	20.	de Inglaterra.	á Inglaterra.
217.	22.	Doura.	Douvres.
	29.	Gravisinda.	Gravesend.
		Conturben.	Cantorbery.

Pág.	*Punto.*	*Dice.*	*Debe decir.*
243.	19. 20. 21.	Catavecha.	Cantaviega. Es muy dudoso el origen que Ocampo da á este Pueblo.
248.	14.	Turdeto.	Lo mismo la existencia de Turdeto, solo fundada en el dicho de los dos Julianos.
255.	4.	Acetanos.	Lacetanos.
	7.	Beses.	Besós, Rio.
264.	19.	Monte de Júpiter.	En el Pirineo, distinto de Monjui, que tenia igual nombre.
270.	29.	Edetones.	Edetanos.
271.	33.	Edeta.	No se reduce á Olite, sino á Livia.
285.	10.	Indicetos.	Indigetas.
303.	2.	presas.	preseas.
307.	8.	Tarazona.	Pudo ser Tarascon.
310.	10.	Arbacala.	Albucela. Era Pueblo entre Salamanca y Valladolid, de que hace mencion el Itinerario, y por su distancia de Oceloduri puede reducirse á las inmediaciones de Toro.
323.	1.	rènovan.	renovaban.
330.	16.	Oreto.	Los Oretanos se decian así de su Capital, llamada Oreto, de la qual se descubren los vestigios en las inmediaciones de la Capilla de Nuestra Señora de Oreto, no léjos de Calatrava.
341.	7.	Antonio Pio.	Antonino Pio.
354.	6.	Volce.	Voluce: era pueblo entre Osma y Numancia; y puede ser el Volce de que habla Ocampo.
366.	14.	hallaban.	se hallaban.
373.		Cap. XIV.	Cap. XLV.

LIBRO QUINTO.

391.	11.	Fragal.	Fraga; Ciudad de Aragon.
397.		Athanagia.	Era Ciudad ácia Lérida, ó segun algunos esta misma.

Cer-

Pág.	*Punto.*	*Dice.*	*Debe decir.*
		Cerreso.	Suele reducirse á Salsona.
400.		Acetanos.	Lacetanos.
423.	9.	Bigerra.	Villena.
424.	15.	Aurigi.	No es Arjona sino Jaen. Arjona se llamó Urgao.
426.	30.	Munda.	Monda, Villa en la hoya de Málaga.
434.	12.	Berberuces.	Hoy se les conoce con el nombre de Bereberes, son los Moros del Reyno de Argel, y sus agregados.
465.	6.	Ibera.	No está averiguado el sitio de esta Ciudad, pero Masdeu se inclina á que es distinta de Tortosa, y que estuvo situada á la boca y parte occidental del Ebro.
467.	19.	Berberuces.	Bereberes.
497.	0.	Inohivil.	El Itinerario coloca esta Ciudad á 27 millas de Tortosa, y la da el nombre de Intivil.
505.	2.	mucho.	muchos.
524.	15.	PLVS IN SVOS.	PIVS IN SVOS.
525.	17.	PLVS IN SVOS.	PIVS IN SVOS.
			Estas Inscripciones las trae algo diferentes Masdeu en las páginas 326. y 327. del tomo. 6.

